Comprender el pasado

Una historia de la escritura y el pensamiento histórico

Jaume Aurell, Catalina Balmaceda,
Peter Burke y Felipe Soza



Jaume Aurell, Catalina Balmaceda,

Maqueta Cubierta
Sergio Ramírez
Diseño Interior
RAG



Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN: 978-84-460-3727-9
Depósito legal: M-1.502-2013

Impreso en Lavel, S.A.
Humanes (Madrid)

Comprender el pasado

Una historia de la escritura y el pensamiento histórico

Jaume Aurell, Catalina Balmaceda,
Peter Burke y Felipe Soza



akal

Prólogo

Paradójicamente, cuando los cambios sociales y culturales se aceleran, el interés por el conocimiento del pasado se revitaliza. En las últimas décadas hemos experimentado el fenómeno de la explosión de la memoria, la expansión vertiginosa del interés por el pasado, especialmente por el pasado reciente, que ha tomado forma de museos, exposiciones, cine histórico, documentales televisivos, recreaciones de eventos del pasado, publicación de memorias y, por supuesto, de libros y artículos, tanto de ámbito académico como divulgativos. Quizá la explicación de esta paradoja es que, en la edad en que la vida cotidiana se transforma tan rápidamente, la gente se siente desorientada. Entonces, un modo de resistirse al cambio es aferrarse a las memorias del pasado, volviendo la mirada a la historia para orientarse en el presente. Algunos piensan que es preferible que el pasado, o por lo menos algunos eventos del pasado, continúe en el olvido, pero incluso aquellos que desearían enterrarlo son ahora forzados a introducirse en un debate abierto, de fuertes connotaciones públicas y sociales.

Historia de la historiografía

El estudio de la historia de la historiografía está también gozando de un *boom* análogo. Relegado durante mucho tiempo a la periferia de los intereses por los propios historiadores profesionales, este tema se ha vuelto mucho más nuclear y generalizado durante la última generación, gracias a lo que ha sido llamado el «giro reflexivo» en el estudio de las humanidades y de las ciencias sociales, así como el énfasis que el posmodernismo ha puesto en algunos puntos de vista, tal como se comenta en este libro. Aunque los autores de este estudio colectivo no se describen a sí mismos como «posmodernistas» ni se adscriben a esta tendencia, todos ellos están convencidos de la importancia del conocimiento de las tendencias del pensamiento histórico no sólo para cualquiera que aspire a la escritura de la historia, sino también para los lectores de historia en general.

Somos conscientes de que recientemente se han publicado algunas historias de la historiografía, entre otras *A History of Histories*

(*Historia de las historias*), del inglés John Burrow (2007), *A Global History of History* (*Historia global de la historia*), del canadiense Daniel Woolf (2011), y sobre todo la importante obra conjunta *Oxford History of Historical Writing* (2011-2012), todavía con algunos volúmenes en prensa. Sin embargo, pensamos que aún hay espacio para una nueva. Por una parte, sostenemos que, en esta época de hiperespecialización, es difícil, si no imposible, para un individuo dominar la masa de información disponible sobre este tema, por lo que se precisan especialistas de cada periodo. Por otra parte, una obra escrita por muchos autores, como la *Oxford History of Historical Writing*, aunque útil como obra de referencia, ofrece sólo un conocimiento fragmentado de la materia. Por este motivo, partimos del convencimiento de que un pequeño grupo de académicos, cuatro en este caso, provenientes de diferentes especialidades, pero que comparten intereses comunes, y procedentes de distintos países y continentes, pero con disponibilidad para reunirse con frecuencia y mantener una correspondencia asidua, ofrece una solución más efectiva para solventar el problema de combinar la disponibilidad de una información masiva con la presentación de un cuadro general inteligible.

Autoría colectiva

Para conseguir una mayor unidad en la autoría, el trabajo ha sido dividido entre los diferentes miembros del equipo según sus intereses, especialización y experiencia, pero los cuatro nos hemos sentido responsables de la escritura de todos los capítulos, por lo que hemos mantenido frecuentes intercambios de ideas y de manuscritos entre nosotros, dando como resultado un libro que puede ser considerado realmente una empresa colectiva. Compatible con esta autoría colectiva, nos ha parecido oportuno que cada capítulo lleve la firma del autor o autores que han llevado a cabo la versión inicial sobre la que después hemos trabajado todos conjuntamente.

Durante los años de elaboración de este libro, hemos experimentado también los beneficios de haber puesto en común la diversa pertenencia generacional de los autores: Peter Burke ha dedicado toda una vida a la historia, y por tanto ha experimentado (y, en algunos casos, ha contribuido a generar) las tendencias analizadas en los últimos capítulos; Jaume Aurell y Catalina Balmaceda están ahora en un punto medio de su carrera y gozan ya de una cierta perspectiva, pero tienen también mucho camino por recorrer; y Felipe Soza se halla en los inicios de su trayectoria, aportando una visión fresca y renovada de la historiografía.

Los cuatro autores hemos tenido en mente escribir para una audiencia básicamente de habla hispana y portuguesa. Aunque el libro de Burrow ha sido recientemente traducido al castellano, la obra está claramente diseñada para un público anglófono. Ade-

más, a diferencia de Burrow, que omite esta información, los autores hemos incluido ejemplos de la historiografía española desde la Edad Media a la actualidad, y hemos dedicado un largo y contundente capítulo específico para Latinoamérica.

Historiografía como historia intelectual

Nos gustaría también llamar la atención del lector sobre otros rasgos específicos de este libro. En primer lugar, nos hemos propuesto describir las tendencias generales de la escritura y el pensamiento histórico, especialmente la perteneciente a la tradición occidental, pero haciendo algunas referencias a otros modos alternativos de concebir y escribir la historia, especialmente las tradiciones china y árabe, a las que se dedica un capítulo específico. En segundo lugar, no hemos querido ignorar lo que se podría llamar práctica de la cultura historiográfica, es decir, la información no sólo sobre los historiadores y sus obras, sino también sobre los receptores de la historia: para quiénes era destinada, dónde se leía, cómo era conservada y qué tipo de debates generaba. Por último, como consideramos a la historia de la historiografía verdadera historia intelectual, nos ha parecido oportuno situar estas corrientes en su contexto histórico, cultural, social y político, lo que incluye los principales eventos de su tiempo, la posición social de los autores y las actitudes y valores que estos han compartido con sus contemporáneos. Sin embargo, no hemos pretendido ofrecer un panorama general que ahogara los ejemplos más característicos. Hemos intentado, más bien, combinar una exposición general de las principales tendencias con las oportunas referencias de los historiadores más representativos de cada periodo, algunos de ellos separados en pequeñas biografías que aparecen aparte del texto.

Para hacer esos ejemplos todavía más vivos y llevar a los lectores a un contacto más directo con los textos históricos, hemos combinado esos perfiles de historiadores con breves pasajes de sus obras. Esperamos que este método, inspirado en el famoso estudio del historiador de la literatura alemán Erich Auerbach, *Mimesis* (1946), haga nuestro libro más expresivo y estimule a algunos lectores a buscar y analizar los textos originales. Además, hemos complementado cada uno de los capítulos con una breve bibliografía básica comentada, y también con esquemas de las principales tendencias, autores y obras más representativas de cada periodo. Finalmente, pensando en los estudiantes de historia que tratan de orientarse en el laberinto de las tendencias que hoy rivalizan por la hegemonía, hemos dedicado una particular atención a la situación y los problemas del pensamiento y la escritura de la historia en el pasado más reciente y en la actualidad, por lo que las últimas tendencias ocupan, proporcionalmente, un mayor espacio en el libro.

Los autores agradecemos a Javier Beltrán H. su minuciosa tarea de revisión del manuscrito, en su fase final. Para terminar, los autores querríamos dejar constancia de nuestro especial reconocimiento hacia Tomás Rodríguez, cuyo aliento editorial ha sido básico para la realización de este libro. En el largo itinerario de la elaboración de este libro, los autores nos hemos sentidos honrados de poder trabajar con un profesional que conserva las cualidades que cualquier historiador querría para su editor: una gran pasión por la historiografía, un juicio personal sobre los debates teóricos y prácticos en torno a la disciplina, y un profundo conocimiento del mundo editorial.

Cambridge / Santiago de Chile / Pamplona,
mayo de 2012

I
La Antigüedad clásica: Grecia y Roma

(Catalina Balmaceda)

La mayoría de lo que hoy conocemos del pasado grecorromano lo hemos obtenido de sus historiadores, aunque no por esto se minusvalora el trabajo de la epigrafía, la numismática y la arqueología, que, a través del estudio de inscripciones, monedas y otros restos materiales, ha enriquecido la reconstrucción de ese pasado. En general, el estudio de la historiografía antigua se ha centrado principalmente en los autores y sus fuentes, dónde y cómo han obtenido la información necesaria y los métodos que han utilizado para reconstruir o representar el pasado en una narración coherente. Sin embargo, puede resultar interesante trazar antes un panorama amplio sobre la naturaleza misma de la escritura de la historia en la Antigüedad.

Cronología

Cuando hablamos de historiografía en la Antigüedad clásica nos estamos refiriendo a escritos históricos de griegos y romanos de un periodo que cubre alrededor de 800 años, desde las *Historias* de Heródoto, escritas a mediados del siglo V a.C., hasta las *Res gestae* de Amiano Marcelino, compuestas a finales del siglo IV d.C. Estudiar un periodo tan amplio, agrupando a sus variados representantes bajo un mismo techo –la Antigüedad clásica–, condiciona nuestra visión de la historiografía antigua, pues nos puede llevar a generalizaciones o simplificaciones donde realmente hubo diferencia y complejidad. No se puede negar que lo que llamamos en la actualidad «historiografía clásica» presenta unas características comunes, peculiares y propias de ese tiempo, pero tampoco sería correcto pensar en una especie de uniformidad de los historiadores antiguos al enfrentar su tarea de escribir historia.

Pero para el estudio de la historiografía clásica no sólo es conveniente tener en cuenta su gran extensión temporal, sino también el estado fragmentario de la evidencia que poseemos. El porcentaje que ha llegado a nosotros de lo que fue realmente escrito como texto histórico en la Antigüedad es extremadamente pequeño. De muchos historiadores sólo tenemos referencias indirectas a través de testimonios o citas de otros autores, fragmentos sueltos, resúme-

nes o epítomes hechos por escritores posteriores. Toda esta información debe ser utilizada con cautela principalmente por dos razones. Primero, porque los autores en la Antigüedad casi siempre citaban de memoria, es decir, a veces eran vagos, podían confundirse o no recordar correctamente la cita, y segundo, porque eran muy selectivos y podía ser que interpretaran las palabras del autor original en un sentido que este no quiso darle.

Las cronologías pueden también ser un problema a la hora de estudiar la historiografía del mundo clásico. Al no existir un consenso o una cronología absoluta, cada pueblo se regía por sus propios parámetros: para los griegos los años se contaban por olimpíadas y así los cuatro años entre unos juegos olímpicos y otros eran una manera de poder fechar los acontecimientos. Pero también cada polis tenía su propia manera de contar el tiempo y a veces los periodos tomaban los nombres de sus reyes o gobernantes, o de ciertas festividades religiosas. Para Roma, en cambio, la historia comenzaba con la fundación de su ciudad (*ab urbe condita* = AVC) y los años tenían los nombres de los magistrados anuales, los cónsules.

Además estaba la dificultad de que la contabilidad del ciclo anual, si bien coincidía a grandes rasgos en Grecia y Roma, no era exactamente igual, pues en cada pueblo variaba la duración del llamado «mes intercalado», que era necesario incluir cada algunos años para hacer coincidir el calendario con el ciclo solar. En Grecia era un mes completo, porque los meses eran más cortos y seguían el calendario lunar, mientras que en Roma eran sólo unos días que se agregaban al final del mes de febrero por decisión del pontífice máximo. Si bien se ha avanzado mucho en el estudio de la medición del tiempo, una fecha exacta en el mundo grecorromano es difícil de obtener y para los periodos más antiguos no queda otra alternativa que basarse en ciertas convenciones.

Características generales

A pesar de lo audaz que puede ser agrupar en un mismo conjunto a autores con casi nueve siglos de diferencia y a pesar de que conozcamos sólo una fracción de toda la producción del periodo, estudiar la historiografía antigua tiene a la vez un valor en sí mismo y un valor agregado: por una parte, nos permite conocer el desarrollo de la conciencia histórica del hombre y su postura intelectual frente al pasado y, por otra, somos capaces de reconocer lo que permanece hasta hoy de esos modelos clásicos y que constituyen los fundamentos de la tradición historiográfica occidental.

En este capítulo se tratarán con más detalle los historiadores de los que se tiene más evidencia y de los cuales su obra ha llegado hasta nosotros en un estado relativamente completo. Aunque no se trata de una lista exhaustiva de autores, en cierta medida resulta una lista coherente y válida para sacar algunas conclusiones generales. Algunos de los historiadores cuyos escritos posee-

mos en estado más fragmentario se nombran junto con su obra, pero no nos detenemos a analizarlos; la bibliografía del final del libro puede complementar la información.

LA HISTORIA COMO INVESTIGACIÓN

Para el análisis global de la historiografía clásica que presentamos a continuación tomamos como guía unas palabras de la obra *Cómo se escribe la historia* (o *De historia conscribenda*), de Luciano de Samosata. Luciano fue un escritor griego del siglo II d.C. (125-180) que nos dejó uno de los textos más significativos que nos han llegado de la Antigüedad sobre la teoría y la práctica de la escritura histórica. En su obra, Luciano presenta sobre todo los estándares y fundamentos a partir de los cuales se debe cimentar una buena historia según los cánones del mundo antiguo.

«Algunos piensan que escribir historia es algo fácil y simple, y que cualquiera puede hacerlo si pone por escrito lo que le viene a la mente. Con respecto a esto, estoy seguro de que tú sabes tan bien como yo que la historia no es una de esas cosas que puede componerse sin esfuerzo o a la ligera, sino que es algo que necesita, quizá más que nada en la literatura, mucha reflexión si quiere llegar a ser lo que decía Tucídides, "una posesión para siempre"» (*De hist. conscr.* 5).

Definición de historia

La palabra «historia» –del griego *historíe*– significaba originariamente averiguación, investigación y este fue el sentido que Heródoto le dio cuando en su prólogo señaló que iba a presentar el «resultado de sus averiguaciones» (véase Heródoto). El verbo *historeîn* implicaba en griego también una forma de conocer: conocer por medio de investigación. En un primer momento, entonces, estas «historias» de Heródoto no tenían el sentido específico de narrar los acontecimientos del hombre en el pasado, sino que más bien daban una idea general de que lo que Heródoto iba a presentar era producto de un paso cognitivo, es decir, un modo de conocimiento. De hecho, el nacimiento de este género literario o de este «invento» griego nos dice mucho acerca del modo de conocer que tenían los griegos de ese tiempo: investigando. En otras palabras, «historia» como la entendemos hoy no tuvo que ver en su origen con lo que la palabra *historíe* significaba para los griegos antes de Heródoto; sin embargo, ya se apreciaba su carácter abierto y un rico potencial para el desarrollo específico del concepto que más tarde le daría Heródoto.

En la palabra «historia» se ve además, desde un principio, el componente de investigación, trabajo y esfuerzo que señala también Luciano en la primera parte de su obra. *Historeîn* como verbo

transitivo significa aprender a través de la averiguación, es decir, un aprendizaje activo, y el historiador se ve a sí mismo como un hombre con una labor o acción personal entre manos. El historiador no es simplemente un instrumento de alguna divinidad que recita algo que casi no le pertenece, como podemos ver en el primer verso de la *Ilíada:* «¡Canta, oh Musa, la cólera del Pélida Aquiles!». Se puede decir que la historia, tal como se entiende hoy, sólo pudo haber nacido en el siglo de la razón en Grecia. Fueron los griegos del siglo V a.C. –tiempo en que se buscó extender y racionalizar el conocimiento– quienes desafiaron la poesía épica y las genealogías mitológicas como único modo de conocer el pasado e intentaron, a través de la aplicación metódica de los principios de la investigación, conocer las acciones del hombre en el tiempo. Es muy probable, por ejemplo, que Heródoto y Tucídides hayan sido influidos poderosamente por los sofistas de su época. De hecho, estos últimos y los historiadores compartieron el objetivo de transmitir un conocimiento útil para la práctica política (Nicolai, 2007).

La escritura de la historia

Desde un comienzo, entonces, se perfila la escritura histórica como un trabajo activo y, según Luciano, también arduo para el que lo practica. Y es que en este nuevo género literario se combinan diferentes factores que también individualmente son de una gran complejidad. Escribir historia es primero «averiguar» lo que ha pasado y luego «contarlo» con maestría:

«En cuanto a los acontecimientos, el historiador no debe reunirlos al azar, sino sólo después de una laboriosa y ardua investigación. Tiene que ser, de preferencia, testigo ocular, pero si no se puede, tiene que oír a aquellos que cuentan la narración más imparcial, los que son menos propicios a sustraer de los hechos o a añadirles por favoritismo o malicia. Cuando esto suceda, que muestre agudeza y habilidad para presentar el relato más creíble. Una vez que haya recopilado la mayor cantidad de hechos, que primero haga una serie de notas, un cuerpo de material todavía sin belleza o continuidad. Luego, después de ordenarlos, que les dé belleza y los perfeccione con los toques de expresión, figura y ritmo» (*De hist. conscr.* 47-48).

Veracidad de la historia

Investigación, entonces, se relaciona directamente con veracidad. Este es uno de los complejos aspectos de la escritura histórica y el que la distingue de otros géneros literarios en boga en la Antigüedad como la tragedia o la poesía. ¿Por qué habría de ponerse tanto esfuerzo por «averiguar» lo que realmente pasó si la historia no buscaba establecer un relato «verdadero» del pasado? La historiografía se diferencia porque la exactitud de lo que se cuenta importa. Pretende narrar hechos porque los hechos son importantes para la reconstrucción del pasado. El texto histórico

no sólo tiene un valor intrínseco como cualquier otro texto literario, sino que además quiere hacer referencia a unos hechos externos que la historia llama «realidad».

«Esto, como ya he dicho, es el elemento peculiar de la historia: sólo se debe sacrificar a la verdad. Cuando alguno va a escribir historia, debe ignorar todo lo demás» (*De hist. conscr.* 40).

Ya antes de Luciano, Tucídides, en su primer libro de la *Guerra del Peloponeso*, había hablado de una búsqueda de la verdad (1.22) y también Cicerón había puesto el fundamento de lo que se vería como el edificio de la historia en la veracidad de lo que se narra. Esa era la primera ley de la historia, conocida por todos, dice el insigne orador. El historiador clásico sabe que su relato debe ajustarse de la manera más fidedigna posible a los acontecimientos del pasado y para eso averigua. «La historia no se puede permitir una mentira, ni siquiera una pequeña» (*De hist. conscr.* 7), sigue diciendo Luciano, y la veracidad será uno de los criterios para juzgar la calidad del historiador en el mundo antiguo. Volveremos sobre este tema más adelante.

UTILIDAD Y FINES DE LA HISTORIA

«Algunos piensan que pueden hacer una buena distinción en la historia entre lo que da placer y lo que es útil, y por esta razón elaboran encomios para agradar y entretener a sus lectores; pero ¿no te das cuenta de qué lejos están de la verdad? En primer lugar, la distinción que realizan es falsa: la historia tiene una tarea y un fin –lo que es útil– y eso viene de la verdad sola. Porque Tucídides dice que él está escribiendo una posesión para siempre, no una obra para ganar un concurso, y por eso no incluye ficción, sino que deja a la posteridad el relato verdadero de lo que ha pasado. También advierte sobre la cuestión de la utilidad y sobre lo que es seguramente el objetivo de la historia: que si alguna vez los hombres se encuentran de nuevo en una situación similar, que puedan, por la consideración de los hechos pasados, enfrentar correctamente las circunstancias que les toca vivir» (*De hist. conscr.* 9).

Utilidad de la historia

La meta de una narración histórica nunca era solamente cognitiva o intelectual. La historia debía ser útil. Una gran parte del valor de la historia en el mundo antiguo era percibido como conectado con su función educacional. De una u otra manera se veía la historia como una beneficiosa guía para la conducta o una maestra de vida: *magistra vitae* (Cic., *De oratore* 2.36). Polibio ya lo había enfatizado antes de estas memorables palabras de Cicerón. Al inicio de su obra, el historiador griego señaló el doble propósito de la historia: «Prácticamente todos los autores nos

proponen una apología de la historia al principio o al final de sus obras; aseguran que del aprendizaje de la historia resultan la formación y la preparación para una actividad política; afirman también que la rememoración de las peripecias ajenas es la más clarividente y la única maestra que nos capacita para soportar con entereza los cambios de fortuna» (1.1.2). Brindar instrucción política y consejo, por un lado, y proveer ejemplos morales, *exempla*, por otro, eran dos grandes metas de la historia.

Enseñanza política

Si bien estos dos aspectos están presentes tanto en la historiografía griega como en la latina, se puede decir que cada una les otorga un énfasis distinto. Sin dejar de lado la enseñanza ética que entregaba la historia, para los griegos esta debía sobre todo proveer lecciones para el político, formar a la clase gobernante con modelos y sistemas políticos para ser imitados y también dar cuenta de los que hubieran fracasado para no caer en ellos en el futuro. Tucídides dice explícitamente que la historia debe ser una «posesión para siempre» *(ktêma es aieí)*, es decir, no se escribe sólo para el presente, sino que la historia debe ser una referencia para el futuro. Luciano se enmarca dentro de esta misma tradición griega cuando señala: «No escribas con tus ojos puestos en el presente para ganar alabanza y honor de tus contemporáneos; aspira a la eternidad y prefiere escribir para la posteridad» (*De hist. conscr.* 61).

Enseñanza moral

Los historiadores romanos, en cambio, parecen estar más preocupados por influir en su propio presente, especialmente porque, de entre las cosas que se puede aprender de la historia, quizá la central para ellos era la enseñanza moral. El historiador romano quiere mover a un cambio en la conducta de los romanos de su tiempo. Ellos veían los cambios, incluso los cambios políticos, en términos morales y también veían importantes aspectos históricos –la causalidad entre ellos– como una cuestión fundamentalmente moral (véase Salustio). Si los romanos intentaban describir y explicar a los hombres y sus acciones en el tiempo, la explicación y las causas de su conducta tenían que estar, para ellos, ligadas a las *mores*, es decir, las costumbres, los hábitos, disposiciones y maneras de ser. «El centro de atención para mí –dice Livio en su prefacio– es saber cuál fue la vida, cuáles las costumbres *[quae vita, qui mores]*, por medio de qué hombres [...] fue creado y engrandecido el imperio». La «moralidad», entonces, en su sentido etimológico y original era un rasgo esencial cuando se trataba de ilustrar y dar sentido al pasado. Así, la historia debía hacer algo más que contar relatos interesantes sobre este: debía entregar un juicio moral. Porque era del estudio del pasado, de las virtudes y los vicios de los antecesores, de donde los romanos derivaban el concepto de moralidad pública (cfr. Tácito, *Annales* 3.65). Se esforzaran por relatar un pasado idealizado o un presente corrupto, los

historiadores buscaban mover a sus lectores a comportarse de una manera determinada. Esta preocupación ética marcó la historiografía antigua tan profundamente que ha sido considerada –junto con la retórica– como una de sus características más distintivas (Auerbach, 1946).

Preservación de la memoria colectiva

Otro propósito de la escritura histórica era, sin duda, preservar la memoria y construir una identidad colectiva. Esto se puede ver claramente en Heródoto cuando distingue la servidumbre de los bárbaros de la libertad de los griegos (5.78), o en Tucídides cuando, en el discurso fúnebre de Pericles, señala las características del sistema democrático que agrupa a todos los atenienses (2.37). También los historiadores romanos eran especialmente dados a querer proyectar una imagen particular de Roma y usaban todos los medios que tenían al alcance para transmitirla. La descripción de la gente y de las instituciones es entregada para mostrar sus características esenciales y su naturaleza: escribir acerca de la historia de Roma actuaba, en cierto modo, como un instrumento de política «doméstica» dentro de la misma sociedad romana. La descripción de la vida pública y de la *res publica;* las relaciones entre la elite gobernante y la plebe; los militares, el crecimiento del imperio y el aumento de la importancia de los actores individuales; los poderosos nuevos líderes y sus decisiones políticas, en fin, todo servía para descubrir quiénes eran y cómo continuar comportándose como buenos romanos, incluso cuando cambian las circunstancias como puede verse especialmente en Tito Livio y más tarde en Tácito.

Historia y literatura

La historia, por tanto, no tenía los mismos fines que otras ramas de la literatura. La escritura histórica, entonces, aunque implicara un acto de creación similar al de la escritura poética, se distinguía no sólo por el lenguaje en verso o en prosa sino, como dice Polibio, por su finalidad: «El poeta trágico busca excitar y encantar a su audiencia por un momento expresando discursos verosímiles a través de sus personajes, pero la tarea del historiador es instruir y persuadir a estudiosos serios a través de la verdad de las palabras y acciones que presenta, y este efecto debe ser permanente y no temporal» (2.56.10-12). Para Aristóteles, en cambio, «la diferencia se encuentra en que el historiador habla de los eventos que han ocurrido, el poeta, en cambio, de los que podrían ocurrir. Es por esta razón que la poesía es a la vez más filosófica y más seria que la historia, porque la poesía habla de lo universal y la historia de lo particular» (*Poética* 9.1451a). Podemos estar o no de acuerdo con estas afirmaciones, pero lo que está claro es que los historiadores, aunque ponían en juego su capacidad creativa, se veían a sí mismos haciendo algo diferente de la escritura poética.

HISTORIA Y RETÓRICA

Para que se pudiera aprender algo del pasado, los hechos debían estar adecuadamente registrados y ordenados. Este orden era lo que en definitiva le otorgaba sentido a la narración y sólo así podía venir luego la enseñanza. En el mundo antiguo este ordenamiento lo daba principalmente la oratoria y, sin duda, esto es lo que quiere decir Cicerón cuando afirma que la historia «se trata de una cosa como ninguna otra digna de un orador» (*opus oratorium maxime; De legibus* 1.5).

La retórica

Desde muy temprano la historia extrajo ventajas de la retórica para su provecho propio: una mirada inquisitiva para buscar la evidencia, el olfato para detectar la parcialidad, el estar alerta para proponer argumentos desde la probabilidad y la capacidad para imponer una estructura en diferentes tipos de material histórico. La historia necesitaba de la retórica: los hechos tenían que ser interpretados; el material, organizado; los detalles, seleccionados; los eventos, reconstruidos; y las palabras, armonizadas con los hechos (Comber, 1997).

La *inventio*

La división tradicional de la oratoria se hacía en cinco partes: *elocutio* (estilo), *inventio* (invención), *dispositio* (orden), *memoria* (memoria) y *pronuntiatio* (dicción). El aspecto que más acarrea problemas cuando hablamos de que la historiografía antigua se apoya en gran medida en las técnicas retóricas es, naturalmente, *inventio*. *Inventio* no tiene una traducción directa; no significa simplemente invención, sino que, viniendo de *invenio*, es más bien encontrar y descubrir, buscar por medio de la reflexión, encontrar una posible explicación usando la creatividad. Los manuales de retórica definen *inventio* como «el hallazgo de cosas verdaderas o verosímiles que hagan probable la causa» (Cic., *De inventione* 1.9). *Inventio*, entonces, era algo absolutamente necesario; de alguna manera, reconstruir el pasado era –y todavía lo es– siempre un acto imaginativo. Al revisar a historiadores como Heródoto, Tito Livio o algunos analistas romanos, que narran acontecimientos tan lejanos a su propio tiempo y con tan escaso material, se concluye que, haciendo uso de su misma formación retórica –que necesariamente habrían tenido como hombres de letras–, deben haber llenado los vacíos con una narrativa circunstancial, algunas veces reconstruyendo creativamente lo que «debería haber pasado» (*probabile*), a veces para explicar o dar sentido, a veces simplemente para lograr un efecto artístico o poético. Los historiadores del mundo antiguo eran conscientes de que la tendencia a «embellecer» o «completar» los relatos no debía oscurecer el compromiso con el descubrimiento de la verdad: discuten la confiabilidad del material que utilizan, no son siempre crédulos de

sus predecesores y tienen conciencia de los peligros que podía traer la utilización de este instrumento retórico –la *inventio*– en el campo de la historia (cfr. Polibio, 12; Tito Livio, 33.10.8; Tácito, 13.20).

Luciano señala también en numerosos pasajes la importancia del cómo debe relatarse la historia, pues el estilo, al narrar la historia, se hacía casi tan importante como la historia misma:

El relato histórico

«En cuanto al lenguaje, esta debe ser la meta principal: exponer el material exactamente y disponerlo lo más lúcidamente posible, sin usar palabras desconocidas o rebuscadas ni tampoco el lenguaje vulgar de los mercados, sino el que la gente corriente pueda entender y los estudiosos alabar. [...] La dicción debe mantener los pies en la tierra: elevarse con la belleza y grandeza de los temas y asemejándose lo más posible a ellos, pero sin volverse extraña o dejándose llevar más de lo que la ocasión amerita. [...] El orden o disposición de los hechos debe ser moderado [...] con un delicado arreglo de los eventos, iluminándolos lo más vívidamente posible [...] y adornándolos con las virtudes propias de la narrativa que progresa pareja y equilibradamente [...], y así se logra la claridad deseada» (*De hist. conscr.* 44-55).

Además del estilo claro y lúcido con que se debía contar la historia, su lenguaje debía ser elevado e ir en correlación con los hechos que narraba. La historia en la Antigüedad generalmente relataba acontecimientos importantes realizados por personajes importantes y, por lo tanto, las palabras debían expresar ese nivel. Una historia de personajes vulgares relatada con palabras comunes era más bien lo propio de la comedia, no de la historia.

El estilo histórico

El estilo era la manera como el historiador elegía explicar algo. El historiador elige y desarrolla un estilo que se adecua a su historia y, por esto, el contenido y la forma no pueden ser divorciados: se alimentan el uno al otro de una manera recíproca como señala Cicerón en *De oratore* 2.63. Contenido (*res*) y forma (*verba*) pueden dar sentido a una buena historia, pero los fundamentos no se pueden olvidar: si no es un reporte verdadero del pasado, sin importar cuán atractiva o interesante sea la narración, no será historia. Investigación del pasado y ordenamiento retórico de los acontecimientos no son dos realidades contradictorias ni opuestas, sino que se pueden dar –y se dieron en la Antigüedad– como una alianza que ayudaba al historiador a cumplir su misión.

Algunos elementos propios de la retórica que forman parte también de las características de la historiografía antigua y que veremos a continuación son los discursos y el uso de la caracterización y las emociones.

«Si se tiene que introducir a alguien que va a dar un discurso, primero que nada, que el lenguaje sea adecuado y corresponda a esa persona y a su tema, y, segundo, que sea lo más claro posible. Entonces es cuando puedes creerte un orador y mostrar tu elocuencia» (*De hist. conscr.* 58).

La inserción de discursos

Tal vez uno de los aspectos que puede resultarles más ajeno a nuestros ojos modernos respecto a la conexión de la historiografía clásica con la retórica es la elaboración de discursos y su inserción dentro de la narrativa histórica; aspecto del que sería difícil, por lo demás, enfatizar exageradamente la importancia de su rol en la escritura de la historia en el mundo antiguo. A un historiador griego o romano no se le habría ocurrido escribir una narrativa histórica completa sin incluir algún discurso. Como dice Luciano, es ese el momento en que más y mejor puede el historiador lucir sus habilidades como orador.

Si bien la oratoria y la historia pertenecen formalmente a géneros distintos, como hemos visto, tienen algunas de sus características y técnicas en común. La base de toda la educación en la Antigüedad era retórica, es decir, guiada a dar herramientas con las cuales las personas se pudieran comunicar y expresar mejor; además, el historiador mismo, que siempre fue hombre público en su sociedad (salvo alguna excepción), también habría tenido que dar discursos y, por eso, su confección no le resultaría algo extraño o forzado.

Función de los discursos

El discurso de un personaje dentro de la narrativa histórica de la Antigüedad muchas veces era utilizado como una herramienta o como un medio para que el historiador expresara de manera indirecta la razón de los acontecimientos: indicara las causas de una decisión, explicara la motivación interna del personaje que hablaba e incluso proveyera de un análisis más abstracto de los principios de base que justificaban las acciones y sucesos. Muchos de los discursos insertados por Tucídides en su *Guerra del Peloponeso* son un ejemplo de este querer dar una explicación que no aparezca como venida del autor, sino del personaje mismo que realiza la acción, otorgando así autoridad a lo que se expresa (véase Tucídides).

Interpretativa

La selección de lo que se dice, la disposición y el lugar donde se inserta el discurso, todo contribuye a la interpretación que el historiador quiere que se haga de los hechos. En ellos, además, el historiador juega con la focalización, es decir, el punto de mira desde el cual se escribe el relato y que le da al mismo una exposición más dinámica. Heródoto, por ejemplo, en el debate constitucional (3.80) que tienen los persas cuando hablan de los sistemas de gobierno, intenta poner en boca de los interlocutores una visión po-

lítica diferente de la griega (aunque nunca, por supuesto, se podrá desprender el autor de sus propias categorías intelectuales griegas) y, con eso, amplía la mirada y el foco se traslada al interlocutor persa. Algunos historiadores romanos ponían en boca de los enemigos de Roma discursos en los que mostraban «la otra cara de la medalla», es decir, focalizando en sus oponentes podían entablar un análisis político crítico que era relevante para la situación particular y también para temas más generales como la conquista y el imperio. Esto puede verse, por ejemplo, en los discursos de Mitridates en las *Historias* de Salustio (4.69), en el de Aníbal en Tito Livio (30.30), en el de Calgaco en el *Agrícola* de Tácito (30-32), en los que los historiadores romanos ponen en boca de estos bárbaros despiadadas palabras condenatorias del imperialismo de Roma:

«Los romanos, cuya soberbia en vano se evita con la obediencia y el sometimiento, saqueadores del mundo, cuando les faltan tierras para su sistemático pillaje, dirigen sus ojos escrutadores al mar. Si el enemigo es rico, se muestran codiciosos; si es pobre, despóticos; ni el Oriente ni el Occidente han conseguido saciarlos; son los únicos que codician con igual ansia las riquezas y la pobreza. A robar, asesinar y asaltar llaman con falso nombre imperio, y paz al sembrar la desolación». Estas expresivas palabras puestas en boca de un bárbaro revelan más sobre la oratoria del propio Tácito que sobre lo que podría haber sido el discurso real del líder britano.

Estética

Los discursos tenían también, por supuesto, un fin estético, dándole variación a la narrativa: marcaban los momentos más dramáticos antes de tomar una decisión o creaban suspenso retardando la acción del relato. Muy común era insertar discursos antes de narrar una batalla importante. Esto retrasaba y hacía así todavía más interesante lo que entonces se consideraba quizá una de las partes más «populares» de la narración histórica. La belleza de un discurso hablaba de la habilidad y competencia del historiador y le otorgaba autoridad para narrar los acontecimientos (Marincola, 1997).

Historicidad de los discursos

Otro aspecto importante sobre la inclusión de discursos en la historiografía antigua es la pregunta sobre su veracidad. Estos discursos eran compuestos por los historiadores y puede caber la duda de si relataban lo que realmente se había dicho en esa oportunidad o eran construcciones retóricas basadas más bien en la *inventio* o lo *probabile*. La discusión sobre la historicidad de los discursos de la narrativa histórica tiene ya una larga trayectoria y no se ha llegado a conclusiones definitivas; todo dependerá de la visión que se tenga en general sobre la escritura histórica antigua. Lo que sí se puede afirmar es que los mismos historiadores no dicen que sus discursos sean la reproducción exacta de las palabras pronunciadas en la ocasión, sino que reconocen la dificultad de su tarea y se cuidan introduciendo frases como «habló de este modo» o «diciendo estas co-

sas». Un ejemplo de esto se ve en las palabras que Salustio pone en boca del general Mario cuando arenga al pueblo para que se sume a su ejército y luche contra Yugurta (véase el largo capítulo 85 de la obra). Lo significativo en este caso es que Salustio pareciera escoger esta ocasión para exponer lo que es quizá el tema central de su obra: la virtud como algo personal y no heredado de los antepasados, reforzando así las bases para una «meritocracia». No podremos saber con certeza si se trata de las palabras exactas de Mario (se pueden ver algunos paralelos de este discurso en Plutarco, en *Mario* 9) o si Salustio nos deja sólo lo que resultaba apropiado que dijera en una situación de ese estilo, pero podemos decir sin temor a equivocarnos que, por una parte, existe fidelidad al sentido original y, por otra, invención. Afortunadamente no tenemos que escoger entre la una y la otra –los antiguos tampoco lo hacían–, sino dejar convivir a ambas en un delicado equilibrio.

Características de los discursos

Los discursos del relato histórico tenían un código de convenciones propias que era tácitamente aceptado por todos. Por ejemplo, el largo de los discursos en la narrativa era más corto que el que se había pronunciado en la situación real; el orador siempre hablaba en un lenguaje equilibrado y elegante, más propio del historiador que escribía que del parlante histórico: todos los discursos en Tucídides son en griego ático, sin importar la procedencia del interlocutor; en Tácito, incluso los discursos dados por bárbaros son expresados en un latín claro y refinado. Los recurrentes discursos antes de las batallas tenían también unos temas que aparecían constantemente: la exhortación del general a sus tropas a luchar con valentía, el honor, la ayuda de los dioses, etc. También algo aceptado era que, en general, el historiador evitaba incluir en su historia un discurso que hubiera sido ya publicado o que estuviera disponible al público de alguna manera, pues se habría sentido constreñido por su contenido, y se concentraba en cambio en llenar aquellos vacíos que hubieran dejado sus predecesores.

Función mediadora entre el pasado y el presente

El discurso en la historiografía antigua podía actuar como mediador entre el pasado y el presente: el pasado se hace presente a través del personaje histórico que habla no sólo cuando este da ejemplos del pasado que gatillan la reflexión del lector sobre su propio tiempo, sino también cuando, con cierto anacronismo, el historiador transmite un problema de su propio periodo por boca del personaje histórico y permite así recrear el debate histórico que finalmente nos lleva a examinar el propósito y valor de la historia en sí. Los historiadores antiguos se preocupaban más de encontrar continuidades que rupturas en la historia; buscaban esas verdades permanentes, principalmente de naturaleza humana, y de ahí su insistencia en ver el pasado en el presente y este en el pasado. No siempre resultaba fácil exponer estas ideas dentro de

la misma narrativa histórica, y un discurso, funcionando casi como un todo autónomo, lo podía hacer, a veces, mucho mejor. Los historiadores modernos, en cambio, parecen más interesados en hacer notar las diferencias entre pasado y presente, y se distancian así de este tipo de recursos.

Caracterización

La descripción de caracteres en la historiografía antigua desempeñaba un papel muy importante. Si los sucesos ocurrían principalmente como consecuencia de las decisiones humanas –y este fue justamente uno de los aspectos que en un primer momento diferenció a la historia del mito–, se hacía, por tanto, necesario entender por qué se habían tomado esas decisiones y cómo eran esas personas que, actuando de una determinada manera, hacían historia. Parecía importante conocer la personalidad de Alcibíades para entender que los atenienses se hubieran lanzado a la dramática expedición de Sicilia en la guerra del Peloponeso (Tucídides, libros 6 y 7) y también observar los temperamentos de Catón y Escipión, quienes se enfrentaron al debate que finalmente decidiría el comienzo de la tercera guerra púnica (Tito Livio, libros 48 y 49).

El carácter de los personajes históricos

Se ha insistido mucho en la visión de la Antigüedad sobre el carácter como un fenómeno estable y casi inmutable en la persona. La idea de consistencia del carácter se entiende como el actuar coherente de alguien con lo que se conoce como su personalidad, educación o motivaciones internas. Ejemplos de esto encontramos a lo largo y ancho de la escritura histórica antigua (véanse Heródoto, 7.237.1; Polibio, 8.36.2-3; Tácito, *Hist.* 2.37). Si bien esta cierta inmutabilidad del carácter se da en general, esto no significa que siempre todas las caracterizaciones respondan a este principio, como si los antiguos no tuvieran el concepto de desarrollo o no aceptaran el cambio en el carácter. Por el contrario, las descripciones más profundas, y por ello tal vez más fascinantes, suelen ser de personajes en los que se dan a la vez elementos aparentemente inconsistentes y paradójicos con otros aspectos de su carácter, donde el vicio convive con la virtud o, más aún, donde un vicio se parece y se asemeja en algunas circunstancias a la virtud (véase el caso de Catilina en Salustio, 5). En sus caracterizaciones, los historiadores más sofisticados eran perfectamente conscientes de la interacción entre las tendencias enraizadas de una persona y el estímulo externo que podía hacer variar su actuar de acuerdo a esta tendencia, y algunos lo expresaron con marcada sutileza, como es el caso de Tácito al explicar las variaciones en el comportamiento de Tiberio a lo largo de su vida:

«Su conducta cambió con los tiempos: se distinguió por su vida y por su fama, tanto en los asuntos privados como en los cargos desempeñados bajo Augusto; fue reservado y engañoso para fingir virtudes mientras vivían Germánico y Druso; [...] detestable por su crueldad, pero encubría sus vicios mientras apreció o temió a Sejano; al final se lanzó simultáneamente a crímenes y bajezas, después que, perdido el temor y la vergüenza, sólo obraba según su naturaleza» (*Annales* 6.51).

Los historiadores tenían diferentes maneras de dar a conocer el carácter de sus personajes y esta variedad le otorgaba a la narración un toque de incógnita, como una sombra que siempre ha estado ahí, pero que se va revelando poco a poco. Por supuesto, la descripción directa del autor es la forma más obvia de caracterizar a un personaje, pero también encontramos a menudo una caracterización indirecta, ya sea a través de los discursos, como la que nos entrega Salustio sobre Mario en el discurso de este (*Guerra de Yugurta* 85), ya sea a través del mismo actuar de la persona a lo largo de la narrativa, como lo vemos con los ejemplos de celeridad y rapidez de César (*Guerras de las Galias* 1.37).

Funciones de la caracterización

La caracterización de los personajes en la escritura histórica de la Antigüedad tenía una función muy importante para la comprensión de por qué se actuaba como se actuaba, ayudando entonces a encontrar, en cierta medida, el sentido del desarrollo de los acontecimientos. Para los historiadores, más que las estructuras o fuerzas impersonales, el hombre era el agente de cambio en la historia y, por lo tanto, conocer su carácter tenía una relevancia incomparable. Pero, para los historiadores grecorromanos, la presentación y descripción de caracteres podía también ayudar a revelar el estilo propio del autor: el personaje aparece en un determinado momento atendiendo al orden y la disposición que conforma la estructura de la obra y desempeñando el papel que el autor le ha asignado en el relato histórico. En esto pueden verse, una vez más, los elementos de ordenamiento propios de la retórica presentes en la historiografía antigua.

Emociones y emulación

Otra característica derivada del vínculo entre historiografía y retórica es la importancia del agradar y conmover (Cic., *De fin.* 5.19.51). *Delectare* y *movere* era lo que un orador debía lograr para ser considerado exitoso, y eran legítimos objetivos para la historia también. Despertar emociones en los oyentes –como los oradores con sus discursos– era algo válido y razonable en la escritura histórica, siempre y cuando el autor suscitara los sentimientos apro-

piados en la audiencia, asegurándose de que los personajes con los que animaba a simpatizar merecieran realmente esa simpatía (o antipatía, según el caso). Las emociones causadas en la audiencia no sólo derivan del análisis histórico y moral, sino que también ayudan a reforzar y apoyar este análisis (Levene, 1997). Polibio, por ejemplo, no critica al historiador Filarco porque excite las emociones en su audiencia, sino porque exagera o inventa los hechos cuando los narra para lograr este objetivo:

«Por el deseo de suscitar en los lectores la compasión y conmoverlos con su relato, introduce en su narración mujeres que se abrazan, se arrancan los cabellos y se descubren el seno; y además lágrimas y lamentos de hombres y mujeres arrastrados junto con sus hijos y sus ancianos padres. Este es el método que sigue a lo largo de toda su historia, tratando de poner en cada episodio hechos terribles ante los ojos» (2.56.7-8). Es la exageración y la falta a la verdad histórica lo que se reprocha, no el que despierte una reacción o emoción en el lector.

Competitividad

La cualidad agonística de la oratoria también está presente en la historiografía antigua. Competencia y emulación aparecen claramente en las obras de los historiadores grecorromanos. Quizá el ejemplo más obvio es Tito Livio, porque él mismo lo dice sin escrúpulos:

«No sé con seguridad si merecerá la pena que cuente por escrito la historia del pueblo romano desde los orígenes de Roma, y aunque lo supiera no me atrevería a manifestarlo. Y es que veo que es un tema viejo y manido, al aparecer continuamente nuevos historiadores con la pretensión, unos de que van a aportar en el terreno de los hechos una documentación más consistente, otros de que van a superar con su estilo el desaliño de los antiguos. Como quiera que sea, al menos tendré la satisfacción de haber contribuido también yo, en la medida de mis posibilidades, a evocar los hechos gloriosos del pueblo que está a la cabeza de todos los de la tierra» (prefacio 1-3).

Livio compite y espera ser el mejor. El reto de Salustio es diferente, pero también está presente. Su desafío no es sólo con otros historiadores, sino también con los mismos actores de los hechos que está narrando: «Se me antoja especialmente arduo escribir historia; en primer lugar, porque hay que igualar hechos con palabras *[facta dictis exaequanda]*» (*Conjuración de Catilina* 3.2). En su rechazo al estilo ciceroniano está también compitiendo para intentar alcanzar, por otros medios, la gloria del orador. La competencia en la que Tácito está implicado es más sutil: después de la batalla de Accio no había historiadores que pudieran escribir historia propiamente tal, «primero, porque eran ignorantes en materia política ya que no era de su competencia; luego, porque

tenían un apasionado deseo de halagar, o también por odio a sus dominadores. Así, entre la hostilidad de un grupo y el servilismo del otro, la posteridad fue ignorada» (*Historias* 1.1). Con unas pocas palabras, Tácito se presentaba a sí mismo como mejor preparado que los historiadores anteriores para escribir historia (véase también Tucídides, 1.22.4). Está claro que la rivalidad con los predecesores y contemporáneos era un motivo común.

EL HISTORIADOR

«Porque no prometo tomar a cualquier hombre y transformarlo en historiador» (Luciano, *De hist. conscr.* 35). El historiador en la Antigüedad, salvo contadas excepciones, no era un profesional que se hubiera dedicado toda su vida a la escritura o un académico que, encerrado en su torre de marfil, produjera a ciertos intervalos obras históricas notables. Más bien era el hombre público o el político quien se transformaba en historiador.

Historia y experiencia

Varios siglos antes de Luciano ya lo había dicho Polibio (12.27.4-28.1). Es la experiencia y conocimiento que el historiador posee de los sucesos que narra –bélicos o civiles, pero siempre políticos– lo que le otorga autoridad al relato y también lo que justifica la manera con que el historiador intenta persuadir a su audiencia de que él es el más apto para contar esa historia.

«Opino que el mejor escritor de historia viene equipado de dos supremas cualidades: entendimiento político y poder de expresión; el primero es un don innato de la naturaleza; en cambio, la expresión puede conseguirse con mucha práctica, trabajo perseverante e imitación de los antiguos» (*De hist. conscr.* 34).

No era poco frecuente que el político que se retiraba de la vida pública, ya fuera por razones de edad o de desencanto personal, se dedicara a escribir historia; él era el que mejor y más adecuadamente podía hacerlo. Se podría decir que el escribir historia era visto casi sin solución de continuidad con la actividad pública aunque utilizara otros medios de expresión. Salustio, por ejemplo, habla de su paso de político a historiador sin ningún complejo (cfr. *Conjuración de Catilina* 3.3-4.2) e intenta además darle a su nueva ocupación –la escritura de la historia– el mismo peso que su servicio a la República en cargos políticos (cfr. *Guerra de Yugurta* 4.1-4).

El historiador-político

Como se verá en los perfiles individuales, casi todos los historiadores tratados, tanto griegos como romanos, habían tenido alguna participación activa en la vida pública de su ciudad o estado. La gran excepción es Tito Livio, que, si bien no era un político, a juzgar por su obra se puede decir que estaba especialmente provisto de ese «entendimiento político» que señala Luciano. Heródoto, Tucí-

dides y Jenofonte, por ejemplo, participaron en la vida de sus polis y hasta fueron exiliados de su patria por razones políticas, y casi todos los historiadores romanos o detentaron algún puesto del *cursus honorum* o fueron miembros del Senado de Roma.

Imparcialidad

«Antes que nada y sobre todo que su mente sea libre, que no tema a nadie ni espere nada, de lo contrario será como un mal juez que vende su veredicto para ganarse favores o satisfacer el odio» (*De hist. conscr.* 28).

El historiador en la Antigüedad también aspiraba a la imparcialidad. Esta era una cualidad que contribuía fuertemente a que el autor ganara credibilidad. Precisamente porque no se dejaba llevar por odios ni favoritismos, su relato sería más concordante con la verdad y, por lo tanto, más digno de ser creído. Casi todos los historiadores antiguos profesaban su imparcialidad en alguna parte de su obra más o menos explícitamente (véanse Dionisio de Halicarnaso, *Antigüedades romanas* 1.4.3; Salustio, *Conjuración de Catilina* 4.2; Tácito, *Historias* 1.1).

La crítica de las fuentes

El historiador no sólo intenta ser imparcial, sino que también se presenta como la persona con el conocimiento adecuado para juzgar la veracidad de sus fuentes. Polibio, por ejemplo, señala que, siendo imposible la omnipresencia del historiador en todos los acontecimientos, es necesario dar crédito sólo a las fuentes fidedignas y ser un crítico hábil de sus referencias (Polibio, 12.4c.5). Tito Livio, por otra parte, a quien a veces se ha acusado de ser crédulo y poco riguroso con los datos tomados de sus predecesores, tiene muchos pasajes en su obra donde cuestiona sus fuentes. Especialmente manifiesto es cuando dice:

«No resulta fácil decidirse por un hecho frente a otro ni por un autor frente a otro. Creo que la historia fue alterada en los elogios fúnebres y en las falsas inscripciones de los retratos, al inclinar a su favor las familias la fama de sus hazañas y los cargos con mentiras que inducen a error; de ahí, sin duda, la confusión entre las gestas individuales y los vestigios históricos públicos; no queda además ningún escritor de la época en cuya autoridad basarse con seguridad suficiente» (8.40.4-5).

El historiador como autor

Como todo narrador, el autor de una historia también puede estar más o menos presente en su texto. Los historiadores romanos, por ejemplo, son menos dados que los griegos a dar detalles propios o a aparecer de una manera explícita en la narrativa. Su presencia se puede advertir a veces en el prólogo o en una manera impersonal de juzgar los acontecimientos. Los griegos, en cambio, generalmente están más activos a lo largo de todo el relato, presentándose en las primeras páginas, haciendo participar al lector de lo que ha sido su tarea como historiador y dando opiniones personales. Heródoto es quizá el narrador que más interrumpe su

narración dando a conocer cómo realiza su oficio de historiador: «Pero si yo quisiera decir por qué los consideran sagrados [a los animales], con mi discurso bajaría a temas divinos, y yo evito mucho discutirlos. Cuando los rozo y en consecuencia he narrado algo así, he hablado cogido por la necesidad» (*Historias* 2.64).

Muchas de las características presentes en los autores de relatos épicos pueden verse también en el historiador antiguo: como narrador omnisciente tiene acceso a los pensamientos y emociones de sus personajes (véase, por ejemplo, Salustio, *Guerra de Yugurta* 13.5, 89.2); organiza, controla y explica los sucesos que narra, dando el contexto necesario cuando es preciso hacerlo (véase, por ejemplo, la llamada «arqueología» de Tucídides en 1.1-19 o el prólogo de Apiano, 1.1-14). La persona del autor de una narración histórica acarrea además una importancia para el significado del texto, porque es en gran parte su voz la que nos hace creer que lo que leemos puede ser relevante para nosotros. El delicado y sutil juego de la voz del historiador puede hacer que el lector atienda a ese relato en particular, con sus juicios e interpretaciones, precisamente porque confiamos en ese autor como narrador (Dewald, 2007).

La audiencia

Nos ilustra también otros aspectos sobre la preparación del historiador el saber para quién escribía su obra o, dicho de otra manera, quiénes eran sus lectores. El público de la historia se relacionaba directamente con el objetivo para el que era escrita: el conocimiento del pasado para sacar lecciones en el presente, ya fueran políticas, estratégico-militares o, por supuesto, morales. Las narraciones históricas eran leídas por políticos, por hombres públicos y, en general, por el grupo culturalmente más privilegiado de la sociedad, aunque esto no impedía que hubiera instancias donde también los sectores más populares pudieran enterarse de los contenidos de estas narraciones. Dada la dificultad y el costo que implicaba cada copia de un libro en la Antigüedad, esto se realizaba muchas veces con lecturas en voz alta ante un grupo de personas reunidas para tal fin.

Con el tiempo, la función educativa de la historia se amplió y esta se empezó a estudiar además en las escuelas de retórica. Las obras de los historiadores fueron aquí, primeramente, modelos a seguir por su estilo, pero también funcionaron como vehículos para expresar un contenido ético proveyendo de todo tipo de ejemplos a sus lectores.

MÉTODO Y FUENTES

Si bien el método del historiador antiguo ha quedado en parte perfilado al referirnos a la historia como investigación y al uso de los recursos retóricos, parece necesario explicitar un poco más cuál

consideraban los mismos historiadores del periodo clásico su procedimiento o método al escribir historia. Tal vez sea oportuno destacar que en la Antigüedad no existía algo como el «método científico» aplicado a la historia; este es más bien un concepto propio de la modernidad (que se explicará con detalle más adelante). Cuando se dice, por ejemplo, que Tucídides es más «científico» que su predecesor Heródoto, se quiere dar a entender que Tucídides es capaz de señalar una evidencia más confiable o creíble para sus afirmaciones y explicaciones que las que Heródoto entrega en algunas partes de su relato, especialmente cuando se basa en oráculos o sueños.

El método histórico

El texto ya citado de Luciano (*De hist. conscr.* 47-48) nos habla de la necesidad de contar con un método de indagación que garantice la conformidad de lo que se narra con los hechos sucedidos. Esto en un primer momento se consiguió por la vía oral: relatos contados por testigos oculares o conservados en la memoria por sus descendientes, recogidos en viajes y entrevistas, que luego eran recopilados y ordenados. Más tarde, el documento escrito se consideró como una fuente muy valiosa para obtener cierto tipo de información, como la forma de gobierno de las ciudades, medidas tomadas por la autoridad –como la declaración de la guerra o de la paz– y otros aspectos oficiales de la vida de un estado. También las inscripciones, los escritos públicos y las obras de otros historiadores serían fuentes comunes para que el historiador tuviera material con el cual construir su relato. Aunque él no podía «probar» todo lo que afirmaba, sí se le pedía que entregara algún tipo de evidencia que convenciera al lector y que pudiera ser rastreada por este, al menos en parte, para verificar las interpretaciones que hacía el historiador.

Ciertamente uno de los principales problemas para llegar a las fuentes de información en la historiografía clásica, y de esa manera entender mejor cómo funcionaba su metodología, es que los historiadores griegos o romanos no acostumbraban citar consistentemente las fuentes que habían utilizado para presentar su versión de los sucesos históricos. Precisamente porque es muy difícil contar cómo un historiador antiguo construye o compone cualquier parte de su narrativa, con bastante frecuencia –sobre todo a partir del siglo XIX– ha habido una tendencia a ser condescendientes con ellos, a mirarlos «por encima del hombro» por no responder a la idea científica de la veracidad y exactitud en la historia.

Historiadores clásicos e historiadores modernos

En la actualidad todavía existe un acalorado debate sobre si el historiador antiguo trabaja del mismo modo que el moderno. La postura más conservadora señala que el historiador de todos los tiempos ha hecho siempre esencialmente lo mismo (Fornara, 1983; Brunt, 1993b; Cornell, 1995). El historiador antiguo, como el moderno –señala este grupo de académicos–, también se veía a sí mis-

mo componiendo un recuento verdadero de los hechos y, por lo tanto, el ingrediente principal de su actividad histórica era la investigación. La otra postura plantea, por el contrario, que el impacto de la educación retórica habría sido de tal magnitud que habría afectado completamente la aproximación al pasado y al registro que de él hacían los antiguos (véanse especialmente Wiseman, 1979 y Woodman, 1988). La retórica como forma de segunda educación –dicen ellos– habría dejado sus marcas en la literatura y, muy particularmente, en la historiografía, llegando a ser el centro mismo de la escritura histórica. Los historiadores clásicos, llevando la marca de la oratoria, aparecían como responsables de un pensamiento no histórico o *unhistorical thinking*, especialmente revelado en las composiciones de discursos, en el completar la narrativa con consideraciones plausibles, pero inventadas, y en los préstamos y peticiones de ayuda a otros géneros literarios. Este sería el maquillaje de la historia o, como señala Wiseman, los «cosméticos de Clío» (Wiseman, 1979, pp. 41-53).

Sin embargo, este requerir de otras áreas de la literatura o recurrir a las técnicas oratorias para hacer más clara la narración histórica no significaba necesariamente mezclar estos aspectos con el propio objeto de estudio y método de la historia. Es más, Luciano reprocha a quienes los confunden: «Esos escritores parecen no estar conscientes de que la historia tiene un objetivo y unas reglas distintas de la poesía. En el caso de esta última, la libertad es absoluta y hay una sola ley: la voluntad del poeta» (*De hist. conscr.* 8). El que el historiador no posea esa libertad absoluta a la hora de escribir nos habla precisamente de un método no basado en la imaginación, sino rigurosamente fundamentado –aunque los estándares de rigor varíen según cada autor– en la realidad de los hechos. No es necesario, por tanto, distinguir «esencialmente» la historiografía clásica de la moderna; más bien se concluye que, de alguna manera, el historiador de todos los tiempos, quizá inconscientemente, busca persuadir con fuerza a través de nuevos argumentos, presenta la evidencia en una disposición que favorece su propia causa, ataca, defiende y dispone al lector a tomar partido por una opinión. La retórica, el arte de hablar bien, como instrumento o como arma es en sí algo neutro, todo depende de cómo y para qué se utilice. En este sentido, aplicada a la historia, la retórica no es sinónimo de insinceridad, sino que es una herramienta primordial para interpretar, decodificar y traer los hechos al presente de una manera adecuada. Se puede decir entonces que, más que la esencia del método histórico, lo que ha cambiado es el centro de atención.

En esta primera sección del libro se ha visto conveniente presentar, por orden y claridad, los perfiles de los autores griegos y

romanos al final de la parte que da cuenta de la naturaleza y características generales de la historiografía antigua. Sin embargo, es importante considerar que esto no significa una presentación que implique una especie de «desarrollo cronológico» de los historiadores, como si se fuera avanzando en el tiempo hacia la cumbre de la escritura histórica con una mirada teleológica, sino que, por el contrario, lo que se intenta destacar es la pluralidad de estilos históricos. La variedad de la historiografía clásica –al igual que la de los demás periodos históricos– no puede ser reducida a fórmulas de progresiones o regresiones lineales. Como se muestra en los breves estudios que presentamos a continuación, los diferentes historiadores tenían distintas preocupaciones, temáticas, modos de construir su narrativa, y no se desprende de ello, por lo tanto, un desarrollo uniforme de la historiografía. La escritura de la historia es, en cierto modo, dependiente de las preocupaciones contemporáneas y, a la vez, responde en alguna medida a las necesidades de su tiempo. Los historiadores griegos y romanos –como los de hoy– también formaron parte de su propio contexto histórico y miraron al pasado para comprender su presente.

LA HISTORIA EN GRECIA

Historia y poesía épica

Como todos los géneros de la literatura griega, la historia también se vio influenciada por los poemas homéricos. El narrador de la *Ilíada* y la *Odisea*, si bien cantaba un poema, tenía lógicamente un gran sentido histórico, pues narraba grandes hazañas que habían ocurrido en un tiempo pasado. Podemos ver que ciertas características de estos poemas se repiten en la escritura histórica –que se desarrolla bastante más tardíamente que la poesía–, por ejemplo, la narración en tercera persona, la adopción de un lenguaje formal y elevado y, sobre todo, la conmemoración e inmortalización de acontecimientos pasados para que no caigan en el olvido y sus actores no se queden sin su merecida fama. Aunque la historiografía seguiría un camino distinto al de la poesía épica, no se puede negar que los primeros historiadores griegos, de alguna manera, compiten también con Homero cuando escriben sus narraciones para la posteridad.

Los logógrafos

Los primeros cronistas que desarrollaron un tipo de escritura histórica en Grecia aparecieron en el siglo VI a.C. y fueron conocidos como «logógrafos». Su nombre vino de *lógos*, tomado en el sentido de relato o narración, y *gráphein*, que quiere decir escribir. Ellos son los que precedieron a Heródoto en narraciones de tipo histórico, pero no han sido considerados como historiadores propiamente tales, principalmente porque la crítica que ejercieron

sobre sus fuentes fue muy escasa. Casi todos provenían de Jonia, en Asia Menor, y por lo tanto escribieron en el dialecto jonio –al igual que Heródoto– y preservaron un carácter poético siguiendo el modelo épico: narraban principalmente fundaciones de ciudades y sus tradiciones, genealogías de las clases gobernantes, costumbres y modos de vida de diferentes pueblos. Entre ellos se cuenta a Helánico de Lesbos, que escribió cronologías y obras de geografía, principalmente de la región de Ática, en las que se esforzó por distinguir mitología de historia. Otros logógrafos fueron Xantos de Sardes, uno de los primeros en escribir sobre la historia de Lidia, y Hecateo de Mileto.

Hecateo de Mileto

Quizá sea Hecateo el logógrafo más importante y cercano a Heródoto en escritos con contenido histórico. Al parecer habría vivido entre los años 550 y 480 a.C., pero la información que tenemos de él es muy escasa para dar fechas con seguridad. Sabemos que escribió al menos dos obras en prosa, que hoy se encuentran perdidas, salvo algunos fragmentos: *Periégesis (Viaje alrededor del mundo)* y *Genealogías*. En la primera, Hecateo ofrece información sobre el mundo conocido alrededor del Mediterráneo y mar Negro, empezando por el estrecho de Gibraltar y siguiendo con Europa y luego Asia, para terminar en Marruecos, África. En cada uno de los lugares tratados, Hecateo entrega no sólo una descripción de la tierra y los pueblos que la habitan, sino también una brevísima historia. Las *Genealogías*, en cambio, si bien no abandonan totalmente las historias maravillosas y relatos insólitos, son un intento de racionalizar y dar consistencia al conjunto de mitos que componían el cuerpo de la tradición griega acerca de su pasado, tal como lo anuncia él mismo en el prólogo: «Hecateo de Mileto cuenta *[mutheîtai]* esto: lo que yo escribo aquí es lo que a mí me parece verdadero, pues los escritos de los griegos son, en mi opinión, múltiples y ridículos» (Jacoby, *Fr.Gr.Hist.* 1).

Heródoto, Tucídides y Jenofonte

El objeto de la historia y el modo de escribirla se perfiló en Grecia de manera más definida a partir de Heródoto (*ca.* 484-*ca.* 425). Fue él quien estableció unos primeros principios que luego consolidarían a la historia como un tipo específico de representación escrita de los acontecimientos del pasado. A la narración de las guerras médicas entre griegos y persas de Heródoto la siguió el relato de la guerra del Peloponeso entre Atenas y Esparta escrito por Tucídides (*ca.* 460-*ca.* 398 a.C.). Sería este historiador ateniense junto con su predecesor, Heródoto, y su sucesor, Jenofonte (*ca.* 430-*ca.* 354 a.C.), quienes abarcarían la historia de Grecia desde su periodo de esplendor en el siglo V a.C., luego del triunfo sobre los persas, pasando más tarde por las hegemonías ateniense, espartana y tebana hasta los inicios del surgimiento de Macedonia como potencia a mediados del siglo IV. El interés de estos tres

historiadores fue dejar un registro de los hechos memorables que habían ocurrido con la intención no sólo de recordar sino, también, de dar un sentido a los acontecimientos.

Heródoto

> «En lo que sigue Heródoto de Halicarnaso expone el resultado de sus averiguaciones, para evitar que con el tiempo se borre de la memoria lo ocurrido entre los hombres y así las hazañas, grandes y admirables, realizadas en parte por los griegos y en parte por los bárbaros, se queden sin su fama, pero ante todo para que se conozcan las causas que les indujeron a hacerse la guerra.»
>
> *Historias* 1.1

En la introducción a los llamados *Nueve libros de la historia* de Heródoto, llaman la atención algunas palabras que serán clave para entender la nueva disciplina que aquí se presenta. La primera, sin duda, es «averiguación» *(historíe)*, que es precisamente como el autor elige distinguir su trabajo del de sus predecesores, especialmente los poetas épicos. Heródoto narra –como Homero– grandes hazañas del pasado, pero su obra no ha visto la luz gracias a la inspiración de una musa, sino que ha sido el fruto, primero, de un proceso de recolección de información y, luego, de la elaboración de la misma en una narración continua y con sentido. La búsqueda de «causas» *(aitíai)*, que tendrán a su vez sus correspondientes efectos, es una de las razones que mueve a Heródoto a realizar este trabajo, así como también el poder guardar en la memoria la justa «fama» *(kléos)* de los hombres que han participado de grandes acontecimientos.

Método

Heródoto (*ca.* 484-425 a.C.), nace en Halicarnaso, una ciudad griega en la costa de Asia Menor, que en ese momento se encontraba bajo el control de Persia y de la que es exiliado más tarde por haber participado en algunas luchas políticas. Este hecho, sumado a la curiosidad natural de Heródoto, lo lleva a viajar y a recorrer tierras lejanas y exóticas, circunstancia que repercutirá fuertemente tanto en el método como en el contenido de su obra histórica. En el método porque Heródoto recoge su información principalmente de lo que él mismo ha podido ver e investigar en el curso de sus viajes y, si no puede recogerla en primera persona, lo hace a través de fuentes orales y lo que le cuentan los mismos nativos de los sitios que visita; en el contenido porque incorporará historias menores de gran colorido local –a veces bastante sensacionalistas– que se alejarán un tanto del objetivo principal de su obra, que es narrar las causas del conflicto entre griegos y persas. Cronologías sucesorias de reinos, datos etnográficos de pueblos vecinos y una descripción detallada de su geografía muestran a un Heródoto profundamente abierto e interesado por conocer los orígenes y características de distintos pueblos bárbaros como los persas, escitas, babilonios y egipcios. Sin embargo,

este interés no sobrepasará el de transmitir otros grandes temas que le preocupan: la inestabilidad de la fortuna humana, la justicia retributiva, la acción de lo sobrenatural en el mundo, las diferencias entre lo griego y lo bárbaro, y los niveles de causalidad que presentan los acontecimientos humanos.

Heródoto está constantemente contando al lector cómo y de dónde ha sacado la información de sus investigaciones y no deja de registrar los desacuerdos que hay entre las fuentes o la credibilidad que le merecen, como si quisiera hacer patente el esfuerzo que ha supuesto dar forma a su obra. Es un autor que está muy presente en la narración a través de intrusiones frecuentes y directas que pueden darse como comentarios generales, juicios de alabanza o reprensión, expresiones de incredulidad o conjeturas de motivaciones.

Historicidad

Las *Historias* de Heródoto, aunque no rechazan por completo la presencia de lo sobrenatural en el mundo, pueden ser consideradas como una muestra del momento intelectual que se vivía en Grecia en el siglo V a.C. El intento serio del autor de pasar del *mito* al *lógos* se ve reflejado, por ejemplo, en el análisis de tono científico de las fuentes del Nilo (2.19-27), el debate constitucional sobre la mejor forma de gobierno (3.80) o las razones de la defensa de Atenas como salvadora de Grecia (7.139).

Legado

A pesar de lo señalado, la reputación de Heródoto ha variado en el tiempo. Por algunos ha sido considerado como un serio practicante del oficio de historiador en sus rasgos más esenciales, que se reflejan en buscar la explicación de unos hechos pasados y de preservarlos en la memoria. Para otros, en cambio, la narración que él hace de diversos sucesos se acercaría más a lo fantástico, y lo han aproximado más a un escritor de ficción interesado en narrar detalles sensacionalistas que a un historiador propiamente tal. Afortunadamente, podemos decir que la disyuntiva de elegir entre un Heródoto «confiable» y un «cuentacuentos», se encuentra hoy casi totalmente superada en los sectores académicos, pues no interesa tanto refutar los errores, inexactitudes y exageraciones que pudiera haber como analizar y valorar la obra en su conjunto, su apertura temática o la complejidad del material trabajado. No sin razón llamó Cicerón a Heródoto el «Padre de la Historia» (*De legibus* 1.5).

Tucídides

Ya desde la Antigüedad misma, Tucídides ha sido considerado como el más grande de los historiadores y el más digno de ser emulado. Su declaración de principios al comienzo de su única obra, la *Guerra del Peloponeso*, lo pone a un nivel casi «científico» y es así

como se le ha visto hasta nuestros días. La densidad del contenido de este texto ha servido no sólo para elaborar una definición de historia, sino también para mostrar la seriedad y compromiso con que un autor que escribe historia se debe relacionar con su obra.

> «En cuanto a los acontecimientos que tuvieron lugar en la guerra, no creí oportuno escribirlos enterándome por cualquiera ni guiándome por mi opinión, sino que relaté cosas en las que yo estuve presente o sobre las que interrogué a los otros con toda exactitud posible. La verdad fue hallada con trabajo, porque los testigos de cada suceso no decían lo mismo acerca de las mismas cosas, sino de acuerdo con las simpatías y la memoria de cada uno. [...] Para una lectura pública, la falta de color mítico de esta historia parecerá un tanto desagradable; pero me conformaría con que cuantos quisieran enterarse de la verdad de lo sucedido y de la de las cosas que alguna otra vez hayan de ser iguales o semejantes según el comportamiento humano, la juzguen útil. Pues no es una obra de concurso que se destina a un instante, sino que es una posesión para siempre.»
>
> *Guerra del Peloponeso* I.22.2-4

Tucídides (*ca.* 460-*ca.* 398 a.C.) es el primer historiador, del que tenemos registro, que narra hechos contemporáneos a sí mismo. Él, como aristócrata ateniense involucrado con su polis, participa activamente en el conflicto contra Esparta y narra los hechos de la guerra cuando esta aún no ha terminado. Es, por tanto, testigo presencial de una gran parte del desarrollo de las operaciones y, cuando no lo es, puede recurrir a otros testigos oculares vivos. Esto le dio –y le sigue dando– una enorme autoridad y credibilidad como historiador. Tucídides se contagia con la peste que azotó Grecia entre los años 430 y 427, pero se recupera y llega a comandar la expedición que tenía como misión salvar a la ciudad de Amfípolis de manos del general espartano Brásidas. El intento fracasa y Tucídides es enviado al exilio. Sólo vuelve a Atenas una vez que ha terminado la guerra, veinte años más tarde, en el 404 a.C., y muere con su obra inconclusa.

El historiador-testigo

Las nuevas valoraciones sobre la complejidad de la narrativa histórica han hecho que hoy el análisis de la obra de Tucídides no se centre sólo en la consideración de la veracidad y confiabilidad de su relato para reconstruir la guerra entre Atenas y Esparta (431-404 a.C.), sino también en la demostración de su capacidad como artista literario. Una de sus técnicas más efectivas es el papel que le otorga a la focalización, que, como ya se ha dicho, se refiere a la habilidad para presentar las acciones y deliberaciones desde el punto de vista de los mismos participantes. Tucídides, además, retrata los caracteres muy vívidamente; es un maestro para describir emociones y adscribir motivación e intencionalidad a sus personajes históricos. Los discursos, que desempeñan un papel principalísimo en la obra de Tucídides, van a ser el medio con el que el autor elija explicar realidades complejas a los lectores, como se puede ver en uno de los discursos de Pericles (el favorito de Tucídides), que ante sus compatriotas atenienses explica el concepto de democracia:

La maestría de la narración

«Tenemos un régimen político que no envidia las leyes de los vecinos y somos más bien modelo para algunos que imitadores de los demás. Recibe el nombre de democracia, porque se gobierna por la mayoría y no por unos pocos; conforme a la ley, todos tienen

iguales derechos en los litigios privados y, respecto a los honores, cuando alguien goza de buena reputación en cualquier aspecto, se le honra en su comunidad por sus méritos y no por su clase social; y tampoco la pobreza, con la oscuridad de consideración que conlleva, es un obstáculo para nadie, si tiene algún beneficio que hacerle a la ciudad. [...] Practicamos la libertad tanto en los asuntos públicos como en los mutuos recelos procedentes del trato diario, y no nos irritamos con el vecino, si hace algo a su gusto, ni afligimos a nadie con castigos, que no causan daño físico, pero resultan penosos a la vista. Y así como no nos molestamos en la convivencia privada, tampoco transgredimos las leyes en los asuntos públicos, sobre todo por temor, con respeto a los cargos públicos de cada ocasión y a las leyes y, entre estas, particularmente a las que están puestas en favor de las víctimas de la injusticia. [...] En resumen, afirmo que Atenas es la escuela de Grecia» (2.37-41).

Historicidad

La cuestión de la historicidad de este tipo de discursos intercalados en la obra de Tucídides ha sido debatida largamente, pero no se ha llegado a una conclusión definitiva (véase al mismo Tucídides en 1.22.1). Lo que sí se puede ver es que la selección de temas y frases, junto con la disposición y lugar del discurso en el relato, ya llevan consigo una interpretación, es decir, lo que el autor ha considerado importante guardar para la posteridad: temas esenciales como libertad, necesidad, razón, imperialismo, fuerza y condición humana. Los dioses aquí no desempeñan ningún papel; es el hombre, con su capacidad de sufrir y hacer sufrir, el responsable de la guerra. La profundidad del pensamiento de Tucídides hará que en adelante la historia no sea sólo recuerdo o narración, sino también una materia de honda e intensa reflexión.

Jenofonte

Jenofonte (*ca.* 430-*ca.* 354 a.C.) sigue el modelo de Tucídides, y continúa con las narraciones en que el autor relata su propio tiempo presente. En sus *Hellenica*, Jenofonte, que sirvió en el cuerpo de caballería ateniense en la guerra del Peloponeso, completa la historia que su predecesor no había podido terminar; tanto es así que las primeras palabras de esta obra son: «después de estas cosas...» *(metá dé taûta)*, como para realzar su propósito de continuidad con Tucídides. La *Anábasis (Marcha tierra adentro)* narra la expedición del candidato al trono de Persia, Ciro, al corazón de Asia. Jenofonte desempeña aquí un papel más importante todavía, especialmente una vez que ha muerto Ciro y los griegos que lo acompañaban deciden volver a su patria, pero ni saben el camino, ni son lo suficientemente poderosos para defenderse del rey Artajerjes. Jeno-

fonte será elegido para dirigir al ejército de vuelta a Grecia, misión bastante honorífica y arriesgada, que el autor relatará en tercera persona y sin excesiva grandilocuencia.

Jenofonte fue un autor no sólo de obras históricas, sino también muy prolífico en otros géneros de trabajos, donde se puede percibir cierta influencia del pensamiento de Sócrates (a quien Jenofonte habría conocido personalmente), especialmente en sus tratados políticos, morales y didácticos: *Ciropedia*, *Apología*, *Simposio*, *Constitución de los espartanos*, *Sobre la caballería*, entre otros.

«Cuando se hacían estas reflexiones volvieron los ojos hacia Jenofonte. Los capitanes le dijeron, acercándose a él, que así pensaba el ejército y, poniendo de relieve cada uno su afecto por él, trataba de convencerle para que aceptara el mando. Jenofonte, por una parte, lo quería, en la creencia de que así se incrementaría su estima entre los amigos y su nombre llegaría con más grandeza a su ciudad. Además, quizá podría hacer también algún bien para el ejército. Tales reflexiones lo incitaban a desear llegar a ser jefe con plenos poderes. Pero, cuando reflexionaba que es incierto para todo hombre cómo será el futuro y que, por esto, incluso corría el riesgo de perder la fama adquirida con anterioridad, dudaba.»

Anábasis 6.1.19-22

Historiadores helenísticos

Otros historiadores griegos del siglo IV a.C. se caracterizan también, como Jenofonte, sobre todo por la fuerte herencia que reciben de Tucídides. Tanto la temática tucidídea –continuación de la historia de Grecia después de la guerra del Peloponeso– como su emulación estilística (aunque con bastante distancia) pueden verse en una serie de *Hellenica*, o *Sobre cosas griegas*, como las de Teopompo, las *Hellenica* de Oxyrrinco, de autor desconocido, y en otros autores como Calístenes, Filarco, Éforo o Timeo. Algunos de estos historiadores helenísticos han sido juzgados por la crítica como menos preocupados por referir los hechos históricos tal cual ocurrieron y más interesados en contarlos muy bien adornados estéticamente, incluso «trágicamente», para lograr mover las emociones del lector. El uso de técnicas retóricas para la persuasión varió según los autores, pero en algunos casos se habría llegado al abuso de estos recursos y los mismos contemporáneos no dudaron en denunciarlo, como puede verse en el ataque que hace Polibio contra Timeo o Filarco en sus *Historias* (libro 12).

Historiadores griegos bajo Roma

En el año 168 a.C. la batalla de Pidna pone fin a la guerra entre Roma y Macedonia. Perseo, rey de Macedonia, es derrotado y con él cae también su monarquía. El triunfo romano se afianzaría todavía más con la victoria sobre la ciudad de Corinto en el 146 a.C. La conquista de Grecia por parte de Roma fue un acontecimiento que, de alguna manera, cambió el modo de enfocar de la historia griega. Si bien es cierto que algunos historiadores griegos continuaron escribiendo sólo sobre Grecia en sus *Hellenica*, otros, principalmente aquellos que tuvieron contactos personales con Roma, se abrieron a contar y explicar el desarrollo histórico de la nueva potencia del

Mediterráneo. Estos historiadores buscaron establecer conexiones o relaciones entre su propia patria y la de los conquistadores y, aunque todos ellos escriben en griego y para un público mayoritariamente griego, eran conscientes de que también serían leídos por la elite romana más culta, que se manejaba con soltura en esta lengua. En algunos casos, se dieron acérrimos defensores de la política romana, como Dionisio de Halicarnaso o Apiano, pero también otros fueron más críticos y menos halagadores con Roma, como Plutarco. Sin duda, el historiador griego más destacado que escribiera historia de Roma fue Polibio.

Polibio

Después de la batalla de Pidna, Grecia pasó a formar parte del Imperio romano y muchos griegos fueron deportados a Roma. Polibio de Megalópolis (*ca.* 200-*ca.* 118 a.C.) fue uno de estos griegos cultos que se estableció en Roma y llegó a convertirse en un referente intelectual de la época; se hizo amigo y mentor de Escipión Emiliano y probablemente lo acompañó en sus campañas a España y África. En el 146 a.C. presenció, también junto a Escipión, la destrucción total de Cartago, que decidió finalmente el término de las guerras púnicas a favor de Roma.

> «Porque la propia originalidad de los hechos acerca de los cuales nos hemos propuesto escribir basta para atraer y estimular a cualquiera, joven y anciano, a la lectura de nuestra obra. En efecto, ¿puede haber algún hombre tan necio o negligente que no se interese en conocer cómo y por qué género de constitución política fue derrotado casi todo el universo en cincuenta y tres años no cumplidos, y cayó bajo el imperio indiscutido de los romanos? Se puede comprobar que antes esto no había ocurrido nunca.»
>
> *Historias* I.1.5

La intensa carrera de Polibio y su participación en asuntos políticos, diplomáticos y militares hacen natural que le exija al historiador ideal no sólo una formación en las más diversas áreas, sino sobre todo una preparación basada en la actividad y experiencia política. Este será un aporte notable al pensamiento historiográfico, pues Polibio es explícito en señalar que la historia ciertamente debe dar enseñanzas morales, pero que debe también tener una utilidad política y enseñar el arte del gobierno a los más jóvenes. Este objetivo sólo se lograría si el que narra la historia es él mismo un buen político. Así se explicaría el interés de Polibio por analizar con detalle la constitución de Roma, ya que ella sería en gran parte la causa de la grandeza y durabilidad de su imperio.

Unidad política y moral

El libro sexto de las *Historias* –clave para entender toda la historia de Roma– explica los tipos de gobiernos siguiendo el modelo aristotélico y presenta la teoría del ciclo de constituciones o «anaciclosis». Según Polibio, la constitución romana era la más perfecta porque reunía en uno solo los tres tipos de gobiernos puros y esto le daba una estabilidad inigualable:

«Así pues, estas tres clases de gobierno que he citado dominaban la constitución y las tres estaban ordenadas, se administraban y repartían tan equitativamente, con tanto acierto, que nunca nadie, ni tan siquiera los nativos, habrían podido afirmar con seguridad si el régimen era totalmente monárquico, aristocrático o democrático. Cosa muy natural, pues si nos fijáramos en la potestad de los cónsules, nos parecería una constitución perfectamente monárquica y real; si atendiéramos a la del senado, aristocrática, y si consideráramos el poder del pueblo, nos daría la impresión de encontrarnos, sin duda, ante una democracia» (6.11.11-12).

Historia universal

Estudiar el tema de la dominación romana, expandida por todo el Occidente conocido, da pie a que Polibio pueda decir que escribe una «historia universal» *(kathólou)*, no sólo porque trata la historia de todo el mundo habitado *(oikouméne)*, sino especialmente porque los acontecimientos parecen moverse hacia un fin común; los sucesos analizados permiten una visión de conjunto que forma un todo coherente.

La fortuna

Aunque Polibio generalmente puede señalar, y sobre todo explicar, las causas de los acontecimientos que suceden al hombre, también la fortuna desempeñará en su obra un papel importante. La fortuna o *týche* tendrá en Polibio diferentes significados, que van desde el más neutro e impersonal azar o suerte, hasta la cuasi divinidad que formula el plan que dirige y guía el curso de los asuntos humanos. Pero la fortuna, por tanto, al no ser totalmente racional, no será invocada por Polibio como explicación causal de nada.

Polibio fue el primer griego que presentó el poderío y la grandeza de Roma a sus compatriotas, quizá en un intento de acercar el vencido al vencedor y de mostrar los fundamentos de la superioridad de este último, aunque no por eso dejó de señalar y alertar los posibles peligros que conllevaba esta misma grandeza.

Dionisio, Diodoro, Apiano, Arriano

Dionisio de Halicarnaso

Varios fueron los griegos que continuaron en la tradición de Polibio y se dedicaron a contar la historia de Roma no sólo en un afán de informar al mundo de habla griega, sino también atraídos por el proceso de desarrollo del Imperio romano como tal. Un representante de esta tendencia en el siglo I a.C. fue Dionisio de Halicarnaso (*ca.* 60-*ca.* 7 a.C.), que vivió en Roma como profesor de retórica y escribió una historia de Roma en veinte libros: *Antigüedades romanas*. Lamentablemente no ha sobrevivido la obra completa y sólo tenemos la narración desde las leyendas fundacionales romanas hasta el inicio de las guerras púnicas. A veces se le ha criticado a Dionisio el presentar en su obra una mirada de-

masiado positiva hacia Roma, derivando esta casi en un panegírico de sus virtudes. Otro escrito muy interesante de Dionisio es su *Sobre Tucídides*, que es uno de los pocos tratados de la Antigüedad en que un historiador critica y analiza formalmente la obra de otro historiador.

Diodoro

Diodoro Sículo, también del siglo I a.C., narra en su *Biblioteca* la historia del mundo conocido desde sus orígenes míticos hasta el año 60 a.C. A partir del relato sobre Filipo de Macedonia el texto se vuelve fragmentario; sin embargo, para algunos acontecimientos individuales de la historia de Grecia, Sicilia o Roma, se considera que Diodoro arroja importantes luces.

Apiano

A fines del siglo I d.C. aparece la figura destacada de Apiano (*ca.* 95-*ca.* 165), historiador griego nacido en Alejandría que obtuvo la ciudadanía romana y fue un ferviente admirador de Roma. Apiano establece como causa del éxito romano las virtudes de su gente, especialmente la paciencia, la firmeza y la moderación. Su obra está estructurada etnográficamente y trata individualmente a cada pueblo que fue conquistando Roma: los samnitas, los celtas, los cartagineses, entre otros. El relato que hace Apiano en sus *Guerras Civiles* es particularmente importante para nosotros ya que la mayoría de las fuentes sobre este tema se encuentran desaparecidas.

Arriano

Del mismo siglo es Arriano (*ca.* 86-*ca.* 170), quien se identificaba a sí mismo como un «segundo Jenofonte», especialmente por el estilo. La mayoría de sus obras se encuentran hoy perdidas, pero contamos con algunos fragmentos muy interesantes que narran las campañas de conquista del emperador Trajano en Oriente y otros fragmentos sobre Alejandro Magno. Otros ejemplos destacados de historiadores griegos que narran la historia de Roma son Plutarco y, ya en el siglo III d.C., Dión Casio.

Plutarco

Siempre dentro de la categoría de griegos que escriben sobre la historia de Roma, aunque en un género distinto, encontramos a Plutarco. Nacido en Queronea alrededor del año 50 d.C., Plutarco desarrolló el género biográfico y, por lo tanto, son «vidas» *(bíoi)* lo que él nos entrega y no historia propiamente, como señala en el prefacio a las vidas de Alejandro Magno y Julio César.

La primera obra de Plutarco fue la *Vida de los emperadores romanos*, que iba desde Augusto hasta Vitelio, pero de la cual no nos queda más que la biografía de los emperadores Galba y Otón.

Las *Vidas paralelas*

Fueron, sin duda, sus *Vidas paralelas* las que le atrajeron fama y popularidad incluso ya en el mundo antiguo. La originalidad de

> «Habiéndonos propuesto escribir en este libro la vida de Alejandro y la de César (el que venció a Pompeyo) por la muchedumbre de hazañas de uno y otro, una sola cosa advertimos y rogamos a los lectores, y es que si no las referimos todas, ni aun nos detenemos con demasiado detalle en cada una de las más celebradas, sino que cortamos y suprimimos una gran parte, no por esto nos censuren y reprendan. Porque no escribimos historias, sino vidas; y no es en las acciones más ruidosas en las que se manifiestan la virtud o el vicio, sino que muchas veces un hecho de un momento, un dicho agudo y una pequeñez sirven más para mostrar el carácter que batallas en que mueren millares de hombres, numerosos ejércitos y sitios de ciudades. Por tanto, así como los pintores toman para retratar las semejanzas del rostro aquellas facciones en que más se manifiesta la índole y el carácter, cuidándose poco de todo lo demás, de la misma manera debe a nosotros concedérsenos el que atendamos más a las señas del alma y que por ellas dibujemos la vida de cada uno, dejando a otros los hechos de grande aparato y los combates.»
>
> *Vida de Alejandro* 1.1

Plutarco es haber concebido estas biografías en parejas: una griega y una romana con una comparación de ambas al final (*sýncrisis*). Ya es indicativo ver cómo presenta Plutarco sus pares; por ejemplo, pone juntos a los oradores Demóstenes y Cicerón, cosa que no sorprende, pero también reúne a Alejandro Magno, el gran conquistador del enorme imperio helenístico, con Julio César, conquistador de las Galias y dictador en Roma. Claramente Plutarco asimila a estos dos hombres en su afán imperialista, y quizá podrían encontrarse más razones para la unión de estos personajes, pero lamentablemente la *sýncrisis* entre Alejandro y César se encuentra perdida.

Plutarco se presenta a sí mismo como un pintor que realza los rasgos más característicos de sus personajes, y estos son, precisamente, sus vicios y virtudes. Este intento de narrar una biografía centrándose más en ilustrar el carácter y temperamento de la persona que sus grandes acciones ha sido criticado por algunos como una tediosa pretensión moralizadora. Sin embargo, la popularidad de Plutarco a través de los siglos (Shakespeare, Montaigne, Rousseau son algunos de sus deudores) refleja ciertamente que al momento de escribir una biografía son muchas veces los detalles y las anécdotas los que logran captar mejor la particularidad propia de una persona y que son también ellos los que pueden ser presentados como modelo a imitar en una historia que busca ante todo ser «maestra de vida».

Dión Casio

La *Historia romana* de Dión Casio (*ca.* 155-229 d.C.) presenta un tema dominante –aunque la obra completa narra desde la fundación de la ciudad hasta el año 235 d.C.– que es nada menos que el cambio del sistema republicano al imperial. Dión señalará explícitamente que la monarquía es la única que puede garantizar una cierta estabilidad al gobierno de un imperio tan extenso y diverso, afirmación que seguramente no habría sido del agrado de Augusto, que se proclamaba como el restaurador de la República.

La activa vida política de este griego como senador, pretor, legado militar y cónsul bajo distintos emperadores hace que su interpretación de la historia romana venga de una fuente experi-

> «De esta manera el poder del pueblo y del Senado pasó enteramente a las manos de Augusto y desde ese momento hubo –estrictamente hablando– una *monarquía; porque monarquía es el nombre más* verdadero.»
>
> *Historias* 53.17.1

mentada y con autoridad, tal como lo requería el historiador ideal de Polibio. La obra de Dión, sin embargo, deja huellas de la mezcla de influencias que se dan en el autor: está escrita en griego ático, imitando a Tucídides, pero sigue la estructura analística romana de acuerdo al año consular. Los valores e intereses de Dión se ven claramente reflejados en el análisis individual de los reinados de los emperadores. Quizá lo más interesante desde el punto de vista historiográfico sea que Dión Casio mismo señale que junto con el cambio político en Roma cambió también la manera de escribir historia (véase 53.19.1-4).

LA HISTORIA EN ROMA

El inicio del desarrollo de la historiografía romana –muy distinta de la griega– no resulta fácil de reconstruir, pues sabemos que los primeros escritores se encuentran perdidos y sólo los conocemos por referencias de otros autores. Al parecer, estos primeros historiadores romanos evocaban de alguna manera los *Annales maximi*, que constituían la autoridad en materia de historia romana. Estos *Annales* eran largas listas de prodigios, magistrados y triunfos militares que el pontífice máximo anotaba año a año para guardar un registro de los acontecimientos públicos más importantes. Los *Annales* se exponían al público en uno de los muros blancos de la casa del pontífice en el foro y podían ser utilizados, por tanto, como la materia prima para los que quisieran componer una historia de Roma que después se encargaban de embellecer y adornar. «Anales» llegó a ser la manera corriente de designar a los escritos históricos en Roma, aunque más tarde se usó también el término griego: «historia».

Annales maximi

Tradicionalmente se ha considerado a Fabio Píctor (*ca.* 254 a.C.-?) como el primer historiador romano. Fabio, quien fue además miembro del Senado y político activo, decidió escribir su obra en griego, principalmente por dos razones: primero, porque el latín no se consideraba todavía una lengua lo suficientemente literaria y, segundo, por defender y justificar la política romana ante el mundo griego. Narró la historia de Roma desde sus orígenes hasta sus propios tiempos siguiendo la estructura analística, pero hoy sólo poseemos cortos fragmentos.

Fabio Píctor

El primero en escribir una historia de Roma en latín fue Marco Porcio Catón (234-149 a.C.) y por esto ha sido llamado el «padre de la prosa latina» (Von Albrecht, 1989). Catón, al igual que Fabio Píctor y como se haría tradición en los historiadores romanos, de-

Catón

sempeñó también un papel eminente en la política de su tiempo siendo un general exitoso, cónsul y hasta censor, cargo en el que adquirió la fama de severo, de ahí su sobrenombre «el Censor». Su obra histórica, *Origines*, narra desde los primeros momentos de la fundación de Roma, pero también extiende el relato fundacional a las ciudades italianas y llega hasta las guerras púnicas, en las que él mismo participó activamente. Catón escribió de manera escueta y sobria, estilo que más tarde influiría poderosamente sobre el de Salustio, pero a algunos acontecimientos de su propio tiempo les dedicó un tratamiento más detallado, como era común cuando el historiador se acercaba a escribir historia contemporánea.

Analistas romanos

Aunque de algunos sólo poseemos cortísimos fragmentos, los analistas romanos son bastante numerosos y se pueden agrupar en generaciones: en las primeras encontramos a Cincio Alimento, Casio Hemina, Calpurnio Pisón, Claudio Cuadrigario y Valerio Antias, entre otros; en la generación más tardía, Coelio Antipater, Sempronio Aselio y Cornelio Sisena, siendo estos últimos analistas que se concentraron no tanto en contar la historia de Roma desde sus orígenes y como un todo, sino más bien en narrar un periodo determinado de su historia.

Varrón

Terencio Varrón fue llamado por Quintiliano «el romano más culto» y no fue propiamente un historiador, sino un «anticuarianista», es decir, un aficionado a las antigüedades y a las cosas del pasado. Sin embargo, Varrón es también considerado como un aporte a la historiografía romana, sobre todo por sus estudios sobre la historia de la lengua latina y sus escritos de tipo enciclopédico en temas variadísimos que serían utilizados como fuentes por otros autores. De sus más de 74 obras, hoy podemos tener acceso sólo a *De lingua Latina* y *Rerum rusticarum (Tópicos de agricultura)* y algunos otros fragmentos recogidos en Aulo Gelio.

Cicerón

Para una sociedad como la romana, que miraba su pasado como el lugar de donde proveerse de modelos y a sus mayores como los que han definido la costumbre *(mores maiorum)*, la historia necesariamente desempeñó un papel primordial en su desarrollo y despliegue. Cicerón (106-43 a.C.), el abogado y orador más grande de Roma, suscriptor principalísimo de esta idea de la importancia de la tradición, siempre tuvo un especial interés por rescatar el pasado de Roma a través de escritos históricos de calidad y, aunque él personalmente no escribió historia, fue un apasionado promotor de que esta fuera contada por el mejor y «¿qué otra voz sino la del orador puede llevarla a la inmortalidad?» (*De oratore* 2.36). La historia para él necesitaba de la oratoria, del «arte de hablar bien», para ser contada, entendida y enseñada. Su libro *De oratore (Sobre el orador)* contiene una sugestiva discusión sobre historiografía dividida en dos partes; la primera consiste en una crítica

a los primeros historiadores romanos (2.51-61) y la segunda trata sobre cómo se debe escribir historia (2.62-64). Es en esta segunda parte donde Cicerón nos entrega su conocida metáfora de la historia vista como un edificio que tiene fundamentos (*fundamenta*) y una estructura (*exaedificatio*), imagen que, de alguna manera, ha marcado nuestro acercamiento a la escritura histórica de un modo muy poderoso y que puede resumirse en los conceptos de «contenido» y de «forma». Por una parte, la base de toda historia para Cicerón debe ser, por supuesto, la narración de un relato verdadero:

«Porque ¿quién no sabe que la primera ley de la historia es no atreverse a mentir en nada? ¿Y la segunda, atreverse a decir toda la verdad? ¿Y que al escribirla no haya sospecha de simpatía o enemistad? Estos, naturalmente, son sus cimientos que todos conocen» (*De Oratore*, 2.62).

Por otra parte, la forma o el estilo desempeña también un rol fundamental a la hora de presentar unos hechos, ya que influye en el cómo los entendemos e interpretamos. Un buen orador, que sigue las leyes de la oratoria, tendrá más herramientas para hacer muy clara la explicación o interpretación. La importancia que Cicerón le ha dado a la oratoria en el relato histórico ha sido esgrimida por algunos autores contemporáneos como argumento para decir que la historiografía antigua no estaba tan comprometida con la verdad (como se ha visto más arriba), pero en la actualidad son muy pocos los que sostienen esa afirmación sin matizarla. Por siglos, historiadores y estudiosos de la historia han continuado analizando, con un menor o mayor grado de conciencia, cuán profunda y sólidamente tienen que ponerse los cimientos para que el edificio no se derrumbe y cómo el arreglo o disposición de los materiales afecta la construcción o interpretación final.

Para Cicerón, un relato histórico veraz y bien escrito podría verdaderamente llegar a encarnar la propia definición que él mismo había dado de la historia: «La historia es testigo de los tiempos, luz de la verdad, vida de la memoria, maestra de vida, mensajera de la antigüedad *[testis temporum, lux veritatis, vita memoriae, magistra vitae, nuntia vetustatis]*» (*De oratore* 2.36).

Historia republicana

La historia de la República romana fue contada y escrita de variados modos y buscando diversos objetivos. Por una parte se encuentra, por ejemplo, Julio César, quien, como político en el centro del acontecer público, eligió narrar la historia de Roma en la que él participó directamente, tal vez para justificar sus actos.

Salustio, en cambio, eligió los temas monográficos que se ajustaban mejor a su idea de denunciar una República en decadencia debido al abandono de la virtud tradicional. Tito Livio, por otra parte, se embarcó en una empresa de enormes proporciones ya que narró más de 700 años de historia: inició su relato desde la fundación misma de la ciudad de Roma y llegó hasta su propio tiempo, dando así una imagen de continuidad histórico-política notable. Estos tres historiadores entregaron un retrato muy vivo de la República romana en sus distintas etapas, como se puede ver en los siguientes microestudios.

César

Con escuetas palabras narra Julio César (101-44 a.C.) lo que sería una de sus más grandes y espectaculares hazañas durante la conquista de las Galias: el cruce del enorme río Rin no con naves, como era lo esperable, sino con la construcción de un puente que fue todo un desafío para la ingeniería del momento. Tan sólo diez días tardó el puente en estar listo. César y sus legionarios cruzaron y se enfrentaron a los germanos derrotándolos y saqueando sus aldeas. Después de esto, los romanos volvieron a la Galia, cruzaron de nuevo el puente y lo destruyeron para que sus enemigos no pudieran pasar.

> «Concluida la guerra con los germanos, determinó César pasar el Rin, por muchas razones; entre las cuales fue la de más peso que, viendo que los germanos se resolvían fácilmente a pasar a la Galia, quiso que también ellos temieran por su propio país al comprender que el ejército del pueblo romano tenía fuerza y valor para pasar el Rin. [...] Pero atravesarlo con naves ni le parecía bastante seguro ni lo juzgaba propio de su dignidad ni de la del pueblo romano. Así pues, aunque la construcción de un puente ofrecía grandísima dificultad a causa de la anchura, rapidez y profundidad del río, creía, sin embargo, que debía acometer esta empresa o, de otro modo, no pasar el ejército.»
>
> *Comentario a la guerra de las Galias* 4.16-7

Los comentarios

Tanto la rápida construcción de este puente como la acelerada narración de estos sucesos bastante importantes nos revelan una de las cualidades más características de César: la rapidez o *celeritas*. Ya fuera en sus actividades en el campo militar como también en el político, César se adelanta y previene. Sus obras de contenido histórico, *Comentario a la guerra de las Galias* y *Comentario a las Guerras Civiles*, podrían enmarcarse dentro de este contexto también. Escritas en un estilo simple, estas no aparecen como una obra de historia propiamente, sino que César, en su previsión, ha querido proveer de material original al futuro historiador que narre la conquista de las Galias o las guerras civiles, y, por supuesto, se adelanta en proponer su propia interpretación y punto de vista.

Existe, sin embargo, un intento de imparcialidad que hace que los *Comentarios* no sean unas simples memorias del general. Este toque está dado principalmente porque usa intencionalmente la tercera persona del singular para narrar los hechos y también porque incorpora algunas visiones desde el punto de vista del enemi-

go –en especial de los galos– y las asume como posibles y verdaderas. Sin embargo, en algunos momentos esta imparcialidad de los *Comentarios* se ve comprometida y su autor aparece en un rol que puede parecer de exagerado protagonismo:

«César tenía que hacerlo todo a la vez: enarbolar el estandarte que servía de enseña cuando había que acudir a las armas; dar la señal de ataque; retirar a los soldados del trabajo; llamar a los que se habían alejado un tanto excesivamente en busca de materiales; formar al ejército; arengar a los soldados; dar la contraseña» (*Comentario a la guerra de las Galias* 2.20).

El multifacético Julio César, estratega brillante, político audaz, orador distinguido, se nos revela además como un hombre de una marcada conciencia histórica, que pondría todo su esfuerzo para proveer a la posteridad con lo que él consideraba una adecuada interpretación de los hechos que cambiarían el destino de Roma.

Salustio

Para el historiador Salustio (*ca.* 86-35 a.C.), la guerra de Yugurta ponía de manifiesto claramente los problemas de la República romana de ese tiempo. El hecho de que un bárbaro como Yugurta pudiera hacerse con el poder sobornando militares y políticos romanos reflejaba una seria crisis moral en la política romana. El relato de Salustio de las tácticas de los nobles conduciendo la guerra, del ascenso al consulado del «hombre nuevo», Mario, y de los comienzos de la carrera de Sila es especialmente efectivo en mostrar cómo los romanos buscaban el poder personal y el beneficio propio frecuentemente a expensas del estado. Salustio está empeñado en ilustrar la decadencia, y con una exitosa combinación de frases y palabras –que constituirán un modelo en la historiografía latina– logrará no sólo una poderosa exposición de la naturaleza y la propagación de este declive político, sino también la correspondencia entre la enfermiza condición del estado y las costumbres de sus ciudadanos.

> «Me propongo escribir sobre la guerra que el pueblo romano libró contra Yugurta, rey de Numidia, primero porque fue una lucha larga y cruel en la que la fortuna fue de un lado a otro y, segundo, porque fue la primera vez que se tomó medidas contra la soberbia de los nobles.»
>
> Guerra de Yugurta 5.1

La idea de decadencia

«Además, la costumbre de los partidos y facciones, con todas las malas prácticas que les sucedieron, había tenido su origen en Roma algunos años antes como resultado de la paz y la riqueza material, que los hombres valoran más que nada. Pues antes de la destrucción de Cartago, el pueblo y el Senado romano gobernaban la República pacífica y moderadamente, y no había lucha ni por gloria ni poder entre los ciudadanos: el miedo al enemigo *[metus hostilis]* mantenía al estado en un buen orden moral. Pero

luego que este miedo hubo desaparecido de sus cabezas, entonces aparecieron los compañeros regulares de la prosperidad: la lujuria y la soberbia» (*Guerra de Yugurta* 41.1-3).

La *virtus*

Salustio desarrolla también en esta obra el tema de la virtud (*virtus*), pero siempre haciendo notar cómo ha ido desapareciendo de Roma e insistiendo en la necesidad de una nueva *virtus* más genuina y personal. Sin duda el autor, quien antes de dedicarse a escribir historia participó en la política romana como tribuno de la plebe y senador, muestra el desencanto propio ante una sociedad y una política que parecía sustentarse más en el linaje que en el mérito (véase, de esta misma obra, el largo e interesante capítulo 85).

Género monográfico

Salustio es el creador de una manera particular de escribir historia. Él no sigue la tradicional manera analística romana, sino que prefiere la monografía y el análisis de un tema específico que considera más adecuado para exponer sus ideas. El estilo de estas monografías ha atraído mucho la atención y ha sido objeto de discusión, tanto en la Antigüedad como en nuestros días, porque se muestra al mismo tiempo arcaico e innovador, brusco y artístico (aspectos que difícilmente se harán visibles en una traducción).

«Lucio Catilina, nacido de linaje noble, poseía gran fuerza física y espiritual, pero su carácter era perverso y depravado. Desde su adolescencia le resultaban gratas las guerras intestinas, las muertes, los saqueos, la discordia civil, y en ello ejercitó su juventud. Su cuerpo soportaba la falta de comida, el frío, el insomnio, por encima de lo que uno pueda creer. Espíritu audaz, astuto, versátil, fingidor y disimulador de cuanto quería, codicioso de lo ajeno, pródigo con lo propio, inflamado de pasiones. Bastante elocuencia; sabiduría, escasa. Su vasto espíritu siempre anhelaba lo desmesurado, lo increíble, lo demasiado alto. Tras la dictadura de Lucio Sila le había entrado a este hombre un deseo imperioso de conquistar el Estado y no le importaban los medios para conseguirlo, con tal de hacerse con el poder total» (*Conjuración de Catilina* 5.1-6).

En esta primera obra de Salustio, escrita probablemente en el 43 a.C., después del asesinato de Julio César y de Cicerón, el historiador narra la fallida conjuración del noble Catilina que intentaba derrocar al gobierno del año 63 a.C. El villano de esta monografía es descrito con tal fuerza y dramatismo que se constituirá en modelo de todo villano en la historiografía latina y volveremos a ver sus rasgos principales en la descripción del general cartaginés, Aníbal (véase Livio, 21.4), y también en la del oscuro prefecto del pretorio de Tiberio, Sejano (véase Tácito, *Annales* 4.1.3). Otra obra de Salustio, de las que sólo nos quedan fragmentos, fueron las *Historias*, que cubrían los acontecimientos de la historia de Roma desde el año 78 en adelante.

Para Salustio, la discusión sobre la decadencia política romana se traduce necesariamente en una discusión sobre personas: el declinar político no ocurre automáticamente, sino que es resultado de decisiones tomadas conscientemente por los individuos. La responsabilidad moral de un pueblo, por tanto, descansa en sus ciudadanos. Salustio expone esta idea que contiene elementos novedosos, pero que al mismo tiempo se enraíza en la tradición romana. Al poner la responsabilidad en la *virtus* individual, Salustio promueve una concepción activa de la misma que se correspondía totalmente con las exigencias del pensamiento romano.

Tito Livio

Ab urbe condita

No muchos años después de las monografías de Salustio, la obra *Ab urbe condita (Desde la fundación de la ciudad)*, de Tito Livio, muestra que la tradición analística todavía desempeñaba un papel importante en la escritura histórica romana. En 142 libros el autor narra la historia de Roma desde la fundación de la ciudad en el 753 a.C. hasta el año 9 a.C. y, aunque muchos de estos libros se encuentran perdidos, los que han llegado hasta nosotros (del 1 al 10 y del 21 al 45) muestran cuánto había madurado este género en comparación con los primeros analistas romanos.

De acuerdo a las ideas señaladas por Livio en su prefacio, uno de los objetivos al escribir su historia era señalar cuáles habían sido las costumbres de los romanos que habían hecho de Roma algo tan grande, registrar los actos de virtud de sus hombres para que sirvieran de modelo para los romanos de su tiempo. De esta forma, Livio construye –y con su arte también fija– la memoria de Roma, tal vez como una manera de proteger su verdadera identidad en un tiempo de cambios. Pues Livio no es ingenuo y se da cuenta perfectamente de que Roma en los tiempos de Augusto ya no es la misma austera y laboriosa ciudad de antes.

Livio (59 a.C.-17 d.C.) nace en Patavium (actual Padua), una ciudad del norte de Italia. No se sabe en qué momento de su vida se habría establecido en Roma, pero siempre mantuvo lo que se ha llamado su condición de «historiador de sillón», que

> «Estos son para mí los hechos que deben ser el centro de atención para todos: cuál fue la vida y cuáles fueron las costumbres *[quae vita, qui mores]*, por medio de qué hombres, con qué política en lo civil y en lo militar fue creado y engrandecido el imperio; después, al debilitarse gradualmente la disciplina, se sigue mentalmente la trayectoria de las costumbres: primero una relajación, después cómo perdieron base cada vez más y, luego, comenzaron a derrumbarse hasta que se llegó a estos tiempos en que no somos capaces de soportar nuestros vicios ni su remedio *[nec vitia nostra nec remedia pati possumus]*. Lo que el conocimiento de la historia tiene de particularmente sano y provechoso *[salubre ac frugiferum]* es el captar las lecciones de toda clase de ejemplos que aparecen a la luz de su obra; de ahí se ha de asumir lo imitable para el individuo y para la nación, de ahí lo que se debe evitar, vergonzoso por sus orígenes o por sus resultados. Por lo demás, o me ciega el cariño a la tarea que he emprendido, o nunca hubo estado más grande ni más íntegro ni más rico en buenos ejemplos; no en pueblo alguno fue tan tardía la penetración de la codicia y el lujo, ni el culto a la pobreza y austeridad fue tan intenso y duradero; últimamente, las riquezas han desatado la avaricia, y la abundancia de placeres el deseo de perderse a uno mismo y destruir todo entre el lujo y el desenfreno.»
>
> *Ab urbe condita*, pref. 9-12

hace referencia a su no participación en la vida política o militar, a diferencia de la mayoría de sus colegas romanos. Testigo del profundo cambio que significaron las guerras civiles y el principado de Augusto, Livio mantuvo buenas relaciones con el poder, sin perder nunca su independencia. Su contemporáneo Asinio Polión le critica su «paduosidad» *(Patavinitas)* y, aunque no podemos estar completamente seguros del alcance total de esta crítica, podemos inferir que hace relación con su provincialismo. Quintiliano, en cambio, habla de la riqueza láctea o cremosa *(lactea ubertas)* de Livio, quizá refiriéndose a su estilo retórico, que fluye con pareja suavidad y calma tal como Cicerón lo había prescrito para la escritura histórica.

Mucho se ha hablado también, especialmente en el siglo XX, del talante dramático de la escritura liviana, expresado principalmente en los primeros libros de su obra, que tratan el periodo real y la formación de la República. La historia de la violación de Lucrecia por parte de Tarquinio y la posterior venganza de Bruto, que significó el fin de la monarquía y el nacimiento de la República, se ha hecho ya paradigmática:

«Bruto, mientras ellos están entregados a su dolor, extrae el cuchillo de la herida de Lucrecia y sosteniéndolo en alto goteando en sangre, dice: "Por esta sangre tan casta antes del ultraje del hijo del rey, juro, y os pongo a vosotros, dioses, por testigos, que yo perseguiré a Lucio Tarquinio el Soberbio, a su criminal esposa y a toda su descendencia a sangre y a fuego y con todos los medios que en adelante estén en mi mano, y no consentiré que ellos ni ningún otro reinen en Roma"» (*Ab urbe condita* 1.59.1).

La grandeza de Roma

Livio es el historiador de la grandeza de Roma. Es un patriota que se interesa por narrar la historia de su ciudad desde los humildes orígenes hasta el tiempo en que se ha hecho dueña del mundo. Pero no deja por eso de advertir los nuevos peligros que la acechan, especialmente la inmensa riqueza y las costumbres provenientes de Oriente. Livio construye la memoria de Roma porque cree que las actitudes frente al pasado tienen un impacto en el presente. Para él, el valor de narrar actos de virtud del pasado o el canto a la libertad republicana ayudan a mantener vigente la existencia de las mismas en el Principado.

La historia durante el periodo imperial

El cambio político que significó el paso de la República a un gobierno de tipo personal influyó grandemente en el modo de escribir la historia en Roma. Si la libertad de discurso había distinguido a la República, los inicios del Imperio, en cambio, se

caracterizaron por un cierto temor a no agradar a la autoridad reinante que se manifestó en una adulación –a veces abierta– al emperador y que pudo haberse visto reflejada en los escritos históricos. Así lo expresó Tácito (*ca.* 56-*ca.* 117), probablemente el más grande historiador romano, al empezar sus *Annales*: «Los acontecimientos de los reinados de Tiberio, Gayo, Claudio y Nerón fueron falseados en vida por el miedo y, después de muertos, por los odios recientes» (*Ann.* 1.1.1). Sin embargo, el miedo o la antipatía no se constituyeron en atributos obligados de la historiografía imperial, sino que también se dieron historiadores menos críticos del nuevo régimen político, u otros que genuina y legítimamente pudieron haber encontrado el nuevo sistema más favorable y conveniente. Este fue el caso del historiador Veleyo Patérculo (*ca.* 19 a.C.-*ca.* 31 d.C.).

Veleyo Patérculo

Veleyo Patérculo, historiador durante los primeros años del Principado, encarnó el espíritu de su tiempo: un hombre de acción, un soldado y luego un hombre que fue recompensado por sus años de servicio con diversos puestos políticos. Como tantos otros *homines novi*, estaba consciente de la posibilidad de escalar a los más altos niveles de la sociedad romana de su tiempo y no idealizó el pasado republicano; al contrario, fue en el periodo imperial donde vio el resurgir de Roma. Habiendo servido por años a Tiberio como legado militar, Veleyo le asignó a este emperador un papel preponderante en su breve obra sobre la historia de Roma: Tiberio es presentado como la figura individual que personifica no sólo las virtudes, sino también el creciente poder de Roma. Veleyo muestra la natural desproporción de alguien que está muy cerca para juzgar o ser imparcial frente a los acontecimientos que le ha tocado vivir, pero no se puede negar que representa el sentir de un grupo de personas significativo dentro del Imperio.

> «Fue restaurada la fe en el foro y expulsada de allí la sedición, la ambición del Campo de Marte, la discordia del Senado. La justicia, la igualdad y la laboriosidad, abandonadas por largo tiempo, fueron devueltas a la ciudad; volvió la autoridad a los magistrados, la majestad al Senado y la seriedad a los juicios; fueron reprimidos los desórdenes en los teatros; a todos fue inspirado el deseo o impuesta la necesidad de obrar rectamente: las acciones rectas fueron honradas, las viles castigadas [...]; pues el óptimo príncipe [Tiberio] enseña a obrar rectamente a sus ciudadanos con su hacer y, siendo grandísimo en el poder, en su ejemplo es todavía más grande.»
>
> *Historias* 2.126

Las *Historias*

Las *Historias* de Veleyo fueron escritas en dos libros. El primero narra desde la caída de Troya hasta la destrucción de Cartago en el 146 a.C. y el segundo llega hasta la muerte de Livia, madre de Tiberio, en el año 29 d.C. Seguramente Veleyo sabía que no estaba escribiendo una obra maestra de la literatura, sino un libro que contendría un recuento resumido de la historia del mundo

antiguo. Es una historia más bien práctica, escrita para personas que no poseían ni la paciencia, ni la curiosidad, ni el tiempo para leer, por ejemplo, a un Tito Livio. En su obra, Veleyo hace una combinación de historia universal, historia cultural, historia contemporánea, todo esto envuelto en un lenguaje que iba a revelarse como la «retórica imperial». Pero lo que fue tal vez su mayor logro fue la toma de conciencia y, luego, la puesta en práctica de la idea de que la historia del Principado y la vida de su cabeza –el príncipe– estaban indisolublemente unidas.

Desde hace unos 30 años se ha percibido un cambio de énfasis en la crítica a Veleyo –durísima e implacablemente negativa hasta entonces–, pues más que mostrar al autor como un propagandista del sistema, y especialmente del emperador Tiberio, se centra en que Veleyo nos permite conocer de primera mano los motivos en los que estos hombres nuevos basaron su apoyo al naciente régimen imperial romano.

Valerio Máximo, Quinto Curcio, Flavio Josefo, Suetonio

Valerio Máximo

También durante el reinado de Tiberio escribe su obra Valerio Máximo, que, aunque no se dedica a contar cronológicamente la historia de Roma, elabora una interesante colección de anécdotas históricas. El trabajo realizado en *Facta et dicta memorabilia (Hechos y dichos memorables)* agrupa temáticamente distintas ocasiones en que romanos o bárbaros hicieron o dijeron algo digno de recordar, casi como un diccionario de ejemplos de vicios y virtudes del cual se pudieran tomar luego muestras o modelos para la elaboración de un discurso retórico o alguna otra obra con contenido histórico. El éxito rotundo de Valerio Máximo durante la Edad Media –corroborado por la cantidad de manuscritos– y también su popularidad en el Renacimiento superan con creces las expectativas que el propio autor le concede a su obra:

«Me he propuesto seleccionar de autores famosos los hechos y dichos dignos de memoria de la ciudad de Roma y de naciones extranjeras –demasiado dispersos y difíciles de encontrar con rapidez en las fuentes– para que aquellos que deseen tomar ejemplos puedan ahorrarse el trabajo de una larga búsqueda» (*Facta et dicta*, prefacio).

Quinto Curcio

Quinto Curcio Rufo, otro historiador romano de los primeros años del Imperio –probablemente bajo el reinado de Claudio–, escribe la biografía de Alejandro Magno junto con la historia de sus conquistas. Más que destacar el conocimiento militar de Alejandro o las estrategias que utiliza, Curcio se concentra en pintar lo mejor posible el carácter y la personalidad del brillante general.

Flavio Josefo

Un caso aparte es el del historiador Flavio Josefo (*ca.* 37-*ca.* 101), caudillo de la rebelión de los judíos contra los romanos, que fue llevado a Roma como prisionero después de la gran revuelta iniciada en el año 66. En la capital llegó a ser un favorito de la familia imperial Flavia y se le otorgó la ciudadanía romana –de ahí su nombre–, y por esto mismo fue considerado como traidor a la causa judía. La obra de Josefo fue escrita en griego y dentro de ella destacan: *La guerra de los judíos*, que relata la sublevación de su pueblo contra la dominación romana, y *Antigüedades judaicas*, que narra la historia del pueblo judío desde una perspectiva judía, pero para una audiencia romana. Digna de mención es también su *Autobiografía*, o *Josépou bíos*, que se constituyó en una de las primeras autobiografías de historiadores –género vigente hasta la actualidad–, en que el autor tuvo la oportunidad de plantear una justificación de su propia obra.

Un género historiográfico que se hizo cada vez más popular con el avanzar del imperio fue el de la biografía histórica, ya que se presentó como un medio muy adecuado para dar a conocer a los distintos emperadores y sus gobiernos. Aparte de los trabajos sobre hombres ilustres –*De viris illustribus*– de Cornelio Nepote en el siglo I a.C., no se tiene registro de este tipo de escritos hasta el siglo II d.C., cuando aparece Suetonio (*ca.* 70-*ca.* 130), cuya obra se constituye en un claro ejemplo de lo que más tarde se conocería como biografía latina.

Suetonio

Cayo Suetonio Tranquilo ocupó importantes puestos en la administración imperial como secretario de estudios durante los últimos años del reinado de Trajano y, más tarde, bajo Adriano, fue director de archivos y secretario de cartas, cargo que debe haber incluido acompañar al emperador en sus viajes por las provincias del imperio. No cabe duda de que Suetonio habría aprovechado ampliamente sus atribuciones de archivero para recolectar y obtener la información necesaria para realizar su trabajo; sin embargo, Suetonio no fue un historiador en sentido estricto y, por lo tanto, su obra no debe compararse con la de un Salustio, un Livio o un Tácito.

Un rasgo interesante de las biografías de Suetonio, *De vita Caesarum* –más conocida como la *Vida de los doce césares*–, es que el autor no sigue un orden cronológico de la vida del emperador biografiado, como sería esperable, sino que las va desarrollando temáticamente: antepasados, logros como emperador, características personales, muerte y apariencia física suele ser el modelo más recurrente. La repetición de estos temas indica no sólo cuáles eran los intereses de Suetonio, sino, en general, los de la sociedad romana de la época: era importante, sobre todo, señalar en las biografías el desempeño político del emperador y si había colmado las expectativas que se tenían de él. La personalidad y la primera formación de estos doce primeros césares de Roma fueron

de gran importancia para Suetonio, pues ellas explicarían en gran medida el posterior éxito o fracaso del gobernante. La discusión del reinado de un emperador en términos morales podría parecer extraña –o al menos limitada– al lector moderno, pero no cabe duda de que, tanto para Suetonio como para sus contemporáneos, el método resultaba oportuno y adecuado.

Quizá el ejemplo de historiografía imperial más conocido y notable sea el de Tácito. Gracias a él conocemos la historia del imperio en su primer –y tal vez por eso más determinante– siglo de vida, desde la muerte de Augusto en el 14 d.C. hasta el reinado de Domiciano en el 95 d.C. La imagen que se obtiene de su obra no puede calificarse como positiva, más aún, ni tan siquiera neutra, pues Tácito se empeñará en mostrar todo lo que había cambiado en Roma desde los tiempos republicanos –según él, para mal.

El historiador que continúa la narrativa de Tácito, empezando precisamente con Nerva –el emperador que sucede a Domiciano– en el 96 d.C. fue Amiano Marcelino. Lamentablemente de la obra de Amiano se hallan perdidos al menos trece de los treinta y un libros de sus *Res gestae*, que tienen su momento culminante en el gobierno del emperador Juliano, a quien Amiano sirve en el ejército.

Tácito

Sine ira et studio

Sine ira et studio es la famosa declaración de principios que Tácito escribe al inicio de sus *Annales*, donde narra la historia de la primera dinastía imperial romana: la muerte de Augusto y los reinados de Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón. En qué medida los resultados finales de su obra histórica se ajustan a esa declaración sigue siendo objeto de debate y duda para los historiadores.

Tácito nace probablemente en la Galia Cisalpina alrededor del año 55/56 d.C. Inicia su carrera política bajo el reinado de Vespasiano y la continúa con Tito y Domiciano. Llegará a ser pretor, cónsul y procónsul de Asia. Se dedica a la historia una vez retirado de la vida política, como la mayoría de los historiadores romanos, y esto sólo después de la muerte de Domiciano, cuando el autor se siente completamente libre para decir lo que piensa. El emperador Nerva, que sucede al cruel Domiciano, es para Tácito quien por fin «ha conseguido unir dos cosas hace mucho tiempo incompatibles: el Principado y la libertad» (*miscuerit res olim dissociabiles: principatum ac libertatem*; *Agrícola* 3.1). Y de aquí, sin duda, deriva el diagnóstico final que hace Tácito de los tiempos imperiales: una pérdida progresiva de la libertad que lleva consigo el decli-

> «De ahí mi propósito de tratar brevemente y sólo de los últimos momentos de Augusto, y luego del principado de Tiberio y lo demás sin odio ni parcialidad [*sine ira et studio*], para los que no tengo causas próximas.»
>
> *Annales* 1.1.3

nar moral. Es por eso que su análisis se realiza en un tono que, aunque no es totalmente pesimista, sí es desencantado.

Agrícola

La primera obra de Tácito es la original biografía de su suegro, Agrícola, quien había sido gobernador de Britania durante siete años. Las grandes hazañas, conquistas y buena administración de Agrícola se ven empañadas, según Tácito, por la envidia del emperador Domiciano y hacen que el discreto final de su carrera, seguido de una muerte misteriosa, conviertan a Agrícola en un modelo de conducta para los que viven bajo una tiranía y que Tácito concluya entusiásticamente: «Sepan quienes acostumbran a admirar lo prohibido que pueden existir grandes hombres incluso bajo malos príncipes [*sub malis principibus magnos viros esse*]; que la obediencia y la modestia, si van acompañadas de trabajo y energía, pueden superar la gloria de muchos que, por abruptos caminos, se hicieron famosos con su muerte ostentosa, pero sin ningún provecho para la nación» (*Agrícola* 42.4).

La *Germania*

La *Germania* es una monografía etnográfica donde describe a los pueblos germanos, especialmente las costumbres de su vida pública y privada, con el fin de contrastarlas con las romanas de su época. Sin embargo, el objetivo de la *Germania* no es solamente advertir a los romanos de la saludable energía de sus enemigos, sino que también se percibe un genuino interés por las diferentes tribus germanas que son detalladamente descritas a través de la perspicaz mirada de Tácito.

Su tercera «obra menor» es el *Dialogus de oratoribus* (*Diálogo sobre los oradores*), que no es una obra histórica, sino un sofisticado diálogo –al estilo de Cicerón en su *De oratore*– sobre las causas del declinar de la oratoria en los tiempos imperiales.

Las *Historias*

Las *Historias*, su primera gran obra de contenido histórico, se abren el año 69 d.C., llamado también «año de los cuatro emperadores», porque, tras la muerte de Nerón y el consiguiente desorden que esta provoca, cuatro emperadores se suceden en el lapso de un año: Galba, Otón, Vitelio y Vespasiano.

«La historia a la que doy comienzo es un periodo rico en desastres, terrible por sus batallas, destrozado por guerras civiles, cruel incluso en la paz» (*Historias* 1.2).

La narrativa de las *Historias* puede aparecer frustrante a primera vista para un historiador moderno que busque fechas, tácticas militares u otros datos por el estilo, pero lo que Tácito logra con maestría inigualable es mantener la constante atención del lector y darle una idea –*su* idea– de lo que sucedía en Roma en ese momento. Las caracterizaciones de los cuatro emperadores, de los generales de los distintos bandos –Muciano, Antonio Primo y otros–, de sus ejércitos, de las masas que participan en la lucha fratricida son de gran lucidez y penetración. Muchas veces el autor, casi como narra-

dor omnisciente, adscribe motivos e intenciones para explicar el complejo actuar de sus personajes. Lamentablemente los últimos libros se encuentran perdidos y no podemos saber cómo Tácito trata los gobiernos de los emperadores Tito y Domiciano.

Los *Annales*

«No ignoro que la mayor parte de los sucesos que he referido y he de referir pueden parecer insignificantes y poco dignos de memoria; pero es que nadie debe comparar nuestros anales con la obra de quienes relataron la antigua historia del pueblo romano. [...] Mi tarea es estrecha y sin gloria *[in arto et inglorius labor]*, porque la paz se mantuvo inalterada o conoció leves perturbaciones, la vida política de la ciudad languidecía y el príncipe no tenía interés por dilatar el imperio» (*Annales* 4.32).

La gran narrativa que había sido precisa para contar la historia de las conquistas de Roma –recordemos especialmente a Tito Livio– ya no era necesaria para Tácito, que sólo tiene que contar las bajezas y mezquindades ocurridas durante el gobierno de los emperadores de la dinastía Julio-Claudia. El autor de los *Annales* se siente impelido a justificar la pequeñez de su tema, pero no por eso deja de narrar los acontecimientos, precisamente porque para Tácito el propósito de la historia es «que los ejemplos de virtud no pasen al olvido *[ne virtutes sileantur]* y el miedo a la infamia futura reprima las malas acciones» (*Annales* 3.65). Una vez más, Tácito se concentra en las acciones e intenciones de los individuos. El retrato del emperador Tiberio, que Tácito no entrega de manera directa, sino que deja que emerja poco a poco a partir de la narrativa, es considerado por muchos críticos como la obra maestra de sus *Annales*. Es necesario, sin embargo, tener cuidado con que, al presentar a Tácito como el gran artista literario que es, no se menoscaben sus méritos como historiador (como algunos han intentado hacer), ya que no existe oposición verdadera entre ambos.

El legado

La profunda agudeza de Tácito, junto con la fuerza de su estilo, han hecho que generación tras generación la imagen que tenemos de los primeros emperadores romanos –Tiberio, Claudio, Nerón, entre otros– sea inequívoca e indiscutidamente tacítea. La influencia y fama de Tácito han ido *in crescendo* a partir del Renacimiento y debe ser, sin duda, el historiador romano más estudiado en todos los tiempos: actualmente su bibliografía se hace totalmente imposible de abarcar.

Amiano Marcelino

Amiano Marcelino (*ca.* 330-395) puede ser considerado como el último de los grandes historiadores latinos. Nacido en Antioquía (Siria), su educación literaria y cultural fue principalmente

> «Con decretos sencillos y claros, ordenó [Juliano] que se abrieran los templos, que se llevaran víctimas a los altares y que se restituyera el culto a los dioses. Para que la efectividad de esta disposición fuera mayor, permitió la entrada en el palacio de algunos obispos cristianos que tenían opiniones encontradas, así como de numerosos fieles que estaban también en desacuerdo, y les aconsejó que olvidaran sus diferencias y que no había problema alguno para que cada cual, sin ningún temor, tuviera sus propias creencias. El objetivo final de esta disposición era que, al aumentar las discrepancias gracias a la permisividad, no tendría que temer a un grupo único, pues sabía por experiencia que ninguna fiera es tan peligrosa para los hombres como los cristianos entre sí.»
>
> *Res gestae* 22.5.3-4

griega y así se define él mismo en su obra (*miles quondam et Graecus*), aunque la escribe en latín. Desde muy joven habría servido en el ejército romano, primero bajo el emperador Constancio II y luego bajo Juliano el Apóstata, de quien fue un ferviente admirador.

Res gestae

Las *Res gestae* de Amiano se componen de 31 libros que tratan la historia de Roma desde el acceso al trono del emperador Nerva (96 d.C.) hasta las invasiones góticas que culminan en la batalla de Adrianópolis en el 378 d.C., donde muere el emperador Valente. La narración central de la obra se puede encontrar en el gobierno de la Galia por parte de Juliano como césar de Roma y luego su actuación en Oriente como único augusto del imperio. El relato contiene muchos recuerdos y experiencias personales de los tiempos que trata, y se le ha criticado que en algunos instantes la narración se transforma más en memoria que en historia propiamente tal. Esto, sin embargo, no ocurre sino en partes señaladas en las que Amiano desempeñó un papel activo junto al emperador. La admiración de Amiano por Juliano, si bien patente en la mayoría de los casos, no es incondicional, especialmente en lo que se refiere a la intolerancia religiosa del emperador. Excelente retratista de personajes, es muy vívido e intenso en la forma de presentarnos la descripción de Juliano, especialmente su carácter y personalidad.

La obra de Amiano Marcelino fue especialmente admirada por el historiador ilustrado E. Gibbon, que trabaja el mismo periodo y bien puede considerarse un clásico de la historiografía latina. La influencia de autores como Cicerón, Salustio o Tácito –a los que Amiano alude directamente de vez en cuando– podría no ser sólo meramente formal, sino también más intencional, sobre todo con Tácito, quien se convierte en su modelo.

Se puede decir que con Amiano Marcelino se cierra el periodo de la historiografía llamado «Antigüedad clásica». Amiano puede ser considerado como un historiador «bisagra» o puente que une y conecta su tiempo con el que será llamado «Antigüedad tardía». La manera de escribir historia en el Imperio romano hacia fines del siglo IV d.C., aunque posee todavía muchas características comunes con la historiografía tradicional grecolatina, comenzará a presentar novedades temáticas, estilísticas y conceptuales importantes que nos ha parecido más apropiado presentar por separado.

ESQUEMA

Historiografía clásica

Nace la historia como investigación del pasado.
Tiene un fin didáctico y moralizante.
Utiliza técnicas retóricas en su escritura.
Variedad de géneros.

1. Historia de Grecia escrita por griegos

- Conmemoración de acontecimientos para rescatarlos del olvido.
- Relato de la política externa de Grecia y sus alrededores; guerras médicas: Heródoto.
- Relato del desarrollo de la guerra entre Atenas y Esparta; guerra del Peoloponeso: Tucídides.
- Política interior y exterior griega: Jenofonte.

2. Historia de Roma escrita por griegos: Grecia es conquistada por el Imperio romano.

- Narra la expansión de Roma y consolidación del Imperio: Roma como centro de la historia.
- Escribían en griego para público griego y romano culto.
- Señalan virtudes y defectos de los romanos.
- Polibio.
- Apiano.
- Dionisio de Halicarnaso.
- Plutarco.
- Dión Casio.

3. Historia republicana: rememora acontecimientos políticos de la República romana

- Relata las consecuencias políticas y morales de sus quiebras institucionales.
- Cicerón y las leyes de la historia.
- Julio César y el comentario histórico.
- Salustio y la historia monográfica.
- Tito Livio: historia al servicio de la patria en periodo de transición.

4. Historia imperial: desarrollo político de Imperio romano desde siglo I al IV d.C.

- Historia se centra en emperadores: identificación de la vida gobernante con la historia del Imperio.
- Veleyo Patérculo: optimismo frente al régimen imperial.
- Tácito: historia de la dinastía Julio-Claudia, desencanto frente al régimen imperial.
- Suetonio: biografías de los césares.
- Amiano Marcelino: historia y memorias en el siglo IV.

SELECCIÓN BIBLIOGRÁFICA

La bibliografía sobre la historiografía en la Antigüedad clásica es enorme. La intención de esta sección no es dar una lista exhaustiva de «lo mejor» que se ha escrito, sino más bien recomendar algunos títulos que resultan útiles e iluminadores para este tema. La preponderancia de la bibliografía anglosajona es muy grande, lo que también puede invitar a nuestros lectores hispanoamericanos a embarcarse en investigaciones de esta línea.

Dos libros clásicos son el trabajo de Ch. Fornara, *The Nature of History in Ancient Greece and Rome* (Los Ángeles, 1983), y el de J. Marincola, *Authority and Tradition in Ancient Historiography* (Cambridge, 1997). Las excelentes introducciones de las separatas de *Greece & Rome*, son también útiles para acercarse a los historiadores más representativos de ambas culturas: *Latin Historians* (Oxford, 1997), de C. Kraus y A. Woodman, y *Greek Historians* (Oxford, 2001), de J. Marincola.

En los últimos años ha habido una profusión de obras conjuntas que han añadido nuevos matices y abierto nuevos temas en torno al estudio de la práctica de la escritura histórica en la Antigüedad: J. Marincola (ed.), *A Companion to Greek and Roman Historiography* (Malden y Oxford, 2007), el de A. Feldherr (ed.), *The Cambridge Companion to The Roman Historians* (Cambridge, 2009), y J. Marincola (ed.), *Greek and Roman Historiography* (Oxford, 2011).

Los trabajos de A. Momigliano siguen siendo importantes y aportan una visión de conjunto, de mirada amplia y a la vez profunda: *Ensayos sobre historiografía antigua y moderna* (1977; trad. México, 1993), *La historiografía griega* (1971; trad. Barcelona, 1984), *Studies in Historiography* (Londres, 1985).

Los estudios de autores individuales resultan también muy útiles y en la actualidad se cuenta con una gran variedad para cada uno de los historiadores del periodo. Además de los comentarios específicos a las obras individuales de estos autores, ya casi todos cuentan con su propio *companion* o gruesos volúmenes dedicados por entero a un historiador, editado por especialistas como podrá verse en la bibliografía al final de este libro. En esta sección nombro algunos estudios por autor, que considero representativos y completos:

Heródoto: C. Fornara, *Herodotus: an Interpretative Essay* (Oxford, 1971), D. Lateiner, *The Historical Method of Herodotus* (Toronto, 1989) y K. Waters, *Heródoto: sus problemas, método y originalidad* (México, 1996).

Tucídides: T. Rood, *Thucydides: Narrative and Explanation* (Oxford, 1998) y E. Greenwood, *Thucydides and the shaping of History* (Londres, 2006).

Jenofonte: J. Dillery, *Xenophon and the History of his Times* (Londres, 1995) y C. Tuplin, *Xenophon and his World* (Stuttgart, 2004).

Polibio: F. Walbank, *Polybius* (Los Ángeles, 1972) y A. Eckstein, *The Moral Vision in the Histories of Polybius* (Los Ángeles, 1995).

Dión Casio: F. Millar, *A Study of Cassius Dio* (Oxford, 1964).

Salustio: R. Syme, *Sallust* (Los Ángeles, 1964) y D. Earl, *The Political Thought of Sallust* (Cambridge, 1966).

Tito Livio: T. Luce, *Livy: the Composition of his History* (Princeton, 1977) y J. Chaplin, *Livy's exemplary history* (Oxford, 2000).

Veleyo Patérculo: A. Woodman, *Velleius Paterculus* (Cambridge, 1977).

Tácito: R. Syme, *Tacitus* (Oxford, 1958) y R. Martin, *Tacitus* (Londres, 1981).

Plutarco: C. Pelling, *Plutarch and History* (Londres y Swansea, 2002).

Suetonio: A. Wallace-Hadrill, *Suetonius: The Scholar and His Caesars* (Londres, 1983).

Amiano Marcelino: J. Alonso Núñez, *La visión historiográfica de Amiano Marcelino* (Valladolid, 1975) y T. Barnes, *Ammianus Marcellinus and the Representation of Historical Reality* (Ithaca y Londres, 1998).

Se puede encontrar también más información en castellano en las introducciones a los distintos historiadores incluidos en los volúmenes de la Editorial Gredos, aunque no todos los trabajos son de la misma calidad.

2
La Antigüedad tardía: la historiografía cristiana y bizantina

(Catalina Balmaceda)

LA HISTORIOGRAFÍA CRISTIANA

Si bien la aparición del cristianismo en la historia de la humanidad iba a desarrollarse como un acontecimiento paulatino y, en un principio, silencioso, supuso una verdadera revolución en la interpretación del concepto de «tiempo histórico». Un acontecimiento dentro de la historia se ponía ahora como el eje central de la totalidad del tiempo: la encarnación de Cristo, que implicaba la certeza para los cristianos de que el Dios *eterno* se había hecho carne *mortal*. La encarnación vinculaba la eternidad con la temporalidad de una manera misteriosa, pero real, y se hacía muy necesario, entonces, para los seguidores de la nueva religión, relatar cómo se había llegado hasta este punto en el camino. La historiografía que desarrollaron los historiadores cristianos de la primera hora abarcó a la vez la contabilidad del tiempo desde la creación del mundo en una cronología nueva y también una novedad en su propia interpretación, y, por tanto, precisan un tratamiento específico.

Antecedentes: los escritos históricos del Antiguo y del Nuevo Testamento

La figura del Mesías ya se había hecho presente en la historia, aunque veladamente, de modo especial en la historia del pueblo judío narrada en su libro sagrado. Dentro de los variados escritos que componían la Biblia, se encontraban diferentes géneros literarios, entre ellos el mito creacional, la épica nacional, literatura sapiencial, genealogías, listas de reyes y profecías. También recogía los llamados «libros históricos», que contenían algo que puede ser equiparado a una historia política, narrando los acontecimientos del pueblo de Israel desde la muerte de Moisés y la entrada a la tierra prometida (siglo XIII a.C.) hasta la rebelión de los macabeos contra el helenismo a mediados del siglo II a.C.

Los «libros históricos» de la Biblia

Se consideran libros históricos del Antiguo Testamento los de Josué, Jueces, Rut, Samuel, Reyes, Crónicas, Esdras, Nehemías, Judit, Ester, Tobías y Macabeos. La historicidad de estos textos puede analizarse en un doble sentido. Por un lado, no es posible concluir que estas narraciones sean exactamente la «exposición de una averiguación» *(historíes apódexis)*, como decía Heródoto en el prólogo de su obra. Las diferencias entre los escritos bíblicos y la historiografía clásica son significativas y no se puede decir que estén sujetos a las mismas reglas. La composición de los primeros sólo se puede entender como parte de una compleja estructura de tradición, inspiración y autoridad divina que hacen de los libros históricos de la Biblia algo que, si bien es historia, no lo es en el sentido clásico del término. En ellos no hay comparación con otros relatos o conflicto de autoridades; el que escribe no muestra vacilación alguna y no cabe aplaudir su diligencia en la investigación, pues la veracidad del relato es dada por la autoridad de Dios mismo.

Por otra parte, también hay coincidencias, pues estos libros efectivamente relatan «una historia», que contiene los sucesos, éxitos y fracasos de un pueblo a través del tiempo. Es difícil poner en duda, por ejemplo, la historicidad del floreciente reino de David, o la intervención de Ciro de Persia que permitió el regreso de los judíos a su tierra luego del cautiverio en Babilonia. La historia del pueblo elegido entra aquí a integrarse a la historia común y algunos de sus datos pueden compararse con otros relatos históricos. Por otro lado, también intentaban conseguir la objetividad –ideal al que aspira toda obra histórica–, aspecto que se veía reflejado especialmente, por ejemplo, en la caracterización, para nada idealizada, de sus personajes o acontecimientos. Las descripciones de grandes héroes como David o Salomón y el juicio estricto al que estaban sometidos cumplían precisamente con la misión educativa de la historia, de la que se obtenían ejemplos positivos para imitar y negativos para evitar.

El providencialismo

Uno de los objetivos de los libros históricos del Antiguo Testamento es también mostrar que la historia no es una casualidad, sino que Dios es quien dirige el destino de los hombres, en este caso, el destino de su pueblo elegido: la historia hebrea es insistentemente providencialista. Un rasgo peculiar de esta memoria de las gestas de los antepasados judíos es que intenta dar una interpretación a los acontecimientos que sirva para mostrar precisamente la relación que ha existido y existe entre el hombre y Dios, siendo este último el verdadero motor y conductor de la historia. Como veremos más adelante en este capítulo, la historiografía cristiana hereda esta característica de la judío-primitiva, distanciándose así de la historiografía clásica, que generalmente atribuye los sucesos al azar ciego y a la causalidad humana.

Los Evangelios

En el llamado Nuevo Testamento, las narraciones de la vida de Cristo, recogidas en los Evangelios, presentan rasgos comunes con el género grecorromano de la biografía y, aunque sea difícil llegar a una conclusión definitiva al respecto por la complejidad del relato, se puede decir que, si bien no es pura historia, tampoco es simplemente un mito, leyenda o cuento. La inclusión de elementos sobrenaturales o la intervención divina en la narración no la excluye por sí misma de la categoría histórica, como se ha visto también en las narraciones de Heródoto o Tito Livio, que consignan tales intervenciones como hechos consumados, sin preguntarse por su autenticidad. La crítica histórica puede –y de hecho lo hace– usar con los Evangelios los criterios estándares utilizados en otros escritos históricos antiguos, sean veraces o no: autoría y fecha de composición, género, intención, fuentes, crítica textual e historicidad de la narrativa de los acontecimientos. Pero sobre todo, más que juzgar la autenticidad o veracidad de los Evangelios, interesa preguntarse aquí si sus autores buscaron efectivamente escribir «historia».

Los Hechos de los Apóstoles

El otro libro del Nuevo Testamento que podría clasificarse como histórico es el de los Hechos de los Apóstoles. Este segundo escrito de san Lucas narra con bastante detalle la vida de los primeros seguidores de Cristo y la expansión de la Iglesia desde Jerusalén hasta su llegada a Roma. En general, existe cierto consenso en considerar el libro de los Hechos como más histórico y más coincidente con las convenciones de la historiografía clásica que los Evangelios, e incluso se ha llegado a conferir a su autor el título de «primer historiador cristiano» (Marguerat, 2002, p. xi). Es notable la insistencia de Lucas por precisar exactamente la fecha en que se desarrollaron los acontecimientos, señalando autoridades, cargos y todo el contexto del que es capaz para cumplir el fin de entregar una cronología correcta (véanse, por ejemplo, Lc 3.1-2, Hechos 24.27). Sin embargo, sería poco preciso mirar los Hechos como una historia de la Iglesia en miniatura, pues si bien hay coincidencias con este subgénero, las diferencias no se pueden pasar por alto (Adler, 2008). Lucas consigue más bien una peculiar unidad entre teología e historia, que le dará al libro un sello propio.

La diferenciación de géneros

Al hablar de historiografía cristiana es necesario distinguir entre historia del cristianismo, historia de la salvación e historia de la Iglesia. Aunque estas realidades están, sin lugar a dudas, indisolublemente unidas para los cristianos, hay también diferencias entre ellas que ayudan a comprender mejor lo que podría denominarse como las variantes dentro de la historiografía cristiana.

Historia del cristianismo

La llamada «historia del cristianismo» se caracterizó en un primer momento por la insistencia en buscar sus raíces en el comienzo mismo del mundo. Era vital que lo que se veía –e incluso a veces se perseguía– como una nueva religión se validara externamente y demostrara ser parte de una tradición incuestionable. En este sentido, la historia del cristianismo recurre a los relatos de los orígenes del mundo para situar allí la semilla que más tarde se desarrollaría en la religión cristiana, tal como lo hace, por ejemplo, Gregorio de Tours.

Historia de la Iglesia

La historia de la Iglesia, por otro lado, es más bien la historia que se desarrolla después de la venida de Cristo a la tierra, principalmente la de sus seguidores, y narra sobre todo la superación de las vicisitudes que estos encuentran en el trabajo de expandir su doctrina. Importa mucho aquí la cuestión de las sucesiones, cronologías y problemas de ortodoxia; era necesario mostrar que la verdadera Iglesia era una y se vinculaba directamente con su fundador. El historiador eclesiástico más destacado de este periodo fue Eusebio de Cesarea.

Historia de la salvación

La historia de la salvación, en cambio, comprende más bien una interpretación de la historia universal; elabora una teoría que pretende abarcar la totalidad de la historia y su resultado es más bien una «metahistoria». Su misión, más que relatar los acontecimientos tal como sucedieron ordenadamente, tiende a mirar por encima de ellos y encontrar un sentido. El representante más notable de este tipo de historiografía cristiana fue san Agustín.

En la práctica historiográfica cristiana es difícil encontrar uno de estos tipos en estado «puro»; más bien se dan mezclas de estos géneros y estilos, por lo que esta pequeña división en subgéneros puede parecer demasiado sutil, pero es importante a la hora de precisar las características propias de cada uno de ellos. El historiador eclesiástico, por ejemplo, se pone límites a la hora de ejecutar su tarea y describir lo que ha sido la historia de la Iglesia en un lugar y tiempo determinados. La delimitación geográfica y temporal al tratar la historia eclesiástica sugiere precisamente un particularismo que es adecuado y necesario al hacer historia. Es lo que puede verse en la historia de Eusebio y también en la de los obispos y abades que relatan las historias locales de sus tierras, como Gregorio de Tours o Beda el Venerable. Estos autores están escribiendo historia: en algunos casos utilizarán muy conscientemente algunas herramientas que les proporcionaba la historiografía clásica; en otros, la fidelidad al modelo grecorromano será más difícil de descubrir, pero no por eso llegará a ser una historia menos válida.

El escritor eclesiástico se centra en reconstruir los hechos de la historia y desarrollo de la Iglesia y deja las otras materias para los historiadores profanos. Le interesa la política o los asuntos

militares en la medida en que se relacionen con su tema, es decir, el desarrollo temporal de la comunidad eclesiástica. Él intenta hacer historia y no una transposición de la teología en la historia (Van Nuffelen, 2010, p. 171). El primer representante de esta tendencia fue el historiador eclesiástico Eusebio de Cesarea.

Cronografías

Un género aparte lo constituyen las llamadas «cronografías», que establecían la medición del tiempo y las fechas. Estas cronologías surgen muy tempranamente y son la forma dominante de historiografía cristiana antes de la aparición del género de la historia eclesiástica. Quizá la más importante sea la de Julio Africano (*ca.* 160-*ca.* 240) por haber servido de base para otras muchas historias de la Iglesia. Aunque sólo subsisten unos pocos fragmentos, se puede saber casi con seguridad que estaba compuesta por cinco libros escritos en griego que ordenaban sincrónicamente las fechas más sobresalientes de los griegos y los judíos desde el año *ca.* 5500 a.C. –que Julio Africano establecería como año de la creación del mundo– hasta el 221 d.C., en la época del emperador Heliogábalo.

Julio Africano

Dionisio el Exiguo

Otro paso trascendental en el ámbito cronológico lo daría a principios del siglo VI el monje Dionisio el Exiguo (*ca.* 470-*ca.* 554) al establecer la fecha del nacimiento de Cristo o *anno Domini*, fundando así el primer año de la «era cristiana». Dionisio fijó este año en el 753 *ab urbe condita*, o desde la fundación de la ciudad de Roma, pero su cálculo tuvo un margen de error de unos cuatro a siete años porque se equivocó al fijar la fecha del reinado de Herodes el Grande.

La unificación de los sistemas para contar el tiempo en una cronología de carácter universal vendría a simplificar enormemente la datación de los acontecimientos, ya que hasta ese momento se utilizaban las cronologías paralelas, es decir, se daba una contabilidad utilizando las olimpíadas griegas, la fundación de la ciudad de Roma, la cronología hebrea o también otras menos conocidas de lugares particulares. Dionisio no le otorgó a la era cristiana un año «cero», lo que concuerda con los usos de la época si se tiene en cuenta que los romanos no lo empleaban en su contabilidad. El sistema del *anno Domini* se volvería dominante en Europa sólo después de que Beda lo utilizara para fechar los acontecimientos en su *Historia eclesiástica del pueblo inglés* en el siglo VIII. Las cronologías, si bien significaron un trabajo arduo y necesario, no pueden ser consideradas en la categoría de «historia», pues –entre otras cosas– carecen totalmente de análisis, pero sí fueron muy útiles actuando como base o materia primera a partir de la cual se elaborarían las historias propiamente tales. Para esta última habría que esperar a Eusebio.

Anno Domini

Clasicismo y cristianismo: características comunes y específicas

En general se puede decir que hay muy poco de la literatura cristiana de los siglos IV y V que se escape de la influencia de la tradición clásica de la Antigüedad y, por otro lado, muy poco puede ser al mismo tiempo estrictamente analizado de acuerdo a los cánones de los géneros clásicos (Young, 2004). La historiografía cristiana presenta unos aspectos comunes, o que se repiten, en dos niveles diferentes. Por una parte están algunos rasgos de fondo que se encuentran también presentes en la historiografía clásica. Quizá uno de los más importantes sea la exigencia para el que escribe de tener la intención de proporcionar un relato verdadero para que sea considerado historia. El ideal de la exactitud y la precisión –distintivos propios de la escritura histórica– fue también buscado y defendido ardientemente por los historiadores cristianos: su primera tarea era la de contar los acontecimientos tal como se habían llevado a cabo. La diferencia con sus pares grecorromanos estaría en que la obtención de datos y recolección de fuentes se haría en un plano distinto, es decir, no sólo a través de la investigación propia del historiador –como habría sido el quehacer de un Tucídides o un Tácito–, sino también basándose en la autoridad de la revelación de Dios en la Escritura.

Veracidad

Algunos de los fines de las obras históricas cristianas también son comunes con los de los historiadores clásicos. El recuerdo de hechos memorables del pasado se señala, por ejemplo, casi con las mismas palabras en el prólogo de la obra de Heródoto y en la de Gregorio de Tours. El fin pedagógico y educativo que proporcionaban las vidas de los personajes, que servía para sacar lecciones de ejemplos positivos que debían ser seguidos y malos que, por el contrario, se debían rechazar, también se mantuvo presente –y con más fuerza si cabe– en los historiadores cristianos. Es más, si la historia había sido definida como *magistra vitae* por Cicerón (*De oratore* 2.36), san Agustín añade en la *Ciudad de Dios* que sus ejemplos están destinados a mostrar cuál es el supremo bien y cuál el supremo mal: «La vida eterna es el sumo bien; la muerte eterna, el sumo mal» (*Civ. Dei* 19.4). Por tanto, los historiadores cristianos tal vez estarían de acuerdo en definir su historia como *magistra vitae aeternae* (Bedouelle, 1993, p. 25).

La función moral

Otros aspectos comunes de los escritores cristianos de este periodo con los representantes de la historiografía clásica son de un toque más formal, es decir, no se refieren ya al contenido o a la misión que le otorgaban a la historia, sino que más bien aluden a la manera misma en que esta era escrita. En varios casos se aprecia el recurso a ciertas reglas de la retórica para presentar una narra-

Historia y retórica

ción más ordenada y elegante, o el dar detalladamente descripciones vívidas de caracteres importantes (véase Eusebio, 9.9), o la inclusión de discursos –probablemente habiendo recurrido a la *inventio*– (véase Beda, 1.24-25), o también el ideal generalizado de decirlo todo con el mínimo de palabras necesarias: la *brevitas*.

Por otro lado, al considerar a los historiadores cristianos como una unidad o como grupo separado de los historiadores clásicos, el análisis de sus características historiográficas comunes ha dado lugar a una «descripción tradicional» de esta historiografía cristiana a lo largo del tiempo: la historia del cristianismo y la historia de la Iglesia escrita en estos siglos ha sido definida como universalista, apologética, lineal y providencialista. De alguna manera, todas estas características son ciertas y se pueden aplicar al conjunto de la historiografía cristiana, pero son también generalizaciones que conviene matizar.

El universalismo

Una de las propiedades de esta historiografía cristiana que más se ha subrayado es la del universalismo. Y es que, comparados con los historiadores griegos y romanos, que se encontraban más restringidos por lo reciente de sus fuentes, sus colegas cristianos, en cambio, se veían con la capacidad de relatar el diseño completo de la historia humana. Era el mismo autor de este plan –Dios– quien se los había dado a conocer. La actitud cristiana ante el mundo le facilitó la visión universal a la comprensión de la historia: el plan de salvación de Dios estaba abierto a todos los hombres de todos los tiempos y el relato histórico de la puesta en práctica de este designio se hacía, entonces, válido también para todos los hombres.

Pero este carácter universal no se puede entender como un *a priori* de toda la historiografía cristiana. Las crónicas cristianas, por ejemplo, tenían elementos universalistas, pues, en general, el género crónica en esos momentos se entendía como un ordenamiento del tiempo de cierto talante universal. Tampoco las historias de las Iglesias locales, como la de un Gregorio de Tours o la de un Beda, o incluso la de Eusebio de Cesarea, son necesariamente universalistas. Estos escritores eclesiásticos se concentraban en un área geográfica limitada y en un tiempo determinado, y el particularismo de su relato histórico no siempre entregaba un resultado demasiado universal. Más bien, lo que se quiere decir cuando se habla de universalismo en la historiografía cristiana es que en general, por su visión de mundo, la escritura histórica cristiana es «potencialmente» universalista; no parece apropiado, pues, presuponer que las consideraciones teológicas van a determinar obligadamente la manera en que un cristiano escriba historia (Van Nuffelen, 2010, p. 162).

La apologética

Algo parecido ocurre al generalizar señalando que toda la historiografía cristiana tiene un carácter apologético tan presente y

marcado que incidiría en los criterios de veracidad y exactitud del relato histórico. Pero de este carácter apologético no se concluye necesariamente que, siendo muy importante que quede clara una enseñanza o la defensa de un determinado principio cristiano, no se pueda hablar de historia propiamente tal. Es posible que ambas intenciones estén presentes en la escritura de un historiador cristiano: puede querer producir una narración verídica que intente explicar o demostrar que las raíces de su religión son muy antiguas –otorgándole así la autoridad de la legitimidad–; puede también intentar relatar el plan divino en la historia y para eso recurre a un pasado que tal vez sus pares griegos o romanos habrían considerado fuera del alcance de una posible investigación histórica, acudiendo, por ejemplo, a figuras de la antigua tradición judía que prepararon la venida de Cristo al tiempo humano. Más tarde, cuando los bárbaros amenazaron seriamente con destruir el orden imperial –que parecía estar indisolublemente unido al desarrollo del cristianismo después de Constantino–, también se hizo necesario defender la independencia de la religión cristiana de un poder político determinado y el recurso a la Biblia hebrea se presentaba como muy apropiado para justificar esta autonomía religiosa (principalmente recurriendo a los relatos de la liberación de los judíos del poder del faraón de Egipto o la restauración del reino después del cautiverio en Babilonia).

El historiador cristiano se encontraba a veces en la necesidad de justificar la historia que escribía, de insertarla en un contexto más amplio. Este fue el caso de Orosio, por ejemplo, que tuvo por misión defenderse de las acusaciones de los paganos que culpaban a los cristianos del saqueo de Roma del año 410 y de las demás catástrofes que le ocurrían al Imperio. Pero la estrategia de este historiador –y también de otros– no fue recurrir tanto a otros escritos apologéticos cristianos, sino, por el contrario, validar su argumento con fuentes paganas y con historiadores que nada tenían que ver con el cristianismo.

Tiempo lineal y tiempo cíclico

Una de las diferencias más advertidas entre la historiografía clásica y la cristiana es su concepción del tiempo. Para los antiguos griegos y romanos el tiempo se concebía como algo cíclico, es decir, presentaba un diseño que se repetía en momentos sucesivos de la historia. Existía la idea, por ejemplo en Platón y en otros filósofos, de la existencia de un gran «ciclo cósmico» que se reanudaba después de miles de años. Si bien un ciclo no se repetía exactamente igual al anterior, sí podía distinguirse su plan general; podían variar las circunstancias concretas, pero las respuestas que se ofrecían eran limitadas en su número. Esto había quedado plasmado principalmente en las historias de Heródoto, Tucídides y algunos romanos, pero quien realmente hizo de la teoría de los

ciclos una ley fue Polibio. Su concepto de la anaciclosis de las constituciones políticas (el que a un régimen político siguiera necesariamente otro y siempre el mismo) negaba efectivamente que la historia tuviera un sentido de dirección. La idea de ciclo, entonces, se presenta como fatalista: está condenado a repetirse e inevitablemente se espera la caída o la destrucción. Es verdad que luego puede surgir otra nueva realidad, pero también esta estaba destinada a sucumbir (Fear, 2010, p. 177). San Agustín dedica una porción considerable del libro doce de su *Ciudad de Dios* a atacar la teoría cíclica de la historia y señala que la creencia en la anaciclosis entrampa al hombre y le roba su felicidad (véase especialmente *Civ. Dei* 12.13-14).

La concepción cristiana del tiempo, por el contrario, establecía que el mundo había sido creado de la nada y que seguía su curso una sola vez, sin repetirse. La interpretación cristiana de la historia tiene un principio, una dirección y un final representados por la Creación, la encarnación de Jesucristo y el Juicio Final. De esta manera, los hechos históricos se suceden en función de un *télos* o fin; el cambio histórico estaba, entonces, orientado hacia una meta y su acaecer se podía representar no con un círculo, sino con una línea o, mejor, con una flecha.

Esta visión cristiana lineal choca profundamente con la interpretación de la historiografía clásica, pues no postula que el hombre es capaz de escapar de los ciclos del tiempo, sino que, más radicalmente aún, sostiene que los ciclos no existen. Cristo murió –en un tiempo medible y datable– para salvar a los hombres una sola vez y para siempre: no caben nuevos actos salvíficos en el futuro. Ahora bien, la interpretación cristiana de la historia es también realista y por eso es capaz de reconocer dentro de este desarrollo lineal un cierto tipo de configuración repetitiva en la vida de los hombres (Breisach, 1983); en concreto, el diseño de caída (pecado), pago de esta (retribución) y luego restauración (salvación) sí se repite en los hombres.

El providencialismo

Por último, sobre la postura providencialista de la historiografía cristiana conviene decir que, si bien es una interpretación omnipresente –por lo menos en estos primeros historiadores cristianos–, el hecho de que Dios guíe la historia de los hombres y conozca su futuro no significó que la historia fuera una simple alegoría de la voluntad de Dios, como podría proponer un providencialismo exacerbado, negando así las causas y los efectos de la libertad. Para los historiadores cristianos fue complejo conectar la providencia con la causalidad; muchas veces los conceptos teológicos y los históricos se movían en planos distintos: los interrogantes frecuentemente no se podían resolver, o se resolvían sólo parcialmente, pero no por eso dejaron de planteárselos seriamente. El resultado de su es-

critura histórica no siempre fue una narrativa ordenada y sucesiva sino más bien una «metahistoria», es decir, algo que intentara una interpretación que explicara el sentido de la historia.

Al señalar estas características comunes y específicas de la historiografía cristiana se ha buscado mostrar que, así como la historiografía clásica no tiene una ideología común detrás de sus postulados, tampoco la escritura histórica cristiana se define puramente en función de su teología. Es importante, también, ver el género de escrito que se tiene delante antes de atribuirle gratuitamente –por tener un autor cristiano– un motivo o intención ideológica: es distinta una cronología de una historia eclesiástica y esta de una historia universal. Además del tipo de escrito histórico que el historiador cristiano busca realizar, también pueden influir otras motivaciones de carácter más práctico para explicar por qué escribe como lo hace; por ejemplo, la existencia de extraordinarias y completísimas bibliotecas en Cesarea y en Northumbria hicieron de la erudita tarea de Eusebio (siglo IV) y Beda (siglo VIII) una realidad posible. No sólo los presupuestos teológicos definen, entonces, el contenido y la forma de lo que se escribe históricamente (Adler, 2008; Van Nuffelen, 2010).

Es necesario, por tanto, tal como se señalaba al principio de este capítulo, distinguir a un cristiano que escribe historia de la Iglesia de un cristiano que escribe historia de la salvación y también de un cristiano que interpreta la historia universal o de un historiador que es cristiano, pero que se dedica a escribir historia política y militar –como, por ejemplo, el historiador del emperador Justiniano, Procopio– y se asemeja, por tanto, más a los historiadores paganos en estilo y carácter. Interesante será ver a continuación cómo se inserta entonces esta escritura histórica cristiana en las tradiciones de la historiografía clásica y en qué medida se aleja de ella.

Eusebio: la primera historia de la Iglesia

Eusebio (*ca.* 275-*ca.* 339), obispo de Cesarea, ha sido considerado como el indiscutido «padre de la historia eclesiástica». A diferencia de sus predecesores, escritores de cronologías, Eusebio pretende contar la historia de todo el orbe cristiano hasta los límites del mundo conocido. Privilegia, como es lógico, los acontecimientos que ocurren en la zona oriental del Imperio, que él conoce mucho mejor, pero no deja de señalar regularmente también los de Occidente.

De la vida de Eusebio no se sabe mucho más que lo que se infiere de sus obras. Hombre culto y erudito, fue discípulo de san Pánfilo, que murió mártir en la persecución de Diocleciano y con quien es-

cribió unos comentarios bíblicos. Alrededor del año 313 fue elegido obispo de Cesarea y participó activamente en la vida de la Iglesia oriental, presentando su postura en los concilios de Nicea, Tiro y Jerusalén. Un evento que marcó la vida de Eusebio fue su encuentro con el emperador Constantino, de quien escribió una biografía (*Vita Constantini*) y a quien admiraba como uno de los grandes artífices de la victoria de la cristiandad sobre el mundo pagano del Imperio romano.

> «Otros autores, al hacer narraciones históricas, acaso no hayan transmitido por escrito más que victorias de guerras, trofeos contra enemigos, hazañas de generales y valentías de soldados manchados de sangre y muertes innumerables por causa de los hijos, de la patria y demás bienes. Nuestra obra, en cambio, que describe el género de vida según Dios, grabará en columnas eternas las luchas más pacíficas a favor de la paz del alma y el nombre de cuantos se esforzaron en ella con valentía, por la verdad antes que por la patria, por la religión antes que por los seres queridos. [...] Considero que es absolutamente necesario que trabaje en esta obra, pues no conozco ningún escritor eclesiástico que se haya preocupado acerca de este tema.»
>
> *Historia eclesiástica* 5.1.3-4 y 1.1.5

La obra principal y más conocida de Eusebio es la *Historia eclesiástica*, donde intenta hacer una síntesis en diez libros de las vicisitudes de la Iglesia cristiana en sus tres primeros siglos de vida. Es una historia de acontecimientos y, a la vez, una historia de la ortodoxia cristiana frente a la lucha contra las herejías paganas y judías. Uno de los objetivos centrales de la obra es mostrar que la religión cristiana no es un fenómeno nuevo, sino que se integra dentro del marco histórico universal y que, por sus relaciones proféticas y en continuidad con los datos religiosos judíos, es, en realidad, la más antigua (Barnes, 1981).

Apologia de la Iglesia

Así, Eusebio produjo un nuevo tipo de historiografía. No es que haya adaptado un método tradicional a un objeto nuevo –la Iglesia–, sino que la novedad misma estuvo en la representación de este objeto, pues los cristianos fueron tratados como una nación; escribir la historia de la Iglesia fue para él escribir la historia de un pueblo que tenía un principio de cohesión mucho más fuerte que la raza, el territorio o la lengua: la religión (Morlet, 2006). La *Historia eclesiástica* es novedosa además porque se aparta de los cánones de la historiografía clásica –como lo señala el mismo Eusebio en el texto que hemos seleccionado–: no incluye discursos retóricos e invierte las prioridades tradicionales dando más énfasis a los orígenes y sucesión apostólica que a la historia contemporánea (Adler, 2008).

Las fuentes

Otro elemento que hace algo extraña a la *Historia eclesiástica* para un lector acostumbrado a la historiografía grecorromana tradicional es el modo de presentación de la evidencia. Eusebio adopta un estilo fuertemente basado en la autoridad de los documentos –numerosísimos– que recoge. Las largas citas de Eusebio son, sin duda, de incalculable valor y muchas veces es lo único que poseemos de los múltiples autores que transcribe (aunque su rigurosidad haya sido cuestionada), pero estas «interrupciones» de la narración se alejaban del ideal de elegancia retórica al que

la mayoría de los historiadores clásicos aspiraba. Pareciera que Eusebio quiere, en cambio, probar su argumento con la autoridad de antiguos escritores, incluyendo también paganos griegos, romanos y –sobre todo– judíos helenizados: «Estoy en gran manera sorprendido de ver cómo Flavio Josefo se corresponde con las Divinas Escrituras» (*Historia eclesiástica* 2.10.10).

El providencialismo

El relato de Eusebio está orientado a mostrar que, si bien los hombres son los actores de la historia, la providencia divina está siempre por encima velando por ellos. La historia de la Iglesia se presenta como la continuación de la obra salvífica de Cristo. Por eso, la muerte de los emperadores que persiguieron a los cristianos viene a probar que Dios no abandona a su pueblo si este confía en él:

«Este relato aparece tanto en los escritores ajenos a nuestra doctrina que se dedicaron a escribir acerca del tiempo mencionado como en los nuestros. No obstante, los historiadores de fuera, no familiarizados con la fe, explican el portento, pero no confiesan que sucedió gracias a las oraciones de los nuestros» (*Historia eclesiástica* 5.5.4).

La *Crónica*

Eusebio escribió también otra obra de carácter histórico llamada *Crónica*, donde intentó establecer un sincronismo de acontecimientos históricos en tablas o columnas cronológicas paralelas. Para esto se basó en distintos tipos de documentos recogidos minuciosamente. La cronología llegaba hasta el año 325 y fue escrita antes de la *Historia eclesiástica*. Aunque podría considerarse como una simple compilación, es algo diferente a las otras cronologías realizadas principalmente por estudiosos paganos del Imperio romano tardío. La *Crónica* de Eusebio se inspiró en el propósito de mostrar los sucesos ocurridos en la historia de la humanidad, pero bajo un solo marco común y poniendo a Cristo en el centro. Se conserva parcialmente gracias al trabajo de Jorge Sincelo (cronista bizantino), a una traducción de san Jerónimo y a otra armenia.

Es lógico pensar que las obras de historia de la Iglesia o historias del cristianismo –especialmente a partir del siglo IV– tuvieran también una misión apologética. En el momento en que los escritores cristianos se deciden a escribir los sucesos ocurridos al grupo de los seguidores de Cristo, que en el pasado había sido prohibido por la ley e incluso perseguido cruentamente, el hacer una defensa de su postura se les presenta como algo muy natural. El edicto de tolerancia firmado en Milán el año 313 por el emperador Constantino supuso un gran impulso para el desarrollo de la historiografía cristiana precisamente porque se sintieron libres no sólo de contar su pasado, sino también de situarlo al lado o incluso por encima de la historia del mundo, en un testimonio que era además validado por una autoridad secular.

Desde los comienzos del cristianismo hasta el siglo IV, los pensadores cristianos habían trabajado arduamente para fijar la ortodoxia de su doctrina; por eso, cuando Constantino se convierte en un partidario, defensor y luego legislador de la Iglesia cristiana, los cristianos celebran este triunfo por todo lo alto. Siglos de pensamiento y disciplina los habían dotado de las bases y fundamentos necesarios para interpretar su propia historia y también la de todo el género humano. La conversión al cristianismo suponía el aprendizaje de una nueva historia, una historia que –sin suprimir la antigua– significaba el descubrimiento de un *continuum* desde Adán y Eva hasta los acontecimientos contemporáneos (Momigliano, 1989). Un caso notable de esta nueva manera de entender la historia fue Paulo Orosio.

Orosio: la historia como apología

Paulo Orosio (*ca.* 383-*ca.* 420), sacerdote natural de Hispania, recibió el encargo de san Agustín de escribir una historia del mundo que fuera una respuesta apologética al argumento pagano que postulaba que el advenimiento del cristianismo había sido la causa de todo tipo de males y desastres para el Imperio y el mundo entero. El objetivo de Orosio se convirtió, entonces, en refutar esta tesis y demostrar que la historia de Roma, como la de toda la raza humana, había estado siempre llena de miseria, corrupción y catástrofes y que, al contrario de lo que postulaban los paganos, el cristianismo había significado una moderación de estos males.

> «Si es absolutamente indudable que bajo el reinado de César Augusto, tras la paz con los partos, el orbe de la tierra se ha recuperado por primera vez con una paz general y con una nueva tranquilidad, abandonando las armas y olvidando las discordias, [...] y todo esto sucedía paralelo al nacimiento de nuestro Señor Jesucristo en este mundo, está clarísimo, con evidencia absoluta, que esta paz y serenísima tranquilidad del mundo se debe no a la grandeza de César, sino al poder del Hijo de Dios, que nació en la época de César, y que el propio mundo ha obedecido con general reconocimiento no al emperador de una sola ciudad, sino al creador de todo el orbe.»
>
> *Historia adversus paganos* 3.8.5-8

La *Historia contra los paganos* presenta tal vez como su característica principal el universalismo historiográfico, ya que narra los acontecimientos desde la creación del mundo hasta los días del propio autor. El devenir histórico fue tratado por Orosio siguiendo la teoría de los cuatro imperios universales (Babilonia, Macedonia, Cartago, Roma), pero agregó un quinto imperio triunfante que integraba la herencia de todos los anteriores: la Roma cristiana. Orosio narró los desastres mundiales basándose principalmente en historiadores paganos: Salustio, Tito Livio, César, Suetonio, Tácito, pero también recurrió a fuentes cristianas, entre ellas a san Justino, a san Jerónimo, a los textos bíblicos y a la *Crónica* de Eusebio. El estilo de la obra sigue ciertos cánones propios de la historiografía clásica y desea superar los angostos márgenes de las cronologías y crónicas (Zecchini, 2003, p. 321), pues

contiene elementos altamente retóricos, que se ajustan muy bien a quien tiene la defensa por objetivo.

Apología del cristianismo

Para Orosio, como se ve en el texto del recuadro, tanto la grandeza del emperador romano como los beneficios que puede traer un reinado benigno eran manifestaciones de la gloria y poder divino que preparaba al mundo para la venida de su Hijo. Era muy difícil para Orosio interpretar la historia de otro modo: la encarnación del hijo de Dios era el acontecimiento histórico central y que marcaba el principio de una nueva era para todos los hombres. Orosio narró los sucesos y eventos de la historia secular teniendo como punto de referencia el hecho esencial de la salvación, que será sin duda el que termine dándole un significado a toda la historia mundial. Orosio se convirtió así en el primer historiador cristiano que le dio a la historia secular un propósito (Fear, 2010).

Orosio refleja el triunfalismo de quien, a pesar de las vicisitudes del momento –recordemos que su *Historia* fue escrita tan sólo unos siete u ocho años después del terrible saqueo de Roma en el año 410–, posee la certeza de la victoria final, aunque no sea en este mundo: «Sea el que sea el lugar al que yo llegue como desconocido, no temo un repentino ataque como si fuese un desamparado. Entre los romanos, como dije, soy romano, entre los cristianos soy cristiano, entre los hombres soy hombre; por la ley puedo recurrir al Estado; por la religión, a la conciencia humana; por la idéntica comunidad de naturaleza, a la naturaleza. Para mí ahora, por un tiempo, toda la tierra es, por así decir, mi patria, ya que la verdadera patria, la patria que anhelo, no está de ninguna forma en la tierra» (*Historia adversus paganos* 5.2.6-7).

Legado

La *Historia* de Orosio fue citada por todo tipo de autores desde su publicación. Gracias a esto se conservaron numerosos manuscritos repartidos por toda Europa y llegó a ser uno de los principales libros escolásticos para el estudio de la historia antigua durante toda la Edad Media. Con su obra, Orosio muestra que historiadores como Salustio, Tito Livio o Tácito seguirán siendo autoridades históricas válidas para los cristianos, pues no hay intentos de «cristianizar» la historia política tradicional, sino de transformar el espíritu de la historia pagana para darle un sentido cristiano. Es por esta razón, entonces, que en algunos casos la historiografía cristiana llega a ser filosofía de la historia.

San Agustín y el sentido de la historia

Aunque no puede ser considerado como historiador propiamente tal, el pensamiento histórico de Agustín de Hipona produjo –especialmente en Occidente– efectos verdaderamente revolucio-

narios en la comprensión e interpretación de la historia. Con una amplísima visión histórica, de carácter deliberadamente teológico, Agustín intentó unificar la historia del mundo, la historia de la Iglesia y la historia de la salvación en su obra la *Ciudad de Dios*.

> «Ello sería un aviso para el lector, a fin de que, sin desdeñar ninguna de las dos autoridades, se elevase de la narración de la historia a la búsqueda de la realidad pretendida al escribir historia.»
>
> *Civ. Dei* 18.44

Vida

Agustín nació el 13 de noviembre del año 354 en Tagaste (Numidia), provincia de cultura y lengua latinas. De joven, Agustín estudió gramática y retórica en Cartago y más tarde en Roma; la obra perdida de Cicerón, el *Hortensio*, lo invitó a buscar ardientemente la sabiduría y dio paso a una larga y atormentada evolución intelectual que lo haría acercarse a posturas racionalistas y naturalistas. En el año 384 se asentó como profesor oficial de retórica en la ciudad de Milán, donde conoció al obispo Ambrosio, que terminó por disipar sus dudas maniqueas intelectuales y espirituales. El bautizo de Agustín –junto con su amigo Alipio e hijo Adeodato– en la Pascua del año 386 puso fin al complejo y –como señala él mismo en sus propias *Confesiones*– doloroso proceso de conversión interior. El cambio que se operó en su vida fue radical y como consecuencia decidió ir a Hipona a abrir un monasterio para vivir en reflexión silenciosa, pero en el año 395 fue ordenado obispo y se puso de inmediato al servicio de su comunidad. Murió en el año 430 de fiebre durante el asedio de los vándalos a la ciudad de Hipona.

Actividad episcopal

La actividad episcopal de Agustín fue prodigiosa: concienzudo gobierno de la diócesis, incansable ministerio de la palabra, viajes, formación del clero, acérrima defensa de la ortodoxia en contra de donatistas, pelagianos, arrianos, maniqueos y paganos. Su genio multifacético quedó demostrado en sus variados escritos filosóficos, teológicos y pastorales, sin dejar de ser por eso, al mismo tiempo, un orador y un místico.

Sentido apologético

La circunstancia específica que lo movió a escribir lo que él mismo llamaría su *opus magnum et arduum*, la *Ciudad de Dios*, fueron las acusaciones que recibió el cristianismo por parte de los paganos a raíz del saqueo de Roma en el 410. El argumento central de los primeros once libros pretende demostrar, a partir de la historia romana, que el culto a los dioses no había traído la prosperidad anunciada y que el politeísmo de los filósofos no había ayudado a nadie a llegar a la felicidad eterna. En la segunda parte, del libro XI al XXII, el autor expone y defiende la doctrina cristiana presentando su famosa visión de las dos «ciudades», que corresponderían simbólicamente a dos tipos de sociedades según sigan el querer de los hombres o el querer de Dios: «Dos amores han dado origen a dos ciudades: el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios, la terrena; y el amor de Dios hasta el desprecio de sí, la celestial» (*Civ. Dei* 14.28).

La *Ciudad de Dios*

La *Ciudad de Dios* es una obra vastísima tanto en su extensión como en la densidad de su contenido y por eso es preciso concentrarse aquí en algunos aspectos que se relacionan más con la teoría historiográfica y la filosofía de la historia. Uno de los temas centrales es, sin duda, el problema del tiempo, que para san Agustín se presenta a la vez como realidad filosófica y como categoría histórica: «Sin duda no fue hecho el mundo *en* el tiempo, sino con el tiempo. Lo que efectivamente se hace en el tiempo se hace después de algún tiempo y antes de otro: después de lo que es pasado y antes de lo que es futuro; y no podía haber nada pasado, puesto que no había criatura alguna por cuyos movimientos mudables se realizase el tiempo» (*Civ. Dei* 11.6).

El tiempo

El tiempo es, entonces, creación de Dios: junto con crear el mundo, Dios crea también el tiempo, que implica un pasado, un futuro y un presente. San Agustín señala que Dios conoce los tiempos «sin noción temporal alguna, como mueve las cosas temporales sin movimiento alguno suyo» (*Civ. Dei* 11.21). El autor va a unir este concepto de tiempo como realidad creada a su opuesto de eternidad divina en la persona de Jesucristo. Él es el centro de la historia: su muerte –ocurrida en el tiempo– se convierte en sacrificio eterno de valor infinito que por su plenitud es irrepetible y desborda todos los tiempos. La historia por fin adquiere un sentido y una dirección: tiene un principio, un centro y un final. La historia para san Agustín no se repite en ciclos; al contrario, precisamente la redención operada por Cristo una vez y para siempre ha liberado al hombre de la esclavitud del tiempo y lo dispone a la eternidad.

La providencia

Otra idea central que se expone en la *Ciudad de Dios* y que toca al mismo tiempo la filosofía, la teología y la interpretación histórica es el concepto de providencia: «La causa del Imperio romano no es fortuita ni fatal; [...] con toda certeza es la divina providencia quien establece los reinos humanos» (*Civ. Dei* 5.1). Agustín postula que es ella quien realmente ilumina y guía la historia de la humanidad, nada escapa a su sabiduría, aunque los hombres no puedan comprenderla totalmente: «Todos estos avatares de la historia es, sin lugar a dudas, el Dios único y verdadero quien los regula y gobierna, según le place. Quizá los motivos estén ocultos. ¿Pero serán por ello menos justos?» (*Civ. Dei* 5.22). Sin embargo, el concepto de providencia no anula para san Agustín la libertad personal del hombre. Esta contradicción para algunos y misterio para otros ha sido objeto de múltiples y apasionadas discusiones a lo largo de los siglos sin que por eso haya llegado a establecerse una solución definitiva y satisfactoria.

Derivada de esto mismo, la cuestión sobre la interpretación que debe hacerse de la historia es también un rasgo distintivo de san Agustín, muy presente en su obra. Para el autor, la historia que se

narra en la *Ciudad de Dios* es un recorrido por toda la Biblia para exponer la historia de la revelación y, al mismo tiempo, en línea paralela, el curso de las ciudades temporales o reinos del mundo: Asiria, Babilonia, Egipto, Grecia, Roma. El manejo que muestra de las fuentes –sobre todo paganas– es realmente notable. Famosa es su descripción del gobierno del primer emperador romano:

«César Augusto parece haber arrebatado por completo la libertad de los romanos; esa libertad que ya ellos mismos no tenían como gloriosa, sino pendenciera, funesta, sin nervio alguno y lánguida. Todo lo concentró en un absolutismo tiránico bajo la apariencia de una restauración y renovación de la República, extenuada por una especie de decrepitud enfermiza *[ad regale arbitrium cuncta revocasse, et quasi morbida vetustate collapsam veluti instaurasse ac renovasse rem publicam]*» (*Civ. Dei* 3.21).

La decadencia de Roma y el auge del cristianismo

El análisis de la historia de Roma en la *Ciudad de Dios* va siguiendo, en general, el duro y severo juicio de Salustio. Agustín coincide con el historiador de la Roma republicana en establecer la llegada de los vicios de avaricia, lujuria y ambición como la preparación de la decadencia del Estado y señala también esta causa moral como razón de la caída del Imperio. Pero la interpretación de los hechos narrados, tanto de la historia profana como de la bíblica, es para él doble:

«Nadie puede pensar que todas estas cosas se han escrito inútilmente, o que se debe buscar solamente la verdad histórica sin sentido único alegórico, o, por el contrario, que todo esto no encierra verdades históricas, sino sólo figuras de palabras» (*Civ. Dei* 15.27).

El valor de la historia para san Agustín está en que nos orienta a analizar el transcurso del tiempo con las coordenadas de la ciudad celeste. El tiempo, al no ser circular, llena la historia de sentido y novedad y, dentro de ellas, la máxima novedad es la presencia de Cristo eterno en el tiempo.

La victoria de Alarico con el saqueo de Roma en el año 410 y un poco más tarde el asedio a ciudades del norte de África por los vándalos habían, sin duda, condicionado la escritura histórica del siglo V, como puede verse en la *Historia contra los paganos* de Orosio o en la *Ciudad de Dios* de san Agustín. Estas habían sido compuestas como obras de ocasión, como respuestas a una situación determinada, pero su influencia sería mucho más profunda y duradera ya que la coyuntura acabó transformando el orden político del orbe y trajo la caída definitiva del Imperio. En gran medida estas historias –o, más precisamente, estas interpretaciones de la historia– habían intentado encontrarle un sentido al caos reinante y una de las enseñanzas quedaba plasmada en la escritura histórica del momento: se reconoce como error el haber unido tan estrechamente el desarrollo de la fe cristiana con la suerte del Imperio romano. Tal vez esto es lo que había ocurrido con Euse-

bio, quien, preso del entusiasmo triunfante que había seguido a la conversión de Constantino, había ligado el destino del Imperio al progreso y avance del cristianismo. Pero la Iglesia, una institución universal, no podía estar atada a ningún estado o forma política en particular: quedaba demostrado que el Imperio romano no era necesario para la supervivencia del cristianismo.

En este contexto de desmembramiento del Imperio en Occidente, de invasiones y conformación de nuevos dominios germánicos en las antiguas provincias romanas, aparecen algunos eclesiásticos –generalmente en altos cargos– que ponen su erudición y su talento al servicio de un nuevo tipo de historiografía cristiana: las historias regionales. Convergen en ellos la concentración del conocimiento de la tradición grecorromana y el saber sagrado de la Iglesia, que, en una poderosa combinación, narran los cambios y movimientos de la inestable historia de los nuevos reinos. Los tres más destacados son Gregorio de Tours en el reino franco, Isidoro de Sevilla en el visigótico y Beda el Venerable en el de los anglos y sajones.

Gregorio de Tours: historia regia de los francos

Gregorio de Tours es, junto con Isidoro de Sevilla, un ejemplo de estos obispos sabios y eruditos que, además de la dedicación a las labores pastorales, consagran parte de su tiempo también a la escritura de la historia. Descendiente de una familia galorromana distinguida, Gregorio (538/539-593/594) fue educado en el conocimiento de los autores clásicos, aunque más tarde se lamentaría de no manejar con toda perfección la lengua latina. El título de su obra, *Historiae Francorum (Historias de los francos)*, no refleja con exactitud la magnitud de los intereses de la tarea que se propone el obispo.

La *Historia de los francos*, en diez libros, muestra la conocida combinación de historia universal, que se remonta a los orígenes del mundo en el primer libro, con historia casi de tipo de crónica local en los libros siguientes. En este caso, trata de las vicisitudes de la Galia después de las invasiones francas, el asentamiento de la dinastía merovingia y sus constantes luchas por el poder. Gregorio da cuenta de la violencia y crueldad de los reinos francos que él

> «Mientras tanto, la reina [Clotilde] redoblaba la insistencia sobre su marido para que se decidiera a reconocer al verdadero Dios y abandonara los ídolos. Pero todos los esfuerzos fueron inútiles hasta que al final se produjo una guerra con los alamanes, en la que por necesidad Clodoveo se vio forzado a confesar lo que hasta entonces voluntariamente había negado. Los dos ejércitos combatían con fiereza y se desarrollaba una gran matanza [...], pero en un momento los francos se encontraron a punto de sucumbir. A la vista de esto, Clodoveo eleva sus ojos al cielo y, con el corazón henchido de dolor y los ojos llenos de lágrimas, exclama: "Oh, Jesucristo, a ti, a quien Clotilde llama el Hijo del Dios vivo; a ti, que –como ella dice– socorres a los afligidos; a ti, que das la victoria a quienes en ti esperan, te imploro con fervor que te dignes otorgarme la victoria sobre mis enemigos y, si recibo los beneficios de este poder que tu pueblo te atribuye, creeré en ti y me haré bautizar en tu nombre". [Y después de la rendición de los alamanes], Clodoveo ordena el cese del combate y marcha a la cabeza de su ejército para contarle a su mujer cómo, por haber invocado a Cristo, ha obtenido la victoria. [...] Después de él, más de tres mil hombres de su ejército reciben también el bautismo.»
>
> *Historia de los francos* 2.30.1

conoció de cerca y se refiere a ello como algo «más perjudicial para la Iglesia que la persecución de Diocleciano».

Gracias a Gregorio de Tours podemos conocer con bastante detalle el origen histórico de la monarquía franca. Siguiendo las tendencias historiográficas de su momento, que se ocupaban más de las grandes hazañas de los personajes importantes, Gregorio se ocupó también de detallar más los hechos extraordinarios como crímenes, guerras y milagros propios de su tiempo. El autor narra en un estilo llano y directo los excesos y abusos de los reyes y a veces también la inmoralidad del clero, a quien a él mismo, como obispo, le tocó enseñar y refrenar. Por esto mismo, la historia de los últimos libros, que se acercan a su propio tiempo, es una historia excepcionalmente viva y muy marcada por la personalidad de su autor.

Isidoro de Sevilla: historia enciclopédica del saber grecorromano y cristiano

Isidoro (*ca.* 560-636), obispo de Sevilla, intentó –como siglos antes había hecho el romano Varrón– reunir y recoger «todo el saber antiguo divino y humano» de la cultura cristiana hispanorromana con el fin de actualizarlo y ordenarlo mejor. En su obra cumbre, las *Etimologías*, un ambicioso trabajo de tipo enciclopédico, Isidoro reveló su estrecha conexión con la cultura grecolatina exponiendo la importancia del estudio de las palabras, que conduce al de las cosas, y de la gramática, a la que definió como «ciencia de la expresión correcta, origen y fundamento de la cultura» (*Etimologías* 1.5.1). El desarrollo de esta labor lo llevó primeramente a la elaboración de un latín didáctico que mantuviese la comunicación accesible a todos y donde la exigencia pedagógica se superpusiera al deseo del placer literario.

Las múltiples obras de Isidoro –se conocen más de veinte extensísimos trabajos–, si bien muestran la diversidad de sus géneros y de sus tonos, también descubren una unidad de finalidad y sentido. Isidoro se propuso dar a conocer la etimología de las palabras –especialmente, el modo en que se originaron estas a partir de las cosas– como una forma de volver a encontrar la verdad del sentido en la pureza del origen, una preocupación cuyos precedentes eran a la vez hele-

> «La diversidad de lenguas surgió en la edificación de la torre después del diluvio. Pues antes que la soberbia de aquella torre dividiera la sociedad humana en diversos sonidos de los signos, una sola fue la lengua de todas las naciones, que se llama hebrea, que usaron los patriarcas y los profetas no sólo en sus conversaciones, sino también en las sagradas letras. Pero al principio hubo tantas lenguas como pueblos, después más pueblos que lenguas, porque de una lengua salieron muchos pueblos. [...] Tres son las lenguas sagradas: la hebrea, la griega y la latina, que sobresalen mayormente en todo el orbe. En efecto, en estas tres lenguas fue escrita por Pilatos la acusación sobre la cruz del Señor. De ahí que a causa de la oscuridad de las santas Escrituras es necesario el conocimiento de estas tres lenguas, para poder recurrir a las otras si el texto de una lengua ofreciera alguna duda en un nombre o en la interpretación. La lengua griega es tenida por la más ilustre entre las lenguas de los pueblos. Es, en efecto, más sonora que las lenguas latinas y todas las otras. [...] Por eso hemos tratado antes de las lenguas y después de los pueblos, porque de las lenguas salieron los pueblos, no las lenguas de los pueblos.»
>
> *Etimologías* 9.1-4 y 14

nísticos y romanos. En su tarea de compilador se puede ver al educador consciente de la enorme responsabilidad que tiene al transmitir tan amplio y profundo bagaje cultural, del que es heredero, en una lengua que resulte digna de los conocimientos que expresa, siendo a la vez vivificados y renovados por la religión cristiana.

Entre la función pastoral y la curiosidad intelectual

Las razones por las que un ocupado obispo dedicara tanto tiempo a una obra de este estilo son esencialmente mixtas, demostrando sin duda una patente curiosidad intelectual. Isidoro quiso mejorar la cultura de su reino, la de los laicos y la de los eclesiásticos; le interesó transmitir un saber antiguo y sintetizado a través de la etimología de las palabras y establecer el buen uso y la corrección en la práctica oral y escrita de la lengua latina. Pero, a su vez, el obispo escribió con una finalidad pastoral innegable: educar a su pueblo y hacerlo más apto para la comprensión y participación de los misterios de Dios.

Las *Etimologías*

La temática de las *Etimologías* es muy variada y se pueden encontrar libros que tratan desde el derecho, la medicina y los ángeles hasta cuestiones más puramente históricas como los distintos pueblos, la cronología o el origen de las lenguas. El estilo de la obra es conciso, claro y de un orden notable como puede verse en la selección más arriba.

Otras obras

Otro escrito importante de carácter histórico de Isidoro es la *Chronica mundi*, una historia universal que describe los acontecimientos desde la creación del mundo hasta el año 615 y que reconoce su deuda al aporte hecho por las cronologías de Julio Africano y san Jerónimo. La *Historia de los godos, vándalos y suevos* trata del establecimiento de estos reinos: sus conquistas, gobiernos e influencia en la civilización hispánica. Es el texto considerado de mayor autoridad con referencia a la historia gótica en Occidente y en él destaca especialmente su prólogo, *Laus Spaniae*, una alabanza a las virtudes de España. Un rasgo peculiar de esta obra es que Isidoro escribió poniéndose del lado de los visigodos y no de los romanos.

Beda: historia del cristianismo en Inglaterra

Beda el Venerable (*ca.* 672-735) narró en su obra más destacada, *Historia ecclesiastica gentis Anglorum* (*Historia eclesiástica del pueblo inglés*), la donación real de los terrenos a la que sería la diócesis cabeza y rectora sobre las demás diócesis inglesas. De estilo claro y simple –«para nada pretencioso», según Alcuino de York–, combinado con una gran capacidad descriptiva, Beda produjo una obra elegante, con sus datos recogidos diligentemente de fuentes confiables, que se convirtió en un exitoso relato de incuestionable va-

lor histórico y, sin duda, base para conocer la historia de las islas británicas.

Beda, considerado el hombre más culto de su tiempo, cuenta lo que sabemos de su vida en el epílogo de su obra. Muy interesado en la historia eclesiástica de Bretaña, especialmente en el pueblo de los ingleses, este sacerdote de Northumbria había permanecido desde los siete años en el mismo monasterio y dedicado toda su vida «al estudio de las Escrituras, a observar la disciplina monástica y a cantar diariamente en la iglesia, siendo siempre mi deleite el aprender, enseñar o escribir» (5.24).

> «El rey [Edelberto], movido por la rectitud de vida de estos santos varones y por sus promesas que probaban con milagros, creyó y fue bautizado. Entonces un gran número de personas se acercaba diariamente a oír la predicación y, olvidando sus ritos paganos, creían en la unidad de la iglesia de Cristo. El rey no forzaba a nadie a ser cristiano, sino que mostraba a los creyentes un mayor afecto como sus compatriotas en el reino de los cielos. Porque él había aprendido de sus maestros e instructores para la salvación que los servicios a Cristo debían ser voluntarios y no obligados. Sin esperar más tiempo les entregó a los mencionados maestros un lugar en su metrópolis de Canterbury donde asentarse y poner su residencia, y al mismo tiempo les dio posesiones y bienes de distinto tipo para su mantenimiento desde ese momento en adelante.»
>
> *Historia eclesiástica del pueblo inglés* 1.26

La Britania cristiana

Beda relata el asentamiento de la religión cristiana en las islas británicas. Después de un breve relato de los primeros cristianos en la Britania romana, la historia continúa con la narración de la misión que el papa Gregorio le da en el año 597 a Agustín (después llamado de Canterbury) para llevar el cristianismo a los anglos y sajones. La mayoría de la obra de Beda se ocupa de la historia de las primeras misiones cristianas a tierras inglesas, la organización administrativa de la Iglesia en estos nuevos territorios, el asentamiento de los obispos con su obra evangelizadora y las diversas cuestiones disciplinares que estos le plantean al papa en Roma en cartas que Beda copió directamente del original. Sin embargo, entre líneas se dejan ver también escenas de la vida cotidiana de la época como algunas fiestas, celebraciones y ocupaciones de los nobles (véanse, por ejemplo, 4.22, 4.24, 5.4, 5.6). El historiador además muestra una característica que podría considerarse como «moderna», a saber, su sentido de la propiedad intelectual: siempre señalaba sus fuentes y pedía a sus copistas que hicieran lo mismo.

Incorporación del *anno Domini*

Beda intentó ser exacto en el cómputo del tiempo de los acontecimientos y utilizó para esto distintos tipos de cronologías: la romana (desde la fundación de la ciudad) para la primera parte de su *Historia*, la antigua hebrea, la cristiana y también las llamadas indicciones, que eran ciclos de quince años establecidos por el emperador Constantino en el año 312 y que también servían para contar el tiempo. Finalmente, decidió adoptar el sistema del *anno Domini* de Dionisio el Exiguo, que precisamente gracias a Beda se convirtió en el convencional para la Europa cristiana. Otro importante problema cronológico que el autor deja patente en su obra es la cuestión de la fecha de la celebración de la Pascua, fiesta que los cristianos de Roma celebraban en distinto día que los de las islas británicas. Este asunto quedó consignado en Beda en numerosos

pasajes (cfr. 2.2, 3.25, 4.5, 5.15, 5.21) y sólo cuando se resolvió y los ingleses se adhirieron con firmeza a la fecha romana, se pudo considerar segura y consolidada la unión de la Iglesia en Britania.

El autor de la *Historia eclesiástica del pueblo inglés* no excluyó de su narración el relato de algunos milagros siempre que estos dejaran una enseñanza espiritual o moral, generalmente refiriéndose al triunfo del cristianismo sobre el paganismo. Beda aparecía siempre en control de su tema y era moderado para referirse a los sucesos, excepto cuando trataba la herejía: «Y en esta paz continuó Britania hasta los tiempos de la furia arriana, que, después de haber infectado todo el mundo, corrompió también con sus venenosos errores esta isla [Britania], a pesar de estar situada tan lejos del resto del mundo» (1.8).

La obra histórica de Beda es una curiosa mezcla de elementos propios de la historiografía clásica –como, por ejemplo, la inclusión de discursos en estilo directo o la viveza en la caracterización de los personajes– con aspectos característicos de la escritura de una historia cristiana: un afán por llegar a los orígenes, las citas de autoridades que otorgan legitimidad al relato y la inserción de la narración de la historia local en un plan más general.

HISTORIOGRAFÍA BIZANTINA

Al introducir el tema de la historiografía bizantina parece necesario justificar por qué la situamos junto al capítulo de historiografía cristiana, especialmente si se tiene en cuenta que no todos sus historiadores fueron cristianos y que incluso hubo algunos decididamente anticristianos. El desarrollo de esta escritura histórica se enmarca dentro de un contexto en el cual el fenómeno del cristianismo se ubica en una posición no sólo de mayoría cuantitativa dentro del Imperio romano de Oriente y Occidente, sino también de supremacía, ya que los máximos representantes del poder –el emperador con su corte y su gobierno– se adherían a este credo. La historia imperial de Bizancio, asimismo, se entiende como la historia de un imperio cristiano desde su inicio y, más aún, a veces incluso como la de un estado casi teocrático en el cual la población discute y se enfrenta por cuestiones doctrinales y teológicas que parecen bastante alejadas de la realidad cotidiana.

Además de estas razones, la ubicamos en el contexto de la historiografía cristiana también para distinguirla de la historiografía propia del mundo grecorromano clásico, con la cual se la compara constantemente y ante la cual se le aplica el calificativo de inferior. Conviene acercarse a la escritura histórica bizantina no simplemente como a una imitación o continuación de los grandes histo-

riadores clásicos, sino como algo que, si bien sigue algunos modelos clásicos, no por eso deja de tener entidad y personalidad propias.

Bizancio

Lo que actualmente llamamos Bizancio es una realidad compleja y plurivalente que es necesario intentar comprender por sí misma. Tal vez lo primero que haya que señalar es que el término con que se conoce este imperio –*bizantino*– es derivado del nombre de la ciudad original, antes de que Constantino la rebautizara como «Constantinópolis», en el año 330. Fue Jerónimo Wolf, humanista alemán del siglo XVI, quien se refirió por primera vez con el nombre de *historia bizantina* al periodo comprendido entre el siglo IV y el XV en el Imperio romano de Oriente. Los propios habitantes de esta zona oriental del Imperio, dividido definitivamente a la muerte de Teodosio en el año 395 (aunque ya antes se había realizado una primera división administrativa con Diocleciano), se consideraban y se llamaban a sí mismos «romanos» –en griego *Romaîoi*–, pues para ellos era la parte occidental la que se había perdido o desgajado de la totalidad del Imperio. Constantinopla había pasado a ser, entonces, la capital del Imperio: la nueva Roma. Sin embargo, a pesar de que ellos veían su historia sin solución de continuidad desde la fundación de Roma, la historia del periodo bizantino presenta algunas características que la distinguen del Imperio romano de Occidente, siendo la más importante que el Imperio bizantino es un imperio de lengua griega y fundamentalmente orientado a la cultura griega.

Géneros históricos

Dentro de la literatura bizantina, la historiografía fue uno de los géneros más populares y prolíficos. En general se puede decir que, salvo el silencio de la segunda mitad del siglo VII y gran parte del VIII, en Bizancio se escribió mucha historia. Esta se ha dividido tradicionalmente en dos géneros principales, que eran ya diferenciados por los propios bizantinos: las crónicas y las historias. Además estaban las vidas de santos, que incluían, naturalmente, un tipo de narrativa histórica junto con otros muchos datos de tipo social, económico o cultural. Estos escritos fueron muy populares e hicieron de la hagiografía un prototipo de relato muy característico del Oriente cristiano, aunque más tarde se extendería también por toda Europa. Los representantes más destacados fueron Cirilo de Escitópolis (siglo VI) con su obra *Vida de los monjes de Palestina* y Leoncio de Chipre (siglo VII) con la *Vida de Juan el Limosnero*.

Crónicas

Las crónicas y las historias se constituyeron como los dos modos principales de escribir la historia de Bizancio. Según algunos estudiosos sería más correcto referirse a ellas como «historias uni-

Historia universal

versales» e «historias contemporáneas» respectivamente (Schreiner, 1990). La historia universal se ocupó principalmente de seguir el orden de la cronología empezando con la creación del mundo y llegando casi siempre hasta el tiempo de la propia composición del escrito. Las crónicas habrían intentado otorgar una interpretación cristiana de la historia, algo así como una narración que expresara el desenvolvimiento del plan divino en el tiempo. Como consecuencia de la amplitud y de la cantidad de información que se buscaba englobar, las crónicas tuvieron un estilo más bien lacónico, con un léxico poco sofisticado y una sintaxis simple –como la de los antiguos anales–, y habrían estado menos basadas en los modelos clásicos que las llamadas historias contemporáneas.

Características

Las crónicas estaban destinadas, en principio, no a la elite más ilustrada del imperio, sino a un público más masivo, aunque no por eso inculto. En general, los escritores de crónicas utilizaron mucho la repetición de información de escritos previos, en algunas ocasiones casi literalmente, y al lector moderno le podría parecer a primera vista que se trata casi de un plagio de la crónica anterior. Sin embargo, no hay que dejarse engañar, pues esta es una característica programática, es decir, está calculada como una manera de afirmar la autoridad de quien escribe y demostrar la veracidad de lo narrado (Scott, 2010, p. 252). Por consiguiente, es visto como un signo de seriedad el que el autor señale que sigue fielmente el relato anterior, sin haberle añadido nada propio, salvo la corrección de errores, como lo hace, por ejemplo, Teofanes de Bizancio (758-818) en su obra: «No he puesto nada de mi propia composición, sino que he hecho una selección de historiadores antiguos y escritores de prosa, he puesto en su lugar propio los sucesos de cada año sin confusión».

Intencionalidad

Aunque era importante, entonces, que las crónicas siguieran un modelo anterior –o varios–, también es cierto que cada una se escribía con una intención particular y, por lo tanto, el autor de alguna manera adaptaba el material con el que trabajaba para cumplir los propios objetivos y necesidades que se había propuesto, ya fueran de interpretación personal o propaganda de una visión política. Estas narraciones no presentaban un sentido de la historia tan explícito como, por ejemplo, el de san Agustín en la *Ciudad de Dios*; sin embargo, pretendían ser historias universales con una «vestidura» cristiana clara. Tampoco podían ser consideradas como historias de la Iglesia, ya que su objetivo era más amplio y no se detenían a relatar las controversias de tipo doctrinal, cosa que en general sí hacían los historiadores eclesiásticos. Las crónicas de este periodo imperial bizantino en general calculaban las fechas no desde el nacimiento de Cristo, sino desde la

creación del mundo o *anno mundi* (A.M.), que situaban alrededor del año 5508 antes de la Encarnación (James, 2010).

Una de las crónicas más destacadas del siglo VI fue el *Epítome cronológico* de Eustaquio Epifaneo, que a su vez fue la principal fuente para la popular *Cronografía* de Juan Malalas (*ca.* 491-578). Esta obra de Malalas, que partía con Adán y llegaba hasta el reinado de Justiniano, exhibe un detallado conocimiento de la diplomacia imperial de la época y se muestra como gran defensora de la política sobre la Iglesia y el Estado que postulaba el emperador. Fue una de las primeras obras historiográficas que no se escribió en griego culto, sino que reflejó con bastante exactitud el griego que se hablaba en Constantinopla en ese momento, consiguiendo una notable difusión. Sin embargo, los dieciocho libros de crónicas de Malalas también han sido criticados duramente por su falta de cuidado estilístico y de inexactitud en el contenido histórico, llegando incluso a ser considerados casi como un fraude (Treadgold, 2007, p. 251).

Juan Malalas

En el siglo VII encontramos la *Crónica pascual*, más conocida como *Chronicon paschale*, de autor desconocido y que lleva este nombre debido a que su cronología se basaba en el ciclo pascual. De estilo simple y con una narración salpicada de anécdotas, descripciones de personajes y prodigios, esta crónica constituye una buena fuente para conocer, sobre todo, el periodo que va desde el año 600 al 630, es decir, los últimos años del reinado de Mauricio, el gobierno de Focas y los primeros años del emperador Heraclio. Algo característico de este tipo de texto histórico era precisamente que la parte final relataba los acontecimientos que ocurrían hasta una fecha cercana al autor que escribía, es decir, aunque todas comenzaban con la Creación, cada crónica iba acumulando en sus finales lo más novedoso y se iban continuando unas a otras. En el siglo VIII escribió su crónica Teofanes de Bizancio, que luego fue seguido por Jorge Sincelo (siglo IX) y más tarde por la *Cronografía* de Miguel Psellos (1018-1078) y el *Epitomé historiôn* de Zonaras, que narraba los sucesos comprendidos entre la creación de Adán y el año 1118, ilustrando especialmente el ambiente en Constantinopla bajo la dinastía de los Comnenos.

La *Crónica pascual*

Historias

El otro tipo de escritura histórica más desarrollado bajo el Imperio bizantino fue el llamado simplemente «historia» o también «historia contemporánea». Esta no significó necesariamente la narración de sucesos coetáneos al autor, sino la sucesión de noticias que en otro tiempo fueran historia contemporánea (Schreiner, 1990,

p. 58). Se refiere, por lo tanto, a una historia de contenido más netamente político que las crónicas o historias universales, que hacían siempre referencia a los inicios religiosos del hombre en el mundo.

Historia contemporánea

Esta historia secular, por su mismo contenido y temática, se sentía plenamente heredera de la historiografía griega y, por lo tanto, miraba a Tucídides como su máximo modelo. El autor de la *Historia de la guerra del Peloponeso* permaneció como paradigma vigente durante siglos y se buscó imitarlo en casi todo, con variados resultados. El griego ático se constituyó como el lenguaje culto y apropiado para escribir los grandes acontecimientos del Imperio bizantino; los recursos retóricos tradicionales en la escritura de la historia tuvieron también que estar presentes si se quería relatar adecuadamente y como antaño las grandes guerras que se habían librado y las vidas de sus grandes hombres: prefacios elaborados, discursos, digresiones sobre geografía, etnografía o filosofía. El papel central que desempeñó el carácter de la persona en el desarrollo de la narrativa también fue una herencia de la historiografía clásica y hasta se puede decir que toda la historiografía bizantina tuvo una marcada preocupación biográfica (Momigliano, 1971; Bourbouhakis y Nilsson, 2010).

Los escritores de historia en Bizancio provenían de diversos ambientes. La mayoría no había desempeñado un rol demasiado importante en la política de su época –a diferencia de un Tucídides o un Jenofonte en la Grecia antigua–, pero tampoco podían ser definidos totalmente como «historiadores de profesión». En general eran hombres moderadamente públicos, es decir, abogados, juristas, funcionarios imperiales, y varios eran cercanos a los círculos eclesiásticos, a veces siendo ellos mismos clérigos o monjes.

Uno de los rasgos más sobresalientes de estas historias contemporáneas bizantinas fue el centrarse en la figura del emperador y en los sucesos políticos del Imperio. Además, al igual que las crónicas o las historias eclesiásticas, estos relatos históricos tendían a continuarse unos a otros, es decir, sus autores –en general– seguían la obra histórica de sus predecesores. Así, por ejemplo, Eunapio de Sardes (347-414) escribe su *Historia para continuar a Dexipo* (filósofo e historiador griego), que había terminado su obra en el año 269; Eunapio prosigue el relato a partir del año 270 y lo inicia precisamente con una crítica a su antecesor. La *Historia* de Olimpiodoro de Tebas (*ca.* 370-*ca.* 427), dedicada al emperador Teodosio II, si bien sucede a la historia de Eunapio, no la sigue exactamente ya que se dedica más a relatar los hechos de Occidente que los de Oriente, pero igual avanza en la narración hasta el año 427.

Eunapio de Sardes

Olimpiodoro de Tebas

Uno de los pocos historiadores del siglo V cuya historia tenemos relativamente completa es Zósimo (*ca.* 435-*ca.* 501). Su *His-*

Zósimo

toria nova abarcaba los acontecimientos del Imperio romano desde Augusto hasta el 410, año de las negociaciones de Alarico con el emperador Honorio. Zósimo fue uno de los pocos historiadores paganos del periodo y, más aún, llegó a hacer afirmaciones con marcado sentido anticristiano, culpando en parte a los seguidores de esta religión del retroceso de Roma. Su intento de imitar al historiador griego Polibio puede verse expresamente en el prólogo de su obra cuando señala que, así como su par griego se había dedicado a explicar cómo Roma había surgido en cincuenta y tres años, él –Zósimo–, en su *Nueva historia*, daría cuenta de cómo había declinado. Más tarde, Focio (*ca.* 820-893), el erudito patriarca de Constantinopla, describió a Zósimo como una abreviación de Eunapio y de otros historiadores anteriores que sólo se conocerían a través de su obra (cfr. *Bibliotheca* 98). Esto ha hecho que se le haya considerado como una fuente útil, pero no como buena historia o buena literatura (Treadgold, 2007, p. 113).

Juan Lido (490-*ca.* 558) y Procopio (*ca.* 500-*ca.* 565) fueron dos historiadores de la época del emperador Justiniano. Ambos tenían formación como juristas y tuvieron cargos en la corte, pudiendo conocer al emperador en persona. Sus temas principales fueron las guerras que emprendió Justiniano para expandir el Imperio. Juan Lido se presenta como un historiador que, por una parte, compite con Procopio en cuanto a la veracidad y exactitud de su narración y, por otra, pretende mostrarse heredero directo de la tradición clásica haciendo muchas alusiones a la literatura tanto griega como latina. A pesar de los esfuerzos de este autor, no logra superar con su trabajo la maestría de las *Historias* de Procopio, quien ha sido considerado como el historiador bizantino más importante de esta época. La obra de Procopio fue popular y muy influyente desde el momento mismo de su publicación, ya que mostraba un panorama bastante amplio de la época y en especial del reinado de Justiniano: las guerras emprendidas, reformas administrativas y económicas, intrigas y escándalos cortesanos; además, su estilo de imitación de la historiografía clásica fue seguido por sus sucesores (Kaldellis, 2004). Aunque el juicio de Procopio sobre el emperador –principalmente el moral– fue bastante diverso en sus obras, fue este autor el que más contribuyó a engrandecer la figura de Justiniano y el papel primordial que este habría desempeñado con los bárbaros para llevar a cabo la restauración del Imperio romano uniendo nuevamente las zonas de Oriente y Occidente. La apreciación moderna sobre Procopio como historiador varía y se puede observar que ha dependido en gran parte de la capacidad de situarlo en su propio contexto historiográfico, es decir, como un historiador que, por una parte, continúa la tradición de los clásicos griegos y, por otra, relata un tema no típico griego como es la historia imperial.

Juan Lido

Procopio

Procopio llegó en su relato hasta el año 552 del reinado de Justiniano y lo seguiría Agatías (532-580), que abarcó en su narración desde el año 552 al 558. Menandro Protector (mediados del siglo VI), a su vez, imitando en estilo a Agatías, terminaría de contar los últimos años de gobierno de Justiniano y el reinado de Mauricio hasta la muerte del emperador Tiberio II en el año 582. En el caso de estos historiadores que intentaron seguir el modelo clásico –Procopio, Agatías o Menandro– no es fácil ver a primera vista si eran cristianos o no, ya que sus escritos no hacen referencias explícitas a fuentes bíblicas u otras fuentes cristianas como sí se hacía en las crónicas o las historias eclesiásticas. Para algunos académicos modernos, esta pregunta por el credo del historiador ha pasado a ser casi irrelevante, ya que consideran que, si estos tenían cargos en la corte o desempeñaban alguna función pública, naturalmente eran cristianos (Cameron, 1985; Kaldellis, 2004; Treadgold, 2007). Su objetivo no era escribir una «historia cristiana del Imperio», sino sobre todo la historia política de este asumiendo al cristianismo –con sus conflictos y problemas– como una realidad más para insertar en sus narraciones. Uno de los últimos historiadores que escribe este tipo de historia de tendencia clásica antes del gran silencio es Teofilacto Simocatta (580-641), que es una importante fuente de información para las guerras del emperador Heraclio contra los persas.

Decadencia en el siglo VII

El sitio de Constantinopla por los ávaros y persas en el 626 marca un quiebre en la historiografía bizantina. Este dramático acontecimiento fue narrado en el *Chronicon paschale*, en los poemas de Jorge de Pisidia y en la famosa homilía de Teodoro Synkello (ambos de la primera mitad del siglo VII). El peligro al que el Imperio había estado expuesto provocó una inseguridad general en el ambiente e introdujo la pregunta sobre su supervivencia, que se tradujo en un significativo silencio en la historiografía a partir del año 630 que duraría más de un siglo. Algunas hipótesis actuales que intentan explicar la baja producción historiográfica de esta época señalan que las derrotas sufridas –sobre todo a manos de los árabes– dejaron a Bizancio en un estado de desesperanza e incertidumbre que habría desmotivado la escritura de la historia para ceder paso a un discurso principalmente de tipo religioso (Treadgold, 2007; Howard-Johnston, 2010; Marín, 2011).

La historia imperial

La historia imperial de Bizancio, sin embargo, se continuaría escribiendo a pesar de las vicisitudes políticas tanto internas como externas del Imperio, e incluso proliferaría en las dinastías siguientes. Los ejemplos de estos historiadores son muchos y de variada fama histórica y literaria; por eso, puede ser conveniente señalar algo que los caracteriza como conjunto: por una parte, estos autores tenían conciencia de formar parte de una venerable

tradición histórica que se remontaba a tiempos muy antiguos y por eso se continuaron unos a otros, empezando exactamente en el año en que su predecesor había terminado para no interrumpir esta suerte de «cadena histórica»; por otra parte, no se puede decir que todos ellos formaran un corpus homogéneo o uniforme, ya que varios no siguieron ni en su intención ni en su estilo el modelo clásico grecorromano, que hasta el siglo VII había sido el paradigma casi obligado para los historiadores.

Ana Comnena

Un ejemplo muy destacado y original de este grupo es la princesa Ana Comnena (1083-1153), hija del emperador Alejo I, que en su *Alexiada* narra y justifica el reinado de su padre desde el año 1081 hasta 1118. La historia política de Bizancio de Ana Comnena fue continuada por Nicetas Choniates (1155-1215), quien relató la toma de Constantinopla durante la cuarta Cruzada en 1204; esta fue seguida por Jorge Acropolita (1217-1288) y luego por Jorge Paquimeres (1242-*ca.* 1310) hasta llegar a la *Romaniké historía (Historia romana)* de Nicéforo Gregoras (1295-1359) en pleno siglo XIV.

Las historias eclesiásticas

Además de esta profusión de historias imperiales, no se dejaron de lado las historias eclesiásticas. Estas se dieron también –siguiendo el patrón griego– de tal manera que unas empezaban donde las anteriores habían terminado. Este es el caso de Sócrates Escolástico (*ca.* 380-?), primer continuador de Eusebio de Cesarea, y luego de Sozomeno (*ca.* 400-*ca.* 450), Teodoreto de Chipre (367-466), Gelasio de Cizico (*ca.* 430-?) y Evagrio (*ca.* 536-595). Este último, que continuaba en su obra todas las anteriores, relataba al mismo tiempo las controversias doctrinales de los siglos V y VI, refutaba las herejías e incluía también algo de historia política, principalmente la guerra contra los persas. Evagrio, además, es un buen ejemplo de historiador que intentó usar sus fuentes de forma rigurosa y con sentido crítico: sus referencias fueron ampliamente cotejadas, incluyó documentos eclesiásticos, resoluciones de concilios y hasta escritos no ortodoxos en cuanto a su doctrina, pero que aportaban evidencia de los acontecimientos que narraba. Después de la *Historia eclesiástica* de Evagrio, este tipo de historia parece perder parte de su vigor y energía. Las causas que dan cuenta de este hecho son múltiples. Por una parte, la Iglesia y el Estado se van desarrollando juntos; la oposición contra el paganismo se combate en ambos frentes, que pasan a formar parte de una misma historia. Aunque también puede formularse otra razón más profunda para el silencio de la historia eclesiástica, y es que el triunfo del islam pudo haber representado una poderosa barrera para continuar una historia de corte providencialista (Whitby, 2000, p. lx).

Evagrio

En todo caso, ni las historias imperiales, ni las crónicas, ni las historias eclesiásticas representaron alguna vez la «historia oficial» de Bizancio. Los escritos y opiniones de los historiadores del

periodo no se encuadraron dentro de lo que se llamó anales reales, tan propios del Medioevo en Occidente. Si bien algunas historias se producían en la corte y muchas alababan al emperador, estas competían con otras versiones alternativas y su éxito no dependía del apoyo estatal. La historia se leía en salones privados, teatros o auditorios abiertos; se guardaba en las bibliotecas públicas de los centros culturales más importantes –como Constantinopla o Nicea– y también en establecimientos de uso más restringido como un monasterio u otro tipo de institución eclesiástica.

La historiografía en Bizancio representa quizá uno de sus logros literarios más importantes. Sin embargo, muchos textos históricos bizantinos se han usado a lo largo de los siglos tan sólo como una fuente de información para obtener datos, fechas y referencias, sin atender a que son también obras literarias. Para examinar más a fondo la historiografía bizantina, se hace necesario, entonces, tener en cuenta que frecuentemente el análisis de tipo literario de una obra histórica puede arrojar una gran luz sobre la estructura interior del texto y revelar más profundamente la intención del historiador. Creemos que este tipo de estudio se ha venido realizando sólo desde hace unos pocos años y queda mucho todavía por explorar de la riqueza de la escritura histórica en Bizancio.

Procopio

La historia de Bizancio mejor conservada es la de Procopio (*ca.* 500-*ca.* 565). Este griego, nacido en Cesarea de Palestina, asume en el 527 un puesto en el ejército de Justiniano bajo el general Belisario. En las campañas militares que emprendió tuvo la oportunidad de conocer más de cerca al emperador, su política en Constantinopla y sus anhelos de restauración del Imperio romano.

La obra principal de Procopio es la *Historia de las guerras de Justiniano* hasta el año 552, donde utilizó fuentes griegas, latinas e incluso siríacas para exponer con una narrativa clara la política militar de Justiniano. En varios aspectos, el autor se ajusta a los criterios de la historiografía clásica: su prólogo tiene reminiscencias del de Heródoto y Tucídides, invocando la memoria y la enseñanza como objetivos primarios de su historia; además escribe en un griego elegante y claro, imitación del ático de Tucídides, a quien toma como modelo. Si bien las *Historias de las guerras* no son una apología de Justiniano, sí puede verse una cierta admiración por el empera-

> «Las acusaciones que se presentaban contra Justiniano se podrían creíblemente considerar verdaderos elogios para cualquier emperador que se preciara de ello: que todo su afán era ensanchar el imperio y hacerlo mucho más célebre, que es lo mismo que se le podría achacar a Ciro o a Alejandro de Macedonia.»
>
> *Historia de las guerras de Justiniano* 2.2.14

dor que llevará a Procopio a compararlo con otros grandes conquistadores, como se ve en el texto seleccionado más arriba.

Por esta razón, realmente causa asombro en los escritos de Procopio constatar que la visión bastante moderada que presenta sobre Justiniano en la *Historia de las guerras* se viene abajo dramáticamente con su obra más popular, llamada *Historia secreta*, descubierta varios siglos después de su muerte y editada en 1623. En ella se relata lo que no estaba autorizado para publicarse en obras de tipo más público por miedo a las represalias del propio Justiniano, a quien Procopio describe como «príncipe de los demonios» (*Historia secreta* 12.32), pero sobre todo a las de su esposa, la emperatriz Teodora, a quien el autor presenta como una mujer completamente pervertida.

La Historia secreta

«Este emperador era taimado, embaucador, falsario, de cólera soterrada, un hombre doble, astuto, el más consumado artista a la hora de disimular su opinión, capaz de verter lágrimas no por placer o dolor alguno, sino fingidamente para la ocasión; siempre mendaz, pero no según capricho, sino ratificando lo convenido con escritos y con solemnes juramentos; [...] un amigo inconstante, un enemigo implacable, entregado apasionadamente al dinero y al asesinato, causa permanente de discordia, propenso a cambiarlo todo» (*Historia secreta* 8.24-26).

Otra obra que el mismo Procopio califica de histórica –aunque hoy se duda en catalogarla como tal– es *Sobre los edificios*, un listado y descripción de las construcciones realizadas bajo el reinado de Justiniano, pero sin demasiado contexto histórico. Este escrito de tono panegírico le ha valido a este autor ser acusado de hipocresía al alabar al emperador después de haberlo criticado tan duramente en su *Historia secreta*.

Sobre los edificios

Sin embargo, es necesario buscar cierta unidad en todo el trabajo de Procopio. No es que el autor sea más imparcial al narrar las guerras y luego se deje llevar por un ataque venenoso en su *Historia secreta* o por una servil adulación cuando escribe *Sobre los edificios*, sino que las tres obras en conjunto han contribuido a presentar una visión de la complejidad de la época de Justiniano (Cameron, 1985).

Ana Comnena

Ana Comnena (1083-1153), considerada por muchos como la primera historiadora de la historia, fue una princesa bizantina de notable cultura y erudición, hija del emperador bizantino Alejo I Comneno. Recibió una esmerada educación que la convirtió en erudita en literatura bizantina, historia, geografía, y filosofía y mi-

«No hay coincidencia de opiniones sobre la cuestión de los clérigos entre nosotros y los latinos. A nosotros se nos prescribe por los cánones, las leyes y el dogma evangélico: "No toques, no murmures, no ataques; pues estás consagrado". El bárbaro latino, sin embargo, lo mismo manejará los objetos divinos que se colocará un escudo a la izquierda y aferrará en la derecha la lanza, y de igual modo comulga con el cuerpo y la sangre divinos que contempla matanzas y se convierte en un ser sanguinario, como dice el salmo de David. Así, esta bárbara especie no son menos sacerdotes que guerreros. Pues bien, aquel combatiente, mejor que sacerdote, lo mismo se vestía con la estola sacerdotal que manejaba el remo o se dedicaba a combatir en batallas navales, luchando con el mar y con los hombres simultáneamente. En cambio, como acabo de decir, nuestro modo de vida se remonta a Aarón, a Moisés y a nuestro primer pontífice.»

Alexiada 10.8

tología clásicas. Su principal obra histórica es la *Alexiada*, una historia del reinado de su padre, estructurada en quince libros.

Casada con Nicéforo Briennio, hijo de un antiguo pretendiente al trono imperial, intrigó junto con su madre, Irene, para que el emperador nombrara sucesor a Nicéforo, en detrimento de su hijo Juan. Al fracasar en su intento, y ser nombrado emperador este último, Ana y su madre se retiraron a un monasterio. Fue allí donde escribió su *Alexiada*. La obra, que fue terminada en 1148, relata la carrera política de su padre desde 1069 hasta su muerte en 1118. Es la continuación de la historia que su marido, Nicéforo Briennio, había comenzado a escribir y que se había interrumpido a su muerte, en 1137.

La *Alexiada*

En el recogimiento del monasterio, Ana se dedicó al estudio, las reuniones intelectuales y la escritura. Su erudición vivifica toda su *Alexiada*, en la que combina la cita de autores clásicos, como Homero, y la literatura religiosa de tradición judeocristiana, como la Biblia. Ana inició la obra cuando contaba con 55 años, y en la actualidad constituye la fuente principal de la historia y política bizantina de finales del siglo XI y principios del XII. Ahí describe con detalle el armamento, las tácticas y las batallas de aquel tiempo. El estilo literario sigue el de los historiadores clásicos como Tucídides, Jenofonte o Polibio. La cronología de los eventos es generalmente correcta, excepto para aquellos que transcurren cuando Ana ya está en el monasterio y ya no tiene acceso a los archivos imperiales.

La obra no es testimonial, porque la autora escribe sobre sucesos que tuvieron lugar cuando era una niña y que por tanto no podía recordar como testigo. Es una crónica donde toma partido claramente por su padre y denigra a su sucesor. Sin embargo, y contando con esa parcialidad, su descripción de la primera Cruzada (1097-1098) es de gran valor documental, ya que es la única representación realizada por parte de los bizantinos que se tiene. En concreto, la *Alexiada* transmite la alarma que se sintió con la llegada de los cruzados desde Occidente y los peligros para Constantinopla. Aparte de ser una fuente valiosa para conocer los acontecimientos del mundo bizantino, su narración contribuye también a acercarnos a conocer una mirada femenina de la época.

ESQUEMA

Antigüedad tardía

I. Historiografía cristiana

- Escrita en lenguas latina y griega.
- Propone una visión más amplia de la historia: para todos los hombres.
- Elimina la idea de ciclos históricos en la concepción del tiempo.
- Acontecimiento histórico central: la encarnación de Jesucristo.

1. **Historia de la salvación:** ordena acontecimientos históricos hacia una meta final: la salvación
   - Interpretación de la historia universal.
   - San Agustín y el sentido de la historia.

2. **Historia eclesiástica:** desarrollo y expansión de la Iglesia desde los primeros apóstoles al presente
   - Importancia de sucesiones y cronologías para dar legitimidad.
   - Eusebio de Cesarea: la primera historia de la Iglesia.

3. **Historia como apología:** defensa del cristianismo ante ataques paganos
   - Se pone la historia del cristianismo en contexto global.
   - Orosio.

4. **Historias de Iglesias locales:** relatan desarrollo y expansión del cristianismo en distintos lugares
   - Sus autores son obispos o religiosos.
   - Isidoro de Sevilla (España).
   - Gregorio de Tours (Francia).
   - Beda el Venerable (Inglaterra).

II. Historiografía bizantina

- Escrita en lengua griega.
- Se considera la continuación del Imperio romano.
- Toma como modelo estilístico la historiografía griega clásica (especialmente Tucídides).
- Desarrolla también particularidades más propias del estilo oriental.

1. **Crónicas:** historias universales desde la creación de Adán hasta el presente, escritas por cristianos
   - Poca elaboración estilística, destinadas a público general.
   - Juan Malalas.
   - *Crónica pascual*.
   - Teófanes de Bizancio.
   - Zonaras.

2. **Historias:** historias contemporáneas de contenido político, escritas por paganos y cristianos
   - Siguen modelo griego clásico.
   - Zósimo.
   - Procopio.
   - Teofilacto Simocatta.
   - Ana Comnena.

3. **Otros géneros**
   - Historias eclesiásticas.
   - Vidas de santos o hagiografía.

SELECCIÓN BIBLIOGRÁFICA

La mayor parte de la información sobre la historiografía cristiana de los primeros siglos se encuentra dentro de obras más generales sobre el cristianismo primitivo. Especialmente iluminadores son el artículo de A. Momigliano, «Historiografía pagana y cristiana en el siglo IV», en Momigliano (ed.), *El conflicto entre el paganismo y el cristianismo en el siglo IV* (1963; trad. México, 1989), el de W. Adler, «Early Christian Historians and Historiography», en S. Ashbrook y D. Hunter (eds.), *The Oxford Handbook of Early Christian Studies* (Oxford, 2008), y los más recientes de P. van Nuffelen, «Theology versus Genre? The Universalism of Christian Historiography in Late Antiquity», en el volumen de P. Liddel y A. Fear, *Historiae Mundi: Studies in Universal Historiography* (Londres, 2010), y M. Whitby, «Imperial Christian Historiography», en A. Feldherr y G. Hardy, *The Oxford History of Historical Writing* (Oxford, 2011). El libro general de J. Burrow, *Historia de las historias* (2007; trad. Barcelona, 2009) tiene también un importante capítulo dedicado a este tema. No se puede dejar de mencionar como libro de consulta para toda la literatura, incluyendo por supuesto la historiografía, *The Cambridge History of Early Christian Literature* (Cambridge, 2008).

Un buen punto de partida para el estudio de la historiografía bizantina puede ser el informativo y ordenado libro de W. Treadgold, *The Early Byzantine Historians* (Basingstoke y Nueva York, 2007), aunque llega sólo hasta el siglo VII. Se puede continuar con el de R. Macrides (ed.), *History as Literature in Byzantium* (Farnham, 2010), y los artículos de R. Scott, «Text and Context in Byzantine Historiography», y Bourbouhakis y Nilsson, «Byzantine Narrative: the

Form of Storytelling in Byzantium», ambos en L. James (ed.), *A Companion to Byzantium* (Malden y Oxford, 2010).

Algunos estudios más destacados sobre autores individuales serían los siguientes. Para Eusebio de Cesarea, el clásico de T. Barnes, *Constantine and Eusebius* (Cambridge Ma., 1981), el de S. Morlet, «Écrire l'histoire selon Eusèbe de Césarée» (2006), y el de A. Louth, «Eusebius and the birth of Church History» (Cambridge, 2008). Para Orosio e Isidoro están C. Torres Rodríguez, *Paulo Orosio: su vida y su obra* (La Coruña, 1985) y J. Fontaine, *Isidoro de Sevilla. Génesis y originalidad de la cultura hispánica en tiempo de los visigodos* (Madrid, 2002). Para Beda existe la excelente introducción de P. Blair, *The World of Bede* (Cambridge, 1970, 1990), y ahora último el *Cambridge Companion to Bede* (Cambridge, 2010). Para Procopio sigue siendo necesario leer a A. Cameron, *Procopius and the Sixth Century* (Los Ángeles, 1985), y ahora último a A. Kaldellis, *Procopius: Tyranny, History and Philosophy at the End of Antiquity* (Filadelfia, 2004). Sobre Ana Comnena se puede leer T. Gouma-Peterson, *Anna Komnene and her times* (Nueva York, 2000).

3
La historiografía medieval: siglos IX-XV

(Jaume Aurell)

La desaparición de los últimos grandes historiadores eclesiásticos, como Isidoro de Sevilla (636) y Beda el Venerable (735), propicia el periodo considerado propiamente como «historiografía medieval», que se extiende desde el periodo clásico carolingio (siglo IX) hasta los albores del Renacimiento (siglo XV). Durante este tiempo se practican los géneros que se habían desarrollado en siglos anteriores, como los anales, las crónicas y las biografías, pero se incorporan también otros nuevos como las genealogías, los testimonios de cruzadas y las autobiografías. La historiografía medieval está muy vinculada, al principio, a la labor compiladora de historiografía de los monasterios benedictinos, pero a partir de los siglos XI y XII, con el crecimiento y la consolidación de condados y monarquías, el centro de promoción y producción historiográfica más importante pasará a ser la corte, lo que cambiará radicalmente el curso de la historiografía.

La historiografía, empresa colectiva

La historiografía medieval se distingue por su carácter de empresa colectiva y por la disminución de la identidad autorial, lo que es compatible con la emergencia periódica de figuras representativas de cada corriente y género. La estructura de este capítulo responde a esta identidad colectiva, y se centra en la evolución general de los géneros y las temáticas más que en los autores singulares. En primer lugar, se analizan las características más específicas de la historiografía medieval: la naturaleza de la escritura histórica, su carácter histórico y literario a la vez, las vinculaciones entre historia y política, la función edificante de la historiografía y, por fin, el principio de contemporaneidad, tan característico de este periodo. En segundo lugar, se detallan los géneros históricos practicados durante la Edad Media: anales, genealogías, crónicas, biografías, autobiografías, crónicas de cruzadas y crónicas universales. En tercer lugar, se describe a grandes rasgos el curso de la historiografía medieval, poniendo especial énfasis en el desarrollo cronológico de las historiografías según los diferentes reinos que fueron surgiendo en el Occidente medieval.

LA NATURALEZA DE LA ESCRITURA HISTÓRICA

La aproximación a la historiografía medieval exige superar ciertos prejuicios. El primero es la tendencia a proyectar sobre ella los conceptos historiográficos heredados del pensamiento ilustrado del siglo XVIII y del positivismo e historicismo decimonónico –el racionalismo, la crítica textual o la consideración de la historia como ciencia– que son propios de la historiografía moderna pero constituyen un grave anacronismo cuando se intentan aplicar cara a la comprensión e interpretación de la historiografía medieval. El segundo prejuicio que es necesario superar es una visión demasiado «singular» de la historiografía medieval, que habría constituido una interrupción de la tradición clásica, sólo recuperada en el Renacimiento. La historiografía medieval, por el contrario, tiene un valor en sí misma como «escritura histórica», y se distorsiona cuando se pretende situarla como un eslabón algo imperfecto de una imaginaria cadena de progreso iniciada en el mundo clásico y cuyo punto álgido lo constituiría el historicismo decimonónico. La propia estructura de este libro, cuyos autores están persuadidos de que, junto a las lógicas rupturas, existe una continuidad en el pensamiento y la práctica de la historia, pretende evitar una visión excesivamente singular del pensamiento y la práctica histórica medieval.

La continuidad de la historiografía

Influida por estos prejuicios, la interpretación y crítica de la historiografía medieval se ha centrado durante demasiado tiempo en el discernimiento entre la verdad y la falsedad de las crónicas medievales. Sin embargo, la historiografía medieval es algo mucho más complejo, que merece una metodología específica para analizarla, en buena medida por su triple dimensión textual y heurística: es fuente histórica respecto a la época que está narrando, fuente histórica respecto a la época desde donde está narrando y, no menos importante, artefacto literario con todas sus características de contenido y de forma que es preciso desentrañar.

Actualidad de la historiografía medieval

Con todo, la historiografía medieval ha recuperado su interés en buena medida incentivada por las actuales tendencias historiográficas, que privilegian lo narrativo sobre lo analítico y no reducen su interpretación a las categorías de lo verdadero y falso, sino que las enriquecen con las de objetivo/subjetivo y realidad/ficción. Ellas han tomado en consideración la ingenuidad, intencionalidad y originalidad de la historiografía medieval, superando una concepción excesivamente maniqueísta de su legado. De este modo, la recuperación de las nociones de imagen, representación e imaginario, y una mayor sofisticación teórica entorno a la dimensión narrativa de la escritura histórica han posibilitado una renovada lectura de las fuentes históricas medievales, más acorde con su ver-

dadera naturaleza. La historiografía medieval ha cobrado interés no sólo como estricta fuente de información histórica, sino sobre todo como receptora y a su vez forjadora del imaginario colectivo, y se descubre el valor de los silencios de las crónicas, sus motivaciones más profundas, las relaciones entre el texto y su contexto, su negociación con la ficción, su función política, su intención edificante y las conexiones entre el emisor del texto y su receptor.

La historiografía medieval se caracteriza por su identidad literaria, por su función social y política, por su tendencia a la moralización y por su continua remisión al presentismo, que son los cuatro aspectos que se detallan en este apartado. La forma narrativa utilizada por los cronistas medievales se adapta a estos objetivos. La realidad y la ficción (que no deben confundirse con las categorías de «verdad» y «mentira»), dos caminos aparentemente opuestos, convergen en la historiografía medieval. En este sentido, no es extraño que entre sus fuentes se hallen algunos materiales rechazados sistemáticamente por los procedimientos y los presupuestos del racionalismo histórico dominante en la historiografía contemporánea, pero que para los cronistas constituyen unos elementos claves de su narrativa, de los que no pueden prescindir: los milagros, los prodigios de los santos, los mitos, las visiones, los sueños, las imaginaciones.

Realidad y ficción

En este sentido, uno de los elementos más singulares de la historiografía medieval es la pluralidad de sus dimensiones, que contrasta con la dimensión estrictamente «científica» de la historiografía contemporánea. Así, desde el punto de vista especulativo, la historiografía medieval se alía con la teología para trascender unos objetivos puramente humanos; desde el punto de vista narrativo se alía con la retórica para dotar a sus relatos de una consistente coherencia formal; desde el punto de vista documental se alía con la leyenda, que proporciona a la narración una dimensión moralizante o legitimadora, más allá de la ruptura que se produce entre el texto y el contexto histórico. Para todo ello, la historiografía medieval se identifica con la repetición, la experiencia y la costumbre más que con la racionalización, el individualismo y la causalidad.

Teología, retórica, leyenda

Como consecuencia de todas estas realidades, la historiografía medieval atesora unas características muy específicas, que la hacen acreedora de una enorme personalidad: el modo lineal de organizar el discurso histórico; la función política, religiosa y edificante de sus textos; la primacía de los ritmos genealógicos sobre la precisión cronológica; la inclusión de los elementos mitológicos y legendarios intercalados en la narración de los eventos; la función de la historiografía como fundante o consolidante de las tradiciones «nacionales»; las complejas relaciones entre ficción y realidad; la

Características

estrecha vinculación entre historia oral e historia escrita, entre transmisión recitada y poesía histórica, y entre historia y leyenda; la sucesión de los géneros históricos, que se van adaptando a los diferentes contextos históricos; la interrelación entre el texto y el contexto; la transición de los centros de producción (monásticos en una primera fase, cortesanos en la segunda); la transformación del idioma utilizado (latín en una primera fase, lengua vernácula en la segunda); la compleja transmisión de los manuscritos (que en muchas ocasiones ofrecen diversas versiones de una misma obra), y, por fin, el principio de contemporaneidad.

Autoría

Algo hay que decir también respecto al concepto de autoría en la historiografía medieval, en la que la función del historiador era descrita de modo mucho más ambiguo y plural que en la actualidad: *compilare*, *colligere*, *excerpere*, *breviare*, *redigere* (compilar, reunir, escoger, sintetizar, redactar) son los verbos utilizados para describir su actividad. El historiador medieval se hallaría en un punto intermedio entre los *scriptores* (escritores), una actividad más propia de los copistas, y los *auctores* (autores), referido a los *autorizados* autores cristianos de los primeros tiempos. Sin embargo, paradójicamente, este estrecho margen de autoría se vio compensado por la enorme variedad en los géneros históricos utilizados: anales, genealogías, crónicas universales, historias monásticas, biografías, autobiografías, hagiografías, crónicas imperiales, reales y dinásticas, crónicas de cruzadas.

Linealidad de la historia

La concepción lineal del tiempo en la historiografía medieval –herencia de la concepción cristiana, basada en los hitos de la Creación, encarnación de Jesucristo y Juicio Final– aparece como una alternativa de la concepción cíclica del tiempo de la historiografía griega y romana. Para estos últimos, la historia era una operación «contra» el tiempo, en un intento de salvar a los hechos humanos del olvido. La historiografía medieval, por el contrario, tiene una dimensión proyectiva de la historia, lo que la convierte en garante de la tradición, legitimación para el presente y modelo para el futuro. El hombre histórico deja de estar aprisionado por el incierto destino, para pasar a situarse en la economía de la salvación, representada por el progreso de la humanidad.

La lógica social del texto histórico

La dimensión literaria y la dimensión social de las crónicas medievales representan, respectivamente, el texto y el contexto. El texto es el instrumento que los historiadores utilizan para la reconstrucción y el uso ideológico del contexto del pasado, para atraerlo al contexto del presente. Por tanto, una de las claves para la correcta interpretación de la historiografía medieval es una aproximación conjunta a la *lógica* interna del texto y al contexto *social* y político del que ha surgido. Es lo que algunos autores han llamado la «lógica social del texto» (Spiegel, 1997; Partner, 2005), en referencia a

la armonía entre la dimensión lingüística, narrativa y discursiva del texto histórico («lógica») y su dimensión contextual («social»). Por este motivo, cuando se realiza una lectura excesivamente dicotómica de las obras históricas medievales, reduciéndolas bien a su contexto (tendencias positivistas, estructuralistas y construccionistas, en definitiva, «modernas») o bien a su texto (tendencias postestructuralistas y deconstruccionistas, en definitiva, «posmodernas»), el crítico literario o el historiador se mete en un callejón sin salida, historiográficamente estéril o filológicamente formalista, según cada uno de los extremos. En todo caso, se exige un acercamiento pluridisciplinar y auténticamente «medieval» para el análisis y la interpretación de un artefacto cultural tan complejo como el de la historiografía medieval.

Historia y literatura

Mucho se ha escrito sobre la dificultad de establecer con claridad las fronteras de la narración histórica y del relato de ficción, entre texto histórico y texto literario (LaCapra, 1985; White, 1989; Spiegel, 1993 y 1997; Ankersmit, 2002). Este es un debate que se ha planteado siempre la historiografía, si bien en estos últimos años se ha hecho de un modo más explícito. Este aspecto es fundamental para leer e interpretar correctamente los textos historiográficos medievales porque remite a la fusión existente entre el cronista y los hechos que está narrando. La distancia entre historiador y hecho historiado (pretensión de objetividad) es más propia del mundo moderno, al que el cronista medieval todavía no tiene acceso.

La simplificación del relato

El cronista medieval está condicionado por su interés en narrar una estructura *lineal* de los hechos externos, y esto favorece el tono narrativo. Una de las primeras manifestaciones de la historiografía medieval es la sucesiva sustitución de los anales por las genealogías durante el siglo XII. La sucesión de las genealogías se convierte en el evento histórico más sobresaliente, quedando la cronología supeditada a ellas. La narración lineal y la estructura simple de las narraciones historiográficas medievales les hace ganar indudablemente en eficacia, porque simplifica el relato y permite transmitir un mensaje de modo más directo. Esto influye, por tanto, en la misma forma y el estilo de la narración.

El cronista como compilador

Para el historiador medieval el texto histórico es un texto transparente, un simple medio de transmisión, en el que el historiador se quita de en medio –de ahí, por ejemplo, la tendencia de algunos cronistas a permanecer anónimos o, más habitualmente, amparados en la autoría colectiva entre los monjes de las abadías o los

oficiales de la corte. Fruto del predominio de la descripción de los hechos sobre el análisis o la interpretación, en la historiografía medieval domina la sencillez y la transparencia, la linealidad en la narración, que da como resultado una cierta ingenuidad narrativa. Hay ausencia de crítica hacia las fuentes, causada por la aparente ausencia de autoría. La falta de crítica explica, por ejemplo, el enorme prestigio de los testimonios visuales, la absoluta supremacía de *lo que* se está contando sobre el *cómo* se está contando, la ausencia por tanto de toda epistemología o metodología previa, la escasa atención a la introspección de las causas que generan los hechos históricos. El cronista medieval es básicamente un compilador, que da forma narrativa a los hechos históricos de los que dispone a través de otros textos o testimonios orales. Se considera un transmisor fiel de la tradición, al servicio, eso sí, de unos determinados intereses políticos. Al ser más un compilador que un intérprete de la realidad histórica, se hace esclavo de los documentos de los que dispone y, sobre todo, de las tradiciones recibidas y del contexto que lo condiciona. Al perder espíritu crítico, las leyendas, los milagros y las ficciones que circulan a su alrededor se incorporan con naturalidad en el texto final, mientras que otras historiografías los habrían desechado como material espurio.

Historia y leyenda

Sin embargo, la realidad es, desde el punto de vista estrictamente epistemológico, algo más compleja de lo que puede parecer a primera vista. En primer lugar, porque no está tan claro que el cronista introduzca sin una clara intencionalidad ese material deleznable desde el punto de vista heurístico y racional. La razón de esa compleja fusión entre historia y leyenda, entre realidad y ficción, es que en la época medieval lo real y lo imaginario no estaban tan nítidamente separados entre sí como lo están en la época contemporánea. Por ejemplo, Jaime I de Aragón cuenta en su crónica autobiográfica la leyenda de la elección de su nombre. Encendidas doce velas, con el nombre de cada uno de los apóstoles en cada una de ellas, la última que se apagó fue la del apóstol Santiago («Jaume»), lo que fue la señal de que el rey debía llevar ese nombre. En el análisis de esa leyenda, probablemente no sea tan importante saber si eso ocurrió realmente como interpretar correctamente la enorme simbología de esa leyenda y localizar otras variantes de narraciones con el mismo contenido de fondo.

Presentismo

Por tanto, la aparente falta de sentido crítico por parte del cronista medieval no es tanto fruto de su pobre bagaje intelectual, sino más bien de una diferente percepción de la realidad histórica, donde el imaginario pasa a ocupar un primer plano. Todo ello es compatible con una de las máximas principales de la historiografía medieval: *prima lex historiae veritas est* –la primera ley histórica es su verdad–. Más allá de la dudosa credibilidad de algunos

de los eventos narrados, la historiografía medieval, en sí misma, se ha convertido en una fuente documental insustituible para conocer el ambiente intelectual e ideológico de la época de su redacción (con sus convicciones, valores y mentalidades), tanto o más que en fuente de conocimiento de la época que describe. Por tanto, en las crónicas medievales hay una «verdad histórica» de la cultura del tiempo desde el que se narra la historia, no tanto de los hechos que narra la historia.

Narrativa histórica y de ficción

La estructura narrativa de la literatura histórica medieval se formó a través de las convenciones de la narrativa de ficción. Este hecho determina y condiciona en buena medida la imposibilidad de acercarse a la historiografía medieval desde un punto de vista estrictamente racional e historicista. Por otra parte, tendencias historiográficas recientes como la nueva historia narrativa y la microhistoria han puesto de manifiesto que la historia narrativa no es diferente de la narrativa de ficción, excepto en lo que respecta a los criterios de objetividad y referencialidad. Las crónicas medievales recuperan, en este contexto historiográfico, toda su legitimidad desde un punto de vista estrictamente histórico.

Historia y política

La historiografía medieval ofrece un excelente campo para la investigación de la función de la recuperación del pasado y su influjo en la vida política: cualquier creación historiográfica se inserta en un contexto claramente mediatizado por un proyecto político. Pocas sociedades complejas han regulado tan claramente su vida de acuerdo con su visión de la historia, su recuperación del pasado y el peso de su tradición como la medieval. La vida social era gobernada por la costumbre y por los precedentes históricos más que por las innovaciones en las prácticas sociales y legales, las cuales a su vez se constituían en costumbre sólo cuando conseguían preservarse en el tiempo. Como consecuencia, la autoridad que estaba adscrita a una tradición era la que favorecía el cambio, basándose en esa misma tradición. Los actos repetidos se transformaban en un precedente, que a su vez se transformaba en costumbre y ley cuando conseguía textualizarse. Por este motivo, la consolidación de la costumbre es esencial en el mundo medieval, y se entiende así que, en diversos contextos, la propia escritura histórica era utilizada como fuente de jurisprudencia.

La autoridad de la tradición

Además del desarrollo del derecho y la jurisprudencia (y muchas veces en estrecha relación con ellos), la historiografía constituye un privilegiado observatorio y un excelente testimonio del desarrollo de la vida política en la Edad Media. La importancia de

Función legitimadora

la historiografía viene determinada por su condición de legitimación del presente a través del acercamiento intencional del pasado. Un ejemplo clásico en este sentido es el de los cronistas de la abadía de Saint-Denis o del monasterio de Ripoll, que trabajaron al servicio de la corona francesa y aragonesa respectivamente, produciendo un gran corpus de obras históricas, tanto en lengua latina como en la vernácula. Si los monjes de Saint-Denis estaban preocupados por demostrar los orígenes clásicos de la monarquía francesa al conectarlos con la monarquía troyana para exaltar su origen casi mítico, los monjes catalanes de Ripoll se afanaron por conectar la dinastía de los condes de Barcelona con la monarquía franca para distinguirla de la tradición castellano-visigótica y alejarla todo lo posible de sus precedentes islámicos.

Fusión del pasado y el presente

La trascendencia de la historiografía medieval viene en buena medida determinada por el peso que posee la tradición en ese periodo, en el que cada modificación del presente debía ser confrontada con la tradición recibida del pasado. La realidad del presente y los planes de futuro se basaban en la fundación del pasado. En este contexto, la intencionalidad y la función de la historiografía es clara: fundir en una misma realidad el pasado y el presente, la tradición y la innovación, las viejas y las nuevas formas de gobierno. La legitimación de las formas políticas del momento será mayor en la medida que se consiga demostrar que hay una sola dirección en la corriente histórica que conecta el pasado con el presente, es decir, que la situación actual conecta directamente con los orígenes míticos.

El mito de los orígenes

Todo ello explicaría la práctica de la historiografía medieval de la utilización de mitos y leyendas para justificar el sistema político del momento. En la historiografía francesa, destaca la creación de la leyenda de los orígenes troyanos, la traslación del imperio de los romanos a los francos o el legado de Carlomagno. Un análisis de la recepción de la doctrina *Reditus regni ad stirpem Karoli (El retorno del reino a la estirpe carolingia)* demuestra su estrecha relación con las aspiraciones legitimadoras de la dinastía de los Capetos. Ya no basta sólo legitimar la existencia de la propia dinastía –como algunos textos genealógicos de los siglos XI y XII habían representado–, sino que hay que justificar una expansión territorial. Las aspiraciones de la dinastía capeta de establecer sus nexos directos con la dinastía carolingia es un fenómeno político de primer orden, que tiene un enorme influjo en la consolidación de unas prácticas de gobierno acordes con esa filiación. En el caso de la historiografía catalana y castellana, son bien conocidos los mitos de los orígenes legendarios de las respectivas casas condales y reales, personificados respectivamente en las figuras de Guifré el Pelós y Don Pelayo.

Protagonismo de los linajes reales

La trama de la cronística medieval se basa en las narraciones de las gestas de los sucesivos reyes, cuyas virtudes y hechos heroicos, minuciosamente relatados en estilo biográfico, constituyen una historia de la acción colectiva de los linajes reales. En este contexto de legitimación política, los Capetos habían construido su memoria histórica a través del *reditus* carolingio, que al mismo tiempo era una respuesta al mito de la *traslatio imperii* (la recepción del imperio) germánico. La monarquía francesa debía aclarar la legitimidad de sus conquistas en Normandía, que habían pertenecido al rey de Inglaterra. Con la «carolingización» de los Capetos no sólo se legitimaba su expansión territorial, sino también su hegemonía respecto a las demás monarquías europeas, especialmente frente a los Plantagenet ingleses y frente a los Honhenstaufen germánicos. La culminación de este proceso tiene lugar en el magno escenario de Bouvines, en el que, a principios del siglo XIII, convergen las líneas maestras de la política europea del momento, y que es uno de los eventos con mayor proyección histórica de la Edad Media (Duby, 1973).

Legitimación de las monarquías

Además de la estricta función política de legitimación de las monarquías emergentes, la época medieval es uno de los periodos donde más claramente se constata la función ideológica de la historiografía. Los cronistas se configuran como unos instrumentos de propaganda política, justificando las acciones y los programas de los monarcas, de quienes reciben el encargo de escribir sobre el pasado. Este encargo lo reciben de aquellos que han sido ungidos como transmisores de la dimensión temporal de un poder que viene de Jesucristo, en la clásica concepción descendente del pensamiento político medieval (Kantorowicz, 1985; Ullmann, 1985). La dimensión trascendente de la monarquía medieval es la que confiere tanta legitimidad a los cronistas, porque la figura del rey remite inmediatamente a la de Cristo. Por tanto, el monarca es el punto culminante de un tiempo de preparación –el pasado– que se proyectará en el porvenir –el futuro–. De este modo, el mito monárquico se alimenta de las tipologías históricas, las cuales a su vez –en un proceso de ida y vuelta– reciben la legitimación de esas mismas monarquías. Todo este proceso contribuye también, de modo automático, a la formación y consolidación de las identidades nacionales, que serán la base de la constitución de los estados modernos.

La historiografía medieval se presenta como un ritual secularizado en medio de una sociedad altamente sacralizada. Si la liturgia muestra las imágenes espiritualizadas de la sociedad medieval, la historiografía expresa, sobre todo a partir del siglo XIII, la dimensión secularizada de esas mismas imágenes. A través del enlace de las diversas monarquías con el héroe fundador de la dinastía –un personaje mitificado, situado en el origen del linaje, arquetí-

pico de la cronística europea medieval– se incrementa su tono épico. El acercamiento de los tiempos legendarios del pasado otorga a los linajes una natural autoridad y prestigio, en un mundo donde el peso de la tradición es enorme.

Todo ello está encaminado a la enfatización de las diferencias de las elites políticas y sociales respecto a los demás grupos. La renovada práctica histórica permite a esas elites –aristocráticas y monárquicas– volver su mirada hacia un pasado épico y hacerlo más actual, recuperarlo para el presente. La distancia temporal entre un pasado y un presente es el resultado natural y la mejor expresión de la distancia que separa a los diferentes grupos de una sociedad. Pero, al mismo tiempo, aquellos que son capaces de patrimonializar ese tiempo pasado son los que consiguen hacer prevalecer su prestigio social y legitimar su potestad política. Todos estos matices, aparentemente teóricos, son los que precisamente explican el tono épico y caballeresco de las narraciones históricas de las crónicas bajomedievales.

La función ejemplarizante

El pasado es relatado en las crónicas medievales en función de un presente que tiene dos dimensiones: la política y la moral. Por tanto, se puede hablar de una función políticamente legitimadora y otra moralmente edificadora. Pero legitimación y edificación son dos caras de una misma moneda, atendiendo a la estrecha vinculación de estos dos ámbitos durante la Edad Media. En este sentido, los historiadores medievales vuelven a la definición clásica de la historia como la filosofía expresada en ejemplos de modelos moralizantes (*exempla*). O, tal como expresa el adagio latino, *historia est narratio rei gestae ad instructionem posteritatis* (la historia es la narración de los eventos del pasado para instrucción futura). Esto introduce algunos matices importantes a la definición de Cicerón («La historia es testigo de los tiempos, luz de la verdad, vida de la memoria, maestra de la vida, mensajera de la antigüedad», *De oratore* 2.36), enfatizando la función edificadora.

La edificación moral

La historiografía de este periodo suele estar condicionada por una notable intencionalidad política, que le lleva a «usar» del pasado. Pero se trata de una manipulación no exclusivamente interesada o partidista, sino más bien moralizante. Los intereses del cronista no están vinculados a una estricta narración del pasado –el contar «lo que realmente pasó»–, sino más bien a la legitimación de un orden establecido en su época, ya sea en el ámbito moral, espiritual o político. Además de la política, una de las fun-

ciones básicas de la historiografía medieval es también la edificación moral. La edificación se concreta sobre todo en el campo de la espiritualidad, pero también tiene derivaciones importantes en el ámbito político, no sólo en cuanto a la necesaria propaganda de las monarquías en fase de formación y consolidación, sino también a la necesaria educación de los gobernantes, que tendrán la responsabilidad de convertir las reglas en acción política (de donde surgirá el ciclo de los *speculus principi* [espejo del príncipe] a finales de la Edad Media). El mismo ejemplo de los gobernantes ya es de por sí la mejor edificación posible para sus continuadores. La sociedad medieval, en su tendencia y apego a la tradición, considera que la simple exposición de los hechos históricos –ya sea en forma de *gesta*, de *annales* o de *exempla*– es de gran utilidad moral y política.

La simbología de la historiografía

La función edificante demanda el modo sencillo y lineal de la narración de las crónicas medievales. En algunas ocasiones, esta aparente simplicidad ha sido atribuida a la incapacidad de la historiografía medieval por articular un relato auténticamente acabado. Pero la evidencia muestra que ese texto es tremendamente eficaz en su contexto. Pedirle al texto histórico medieval una mayor complejidad sería como pretender que las esquemáticas e inexpresivas imágenes románicas asumieran los complejos cánones iconológicos de corrientes artísticas posteriores. Pero entonces perderían todo su vigor y simbología, y probablemente no serían capaces de transmitir tantos significados como, por ejemplo, se desprenden de las imágenes del pantocrátor románico.

Los *exempla*

Una manifestación específica de la función edificante son los *exempla*, narraciones ejemplares intercaladas en el texto que son entendidas como una verificación del cumplimiento de un criterio moral. Los *exempla* adquieren una autoridad moral enorme en la historiografía medieval, precisamente por trascender el estatus de «evento» para constituirse en fuente de costumbre, lo que en la Edad Media tiene un peso enorme. Para ello, muchas veces se recurre a la autoridad de la Biblia. Parece obvio que los cronistas medievales, acostumbrados a la lectura y meditación diaria de la Sagrada Escritura, transfirieran esa costumbre y ese *modo* de leer a la interpretación histórica.

El providencialismo

La función legitimadora y moralizante de la historiografía medieval queda así completamente consolidada. Todo este proceso está dominado por el providencialismo, la creencia de que la historia de los hombres está dirigida por Dios, que lo encamina todo hacia el bien. Por este motivo, con la ayuda de la interpretación típica de la Sagrada Escritura, los cronistas medievales utilizan figuras y eventos del pasado como explicación y maneras de legitimar la vida política del presente.

El principio de contemporaneidad

Una de las notas más características de la historiografía medieval es su falta de sentido de la cronología. Es lo que algunos historiógrafos han denominado el «principio de contemporaneidad» de la historiografía medieval, donde el tiempo y la perspectiva histórica rehúyen encadenarse a una cronología sistemática en el pasado (Partner, 1986; Spiegel, 1997; Aurell, 2012). Esto es posible en la época medieval gracias a que la historia no es meramente un conocimiento del pasado, sino un modo de experiencia y de vivencia, por lo que rechaza restar estáticamente fijada en el pasado. Este punto es uno de los fundamentales para hacerse cargo del *presentismo* (una anacrónica proyección de los valores del presente hacia el pasado que se analiza) que domina buena parte de la historiografía medieval. En efecto, la tendencia de los historiadores a mirar los hechos del pasado condicionados por su presente es un fenómeno que se ha experimentado en todas las épocas, pero en la historiografía medieval adquiere tonos de norma consolidada.

Presentismo

Siguiendo esta norma, la historiografía medieval tiende a proyectar el presente en el pasado, para dotar al primero de toda la potencialidad de la tradición, y recuperar la autoridad del pasado para legitimar las prácticas políticas del presente. En este sentido, es significativo el pasaje de las grandes crónicas francesas en el que Carlomagno aparece como cruzado, justo en el momento en que los reyes franceses decidían optar por el movimiento cruzado. El anacronismo es enorme, pero, en este contexto literario, tanto la precisión cronológica como la sincronía de los acontecimientos hubieran sido un obstáculo para la función edificante y política de la historiografía medieval: cuanto más detallada y precisa es la cronología de un relato histórico, mayor es la distancia psicológica que genera entre el pasado y el presente. Pero al cronista medieval le interesa precisamente lo contrario –unir el presente con el pasado– y por esto tiende a ser menos riguroso al aproximarse al pasado remoto. Este es el motivo, entre otras cosas, por el que a partir del siglo XII caen en desuso, aunque sin desaparecer del todo, las simples enumeraciones de fechas de los anales altomedievales y se priorizan las narraciones genealógicas, que suelen conectar a las nacientes dinastías con un pasado mítico y legendario y suplen con eficacia la función esquemático-cronológica que antes realizaban los anales.

El ritmo genealógico

Los relatos iniciales de las *Grandes Chroniques* de Francia o de las *Gestae comitum* de los condes de Barcelona son muy elocuentes, porque manifiestan explícitamente el deseo de ahondar en los orígenes de las genealogías de los monarcas respectivos. El ritmo cronológico de esos escritos históricos está estructurado por las

generaciones de condes y reyes que se van sucediendo en el tiempo. La unidad de tiempo son las generaciones, no –como lo eran para los anales– los años. Las genealogías responden a un contexto en el que las familias aristocráticas de Francia y Flandes empezaron a organizarse en estructuras verticales a linajes patrilineales, transmitiendo de padres a hijos el apellido, el título y el patrimonio. La estructura básica de las genealogías históricas refleja exactamente esta transmisión de padres a hijos mayores, ignorando otros miembros de la familia biológica que no reciben los frutos de la herencia patrimonial. De modo natural, estas genealogías de linaje y patrimonio se fueron convirtiendo en estructuras narrativas que reflejaban también el poder político de los linajes aristocráticos, condales y, finalmente, monárquicos. En ese momento, las familias aristocráticas que poseían un castillo y un apellido, y por tanto habían consolidado su sedentarismo, empezaron a autotemporalizarse en términos de ascendencia lineal ininterrumpida. Como consecuencia, buscaron (o inventaron) los orígenes míticos de los «héroes fundadores de los linajes», fuente y origen de las sucesivas generaciones hasta el presente en el que se escriben esas crónicas genealógicas. Muchos de estos procesos de búsqueda de los orígenes generaron unas ficcionalizaciones del pasado, particularmente características de la figura del «héroe fundador», como el caso del fundador de la dinastía castellana, Don Pelayo, o de la catalano-aragonesa, Guifré el Pelós.

Los «héroes fundadores»

La medida cronológica de la sociedad medieval pasa a contarse según el canon de las genealogías, lo que representa un paralelismo evidente con las formas historiográficas de la Sagrada Escritura. Los monarcas pasan a ser los garantes y la expresión de la continuidad social y política, y por tanto es preciso ahondar en su pasado genealógico. En este sentido, las rupturas genealógicas –la interrupción de la sucesión padre-hijo heredero– implican al mismo tiempo una quiebra de la continuidad social y política. Las genealogías tienen un fundamento biológico y político al mismo tiempo, porque son una evidencia de la continuidad histórica, transmitida de generación en generación. Las crónicas elaboradas desde el monasterio de Saint-Denis representan la primera historia de Francia, realizada para ilustrar y sostener el mito de la monarquía de los Capetos. Ellas consiguen conectar el pasado político con el presente. Las sucesión de las generaciones realiza esta función. Por este motivo, cuando hay saltos generacionales evidentes, estos son suplidos por la leyenda. Aparecen entonces los orígenes troyanos de los francos, que a su vez serán el eslabón que unirá a la monarquía capeta con los carolingios. De este modo, queda establecida la genealogía de los monarcas franceses, conectados incluso con el mundo antiguo.

Transmisión y difusión de manuscritos

La crítica contemporánea ha puesto cada vez más de manifiesto la importancia del análisis de la creación, transmisión, difusión y recepción de los manuscritos. La distinción de estas cuatro fases es esencial para poder interpretar, en todo su sentido, la historiografía medieval. En un primer momento, puede pensarse que se trata de cuestiones «formales», pero, como la crítica literaria más reciente ha reconocido, afectan también plenamente al contenido. Hasta la invención de la imprenta, quienes intervenían en la transcripción de los textos históricos y literarios intervenían también en su elaboración. Por tanto, la autoría quedaba muchas veces difusa, siendo difícil localizar las diferentes fases de formación de los manuscritos.

Transmisión textual

Todo ello es esencial para comprender que los textos históricos medievales son artefactos literarios en continua transformación. La crítica textual contemporánea se ha dividido en dos aproximaciones a esta cuestión. Un primer grupo considera que el editor de una obra busca primordialmente reconstruir la obra tal como fue diseñada en su origen, o al menos intenta aproximarse lo más exactamente posible a la autoría original del texto, partiendo de los diversos manuscritos que han sobrevivido a su presente e intentando intervenir lo menos posible, eligiendo las variantes del texto que le parecen las más fiables. Un segundo grupo pone el énfasis en la propia condición autorial del editor, que elegiría según su criterio algunas de las diferentes versiones del texto original e incluso preferiría presentar diversas secuencias en paralelo, más que presentar una versión definitiva.

Estos aspectos son esenciales para entender el funcionamiento de la historiografía medieval, cuyos textos llegados hasta nosotros son muchas veces fruto de complejos procesos de creación, resultado de una suma de autorías originales, de añadidos posteriores y, por fin, de alteraciones producidas por los mismos procesos de la elaboración y la transmisión de los manuscritos. Esto nos alerta a no considerar estos textos como algo «cerrado», y a estar por tanto muy atentos a sus diferentes versiones conocidas, algunas de las cuales pueden ser verdaderos simulacros modernos de las originales.

Variabilidad de los manuscritos

Partiendo de estas premisas, la crítica moderna ha sido capaz de profundizar en el estudio de las diversas versiones de las obras que, hasta hace unos años, habían sido consideradas como una «unidad». Tal es el caso del *Roman de la Rose*, del que Sylvia Huot hizo un sutil análisis partiendo de las diferentes versiones acumuladas del texto a lo largo del tiempo. Ella fue capaz de descubrir las conexiones entre las diferentes versiones, añadidos, glosas marginales y adaptaciones de esta novela medieval, definiéndola final-

mente como *«protean text»*, es decir, un texto versátil, susceptible de recibir cambios continuos, dispuesto a recibir muy diferentes formas, propenso a la modificación y, por tanto, difícil de interpretar por parte de la crítica moderna (Huot, 1993). Es lo que, en otras palabras, Bernard Cerquiglini definió como la «variabilidad» de la escritura en la Edad Media (Cerquiglini, 1989). John Dagenais, por su parte, ha enfatizado la importancia del análisis de la variación y la transmisión manuscrita para llegar a una verdadera interpretación de las obras históricas y literarias medievales, que tiene incluso implicaciones éticas. Así lo puso de manifiesto en su modélico estudio sobre las diferentes versiones y la recepción del *Libro del buen amor* (Dagenais, 1994). Más recientemente, Stefano Cingolani ha descubierto la versión primitiva de la crónica catalana de Bernat Desclot, cuya divulgación ha alterado la visión tradicional que se había tenido de esa obra, basada únicamente en el análisis de la versión disponible hasta entonces (Cingolani, 2006).

LOS GÉNEROS HISTÓRICOS

La historiografía medieval se caracteriza en buena medida por la variedad de los géneros históricos practicados durante este periodo. En una época en la que la historiografía estaba asociada de hecho a la literatura, pero en la que al mismo tiempo se fue progresivamente distinguiendo de ella por su contenido intencionalmente realista, la elección del género no afectaba sólo a las cuestiones puramente formales, sino también al contenido. Los historiadores y cronistas medievales sabían que el mensaje llegaba de modo diferente si la representación del pasado se presentaba en forma analítica, genealógica, hagiográfica, biográfica, autobiográfica, cronística de cruzadas o universal –los siete géneros básicos de la historiografía medieval.

La elección del género

Durante la Edad Media los géneros históricos se fueron interponiendo cronológicamente, pero todos ellos tuvieron su momento álgido, que es el que interesa destacar –por ejemplo, los anales en el siglo XI, las genealogías en el siglo XII, las crónicas de cruzadas en el siglo XIII–. En la siguiente exposición, es muy importante partir de la idea de que las fronteras entre los propios géneros eran muy permeables, por lo que es complejo encontrar géneros «puros» en un sentido estricto. Sin embargo, merece la pena hacer una enumeración de todos ellos, lo que contribuye a una mínima sistematización temática y cronológica de la historiografía medieval, y permite adquirir una visión más completa de su enorme riqueza literaria y propiamente historiográfica.

La permeabilidad de los géneros

Desde un punto de vista cronológico, el primer género propiamente medieval son los anales, que ya poco tienen que ver con los anales de la época clásica (véase p. 40). Los anales altomedievales son anotaciones esquemáticas basadas en la enumeración cronológica de los eventos que se consideran más sobresalientes de una sociedad o unidad política. Son documentos muy esquemáticos, sin apenas contenido narrativo, cuya estructura está basada en la anotación de una fecha y a continuación el apunte del acontecimiento correspondiente. Sólo los acontecimientos más sobresalientes son descritos con un cierto detalle, lo que constituye un signo fiable de su representatividad histórica. Para los datos más remotos, los compiladores tienden a escoger datos más «universales» –muchos de ellos basados en las Escrituras, como el diluvio universal o la datación de los reyes de Israel–; para los más recientes, se escogen los más específicos del territorio, sociedad o identidad política en el que se inscriben los anales.

Anales altomedievales

La tradición analítica de Europa occidental se inicia hacia finales del siglo VII en Irlanda, donde destacan los *Anales de los cuatro maestros*, los *Anales del Ulster*, los *Anales de Innisfallen* y los *Anales de Gales*. Se elaboran en lugares de prestigio cultural como las cortes regias, los monasterios o las escuelas episcopales. Estas series cronológicas son herederas de las compilaciones litúrgicas, que consistían en la sucesión de los diferentes periodos y jornadas del año desde un punto de vista estrictamente religioso. Se trataría, por tanto, de una prolongación y adaptación cristiana de los antiguos anales de Roma, en los que el calendario litúrgico habría funcionado como intermediario. Los calendarios litúrgicos cristianos, conocidos como «tablas pascuales», listas de fechas anuales en las que se indicaban las fechas exactas de las sucesivas festividades de Pascua de resurrección, lo cual exigía un cómputo complicado que armonizara el calendario lunar de los hebreos con el solar de los romanos. La tabla pascual que acabó predominando en Occidente fue la que Dionisio el Exiguo estableció en el sigo VI, calculando el año de la supuesta fecha de la Encarnación. Los anales habrían comenzado a escribirse en los márgenes de esas tablas, engrosando con el tiempo las noticias hasta llegar a independizarse de aquellas durante la época carolingia.

Anales en Irlanda

Tablas pascuales

Parece que fueron los monjes anglosajones quienes trajeron al monasterio de Fulda (*Anales de Fulda*) las tablas pascuales anotadas con hechos históricos que dieron origen a la difusión posterior de los anales, que circularon con profusión por los monasterios del norte y este del reino franco. Estas tablas iban siendo enriquecidas con nuevas anotaciones, lo que complica muchas veces la

Anales de Fulda

identificación de su filiación original. Una vez desprendidas de su contexto original (las tablas pascuales) se iban engrosando periódicamente con noticias anotadas sistemáticamente año por año, para mantener y actualizar la continuidad. De ahí surgió la distinción entre los *Anales menores* (anales en su estado más incipiente) y *Anales reales* (anales enriquecidos con una larga serie de anotaciones cronológicas, fruto del paso del tiempo, que cuentan ya con una fuerte intencionalidad política, sobre todo a través de la preferencia de unos eventos sobre otros). Sólo durante el siglo IX los tres tipos de anales (pascuales, menores y reales) coexistieron, para después quedar como hegemónicos los últimos.

Anales menores y anales reales

Los anales siguen con fidelidad los parámetros heredados de la tradición. La mayor parte de las noticias que se recogen en ellos son los sucesos que rompen el orden natural de las cosas (tempestades e inundaciones, plagas y pestilencias, hambres y enfermedades, eclipses y cometas), para centrarse después cada vez más en los sucesos políticos (batallas, fundación de condados, coronación de reyes). Muchas de las crónicas de los siglos XII y XIII están nutridas de las noticias consignadas en los anales de tiempos anteriores, que con el tiempo fueron destacando algunas de las fechas más características o específicas de los condados o reinados que representaban. Aparte de los ya mencionados para Irlanda, algunos de los ejemplos más característicos de anales en la Europa medieval son: en Francia, los *Annales regni Francorum*, los *Anales de Fulda*, los *Anales de Saint-Betin*, los *Annales sancti Amandi*, los *Annales Laureshamenses* y los *Annales Mossellani*; en Alemania, los *Anales de Hersfeld*; en Cataluña, la familia de los *Anales de Ripoll*; en Castilla, los *Anales castellanos* y los *Anales castellanos segundos*.

Ejemplos de Anales

Genealogías

El segundo gran género típicamente medieval son las genealogías. Establecidas como líneas sucesorias de los grandes linajes, actúan como metáforas conceptuales con una estructura narrativa muy sencilla pero tremendamente eficaz desde el punto de vista de las legitimaciones políticas. En estas genealogías no es tan importante la rigurosidad histórica ni la precisión cronológica como la geometría y la continuidad de las sucesivas generaciones. Se trata de enumeraciones de las sucesivas generaciones de los príncipes, condes o monarcas, cuya estructura está fundamentada en la transmisión de un elemento real (habitualmente en forma de propiedad en territorio) y de un título.

Contexto de las genealogías

Las genealogías se divulgaron por la Europa más occidental (Francia, Flandes, Cataluña) a partir del siglo XII, en el contexto

de la consolidación de los nacientes linajes condales o monárquicos, habitualmente en los márgenes de lo que había representado el antiguo Imperio carolingio. Todas ellas suelen otorgar preponderancia a la figura del «héroe fundador» de la dinastía, y responden al esquema de una historia inicial detalladamente contada, seguida de una genealogía, lo que tiene evidentes reminiscencias escripturísticas, sobre todo por su paralelismo con la estructura básica del libro del Génesis.

La continuidad del linaje

La organización genealógica de las nuevas narraciones históricas comporta una nueva visión de la sociedad aristocrática, cuyo aspecto fundamental sería ahora la continuidad del linaje. Pero también crean una nueva concepción del tiempo, transformado por la continuidad genealógica en una continuidad cronológica que une pasado y presente, marcada por la sucesión de una generación a otra. Esta es otra de las manifestaciones de la función secularizadora de la historiografía, porque los nexos de unión no son ya de dimensión sobrenatural (la elección divina), sino humana (el nexo sanguíneo).

Ejemplos de genealogías

Aunque ya existen a partir del siglo XI, los ejemplos más característicos, originales y clásicos datan del siglo XII. Entre ellos, se pueden destacar las diversas ediciones de las genealogías del conde de Flandes, las genealogías del conde de Vendôme, las seis genealogías del conde de Anjou, la *Historia de los condes de Guines* de Lamberto de Ardres (Flandes), las *Genealogia antecesorum Tarentum*, de Lambert de Wattrelos (Flandes), las genealogías de Roda (Navarra), las genealogías de los condes de Barcelona (Cataluña) y las genealogías de Welfish (Suabia).

Hagiografía

Las vidas de los santos (hagiografía) habían sido establecidas en los primeros siglos de la Edad Media. En sus orígenes, los hagiógrafos habían tomado sus modelos de las biografías romanas, que se caracterizaban por su carácter panegírico. Pero ese esquema fue bastante efímero, porque pronto se dieron cuenta de que los milagros y la actuación de mártires y santos poco tenían que ver con los actos de las divinidades paganas. El modelo pasaba a ser más bien la Biblia: entre otras cosas, la edificación de los fieles era su primera función.

Contexto de las hagiografías

De los tres géneros que predominaban en la historiografía cristiana del siglo XII –crónicas, anales y vidas de santos–, la *hagiografía* era la más específica y, por tanto, la más original. Se aprovechaba alguna ocasión especial –por ejemplo, el traslado de unas reliquias– para reescribir y adaptar la vida del santo, como en el

caso del traslado del rey Eduardo el Confesor a Westminster en 1163. La leyenda de la *Chanson* del duque Ricardo de Normandía es reactualizada con motivo de la solemne apertura de las tumbas de los duques de Normandía en Fécamp en 1162.

Ejemplos de hagiografías

En este contexto de exuberancia hagiográfica, el siglo XII también crea sus modelos específicos: san Bernardo es el ejemplo más acabado de santidad en el mundo de los claustros, mientras que santo Tomás Becket lo es en el mundo de los obispos. La rápida expansión de la devoción de este último santo es extraordinaria: muerto en 1170 y canonizado en 1172, a finales de siglo ya se había elaborado toda una literatura específica sobre su vida, su martirio y ejemplar modo de gobernar una Iglesia en constante conflicto con el Estado. Los peregrinos no dejan de afluir hacia su tumba en Canterbury.

Entre la historia y la ficción

Algunos dudan de que la hagiografía pueda considerarse un género propiamente «histórico», sobre todo por su alto contenido imaginativo y ficcional, así como por su intención apologética. Sin embargo, es evidente que, si no es estrictamente historia, tiene una fuerte componente historiográfica, que la habilita como fuente para el conocimiento del pasado con una prominente función ejemplarizante.

Biografía

Otro de los géneros más habituales de este periodo son las biografías. Este género se desarrolló sobre todo a través de las series de las *Gestae*, cuando se describía la vida y el carácter de obispos, abades y condes. La *Vita Caroli* de Eginhardo inaugura la corriente biográfica, un género que culminaría en el siglo XIII con la *Vida de san Luis* de Jean de Joinville. Especialmente rica es la tradición de las biografías de los papas romanos, como se pone de manifiesto a través de las narraciones del Cardenal Boso, quien retrató algunos de los papas que fueron contemporáneos suyos, como Alejandro III o Adrián IV.

Biografías de los papas

Por otra parte, además de las tradicionales *Gestae comitum*, la historiografía de este periodo se caracteriza por la recreación de las vidas y las acciones de los obispos a través de las *Gestae pontificum*. Es el caso de las *Gestae pontificum Anglorum* de Guillermo de Malmesbury (1125), quien intenta establecer una conexión sistemática entre los datos y los eventos en forma de causa y consecuencia, de modo que a sus escritos se les puede llamar una verdadera historia: analiza el desarrollo de las instituciones, juzga el resultado de las decisiones políticas y detalla las consecuencias de los principales eventos. Procura también ser ecuánime a la

Biografías de los obispos

hora de juzgar a algunos protagonistas que quedan lejos de su contexto más inmediato.

Biografías de nobles

No faltan tampoco las biografías de los príncipes feudales. Estas son quizá una de las representaciones historiográficas de mayor calidad de este periodo. Normalmente, eran escritas por los clérigos, como la historia de los condes de Guines y señores de Ardres, escritas por el sacerdote Lamberto de Ardres, cerca de Calais, en la que sobresale el retrato del conde Balduino II (1169-1206). La *Historia de Guillermo el Mariscal* es otra de las grandes producciones en este contexto. Aunque ha ganado celebridad en buena parte por el brillante comentario que realizó Georges Duby de ella (Duby, 1986), se trata de uno de los textos mas sobresalientes de este periodo, de más de 19.000 versos.

Función moralizante

Las biografías tienen en la Edad Media un componente claramente moral y edificante. Se narran las circunstancias de las vidas de los condes, reyes, obispos, religiosos y santos más sobresalientes para presentarlas como modelos de vida. No tienen, por tanto, una finalidad erudita o estrictamente memorística, sino que, más bien, pretenden divulgar los eventos más representativos de los personajes que, por su trayectoria espiritual o política, se consideran los modelos paradigmáticos de una sociedad. En muchas de estas biografías se mezclan los hechos naturales con los sobrenaturales, y a veces es difícil distinguir entre el modelo biográfico y el hagiográfico.

Autobiografía

La autobiografía fue también un género utilizado en la Edad Media, aunque es difícil dirimir si, tal como fue practicada entonces, se puede considerar plenamente identificada con las características propias de este género en la época contemporánea. En efecto, la aplicación de la acepción más estricta de la autobiografía («relato retrospectivo del propio pasado, basado en la narración de la propia personalidad», según Philippe Lejeune, y centrado particularmente en los aspectos más íntimos), excluiría la práctica de este género hasta las memorias de Rousseau en el siglo XVIII. Pero de lo que no cabe duda es que los relatos autobiográficos en primera persona fueron utilizados en la Edad Media con intención histórica.

Tipos de autobiografía

Los relatos autobiográficos aparecen a partir del siglo XII en unas narraciones donde el «yo» adquiere una dimensión de protagonista de la historia (concretamente, las escritas por Guillermo de Nogent y Abelardo). En el siglo XIII se consolidan como un género específicamente histórico (como la mencionada crónica

autobiográfica *Llibre dels fets*, de Jaime I de Aragón), así como los «testimonios de cruzadas», que por su especificidad son tratados como un género histórico aparte. Ya en el siglo XIV, aparecen otras variaciones del género, como las «autobiografías relacionales», centradas en el relato autobiográfico de un individuo que se sitúa a sí mismo como personaje secundario de la acción, en *relación* con otros que serían los personajes principales –como la *Crónica* del caballero catalán Ramón Muntaner en relación con sus señores los reyes de Aragón–. Proliferan también entonces los relatos en primera persona pero que hacen referencia a la divinidad –son las llamadas «autobiografías de conversión», como la de Hernán el Judío (Schmitt, 2003).

Autobiografías relacionales

Autobiografías de conversión

Autobiografías de monjes

Al mismo tiempo, entre las autobiografías medievales más clásicas se suele citar la *De vita sua* de Guiberto de Nogent, con la particularidad de que llega a narrar hechos de los que ni siquiera ha sido testigo presencial, pero que considera que forman parte de la historia de su vida. La *Historia suarum calamitatum*, de Abelardo, es de difícil clasificación. Si no fuera por el anacronismo, parecería oportuno incluirla dentro del género de la «autobiografía intelectual». Escrita en forma de epístola a un amigo, narra algunas de las desafortunadas vivencias de este monje nada acomodaticio. Ideada en uno de los centros de producción historiográfica más importantes de la Europa del siglo XII, la abadía de Saint-Denis, la obra *De rebus in administrationes sua gestis* sobresale por su especificidad como «autobiografía monástica». El abad Suger escribe sus propias vivencias como gobernador del monasterio, pero también como gobernador de parte del reino francés, al suplir las ausencias de Luis VII.

Autobiografías monásticas

Un capítulo aparte, bastante excepcional, lo constituyen las autobiografías de reyes. La obra autobiográfica del emperador Carlos IV de Luxemburgo (muerto en 1378) es una mezcla de autobiografía y biografía, porque parece que fue redactada tomando como base su diario personal. Más dimensión auténticamente autobiográfica posee el *Llibre dels fets (Libro de los hechos)*, de Jaime I el Conquistador, rey de Aragón y conde de Barcelona, en la segunda mitad del siglo XIII, cuyo extenso relato caballeresco en primera persona entremezcla de modo natural los más altos asuntos de Estado con aquellos relacionados con la vida cotidiana y hasta emocional del rey. Pedro el Ceremonioso de Aragón, bisnieto suyo, legó también una autobiografía de su reinado *(Crònica del rei en Pere)*, ya en el siglo XIV, escrita también en primera persona, pero de carácter estrictamente político, por lo que muchos analistas la han considerado un precedente de los *specula principum*, tan típicos del Renacimiento italiano.

Autobiografías de reyes

Crónicas de cruzadas

Otro capítulo relacionado con la escritura autobiográfica pero que merece un tratamiento específico, es el de las crónicas de cruzadas. Guerras de religión y conquistas feudales al mismo tiempo, las cruzadas experimentan su momento álgido durante todo el siglo XII, entre 1096 y 1204. Se conservan crónicas latinas, francesas, griegas, árabes y armenias, que hablan por sí solas de la riqueza de fuentes cronísticas sobre las diversas expediciones a los lugares santos. La *Gesta Francorum*, por ejemplo, es la mejor fuente sobre la primera Cruzada. Allí, los cruzados son los caballeros de Cristo y los musulmanes los enemigos de Dios. La narración de los acontecimientos es tan simple como intensa y cercana. El eclesiástico Guillermo de Tyre escribió, por su parte, una inmensa *Historia Hierosolymitana*, escrita entre 1169 y 1184, en 23 libros.

Dentro del género de las crónicas de cruzadas, destacan particularmente, por su dimensión autobiográfica, los «testimonios de cruzadas». Se trata de unas narraciones memorísticas, redactadas en primera persona, escritas por caballeros feudales que fueron al mismo tiempo testigos y actores de los hechos que están narrando. Sin embargo, no son estrictamente autobiográficas porque su tema principal no coincide con la vida del autor y el narrador, sino que relatan más bien realidades externas a ellos mismos. Quizá la más célebre de ellas, auténtico *best seller* en la Edad Media, es la crónica de Godofredo de Villehardouin sobre la cuarta Cruzada. Su autor era un caballero de la Champagne francesa que fue uno de los más activos combatientes de las cruzadas y cuya obra se divulgó mucho en Occidente, más allá incluso de la Edad Media. El hecho de que su crónica esté ya redactada en francés es un hecho bien significativo de la evolución de la cronística medieval, cuya definitiva vernacularización se producirá durante el siglo XIII. Otra de las crónicas testimoniales de cruzadas más citadas es la de Jean de Joinville (1225-1317), conocido como uno de los grandes cronistas de la Edad Media, que escribió un relato sobre la séptima Cruzada muy centrado en la vida del rey santo Luis IX. También destaca la de Felipe de Novara (1200-1270), un aristócrata italiano que pasó toda su madurez en Tierra Santa. Por fin, Roberto de Clari (siglo XIII), caballero de Picardía, escribió un relato testimonial de la cuarta Cruzada en francés, especialmente valorado por su condición de pequeño aristócrata. Clari se centra en los detalles cotidianos de la vida de los soldados de las Cruzadas, y complementa por tanto muy bien los otros relatos de los líderes de las expediciones a Tierra Santa.

Godofredo de Villehardouin

Jean de Joinville

Felipe de Novara

Roberto de Clari

Crónicas universales

Por fin, las crónicas universales son un género específico que será practicado a lo largo de toda la Edad Media. Como ya hemos visto, son un ejercicio de narración de la historia desde sus orígenes (algunas de ellas se inician con la narración del pecado original de los primeros padres, Adán y Eva) hasta la actualidad. Muchas de ellas no consiguen su objetivo y dejan inacabada la historia en un momento determinado. El espíritu universalista y global de estas crónicas ya no desaparecerá de la historiografía, y tendrá su continuación, bajo diversas formas, en la época moderna y en la contemporánea –sobre todo bajo el género de las «historias globales» practicadas por la historiografía más reciente.

La acción de Dios en la historia

La historiografía cristiana medieval concibe la historia como una realización providencial del plan de Dios. En él se realiza, en última instancia, la unidad y el destino de la especie humana, por lo que toda la historia está ordenada a Dios, y a él quedan subordinadas otras cuestiones como la raza, la patria y la ciudad. Es lógica, por tanto, la atracción que la historia universal, que pasaba por encima de los particularismos, tuvo en el pensamiento cristiano. Esta inclinación se trasladó a la Edad Media, asumiendo formas muy específicas, enfatizando algunas fechas, como la creación del mundo, la creación del hombre (Adán y Eva), la figura central de Jesucristo (cuyo nacimiento supone la culminación de la historia) y su segunda venida, con el inicio de los tiempos escatológicos. Las grandes etapas de la humanidad narradas en el Antiguo Testamento (el diluvio, Abraham, Moisés) representan un primer marco de referencia para las historias universales medievales, pero la venida de Jesucristo es la que inaugura una nueva cronología.

De lo universal a lo particular

Esta orientación universalista de la historiografía medieval es compatible con que este tipo de crónicas empiecen por lo universal y se cierren con lo particular. Después de narrar los acontecimientos relacionados con la historia de la salvación y la llegada de Jesucristo, con la cristianización del Imperio y la consolidación de los reinos germánicos, las crónicas suelen centrarse en los eventos que afectan más particularmente a la propia patria. Así sucede en las crónicas universales promovidas desde los diversos reinos de la península ibérica, Francia, Alemania o Inglaterra.

Ejemplos de historias universales

Lo ambicioso de su alcance geográfico y cronológico contrasta enormemente con las historias locales de los siglos anteriores. Destacan en primer lugar las crónicas universales del periodo carolingio, sobre todo las de Freculfo de Lisieux, Adón de Vienne y Reginón de Prün, todas ellas del siglo IX. Las crónicas universales también tuvieron un fuerte auge durante el siglo XII. Algunos historiadores de este periodo hacen revivir la secular aspiración a

una historia universal: Roberto de Torigni y Orderico en Francia, Romualdo de Salerno en Italia y Otón de Freising en Alemania.

Hay que apuntar, para finalizar, que es preciso detallar todos estos géneros reseñados anteriormente, porque muchas veces se comete la generalización de pensar que en la Edad Media la crónica es prácticamente el único género que se practicó. Aunque sea efectivamente el más representativo, y sea practicado por figuras señeras como Jean le Bel y Jean Froissart, adquiere formas tan diferentes que en muchas ocasiones se convierte en un género específico como los que hemos reseñado anteriormente (genealógico, biográfico, autobiográfico, hagiográfico, testimonial).

EL DESARROLLO DE LA ESCRITURA HISTÓRICA (SIGLOS IX-XV)

Una vez detallados los principales rasgos de la escritura histórica en la Edad Media y descritos los principales géneros literarios en los que se presenta, es el momento de realizar una síntesis de su curso en el tiempo y en el espacio, al menos en sus aspectos más básicos. La escritura histórica experimentó algunas transformaciones sustanciales a lo largo de los siglos medievales. Estos afectaron tanto al propio contenido de la escritura, como a la elección de los temas, la extensión de la cronología y el lenguaje utilizado. Esas transformaciones en la forma y el contenido de las narraciones históricas fueron concomitantes a los cambios del propio contexto de las sociedades desde las que fueron articuladas. Es difícil hacerse cargo de la evolución de la escritura histórica de la Edad Media, y por tanto de su verdadera sustancia, sin entender la continua interacción que se produjo entre texto y contexto. Esto es lógicamente aplicable a todas las tradiciones historiográficas, pero en el caso de la Edad Media, al ser tan larga su duración, las generalizaciones que se cometen suelen conllevar, en la práctica, una absoluta distorsión de la verdadera comprensión de la historiografía medieval.

Tres fases

Cabe distinguir tres fases principales en la evolución de la historiografía medieval. La primera abarca los siglos IX y X, con el predominio de la historiografía carolingia y la progresiva emergencia de las historiografías periféricas, particularmente la otónida, la inglesa y la ibérica. La segunda fase se extiende aproximadamente entre los siglos XI y XII. El nuevo contexto feudal, y sobre todo la consolidación de las monarquías y de algunos condados poderosos, propicia una historiografía con un fuerte componente genealógico y mucho más inclinada a las narraciones biográficas e incluso autobiográficas. En este segundo periodo destacan las

tradiciones historiográficas francesa, germánica e inglesa. Por fin, se abre un tercer periodo, que abarca los siglos XIII al XV, muy influido por el «giro» testimonial, cortesano y vernacular de las historias de las cruzadas, que darán lugar a una sustitución de los modelos monásticos por los caballerescos y destacarán las figuras prominentes de los cronistas de cruzadas como Godofredo, Joinville y Roberto de Clari; los reyes autobiográficos como los aragoneses Jaime y Pedro, y los autores singulares como Jean Froissart. La historiografía augura también en este periodo las futuras tendencias que se impondrán en el Renacimiento, como el espejo de los príncipes (la crónica de Pedro el Ceremonioso de Aragón) o los dietarios urbanos (el *Journal d'un bourgeois de Paris*), y las historiografías peninsulares (castellana, catalana, portuguesa, navarra y aragonesa), italianas y centroeuropeas se añaden a las ya muy pujantes de Francia, Alemania e Inglaterra.

La historiografía carolingia y las emergentes historiografías periféricas (siglos IX-XI)

Historiografía carolingia

Tras la labor de los monjes y eclesiásticos de la época tardorromana y germánica, analizada en el capítulo de la historiografía cristiana (siglos V-VIII), la primera manifestación específica de la historiografía medieval es la *historiografía carolingia* (siglos IX-X), cuya emergencia está estrechamente relacionada con el concomitante renacimiento cultural. Se trata de una historiografía de tipo «nacional», tal como la entendemos hoy, y se basa en la asunción del sueño carolingio de la restauración del Imperio romano. Como consecuencia, la historiografía carolingia intenta revivir las glorias imperiales, proyectando la figura de Carlomagno como el «nuevo Constantino», cuya figura revive el universalismo dual de Roma y la cristiandad.

El colapso y decadencia del Imperio carolingio, sellado por el Tratado de Verdún (843), verifica la emergencia de Francia y Alemania como sus dos reinos sucesores, lo que cambia radicalmente el contexto en el que se desarrolla la historiografía medieval. La primera consecuencia de esta evolución es el paso de una historiografía de alcance imperial y universal a otra monárquica y local. La escritura de la historia se ajusta a partir de entonces a las aspiraciones y ambiciones de los reyes, los príncipes y los condes, alrededor de los cuales se organiza la propia sociedad medieval. De este modo, se acrecienta todavía más la función política de la historiografía medieval.

El Renacimiento carolingio representa la vuelta a la tradición historiográfica clásica y al uso de un latín más culto y ortodoxo,

Crónicas carolingias

más capaz de desligarse de las incipientes lenguas vernáculas. Durante esta época, destacan las biografías de Eginhardo (*Vita Caroli*), Thegan (*Vita Ludivici imperatoris*) y Astrónomo (también con su *Vita Ludovici imperatoris*); las historias reales de Nithard sobre los hijos de Luis el Piadoso; las historias episcopales de Paulo Diácono y su *Gesta episcoporum Mettensium*; las historias de abadías como el *Liber pontificalis* sobre el monasterio de San Wandrille, y, por fin, la que fue quizá su manifestación más específica, los anales, a los que ya hemos hecho referencia.

Anales carolingios

Los *Annales regni Francorum* (que cubren los años 741 a 829) corresponden al periodo de esplendor de la dinastía carolingia y son considerados como la mejor fuente para la historia política de los reinados de Pipino, Carlomagno y los primeros años de Luis el Piadoso. La tradición analítica se bifurcará después en los *Anales de Fulda*, en la Francia oriental, y los *Anales de Saint-Betin*, en la occidental. Entre los anales menores, desarrollados concomitantemente a los reales, destacan los *Annales sancti Amandi*, los *Annales Laureshamenses* y los *Annales Mossellani*. De modo muy significativo, la práctica de los anales reflejó exactamente el fenómeno de la fragmentación del poder central carolingio, disgregándose tanto temática como geográficamente. Sin embargo, el uso de los anales persistió en Francia y en toda Europa occidental hasta el siglo XIV, hasta la propia crisis de la institución monárquica.

Historiografía anglosajona en Britania

La *historiografía inglesa* también destacó entre los siglos IX y X, favorecida por el hecho de que se vio liberada desde muy pronto de la tradición imperial carolingia. El renacimiento cultural anglosajón del siglo IX, propiciado por Alfredo el Grande (871-899), tuvo como máximo fruto historiográfico la composición de la *Crónica anglosajona*. Basada en la recuperación de la tradición recibida de Boecio, Beda, Orosio, san Agustín y Gregorio el Grande, esta crónica tendría un influjo enorme en la futura historiografía. La *Crónica anglosajona* se interesa sobre todo por los hechos de Wessex y su dinastía. La obra está escrita por autores ingleses de diversa procedencia en un estilo muy acorde a la narración de acontecimientos en orden cronológico. Escrita en inglés, se trata de una de las primeras crónicas escritas en lengua vernácula (junto a algunos anales islandeses y la crónica rusa de Novgorod). La elección del nuevo idioma está más condicionada por el desconocimiento del latín en una entidad cultural escasamente romanizada que por la sofisticación intelectual de sus autores. La narración cubre desde el nacimiento de Cristo hasta el 891, por lo que contrasta con otras crónicas de este periodo que inician su narración en Adán.

Junto al enorme influjo de la *Crónica anglosajona* hay que destacar la obra de Asser, el biógrafo de Alfredo el Grande. La *Vida del rey Alfredo*, escrita hacia el 893, contiene unos breves anales,

en su mayor parte derivados de una versión perdida de la *Crónica anglosajona*, hasta el 887, en los que se van intercalando pasajes de la vida de Alfredo en un tono laudatorio. Algunos fragmentos de la obra son poco verosímiles, lo que sugiere que el rey Alfredo era ya motivo de leyenda cuando se compuso la obra, o que la intención del biógrafo era precisamente hacerlo legendario. Escrita en latín, tiene algunos paralelismos claros con el *Carlomagno* de Eginhardo, pues el autor insiste, sobre todo, en el interés del rey por la cultura, la educación, el arte, la piedad, lo autóctono y la generosidad con el extranjero. En parte podría incluirse dentro del género hagiográfico, pues el autor concibe la biografía como una vida ejemplar, incluyendo hechos milagrosos atribuidos a santos locales, con fines siempre edificantes y doctrinales.

A finales del siglo X aparece ya un autor inglés laico, Ethelweard. Emparentado con la familia real del oeste de Inglaterra, ejemplifica el creciente interés de la nobleza por las tareas intelectuales, y particularmente historiográficas. Su *Crónica* cubre el periodo desde la Creación hasta el año 975. Se centra especialmente en la llegada y consolidación de los anglosajones en las islas británicas. Aunque poco original, por ser sobre todo una compilación de la *Crónica anglosajona* y de algunos anales breves hoy perdidos, la obra tiene mucho valor como pionera de una nueva historiografía aristocrática, que intenta hacer la lectura agradable, cuidando los ritmos de la narración y rompiendo el estilo analítico de las crónicas usadas como fuente.

Historiografía otónida en Alemania

Todavía en los siglos IX y X, el otro frente de producción e innovación se ubica en la *historiografía otónida*. El despertar cultural de la antigua Germania se verifica en Sajonia, uno de los centros neurálgicos de la dinastía imperial de los Otones y región que había permanecido al abrigo de las invasiones. Las escuelas episcopales de Magdeburgo y de Hildesheim, y la abadía de Corvey con Widukind –historiador de los sajones– forman junto con Gandersheim los focos de desarrollo cultural más importantes.

Liudprando

El cronista más destacado de la tradición otónida es Liudprando. Nacido en Lombardía hacia el año 920, pasó al servicio del emperador Otón I y a partir del 956 empezó a escribir la historia de su tiempo. Autor prolífico, sus escritos son reflejo de su continua actividad diplomática y eclesiástica. Sus tres obras más importantes son la *Antopodosis* (un tratado sobre los hechos victoriosos de Otón el Grande con muchas noticias sobre Italia y el Pontificado), la *Historia de Otón* (una historia del reinado de Otón el Grande entre los años 960 y 964) y, sobre todo, su *Relatio de legatione Constantinopolitana*, donde trata la embajada que le llevó hasta Bizancio. En esta última obra narra con un estilo vivo y directo el viaje y la estancia en Constantinopla, describiendo la

corte de Nicéforo Focas, así como la vida y costumbres bizantinas, por lo que resulta una fuente de primera mano para el conocimiento del Imperio en Oriente durante el siglo X.

Widukind

Widukind, monje de la abadía de Corvey en Sajonia, escribió las *Gestas de los sajones*, una historia de los sajones desde sus orígenes hasta la muerte de Otón I en el 973. Su narración es una mezcla de gestas heroicas germanas y de tradiciones carolingias conocidas a través de Eginhardo, a lo que Widukind añadió la tradición romana. El relato legendario de Otón I recuerda el transmitido por Suetonio de Augusto y el de Eginhardo de Carlomagno. La imagen del emperador romano glorificado por sus gestas militares se materializa en el hecho de que tanto Enrique I como Otón I reciben los títulos imperiales en los mismos campos de batalla. Pero el hecho es que Enrique nunca fue coronado emperador y Otón recibió la corona en Roma por el papa.

Historiografía ibérica

La *historiografía de la península ibérica* tuvo también un dinamismo muy grande durante los siglos IX y X, incentivada sobre todo por la consolidación de los primeros centros políticos en lucha con el islam. Es particularmente interesante la temprana y original historiografía generada en torno al reino de Asturias, cuyas crónicas reflejan un manifiesto deseo de entroncar las nuevas formas políticas, surgidas de la resistencia al islam, con la tradición visigótica anterior. Este «progoticismo» (intento de enlazar con la tradición tardorromana visigótica) tenía como objetivo la legitimación del nuevo reino Astur, al que después se unirá el reino de León. Los primeros monarcas astures, particularmente Alfonso II, fomentan la actividad historiográfica a través de los anales, series cronológicas que suelen recoger los eventos más representativos desde el héroe fundador, Don Pelayo, hasta el propio Alfonso II en el 841. Destacan los ciclos de anales compostelanos (en la zona gallega) y conimbricenses (en la zona de Coimbra), cuyas cronologías llegan ya hasta principios del siglo XI.

Asturias

Asturias-León

Posteriormente, el ciclo de Alfonso III (886-910) da origen a un corpus importante de crónicas. El eje de estos nuevos relatos históricos es la narración del proceso político a través de la mera sucesión de las dinastías en forma genealógica, sin detenerse apenas en la casuística de los acontecimientos. Los hechos bélicos, las noticias eclesiásticas y los acontecimientos de la vida de los reyes están supeditados a la constatación de la continuidad dinástica, fruto de la sucesión hereditaria de padres a hijos. De este ciclo, destaca la *Crónica albeldense*, que combina la descripción geográfica con un resumen de las edades del mundo según el esquema isidoriano, la historia romana, la enumeración de los monarcas hispano-visigodos y una historia de los reyes asturleoneses hasta Alfonso III. Por último, la *Crónica de Alfonso III*,

atribuida con reservas al propio monarca, pretende dejar constancia de la continuidad visigótica con el reino asturleonés y responde a un tipo de historia oficial que se repetirá a menudo en los siglos posteriores.

Castilla

Ya a finales del siglo X, desgajado de los reinos de Asturias y León, el reino de Castilla producirá algunas series de *Anales castellanos*, que se suelen iniciar con la predicación de Mahoma y la llegada del islam a España para concluir con Ramiro II y su victoria en Simancas en el 939. La serie tendría su continuidad en los *Anales castellanos segundos*, cuyas cronologías se extenderían hasta el siglo XII.

Navarra

También en el ámbito peninsular, destacan las *Genealogías de Roda*. Elaboradas en el reino de Navarra en torno al milenio, tienen especial interés por los datos autorizados que proporcionan sobre los oscuros inicios de los reinos pirenaicos. Análogas a estas genealogías son las de los condes de Aragón, Pallars, duques de Gascuña y condes de Tolosa, todos ellos muy influidos por el propio reino de Navarra, pero que constituyen también los precedentes del importante ciclo historiográfico que surgirá en el reino de Aragón a partir del siglo XII, cuando se produce la unión entre este reino y los condados catalanes.

Aragón y Cataluña

El periodo clásico: genealogías, crónicas y aumento de la subjetividad (siglos XI-XII)

El auge del feudalismo y, sobre todo, el afianzamiento de algunos condados y la consolidación de las monarquías trajeron consigo una nueva historiografía de los siglos XI y XII. En este rico periodo de la historiografía se siguen cultivando los géneros de las etapas precedentes (anales, genealogías, crónicas universales), pero hay una llamativa tendencia a componer historia en el sentido más amplio, al tiempo que las crónicas adquieren un tono cada vez más personal, en algunos casos casi testimonial, por lo que se incrementa la práctica de la biografía (Eadmer, Abelardo, Suger) y la autobiografía (Guiberto de Nogent y Gerardo de Barry). Asimismo, la tendencia universalizante de las crónicas es un buen reflejo de la ampliación de las fronteras de la civilización cristiana medieval. Compatibilizando las tendencias localista y universalista, las crónicas de este periodo tienden, como sus predecesoras, a ser universalistas en la narración del pasado remoto y localistas en la del pasado reciente. Pero lo más característico de este periodo es el surgimiento de una literatura histórica de tipo «genealógico», que busca confirmar las nacientes dinastías y el desarrollo de su política a través de las historias de sus reinos.

Características generales

Varias mutaciones fundamentales caracterizan esta época de la historiografía: los historiadores abandonan progresivamente los claustros para trasladarse al ámbito cortesano; dejan de componer sus obras en latín para escribirlas en las lenguas vernáculas; los escritos históricos acrecientan tanto la función política como la edificante; la prosa histórica se siente deudora de la poesía épica; los protagonistas de la historia son, por encima de todo, los reyes y los caballeros; se perfeccionan los viejos estilos y se desarrollan nuevas formas y contenidos. Aunque no faltan los modelos clásicos a imitar (o, por lo menos, los carolingios), este periodo historiográfico se caracteriza fundamentalmente por la variedad de sus expresiones, por la originalidad de su producción y por una aceleración de su evolución, que culminará con su vernacularización y su definitiva prosificación a finales de siglo. Por todos estos motivos, este periodo (particularmente la cronística del siglo XII) es considerado por muchos el «periodo clásico» de la historiografía medieval.

Influencia de la retórica clásica

Los cronistas del siglo XII, preocupados todavía más por la forma que por el contenido, se basan en los poetas de Roma más que en los historiadores. El cronista Suger toma como modelo a Lucano por encima de Suetonio en sus biografías de los reyes de Francia. Se recupera así la tradición de la retórica clásica, que tanto había influido en la historiografía en su momento y prácticamente había desaparecido. Los cronistas del siglo XII escriben sobre las cosas buenas y sobre las cosas malas. Las gestas de los reyes son heroicas, pero también objetables. Ellos cometen también errores, como se pone de manifiesto en la crónica de Guillermo el Conquistador. Esta recuperación de la retórica clásica es compatible con el hecho de que los historiadores de este periodo viven en un contexto cultural y espiritual plenamente cristianizado. Consecuentemente, los modelos teóricos pasan a ser Eusebio y Agustín, por encima de Heródoto o Tucídides.

Historiografía vernácula

Durante la segunda mitad del siglo XII se produce la eclosión de la historiografía vernácula. Este hecho tiene connotaciones históricas que van mucho más allá de una simple mutación en la forma lingüística o literaria. El latín era patrimonio de los claustros, mientras que el romance entraba de lleno en el ámbito cortesano. Durante el siglo XII la historia recupera una buena dosis de humanismo y dramatismo, que preconiza la eclosión de una historiografía donde la narración predomina ya claramente sobre el esquematismo cronológico de los anales, desarrollándose buena parte de las técnicas retóricas que tanto influirán en siglos posteriores.

Francia

En la *Francia* de los siglos XI y XII, el influjo de la historiografía se reparte en varios centros geográficos, lo cual es una evidente muestra de su vitalidad y energía. En Normandía, en el ámbito de

las escuelas de Rouen, Caen y Mont Saint-Michel, destacan los cronistas Dudón de Saint-Quentin (*Historia de los primeros duques normandos*, la primera obra histórica que no cuenta la historia de una casa real, sino la de una dinastía principesca), Guillermo de Jumièges (*Historia de los normandos*, dedicada a Guillermo el Conquistador), Guillermo de Poitiers (*Historia de Guillermo el Conquistador*, elogio del duque de Normandía y de enorme valor documental, porque relata la batalla de Hastings de 1066 y la consiguiente conquista de Inglaterra), Orderico Vital (el único que compone en este periodo una crónica universal de categoría, la *Historia eclesiástica*) y Roberto de Torigny. En Anjou se redacta la historia de sus condes, conocida como *Gesta consulum Andegavensium*. En Aquitania destacan los centros de Limousin, Poitiers y San Marcial de Limoges, donde Ademar de Chabannes escribió su *Historia*. Del ducado de Borgoña surge la labor de Raúl Glaber y sus *Cinco libros de historia*.

Ya a finales del siglo XII, descuellan las figuras de Hugo de San Víctor (autor de una influyente *Crónica universal*, surgida en el contexto de la labor cultural de los canónigos regulares de la abadía de San Víctor) y, sobre todo, el abad Suger, de la abadía de Saint-Denis. A partir de él, los monjes de Saint-Denis se convertirán prácticamente en los cronistas oficiales de los reyes de Francia, creando un inmenso corpus historiográfico en lengua latina y, a partir de las primeras versiones de las *Grandes Chroniques de France* por Primat en 1274, también en lengua vernácula. De esta tradición, merece la pena destacar las historias monárquicas en latín del propio Suger y de Rigord, así como de Guillermo el Bretón y Guillermo de Nangis. Esta tradición latina fue compilada y vertida al francés a través de las *Grandes Chroniques*, que condensaron la memoria dinástica y genealógica de Francia en las tres grandes fases de la monarquía francesa: los merovingios, los carolingios y los capetos. La historia de Francia era narrada a través de una cadencial historia dinástica, a partir de la legendaria figura de Pharamond. La estructura de la historia dinástica creada en la abadía de Saint-Denis persistió hasta el siglo XVIII, y ha dejado unas improntas tan profundas que siguen influyendo incluso en el modo como se explica la historia de Francia hasta el presente.

La primera historia de Francia

La *historiografía alemana* de los siglos XI y XII está muy condicionada por el dominio imperial del ducado de Lorena, parte del de Borgoña, Lombardía y su protectorado en los Estados Pontificios. Buena parte de la historiografía se concentra en cuestiones particulares del Imperio, proliferando también las biografías de los emperadores como las dedicadas a Conrado II (la *Vida de Conrado*, de Wipo), Enrique III (la *Vida de Enrique III*, de autor anónimo) y Enrique IV (la *Vida de Enrique IV*, también anónima, de

Alemania

corte hagiográfico), y los anales, particularmente los *Anales de Hersfeld*, atribuidos a Lamberto. A partir del siglo XII, la historiografía se enriquece con las aportaciones de Otón de Freising, autor de la *Historia de las dos ciudades* (una obra de enorme influjo posterior, escrita bajo la influencia evidente de san Agustín y también de Osorio) y la *Gesta Frederici imperatoris*, donde combina una historia universal en la primera parte con un relato de la vida del emperador Federico I Barbarroja. En este periodo destacan también las magníficas historias universales de Sigeberto de Gembloux (procedente de los Países Bajos, con su *Chronographia*) y Ekkehard (*Chronicon Urspergense*).

Italia

La *historiografía italiana* de los siglos XI y XII está también estrechamente vinculada al dominio del Imperio germánico. Los cronistas italianos dedicaron varias composiciones a las gestas de Federico I, complementando la visión del personaje dada por Otón de Freising. Otón Morena escribió una biografía muy favorable, la *Historia Frederici I*. Godofredo de Viterbo es autor de un poema histórico donde narra las hazañas del emperador: *Gesta Frederici I imperatoris*. La Italia meridional, libre del dominio imperial tras la ocupación normanda del siglo XI, desarrolló una historiografía más específica. La labor historiográfica se centra en el monasterio de Montecasino. Allí destacan Amado de Montecasino (autor de una *Historia Normannorum*), Godofredo de Malaterra (instalado en Sicilia, donde escribe una obra por encargo del conde Roger, sobre el propio conde y su hermano el duque Roberto Viscardo), Romualdo Guarna (que en su *Chronicon* combina la historia universal con la de la historia de su pasado reciente), Alejandro de Telese (autor de una historia de Roger II), Falco de Benevento y Hugo Falcando.

Inglaterra

Respecto a la *historiografía inglesa*, la conquista normanda de Inglaterra en 1066 supuso un hecho trascendental desde el punto de vista cultural para la isla. Los clérigos normandos que acompañaron a Guillermo el Conquistador se afanaron en reformar las iglesias y monasterios, extendiendo los métodos de enseñanza de las escuelas continentales de Rouen y Bec. Los historiadores ingleses de la época del asentamiento normando fueron al principio muy reticentes con la conquista, lo que ha quedado reflejado en la influyente *Crónica anglosajona*, escrita originariamente en inglés.

Superado el primer periodo de organización y asimilación de la conquista de Inglaterra, una nueva generación de escritores anglonormandos (Eadmer, Guillermo de Malmesbury), que había superado ya las diferencias entre vencedores y vencidos, empezó a componer de nuevo historias de Inglaterra que seguían, sin embargo, la tradición anglosajona más clásica. A finales del siglo XI, Worcester se convierte en un importante centro de actividad his-

toriográfica (destacando la *Crónica de Worcester,* atribuida a Juan de Worcester), así como las abadías de Malmesbury y Durham. Paralela a esta labor monástica, se desarrolla una importante generación de clérigos seglares historiadores ya en el siglo XII, entre los que destacan Godofredo de Monmouth, Enrique de Huntington, Gaimar y Alfredo de Beverley.

La edad de oro de la historiografía inglesa llegaría durante la segunda mitad del siglo XII, durante la segunda fase del reinado de Enrique II (1154-1189), a partir de 1170. Entre esta generación destacan Guillermo de Newburgh, Ricardo de Devizes, Gervasio de Canterbury y los cortesanos Rodolfo Diceto y Roger de Howden. Estas crónicas combinan el interés de la historia pretérita con las preocupaciones administrativas y económicas, debido al impacto producido por las grandes reformas de Enrique II, con la multiplicación de archivos a instancias del gobierno y la conservación de los documentos del pasado como premisa para hacer efectivas esas reformas.

Relatos de cruzadas

Con el rey Ricardo Corazón de León (1189-1199), la atracción historiográfica se trasladará de las reformas políticas a los *relatos de cruzadas*, que influirán enormemente a partir de ese momento. La gran aventura de las Cruzadas proporcionó a la historiografía una temática singular y llena de posibilidades narrativas, que adquirió desde la primera expedición plena actualidad entre quienes vieron partir a los caballeros hacia Oriente para rescatar los Santos Lugares y desearon estar al corriente de sus hazañas exaltándolas y rodeándolas de contenido épico. La temática de las Cruzadas liberó a los autores de modelos antiguos, quedando menos condicionados por el modelo de las épicas nacionales, las biografías ejemplares de los monarcas o de los santos obispos y abades, y las epopeyas históricas ficcionales. Al mismo tiempo, preparó el camino hacia la gran renovación de los escritos históricos en el siglo XIII, que se manifestó particularmente en su dimensión más testimonial, laica y vernacular. Entre la primera generación de los historiadores de Cruzadas, que escribieron sus composiciones o testimonios sobre la primera Cruzada, destacan Raimundo de Aguilers, Fulqueiro de Chartres, Guiberto de Nogent, Baudri de Borgueil, Alberto de Aix. Ya a mediados del siglo XII, y por tanto incorporando ya la segunda Cruzada, destacan Guillermo de Tiro y Odón de Deuil. La edad de oro de las historias de las Cruzadas, sin embargo, llegaría ya a finales del siglo XII, con la importante figura liminar de Godofredo de Villehardouin, y por tanto queda reseñada en el siguiente apartado.

Península ibérica

En la *península ibérica*, los siglos XI y XII representan un época de transición entre las originales producciones incentivadas por el inicio de la Reconquista en el reino asturleonés, a las que ya

hemos hecho referencia, y la época dorada del siglo XIII. Destacan, sin embargo, algunas obras promocionadas desde diversos centros monásticos como Silos y Nájera en Castilla o Ripoll en Cataluña: la *Historia silense* (hacia 1120), la *Crónica najarense* (hacia 1150) y la *Crónica de Alfonso VII* (hacia 1150). También se continuó redactando algunos anales y apareció una influyente historia genealógica de los condes-reyes de Barcelona, las *Gesta comitum Barchinonensium*, hacia 1180.

Secularización, vernacularización y eclosión de los géneros históricos (siglos XIII-XV)

La historiografía medieval experimenta hacia el año 1200 algunas transformaciones que afectarán sobre todo a los géneros históricos preponderantes, que pasarán a ser las historias de cruzadas y caballerescas, las grandes crónicas nacionales y las historias urbanas. Esta renovación es compatible con la continuidad del cultivo de los géneros históricos más tradicionales, como los anales, las genealogías, las biografías o las crónicas universales. La incorporación de los laicos al quehacer historiográfico, y la reorganización de las cancillerías y con ello toda su dimensión archivística y documental, tendrá mucho que ver con esta renovación, desplazando a los eclesiásticos y a los centros monásticos, que hasta entonces habían acaparado casi exclusivamente la tarea historiográfica, con el providencialismo como señera. Esta evolución fue concomitante a la difusión de las lenguas vernáculas, que obviamente se divulgaron más en los ambientes laicos que el latín, que siguió siendo más utilizado en los centros monásticos. La historiografía tendió a ser más testimonial que compilativa, y utilizó un lenguaje mucho más espontáneo y dramático.

Historiografía cancilleresca

Vernacularización

Para describir el curso de la historiografía de este periodo es más útil distinguir la producción según los subgéneros históricos, antes que seguir el criterio propiamente geográfico y de las tradiciones nacionales y monárquicas, que ha sido el usado hasta ahora. Se distinguen así 1) las historias de cruzadas y caballerescas, 2) el género de las grandes crónicas nacionales y, finalmente, 3) el de las historias urbanas.

Historias caballerescas

Las historias de cruzadas se convierten, de hecho, en *historias caballerescas* a partir del siglo XIII. Esto está propiciado por la sucesiva pérdida de la motivación estrictamente religiosa de las tres primeras Cruzadas, que fueron desde luego más idealistas que las que las continuaron, muy polarizadas por las cuestiones diplomáticas, propagandísticas y mercantiles. Entre estos nuevos cronistas destaca, sobre todo, Godofredo de Villehardouin (1160-*ca.* 1213),

un noble francés cuyo relato de la toma de Constantinopla en el curso de la cuarta Cruzada (*Historia de la conquista de Constantinopla*) se extendió por todo Occidente. Godofredo escribió su crónica basándose en su experiencia personal y en documentos y testimonios ajenos a él mismo, en una combinación de subjetividad-objetividad que marcaría ya una tendencia en los relatos de cruzadas y caballerescos de los dos siguientes siglos.

Otros autores de la siguiente generación, muy influenciados por el modelo establecido por Godofredo, fueron Roberto de Clari (con su *Historia de los que conquistaron Constantinopla*) y Jean de Joinville (autor de una influyente apología del rey francés Luis IX, retratado como el ideal del hombre prudente y caballeroso, rayando la hagiografía). Ya en el siglo XIV, el género de la historiografía caballeresca llegó a su cima con Jean le Bel y Jean Froissart (véanse perfiles), con quienes este tipo de narraciones serán muy solicitadas por la sociedad letrada de la época, sustituyendo en cierto modo a la novela legendaria.

Jean le Bel y Jean Froissart

El segundo de los grandes géneros que despuntan en el siglo XIII son las *grandes crónicas nacionales*, escritas en Francia e Inglaterra y, más dispersamente, en los diversos reinos que se habían consolidado en la península ibérica. A pesar de que el término «nación» resulta todavía poco adecuado para la época, dicho concepto puede considerarse como objeto de composiciones históricas y, desde luego, expresa perfectamente el uso que se ha hecho de estas composiciones a lo largo de la historia. A diferencia de las crónicas caballerescas, están todavía elaboradas en el ámbito de los grandes centros eclesiásticos, particularmente las abadías de Saint-Denis (Francia) y San Albano (Inglaterra), que rindieron excelentes servicios a las dinastías de los Capetos y los Plantagenet respectivamente.

Crónicas nacionales

Todas las crónicas latinas compuestas o reunidas en Saint-Denis durante los siglos anteriores constituyeron el material bruto para la construcción de las *Grandes crónicas de Francia*. Escritas ya en lengua francesa, tendrían un público muy numeroso y dominarían la historiografía francesa hasta el siglo XVI. El monje Primat realizó una primera versión, aparecida en 1274, completada y actualizada por diversos cronistas en los siglos sucesivos, entre los que destacó Jean Chartier, uno de los primeros «historiadores de oficio», ya en el siglo XV. El carácter oficial de las *Grandes crónicas de Francia* contribuyó al adoctrinamiento de generaciones de literatos en una historia que defendía el prestigio nacional de Francia a la vez que fijaba los orígenes legendarios del reino de los francos (Francus, el primer rey, era de origen troyano).

Francia

En Inglaterra, la abadía benedictina de San Albano tuvo una mayor autonomía respecto al poder real, lo que incentivará la

Inglaterra

creación de unas crónicas de mayor alcance universal, escritas en latín y basadas en una mayor variedad de fuentes –no sólo las narrativas y orales, sino también las de archivo–. Se trata de una historiografía mixta de crónica universal y nacional, y que no elude la crítica del monarca cuando se considera preciso. Roger Wendover es el primer cronista conocido de este centro monástico, y su *Flores historiarum* tiene mucho interés en su narración de la historia más reciente, aunque se refiere también a la remota. Destaca después Mateo de París, cuya *Chronica maiora* abarca desde la Creación a 1259. Su labor fue continuada por Rishanger, Blaneford y Tomas Walsingham. Las crónicas de San Albano tuvieron menos vigencia que las de Saint-Denis, porque estas eran más oficiales y mantuvieron más tiempo su prestigio y autoridad bajo el patrocinio de los reyes de Francia.

Península ibérica

Casi toda la producción de la pujante historiografía ibérica de los siglos XIII y XIV está relacionada con el género cronístico nacional, y se ajusta a las diversas unidades políticas que se habían ido consolidando en los siglos anteriores: Castilla-León, Portugal, Corona de Aragón (Cataluña, Aragón, Valencia, Mallorca) y Navarra. En este periodo la historiografía peninsular vuelve a recuperar toda la energía que le diera Isidoro de Sevilla, aunque no participará de las corrientes continuas de comunicación que se daban entre las historiografías francesa, inglesa y alemana.

Castilla

La historiografía castellano-leonesa mantendrá la práctica de las crónicas universales, que, en muchos casos, precede a la crónica nacional propiamente dicha, dando lugar a una historiografía mixta análoga a la que se practica en Inglaterra en este mismo periodo. Destaca, por ejemplo, el *Chronicon mundi*, de Lucas de Tuy, quizá el último testimonio de la hegemonía de León, porque la figura prominente de Ximenez de Rada se sitúa ya en un contexto propiamente castellano. Su *Rerum in Hispania gestarum Chronicon* recoge la herencia historiográfica leonesa, sometiéndola a una cuidadosa e intencionada castellanización. La gran novedad de su obra, más allá de su apuesta por una historiografía nacional, es la crítica que el autor ejerce sobre el pasado, al que somete a su interpretación personal.

El taller de Alfonso X

El rey cronista Alfonso X, por su parte, ordenó componer una *Primera crónica general*, en la que se combinan las fuentes históricas narrativas, la poesía popular, las fuentes árabes y el uso de la lengua vulgar. El resultado es una crónica de enorme valor histórico e historiográfico, que tendrá algunas derivaciones en el futuro. El taller historiográfico de la corte de Alfonso X representó, en los últimos decenios del siglo XIII, un esfuerzo análogo al realizado en Saint-Denis y San Albano, si bien desde una perspectiva cortesana. Un poco más adelante, Pedro López de Ayala introducirá con sus cró-

nicas cierto interés por los temas sociales o político-administrativos, con la inserción de noticias sobre otras naciones europeas.

Cataluña

En el ámbito de la Corona de Aragón aparece el ciclo denominado de las «cuatro grandes crónicas catalanas», todas ellas escritas en lengua vernácula, concretamente en catalán. En realidad, se trata de cuatro textos históricos de contenido y forma diferente, pero que por su sucesión cronológica y su estrecha relación con la monarquía catalano-aragonesa se pueden considerar como parte de un ciclo historiográfico, desde mediados del siglo XIII a mediados del siglo XVI. Entre ellas están la autobiografía del rey Jaime I, completada hacia 1276, la crónica histórica de Bernat Desclot, hacia 1288, la crónica histórico-testimonial de Ramón Muntaner, hacia 1328, y, por fin, la crónica autobiográfica, escrita en forma de «espejo de príncipes», del rey Pedro el Ceremonioso, completada hacia 1383.

Portugal

Portugal también tuvo su «cronista nacional» a finales de la Edad Media: Fernao Lopes (1385-1459). Escribió una ambiciosa *Historia de Portugal* por encargo del rey Eduardo de Portugal, que restó finalmente inacabada. Fernao Lopes es además considerado uno de los padres de la historiogafía moderna, porque consideraba más importante que la obra histórica reflejara la «desnuda realidad histórica» antes que la «belleza de las palabras». Al estilo clásico, basaba buena parte de su documentación en la exploración sistemática de la historia oral.

Flandes

Bohemia

Polonia

Hungría

Dinamarca

Islandia

Noruega

En este periodo emergen otras tradiciones nacionales, con crónicas de gran calidad y divulgación. En Holanda destaca la *Cronike van Brabant* de Hennen van Merchtenen (1360-1415), completada hacia 1414; en Bohemia, la temprana *Chronica Boëmorum* (hacia 1120), por Cosmas de Praga (1045-1125), así como la *Historia Hussitica*, de Lorenzo de Brezovà, de mediados del siglo XV; en Polonia, la crónica latina *Chronica seu originale regum et principum Poloniae* (*ca.* 1190-1208), de Wincentuy Kadlubele (*ca.* 1150-1223), y la crónica vernacular y testimonial que Janko z Czarnkowa (*ca.* 1320-1387) escribió entre 1377-1386; en Hungría, la crónica anónima *Gesta Hungarorum* (*ca.* 1200), escrita por un autor que se autodescribe como «el notario anónimo del rey Bela»; en Dinamarca, la *Gesta Danorum*, de Saxo Grammaticus, divulgada en el siglo XIII y fuente también fundamental para el origen de los países escandinavos y bálticos; en Islandia, la crónica latina *Isendingabok* de Ari Thorgilsson (1067-1148), de principios del siglo XII, y la crónica vernácular *Heimskringla*, de Snorri Sturluson (1179-1241), terminada hacia 1230; en Noruega, la crónica *De antiquitate regum Norwegensium*, de Teodoro Monachus, del siglo XII, y la biografía real *Sverris Saga*, de Jónsson, divulgada hacia el 1220.

Historias urbanas

El tercero de los grandes géneros que se implantan a partir del siglo XIII es el de las *historias urbanas*. Las crónicas urbanas o burguesas responden al renovado interés por la sociedad civil, el gobierno y el regimiento urbano de las ciudades. El poder pujante de las ciudades, cuyo crecimiento y consolidación se produce en abierto conflicto con los poderes feudales y en abierto compromiso con el poder monárquico, se refleja en su capacidad normativa, el aumento de su autonomía jurisdiccional y, como no podría ser de otro modo, en su interés por escribir su propia historia. Este género se practica especialmente en las ciudades mercantiles de Alemania e Italia.

El origen de estas narraciones fueron las listas de magistrados y oficiales que gobernaban las ciudades, al mismo tiempo que la compilación de los eventos más significativos de la vida de las ciudades. Los cronistas pronto percibieron la representatividad de estas noticias y su potencial historiográfico, y empezaron a abundar las historias de ciudades concretas. Además, contaban con el precedente de los *laudes*, composiciones poéticas en las que se encomiaban las riquezas artísticas y el poderío económico de las urbes. Uno de los ejemplos más tempranos fue el *Versum de Mediolano civitate*, que había sido redactado en el siglo VIII por un autor anónimo y en el que se exaltaban las excelencias de la ciudad lombarda. Asimismo, la reorganización de los archivos mercantiles y el de las familias patricias de las grandes ciudades-estado italianas proporcionaron unas fuentes suculentas para los nuevos cronistas, que se alimentaron de sus datos y de sus ideas.

Italia

Estas fuentes dotaron a las historias urbanas del siglo XIV de una peculiar combinación de temas de dimensión pública (los grandes asuntos políticos de la ciudad y sus conflictos con otros poderes políticos extranjeros) y privada (la reseña de los fuertes conflictos entre las familias patricias de la propia ciudad). En la crónica de Giovanni Villani, por ejemplo, Florencia es una ciudad no sólo de bandos y complejidades constitucionales, sino también de estandartes y emblemas bajo los que los ciudadanos se alinean y en torno a los que se unen en momentos de peligro, convocados por las campanas de las parroquias. Asimismo, las detalladas narraciones de los conflictos entre güelfos y gibelinos representan los dos modos de orientar la política externa de Florencia, particularmente su alienación y su compleja relación con los Estados Pontificios.

La nueva historia urbana no sólo incorporaba las convenciones de la historiografía romana, sino también la sustancia de la historia romana y de la Italia antigua como fuente de inspiración republicana (en el sentido más antimonárquico del concepto) de la que sacar lecciones políticas. La imagen de Roma adoptó en

este género una forma diferente respecto a la que había sido habitual en la Edad Media, una forma centrada no en la ciudad imperial, en la *urbs aeterna*, sino en la lucha que había marcado los primeros tiempos de la república, la época «clásica» de Roma caracterizada por la vena de patriótica virtud republicana. Paradójicamente, la escritura en lengua vernácula de estas crónicas no fue percibida como un signo de distanciamiento de la Roma clásica, sino más bien como un indicio de participación íntima y estrecha en la vida de la ciudad.

Florencia

Giovanni Villani

Quizá el ejemplo más representativo de esta temática sea la *Historia de Florencia* de Giovanni Villani, escrita hacia 1348, continuada por su hermano Mateo y ampliada por su sobrino Filippo. Esta crónica no es sólo la historia de una de las ciudades más importantes de la Europa de este periodo, sino que constituye una fuente inapreciable para la historia de sus ciudadanos, sus diferencias, sus negocios, así como para la historia de las familias más representativas y de su dominio político, social y económico. Además de los Villani, destacan en Florencia los cancilleres Coluccio Salutati, Leonardo Bruni y Dino Compagni, quienes reflejaron en sus textos un orgullo cívico y una entusiasta y rigurosa defensa de las causas políticas de su ciudad. Este ciclo tendría una continuidad natural durante el Renacimiento, preconizando la labor de algunos historiadores tan representativos como el florentino Guicciardini, que serán objeto de estudio del siguiente capítulo.

Alemania

El género tuvo también presencia en Alemania, donde destaca sin duda la *Crónica de Nuremberg* (1493), de Hartmann Schedel, un interesante híbrido entre crónica urbana e historia universal, y en Suiza, donde destaca la *Berner Chronik (Crónica de Berna)* de Konrad Justinger (1370-1438), completada hacia 1430.

AUTORES REPRESENTATIVOS

Joaquín de Fiore: la filosofía de la historia

Historiografía apocalíptica

Joaquín de Fiore (1135-1202) fue un filósofo de la historia, comentador del Apocalipsis, místico y teólogo. Joaquín divide la historia en tres dispensaciones: la del Padre, la del Hijo y la del Espíritu Santo, que son a su vez analogías de las tres clases principales en la Iglesia, los tiempos de la preponderancia de los casados, de los clérigos y de los monjes. Con su elaboración de la doctrina del Evangelio eterno, protagoniza el movimiento de renovación espiritual que intenta la primera reacción contra el providencialismo agustiniano. Durante su peregrinación a Tierra Santa en 1159 tuvo una crisis espiritual que le llevó a redimirse

«El primero de los tres estados de los que vamos a hablar se desarrolló en tiempos de la Ley, cuando el pueblo del Señor era aún pequeño y permanecía sometido a las servidumbres de este mundo, sin poder atender a la libertad del Espíritu. [...] El segundo estado nació bajo el régimen del Evangelio y permanece hasta hoy. Hay más libertad que en el pasado pero no tanta como en el futuro. [...] El tercer estado vendrá al fin del mundo, no oculto bajo el velo de la letra, sino en la plena libertad del Espíritu. Entonces será destruido el falso evangelio de los hijos de la perdición y de sus profetas. Quienes se formaron en la justicia serán "semejantes al estallido del firmamento y numerosos como las estrellas en la inmortalidad perpetua" (Daniel 12:3). El primer estado, que vivió bajo el régimen de la Ley y la circuncisición, comenzó con Adán. El segundo, que vio la luz bajo el régimen del Evangelio, empezó con Ozías. El tercero, en tanto pueda comprenderse el cómputo de las generaciones, se inició en tiempo de san Benito, cuya cautivadora gloria podrá ser contemplada en su momento, en la época en que se revelará Elías y en la que el incrédulo pueblo judío volverá al Señor de tal forma que el Espíritu clamará por su propia voz siguiendo la Escritura: "Hasta ahora el Padre y el Hijo han actuado conjuntamente; ahora me toca actuar a mí" (Juan 5:17). [...] El primer estado se atribuye al Padre, el segundo al Hijo y el tercero al Espíritu Santo, aunque, de una u otra manera, el estado del mundo se reputa único, y único el pueblo de los elegidos, y todas las cosas en conjunto son muestra del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.»

JOAQUÍN DE FIORE, *Expositio Apocalypsis*, libro I

de la vida mundana que había llevado hasta entonces. Después de vivir como un ermitaño durante varios años, recibió la ordenación sacerdotal en 1168. Se dedicó entonces a la meditación de la Sagrada Escritura, particularmente en el libro del Apocalipsis (*Expositio in Apocalypsim*).

La obra de Joaquín de Fiore se encaja en un contexto en el que reviven las teorías escatológicas que proclaman cercano el fin del mundo, tal como ya habían surgido tras la predicación paulina en el primer siglo de la Iglesia y se habían recrudecido con el advenimiento del primer milenio de la era cristiana. Su teoría está basada en la interpretación de las alegorías del Apocalipsis, que le llevaron a profetizar el advenimiento de una nueva época para la Iglesia dominada por el Espíritu Santo, en la que la jerarquía sería innecesaria y todos los no cristianos se unirían a ella. A través de su planteamiento alegórico y unitario de una Iglesia espiritual en la tierra, Joaquín de Fiore abandona el planteamiento dualista agustiniano –la historia sagrada y la historia profana; la ciudad de Dios y la ciudad de los hombres– por otro monista: si la Iglesia es el cuerpo místico de Cristo, su historia es única e intrínsecamente espiritual y además tiene que estar forzosamente revelada. De este modo, rompe con la revisión del providencialismo agustiniano y anuncia un tiempo de plenitud espiritual en la tierra, que desliga la cristiandad de una esperanza trascendente y permite formular estas esperanzas dentro de los límites temporales.

La filosofía de la historia joaquinista, así planteada, tiene unas evidentes connotaciones doctrinales y políticas. Al abrir las puertas a una revisión general de mil años de historia y teología cristiana, proclamando una nueva y última dispensación, Joaquín de Fiore puso en tela de juicio no sólo la autoridad tradicional de la Iglesia, sino también la autonomía del orden temporal. Su expectativa de un progreso providencial último hacia la consecución de la historia de la salvación, inserto en el marco de la historia del mundo, es radicalmente nueva en comparación con el sistema dual agustiniano.

Roberto de Clari: los testimonios de Cruzadas

Roberto de Clari (1170-1216) fue un caballero de Picardía que dejó una narración de la cuarta Cruzada titulada *La conquista de Constantinopla*, escrita en francés antiguo. Formó parte parte esta sirviendo a su señor Pierre de Amiens, al lado de su hermano Aleaumes de Clari. Su narración es particularmente interesante porque su punto de vista es el de un vasallo de baja alcurnia que observa los acontecimientos que otros, como Godofredo de Villehardouin, Gunther de Pairis, el Anónimo de Soissons, Pierre de Vaux Cernay y el Anónimo de Halberstadt, han narrado desde una perspectiva social más elevada. Su crónica comienza con la predicación de la Cruzada (1198) y comprende la descripción del asedio de Zadar en 1202 y del de Costantinopla en 1204. Roberto volvió a Francia probablemente en 1205, pero la crónica prosigue en forma sintética hasta 1216, abandonando su tono testimonial.

«Habéis oído la verdad acerca de la conquista de Constantinopla por el caballero Roberto de Clari, quien estuvo ahí, quien vio y oyó lo que pasó, y fue testigo de todo ello; él ha escrito las circunstancias de su conquista, escritas de manera verdadera. Y aunque no ha relatado esta conquista tan elegantemente como otros escritores más dotados lo podrían haber hecho, en todo caso ha contado la verdad y nada más que la verdad, y hay muchas cosas que ha dejado sin contar porque no se puede contar todo.»

ROBERTO DE CLARI, *La conquista de Constantinopla*, epílogo

Cronística testimonial y experimental

Roberto de Clari es considerado uno de los modelos de la figura de «cronista-testigo-actor» de las cruzadas, una figura de la cronística que se divulgó en la Europa del siglo XIII (véase p. 116). Su triple condición de cronista, testigo y protagonista dota a su narración de una verosimilitud y legitimación que fue muy valorada por sus contemporáneos, y por tanto sus obras fueron muy divulgadas. La relevancia que tienen estas narraciones testimoniales es que rompen con una tradición, muy arraigada en los claustros benedictinos y en las cortes reales durante los siglos anteriores, del cronista como simple «compilador» de materiales, que procura mantenerse siempre alejado de los eventos que está recopilando. Además, la elección de estos nuevos cronistas de contar sus historias en lengua vernácula contribuyó sin duda no sólo a una mayor divulgación, sino también a que las nuevas lenguas fueran consideradas a partir de entonces como un modo de transmisión histórica fiable.

Jaime I de Aragón: la autobiografía en la Edad Media

Heredero de dos importantes linajes, el de los condes de Barcelona y reyes de Aragón por parte de su padre Pedro el Católico y el de los emperadores de Bizancio por parte de su madre María de Montpellier, el rey Jaime I de Aragón (1208-1276) ha pasado a la

> «Teniendo en la memoria las notables mercedes que el Señor nos había otorgado durante nuestra vida, y muy particularmente en los últimos años, quisimos abnegar nuestra voluntad por la suya; y para que los hombres conociesen, después de nuestra vida mortal, cuáles habían sido nuestras obras con la ayuda del Señor poderoso que es Trinidad verdadera, dejamos por memoria este libro, que será para los que lo leyeren un testimonio de las muchas gracias que Dios nos ha dispensado, y para todos un ejemplo para que hagan lo que Nos hemos hecho, poniendo toda confianza en el Señor todopoderoso.»
>
> JAIME I, *Llibre dels fets*, prólogo

historia no sólo por su incesante batallar contra los musulmanes, que le valió el sobrenombre de «el Conquistador», sino, sobre todo, por ser el autor de una originalísima crónica autobiográfica (el *Llibre dels fets [Libro de los hechos]*). Después de una dura infancia, rechazado por su padre, fallecida su madre y educado por los caballeros templarios, tuvo que enfrentarse en sus primeros años de reinado, todavía muy joven, a la aristocracia aragonesa para consolidar su reinado. Una vez superadas las tensiones internas, se lanzó a una agresiva conquista, adquiriendo en muy poco tiempo los reinos islámicos de Valencia y Mallorca, que pasaron a formar parte a partir de entonces de la Corona de Aragón, junto al propio reino de Aragón y los condados de Cataluña.

Memorias caballerescas

Más allá de su condición de rey, Jaime concibió todas esas conquistas con el espíritu caballeresco y cruzado propio de su época. Esto le incentivó a recopilar sus propias memorias, probablemente ayudado por un grupo de escribanos de la corte, en las que cuenta con todo detalle el fragor de las batallas en las que intervino, particularmente las conquistas de Valencia y Mallorca, los detalles caballerescos que se produjeron, la nobleza de los contendientes de un lado u otro, los eventos aparentemente triviales que se suceden antes o después de entrar en combate, sus sentimientos, sus ideales, su amor por la naturaleza, las expresiones de su religiosidad y hasta su caballeroso trato con las mujeres. El resultado es una extensa narración en prosa, escrita en un bello catalán antiguo, con un estilo muy prosaico pero al mismo tiempo muy elegante. La extensión de algunas frases, algo atormentadas desde el punto de vista gramatical, delata su probable origen oral. En algunos relatos incluso parece haber resonancias de leyendas antiguas, fruto de las canciones de gesta cantadas por los trovadores, que habían tenido mucha presencia en la corte de los condes de Barcelona, de quien Jaime I era heredero.

La autobiografía de un rey

El *Llibre dels fets* del rey Jaime se sitúa ciertamente en la tradición de los relatos de cruzadas, que se habían extendido por toda Europa justo en la generación anterior a él. Sin embargo, ninguno de ellos constituye un relato sistemático de la propia vida del autor, quien además es narrador de la acción y su principal protagonista. La entidad autobiográfica del *Llibre del fets* está confirmada por el hecho de que el rey Jaime cuenta su vida en toda su extensión cronológica, desde el momento de su concepción (en la que se cuenta cómo su madre María engañó a su esposo, con el que tenía muy poco trato, para poder engendrar a su hijo) hasta el de su muerte,

cuya narración es la única parte del libro escrita en tercera persona. El *Llibre dels fets* fue utilizado como modelo por su biznieto el rey Pedro el Ceremonioso (1319-1387), quien legó también una autobiografía muy original (el *Llibre del rei en Pere*), pero que cuenta ya con una dimensión más política y especulativa que militar y narrativa, más en consonancia con los *specula principum* renacentistas que con los relatos propiamente caballerescos del siglo XIII.

Legado

Alfonso X de Castilla: la corte como taller historiográfico

La corte como taller historiográfico

Entre los siglos XII y XIII se produjo una transformación en los centros de producción historiográfica, que pasaron de los monasterios benedictinos a la corte real. Este cambio afectaría sustancialmente al curso de la evolución historiográfica para siempre, cuya promoción principal pasó de manos de la Iglesia a los monarcas. Uno de los ejemplos más característicos de rey promotor de una historiografía es Alfonso X de Castilla (1221-1284), que ha recibido el apelativo de «el Sabio», con toda justicia, por la incesante promoción cultural que caracterizó todo su reinado. Su legado ha recibido el nombre de «ciclo historiográfico alfonsí» y contiene una gran variedad de géneros históricos –desde las crónicas más locales a las universales– y una notable extensión en su contenido, escrita toda ella en un bello castellano antiguo.

> «Solemos decir que él hace un libro no porque él lo escriba con sus manos, sino más bien porque compone las razones de él, y las enmienda, y las corrige y las endereza, y muestra la manera como las deben hacer y escribirlas a los que él manda. Así, decimos por esta razón que el rey hace el libro. Así, cuando decimos que el rey hace un palacio o alguna obra, no lo decimos porque él lo haya hecho con sus manos, sino porque él lo mandó hacer y dio las instrucciones que fueron necesarias para ello.»
>
> ALFONSO X EL SABIO, *General Estoria*, libro I

Educado desde pequeño por su erudita madre Beatriz de Suabia, destacó desde muy joven por sus dotes creativas y literarias. En concreto, son de enorme calidad sus *Cantigas de Santa María*. En el ámbito propiamente historiográfico, promovió la escritura de dos grandes compilaciones históricas: una historia particular de España (la *Estoria de España*) y una historia universal (la *General Estoria*). Estas ingentes obras fueron el resultado de la colaboración de muchos historiadores, pero deben al rey su principal impulso, e incluso buena parte de su diseño, tal como el propio rey explica en la cita que presentamos arriba, palabras que han dado muchas luces para el discernimiento de ciertos problemas de autoría de las obras históricas promovidas en las cortes reales durante la Edad Media. Además, reflejan literalmente el grado de implicación e interés personal del rey en las obras historiográficas que impulsó durante todo su reinado: concebía el plan de la obra, establecía los medios para realizarla y daba instrucciones precisas sobre su estructura y contenido. Está documentado que incluso descendía

a detalles como precisar los dibujos e ilustraciones que debían ornar el texto o sustituir palabras que no le parecían escritas en un adecuado castellano (Fernández-Ordóñez, 2000).

La primera historia de España

La *Estoria de España* (elaborada entre 1260 y 1284) constituye la primera historia de España extensa en romance. Su contenido alberga cronológicamente desde los orígenes bíblicos y legendarios de España, incluyendo también leyendas de la historia griega y romana, hasta la inmediata historia de Castilla bajo Fernando III, padre del rey Alfonso. Para las épocas más recientes las fuentes más utilizadas son otras crónicas contemporáneas y canciones de gesta. Este proyecto supone el primer intento serio de realizar una «historia nacional» en Castilla, algo que se estaba realizando contemporáneamente en otras zonas como Francia, Inglaterra o Cataluña. Como consecuencia, esta historia de España fue la que más se difundió en la península ibérica, y sirvió de canon para la historiografía española hasta el siglo XIX, con la emergencia de las historias nacionales de la época romántica.

La *General Estoria*

Hacia 1272, el rey sabio emprende otro monumental proyecto: la compilación de una historia universal, titulada *Grande e General Estoria*. La obra quedó finalmente incompleta, ahogada por su enorme ambición, pues queda interrumpida en la sexta parte. Sus fuentes más específicas son los libros históricos de la Sagrada Escritura y los historiadores clásicos disponibles en el escritorio real. También en connivencia con las características de otras tradiciones historiográficas de su tiempo, el propósito principal de esta obra era vincular la monarquía castellana con la historia desde los orígenes de los tiempos hasta el reinado presente, puesto que el rey Alfonso ambicionaba el título de emperador. Se trataba de una empresa política que perseguía situar a Castilla a la cabeza de los demás reinos cristianos peninsulares (Aragón, Portugal, Navarra, y los reinos de taifas islámicos del sur), y para ello el monarca quería dotarse de una adecuada justificación y legitimación histórica.

Jean Froissart: el espíritu de la cronística medieval

Su expresiva narración de la batalla de Crécy da idea de la grandeza de la figura de Jean Froissart (*ca.* 1337-*ca.* 1404), que representa la culminación de la cronística medieval. Sus detalladas, apasionadas y precisas crónicas sobre la Francia medieval han sido consideradas como la expresión más importante del renacimiento caballeresco que tuvo lugar en Francia e Inglaterra a finales de la Edad Media. Aunque no excesivamente fiables desde un punto de vista heurístico, pero muy valoradas por su precisión y detalle, sus crónicas han sido consideradas tradicionalmente como

una de las fuentes principales para el conocimiento de la Guerra de los Cien Años.

Natural de Valenciennes (Francia), pronto se trasladó a la corte de Eduardo III de Inglaterra, desde donde desarrolló buena parte de su labor cronística, combinándola con su actividad poética. Froissart aúna la categoría de un cronista clásico, compilador de materiales históricos, con la de testigo de los acontecimientos que narra. Junto a una sistemática y exhaustiva aproximación a las fuentes, Froissart se caracteriza por una cuidadosa elección de la metodología, por lo que muchos le han considerado uno de los máximos precursores de la historiografía moderna. Muchas de sus obras están basadas en los conocimientos de primera mano adquiridos en sus viajes por Gran Bretaña, Francia, Italia, Flandes y España. Conforme avanza el siglo XIV, sus obras adquieren un tono más pesimista, reflejando en sus escritos lo que él consideraba el fin de la caballería.

> «Debéis saber que el rey de Francia tenía gran angustia en el corazón al ver derrotar así a sus gentes y caer unos encima de otros, por un puñado de gente como eran los ingleses. Pidió consejo a mi señor Jean de Hainaut, que estaba a su lado. Mi señor Jean le respondió y dijo: "Ciertamente, señor, no sabría aconsejaros. Lo mejor para vos sería retiraros y poneros a salvo, pues no veo recuperación posible. Pronto será tarde, bien podrías cabalgar sobre vuestros enemigos y estar perdido". El rey, que temblaba de ira, no respondió y cabalgó un poco hacia delante. [...] Pero delante de él había una fila de arqueros y de gentes de armas tan grande que jamás habría podido pasar, pues cuanto más se acercaba, más de dispersaban sus filas. [...] Aquel sábado, la batalla entre Labroye y Crécy fue muy felona y horrible. Hubo grandes hechos de armas que no hemos podido conocer jamás, pues cuando empezó la batalla era ya muy tarde. Esto perjudicó a los franceses más que ninguna otra cosa, pues muchas gentes de armas, caballeros y escuderos, perdían por la oscuridad a sus señores. Vagaban por los campos y con frecuencia se metían en escaso orden entre los ingleses, que los mataban enseguida. Mataban sin merced y no hicieron ningún prisionero de rescate, pues por la mañana así se había ordenado dada la gran cantidad de gente que les seguía, tal como les habían informado.»
>
> JEAN FROISSART, *Crónicas*, caps. 280-281

Relato de la Guerra de los Cien Años

Su obra más representativa es la *Crónica de Francia, Inglaterra, Escocia, Bretaña, Gasconia, de Flandes y de lugares circundantes*, un relato de las guerras de Europa durante la segunda mitad del siglo XIV. Froissart representa perfectamente el ideal de cronista de la Baja Edad Media, tan comprometido con los acontecimientos que relata que incluso procura ser testigo ocular de ellos. Esta condición de «testigo», lejos de disminuir su fiabilidad como cronista, se ve reforzada en una época en la que el historiador-testigo vuelve a recuperar todo el prestigio que había tenido en el mundo clásico desde que Heródoto y Tucídides iniciaran sus encuestas para narrar las guerras médicas y peloponésicas respectivamente.

La belleza de la narración histórica

Ciertamente, las crónicas de Froissart contienen muchos errores y son claramente facciosas, por lo que no resistirían una crítica histórica basada únicamente en la verosimilitud de las noticias expuestas y en la ponderación de sus juicios. Sin embargo, su vigor literario y fuerza narrativa dejaron una impresión imborrable en los lectores de su tiempo y de siglos posteriores, de lo que dan fe la infinitud de compilaciones de sus obras históricas, conservadas en cientos de manuscritos desde el siglo XV. La mayor parte de ellas llevan por título simplemente *Crónicas*, que es realmente el encabezamiento que se aviene mejor a su contenido y metodología.

ESQUEMA
Historiografía medieval

1. Naturaleza de la escritura histórica

- Historia y literatura.
  - Prioridad del lenguaje narrativo sobre el científico y de la descripción sobre el análisis.
  - Estructura narrativa forjada a través de las convenciones de la narrativa de ficción.
- Historia y política.
  - La historiografía como legitimación del presente a través del acercamiento intencional del pasado.
  - Utilización de mitos y leyendas para justificar el sistema político del momento.
- Función ejemplarizante.
  - Importancia de los *exempla.*
  - Autoridad de la Biblia y de la tradición cristiana.
- El principio de contemporaneidad.
  - Falta de sentido de la cronología: tendencia a proyectar el presente en el pasado.
  - Deseo de ahondar en los orígenes: la figura del héroe fundador de la dinastía.
  - Tendencia a la historia genealógica.
- Transmisión de manuscritos.
  - Importancia del análisis de la creación, transmisión, difusión y recepción de los manuscritos.
  - Los textos históricos medievales son artefactos literarios en continua transformación.

2. Los géneros históricos

- Anales.
  - Escritos esquemáticos basados en enumeración cronológica de los eventos más sobresalientes.
  - Series cronológicas herederas de las compilaciones litúrgicas.
- Genealogías.
  - Establecimiento de la sucesión hereditaria de los grandes linajes condales y reales.
  - Estructura narrativa muy sencilla; buscan legitimación política.
  - Otorgan preponderancia a la figura del «héroe fundador» de la dinastía.
- Hagiografía.
  - Biografías de los santos.
  - Dudas respecto a su estatuto histórico por su alto contenido imaginativo y ficcional.
- Biografía.
  - Narración de la vida y el carácter de obispos, abades y condes.
  - Componente claramente moral y edificante.

- Autobiografía.
  - A partir del siglo XIII prolifera la literatura histórica en primera persona.
  - Autobiografías de reyes.
- Crónicas de cruzadas.
  - Narración de un hecho no sólo testimoniado, sino sobre todo experimentado.
  - Género muy divulgado y popular.
- Crónicas universales.
  - Narración de la historia desde la creación del hombre hasta la actualidad.
  - Espíritu universalista y global.
  - Historia como una realización providencial del plan de Dios, desde la creación del hombre.

3. El desarrollo de la escritura histórica (siglos IX-XV)

- La historiografía carolingia y las historiografías periféricas: inglesa, otónida, península ibérica (siglos IX-XI).
- El periodo clásico: genealogías, crónicas y aumento de la subjetividad (siglos XI y XII).
- Secularización, vernacularización y eclosión de los géneros históricos: historias de cruzadas y caballerescas, crónicas nacionales, historias urbanas (siglos XIII al XV).

4. Representantes

- Joaquín de Fiore: la filosofía de la historia.
- Roberto de Clari: los testimonios de Cruzadas.
- Jaime I de Aragón: la autobiografía en la Edad Media.
- Alfonso X de Castilla: los talleres historiográficos.
- Jean Froissart: el espíritu de la cronística medieval.

SELECCIÓN BIBLIOGRÁFICA

No hay todavía un análisis global de la historiografía medieval. Como alternativa, aunque no dan una visión sistemática, son muy útiles Bernard Guenée, *Histoire et culture historique dans l'Occident médiéval* (París, 1980); Nancy F. Partner (ed.), *Writing Medieval History* (Londres, 2005); Gabrielle M. Spiegel, *The Past as Text. Theory and Practice of Medieval Historiography* (Baltimore, 1997); Daniel Woolf (ed.), *The Oxford History of Historical Writing, vol. 2: 400-1400* (Oxford, 2012); Deborah M. Deliyannis (ed.), *Historiography in the Middle Ages* (Leiden, 2003), y Carmen Orcástegui y Estaban Sarasa (eds.), *La historia en la Edad Media. Historiografía e historiadores en Europa Occidental: siglos V-XIII* (Madrid, 1991).

Para el género genealógico en la Edad Media unas buenas síntesis son Michael McCormick, *Les Annales du Haut Moyen Age* (Tourn-

hout, 1974); Léopold Genicot, *Les Généalogies* (Tournhout, 1975), y, aunque deben ser complementados por los más modernos (aunque quizá menos sistemáticos), R. Howard Bloch, *Etymologies and Genealogies. A Literary Anthropology of the French Middle Ages* (Chicago, 1983) y Zrinka Stahuljak, *Bloodless Genealogies of the French Middle Ages. Translatio, Kinship, and Metaphor* (Gainesville, 2005).

Para la literatura histórica testimonial y la autobiografía en la Edad Media, el artículo de Paul Zumthor, «Autobiographie au Moyen Age?», en *Langue, texte, énigme* (París, 1975); Michel Zink, *The Invention of Literary Subjectivity* (Baltimore, 1999), y Jean-Claude Schmitt, *La conversion d'Hermann le juif: autobiographie, histoire et fiction* (París, 2003).

Para las cuestiones teóricas relacionadas con la historiografía medieval, especialmente las relaciones entre historia y literatura son útiles las monografías de Jeanette M. A. Beer, *Narrative Conventions of Truth in the Middle Ages* (Ginebra, 1981); David G. Pattison, *From Legend to Chronicle. The Treatment of Epic Material in Alphonsine Historiography* (Oxford, 1983); Brian Stock, *The Implications of Literacy. Written Language and Models of Interpretation in the Eleventh and Twelfth Century* (Princeton, 1983), y Lee Patterson, *Negotiating the Past: The Historical Understanding of Medieval Literature* (Madison, 1987), así como el artículo de Suzanne Fleischman, «On the Representations of History and Fiction in the Middle Ages», *History and Theory* 22 (1983).

Es difícil establecer manuales según las diferentes regiones europeas, pero se pueden destacar: para Inglaterra, Antonia Gransden, *Historical Writing in England, c. 559-c. 1307* (Ithaca, 1974); Nancy F. Partner, *Serious Entertainments. The Writing of History in Twelfth-Century England* (Chicago, 1977); para Francia, Gabrielle M. Spiegel, *Romancing the Past. The Rise of Vernacular Prose Historiography in Thirteenth Century France* (Berkeley, 1993); para Castilla, Georges Martin, *Les juges de Castille. Mentalités et discours historique dans l'Espagne médiévale* (París, 1992); para Cataluña, Jaume Aurell, *Authoring the Past. History, Autobiography, and Politics in Medieval Catalonia* (Chicago, 2012); para Italia, Sharon Dale y otros (eds.), *Chronicling History: Chroniclers and Historians in Medieval and Renaissance Italy* (Pennsylvania, 2007).

4
Del Renacimiento a la Ilustración

(Peter Burke)

Este capítulo trata de lo que se pensó y escribió sobre la historia en Europa desde principios del siglo XV, cuando el Renacimiento se convirtió en un movimiento importante aunque aún predominara la cultura medieval, hasta finales del siglo XVIII. Europa se expandió en ese periodo. La historia humanista del Renacimiento se escribió y leyó en regiones tan septentrionales como Suecia y tan orientales como Polonia y Hungría, y sabemos que, ya en el siglo XVIII, se creaba y consumía historia ilustrada tanto en Rusia como en los Balcanes. A lo largo de los cuatro siglos analizados en este capítulo, escribieron historia miles de autores, pero aquí sólo podemos ocuparnos de la punta del iceberg. Para que los lectores entiendan el sentido de la historia cuando se convierte en una empresa colectiva, haremos hincapié en temas generales, más que en los logros de individuos concretos. Sí quisiéramos, en cambio, referirnos específicamente a seis de los historiadores más destacados de la época: Valla, Guicciardini, Clarendon, Mabillon, Vico y Gibbon.

LA HISTORIA COMO LITERATURA

Entre los tiempos de Leonardo Bruni (*ca.* 1369-1444) y los de Edward Gibbon (1737-1794), la historia fue esencialmente narrativa, como lo había sido en época antigua y medieval. Dado que los historiadores deparaban fama a acciones pretéritas, se representaba a Clío como a una diosa que sostenía una trompeta. La narrativa histórica, al igual que la épica y la tragedia, cumplía un función ética: ofrecía buenos ejemplos que los lectores podían imitar y malos que debían evitar. Al igual que en otros géneros literarios, se escribía respetando ciertas reglas, las «leyes de la historia», formuladas por los antiguos autores grecorromanos y expuestas en numerosos tratados sobre el arte de la historia, como el *Methodus ad facilem historiarum cognitionem*, de Juan Bodino (1530-1596) (Grafton, 2007).

La narrativa histórica

Puesto que la historia, al igual que la épica, la tragedia e incluso la pintura narrativa, versaba sobre grandes y nobles cuestiones, se escribía en un estilo «elevado» o «gran estilo» para preservar la «dignidad de la historia». El Consejo veneciano de los Diez nombró historiador oficial de Venecia al humanista Pietro Bembo (1470-1547), famoso por su estilo ciceroniano, a pesar de su falta de experiencia en este ámbito.

Intercalación de discursos

Se esperaba que los relatos históricos contuvieran ciertos «ornatos», piezas retóricas en las que se describían batallas, discursos y caracteres, complementados con máximas. Al igual que en la épica, la descripción de batallas era una ocasión para que el autor demostrara su habilidad literaria. Se tendía a empezar por las arengas de los generales a sus tropas o por discursos pronunciados en otros entornos como los consejos. Eran discursos inventados, pero no de forma arbitraria, en los que se exponía la situación desde el punto de vista de los protagonistas para que las palabras del orador revelaran su carácter. Estos discursos eran tan apreciados en la época como las arias de las óperas y, en ocasiones, las antologías de discursos históricos se publicaban por separado (Burke, 1969; Struever, 1970).

Descripción del carácter

La descripción del «carácter» de un individuo destacado también era ocasión para el virtuosismo retórico. Se elaboraba una lista de vicios y virtudes, a menudo inspiradas en los héroes y villanos de la Antigüedad clásica, de Escipión a Julio César y de Catilina a Tiberio. Las lecciones que cabía extraer de un carácter se plasmaban en máximas. Las máximas de algunos historiadores, como las de Francesco Guicciardini (1483-1540), eran famosas. Se las alababa en los libros sobre el arte de la historia y, al igual que a los discursos, se las recopilaba en antologías.

Tendencia a la generalización

Probablemente incomode al lector moderno el hecho de que estas piezas literarias difuminen la particularidad de los sucesos narrados. Las máximas eran generalizaciones y las descripciones de caracteres parecen meros listados de vicios y virtudes. Los discursos se basaban en argumentos tradicionales y *tópoi*. Las batallas solían describirse de forma genérica, sin resaltar lo que diferenciaba unas de otras. Hasta las guerras podían asimilarse entre sí. Bruni, por ejemplo, describía la guerra entre Florencia y Pisa como una reactualización del conflicto entre Roma y Cartago.

Latinización

Hasta 1650, muchos historiadores escribían en latín, lo que favorecía esta asimilación entre la historia antigua y la moderna. Los historiadores humanistas escribían en latín clásico, al contrario que los cronistas medievales. Sin embargo, esta opción generaba un dilema entre el anacronismo, por un lado, y la falta de elegancia (según los estándares clásicos), por otro. Bruni optó por la elegancia y llamaba a Lombardía la «Galia Cisalpina»; Bembo

denominaba a los jenízaros turcos la «guardia pretoriana». Otro destacado humanista, Lorenzo Valla (1406-1457), esquivaba las equivalencias clásicas llamando *bombardae* a los cañones y *Maomettani* a los mahometanos, algo similar a lo que hiciera el abogado holandés Hugo Grocio (1583-1645), que, al narrar las guerras de religión, hablaba de *Calvinistae* y *Hugonotti*.

Exclusión de la gente corriente

Esta forma de escribir historia también planteaba un problema en relación con los agentes. No se mencionaba a los sujetos que carecían de alcurnia ni se usaban palabras malsonantes porque atentaban contra la dignidad de la historia. La teoría literaria ha demostrado que, entre los tiempos de Aristóteles y el siglo XVIII, se representaba a la gente corriente en las comedias, no en la épica ni en la tragedia. Cuando los historiadores daban cuenta de revueltas populares, como la acaecida en Nápoles en 1647, liderada por el pescador Masaniello, solían hablar de ellas como si hubieran sido tumultos sin sentido y comparaban al pueblo con fenómenos de la naturaleza como el fuego, las inundaciones o los terremotos en vez de tener en cuenta a los individuos o grupos que perseguían metas prácticas. Estos ejemplos revelan la importancia de las convenciones literarias, que, al determinar lo que se incluía y lo que no, no afectaban sólo al estilo de las obras de historia, sino también a su contenido.

Autoría de los nobles y la alta burguesía

Puesto que estas actitudes persisten hasta el final del periodo que analizamos, conviene explicarlas, tanto en términos sociales como literarios. Había que evitar las referencias a la gente corriente en la medida de lo posible, ya que autores y lectores solían identificarse con los miembros de las clases superiores. Aunque lo cierto es que en la Italia del siglo XVI, la República holandesa del siglo XVII y la Inglaterra y Francia del siglo XVIII, sociedades todas ellas con una importante clase media, se empezó a escribir una historia más «popular».

El «gran estilo»

El «gran estilo» siguió imponiéndose hasta 1650 y, en algunas regiones, hasta más tarde. Se utilizó, por ejemplo, en una de las grandes historias narrativas del siglo XVII, poco conocida fuera de Gran Bretaña, la *History of the Rebellion and Civil Wars in England (Historia de la rebelión y las guerras civiles de Inglaterra)*, de Edward Hyde, primer conde de Clarendon (1609-1674), repleta de vívidos retratos de figuras destacadas como el arzobispo Laud y el conde de Strafford, ambos monárquicos, o John Hampden y Oliver Cromwell, partidarios del Parlamento (véase p. 177). La idea de la dignidad de la historia perduró hasta bien entrado el siglo XVIII. Edward Gibbon (1737-1794), por ejemplo, pedía disculpas a sus lectores por hablar de animales y vegetales importados a Europa desde el nuevo mundo y otras regiones afirmando que se trataba de información que no «atentaba contra la dignidad [...] propia de una obra histórica».

No obstante, el «gran estilo» no complacía a todo el mundo. Bodino, por ejemplo, criticaba en su *Methodus* al obispo humanista Paolo Giovio (1483-1552) por inventarse los discursos «como le venía bien». Francis Bacon (1561-1626) afirmaba que era «poco razonable y muy pesado» interrumpir la cadencia del relato con máximas. Criticaba asimismo la descripción de caracteres, aunque hacía una excepción en el caso de Francesco Guicciardini que integraba este tipo de retratos en la trama narrativa.

El «nuevo estilo»

Por entonces surgió un modelo de narrativa histórica más sencilla que pretendía hacer frente a las críticas anteriores y a la incipiente falta de interés que suscitaba la poesía épica. Los discursos se escribían en tercera persona o se los sustituía por citas extraídas de los documentos. Entre los defensores del nuevo estilo cabe mencionar a Johann Sleidan (1506-1556), que escribió una historia de la Reforma alemana, y a Paolo Sarpi (1552-1623), un fraile veneciano que publicó una historia del Concilio de Trento furibundamente antipapista. A finales del siglo XVII, la novela o romance empezó a sustituir a la épica como modelo para la historia narrativa. Hubo autores que escribían un tipo de historia peligrosamente cercana a la ficción, como César de Saint-Réal (1639-1692), autor de *Don Carlos*, una reconstrucción imaginaria de la vida y muerte del hijo de Felipe II que llevaba por subtítulo *novela histórica*. Algunos historiadores criticaron la labor de sus colegas (como hubiera ocurrido hoy) por considerar que era más ficción que historia, pero otros, como Gibbon o David Hume (1711-1776), aprendieron técnicas narrativas de novelistas de sus tiempos como Henry Fielding (May, 1955; Braudy, 1970).

Cuando analizamos el lenguaje y el estilo de las historias escritas entre el Renacimiento y la Ilustración, vemos lo importantes que eran entonces los vínculos entre la historia y la literatura o, mejor dicho, entre la historia y otras formas de literatura. Si estudiamos la relación entre política e historia veremos claramente que la historia del pensamiento y de la escritura histórica formaba parte de la historia general de la época.

HISTORIA Y POLÍTICA

La historia, maestra de la política

En aquella época se consideraba que la historia debía narrar sucesos políticos por razones políticas. Hechos, en palabras de Gibbon, relacionados con «la guerra y la administración de los asuntos públicos». Se escribía historia para educar a las clases en el poder. Según el saber convencional de la época, había que analizar el pasado, no ya porque incentivara la virtud, sino porque era una lección de destreza política. En opinión de Nicolás Maquia-

velo (1469-1527) la historia permite a la gente «hacerse sabia a expensas de otros» (*con il pericolo d'altri diventati savi*), pues leyéndola se aprendía de errores pasados. Los monjes escribieron parte de las crónicas medievales, pero, entre el Renacimiento y la Ilustración, la historia la escribían hombres con experiencia política como Maquiavelo, Guicciardini, Bacon o Clarendon.

Uso político de la historia

Teniendo en cuenta el uso político que se hace de la historia, no puede sorprendernos que tanto los príncipes como las repúblicas contrataran historiadores. En el siglo XV, las cortes extranjeras invitaban a humanistas italianos para que escribieran las historias de Francia, Gran Bretaña, España, Hungría, etc. El siciliano Lucio Marineo Sículo (*ca.* 1444-*ca.* 1533), por ejemplo, fue a España a redactar una crónica de Aragón (Tate, 1970).

Maquiavelo escribió la historia de Florencia para el gobierno de esta república y Venecia encargó sus crónicas a Bembo. El emperador Carlos V patrocinó a numerosos historiadores, al igual que su hijo, Felipe II (Kagan, 2009). Felipe III tuvo por historiador oficial a Prudencio de Sandoval (1553-1620), monje benedictino y obispo. Carlos I pidió a su maestro Hyde que escribiera sobre la Guerra Civil (véase p. 177). A finales del siglo XVII, los gobernantes de Brandenburgo y Suecia invitaron al jurista Samuel Pufendorf para que escribiera la historia de sus estados. Luis XIV empleó a un equipo de intelectuales, entre ellos Jean Racine, para que contaran la historia de su reinado; una historia que se plasmaba simultáneamente en pinturas, estatuas, grabados, tapices, medallas, poesías y prosa (Ranum, 1980, pp. 233-277; Marin, 1981; Burke, 1992a).

A los historiadores se les solía garantizar el acceso a la documentación pública. Por otro lado, se esperaba que no investigaran sobre las razones reales que pudiera haber tras la defenestración de un ministro o la invasión de un país extranjero. Su tarea consistía en mejorar la reputación del Estado o el gobernante para el que escribían, dando una versión oficial de los hechos.

Censura

Como muy bien señalara el intelectual español Baltasar Álamos de Barrientos (1555-1640): «Muy peligroso es escribir las historias del siglo que corre». Entre otras cosas, existía la censura. Cuando el impresor oficial del gran duque de la Toscana publicó póstumamente, en 1561, la famosa *Storia d'Italia* de Guicciardini, se habían eliminado algunos pasajes, sobre todo un debate sobre el origen de los estados papales que el secretario del gran duque consideraba nocivo para las relaciones entre el papa y su señor.

La historia de Venecia de Nicolò Contarini (1553-1631) fue más censurada aún. Contarini era un patricio que se convirtió en historiador oficial de Venecia y acabó su carrera como dogo. Tras su muerte, el Consejo de los Diez hubo de decidir si quería publi-

car su historia o no. Consultaron con dos especialistas que afirmaron que no debería publicarse porque «contiene máximas que revelan los principios secretos en los que se basa el funcionamiento del régimen, y no estamos seguros de que sea una buena idea publicar esta información (*contiene massime molto intime del governo, che per verità non sappiamo se stia bene divulgarle*)». La historia tuvo una gran difusión en forma de manuscrito, pero no se publicó hasta 1982. El gobierno francés tampoco permitió a Voltaire publicar su historia de Carlos XII de Suecia por creer que podría ofender a Augusto de Sajonia (Díaz, 1958).

La alegoría

Las alegorías históricas eran una forma de sortear la censura, narrando historias de un pasado muy lejano con la esperanza de que los lectores percibieran los paralelismos con sucesos más recientes. Por aquellos años se publicaron, por ejemplo, cientos de comentarios a la obra de Tácito. Uno de sus comentaristas más conocidos fue Justo Lipsio (1547-1606), que consideraba especialmente relevante el estudio del Imperio romano en la década de 1570, dado que la historia política de Europa atravesaba, en su opinión, por una época similar. Lo que Tácito escribía sobre el emperador Tiberio recordaba a Lipsio al duque de Alba y la crueldad con la que gobernaba los Países Bajos en nombre de Felipe II (Momigliano, 1990, pp. 109-131).

La gran sensibilidad hacia los paralelismos desarrollada en esa época hizo que los hechos narrados por los historiadores nunca se eligieran al azar, aunque hubieran tenido lugar en tiempos remotos. En Gran Bretaña, Sir John Hayward (*ca.* 1560-1627) fue juzgado por traición y encarcelado en la Torre de Londres tras la publicación, en 1599, de su historia del reinado de Enrique IV, un rey que había depuesto a su predecesor, Ricardo II, doscientos años antes. La reina Isabel admitía su temor a ser considerada un nuevo Ricardo II.

El destino de Hayward es un incidente entre los muchos que demuestran la relevancia que tenía el pasado para el presente en ese periodo. El poeta inglés John Dryden (1631-1700) escribió (o al menos colaboró en) una obra titulada *El duque de Guisa*, para mostrar los paralelismos existentes entre la Francia del siglo XVI y la Inglaterra de finales del siglo XVII. Sustituyó a Guisa por el conde de Shaftesbury y a la Liga Católica por los *Dissenters*. Era como una obra en negativo, en la que los extremistas católicos asumían el papel de los extremistas protestantes, pero lo que interesaba resaltar era que pesaba la misma amenaza sobre Carlos II y Enrique III. A Carlos le gustó la obra y pidió a Dryden que tradujera para él una historia de la Liga Católica publicada recientemente. En la dedicatoria al rey Dryden afirmaba que los sucesos de 1584 y los de 1684 «tenían las mismas características».

El exjesuita Louis Maimbourg (1610-1686) publicó su *Histoire du Calvinisme* en 1682 para desacreditar a esa confesión, en el mismo momento en que el Gobierno francés pretendía que los calvinistas se convirtieran al catolicismo o abandonaran el país. Ha llegado el momento de echar un vistazo a la historia eclesiástica.

HISTORIA DE LA IGLESIA

Católicos y protestantes

Como nos recuerda este último ejemplo, la historia narrativa no estaba confinada a la política, sino que también relataba la historia de la Iglesia y, tras la Reforma, de las Iglesias. Los movimientos a los que hoy denominamos Reforma y Contrarreforma pretendían, como el Renacimiento, insuflar nueva vida a la Antigüedad: en este caso a la Antigüedad cristiana. De ahí que la Reforma planteara, desde sus inicios, un debate sobre el pasado. Los católicos preguntaban a los protestantes lo que una vez planteara un sacerdote italiano al embajador inglés en Venecia, Sir Henry Wotton: «¿Dónde estaba tu religión antes de Lutero?», a lo que los protestantes replicaban que eran ellos los que seguían las prácticas de la «Iglesia primitiva» *(ecclesia primitiva)*, anterior a su corrupción (Chadwick, 1987, pp. 1-2).

Ambas partes recurrían a la historia para legitimar sus posturas y los intelectuales de una y otra confesión empezaron a escribir la historia de la Iglesia, imitando el gran modelo de la Antigüedad cristiana: la *Historia eclesiástica* de Eusebio de Cesarea (véase p. 68). Así, por ejemplo, cuando el humanista protestante Johann Sleidan publicó sus *Comentarios* sobre el estado de la religión y la política en el Imperio germánico, usó un título que recordaba a Julio César, pero el texto tenía importantes similitudes con el de Eusebio. John Fox (1517-1587), historiador de los mártires ingleses, también se consideraba un Eusebio redivivo. Y lo mismo cabe decir del obispo y predicador católico Jacques Bossuet (1627-1704), cuya *Histoire des variations des églises protestantes* hace hincapié en las tendencias inevitablemente centrífugas de una herejía basada en el juicio individual (Dickens y Tonkin, 1985; Neveu, 1994).

Decadencia y corrupciones

Hubo reformadores que hablaron de la «decadencia» y «caída» de la Iglesia. Cuanto más radical fuera el reformista, más adelantaba la fecha de la decadencia. En opinión de Martín Lutero, esta se había iniciado en tiempos de Gregorio Magno, mientras que los anabaptistas situaban su origen en la mismísima conversión de Constantino (Headley, 1963). La decadencia y la corrupción eran el tema principal de un famoso estudio colectivo dirigido por el croata Matthias Flacius (1520-1575) y plasmado en la *Ecclesiastica Historia*, que narra las vicisitudes de la historia de

la Iglesia siglo a siglo y constituye un ejemplo inusualmente temprano del trabajo académico en equipo.

Desde el catolicismo se hicieron diversos intentos de responder a estos ataques, que culminaron en la publicación de los *Annales ecclesiastici* del cardenal César Baronio (1538-1607), en los que narraba la historia de la Iglesia hasta el año 1198. Al contrario que los protestantes, Baronio creía que la Iglesia no había cambiado en lo esencial ni se había corrompido. En cierto sentido, sus *Annales* no eran tanto una historia como la demostración de que la Iglesia estaba por encima de la historia. El jesuita Sforza Pallavicino (1607-1667) respondió de forma similar a la antipapista *Storia del Concilio Tridentino* de Paolo Sarpi (descrito por Bossuet como «un protestante vestido de monje») (Cochrane, 1981).

El jansenismo

La controversia jansenista fue un estímulo más para la investigación dado que los seguidores del teólogo holandés Cornelius Jansen decían, como los protestantes, regirse por el modelo de la Iglesia primitiva. Fue un jansenista francés, Louis-Sébastien de Tillemont (1637-1698), quien escribiera la historia más concienzuda y equilibrada de esa Iglesia, un estudio en dieciséis volúmenes titulado modestamente *Mémoires pour servir è l'histoire ecclésiastique des six premiers siècles* (Neveu, 1994). Tillemont quería ayudar a futuros historiadores. No deja de ser una ironía que el más célebre de esos historiadores del futuro fuera el anticlerical Gibbon, que reconoció, de forma algo seca, la deuda que tenía con su pío «guía».

LA EXPLICACIÓN HISTÓRICA

Los historiadores tenían que explicar el pasado de forma satisfactoria si querían que la historia política fuera tan útil como muchos autores afirmaban que era. Algunos hicieron un esfuerzo considerable en este sentido. La *Historia de Florencia* de Maquiavelo, tan en consonancia con otra de sus obras, *El príncipe*, introduce cada capítulo con un análisis comparado pensado para demostrar que lo que ocurría en Florencia era sólo un ejemplo de sucesos recurrentes en la Roma antigua y otros lugares.

Guicciardini era menos amigo de las generalizaciones que su amigo Maquiavelo, pero también tenía sus respuestas favoritas. Reconocía que los principales actores de la historia perseguían sus propios «intereses». Pero afirmaba que también los cegaban la ambición, la avaricia o el miedo, de modo que personas como Ludovico Sforza, duque de Milán, obtenían resultados no sólo diferentes, sino incluso opuestos a los que buscaban en un principio.

La simulación

En el siglo XVII, la era del arte barroco, a los historiadores les interesaban, como a otros escritores, la simulación y la disimulación,

las máscaras, las capas y los velos. Puede que este interés se debiera, en parte, a las guerras de religión del siglo XVI en las que algunos de sus protagonistas, como los pertenecientes a la facción de los Guisa o a la de los Borbones en Francia, habían recurrido al lenguaje religioso para perseguir intereses privados. Sea como fuere, dos de los grandes historiadores de aquellas guerras, Jacques-Auguste de Thou (1553-1617) y Enrico Davila (1576-1631), afirmaban que la religión no era más que un pretexto, lo que De Thou denominaba «una capa española» que ocultaba meras ambiciones políticas.

Sarpi utilizó un enfoque muy similar en su *Storia del Concilio Tridentino*, donde afirmaba que el resultado de sus deliberaciones era exactamente el contrario al previsto porque «la máscara de la religión» ocultaba intereses privados. Sarpi comparaba apariencia y realidad al modo de Calderón de la Barca en *La vida es sueño*. Lo que analiza se parece mucho al desengaño de Calderón.

Las revueltas sociales y nacionales

En la década de 1640, hubo revueltas en Europa y más allá, de Cataluña y Portugal a Ucrania y el Imperio otomano, que fueron un gran estímulo para la investigación. Como hemos visto, hubo autores que dejaron de buscar explicaciones y describían las revueltas como si se tratara de fuerzas de la naturaleza, recurriendo a metáforas como «terremoto», «epidemia» o «veneno».

Otros, como el conde italiano Maiolino Bisaccioni (1582-1663), hicieron un análisis más sofisticado. En un estudio comparado sobre las «guerras civiles», Bisaccioni afirma que la revuelta de los portugueses contra España tenía tanto una causa «interna» (la pérdida de su independencia) como una «externa» (el descontento generado por los impuestos). Constataba que, para que hubiera una revuelta, debían combinarse factores internos y externos, al igual que la pólvora de un cañón es totalmente ineficaz a no ser que una cerilla la prenda desde fuera.

La cuestión económica

Sin embargo, hubo que esperar al siglo XVIII para que historiadores como Gibbon y sus colegas escoceses William Robertson (1721-1793) y David Hume explicaran las cosas, tanto en términos que hoy calificaríamos de estructurales como en términos de motivación individual. Pensemos, por ejemplo, en el interés por las causas económicas. Según Robertson, lo que denominaba el «progreso del comercio» tras las cruzadas fue una de las «grandes causas que contribuyeron a cambiar las costumbres *(manners)* en Europa». En su *Historia de Inglaterra,* Hume sugiere que «el resurgir del comercio y el arte» empobreció a los barones del siglo XVI dando más poder a gobernantes posteriores. A Gibbon también le interesaban las explicaciones estructurales, interés que plasmó en la famosa observación de *Decadencia y caída del Imperio romano:* «La decadencia de Roma fue el efecto natural e inevitable de una grandeza sin medida [...]; esta formidable máquina fue víctima de su propio peso».

Los «sistemas»

Uno de los signos del creciente interés de los historiadores por las estructuras es su uso del término «sistema» para referirse no sólo a un cuerpo de ideas interrelacionadas, sino también a diferentes formas de organización jurídica, social, política e incluso cultural: el «sistema» feudal, el «sistema de la caballería», el «sistema de las *manners*», etcétera.

ANTICUARIANISMO Y FILOLOGÍA

El interés por las explicaciones estructurales llevaba a una historia más centrada en los modos de vida que en los sucesos. Arnaldo Momigliano describía a Gibbon como un intelectual que combinaba dos formas de hacer historia: la de los narradores y la de los anticuarianistas (Momigliano, 1966, pp. 40-55). Ha llegado el momento de ocuparnos de los últimos.

En anticuarianismo

El movimiento anticuarianista surgió del deseo de los estudiosos del Renacimiento de revivir la cultura de la antigua Roma y, en menor medida, la de Grecia. Para hacerlo, debían estudiar todas sus características. Los anticuarianistas en sentido estricto estudiaban lo que en ocasiones denominaban «monumentos» y nosotros calificaríamos de «cultura material». Los filólogos, por su parte, estudiaban la historia del lenguaje, de los textos e incluso de obras individuales. Se basaban en ilustres precedentes antiguos; Varrón, uno de los grandes pensadores de tiempos de Cicerón (véase p. 41), escribió un libro titulado *Antiquitates* y otro sobre la historia del latín.

Filosofía y lenguaje

Ciertos filólogos, como Lorenzo Valla (véase p. 175), estudiaron la historia del latín, otros la del griego antiguo y muchos más la de las lenguas vernáculas europeas: italiano, francés, español, inglés. El jurista francés Étienne Pasquier (1529-1615), por ejemplo, reconstruyó la historia del francés señalando que el lenguaje había «asumido diferentes formas en las diversas épocas» y que «el lenguaje suele estar en armonía con las costumbres» (Huppert, 1970, pp. 28-71).

La resemantización

El análisis del significado cambiante de las palabras (la resemantización) tuvo algunas consecuencias inesperadas. Durante la Reforma y la Contrarreforma, hubo largos debates sobre el significado de ciertos términos del Nuevo Testamento. Algunos protestantes minaron la legitimación escritural de ciertas instituciones católicas al afirmar que el término griego *ekklesía* no debía traducirse por iglesia, sino por asamblea y que *epískopos* significaba supervisor más que obispo. De manera que la filología agudizó el sentido del pasado, es decir, incrementó la conciencia de anacronismo y lo que podríamos denominar la «dis-

tancia cultural» entre el pasado y el presente. En la Edad Media, los historiadores tenían un sentido relativamente fuerte de la continuidad y un sentido relativamente débil del cambio. Creían, por ejemplo, que los antiguos griegos y romanos competían en torneos. Sin embargo, en la Italia del siglo XV, un puñado de filólogos y artistas (sobre todo Andrea Mantegna) fueron descubriendo gradualmente, en su intento por revivir el antiguo modo de vida romano, lo mucho que los separaba de él (Burke, 1969). Fue un primer paso en una dirección que luego seguirían muchos otros pensadores: un paso más en la era del «historicismo» (véase p. 199).

El coleccionismo

Los filólogos no estudiaban sólo textos literarios o poemas, sino también inscripciones de lápidas y monedas. La riqueza de las ruinas de la antigua Roma avivaba su interés. En los años que separan al Renacimiento de la Ilustración, se puso de moda entre los intelectuales europeos coleccionar monedas, esculturas e inscripciones clásicas, en parte por razones estéticas, pero también porque eran monumentos que brindaban valiosa información sobre el pasado. Como demostrara Flavio Biondo (1392-1463) en su obra *Roma instaurata (Roma restaurada)*, los textos arrojaban luz sobre los monumentos y los monumentos sobre los textos. Era una imaginativa reconstrucción de la antigua Roma con sus baños, templos, teatros y arcos. Los anticuarianistas pretendían reconstruir el pasado reuniendo los fragmentos que quedaban. Propugnaban, en palabras del numismático y diplomático Ezechiel Spanheim (1629-1710), una restauración de la «integridad de la historia» *(historiae integritas)*.

La arqueología

Los anticuarianistas analizaban antigüedades tanto cristianas como paganas. El descubrimiento de las catacumbas romanas en 1578, tumbas subterráneas repletas de primitivas pinturas y mosaicos cristianos, dio gran impulso al movimiento. Baronio puso por escrito el entusiasmo que experimentó tras visitar las catacumbas y Antonio Bosio (1575-1629) publicó un libro ilustrado sobre el tema titulado *Roma sotterranea*. Este descubrimiento avivó el interés por la historia de los símbolos en el arte y, en la polémica contra los iconoclastas protestantes, se presentaron las pruebas del culto a las imágenes en el cristianismo primitivo halladas en las catacumbas.

Otros anticuarianistas estudiaban las antigüedades «bárbaras» o «vernáculas». Analizaron monumentos como los de Stonehenge, en el sur de Inglaterra, que algunos autores creían obra de los romanos, otros de los daneses y aún otros de los druidas. Mucho antes de que la arqueología se convirtiera en una disciplina autónoma, en el siglo XIX, los anticuarianistas excavaron reliquias del pasado y analizaron lo que habían excavado otros. Por ejemplo,

en los cimientos de un hospital de Tournai se halló, en 1653, la rica tumba del rey franco Childerico.

Al encuentro de los orígenes históricos

Uno de los estudiosos más destacados de las antigüedades vernáculas, el médico danés Ole Worm (1588-1655), estudió runas, tumbas megalíticas, urnas funerarias, pecios y un famoso cuerno de oro hallado en Jutlandia. Las investigaciones de Worm se inspiraban, en parte, en su patriotismo. Muchos anticuarianistas buscaban sus orígenes nacionales, lo que generó un culto a los godos en naciones tan distintas entre sí como Suecia o España (Schnapp, 1993). Otros se centraron en la historia y las antigüedades de las ciudades, sobre todo de sus ciudades natales. Podemos enumerar las historias de ciudades del siglo XVI en orden cronológico: Brescia, París, Verona, Bolonia, Valencia, Toledo, Ferrara, Nîmes, Padua, Lyon y Córdoba.

Contextualismo

Una de las consecuencias más importantes del movimiento anticuarianista fue que se adquirió conciencia de la importancia de lo que hoy denominamos «contexto histórico». El término «contexto» se aplicaba por aquella época a los pasajes inmediatamente precedentes y subsiguientes al texto objeto de estudio, pero su significado se fue ampliando hasta abarcar la intención del autor. Cuando a Galileo le acusaron de ignorar que en el Antiguo Testamento constaba que era el Sol y no la Tierra el que se movía, respondió que el texto se había «acomodado» a las ideas sobre el universo que defendían los judíos de la época.

Circunstancialismo

Términos como «ocasión» o «circunstancias» ampliaron su significado aún más hasta incluir tiempos, lugares y personas. El pensador napolitano Giambattista Vico (1688-1744) señala, por ejemplo, que la conducta de Aquiles descrita en la *Ilíada* parecía poco civilizada a sus contemporáneos. De modo que la volvió a situar en el contexto de las costumbres griegas de la «época heroica», cuando «Grecia era joven», para explicar su admiración por Aquiles, «el héroe de la violencia». Términos como «circunstancias» se invocaban con especial frecuencia en los estudios jurídicos.

HISTORIA DEL DERECHO

La «historización» del derecho

Los filólogos también analizaron textos jurídicos, sobre todo los clásicos del derecho civil y canónico que se estudiaban en las universidades desde el siglo XI. El derecho civil, también denominado «derecho romano», codificado durante el reinado del emperador Justiniano en el siglo VI, era derecho común en muchos países europeos de la época. No obstante, los textos jurídicos planteaban graves problemas de interpretación porque estaban plagados de términos arcaicos, se contradecían unos a otros y era difícil

aplicarlos en sociedades que eran muy distintas a las de la antigua Roma o el Bizancio del siglo VI (Maffei, 1956).

Las fuentes jurídicas

En el siglo XVI, un grupo de humanistas, casi todos franceses expertos en filología y derecho, intentó resolver estos problemas. Hubo quien quiso reconstruir textos a partir de fragmentos centrando su atención en las Doce Tablas, un código romano antiguo. Su objetivo era estudiar el lenguaje y la cultura de los tiempos en que se formularon las leyes para purgar los textos de interpretaciones posteriores y descubrir su sentido original.

El derecho romano

La paradoja de este tipo de estudios es que se emprendieron para insuflar vida al derecho romano, pero algunos estudiosos llegaron a la conclusión de que el derecho de la antigua República no era relevante para las monarquías del siglo XVI. Como señalara Pasquier, cuando un hombre inteligente leía las leyes antiguas «apenas era capaz de imaginar el carácter de un pueblo» (Pocock, 1987, pp. 11-15; Kelley, 1970).

Derecho canónico, germánico y feudal

Algunos de los juristas humanistas dejaron el estudio del derecho romano para estudiar otro tipo de normas, en una deriva similar a la seguida por los anticuarianistas. Antonio Agustín (1516-1586), arzobispo de Tarragona, indagó sobre los orígenes del derecho canónico. Otros humanistas volcaron su interés en las leyes «vernáculas», el derecho consuetudinario de anglosajones, visigodos, etc. En Francia, Alemania y otras zonas, se prestó especial atención al derecho feudal.

La historia del derecho trasladó al estudio de la historia general la conciencia de la relevancia de los cambios graduales a largo plazo, un complemento necesario de la historia de los sucesos. El jurista inglés Matthew Hale (1609-1676) recurrió a una imagen muy vívida para ilustrar la idea de que la mayoría de las leyes de Inglaterra «seguían siendo las mismas [...] que hace seiscientos años, [...] al igual que la nave de los argonautas seguía siendo la misma cuando regresó a casa, aunque fuera reparada varias veces en su largo viaje y a su vuelta apenas quedara algo del material del que fuera construida».

Contextualización del derecho

Otra importante consecuencia de lo que podríamos denominar la «historización» del derecho fue la agudización de la conciencia de lo importante que era el contexto social y cultural. Los debates entre anglicanos y puritanos en la Inglaterra de principios del siglo XVII ilustran esta conciencia. Los puritanos solían ser fundamentalistas que querían aplicar la ley de Moisés a su propia sociedad. Los anglicanos, por su parte, afirmaban que había que modificar las leyes debido a las «alteraciones en el tiempo y el espacio» y que la ley de Moisés no era universal. En su opinión, sólo era el derecho del Israel antiguo, «sólo eficaz en ese país, para ese pueblo y en aquella época».

LAS FUENTES Y LA CRÍTICA DE LAS FUENTES

El retorno a las fuentes

«Vuelta a las fuentes» *(ad fontes)* fue un famoso eslogan de los humanistas del Renacimiento, que jugaban con la idea de seguir la corriente hasta su fuente. Utilizaban esta poderosa metáfora que invocaba pureza porque, como le gustaba decir al académico inglés John Selden (1584-1654), «amaban la fuente» y querían ofrecer a sus lectores textos «sin una sola cita ni nada de segunda mano». Volver a las fuentes significaba consultar documentos originales y también leer los textos de la Biblia, Aristóteles, Livio y el Código de Justiniano en su lengua original, al margen de interpretaciones y comentarios posteriores.

Rechazo de las fuentes orales

Las generaciones anteriores habían recurrido a los testimonios orales, no sólo de testigos presenciales de los sucesos, sino también de personas que estaban al final de la cadena de transmisión de estos testimonios. Sin embargo, al contrario de lo que ocurría en el mundo islámico (véase p. 184), los historiadores empezaron a mostrarse tan escépticos ante la tradición oral que, cuando no descartaban directamente los testimonios no escritos, pasaron a considerarlos datos y pruebas de segunda (Woolf, 1988; véase Mabillon, *infra*, p. 177).

Las notas eruditas

A lo largo de los siglos XVI y XVII, se empezó a generalizar la escritura de la historia a partir de las fuentes. Los autores introducían cada vez con mayor frecuencia lo que nosotros denominamos «notas a pie de página», pensando en aquellos lectores que querían volver a las fuentes originales. Las notas no siempre estaban a pie de página, a veces se las incluía en la contraportada o, en época moderna, en los márgenes (Grafton, 1991).

La crítica textual

Sin embargo, volver a las fuentes no era tan sencillo como parece. Los textos originales de la Biblia y de los autores clásicos se habían perdido y sólo quedaban copias manuscritas o, más concretamente, copias realizadas por escribas a lo largo de los siglos. Estos textos estaban «corruptos» en el sentido de que las transcripciones habían ido introduciendo en ellos muchos errores. Los filólogos humanistas intentaron «enmendarlos», purgarlos de errores, recurriendo a diversos métodos de lo que hoy denominamos «crítica textual».

El primero de estos métodos era el de la conjetura y consistía en preguntarse qué hubieran escrito Aristóteles o Livio en vez de la palabra, obviamente incorrecta, consignada en un manuscrito. Otra alternativa era buscar manuscritos anteriores, escritos antes de que se introdujeran muchos de los errores. Algunos manuscritos eran copias de otros, de manera que los estudiosos intentaron reconstruir la genealogía de los manuscritos para retroceder lo más posible hacia el original, agrupándolos en lo que denominaron «familias» (Pasquali, 1952).

La crítica de las Escrituras

Estos métodos se empezaron a utilizar para el estudio de los clásicos pero no tardaron en aplicarse a la exégesis bíblica. El Nuevo Testamento suscitaba muchos problemas porque muchos de los manuscritos de un mismo texto eran muy diferentes entre sí, tanto en lo que decían como en lo que omitían. Cuando Erasmo mandó a la imprenta su versión del Nuevo Testamento, en 1516, no tuvo reparos en eliminar un versículo del Evangelio según san Juan que no hallaba en los manuscritos más antiguos a su disposición (Levine, 1997).

Las falsificaciones documentales

Otro de los problemas era que, lo que en principio parecía una fuente pudiera acabar siendo una falsificación. Algunos textos eran muy antiguos, como el de la Donación de Constantino o las historias sobre la guerra de Troya desde puntos de vista opuestos atribuidas a Dares y Dictys, consideradas auténticas en la Edad Media y falsas por los humanistas del Renacimiento. En esta época se denunciaron y redactaron muchas falsificaciones. Entre ellas cabe mencionar ciertos textos atribuidos al antiguo autor babilonio Beroso (véase p. 169) que en realidad eran obra de un fraile italiano del siglo XVI, Annio de Viterbo. También los denominados en aquel tiempo «plomos», descubiertos en Granada en 1588, que demostraban lo hondo que había calado la tradición cristiana entre los hablantes de árabe andaluces (Grafton, 1990; Caro Baroja, 1992). Las denuncias de falsificaciones tuvieron un efecto acumulativo. Un jesuita francés, Jean Hardouin (1646-1729), llegó a afirmar que la mayoría de los textos clásicos eran falsificaciones medievales.

La crítica alcanzó también a los escritos de algunos de los Padres de la Iglesia, como san Agustín, así como a textos literarios y oficiales. El humanista Valla, por ejemplo, demostró que la denominada Donación de Constantino era una falsificación (véase p. 175). Igual de famosa y controvertida fue la afirmación de que cierto número de documentos, en los que se consignaban privilegios regios a monasterios benedictinos como el de Saint-Denis, eran falsos; un argumento refutado por Jean Mabillon (véase p. 177) (Barret-Kriegel, 1988).

La organización de archivos

Estos ejemplos nos recuerdan que algunos estudiosos trabajaban en los archivos de la Corona, municipales o eclesiásticos mucho antes de que tuviera lugar la famosa «revolución» del método histórico asociada a Leopold von Ranke (véase p. 222). Aunque hasta entonces los archivos no habían abierto sus puertas a los historiadores, algunos estados europeos como Venecia y el Papado crearon archivos centralizados para facilitar el trabajo a los funcionarios.

Entre el Renacimiento y los siglos postreros de la Edad Moderna hay una diferencia de grado. En el Renacimiento, sólo ciertas

personas, como los historiadores oficiales, tenían acceso a los archivos. A finales de la Edad Moderna estos solían ser públicos, aunque había documentos a los que no se daba acceso, como los que contenían secretos de Estado recientes.

La Francia del siglo XVIII nos brinda los ejemplos más dramáticos y chocantes de la crítica textual de esa época. Nicolás Fréret (1688-1749) afirmaba que el Evangelio de san Juan era muy posterior a los otros tres y señalaba que, de unos cincuenta evangelios diferentes que habían sobrevivido, sólo cuatro habían pasado a considerarse canónicos a finales del siglo II. Jean Astruc (1684-1766) constataba que en la versión original hebrea del Génesis se utilizaban dos nombres diferentes para Dios, «Elohim» y «Yahwe». Ordenando el texto según el uso de estos nombres, obtuvo dos relatos paralelos, como si el autor del Génesis hubiera amalgamado dos fuentes anteriores.

ESCEPTICISMO HISTÓRICO

El problema del conocimiento histórico

Caer en la cuenta de que textos hasta entonces considerados auténticos no eran más que falsificaciones hizo a los historiadores más conscientes de los problemas que implicaba la reconstrucción del pasado. Por primera vez desde la Antigüedad, en el siglo XVI se vuelven a consignar los debates generales sobre el problema del conocimiento histórico. El estudioso alemán Enrique Cornelio Agrippa (1486-1535) escribió un libro titulado *La vanidad de las ciencias*, en el que descalificaba a la historia por considerarla poco fiable. El humanista español Luis Vives (1492-1540) retomó el argumento de Agrippa. Lo mismo hizo el filósofo italiano Francesco Patrizzi (1529-1597) en sus *Diez diálogos sobre la historia*, que contenían una discusión sobre «verdad e historia» en la que se analizaban versiones contradictorias de un mismo suceso.

Otros debates se centraban en textos concretos. El famoso historiador de las Indias, Fernando González de Oviedo (1478-1557), distinguía entre «historia verdadera» y «fábulas». Criticaba a su rival, Pedro Mártir de Anglería (1457-1526), por dar por ciertos sucesos leídos en libros; él se basaba en los testimonios directos de testigos oculares. El soldado Bernal Díaz del Castillo (1492-1585) denominó a su relato sobre la conquista de México *Historia verdadera* para diferenciarla de la escrita por su rival, Francisco López de Gómara (*ca.* 1511-*ca.* 1566). El predicador franciscano y moralista Antonio de Guevara (*ca.* 1481-1545), que escribió una biografía del emperador romano Marco Aurelio (una especie de filósofo-rey), fue muy criticado en sus tiempos por haberse inventado algunos detalles históricos.

El escepticismo histórico y la certeza cartesiana

El escepticismo histórico se vio incentivado por el largo y mordaz debate sobre la Reforma, que agudizó la conciencia del problema de la parcialidad o las distorsiones en las obras históricas. Esa conciencia dio lugar a la crítica del conocimiento histórico de tres filósofos: René Descartes (1596-1650), François La Mothe Le Vayer (1588-1672) y Pierre Bayle (1647-1706). El problema era que el conocimiento histórico no parecía poder adaptarse a los estrictos estándares que proporcionaban certeza formulados en la epistemología de Descartes.

En su búsqueda de fundamentos firmes para el conocimiento, Descartes rechazó en su *Discurso del método* tanto la historia escrita como la ficción (*les histoires et les fables*). François La Mothe Le Vayer dejó clara su postura en su ensayo *Du peu de certitude qu'il y a dans l'histoire*. El escepticismo también ocupa un lugar central en el famoso *Dictionnaire historique et critique* de Pierre Bayle, un pastor protestante francés que vivía en el exilio en Rotterdam. El objetivo principal de este diccionario era demostrar la escasa fiabilidad de relatos sobre el pasado, como los artículos del diccionario histórico recopilado por su predecesor, el sacerdote católico Louis Moreri (1643-1680) (Popkin, 1979; Borghero, 1983).

El pirronismo

El debate sobre el escepticismo histórico o «pirronismo» se internacionalizó y se mantuvo hasta bien entrado el siglo XVIII, cuando Voltaire (1694-1778) escribió un ensayo sobre *Le pyrrhonisme de l'histoire* en el que, de hecho, hacía poco más que recapitular, en su inimitable estilo, argumentos formulados ya en el siglo XVII. Entre ellos cabe mencionar el de la falsificación, que ya hemos apuntado, y el argumento de la parcialidad.

La parcialidad

La Mothe, por ejemplo, criticaba al historiador español Sandoval por lo parcial que se mostraba con su propia nación. ¡Sólo atribuía valor a las tropas españolas en sus continuos enfrentamientos con los franceses! La parcialidad es un problema universal, pero también era un tópico en el siglo XVII por dos razones: las guerras de religión y la centralización de los Estados. Los historiadores católicos retrataban a los protestantes como villanos y viceversa. El Estado centralizado generaba una conciencia más aguda de la importancia de la reputación de los gobernantes hasta el punto de que, como hemos visto, se acabó pagando a historiadores oficiales.

De la crítica al escepticismo

Muchos hechos considerados históricos, como la fundación de Roma por Rómulo, las vidas de ciertos santos o la fundación de la monarquía francesa por Faramundo, se empezaron a tildar de meras invenciones. Los estudiosos se preguntaban si Faramundo existió realmente. ¿Existió Rómulo? ¿Llegó Eneas a Italia en algún momento? ¿Tuvo lugar la guerra de Troya o sólo fue la trama de un «romance» de Homero?

Los relatos sobre los orígenes nacionales fueron objeto de una crítica especialmente dura. La Mothe señalaba lo absurda que era la genealogía que hacía Sandoval de los Habsburgo, en la que afirmaba que el linaje se remontaba a Adán. Los especialistas abandonaron la manía de rastrear los orígenes de los británicos, franceses y otras naciones hasta Troya y héroes como Bruto (en cuyo honor se supone que se eligió el nombre de «Britania») o «Francion», que habría dado su nombre a Francia. Vico participó en este debate y lo generalizó a su modo característico formulando un famoso axioma en su *Scienza nuova* sobre la «soberbia de las naciones» *(boria delle nazioni)*: «Toda nación [...] quiere demostrar que inventó, antes que ninguna otra, las comodidades que caracterizan a la vida humana».

LA REHABILITACIÓN DE LA HISTORIA

De no haberse hallado argumentos que oponer a los escépticos, la historia habría perdido toda su fiabilidad. Afortunadamente se dio con dos tipos de argumentos.

Autentificación de los documentos

La crítica documental tenía un lado bueno y uno malo, como nos recuerda el ejemplo de Mabillon (véase p. 177). Se demostraba la falsedad de algunos documentos, pero también que otros eran auténticos. A lo largo de los siglos XVII y XVIII, los historiadores fueron hablando cada vez más de «pruebas», «piezas justificativas», «piezas auténticas», «monumentos» (refiriéndose a textos antiguos), «evidencia» y de «testimonios o documentos» aportados por «testigos» (Barret-Kriegel, 1988).

Autentificación de los restos materiales

En segundo lugar se podía responder a los escépticos que las pruebas aportadas por la cultura material, inscripciones, monedas y medallas, eran bastante fiables. Antonio Agustín, por ejemplo, se tomó muy en serio las pruebas de este tipo. El famoso Hardouin, que trabajaba en este campo, no era un escéptico, sino un entusiasta que creía que la única forma de establecer una cronología satisfactoria de la historia antigua era basándose en las monedas más que en las aseveraciones de los autores antiguos. Una de las consecuencias imprevistas del debate con los escépticos fue que animó a los historiadores a hacer un uso creciente de fuentes no literarias para analizar la historia antigua y la medieval.

La rehabilitación del mito

Otra forma de hacer frente al reto del pirronismo fue lo que se ha denominado la «rehabilitación del mito». En aquella época se solía calificar a los mitos de «fábulas» y se los empezó a analizar en un marco comparado. En vez de desecharlos como meras invenciones, algunos estudiosos, como Fontenelle, Vico y Heyne, intentaron contextualizarlos en el seno de las culturas de las que habían surgido.

En *El origen de las fábulas*, Bernard de Fontenelle (1657-1757) analizaba ejemplos griegos, chinos y peruanos, sugiriendo que las fábulas eran la historia y la filosofía de los «tiempos rudos» *(siécles grossiers)*. Vico formuló puntos de vista similares más detalladamente y haciendo gala de una mayor simpatía hacia los tiempos primitivos. Afirmaba que los mitos eran «historias reales» en el sentido de que expresaban «la forma de pensar de pueblos enteros» (Mali, 1992). Gottlob Heyne (1729-1812), un profesor de filología clásica de Gotinga, llegó a conclusiones parecidas. Hablaba del «discurso mítico» *(sermo mythicus)* considerándolo tanto cierto como racional: la filosofía y la historia de la infancia de la humanidad. Este punto de vista, bastante inusual a finales del siglo XVIII, sería el convencional tras 1800, sobre todo en los círculos de los románticos alemanes.

LA HISTORIA DE LA SOCIEDAD

Sin pretenderlo nadie, el estudio de las antigüedades y la historización del derecho condujo al surgimiento de un nuevo tipo de historia que los italianos denominaban *storia civile*, los franceses, *l'histoire des moeurs* (u, ocasionalmente, *l'histoire de la vie privée*), y los británicos, «la historia de la sociedad», y cuyo mejor ejemplo es el *Essay on the History of Civil Society* del escocés Adam Ferguson (1723-1816).

La historia civil y de las costumbres

La *Historia civile di Napoli*, del jurista Pietro Giannone (1676-1748), es un buen ejemplo de historia civil en el que el autor declara su intención de «no ensordecer a los lectores con el ruido de las batallas y el entrechocar de las armas», sino de ocuparse de los civiles y el civismo. Uno de los historiadores italianos más destacados del siglo XVIII, Ludovico Muratori (1672-1750), interesado en la historia de las costumbres *(manners)*, publicó una colección de ensayos sobre las «antigüedades de Italia». En ella analizaba muchas costumbres medievales, como juegos, festivales, el código de honor de la caballería y los denominados «juicios de Dios» u ordalías, una forma jurídica arcaica que evoca cómo surgió la historia social a partir de la historia del derecho (Bertelli, 1960).

Las nuevas formas italianas de escribir historia atrajeron enseguida el interés de pensadores de otros lugares, aunque, aún en fechas tan tardías como 1780, Gaspar Melchor de Jovellanos lamentaba la inexistencia de una historia civil de España. En Francia, el barón de Montesquieu (1689-1755) buscaba la relación entre las leyes y las costumbres de las diferentes sociedades y volvió a hacer referencia a las ordalías y los duelos de la Edad Media. Sin embargo, el ejemplo dieciochesco más famoso de lo que

hemos denominado historia social o cultural, es el *Essai sur les moeurs* de Voltaire, que abarca desde la época de Carlomagno a la de Luis XIV y trata de filosofía, arte e incluso de los manteles, en lo que pretende ser una historia general de la civilización y el progreso de la mente humana (Díaz, 1958).

Sin duda no es casual que la incorporación de estos detalles domésticos, previamente omitidos por no estar a la altura de la «dignidad de la historia» (véase p. 144), tuviera lugar cuando la novela estaba sustituyendo a la épica como género más leído de la literatura (Phillips, 2000). También eran los años en que mujeres como la escocesa Catherine Macaulay (1731-1791) empezaban a publicar obras históricas. Hubo asimismo varones que escribieron historias de las mujeres, de entre las que cabe destacar el *Essai* de Antoine Léonard Thomas (1732-1785), la *Historia de las mujeres* de William Alexander (1726-1783) y la *Historia del sexo femenino* de Christoph Meiners (1747-1810).

Historia de las mujeres

Los estudios sobre el feudalismo desvelan con eficacia cómo surgió la historia social a partir de la historia del derecho. A los anticuarianistas del siglo XVII les interesaba lo que denominaban «derecho feudal» (ni civil ni canónico) y escribieron sobre los cambios que había experimentado a lo largo del tiempo (Pocock, 1987). En el siglo XVIII, los escritores asociados a lo que hoy denominamos la Ilustración escocesa, sobre todo William Robertson y David Hume (famoso hoy por su filosofía, pero más conocido en su propia época como historiador), estudiaron la comunidad política feudal (haciendo hincapié en la descentralización), la sociedad feudal (organizada para la guerra) e incluso lo que denominaban «ideas feudales», como el espíritu de caballería.

Historia de la sociedad feudal

Por un lado, la historia de la sociedad se expandió hasta abarcar lo que hoy denominaríamos historia económica o historia del comercio, puesto que la mercantilización de la época había aumentado el interés por la evolución del comercio y sus efectos sobre las sociedades del pasado. Un ejemplo muy característico es el del historiador, filósofo, político y economista catalán Antoni de Capmany (1742-1813), quien en 1770 publicó los cuatro gruesos volúmenes de su obra *Historia del comercio y las artes de la antigua Barcelona*, que consiguió una enorme notoriedad en su tiempo y todavía hoy es utilizada por los eruditos para comprobar algún dato.

Historia del comercio

Por otro lado, se empezó a hacer lo que hoy llamamos historia cultural. Se convirtió en un lugar común afirmar que el incremento de la riqueza llevaba al lujo y alteraba las formas de conducta consideradas correctas *(manners)* volviéndolas menos agresivas y más elegantes. En su estudio sobre la decadencia y caída del Imperio romano, Gibbon hizo un gran uso del contraste entre los bárbaros,

Historia cultural

«naciones de pastores» que cultivaban las virtudes militares, y los romanos «civilizados», cada vez menos capaces de defenderse de las invasiones. En el mundo germanoparlante, se empezó a hacer historia cultural a finales del siglo XVIII, sobre todo por parte de Johann Christoph Adelung (1732-1806) y Johann Gottfried Eichhorn (1753-1827), que señalaban que sus historias culturales generales tenían poco que ver con lo que denominaban las historias «especiales» de las ciencias y las artes concretas. Las biografías de artistas italianos que escribiera Giorgio Vasari (1511-1574), por ejemplo, contenían debates sobre el renacer del estilo clásico. En el siglo XVIII proliferaron las historias de la literatura, la filosofía y la música, lo que posibilitó que autores como Adelung y Eichhorn pudieran realizar su labor de síntesis.

PERIODIZACIÓN

Los historiadores escoceses del siglo XVIII que acabamos de mencionar, así como sus homólogos franceses y de otras partes de Europa, consideraban que la sociedad feudal correspondía a una época en la que predominaba la agricultura, la tercera de las cuatro etapas de la historia de la sociedad, surgida tras los tiempos de la caza y el pastoreo y que precedía precisamente a su propia época, caracterizada por el comercio. En otras palabras, tras los cazadores venían los pastores, luego los granjeros y, por último, los comerciantes (Meek, 1976).

Periodizaciones

Antes, el pasado se había periodizado atendiendo a criterios muy diferentes. Según los humanistas, a la gloriosa Antigüedad había seguido la Edad Media (*medium aevum*), considerada «oscura» y «bárbara», a la que, a su vez, seguía el Renacimiento (en italiano *Rinascitá*), su propia época (Ferguson, 1948). Los historiadores de las Iglesias protestantes adoptaron este esquema (algunos eran humanistas), distinguiendo entre los años de la Iglesia primitiva –los de la corrupción y la decadencia– y la época de la Reforma, en latín *reformatio* (Dickens y Tonkin, 1985). Los historiadores del derecho también recurrían a una clasificación tripartita y hablaban de la época del derecho romano, la del derecho feudal y la del derecho moderno.

Primera rehabilitación de la Edad Media

Apenas puede sorprendernos que se generalizara la distinción entre tres épocas –la Antigüedad, la Edad Media y los tiempos «modernos»– y que esta pasara a formar parte de las historias generales a partir de mediados del siglo XVII. Algunos intelectuales de los siglos XVII y XVIII tuvieron más consideración con la Edad Media de la que habían tenido los humanistas. El historiador de la Iglesia Claude Fleury (1640-1723) creía que «esos siglos a los que se suele

considerar los más bárbaros no lo eran tanto como se creía». Después de todo, en aquellos tiempos, había buenos cristianos. El especialista alemán Polycarp Leyser (1690-1728) creía que la Edad Media no era bárbara en absoluto y escribió una historia sobre la poesía latina del periodo. Ciertos historiadores del siglo XVIII escribieron sobre la historia de la caballería en términos elogiosos, sobre todo el francés Jean-Baptiste de Sainte-Palaye (1697-1781), que también escribió una historia de los trovadores (Gossman, 1968). Sin embargo, hubo que esperar al siglo XIX para que la Edad Media fuera objeto del entusiasmo general y se deseara revivirla.

Historia cíclica, historia lineal

A nivel más general, el de la historia de la humanidad desde la Creación, predominaron dos tipos de esquemas: la visión cíclica de la historia común entre griegos y romanos (véanse pp. 36 y 66) y la idea de tiempo lineal asociada a la tradición judeocristiana. La necesidad resolver las contradicciones entre ambas probablemente estimulara el pensamiento político.

Como no podía ser de otra forma, el interés por los ciclos de la historia era, a su vez, cíclico. En la Edad Media pasó a un segundo plano, pero volvió a estar en el candelero durante el Renacimiento. Maquiavelo creía, como Polibio, que las formas políticas atravesaban por ciclos (*cerchio*). Algunos estudiosos afirmaban que las naciones e imperios tenían su etapa de inicio, de crecimiento, de madurez, de decadencia y de caída, o, expresado en una de las metáforas favoritas de la época, tenían una infancia, una adolescencia, una madurez y una vejez.

El concepto de «revolución»

Hubo autores que explicaban estos ciclos en términos astrológicos. De ahí el auge del término «revolución», que originalmente significaba rotar, en el sentido en el que lo usaba Copérnico en su obra *La revolución de las esferas celestes*. En la década de los cuarenta del siglo XVII se usó el término para referirse a la revuelta de Nápoles y a la guerra civil inglesa, consideradas disturbios pasajeros tras los que se había vuelto al *statu quo*. A principios del siglo XVIII, dos generaciones antes de la Revolución francesa, el término «revolución» ya era de uso corriente en los títulos de las historias de los principales sucesos políticos, si bien aún no había adquirido el significado de cambio de sistema (Bender, 1977).

Vico y la filosofía de la historia

La teoría cíclica más ambiciosa del periodo fue, sin duda, la recogida en el libro IV de la *Scienza nuova* de Vico que afirmaba que, a pesar de la disparidad de sus costumbres, todas las naciones seguían un mismo curso (*corso*), pasando por épocas de dioses, héroes y hombres. El modelo del pasado de Vico era tan tradicional como original. El hincapié que hacía en los ciclos históricos de la mano de un autor tan antiguo como Polibio era tradicional, pero la forma en que diferenciaba entre las tres épocas y la sucesión que describía, de la edad de los dioses a la de los héroes y de ahí a la de los hom-

bres, era muy original (Burke, 1985). Los estudiosos posteriores apreciaron mucho la contribución de Vico a lo que Voltaire denominara, por primera vez, la «filosofía de la historia».

Hasta el siglo XIX, no se conoció bien la obra de Vico más allá de su Nápoles natal, con una interesante excepción. El estudioso del norte de Italia Lorenzo Boturini visitó Nueva España (México) en 1736, donde permaneció ocho años estudiando las antigüedades precolombinas. Tras varias desventuras acabó su vida en Madrid, donde escribió su *Idea de una nueva historia general de la América septentrional*, un intento de interpretar la historia de México anterior a los tiempos de Cortés en términos de Vico.

La historia lineal: de la creación al fin del mundo

Volviendo a la interpretación lineal de la historia, debemos mencionar las dos versiones más importantes de los siglos XVI y XVII: la de los cuatro imperios y la de la semana de la Creación. La idea de la sucesión de cuatro imperios se remonta al Libro de Daniel, que se creía hacía referencia a los imperios babilonio, persa, griego y romano. Apenas puede sorprendernos que esta interpretación fuera especialmente exitosa en el Sacro Imperio Germánico. Lutero la dio por buena y el humanista protestante Johann Sleidan (véase p. 149) escribió un libro al respecto que se reeditó y tradujo muchas veces. La teoría de la semana de la Creación propugnaba que el mundo acabaría seis mil años tras la Creación, periodo que iría seguido de un milenio de paz, el equivalente al descanso del sabbat. Tanto san Jerónimo como san Agustín aceptaban esta interpretación de la historia, como también, ya en nuestro periodo de estudio, Lutero y el cardenal Bellarmino, de acuerdo por una vez y sin que sirviera de precedente. Bellarmino predijo el fin del mundo en el año 2000 d.C., basándose en este esquema.

La idea de «decadencia»

Había dos formas lineales de entender la historia totalmente opuestas: la historia de la decadencia y la historia del progreso. Las reflexiones en torno a la decadencia, tanto local como general, eran más comunes. Se hablaba de la decadencia del mundo o de su tercera edad, una forma de ver la historia asociada a la nostalgia de una remota edad de oro supuestamente anterior a la agricultura.

Como hemos tenido ocasión de ver, algunos reformistas creían que la Iglesia estaba en decadencia. Había estudiosos que analizaban la decadencia del arte y la literatura, y algunos pocos estudiaban el declive económico. En el siglo XVII se tendía a equiparar el declive español a la decadencia de Roma. En 1619, por ejemplo, la Junta de Reformación declaró que el emperador Justiniano se había enfrentado a problemas similares a los suyos. Sin embargo, en el siglo XVIII, se estudiaba a la Roma antigua en términos de la España moderna y no al revés.

La idea de «progreso»

Por otro lado, cada vez más intelectuales analizaban la historia en términos de progreso, como habían hecho en su momento Lu-

crecio y otros autores antiguos. Tras 1500, los autores llegaron a afirmar que los «modernos» habían superado a los «antiguos», no sólo gracias a sus logros artísticos y literarios, sino debido al descubrimiento del nuevo mundo y lo que podríamos calificar de innovaciones técnicas y científicas del periodo moderno (Maravall, 1966). Era uno de los temas favoritos de Voltaire, que, en su *Ensayo sobre las costumbres*, ponía la nueva «historia de la sociedad» al servicio de su crítica al *ancien régime*.

Esta deriva culminó a finales de nuestro periodo de estudio en el famoso *Esquisse d'un tableau historique des progress de l'esprit humain (Esquema de un esbozo histórico del progreso del espíritu humano)*, del marqués de Condorcet (1743-1794), que dividió la historia del mundo en diez épocas basándose en criterios económicos y culturales en vez de religiosos. Consideraba puntos clave la invención de la agricultura (relacionada con la teoría de las cuatro etapas elaborada por sus contemporáneos escoceses y franceses), la invención del alfabeto, la de la imprenta, el nacimiento de Descartes y la Revolución francesa.

El auge que cobró la idea de progreso a finales del siglo XVIII es uno de los rasgos que convierten a este periodo en un momento clave para la historiografía y la historia, y ha dado pie a que hablemos de una «historiografía renacentista». Otro cambio, puede que más fundamental, fue la idea puesta en práctica durante la Revolución francesa de que el futuro estaba en manos de los hombres y la humanidad crea su propia historia en vez de limitarse a sobrellevarla pasivamente (Koselleck, 1979).

LA HISTORIA MUNDIAL

Si la historia tenía cierta forma o patrón, cíclico o lineal, debía ser perceptible en el mundo. La historia del mundo o la historia universal era un género tradicional practicado tanto en la Antigüedad como en la Edad Media (véanse pp. 38 y 117). Sin embargo, el descubrimiento de América y los sucesos acaecidos en Europa, Asia y África hicieron que los historiadores medievales pasaran de moda a mediados del siglo XVI. En la Antigüedad y la Edad Media se habían escrito obras sobre la historia del mundo, pero solían circunscribirse a ciertas regiones como Grecia, Roma, Tierra Santa y Europa. En tiempos de la expansión europea, las barreras empezaron a derrumbarse.

África y Asia

Los historiadores portugueses, como no podía ser menos, fueron los pioneros de este tipo de historia. Eanes de Zurara (*ca.* 1410-*ca.* 1473) escribió sobre las gestas de los portugueses en África, mientras que João de Barros (*ca.* 1496-1570), cuya obra principal

se titula *Décadas de Asia* en homenaje a Livio (o para competir con su predecesor), narraba las historias de los portugueses de la India y de China.

Imperio otomano

Sin embargo, en los siglos XVI y XVII, la historia que más interesaba a la generalidad de los europeos era la del Imperio otomano, narrada por Giovio en su *Commentario delle cose de' Turchi*, por el patricio veneciano Giovanni Sagredo (*ca.* 1616-*ca.* 1696) en su *Memorie istoriche de monarchi ottomani* y por el comerciante inglés Paul Rycaut (1628-1700) en su *Historia del Imperio turco*. Algunos especialistas llegaron a aprender turco y a traducir las historias escritas por los propios turcos. Otros aprendieron árabe, aunque su interés solía centrarse en la figura de Mahoma, al que calificaban de impostor.

América

Tras la historia del Imperio otomano, lo que más atraía el interés eran las historias de México y Perú. Dos de los estudios más importantes sobre este tema no llegaron a imprimirse en el Renacimiento. Uno es el de fray Bernardino de Sahagún (*ca.* 1499-1590) (véase p. 353), un misionero que se dedicó a recopilar las costumbres de la cultura que pretendía destruir. El otro es la crónica de Guamán Poma de Ayala (*ca.* 1530-*ca.* 1615) (véase p. 354), que hablaba quechua y escribió un texto sobre el Perú especialmente interesante porque nos da la «visión de los vencidos» (León-Portilla, 1969; Adorno, 1991).

Había historias de América –escritas por europeos– más asequibles, como la *Historia natural y moral de las Indias* del jesuita José de Acosta (1539-1600), los relatos rivales sobre la conquista de España de Francisco López de Gómara (*ca.* 1511-*ca.* 1566) y Bernal Díaz el Castillo (1492-1585), o las historias de Perú redactadas por Pedro Cieza de León (1520-1554) y Garcilaso de la Vega, el «Inca» (1539-1616).

Los españoles no eran los únicos que escribían historias de Hispanoamérica. El milanés Girolamo Benzoni (*ca.* 1519-*ca.* 1556) publicó una *Historia del Mondo Nuovo*, muy crítica con los conquistadores españoles. En el siglo XVII, un estudioso mestizo, Fernando Alva de Cortés Ixtilxóchitl (*ca.* 1570-1648), realizó una importante contribución a la historia azteca, pero su obra no se publicó hasta la década de 1890.

China y Japón

Guicciardini creía que incluso en la historia de Italia posterior a 1492 había que referirse en ocasiones al nuevo mundo, y su contemporáneo Giovio menciona en su *Historia sui temporis* tanto a México como a África, la India y China. Por esos años empezaron a publicarse en Europa historias de la China, entre ellas *De bello tartarico historia* del misionero jesuita italiano Martino Martini (1614-1661), en la que se da cuenta de los sucesos que condujeron a la caída de la dinastía Ming en la China de 1644. Mar-

tini escribió asimismo sobre la historia primitiva de China. Japón era mucho menos conocido por aquella época, si bien se habían publicado relatos sobre la introducción del cristianismo en el siglo XVI y las persecuciones padecidas por los misioneros y conversos en el siglo XVII.

Árabes y hunos

Pero hasta el siglo XVIII no asistimos a lo que podríamos denominar el «giro universal» de los historiadores (O'Brien, 1997). Volviendo a algunos de los que hablábamos antes, Robertson publicó una *Historia de América* y Gibbon dedicó varios capítulos de su *Decadencia y caída* al mundo que existía más allá de Europa, mostrando especial interés por los árabes y ciertos nómadas como los hunos. Mencionaba obras especializadas sobre estos temas publicadas por estudiosos franceses e ingleses de la época (Minuti, 1994; Pocock, 1999-2005, vol. 4).

India

Por aquellos años empezaron a publicarse biografías que simpatizaban con Mahoma. Los autores británicos debatían sobre la historia de la India, y la *Histoire des Deux Indes*, atribuida a Guillaume Raynal (1711-1796), una de las obras de historia más conocidas de su tiempo, contenía, al igual que la publicada por Benzoni dos siglos antes, una crítica a lo que hoy denominamos «colonialismo».

En definitiva, durante nuestro periodo de estudio se pudo acceder a una gran cantidad de novedosa información histórica sobre el mundo extraeuropeo. Toda historia que quisiera ser realmente «universal» tenía que incorporarla y las historias generales fueron asumiendo lentamente y con grandes dificultades este reto para la tradición. Jacques Bossuet, por ejemplo, ignoró deliberadamente a China en su *Discurso sobre la historia universal* por creer que esta antigua civilización era una amenaza para su visión del mundo cristocéntrica y centrada en Europa. Por otro lado, algunas historias del arte, la arquitectura, la filosofía y las matemáticas dedicaban un espacio considerable a los logros de chinos y árabes.

LAS CRONOLOGÍAS

Una de las razones por las que Bossuet consideraba que la historia de China era una amenaza era que sus cronologías retrocedían en exceso poniendo en entredicho la idea tradicional de que el mundo tenía 6.000 años de antigüedad. A medida que aumentaban los conocimientos que los europeos tenían de otras culturas se iba agudizando el problema de calcular y reconciliar las diferentes cronologías. Hasta la cronología bíblica resultaba problemática al no poderse datar con exactitud el nacimiento de Cristo, lo que provocó un intenso debate entre estudiosos como el jesuita Juan de Mariana.

Cronologías extraeuropeas

Sin embargo, esta cuestión no era nada comparada con los esfuerzos que requería reconciliar las cronologías griega, romana, egipcia, babilonia y china. La cronología islámica partía de la *hégira*, la huida de Mahoma a Medina en el año 622 d.C., y, siempre que se tuviera en cuenta que el año musulmán consta de tan sólo 354 días, no planteaba muchas dificultades. La cronología japonesa aún no se conocía en Europa, como tampoco la azteca o la maya, y los estudiosos británicos no dieron con las cronologías tradicionales del subcontinente asiático hasta el siglo XVIII.

Cronologías del mundo antiguo

La cronología griega se basaba en las olimpíadas, celebradas cada cuatro años. También había índices de los gobernantes de pueblos concretos como el de Atenas o Esparta. Los romanos contaban su historia «desde la fundación de la ciudad» *(ab urbe condita)* o desde los años en que ejercieron el consulado personas específicas (véase p. 41). En Egipto, un sacerdote-escriba llamado Manetón había recopilado en el siglo III a.C. un listado de treinta dinastías del que se recuperaron fragmentos. Más o menos por la misma época, otro sacerdote, denominado Beroso, escribió una historia similar de Babilonia, también en griego, de la que, al igual que en el caso de Egipto, sólo sobrevivieron fragmentos.

Finalmente se descubrió la cronología china a partir de la labor de misioneros como el jesuita Martini. Los chinos no ordenaban su historia atendiendo exclusivamente a la sucesión de dinastías (Han, Tang, Song, Ming, etc.), sino que la habían dividido en ciclos de sesenta años. En el siglo XVII afirmaban que habían transcurrido 73 de estos ciclos desde el reinado del Emperador Amarillo.

Búsqueda de «sincronías»

Resulta fácil imaginar los problemas que debió plantear el intento de armonizar todas estas cronologías para hacer de ellas una sola que partiera del momento de la creación (A.M., *anno mundi)* y establecer «sincronías», es decir, crear tablas sincrónicas sin caer en el «anacronismo» (un término que se empezó a usar en el siglo XVII para referirse a errores de sincronía). En los primeros siglos del cristianismo autores como Eusebio (véase p. 68) ya habían emprendido esta tarea; de hecho, conservamos ciertos fragmentos de las obras de Beroso y Manetón porque él los citaba. ¡Pero Eusebio no tenía que integrar en este esquema las cronologías chinas!

A principios del Renacimiento hubo estudiosos que emprendieron esta hercúlea tarea con resultados contradictorios, como era de esperar. La contribución más importante fue la de Joseph Justus Scaliger (1540-1609), gran políglota y erudito de la época. Fue este quien dio con la forma de establecer puntos de referencia absolutos en las cronologías recurriendo a la astronomía. Basándose en los relatos sobre eclipses y otras fuentes de información de la Antigüedad sobre la posición de los planetas, redujo todas las cronologías a una nueva (Grafton, 1993).

No obstante, los debates continuaron. Scaliger databa los primeros juegos olímpicos en el 3627 A.M. y el jesuita Denis Petavius, en el 3660. Hasta el mismísimo Isaac Newton participó en este debate al escribir su *Nueva cronología de los reinos antiguos*, una obra póstuma que vio la luz en 1728. Pero, al contrario de lo que ocurrió en el caso de las leyes de la gravedad, nadie se tomó más en serio el sistema desarrollado por Newton que otros y la controversia no se cerró (Manuel, 1963).

La antigüedad del mundo

Estos debates suscitaron difíciles cuestiones sobre la antigüedad del mundo. Ciertos estudiosos manejaban con demasiada soltura las fechas «A.M.», como si la antigüedad de seis mil años de un mundo supuestamente creado en el 4004 a.C. fuera un hecho comprobado. A otros les preocupaban las pruebas en contra. Sabían, por ejemplo, que el sacerdote egipcio interrogado por Heródoto creía que el mundo tenía 11.000 años y que Manetón afirmaba que las treinta dinastías egipcias abarcaban un periodo de 36.525 años.

Este tipo de ideas estaban mucho más extendidas en el Renacimiento de lo que creemos. Sabemos que durante la guerra civil inglesa, cuando se eliminó la censura y era menos peligroso dar voz a ideas poco ortodoxas en público, alguien afirmó que «el mundo se había creado muchos miles de años antes de lo que leemos sobre la creación». Ha llegado el momento de dejar de lado a los artífices de la historia para fijarnos en sus consumidores; pasemos de los autores a los lectores.

LEER HISTORIA

También podemos analizar la historia de las obras históricas desde el punto de vista del lector y del autor, de la audiencia y de la autoría. La invención de la imprenta en Occidente a mediados del siglo XV hizo mucho más asequibles y baratos los libros en general y los de historia en particular. En la Edad Media sólo circulaban copias manuscritas, mientras que una sola edición impresa solía constar de quinientas o mil copias, tal vez más. En relación con esta riada de historias debemos hacernos tres preguntas fundamentales: ¿qué se leía?, ¿quién lo leía? y, por obvio que parezca, ¿cómo se leía?

¿Qué se leía?

Se leía sobre todo historia de la Grecia y Roma antiguas directamente de las obras originales de los autores de la Antigüedad. Pocos autores anteriores a Gibbon se atrevieron a dar cuenta de la historia antigua con relatos propios. Los historiadores de la Antigüedad más leídos no siempre eran los que cabría esperar. Se leía mucho a Livio pero no a Tucídides, y a Tácito sólo a partir del

siglo XVI. Por otro lado, en el siglo XVI se reeditó y tradujo en numerosas ocasiones a autores hoy poco conocidos como Quinto Curcio y Valerio Máximo (véase p. 49).

A lo largo de nuestro periodo de estudio se publicaron unas veintiséis traducciones de textos cristianos primitivos o medievales, desde la historia de la Iglesia de Eusebio (traducida siete veces) a las obras de otros autores cristianos anteriores a Froissart (cuyas crónicas se tradujeron en dos ocasiones). Entre ellas cabe mencionar la *Historia de la Iglesia en Inglaterra* de Beda (traducida al inglés) y la crónica danesa de Saxo Grammaticus (traducida al danés), lo que demuestra que existía un interés por las historias nacionales. También se leían y editaban cuatro crónicas de las cruzadas, entre ellas la de Villehardouin.

Las memorias del diplomático del siglo XV Philippe de Commynes, un historiador renacentista, se publicaron doce veces y se tradujeron a siete lenguas diferentes a lo largo de nuestro periodo de estudio. La historia de la caída de la dinastía Ming de Martini se tradujo a nueve lenguas. La historia de su propia época de Giovio y la de Italia de Guicciardini se tradujeron ocho veces a seis lenguas diferentes.

Carlos V de Robertson y su *Historia de América* (traducidas a cinco lenguas, entre ellas el ruso en el caso de la primera y el griego moderno en el de la segunda) fueron dos de las obras más populares del siglo XVIII. La obra de Gibbon se publicó demasiado tarde como para que podamos darle una buena puntuación según nuestros criterios, pero su *Decadencia y caída* se tradujo al francés y al italiano en 1799 y al holandés y alemán poco después.

¿Quién lo leía?

¿Quién leía estas historias? En primer lugar, los humanistas mismos. Después de todo, la historia formaba parte del currículo que recomendaban, los *studia humanitatis*. Los gobernantes constituían un segundo e importante grupo de lectores. Se decía que algunos como Federigo da Montefeltre, el duque de Urbino, el rey Alfonso el Magnánimo de Aragón, Carlos el Temerario de Borgoña y el sultán otomano Mehmed el Conquistador solían tener lectores que leían a Livio en voz alta durante las comidas. Las múltiples referencias a esta anécdota, en vez de aumentar su credibilidad, la reducen. No obstante, conservamos un manuscrito traducido que demuestra que el joven Felipe IV de España había estudiado cuidadosamente a Guicciardini.

Los ministros y validos de los gobernantes también leían historia. William Cecil, jefe del gobierno durante el reinado de la reina Isabel, poseía copias de Giovio, Guicciardini y la *Historia de Florencia* de Maquiavelo; en la biblioteca del cardenal Richelieu había ejemplares de Tucídides, Tácito, Maquiavelo y la *Historia general de España* del jesuita Juan de Mariana. Francisco Idiáquez,

secretario de Felipe II, poseía aún más obras de historia, entre ellas las de Commynes, Giovio y Guicciardini.

La lectura de las historias antiguas era obligatoria en la escuela. Un maestro de escuela inglés del siglo XVII hizo una traducción de Livio, supuestamente para sus alumnos, que se convirtió en un clásico. Los estudiantes universitarios también leían historia, sobre todo en las universidades holandesas y alemanas. Cada vez más mujeres fueron leyendo historia a lo largo de nuestro periodo de estudio: reinas como Isabel de Castilla, María de Hungría y María, reina de Escocia; damas de la nobleza, y a veces mujeres de bajo estatus, como la cortesana veneciana que confesó a la Inquisición que «disfrutaba leyendo historia». El auge experimentado por la historia social en el siglo XVIII probablemente estuviera relacionado, en esta época de eclosión del comercio, con el interés de las mujeres por los detalles domésticos. Es posible que las historias de las mujeres de las que hemos hablado se escribieran pensando en el mercado femenino (Phillips, 2000; Woolf, 2000, pp. 306-309).

¿Cómo se leía?

La pregunta más difícil de las tres, pero también la más interesante, es la que se refiere a la forma en que leía la gente. En primer lugar debemos distinguir entre leer y escuchar, una práctica que parece haber estado muy extendida en lo más alto y lo más bajo de la escala social.

Cuando los renacentistas leían historia probablemente lo hicieran de forma distinta a la nuestra, aunque leamos las mismas copias o los mismos textos. La diferencia fundamental estriba en lo que interesaba a los lectores, lo que esperaban del texto y lo que recordaban de él. Tanto en la escuela como en la universidad, los estudiantes aprendían a leer la historia en estos diferentes modos (Woolf, 2003).

Lectura retórica

Resumiendo, cabe distinguir entre tres tipos de lectura o modos de filtrar un texto: el retórico, el moral y el político. Como sabemos, los renacentistas hacían una lectura retórica de los textos, centrándose en los discursos pronunciados por figuras destacadas, como consejeros o generales.

Lectura moral

La lectura moral también estaba muy extendida. Se consideraba que la historia y la poesía eran una suerte de ética práctica. Los ejemplos del pasado se leían como *exempla* de buenas acciones a imitar y malas acciones a evitar. Como señalara un traductor de Guicciardini, la historia no nos enseña «recurriendo a conceptos fríos y desnudos», sino por medio de ejemplos famosos y llenos de vida (*non nudis ac frigidis praeceptis sed illustribus et vivis exemplis*). No cabe duda de que lo que explica el interés en el Renacimiento por historiadores antiguos que actualmente han caído en el olvido, como Quinto Curcio y Valerio Máximo, es esta forma de leer los *exempla* (Hampton, 1990).

Tampoco se despreciaban los preceptos. Las antologías de discursos que hemos mencionado se solían publicar junto con índices de «aforismos dignos de mención». Se añadían índices de máximas o *gnomologia* a ciertas ediciones y traducciones de las historias de Guicciardini y ciertos autores antiguos como Procopio.

Lectura política

El tercer tipo de lectura es la política, centrada en las alegorías o paralelismos. Se creía que el pasado era una guía para el futuro; de ahí que no deba sorprendernos que Richelieu, Olivares y otros estadistas poseyeran tantos libros.

Podemos deducir el uso político que se hacía de la historia a partir de los discursos recogidos en las actas parlamentarias. En los debates celebrados en 1621 en la Cámara de los Comunes de Gran Bretaña, recopilados con especial meticulosidad, se hacía referencia a Esparta (Licurgo), al Imperio romano (Tiberio), a la conquista normanda y al reinado de Ricardo II. Según el nuncio papal, en la reunión del parlamento polaco *(Sejm)* celebrada en 1582 se citaba a Livio como si fuera la Biblia. De ahí que fuera bastante frecuente que los funcionarios decidieran que ciertos libros de historia moderna eran demasiado peligrosos como para publicarlos (véase p. 147).

En consecuencia, los escritores renacentistas decidieron limitarse prudentemente a los ejemplos de la historia antigua. En ese periodo se publicaron cientos de comentarios sobre la obra del maestro de la prudencia: Tácito. Se buscaba la sabiduría que había en ellos y se la intentaba resumir en argumentos generales sacados de su contexto original. Milton lamentaba que se hicieran «tajadas y rodajas» con los textos y que se los utilizara para analizar sucesos y personalidades del siglo XVII como si las circunstancias de ambos periodos fueran similares.

Lectura alegórica

Volvamos a la lectura alegórica del pasado, una cuestión candente en la cultura política de la Europa renacentista a la que se ha dedicado menos atención de la debida. Empecemos por un ejemplo pictórico de las famosas series de frescos del Vaticano, pintadas por Rafael y sus aprendices, que representan a los papas León I, León III y León IV. León I aparece repeliendo la invasión de Atila y los hunos, León III coronando a Carlomagno y León IV dando gracias a Dios por la victoria sobre los sarracenos. Los tres papas tienen los rasgos de León X, que encargó las pinturas. El nombre «León», junto con la cara hinchada y los ojos saltones, indican que León III y León IV representan a León X. Quien contempla el cuadro acaba sospechando que la pintura sobre Carlomagno está queriendo decir algo sobre las relaciones entre León X y el «segundo Carlomagno», el emperador Carlos V. La historia de los sarracenos refleja los planes del papa para una cruzada y la historia de los hunos parece hacer referencia a los invasores «bárbaros» de Italia, es decir, a los franceses y españoles tras 1494.

Las obras de teatro de temática histórica contenían con frecuencia ejemplos del pasado que evocaban el presente. Sea cual fuere la intención de Shakespeare al escribir *Ricardo II*, sabemos que los partidarios del conde de Essex, que se rebelaron al final del reinado de Isabel, consideraban que la obra se refería al presente y exigieron una representación de tipo especial. A la reina, al igual que a los rebeldes, no le cabía duda alguna de que el personaje de *Ricardo II* (destronado en 1399 y asesinado poco después) se refería a ella. De ahí que no resulte sorprendente que Sir John Hayward (véase p. 148) acabara en la Torre de Londres por publicar un estudio sobre la época medieval.

Popularización de la historia

En algunas regiones de Europa, como la Italia del siglo XVI o la Inglaterra del siglo XVII, la historia adquirió gran popularidad. Se publicaron muchas obras cortas y baratas con la esperanza, que probablemente se vio cumplida, de llegar a un público relativamente amplio. Las baladas impresas narraban sucesos del pasado, como batallas, y en ellas se hacía mucho hincapié en lo que hoy denominaríamos «historias de interés humano». Las imágenes impresas también difundían información sobre el pasado; por ejemplo, sobre los gobernantes. Los retratos y grabados de reyes, papas o sultanes solían ir acompañados de una corta biografía.

Divulgación de las cronologías

Otra forma fácil y asequible de acceder a la historia eran las cronologías que solían adjuntarse a los almanaques en forma de apéndices o prefacios. En ellas se resumía la historia del mundo desde la creación hasta su presente en aproximadamente una página. Mencionaban la destrucción de Troya, por ejemplo, y en los países protestantes incluían las críticas a la Iglesia realizadas por Lutero, la masacre de 1572 de los calvinistas de París y el viaje de la armada española. Los lectores que querían más información podían recurrir a resúmenes de libros largos, como la *Historia de Italia* de Guicciardini o la *Historia del mundo* de Sir Walter Raleigh (*ca.* 1552-1618).

Obras de referencia

Se ha dicho que en los siglos subsiguientes a la invención de la imprenta hubo, al igual que en nuestros días, un «estallido de información» que generó una «sobrecarga». Los autores solían quejarse de lo que calificaban de «aluvión de libros» sobre todos los temas. Los editores reaccionaron publicando más y más libros pensados no para ser leídos, sino para ser consultados. Son lo que hoy denominamos «libros de referencia» y muchos versaban sobre historia. Pensemos, por ejemplo, en la cronología de la historia mundial o en diccionarios históricos o en biografías. Se publicaron asimismo bibliografías como la incluida por Bodino en su *Methodus* (véase p. 143), una especie de ensayo bibliográfico introductorio. A lo largo de los siglos XVII y XVIII empezaron a imprimirse catálogos en los que los libros se agrupaban en diversas categorías.

Si imaginamos a dos posibles lectores rebuscando en buenas librerías en 1500 y en 1800, veremos que el segundo tenía a su disposición una impresionante variedad de libros. En 1500 aún había poco que leer sobre muchos temas históricos. Pero en 1800 un individuo solo no hubiera podido abarcar todo lo que había y mucho menos asimilarlo. Aun así, el río seguía fluyendo...

AUTORES REPRESENTATIVOS

Lorenzo Valla

Lorenzo Valla (1406-1457) fue un humanista italiano que adquirió notoriedad por sus críticas a ciertos textos e individuos, como el jurista Bartolo de Sassoferrato o el credo de los apóstoles, que sus contemporáneos consideraban sagrados o, al menos, respetaban mucho. También escribió historia: una biografía de Fernando I de Aragón que, en opinión de algunos lectores, carecía de la «dignidad» apropiada para un tema de este tipo. Ocupa un lugar en la historia del pensamiento histórico gracias a una obra corta y polémica, *Discurso sobre la falsificación de la supuesta Donación de Constantino*, redactada en torno al año 1440, que minaba la legitimidad de los estados papales basada en el hecho de que el emperador Constantino había cedido estos territorios al papa Silvestre, una donación supuestamente plasmada en un documento de la época.

El mérito de Valla se ha reconocido a menudo, pero también ha sido el blanco de diversas críticas. En primer lugar, se ha señalado que escribió el *Discurso* cuando Alfonso V de Aragón (hijo de Fernando I), que había contratado a Valla, tenía conflictos con el papa. Desde este punto de vista, el *Discurso* entraría en la categoría de lo que hoy llamamos «propaganda», un «libelo» contra el Papado. En segundo lugar, se ha señalado que Valla no fue ni mucho menos el primer estudioso en manifestar sus dudas sobre la autenticidad de la Donación.

Sean cuales fueren los motivos que impulsaron a Valla a escribir este texto, sus argumentos han trascendido las circunstancias en las que surgieron. Estudiosos anteriores habían planteado argumentos similares sobre esta donación, pero Valla los reformuló gracias a sus conocimientos de fi-

> «¿Por qué habla de la provincia de "Bizancia" cuando se refiere a una ciudad de nombre Bizancio? El lugar no era lo suficientemente extenso como para erigir en él una ciudad tan grande, pues la antigua ciudad de Bizancio había quedado dentro de las murallas de Constantinopla. ¡Y este hombre afirma que hay que construir la ciudad [nueva] en el punto más adecuado! ¿Por qué sitúa Tracia, la región en la que se encuentra Bizancio, al este cuando está al norte? Supongo que Constantino no conocía el emplazamiento que había elegido para construir la ciudad, no sabía en qué latitud estaba, si era una ciudad o una provincia, ni si era grande o no.
>
> [...] "Y, al mismo tiempo, la tiara y la banda que suele rodear el cuello de nuestro emperador". ¿Cuándo se ha visto que se diga "tiara" *[phrygium]* en latín? Hablas como un bárbaro y quieres que me crea que se trata de un discurso de Constantino o Lactancio. [...] ¿No es evidente que este artífice de fábulas comete un error garrafal, no por imprudencia, sino deliberadamente y a propósito, como si nos diera pistas para que le pillemos?»
>
> Extractos del *Discurso*

logía. Lo que convierte al *Discurso* en un ejemplo para la historia de la crítica histórica es la combinación de argumentos internos y externos al texto y, sobre todo, la sensibilidad de Valla para detectar los anacronismos lingüísticos que le impulsaron a rechazar el documento y a considerarlo una falsificación posterior (Gaeta, 1955).

Francesco Guicciardini

Francesco Guicciardini (1483-1540) fue un patricio florentino que mostró desde joven un gran talento para el análisis psicológico y la estrategia política. Más estadista que estudioso, pasó los mejores años de su vida como gobernador de Bolonia y otras ciudades. Cuando ya no fue de utilidad para la familia Medici se retiró a su villa, como hiciera su amigo Maquiavelo en circunstancias similares, para escribir sus memorias y comenzar la *Historia de Italia*, de estilo depurado y con trama de tragedia: la tragedia de Italia en una época marcada por las invasiones, primero por parte de los franceses y luego de los españoles. Publicada en Florencia en una versión censurada, fue traducida al francés, al español, al alemán y al inglés, y circulaba íntegra por la Europa protestante, donde no se suprimieron los pasajes censurados por criticar al papa. Esta obra de Guicciardini ha sido muy admirada, tanto en su época como en la nuestra, por sus cualidades literarias y su agudeza psicológica. Los lectores actuales deben recordar que la idea de escribir una historia de Italia, en vez de la de Florencia o la de alguno de los otros estados de la península, era algo inusual a mediados del siglo XVI, tres siglos antes de la unificación italiana (Phillips, 1977). El pasaje seleccionado de su *Storia d'Italia* muestra un tema recurrente en la obra de Guicciardini, una parte esencial de su visión trágica de la historia: la de la locura de individuos que, como Ludovico Sforza, creen poder controlar todo lo que sucede, mientras la acción suele acarrear consecuencias no ya diferentes, sino incluso opuestas a las esperadas (Phillips, 1977).

> «Tras ser capturado por los franceses, Ludovico Sforza fue conducido a Lyon, donde estaba el rey. Entró en la ciudad al mediodía y una gran multitud acudió a ver a un príncipe, derrotado y miserable, al que hasta hacía poco admiraban por su grandeza y majestad, y cuya felicidad envidiaron muchos. Deseaba ser conducido ante el rey, pero no le fue concedida esa gracia. Dos días después le encerraron en la Torre de Loches, donde permaneció preso cerca de diez años, hasta su muerte. Todo ese tiempo estuvieron recluidos en tan angosta prisión los pensamientos y ambiciones de quien en su día pensara en términos de Italia entera.»
>
> Extractos de la *Storia d'Italia*

Lord Clarendon

Edward Hyde ostentaba el título de Lord Clarendon (1609-1674). Al igual que Guicciardini, Hyde fue un hombre de mundo, miembro del parlamento y consejero del rey Carlos I. Se dedicó a

escribir historia desde su exilio en Francia, supuestamente porque «no tenía otra cosa que hacer» tras la derrota de los realistas en la Guerra Civil. En 1660 recobró el poder como consejero de Carlos II, pero tuvo que volver al exilio en 1667 y pasó el resto de su vida en Francia, escribiendo su *History of the Rebellion* (que hoy conocemos como *Guerra Civil*, 1642-1649). Al igual que la historia de Guicciardini, está escrita en un estilo culto, tiene trama de tragedia y las agudas descripciones del carácter de los protagonistas del drama la dotan de gran viveza. Es una de las mejores muestras de historia narrativa del siglo XVII, junto a la historia del Concilio de Trento de Paolo Sarpi (Wormald, 1951).

> «El Sr. Hampden era un hombre muy astuto y uno de los espíritus con mayor discernimiento de la época. Sabía dirigirse a cualquiera y llevarle a su terreno por medio de insinuaciones. Era un hombre de buena cuna y considerable fortuna que, tras una vida dedicada a los placeres y la licencia, se retiró para llevar una vida muy sobria y austera. A pesar de lo estricto que era consigo mismo, nunca perdió la alegría ni la afabilidad, lo que, unido a su gran sabiduría y sentido de la justicia y el valor que había demostrado al oponerse a un impuesto impopular (el *ship-money*), le había granjeado una inmejorable reputación, no sólo en su Buckinghamshire natal, sino en todo el reino. No era hombre de muchas palabras y rara vez comenzaba un discurso o decía la primera palabra sobre el tema sometido a debate. Sin embargo, era un orador de categoría y, tras escuchar todos los argumentos, observaba por qué medidas se inclinaba la Cámara [de los Comunes], tomaba la palabra y defendía esa postura tan sucintamente, con tanta claridad y habilidad, que solía obtener los resultados deseados.»
>
> Extractos de *The History of the Rebellion*

Jean Mabillon

Jean Mabillon (1632-1707) fue un benedictino francés, el más conocido de los denominados «mauristas», un grupo de monjes-estudiosos que formaban algo así como un equipo de investigación histórica. Lo que le dio la fama fue su voluminoso estudio *De re diplomatica* (1681), en el que detallaba los principios de la crítica de fuentes, centrándose en los fueros medievales. La obra surgió a partir de la intensa controversia que mantuvo con el jesuita Daniel Papebroch (1628-1714), miembro de otro «equipo de investigación» rival, el de los «bolandistas», con base en los Países Bajos españoles y dedicado a analizar la vida de los santos. Este buscaba la forma de distinguir entre documentos genuinos y falsos, y consideraba falsificaciones algunos documentos de privilegios custodiados en la abadía benedictina de Saint-Denis. Se encomendó a Mabillon la defensa de su autenticidad, pero esa defensa se convirtió en un tratado general en el que hablaba de los métodos para datar documentos de este tipo a partir de la letra, las fórmulas, los sellos, etc. Mostraba la forma de detectar las falsificaciones y reivindicar la autenticidad de los docu-

> [illegible]

mentos. No era la primera vez que se hablaba de los fueros medievales en estos términos, pero su exposición era, sin duda, la más sistemática; de hecho, convenció a Papebroch.

En las *Breves reflexiones*, obra elegida como cita para este autor, publicadas por primera vez en 1990, Mabillon busca el equilibrio entre la credulidad y el escepticismo. Hace hincapié en la necesidad de «discernir» entre tradiciones, algo que defendían tanto los mauristas como los bolandistas. Hablar de «leyes» era muy común en la época de la geometría de Pascal y el clasicismo de Racine (Barret-Kriegel, 1988).

Giambattista Vico

Puede que la expresión menos inadecuada para definir brevemente a Giambattista Vico (1668-1744) sea la de un «filósofo de la historia», aunque esa expresión no existía en sus días. Hijo de un librero, nació en Nápoles y, tras estudiar retórica y derecho romano, ejerció la docencia en la Universidad de Nápoles (siempre ambicionó, sin lograrla, una cátedra de derecho). Vico realizó algunas contribuciones sustanciales a los estudios históricos, entre ellas su análisis del papel que desempeñaban las fiestas en la antigua Roma, su relato del frustrado intento de conspiración antiespañola de Nápoles y la biografía de un aristócrata local, Antonio Caraffa.

Pero lo que le deparó la fama (que le fue negada hasta el siglo XIX) fue su *Ciencia nueva*, publicada por primera vez en 1725 y revisada y completada a lo largo de los veinte años siguientes. El libro no versaba sólo sobre historia (incluido lo que el autor denomina «historia de las ideas»), sino también sobre derecho, poesía, filosofía y teología. Aunque hizo una estricta distinción entre dos tipos de conocimiento, el de la naturaleza y el de las humanidades, Vico se consideraba el Galileo o el Newton de la historia y afirmaba que buscaba los principios de una «nueva ciencia». Su mayor descubrimiento fue el de las tres edades de la humanidad, que denominó «edad de los dioses», «edad de los héroes» y «edad de los hombres». En cada una de ellas habrían primado un derecho, una lengua y una mentalidad diferentes. Como Vico pretendía reconciliar la idea cristiana de providencia con la visión cíclica de la historia predominante en el mundo antiguo, afirmaba que las edades eran recu-

> «Así, Homero compuso la *Ilíada* cuando Grecia era joven y, por lo tanto, estaba llena de pasiones ardientes y sublimes como el orgullo, la cólera o la venganza, pasiones todas ellas que poco tienen que ver con el disimulo y la generosidad. Por entonces Homero admiraba a Aquiles, el héroe de la fuerza. Sin embargo, compuso la *Odisea* ya viejo, cuando la reflexión, madre de la sagacidad, había aplacado los ánimos de Grecia. Entonces empezó a admirar a Ulises, héroe de la sabiduría. De modo que, cuando Homero era joven, lo que atraía a los griegos era la crueldad, la villanía, la ferocidad, la fiereza y la atrocidad, mientras que, cuando era viejo, no disfrutaban sólo del acoso a la casta Penélope y la lucha contra los pretendientes, sino asimismo del lujo de Alcinoo, las delicias de Calipso, los placeres de Circe, los cantos de las sirenas y los pasatiempos de esos pretendientes. Ambos tipos de costumbres acabaron siendo incompatibles.»
>
> *Scienza nuova*, sección 879

rentes. En su libro hallamos fascinantes debates sobre la Edad Media, la antigua China, Japón, México y Etiopía, pero Vico se basaba, sobre todo, en sus reflexiones en torno a la historia de la Grecia y la Roma antiguas. Sus observaciones más profundas y originales se refieren a la primera de las edades y la forma de pensar «poética», concreta y metafórica, similar a la de los niños, que le era propia. En una sección de su libro titulada «El descubrimiento del auténtico Homero», elegida como cita para este autor, Vico analizaba la *Ilíada* y la *Odisea* en la medida en que reflejaban las antiguas costumbres griegas. En su opinión, sobre todo el primero de estos poemas, son prueba inestimable de lo que luego describiría como pensamiento «primitivo».

Edward Gibbon

Edward Gibbon (1737-1794) fue un caballero inglés cosmopolita. De joven concibió la idea de emular a los grandes historiadores clásicos, sobre todo a Tácito, escribiendo la historia de la decadencia de Roma y su imperio. A medida que escribía fue ampliando el proyecto original para abarcar la historia de los bárbaros que destruyeron el Imperio romano y de la Iglesia que lo sustituyó en importantes aspectos. El hecho de que Gibbon intentara combinar su habilidad de *érudit* con la de *philosophe* dificultó su labor. Escribió su historia a partir de las fuentes (el libro contiene más de ocho mil notas a pie de página), pero su narrativa logró interesar tanto al público que se regía por las modas como al mundo del saber. Fue un duro golpe para los enemigos de la Ilustración, a los que tachaba de «supersticiosos» y «fanáticos». Teniendo en cuenta lo ambicioso del proyecto resulta difícil describir a Gibbon en un pequeño resumen. El texto seleccionado nos permitirá hacernos una idea de su espíritu crítico, su amor por la ironía, su gusto por el detalle vívido, su punto de vista olímpico, su margen geográfico y cronológico (su perspectiva «universal» diríamos hoy) y su interés por la interacción cultural (Pocock, 1999-2005).

[illegible]

ESQUEMA

Historiografía del Renacimiento a la Ilustración

1. La historia como literatura
- La dignidad de la historia: personajes, discursos y máximas.
- Críticas del gran estilo.

2. Historia y política
- Historia oficial.
- Censura.
- Alegoría histórica.

3. Historia de la Iglesia
- Reforma, Contrarreforma y su legitimación a través de la historia (Baronio, Sarpi).

4. Explicación histórica
- Maquiavelo y Guicciardini.
- Historia barroca: *ser* y *parecer.*
- Explicaciones económicas y sociales en la Ilustración.

5. Anticuarianismo y filología
- Historia del lenguaje (Valla, Pasquier).
- Historia de la cultura material (Biondo, Bosio).
- Antigüedades vernáculas.

6. Historia del derecho
- Derecho romano, derecho canónico, derecho feudal.
- El descubrimiento del contexto.

7. Fuentes y crítica de fuentes
- Crítica textual: los clásicos y la Biblia.
- Falsificaciones y su detección.
- El uso de archivo.

8. Escepticismo histórico
- Los «pirronistas»: desde Agripa a Voltaire.

9. La rehabilitación de la historia
- Mabillon y la autentificación de los documentos.
- Evidencia de las monedas.
- El uso del mito.

10. Historia de la sociedad

- El surgimiento de la historia cívica.
- La historia del comercio.
- Historia cultural.

11. Periodización

- Antigüedad, Edad Media, Edad Moderna.
- Historia lineal e historia cíclica.
- Los cuatro imperios y la semana del mundo.
- De la decadencia al progreso.

12. Historia mundial

- El Imperio otomano.
- México y Perú.
- El giro global del siglo XVIII.

13. Cronologías

- Sincronismo: reconciliación de las cronologías.
- La edad del mundo.

14. Leer historia

- Qué se leía, quiénes leían y cómo se leía la historia.
- Historia traducida.
- Lectura retórica, moral y política.
- Historia popular.
- Libros de referencia.

15. Historiadores representativos

- Valla.
- Guicciardini.
- Clarendon.
- Mabillon.
- Vico.
- Gibbon.

Sobre la teoría de la historia de este periodo, A. Grafton, *What was History? The Art of History in Early Modern Europe* (Cambridge, 2007).

Sobre el Renacimiento, P. Burke, *The Renaissance Sense of the Past* (Londres, 1969); D. R. Kelley, *Foundations of Modern Historical Scholarship* (Nueva York, 1970), y E. Cochrane, *Historians and Historiography in the Italian Renaissance* (Chicago, 1981).

Sobre la filología y Lorenzo Valla, sigue siendo mejor comenzar con F. Gaeta, *Lorenzo Valla: filologia e storia nell'umanesimo italiano* (Nápoles, 1955).

Sobre Guicciardini, M. S. Phillips, *Francesco Guicciardini: the Historian's Craft* (Manchester, 1977).

Sobre el movimiento anticuarianista, A. Momigliano, «Ancient History and the Antiquarian», en *Studies in Historiography* (Londres, 1966). Sobre la historia del derecho, el estudio clásico sigue siendo D. Maffei, *Gli inizi dell'umanesimo giuridico* (Milán, 1956).

Sobre Reforma y Contrarreforma, E. Cochrane, «Cesare Baronius and the Counter-Reformation», *Catholic Historical Review* 67 (1980), e I. Backus, *Historical Method and Confessional Identity in the Era of the Reformation* (Boston, 2003).

Sobre falsificación histórica, A. Grafton, *Forgers and Critics* (Princeton, 1990); sobre el escepticismo histórico, C. Borghero, *La certezza e la storia: cartesianesimo, pirronismo e conoscenza storica* (Milán, 1983).

Sobre Vico, P. Burke, *Vico* (Oxford, 1985).

Sobre la Ilustración, F. Díaz, *Voltaire storico* (Turín, 1958); C. Grell, *L'histoire entre érudition et philosophie: étude sur la connaissance historique à l'âge des lumières* (París, 1993), y K. O'Brien, *Narratives of Enlightenment: Cosmopolitan History from Voltaire to Gibbon* (Cambridge, 1997).

Sobre la idea del progreso, José Antonio Maravall, *Antiguos y modernos: la idea de progreso en el desarrollo inicial de una sociedad* (Madrid, 1966).

Sobre la contribución historiográfica española, R. B. Tate, *Ensayos sobre la historiografía peninsular del siglo* XV (Madrid, 1970), y J. Caro Baroja, *Las falsificaciones de la historia (en relación con la de España)* (Barcelona, 1992).

5
Más allá de Occidente: islam y China

(Peter Burke)

Gran parte del presente volumen está dedicado a una única tradición de pensamiento histórico, extensa y variada, que ha determinado la forma predominante de escribir historia en el mundo de la historiografía de los últimos 100 años. No obstante, en ciertos momentos, han ido surgiendo otras tradiciones o estilos historiográficos en diversas partes del mundo, que han influido notablemente. Entre ellos cabe mencionar las *vamśavalis* o crónicas dinásticas de la India, que incluyen, por ejemplo, la historia de Cachemira, escrita en sánscrito en el siglo XII, por el brahmán Kalhana; los *babads* o poemas históricos tradicionales de Java; la «historia a través del tambor» del África occidental; las historias de México registradas pictográficamente, o los *qipu* del Perú inca, compuestos por cuerdas anudadas que, al igual que el ritmo del tambor, ayudaban a memorizar la historia transmitida oralmente. Sería fascinante poder leer algún tipo de sociología o antropología comparada centrada en estos estilos. En tanto, la historia global de la historiografía de Daniel Woolf (2011) proporciona una valiosísima síntesis.

Dos importantes tradiciones no occidentales han ejercido una gran influencia. Una es la tradición china, que se remonta a más de 2.000 años atrás, junto a las versiones paralelas surgidas en Japón, Corea y Vietnam. La otra es la tradición árabe, adoptada en el resto del mundo islámico por persas, otomanos y mogoles. A pesar de que muchos especialistas han trabajado desde el seno de estas tradiciones, en Occidente sólo conocemos relativamente bien a dos de sus historiadores: Sima Qian (fallecido en el 86 a.C.) e Ibn Khaldun (fallecido en 1406 d.C.). No cabe duda de que ambos fueron grandes historiadores, pero, como demostraremos en este capítulo, no son los únicos.

LA HISTORIOGRAFÍA ISLÁMICA

Si a partir de la Edad Media los cristianos databan los sucesos atendiendo a la fecha del nacimiento de Cristo, los musulmanes,

siguiendo el ejemplo del califa Omar ibn al-Khattab (*ca.* 581-644 d.C.), databan sus documentos a partir del año en que Mahoma fue a Medina (622 d.C.). Al igual que la Biblia, el Corán propugna una visión muy concreta del pasado. Sin embargo, la tradición histórica árabe surge de los *hadith*, los dichos de Mahoma y sus compañeros. En el siglo IX d.C. (siglo III para los musulmanes) surgió un intenso debate en torno a la *isnad* o cadena de transmisión de los *hadith* a partir de los testimonios originales. De ahí que estudiosos musulmanes como Muhammad ibn Ishaq (fallecido en el 761 d.C.) fueran adquiriendo conciencia de lo que los historiadores occidentales han denominado «fuentes».

Crítica documental

La crítica basada en las fuentes se extendió de la historia religiosa a la laica. El árabe Jahiz (fallecido en el año 868 d.C.) hablaba, por ejemplo, de la fiabilidad de los relatos sobre el pasado, distinguiendo entre «pruebas falsas» y «pruebas verdaderas», señalando lo peligrosa que resultaba la «corrupción y alteración» de los sucesos del pasado. Al jurista Abu Ja'far Al-Tabari (fallecido en el 923 d.C.) le interesaban sobremanera los problemas de transmisión (Khalidi, 1994, p. 73). Comentaba las fuentes empezando con coletillas como «según» y sólo se fiaba de su propio juicio a la hora de decidir si una tradición parecía tener más sentido que otra. El persa Al-Bayhaqi (995-1077 d.C.), imán experto en los *hadith*, criticaba las historias de milagros (Meisami, 1999, p. 81). Bayhaqi era secretario de la Cancillería y aprovechaba que tenía acceso a los documentos oficiales para incorporar su contenido a la historia que escribía.

Historia y literatura

Al igual que en Europa, se apreciaban mucho las cualidades literarias de los historiadores concretos. El desdén hacia la historia que Aristóteles expresara en la *Poética* era de sobra conocido, pero no afectó ni a los historiadores cristianos ni a los musulmanes. El secretario persa Abu Nasr Utbi (961-1036 d.C.), por ejemplo, escribió la historia de la dinastía gaznávida (el *Tarikh a'Yamini*) en árabe. Su estilo es tan sofisticado que algunos especialistas occidentales lo han calificado de «culteranismo» o «estilo de cancillería» (Khalidi, 1994, p. 162; Robinson, 2003, p. 85, 99n). Al igual que en el caso de Europa, los límites entre la historia y la poesía épica eran difusos. La *Shahnama* del poeta persa Firdawsi (fallecido en el 1020 d.C.) es un relato épico que cuenta la historia de tres dinastías iraníes sucesivas, en la que aparecen personajes de ficción como el guerrero Rustam y el pájaro maravilloso Simurgh.

Estos historiadores pasaban a veces de la prosa a la poesía de una forma poco usual en la tradición occidental, pero también recurrían a técnicas literarias similares a las de Occidente. Se solían contar anécdotas con gran viveza y las historias contenían

diálogos dramáticos. Ciertos historiadores islámicos como Bayhaqi se inventaban (al igual que sus colegas de la Antigüedad y el Renacimiento) discursos que ponían en boca de sus protagonistas (Waldman, 1980, p. 65)

Historia ejemplar

Como en Europa, se creía que la historia enseñaba virtud y sabiduría ofreciendo ejemplos de conducta que debían imitarse o evitarse. Debido a que, supuestamente, la historia se repetía a sí misma (en palabras de Ibn Khaldun, «el pasado se parece al futuro como una gota de agua a otra»), su estudio se consideraba una parte fundamental de la educación de los príncipes, que aprendían de ella reglas útiles para el gobierno o la conducción de la guerra. Según el historiador persa Ibn Funduq (*ca.* 1097-1169 d.C.), las historias eran las «cuevas del tesoro de los secretos de Estado», pues sucedían pocas cosas que no hubieran ocurrido con anterioridad (Meisami, 1999, pp. 6-7, 83, 209-211).

Ciertos gobernantes consideraban que la historia escrita les procuraba y perpetuaba una reputación. El mogol Timur (1336-1405 d.C.), conocido en Occidente por el nombre de Tamerlán, se hacía acompañar por sus secretarios en sus campañas para que registraran sus gestas (como hiciera el emperador Carlos V ciento cincuenta años después), que luego pedía que le leyeran.

La diferenciación de los géneros

Poco a poco fueron surgiendo diversos géneros históricos (Khalidi, 1994, pp. 49-68; Robinson, 2003, pp. 18-38). Uno de los primeros fue la historia sacra, la del Profeta, seguida por la historia de las conquistas musulmanas. En la obra *Al-Maghazi* de Muhammad al-Waqidi (748-823 d.C.) se narraban las batallas de Mahoma, Al-Hakam (fallecido en el 870 d.C.) escribió *Las conquistas de Egipto* y Ahmad al-Baladhuri (fallecido en el 892 d.C.) sobre las conquistas en general.

Historia sacra

Biografía

La biografía fue un género que también surgió relativamente pronto y acabó convirtiéndose en historia tribal y dinástica. Como en Occidente, se escribía historia para legitimar a las nuevas dinastías. Uno de los ejemplos más famosos de biografías (equiparable al de Joinville en Occidente) es la biografía de Saladino escrita por el persa Imad ad-din al-Isfahani (1125-1201 d.C.), uno de sus secretarios, que acompañaba a su señor cuando estaba de campaña. Se solían recopilar directorios biográficos, que, a veces, se centraban en los individuos de una región determinada.

Historia de las ciudades

Los diccionarios sobre los habitantes de una ciudad solían introducirse con una descripción de la ciudad misma, como hicie-

ran al'Khatib al'Baghdadi (fallecido en el 1071 d.C.) en el caso de Bagdad o Taqi al-din al-Maqrizi (fallecido en 1442 d.C.) en el de El Cairo. Entre las historias regionales cabe mencionar una de Granada, la *Lamha*, escrita por un administrador local, Ibn al-Khatib (fallecido en 1374 d.C.), que incluía tanto la historia de la ciudad como las biografías de sus habitantes más famosos.

Las historias del mundo

Historias universales

La historia local se complementaba con la historia universal, la historia del mundo. El primer ejemplo que ha llegado hasta nosotros es el de la obra de Ahmad al-Ya'qubi (fallecido en el 897 d.C.). Se empezó a relatar la historia del mundo conocido hasta los tiempos de Mahoma. Al-Tabari escribió una historia del mundo, *La historia de los profetas y reyes (Tarikh al-rusul was-l-mulük)*, un estudio muy analítico que abarcaba desde Adán hasta los tiempos de los abasíes y en el que, como Agustín, se preguntaba ¿qué es el tiempo? Al-Mas'udi (896-956 d.C.) de Bagdad, conocido como «el Heródoto árabe», también escribió una historia con el mismo arco cronológico: *Prados de oro y minas de gemas*. Puede que la historia universal más digna de mención del mundo islámico fuera una voluminosa obra elaborada por un grupo de estudiosos, dos de ellos chinos, bajo la dirección de Rashid al-Din (1247-1318 d.C.), el visir persa del khan mogol.

La historia del mundo de Abu Ibn Miskawayh (932-1030 d.C.), filósofo y burócrata, titulada *Experiencias de las naciones (Tajarib al-umam)*, recoge los testimonios de testigos oculares de los sucesos de su propia época. Se ha dicho que Miskawayh fue «el primer gran historiador del islam que centró su interés en sucesos recientes o contemporáneos» (Humphreys, 1991, p. 133). Tras la publicación de su obra hubo un «estallido» de historia contemporánea en los siglos XII y XIII (Robinson, 2003, p. 101).

Historia de la cultura

En estas historias del mundo no se pasaba por alto lo que hoy denominamos «cultura». Recogían ciertos temas recurrentes como la difusión de la *hikma* (sabiduría) de una nación a otra, de los hindúes a los persas, hebreos, griegos y árabes, una sucesión que recordará a los lectores occidentales la *translatio studii*. El filósofo Abu Nasr Al-Farabi (*ca.* 870-950 d.C.), conocido en su tiempo como el segundo Aristóteles y comparado más recientemente con Vico (Khalidi, 1994, p. 267), hablaba del auge de las ciencias y el conocimiento especializado en su *Libro de las letras (Kitab al'Huruf)*.

En los siglos posteriores hubo muchos debates sobre la decadencia de las ciencias, las ciudades y los imperios, por ejemplo

entre Ibn Khaldun y Mustafá Ali (Fleischer, 1986). El estudioso y estadista Ibn Khaldun (1332-1406 d.C.) tenía mucho que decir sobre la decadencia en el prólogo a su historia del mundo, en el que mencionaba el desmoronamiento de las familias y el declive de las naciones (véase *infra*). El burócrata turco Mustafá Ali (1541-1600 d.C.) hablaba de la decadencia del Imperio otomano en su *Esencia de la historia (Künhü 'l-ahbar)*, y el embajador de Marruecos Muhammad al-Wazir al-Ghassani (fallecido en 1707 d.C.) se inspiró en la obra de Ibn Khaldun para realizar un análisis de la decadencia española tras ser enviado a España, en 1690, para rescatar a algunos cautivos.

La difusión de los modelos árabes

Al igual que en el caso de la *hikma*, el interés por la historia iba de una región del mundo islámico a otra, de Arabia a Persia y los imperios otomano y mogol. En el año 963, el gobernante Mansur ibn Nuh ordenó a su visir Al-Bal'ami que tradujera a Tabari al persa. Los historiadores persas posteriores siguieron el modelo árabe e incluso llegaron a escribir en árabe, la *lingua franca* del mundo islámico, que cumplía la misma función que el latín en Europa o el chino en el este asiático. Uno de los ejemplos más famosos es el de Abu Nasr Utbi (véase p. 184), cuya obra se completó en el siglo XII y también se tradujo al persa. Otro es el de Iskandar Beg (*ca.* 1560-1632 d.C.), un secretario (*munshi*) de la cancillería del shah Abbas, autor de *La historia de Abbas: ornato para el mundo (Tarikh-i 'alam-ara-yi 'Abbasi)* (Quinn, 2000).

Los historiadores mogoles imitaron el modelo persa y hasta escribieron en persa. Entre ellos cabe mencionar a Abu al-Fazal ibn Mubarak (1551-1602 d.C.), autor del *Libro de Akbar* (*Akbarnamah*, 1589) por encargo del shah. Sin embargo, en el Renacimiento, la escuela hegemónica del mundo islámico era la otomana, entre cuyos representantes se contaban Mustafá Ali y Naima. El mundo visto desde Estambul, al igual que el mundo visto desde Venecia o París, pareció expandirse durante el Renacimiento, como demuestra un texto escrito en 1580 y publicado en 1730, la *Historia de las Indias Occidentales (Tarih-i Hind-i garbi)*, que introducía a sus lectores en el México y Perú coloniales. Otro gran escritor de historias del mundo otomano que mantenía cierta rivalidad con Rashid al-Din fue Münedjdjim Bashi (1631-1702 d.C.), que, entre otras muchas cosas, informó a los lectores turcos sobre la Revolución inglesa.

La historiografía otomana

Egipto

Los mayores cambios en la forma de escribir historia tuvieron lugar en Egipto, donde, tras la invasión francesa, se hizo con el poder, en 1805, el soldado otomano Muhammad Ali, que emprendió una campaña de modernización. Fundó el Departamento de Traducción, del que salieron, entre otras cosas, versiones árabes de los escritos de Voltaire sobre Pedro el Grande (tal vez utilizado como ejemplo de impulsor de la occidentalización), de los de Robertson sobre Carlos V y de los de Montesquieu sobre los romanos. Rifā'ah al-Tahtāwi (1801-1873), que había visitado Francia en 1826 y dirigido el Departamento de Traducción, escribió una *Historia de Egipto* al estilo occidental en la que glorificaba a la nación. Posteriormente se convirtió en un libro de texto que se estudiaba en las escuelas egipcias.

Sucedió algo similar con *La cuestión oriental* (1898) del estudioso egipcio Mustafá Kamil (1874-1908), que, a pesar de estar escrita al estilo occidental, ofrecía una interpretación nacionalista. Jurji Zaydan (1861-1914), de Beirut, también adoptó el estilo occidental para escribir su *Historia de la civilización islámica* y Shafiq Gurbal (1894-1961) estudió en el Institute of Historical Research de Londres y utilizó las fuentes conservadas en sus archivos para escribir su *Inicios de la cuestión egipcia* (1928). Los estudios de historia social y económica del Imperio otomano realizados por el estudioso turco Omer Lutfi Barkan (1902-1979) también se basaban en información de archivo. Otros historiadores de Oriente Medio intentaban combinar el estilo islámico tradicional con ciertos elementos propios de Occidente. Probablemente los mejores historiadores actuales del mundo islámico trabajen en Turquía y la mayoría de ellos son especialistas en el mundo otomano. El miembro más destacado de este grupo es Halil Inalcik (1916-).

Turquía

Traducciones

Por otro lado, los estudiosos occidentales fueron mostrando un interés creciente por la tradición historiográfica islámica. En el Renacimiento se publicaron al menos siete traducciones de cuatro historiadores musulmanes. El más famoso fue el cronista otomano Sa'duddin bin Hasan Can, traducido al latín, checo y alemán. En 1832 se publicó una traducción inglesa de los *Anales del Imperio turco* de Naima.

La obra de Ibn Khaldun se descubrió más tarde y, en principio, sólo se tradujeron fragmentos de ella: al italiano en 1834, al latín en 1840 (en Uppsala) y al francés en 1847. Franz Rosenthal publicó en 1958 una traducción inglesa completa del *Muqaddimah*. También tradujo parte de la obra de al-Tabari y escribió una historia de la historiografía islámica. En 1967 vio la luz una traducción francesa completa del *Muqaddimah*.

Ibn Khaldun

'Abd-ar-Rahman Aby Zayd ibn Khaldun (1332-1406) era aristócrata y jurista, aparte de estudioso. Había nacido en Túnez, pero llevó una vida peripatética. Fue servidor del sultán de Fez en Marruecos, luego se trasladó a Granada, Bougie y Tlemcen en la actual Argelia; después volvió a Fez y Túnez para acabar en El Cairo. Escribió una historia del mundo, el *Kitab al-'Ibar*, cuyo prefacio y primer capítulo se conocen por el nombre de *Prolegomena (Muqaddimah)* y cobraron gran fama. En estos *Prolegomena*, escritos en la década de los setenta del siglo XIV, habla de los usos de la historia, defiende la necesidad de criticar las fuentes e identifica algunas tendencias recurrentes. En otras palabras, Ibn Khaldun fue un destacado representante de lo que los occidentales denominaron después «filosofía de la historia».

> «El prestigio es un accidente que afecta a los seres humanos. Es inevitable que surja y decaiga. [...] En cuatro generaciones se agota en el seno de una familia como sigue: quien obtiene gloria para su familia sabe lo que le ha costado y cultiva las cualidades que le han deparado la gloria haciéndola duradera. Su hijo, que le sucede, tenía contacto personal con él y lo aprendió todo de él. Sin embargo, es inferior a su padre en la medida en que quien aprende a través del estudio está en posición de inferioridad en relación con quien conoce a través de la experiencia. La tercera generación debe satisfacerse únicamente con la imitación y con una particular dependencia respecto a la tradición. Este miembro de la familia es inferior al de la segunda generación, en la medida en que quien aprende de la tradición está en posición de inferioridad en relación con quien ejerce un juicio independiente. La cuarta generación es inferior a las anteriores en todos los aspectos. Sus miembros han perdido las cualidades que preservaban el edificio de su gloria. De hecho, las desprecian, imaginan que no hay que aplicarse para construir. Creen que su gente merece la gloria desde el principio de los tiempos en virtud de su ascendencia.»
>
> *Muqaddimah*, edición de Dawood, 1967, capítulo 2

Al igual que ciertos historiadores de la Grecia antigua, sobre todo Polibio (al que probablemente no tuviera ocasión de leer), Ibn Khaldun daba gran importancia a los ciclos históricos. En su opinión, la historia abarca no sólo las ideas, sino también los sucesos y lo que denominaba «costumbres», que definía, con Aristóteles, como una segunda naturaleza. Ibn Khaldun distinguía entre los pueblos nómadas, como los beduinos del desierto, y los pueblos sedentarios que vivían en las ciudades. En su opinión, los beduinos estaban «más cerca de Dios» que los pueblos sedentarios, pues vivían frugalmente, lejos de las tentaciones del lujo y la vida fácil. Creía que mostraban más valor en la guerra y, sobre todo, que tenían un mayor sentido de la solidaridad *(asabiyah)* que la gente de ciudad. También constataba que, cuando los nómadas se asentaban, se ablandaban y acababan siendo conquistados por nómadas más curtidos. De ahí que el auge y caída de los pueblos guardara cierta semejanza con el surgimiento y el ocaso de las generaciones.

Mustafá Naima

Mustafá Naima (1655-1716) procedía de una familia de jenízaros de Aleppo y fue secretario en Estambul. Fue cliente de dos

«Existen ciertas condiciones esenciales y reglas fundamentales que deben seguir quienes registran los sucesos y estudian la historia.
Primero: Deben ser veraces y no hacer observaciones necias o escribir relatos espurios. Si desconocen la verdad sobre algún asunto concreto, deberían dirigirse a quienes la conozcan para transcribir los hechos que estos últimos den por ciertos.
Segundo: Deberían hacer caso omiso de los rumores inquietantes que corran entre la gente corriente y basarse en los testimonios fiables y documentados de quienes sabían cómo registrar lo ocurrido [...].
Tercero: Sea cual fuere el ámbito de la vida humana que investigue el historiador, no debería limitarse a contar la historia. [...] Los historiadores deben averiguar, en primer lugar, qué pensaban los hombres y en qué no estaban de acuerdo; cuál era, en su opinión, la mejor forma de hacer la guerra y la paz, y qué causas y debilidades les permitieron triunfar o los condujeron a la ruina.»

Citado en Thomas, 1972, p. 112-113

grandes visires, a los que dedica su obra, e historiador oficial para el periodo 1591-1659. Al igual que en el caso de Ibn Khaldun, la experiencia política fue de mucha utilidad para ayudar a Naima a comprender los sucesos y labrarse una reputación como historiador. Su obra se publicó incluso antes del siglo XIX: salió de la imprenta en Estambul en 1773, gracias a la idea de un converso al islam, Ibrahim Müteferrika (1674-1745), que decidió publicar libros que tuvieran un valor práctico. La oposición que halló entre los escribas le hizo abandonar su proyecto.

LA HISTORIOGRAFÍA CHINA

La tradición historiográfica china es la tradición ininterrumpida más larga del mundo; incluye más de 2.000 años de historia escrita en la misma lengua sin quiebras en la transmisión. El historiador chino más famoso vivió antes de la era cristiana y fue un ejemplo para muchos de sus sucesores. Se trata de Sima Qian (145-85 a.C.), autor de la obra *Registros del Gran Escriba (Shiji)*, de la que hablaremos más adelante. Ouyang Xiu (1007-1072 d.C.), del que también nos ocuparemos, fue otro de los grandes historiadores chinos. Escribió sobre la dinastía precedente, la dinastía Tang, al igual que Sima Guang (1019-1086 d.C.), primer ministro del emperador que, al acabar en el exilio por criticar al Gobierno, pudo disfrutar del ocio necesario para escribir una historia de China que empezaba en el año 403 a.C. y acababa en el 959 d.C.

La historia oficial

Una de las razones por la que se tomaban en serio la historia en la China tradicionalista era que, al igual que en Occidente y el mundo islámico, creían que su función era inculcar lecciones de moralidad. Se suponía que el gran filósofo moral Confucio (Kong Fuzi, 551-479 a.C.) había escrito una obra de historia denominada *Anales de la primavera y el otoño (Chunqiu)*. Como bien señalara un escritor en el 710, los lectores de historia recibían lecciones hace miles de años «sin moverse de sus casas. Cuando leen sobre un hombre ejemplar quieren emularle. Cuando leen sobre uno indigno hacen examen de conciencia». En un informe presenta-

do al emperador en el año 819 se lamentaba que los historiadores contemporáneos «no hubieran escrito aún sobre aquellos súbditos leales y sabios ministros cuya reputación y virtud los convierten en dignísimos ejemplos, ni sobre los rebeldes y bandidos cuya infame conducta debería servir de advertencia» (Twitchett, 1992, pp. 72, 74). De ahí que se publicaran las colecciones de «biografías de funcionarios dignos de elogio».

Función moral

También se promovía el estudio del pasado por razones políticas. En China «eran los funcionarios los que escribían la historia» (Balázs, 1964, p. 135) y se la consideraba una recopilación de precedentes y fuente de sabiduría. Fue un emperador el que rebautizó la historia de Sima Guang con el nombre de *Espejo integral de ayuda para el buen gobierno* (*Zizhi tongjian*). Los historiadores formaban parte de la burocracia y estaban divididos en dos grupos; uno registraba las acciones del emperador, y el otro, sus palabras. En el año 629, se creó un Departamento de Historia Nacional (*kuo-shih kuan*), posteriormente incorporado a la Academia Hanlin, de la que formaba parte un equipo de estudiosos entre los que había directores, compiladores y ayudantes que recopilaban y confeccionaban registros (Franke, 1988; Twitchett, 1992).

Función política

Los historiadores-funcionarios tenían la obligación de hacer críticas constructivas al Gobierno. Como ilustra la carrera de Sima Qian, esto podía resultar arriesgado, de manera que surgió la tradición de «escribir sobre el pasado pensando en el futuro», o de «hablar del pasado para criticar el presente», con la esperanza de que los lectores leyeran entre líneas. Es una tradición que ha perdurado hasta nuestros días. En 1961 se representó en Pekín una obra que llevaba por título *Hai Rui destituido de su cargo*, sobre un ministro del siglo XVI que fue encarcelado por criticar al emperador. Poco después, durante la Revolución Cultural, enviaron a prisión al autor de la obra, el historiador Wu Han (1909-1969), acusado de haber equiparado a Mao Zedong al malvado emperador; el historiador fue encarcelado como Hai Rui.

Función crítica

Poco a poco fueron surgiendo géneros históricos relacionados con ámbitos «privados» como la historia local y el equivalente a la «historia secreta» (véase p. 89), la *mi-shih*, en la que se describían las actividades sexuales del emperador, al igual que en las obras del historiador bizantino Procopio.

Aprendizaje mediante la evidencia

Al igual que en Europa, los estudiosos empezaron a criticar cada vez más sistemáticamente las fuentes históricas. Ya en tiempos de la dinastía Song (960-1279 d.C.) ciertos expertos chinos criticaban

las historias anteriores. Surgió así, en los siglos XVII y XVIII, una escuela centrada en la investigación de la evidencia del conocimiento histórico (*kaozheng*, literalmente investigar y corregir), que se difundió también en Japón (Elman, 2001, 2002; Wang, 2008).

Vuelta a la Antigüedad

Al igual que ocurriera en la Europa renacentista, muchos estudiosos chinos manifestaban su anhelo de «volver a la antigüedad» (*fugu*). El neoaristotelismo y el neoplatonismo de la Edad Media y el Renacimiento tienen un paralelismo chino: el neoconfucionismo asociado al estudioso Zhu Xi (1130-1200 d.C.), de tiempos de la dinastía Song.

Crítica textual

Como ocurriera en el caso de Platón y Aristóteles, el renacimiento del confucionismo dio lugar a un movimiento que propugnaba la eliminación de las glosas posteriores para recuperar las palabras originales del maestro o, al menos, las primeras interpretaciones de su filosofía. Se llegó a sugerir que uno de los textos canónicos, el *Clásico de la historia (Shujing)*, era parcialmente falso. A mediados del siglo XVII ya se puede hablar de la existencia de una o más escuelas dedicadas a la investigación y corrección. Criticaban a sus predecesores por su falta de atención a las pruebas y su negativa a citar las fuentes. Yan Ruoqu (1636-1704) señalaba que los anacronismos lingüísticos daban pistas muy valiosas para «detectar falsificaciones» (*bianwei*). Hui Dong (1697-1758) practicó la crítica textual en un estudio titulado *Libro de los cambios (Yijing)*. Wang Minsheng (1722-1798) y otros intentaron situar los textos clásicos en sus contextos históricos originales. Zhang Xuecheng (1738-1801) llegó a decir que todos los clásicos confucianos eran «relatos». Algunos de estos estudiosos, entre ellos Dai Zhen (1724-1777) y Qian Daxin (1728-1804), eran auténticos anticuarianistas, interesados en todo tipo de objetos, desde campanas a vehículos antiguos, que les brindaban una información que complementaban con los datos extraídos de los manuscritos o inscripciones en losas de piedra y recipientes de bronce.

La difusión de los modelos chinos

Al igual que ocurriera con otros aspectos de la cultura china, Corea, Vietnam y Japón adoptaron el estilo chino de escribir historia. Los tres países contaban asimismo con un sistema de gobierno muy similar al de China. En Corea se creó un Departamento de Registros Auténticos, donde los funcionarios escribían historias dinásticas al estilo chino como la *Historia de los Tres Reinos (Samguk Sagi)* de Kim Pu-sik (1075-1151), administrador, diplomático y general además de historiador. En tiempos de la

Corea

dinastía Choson (1392-1897), se publicaron 888 volúmenes de anales que cubrían la historia de la dinastía hasta 1863. La historia vietnamita del siglo XV, escrita por el historiador nativo Ngo Si Lien, se basaba en el modelo de la de Sima Qian y, al entregar su obra al emperador, el autor afirmó que la historia brindaba «ejemplos para la posteridad».

Vietnam

En Japón no resultaba tan fácil acogerse a este modelo como en Corea puesto que no había sucesión de dinastías. Aun así el *Registro documental de Japón (Nihonshoki)*, encargado por el emperador Temmu y completado en el año 720 d.C., estaba escrito en chino y se convirtió en el modelo a imitar para la historia posterior. Pensemos, por ejemplo, en el *Espejo íntegro de nuestro país (Honcho tsugan)* de mediados del siglo XVII y en la *Gran historia de Japón (Dai Nihon Shi)* en la que trabajaban más de cien estudiosos en el año 1700. Tras el siglo XI se empezó a complementar estas historias con «relatos históricos» no oficiales (*rekishi monogatari*) centrados en los individuos y la vida cotidiana.

Japòn

En Japón surgió, como en China, una escuela enfocada en la investigación y corrección (*kōshōgaku*) que contextualizó históricamente los textos canónicos, tanto budistas como confucianos. Arai Hakuseki (1657-1725), un estudioso que fue consejero de diversos gobernantes de Japón, sugirió que habría que interpretar las historias de los dioses en términos humanos. Tominaga Nakamoto (1715-1746) señalaba lo difícil que era descubrir las auténticas enseñanzas de Buda y Confucio, y el racionalista militante Yamagata Bantō (1748-1821), que consideraba absurdos los relatos sobre los dioses, recalcaba la escasa fiabilidad de la tradición oral y opinaba que no debería considerarse probado lo que había ocurrido en tiempos remotos, afirmando que «sin documentación nos movemos en la oscuridad» (Brownlee, 1997, pp. 42-60).

Historiografía china moderna

A finales del siglo XIX, algunos especialistas europeos descubrieron las tradiciones históricas de Asia oriental. El sinólogo francés Édouard Chavannes (1865-1918) tradujo la obra de Sima Qian bajo el título *Les mémoires historiques de Se-ma Ts'ien*. Por su parte, los intelectuales chinos del siglo XX descubrieron, a su vez, la tradición occidental. He Bingsong (1890-1946), profesor de historia de la Universidad de Pekín, tradujo al chino la *Nueva historia* de James Harvey Robinson. También se tradujo el manual de Langlois y Seignobos (véase p. 226). En las décadas de los veinte y los treinta del siglo XX, ciertos autores que buscaban una síntesis entre las tradiciones occidental y china en una obra sobre la «es-

cuela de las fuentes históricas» redescubrieron la escuela dedicada a la investigación y corrección. Tras 1949, arraigó en la China continental un modelo occidental, el marxista, y los historiadores se centraron en el feudalismo y el capitalismo. En Taiwán, en cambio, la escuela de las fuentes históricas prosiguió sus actividades (Iggers y Wang, 2008, pp. 215-216, 320-324; Wang, 2008).

Japón abrió sus puertas a los modelos occidentales tras la restauración imperial de 1868, pues se pensaba que contribuirían a modernizar el país. El Gobierno japonés encargó a un exdiplomático húngaro, George Zerffi (1820-1892), una historia de la historiografía occidental. Uno de los modernizadores más destacados, Fukuzawa Yukichi (1835-1901), afirmaba que había que sustituir las formas tradicionales de hacer historia por historias de la civilización al estilo de Guizot y Buckle (véanse pp. 208 y 220), cuyas obras se tradujeron por esos años. Taguchi Ukichi (1855-1905) escribió una *Breve historia de la civilización japonesa (Nihon kaika shoshi)*. Sin embargo, lo que acabó triunfando en Japón fue la historia de Ranke, no la de Guizot. Un historiador alemán de tradición rankeana, Ludwig Riess (1861-1928), fue el primer profesor de historia de la Universidad de Tokio.

Algunos miembros de las generaciones posteriores de historiadores japoneses se interesaron por el marxismo y fundaron su propia sociedad histórica en 1933. Los hay que se han decantado por la escuela de los *Annales* (véase p. 253). Ciertos estudiosos japoneses son muy conocidos en Occidente; algunos se dedican a la historia de China, mientras que otros, como Masao Maruyama (1914-1996), han escrito sobre Japón. Este último autor se interesa por la historia del pensamiento, sobre todo del pensamiento político. Los historiadores nipoamericanos como Mikiso Hane (1922-2003), que escribió una suerte de historia desde abajo («history from below»), han demostrado ser excelentes mediadores entre la historia de Japón y los lectores occidentales. Otros exponentes en esta dirección son Tetsuo Najita (1936-), quien ha estudiado la historia del pensamiento de época Tokugawa (1603-1868), y Bob Tadashi Wakabayashi (1950-), quien analiza el pensamiento japonés moderno.

Sima Qian

Sima Qian (145-86 a.C.) era hijo de un funcionario, el astrónomo mayor, cuyo cargo acabó ocupando él mismo (Durrant, 1995; Hardy, 1999). Es el autor de la primera autobiografía china y cuenta a sus lectores que cayó en desgracia por defender a un general derrotado; que fue castrado por orden del emperador Wu, y que se negó a suicidarse a pesar de lo vergonzoso de su castigo

para poder escribir la historia que su padre siempre había deseado escribir y le había encargado que redactara en su lugar. Su obra *Registros del gran escriba (Shiji)*, es una historia de China que abarca desde los orígenes hasta los tiempos del autor. Consta de cinco secciones: anales, tablas cronológicas, sección de tópicos, sección de las familias nobles y una colección de biografías, entre ellas la primera biografía que conservamos de Confucio (lo que, como hemos visto, le convierte en un historiador). Los historiadores chinos posteriores siguieron a menudo este modelo.

> «Confucio [...] intentó localizar a setenta gobernantes excepcionales, pero ninguno le empleó. De ahí que se fuera hacia el oeste y examinara los archivos de Zhou. Comprobó los registros de los escribas y las tradiciones antiguas, y los recopiló en los *Anales de la primavera y el otoño*, empezando por el estado de Lu. Su relato comenzaba con las gestas del duque Yin y terminaba con la captura del unicornio durante el reinado del duque Ai. Resumía sus palabras y frases, y descartaba los pasajes confusos o redundantes para establecer la regla de la rectitud.»
>
> Citado en Hardy, 1999, p. 56

Se ha comparado a Sima Qian con Heródoto por el interés que despertaba en él la cultura de los pueblos nómadas (Stuurman, 2006). Su estilo se ha calificado de «contradictorio», en la medida en que analiza los sucesos desde más de un punto de vista (Hardy, 1999, pp. 44, 73). Despliega todos estos rasgos en su estudio sobre los Xiongnu. Criticaba a este pueblo «bárbaro» afirmando que «lo único que les preocupa es su propio interés y no saben nada ni de la propiedad ni de la rectitud». Sin embargo, poco después parecía contradecirse al citar las loas que hiciera de los Xiongnu el eunuco chino Zhonghang Yue: «Sus leyes son simples y sencillas de cumplir; la relación entre el gobernante y los súbditos es relajada e íntima». Zhonghang comentaba asimismo que los chinos, al contrario que los Xiongnu, no sabían pelear y construían demasiadas casas.

Ouyang Xiu

Ouyang Xiu (1007-1072) fue un ministro y examinador principal que defendió la necesidad de una reforma estilística de la prosa y la poesía. Cuando fue enviado al exilio se inspiró en Sima Qian, pues compartía su interés por la crítica de fuentes y la explicación de los sucesos. En el siglo XVIII se reconoció que los anales de Xiu correspondientes al periodo 877-960 eran una magnífica obra de historia. El texto está repleto de lamentos como los que hemos reproducido. En él se critica al Gobierno, pero en relación con sucesos que habían tenido lugar durante el gobierno de la dinastía anterior, la de los Tang.

> «¡Apenas pude obligarme a mí mismo a describir las relaciones existentes entre el gobernante y los súbditos! ¿Acaso la rebelión de Yougui bajo los Liang, el apuñalamiento mortal de Kening bajo los Tang y los asesinatos de Cunyi y Congzang no demostraban que había desaparecido todo rastro de solidaridad entre padres, hijos y el resto de los parientes de sangre? Al "sobreseer los cargos" a la muerte de la viuda consorte e investir emperatrices al estilo de Liu y Feng, ¿no se legitimaba una bestialidad perversa entre marido y mujer? Al ofrecer sacrificios al aire libre en el solsticio de verano y quemar papel moneda, mostrar alegría durante el luto oficial y cambiar el calendario, al asesinar a Ma Yan y Ren Huan, ¿no se han profanado los ritos, la música, la ley y el orden? ¿Acaso erigir efigies al Monte Lei, dar flechas por toda instrucción militar y golpear caballos hasta la muerte no confirma la barbarie del Reino Medio? La expresión "era del caos" define bien lo que sucede.»
>
> Ouyang Xiu, *Historical records of the Five Dynasties (Wu dai shi ji)*, trad., Richard L. Davis, Nueva York, 2004, pp. 114-115

También destacan las referencias a rituales incorrectos, algo que también preocupaba a Confucio.

COMPARACIONES Y CONCLUSIONES

Tal vez sea útil cerrar este capítulo con algunas comparaciones entre las dos tradiciones de las que nos ocupamos aquí y la occidental, desde la antigua Grecia hasta la Ilustración. Las tres tradiciones compartían la idea de que la historia era una fuente de virtud y sabiduría que transmitía a través del ejemplo. De ahí que durante largo tiempo se recurriera a los discursos imaginarios. Las tres desarrollan una actitud crítica a la hora de recoger datos y pruebas, pero es en el mundo islámico donde se empieza a hablar de esta cuestión, en el contexto de los *hadith;* los humanistas europeos toman el relevo a partir del Renacimiento y, algo más tarde, debaten sobre ella los representantes del movimiento *kaozheng* en China y Japón. El estudio de las antigüedades, de la cultura material del pasado, evolucionó de forma paralela en Europa y China, no así en el mundo islámico. Las tres culturas establecieron una historia oficial, pero se la defendió de manera mucho más acusada en China que en las otras dos. Como hemos visto, en Europa sólo había un puñado de historiadores oficiales antes del siglo XVI, y este cargo, el de *sehnaeci*, no se creó en el Imperio otomano hasta la segunda mitad de ese siglo.

Autoría

¿Quién leía y escribía historia en estas tres culturas? En la Europa medieval, era escrita sobre todo por monjes y caballeros. En China la escribían funcionarios, algunos muy cercanos al poder. En el mundo islámico tradicional, al igual que en la Europa de la época comprendida entre el Renacimiento y la Ilustración, escribían historia sobre todo los secretarios, juristas y estadistas. Existe un paralelismo obvio entre los historiadores-secretarios árabes y los humanistas renacentistas, que también cultivaban la retórica y trabajaban en las cancillerías.

Audiencia

En relación con los lectores de historia, lo fundamental es que los textos islámicos, con raras excepciones como la obra de Naima y el *Tarih-i-Hind-i garbi*, circularon en forma manuscrita hasta el siglo XIX, lo que restringía el número de lectores (Robinson, 2003, pp. 106-111, 159-170). La historia de Asia oriental, por su parte, solía imprimirse, como la occidental, a partir del año 1450. Aunque se tratara de textos dirigidos, sobre todo, a los funcionarios, también podían acceder a ellos otros grupos sociales.

Cada una de estas tradiciones fue hegemónica en algún momento: la china en Asia oriental; la árabe en el Imperio otomano, el safávida y el mogol, y la occidental primero en Europa y después en América, durante los siglos XIX y XX. ¿Habrá una cuarta?

ESQUEMA

Historiografía islámica y china

1. **Historiografía musulmana**
   - Diferenciacion de géneros.
   - Historias del mundo.
   - La difusión de los modelos árabes.
   - Tiempos modernos.
   - Representantes.
     - Ibn Khaldun.
     - Mustafá Naima.

2. **Historiografía de Asia oriental**
   - Historia oficial.
   - Aprendizaje mediante la evidencia.
   - La difusión de los modelos chinos.
   - Tiempos modernos.
   - Representantes.
     - Sima Qian.
     - Ouyang Xiu.

SELECCIÓN BIBLIOGRÁFICA

Un contexto general en Daniel R. Woolf, *A Global History of History* (Cambridge, 2011) y Georg G. Iggers y Q. Edward Wang, *A Global History of Modern Historiography* (Londres, 2008).

Sobre el mundo islámico, una buena introducción en Tarif Khalidi, *Arabic Historical Thought in the Classical Period* (Cambridge, 1994) o C. F. Robinson, *Islamic Historiography* (Cambridge, 2003).

Uno de los mejores entre los muchos estudios sobre Ibn Khaldun es Aziz al-Azmeh, *Ibn Khaldun in Modern Scholarship: a Study in Orientalism* (Londres, 1981).

Sobre la historia persa, Julie Meisami, *Persian Historiography* (Edimburgo, 1999); sobre historia otomana, Cornell H. Fleischer, *Bureaucrat and Intellectual in the Ottoman Empire* (Princeton, 1986).

Una introducción a la historiografía china en O.-c. Ng y Q. E. Wang, *Mirroring the Past: The Writing and Use of History in Imperial China* (Honolulu, 2005).

Sobre Sima Qian, S. Durrant, *The Cloudy Mirror: tension and conflict in the writings of Sima Qian* (Albany, 1995).

Sobre la historia oficial, Denis Twitchett, *The Writing of Official History Under the T'ang* (Cambridge, 1992).

Sobre el conocimiento inductivo, Benjamin A. Elman, *From Philosophy to Philology: Intellectual and Social Aspects of Change in Late Imperial China* (1984; ed. revisada: Los Ángeles, 2001).

6
El siglo de la historia: historicismo, romanticismo, positivismo

(Jaume Aurell y Peter Burke)

Este capítulo está dedicado al siglo XIX, también denominado «el siglo de la historia». Ha sido llamado así por la importancia creciente que adquiere la historia y la disciplina histórica en la cultura, por su influencia en los movimientos intelectuales más característicos del siglo –romanticismo, historicismo, marxismo y positivismo– y por el intento de dotar a la disciplina histórica de un estatuto científico.

Historicismo

Por motivos similares, el siglo XIX es descrito con frecuencia como «la edad del historicismo», debido al incesante aumento de la conciencia de cambio en el tiempo entre las clases cultivadas en Europa a partir de finales del siglo XVIII. El historicismo no fue sólo un producto de la Revolución francesa, aunque seguramente fue estimulado por ella en el sentido de la aceleración de la historia que le siguió. Junto a esta conciencia del cambio, se produjo una reacción que propugnaba una vuelta a los valores del Antiguo Régimen, como en el caso del político Edmund Burke en Gran Bretaña o el historiador del derecho Friedrich Carl von Savigny (1779-1861) en Alemania.

Reevaluación de la tradición

El historicismo no se confina al redescubrimiento o la reevaluación de la tradición. También se empezó a experimentar en este periodo un profundo sentido del cambio, junto a una visión del futuro como relativamente maleable (Koselleck, 1979). La mejor evidencia de la expansión de este sentido del desarrollo del tiempo es lingüística, con el aumento de nuevas palabras en alemán como *Entwicklung* (desarrollo) o en inglés como *evolution*. Estos conceptos fueron centrales para las llamadas «escuelas históricas» de derecho y económicas, ambas lideradas por los alemanes Carl von Savigny y Gustav Schmoller.

Fue especialmente importante la visión del pasado como un país extraño («the past as a foreign country»). Este descubrimiento del pasado como «otro» se centró especialmente en la cultura de la Edad Media, que había sido olvidada o incluso despreciada, pero ahora era revalorizada. La arquitectura gótica fue redescubierta, es-

tudiada e incluso revivida a través del movimiento «neogótico». Importantes obras de literatura medieval fueron publicadas por primera vez: en castellano *El cantar del Mío Cid* (1779); en ruso, *El cantar de la campaña de Igor* (1800); en alemán, el *Poema de los Nibelungos* (1807); en inglés, *Beowulf* (1815), y en francés, *La Chanson de Roland* (1837). Todas ellas eran apreciadas no sólo porque eran exóticas y retrataban costumbres de los tiempos remotos, sino también porque desvelaban las raíces históricas de grandes naciones europeas como España, Rusia, Alemania, Inglaterra y Francia.

Historia del arte

Lo que llamamos «historicismo» incluye también la idea del desarrollo y el progreso del arte. Esta visión dinámica condujo a la reorganización de la historia del arte por periodos o escuelas nacionales, reflejados tanto en los museos como en los escritos. En la década de los ochenta del siglo XVIII, por ejemplo, la colección de arte del Imperio austrohúngaro en Viena fue reorganizada por escuelas, y el arte ordenado por un criterio cronológico. El Louvre hizo lo mismo en la década siguiente. La clave era clarificar el significado de las obras individuales situándolas en una secuencia.

Volviendo ahora al análisis de la escritura y el pensamiento histórico en un sentido más estricto, podemos distinguir en este periodo dos principales movimientos de cambio: el nacionalismo y el positivismo. Estas dos grandes tendencias son descritas en cada uno de los apartados de este capítulo, analizando particularmente sus manifestaciones historiográficas.

LA ÉPOCA DE LAS TRADICIONES NACIONALES

Es muy sintomático y significativo de este periodo que, por primera vez, la historiografía se clasifica según las tradiciones nacionales, destacando la alemana y la inglesa. Esta situación se prolongará, por lo menos, hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XX, cuando la compartimentación postulada por la historiografía posmoderna, los procesos de globalización y la decadencia de las grandes escuelas nacionales harán inviable una distinción según tradiciones nacionales. Estas escuelas, por lo demás, no eran sólo nacionales: en muchas ocasiones eran también nacionalistas.

La historia nacional

El despertar de los movimientos de conciencia nacional en Europa y Latinoamérica, seguido en otras partes del mundo, propició el énfasis de la historia de las naciones y de los pueblos –incluida la gente corriente–, opuesta a la historia de los gobernantes

de los imperios o de la civilización. Se fundaron los archivos nacionales y fueron abiertos a los investigadores. La historia nacional fue progresivamente enseñada en los colegios, incentivada por los Gobiernos para inculcar patriotismo a los estudiantes. Los Gobiernos invirtieron muchos medios para promover investigaciones históricas de relevancia nacional como la publicación de textos ilustrados sobre los momentos estelares de la historia nacional. Los *Monumenta Germaniae historica* (1833) establecieron un modelo que fue imitado en todas partes. A partir de 1846, el parlamento noruego incentivó la publicación de textos legislativos medievales, mientras que en Italia se fundó la *Deputazione di Storia Patria* con el fin de publicar documentos, proteger edificios y hacerse cargo de excavaciones de interés nacional.

Historias nacionales europeas

Estos movimientos nacionales precisan ser estudiados comparativamente, desde una perspectiva global o internacional, porque las similitudes entre las historias nacionales son evidentes (Baár, 2010). Los ejemplos más tempranos son *La historia del pueblo sueco (Svenska folkets historia)* de Erik Geijer (1783-1847) y la *Historia de Bohemia*, continuada como *La historia del pueblo checo (Dějiny národu českého)*, de František Palacký (1798-1876). En Inglaterra, Thomas Babington Macaulay (1800-1859), famoso también como poeta y ensayista, publicó una unificada *Historia de Inglaterra*. En España, Modesto Lafuente (1806-1866) publicó 29 volúmenes de una *Historia general de España*. Estas obras pioneras fueron continuadas por la *Historia del pueblo griego (Istoría toû ellinikoû éthnous)* de Constantinos Paparrigopoulos (1815-91), la *Historia del pueblo holandés (Geschiedenis van het Nederlandsche volk)* de Pieter Blok (1855-1929) y la *Historia del pueblo rumano (Istoria poporului românesc)* de Nicolae Iorga (1871-1940). Los daneses, los ucranianos y los catalanes no les fueron a la zaga. Las historias nacionales se vendían bien: el primer volumen de la historia de Inglaterra de Thomas Macaulay, por ejemplo, vendió tres mil copias en menos de dos semanas.

La escuela rankeana contribuyó decisivamente a la implantación de la historia como disciplina científica, pero no pudo detener su progresiva tendencia a la instrumentalización política y nacionalista de la historia. Como consecuencia, la generación de los historiadores prusianos anterior y posterior a 1870 –Droysen, Mommsen, Treitschke, Sybel– se hizo agente activo de la unidad alemana y, posteriormente, del pangermanismo. Análogamente, la escuela política francesa –Guizot, Mignet, Thiers– se decantaba por el estudio de las instituciones y de lo específicamente francés.

Historias nacionales americanas

Este movimiento no se limitó a Europa. También afectó profundamente a América Latina (véase p. 391) y a Norteamérica, como es el caso de la *Historia de los Estados Unidos* de George Bancroft

(1800-1891). Los norteamericanos también escribieron la historia del nuevo mundo como una unidad, como en el caso de *La vida y los viajes de Cristóbal Colón (The Life and Voyages of Christopher Columbus)* de Washington Irving (1783-1859). En otros casos, se centraron en algunas zonas: William Hickling Prescott (1796-1859) escribió diversas historias de la conquista de México y Perú, mientras que Francis Parkman (1823-93) escribía sobre la Nueva Francia y la expansión hacia el oeste de la frontera. Este último tema ha quedado asociado para siempre con el nombre de Frederick Jackson Turner (1861-1932), cuyo controvertido ensayo, *La frontera en la historia de América (The Frontier in American History)*, que enfatizaba los efectos de la frontera en el carácter nacional, ha inspirado a muchos historiadores posteriores, estuvieran o no de acuerdo con sus conclusiones. De acuerdo con Turner, la democracia en América no fue importada de Europa, sino que provino del propio bosque americano.

Sin embargo, hay tres importantes diferencias entre todas estas historias nacionales. En primer lugar, algunas de ellas se centran en el Gobierno, otras en la gente corriente. En segundo lugar, algunas de ellas fueron producidas en estados-naciones como Suecia; otras, en naciones culturales que formaban parte de estados multinacionales, como los checos en el Imperio austrohúngaro –irónicamente, Palacký empezó a escribir su libro en alemán, la «lengua franca» del imperio, y sólo cambió al checo para los últimos volúmenes–, y otras, en naciones culturales que formaban parte de otros estados-naciones, como los catalanes en España, como es el caso de la monumental *Historia de Cataluña y de la Corona de Aragón* (1860-1863) de Víctor Balaguer. Por último, hubo debates acerca del modelo de historia nacional que había que escribir: una historia de Italia, por ejemplo, o una historia de los italianos, o la cantidad de territorio que habría que incluir. La tendencia al «presentismo» (véase p. 106) caracterizó estas narraciones, proyectando la nación contemporánea, sus fronteras y la conciencia histórica de sus habitantes hacia el pasado.

La vía ilustrada de la historiografía alemana

El influjo de la Ilustración del siglo XVIII tuvo en Alemania un doble efecto, con muchas conexiones entre ellos. Por una parte, la dimensión naturalista generó una clara tendencia al nacionalismo en el modo de escribir la historia en el siglo XIX. Por otra, su base filosófica permitió la emergencia del idealismo, que tuvo también su dimensión historiográfica (Merker, 1958; Reill, 1975). La Ilustración alemana provenía de círculos burgueses y académi-

cos, mientras que la francesa dependía de los elitistas salones aristocráticos. En Alemania la historia está identificada con la lucha por la libertad o contra los vicios de un régimen corrompido. Por este motivo, allí tienen tanta importancia las ideas pragmático-revolucionarias de Rousseau y se propugna una historia pragmática que se ponga al servicio de las causas políticas y sociales.

Schiller

El primero de los pensadores alemanes que marca claramente esta tendencia es Friedrich Schiller (1759-1805), cuya influencia es mayor por sus dramas históricos que por sus escritos teóricos, como el ensayo *Qué significa y con qué finalidad se estudia la historia universal* (1789).

Herder

La obra de Johann Gottfried Herder (1744-1803) también habría que situarla en este contexto. Sus escritos teóricos (*Todavía una filosofía de la historia*, 1774) son un ataque frontal al racionalismo inmanente de ilustrados como Montesquieu, Voltaire, Hume o Robertson. La obra de Herder tiene unas evidentes conexiones con la historiografía alemana posterior a través de sus ideas sobre los pueblos como esencia real fruto de un espíritu *(Volksgeist)* que dominaba todos sus impulsos (Alonso Núñez, 1971). Junto a estos intentos pragmáticos, el debate teórico sigue adelante en Alemania, culminando con la obra de Immanuel Kant (1724-1804), para quien la Ilustración consigue sacar al hombre del estado de inmadurez del que él mismo es responsable: cuando sea capaz de utilizar su propio entendimiento perderá su subordinación.

Hegel

El eslabón filosófico que conectará toda esta corriente ilustrada con el romanticismo y el idealismo –y, por tanto, con evidentes conexiones con la historiografía– es sin duda Hegel (1770-1831). Su visión de la historia es esencialmente filosófica y conserva los elementos típicamente ilustrados, como el universalismo, la concepción filosófica de la ley y una visión radical del progreso. Hegel se enfrenta a la idea roussoniana del «estado natural» porque otorga una importancia fundamental a la formación de los estados. Preconiza también una historia pragmática, porque el historiador pertenece a su época, es consciente de sus necesidades y está identificado con sus intereses (D'Hondt, 1998; Althaus, 1999). Las *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal* postulan que la historia es la progresión en el tiempo del encadenamiento lógico de las ideas. La historia de la humanidad se resuelve en un proceso dialéctico cuya meta es la libertad, lo que constituye la *tesis*. Esta primera fase está condicionada por las pasiones humanas, inherentes a las contradicciones del proceso iniciado, que da lugar a la *antítesis*. La *síntesis* llega cuando el hombre es capaz de concretar el dominio de la razón, que en Hegel es el verdadero sustituto del tradicional argumento historiográfico de la providencia divina. Todo este proceso está dominado por el

«espíritu» –concepto ya bien arraigado en la filosofía ilustrada alemana–, que se pluraliza en los grandes pueblos actuando en su ascensión hacia la pura idea de sí mismo.

Marx

Algunas de estas ideas habían sido expuestas por Fichte a principios del siglo XIX, pero ahora Hegel les daba mayor consistencia y sistematización. La filosofía de la historia hegeliana sería recuperada, al cabo de una generación, por los creadores del materialismo histórico, Marx y Engels, que lo llevarán al campo concreto de la interpretación histórica. Karl Marx (1818-83) se formó en la escuela de la izquierda hegeliana. También recibió el influjo de algunos historiadores franceses de la revolución –como Thierry y Guizot (véanse pp. 207-208)– que percibieron la importancia de la formación de las clases sociales y su oposición a la hora de las revoluciones. Para Marx, la dialéctica de la historia es única y su motor es el antagonismo de clases debido a las diferencias de relación con los medios productivos. El triunfo de la clase proletaria abriría una época de transición, tras la cual se abriría el camino a la verdadera libertad de una sociedad sin clases. La clave de la riqueza está en la propiedad de los medios de producción. Cuando el proletariado se haya hecho con ellos, se habrá culminado el proceso histórico, llegándose así al final de la historia (McLellan, 1970; Rigby, 1987).

Ranke

Como se puede ver, la mayor parte de los intelectuales reseñados en este apartado son más filósofos que historiadores. En este sentido, la base filosófica de la historiografía alemana es esencial para entender la eclosión del historicismo clásico, liderado por Leopold von Ranke, que será tratado en este mismo capítulo. Alentado por esta tradición deductiva, Ranke reaccionará abogando por la dimensión inductiva y científica de la investigación histórica frente a la especulativa de la filosofía. Pero antes de entrar en el análisis del historicismo germánico, hegemónico en este periodo y de enorme influencia cara al futuro, es preciso ahondar en las otras tradiciones historiográficas decimonónicas, particularmente la francesa, la inglesa y la española.

La historiografía francesa: del romanticismo al positivismo

El siglo XVIII se cierra en Francia con un acontecimiento que parece desmentir todo el aparato teórico basado en el progreso formulado por los teóricos escoceses y por los confiados ilustrados franceses: la Revolución francesa (1789). Este transcendental evento puso de manifiesto que los cambios no suceden siempre espontáneamente y que no existe una relación directa entre los caminos marcados por la evolución social y económica, por un lado, y las respuestas políticas y culturales, por otro. La Revolución francesa

tiene una importancia desde el punto de vista no sólo histórico, sino también historiográfico, ya que su fuerte impacto hizo reconsiderar a muchos historiadores el objeto de la disciplina histórica (Mellon, 1958; Trevor-Roper, 1969; White, 1973; Coornaert, 1978; Kelley, 1984; Bann, 1984, 1995; Walch, 1986).

Contemporáneos a la revolución

La energía simbólica de la Revolución francesa es tan grande que toda una generación de historiadores franceses empieza a analizar el fenómeno de la revolución, contemporáneo a ellos mismos. En esta primera generación destacan Antoine Barnave (1761-1793), P. L. Roederer (1754-1835), Jacques Roux (1752-1794), Anacharsis Cloots (1755-1794), Destutt de Tracy (1754-1836), todos ellos nacidos a mediados de siglo y que, por tanto, habían llegado a una edad madura durante la revolución. Ellos son quienes, desde una perspectiva revolucionaria o reaccionaria, empiezan a forjar el mito de la «revolución burguesa». Esta interpretación presenta el proceso revolucionario como la gran obra de progreso realizada por iniciativa de la burguesía, en lugar de centrarse en las fuertes tensiones internas que habían encaminado a la revolución hasta los hechos dramáticos que llevarían a algunos de ellos a la guillotina. La fecha de la muerte de tres de ellos, fallecidos muy jóvenes durante la década de los noventa, es bastante significativa de la ruptura que supuso la revolución, también desde una perspectiva intelectual.

Generación de 1815

Después del primer momento revolucionario, los intelectuales de la Restauración (1815) pudieron analizar más serenamente, aunque de forma partidista, el fenómeno de la Revolución, como se refleja en las obras de Joseph de Maistre (1753-1821) o Louis de Bonald (1754-1840). En este contexto, se inician algunas obras encaminadas a contrarrestar la obra de la Ilustración, a través de la vuelta a un pasado medieval heroico, que habría asegurado la consolidación de las naciones en el periodo moderno. Quizá la primera obra en esta dirección sea *El genio del cristianismo*, publicada en 1801 por François-René de Chateaubriand (1768-1848). El acercamiento al cristianismo se hacía a través de los caminos de la poesía y la belleza, que Chateaubriand consideraba superiores a los de la razón, recogiendo claramente la tradición de Pascal (Clément, 1998). Chateaubriand fue también uno de los primeros en expresar el sentido de aceleración del tiempo que siguió a la Revolución francesa y a Napoleón (Hartog, 2003b).

La percepción de una experiencia histórica compartida, particularmente la de la Revolución, fue decisiva en la configuración del marco de valores de los historiadores franceses decimonónicos. Algunos historiadores, como Michelet y Quinet, la exaltan abiertamente, tanto en sus contenidos como en sus resultados; otros, aun manifestando una valoración positiva menos contundente, no

dudan en reconocer la trascendencia e importancia de sus logros. Por contraste, no se sienten tan identificados con la experiencia del Imperio: aunque Napoleón es el continuador de las reformas emprendidas, también es el coartador de las libertades.

Los miembros de estas generaciones francesas de historiadores liberal-románticos ejercieron también una influencia decisiva en la profesionalización de la historia. De manera particular contribuyeron a una renovación de la documentación. La imagen del historiador que ellos reflejan es la de una persona empeñada en recopilar de manera exhaustiva la totalidad de la documentación existente en torno a las cuestiones que se abordan. Ese afán de exhaustividad les condujo a dedicarse de manera exclusiva a la realización de su obra, encontrando en la universidad el ámbito adecuado donde poder dedicarse a esa tarea de estudio y de publicación. Guizot accede a la Sorbona; Michelet y Quinet al Collège de Francia.

Sin embargo, a pesar de este avance en las fuentes disponibles, estas primeras generaciones de historiadores propiamente profesionales no se preocuparon excesivamente por la crítica documental, lo que les distinguió claramente del historicismo alemán contemporáneo a ellos. Por otra parte, sus convicciones políticas repercutieron también en sus elecciones metodológicas: sus postulados liberales y su optimismo burgués les llevó a acercarse al estudio del pasado desde las premisas compartidas por el triunfo de la libertad y el progreso. Aunque se centrarían en el estudio de Francia, este se emprendería desde unas premisas abiertamente universalistas. No existe verdaderamente en su ánimo tensión entre universalismo y particularismo, que se desvanece ante el fuerte optimismo histórico y antropológico que profesan. En realidad, junto al interés por la Revolución, es la totalidad de Francia lo que les atrae, desde el punto de vista de la evolución de la civilización.

Generación de 1830

Los principales frutos de la historiografía romántica francesa llegarán, con todo, después de la revolución de 1830. Esta nueva generación de historiadores escribirá al servicio de las ideas liberales para asentar los fundamentos ideológicos del nuevo orden social de la Restauración. Si algo caracteriza a esta nueva historia es el progresivo compromiso que asume con una determinada postura política. Al mismo tiempo, se generalizan los postulados historiográficos del romanticismo (Crossley, 1993). En primer lugar, se experimenta una recuperación de la Edad Media como época susceptible de estudio como cualquier otra, libre de los prejuicios de los ilustrados. Se realzan e incluso mitifican algunos episodios de ese periodo como la vida caballeresca, las cruzadas, la Inglaterra de los Plantagenet y los normandos, la Alemania de los Hohenstaufen y los nibelungos, las comunas italianas, la Suiza de Guillermo Tell y la España del Cid. Al mismo tiempo, se exaltan

algunos episodios históricos por el exotismo que encierran, como lo ponen de manifiesto los *Relatos* de Thierry, y se acude a un lenguaje más poético que erudito, como los apasionados comentarios de Michelet.

Romanticismo

En el romanticismo historiográfico se percibe un interés por los «paraísos perdidos», cuya virtualidad mayor consistía en poseer precisamente aquellos mismos rasgos que parecían haber desaparecido en un tiempo presente algo atormentado por la realidad de las revoluciones. Malestar por el presente y nostalgia por el pasado mueven al hombre romántico a interesarse por la historia. Con ella, no sólo se trató de recordar un pasado idealizado –en muchas ocasiones localizado en la Edad Media, en otras en el misterioso Oriente–, sino que también se aspiró a recrearlo. Pero no sólo se trató del romanticismo. Como afirmaba Georges Lefebvre en relación con esa pasión por la historia propiciada por la nostalgia romántica, «sin duda [ese auge por la historia] se debió en cierto modo a la curiosidad que la Revolución despertó entre las nuevas generaciones, así como a la reacción política y religiosa que, en contra de la Revolución, elogiaba "los buenos tiempos" de la monarquía absoluta, de la Edad Media, animando a describirlos, cuando no a estudiarlos o a conocerlos efectivamente» (Lefebvre, 1974, p. 165).

Thiers y Mignet

Adolphe Thiers (1797-1877) y François Mignet (1796-1884) son dos de los principales exponentes de esta tendencia romántica comprometida con una ideología política y unas aspiraciones nacionales. A pesar de su tendencia a justificar y legitimar la vertiente burguesa de la revolución, estos dos autores no eligieron la vía estrictamente narrativa, sino la de una historia filosófica y expositiva (Walch, 1986).

Thierry

Sin embargo, dentro de esta generación, es a Augustin Thierry (1795-1856) a quien le corresponde un mayor influjo en el campo de las técnicas historiográficas (Cormier, 1996). Thierry es uno de los ejemplos más característicos de la compenetración que existe, en este periodo, entre desarrollo historiográfico y tendencias políticas. En el prefacio de sus *Cartas sobre la historia de Francia* (1817) manifiesta claramente su deseo de contribuir al desarrollo de las ideas constitucionales a través de los argumentos históricos, para dar una verdadera legitimación a sus ideas políticas. Pero junto a esa fuerte carga ideológica, el historiador francés demanda una historia verdaderamente crítica, fundamentada en una rigurosa encuesta documental, tal como pretende hacer en sus *Relatos de los tiempos merovingios* (1833). Poco más tarde, Thierry abogará también por una narración histórica en la que se respete verdaderamente la realidad de las cosas, reaccionando contra la historia tradicional que se había centrado en los reyes y los aristócratas para

legitimar el antiguo régimen. El pueblo, el tercer estado, pasaba a ser ahora protagonista de la historia. Con estas ideas, no es extraño que Thierry haya tenido tanto influjo en la historiografía contemporánea de corte liberal, aunque ciertamente se trata más de unas proposiciones programáticas que de una verdadera aplicación de ese programa a la escritura histórica (Gossman, 1976).

Guizot

Una evolución similar es la que experimenta François Guizot (1787-1874), con sus obras sobre la *Historia de la revolución de Inglaterra* (1827), la *Historia general de la civilización europea* y la *Historia de la civilización en Francia,* publicada entre 1829 y 1832. Una de las ideas más influyentes de su historiografía, de fuerte influjo posterior, es la constatación de que la Revolución británica había logrado el acceso de un gobierno representativo sin necesidad de una ruptura social, fundando una monarquía constitucional que sería posteriormente tomada como modelo en la fundación de Estados Unidos. Por contraste, en Francia ese mismo intento degeneró en la enorme ruptura social que supuso la revolución de finales del siglo XVIII (Broglie, 1990).

Generación de 1848

Esta historiografía francesa liberal, personificada por Thiers, Mignet, Thierry y Guizot, representa a la generación surgida de la revolución de 1830. Poco más tarde, una nueva generación de historiadores franceses volvería a plantearse las ideas surgidas de la Revolución francesa, aunque con la mayor perspectiva que les daba el hecho de haber alcanzado una mayor distancia temporal que sus antecesores. La obra de Alphonse de Lamartine (1790-1869), *Historia de los girondinos*, habría que situarla en este contexto, en que buscaba justificar las ideas republicanas pero siempre a través de la paz social. Sin embargo, el historiador que haría grande a esta generación y que mejor representa el espíritu de la historiografía romántica es Jules Michelet (1798-1874) (Mitzman, 1990; Barthes, 1995; Viallaneix, 1998).

Michelet

Considerado el historiador romántico francés decimonónico por excelencia, su prosa histórica y su fuerza narrativa lo han hecho imperecedero. Su obra histórica está basada en la asociación que establecen la historia y el pueblo. A la manera del idealismo alemán, del que recibió una inspiración directa (véase p. 217), la historia es el resultado del crecimiento inconsciente de los pueblos, los cuales en su actuar aparecerían impulsados por una especie de fuerza interna o *Volksgeist:* el genio, el espíritu del pueblo. Dada esta visión orgánica del devenir histórico, la historia política forma parte de otras manifestaciones del espíritu de un pueblo: el derecho, la lengua, la religión, las artes y el folklore. La historia se construye a base del estudio del hecho nacional. La fría proyección del individualismo racionalista se deshacía desde estas nuevas perspectivas.

De todo ello Michelet deduce que lo esencial de la historia consistía en esta potencia misteriosa: el fluido de la sociedad que actúa sobre ella misma, y que escapa a cualquier interpretación metafísica. Haciendo eco de las palabras de Herder, también Michelet mostraba su «adoración» por el suelo. El suelo se confundía, formando un solo bloque, con el genio del pueblo. El pueblo está instalado, enraizado en un suelo, en un espacio; y la originalidad de ese pueblo contribuye de alguna medida en la originalidad de ese genio popular. En Michelet se proyecta, así pues, la voz de Herder. Pero la honda confianza de Michelet en el individuo racional, también su fe en la libertad, rompe cualquier atisbo de fatalidad y de determinismo. Michelet, siempre fiel al espíritu de la Ilustración, nunca duda de que el hombre sea el hacedor de la historia; y la historia es una lucha de la libertad contra el determinismo.

Michelet sufrió también de lleno la influencia del romanticismo, especialmente a través de la convicción de que el sentimiento, dotado de capacidad intuitiva, pone al espíritu en comunicación con el mundo sobrenatural; que la ensoñación, el éxtasis, la visión poética y artística son instrumentos de conocimiento, y no sólo la razón y la ciencia, incapaces de alcanzar lo infinito y lo divino. A través de Víctor Cousin entraba Michelet en contacto con el idealismo alemán de Fichte, Schelling y Hegel. De estos, y especialmente de Hegel, aprende el francés que todo lo que es racional existe, que todo lo que existe es racional. La historia, de este modo, no es más que la manifestación del espíritu del mundo. Los hechos que consideramos reales sólo son apariencias tras las cuales se ocultan las realidades verdaderas que son las ideas. También para Michelet el hecho histórico o el gran personaje de la historia son símbolos; detrás de esos símbolos están las ideas, las cuales ellos encarnan. El pueblo es el símbolo de Francia; Danton es el símbolo del pueblo; Catón es el símbolo del viejo genio romano. La Revolución es un poema épico cuyo héroe es el pueblo y la propia historia de Francia.

Tocqueville

Alexis de Tocqueville (1805-1859) también analiza la revolución a través de la experiencia de 1848, pero desde una perspectiva diferente a la de Michelet por su condición de aristócrata (Jardin, 1984). En 1856 publicaría su principal obra, *El Antiguo Régimen y la Revolución*, donde analiza la sociedad del Antiguo Régimen francés en el siglo XVIII para demostrar que los eventos revolucionarios de 1789 no fueron más que una confirmación de unas ideas y de una evolución que se habían ido gestando durante todo un siglo. Tocqueville realiza una simplificada pero sugerente lectura del proceso revolucionario francés. La revolución de 1789 había sido protagonizada por la burguesía; la de 1830, por el pueblo pero controlada por la clase media; la de 1848, al margen de la burguesía y

contra ella. La obra de Tocqueville tuvo una notable influencia en el desarrollo de la teoría política, y concretamente en la interpretación de las revoluciones y la construcción del estado liberal. Sus ideas cruzaron el Atlántico e influyeron particularmente en los procesos de emancipación de Estados Unidos y México.

Fustel

La figura de Numa Fustel de Coulanges (1830-1889) cierra la tríada de grandes historiadores de esta generación –junto a Michelet y Tocqueville– que han quedado como hitos dentro del curso general de la historiografía. Fustel es heredero de la ideología romántica aplicada a la historia, aunque con un fuerte componente conservador que le distingue claramente de Michelet y Tocqueville. Su *La ciudad antigua* (1864) fue muy influyente en su época e incluso ya bien entrada la centuria siguiente (Momigliano, 1977, pp. 325-343; Hartog, 1988). La evolución histórica se explica a través de las ideas religiosas y de la conservación de la propiedad privada como motor económico y social de la historia. También cabe hacer una lectura nacionalista de su obra, porque siempre defendió la erudición francesa frente a la crítica hermenéutica y filosófica alemana. Con todo, el mayor influjo de su obra vendrá de las ideas religiosas, que traspasará a los sociólogos de la primera generación del siglo XX, como Émile Durkheim y Marcel Mauss.

La vía empirista británica y la historiografía *whig*

La historiografía británica tiene una evolución algo más independiente respecto a la continental, sobre todo la francesa y la alemana. Ella presenta unos matices específicos que es necesario aclarar para la comprensión de la historiografía del siglo XX. La idea del progreso científico y la tradición inductiva pesan allí más que en el continente, que se deja llevar por una mayor tendencia a la especulación filosófica. En la obra más influyente de Adam Smith (1723-1790), *La riqueza de las naciones* (1776), el progreso de carácter económico vuelve a aparecer como nervio central de su argumentación, siguiendo así la tradición escocesa ilustrada.

Gibbon

El mismo año 1776 se publica *Decadencia y caída del Imperio romano*, de Edward Gibbon, que representa un punto culminante de la Ilustración desde el punto de vista historiográfico. Con Gibbon, la escuela escocesa pasa el testigo a la escuela inglesa de modo definitivo. Los detalles de su obra han sido ya analizados en el capítulo anterior; lo que interesa destacar aquí es que el máximo logro de ella es, probablemente, el haber conseguido aunar la tendencia erudita, analítica, inductiva y científica dominante en la tradición británica con las concepciones teóricas de los filóso-

fos sociales ilustrados como Montesquieu y Hume. Esta conjunción influirá enormemente en el particular devenir de la historiografía británica de los siglos XIX y XX.

Historiografía *whig*

Fruto de esta evolución es la eclosión de la historiografía *whig*, que merece un estudio específico. En 1688, la Glorious Revolution (la Gloriosa Revolución) marcó todo un hito en la historia del Reino Unido y más particularmente en la historia de Inglaterra. A raíz del establecimiento de la monarquía constitucional hubo una lucha de los dos principales partidos políticos, los *whigs*, que apoyaban el nuevo sistema, y los *tories*, que se oponían a él. A partir de aquel acontecimiento comenzó lo que los británicos denominan *Modern Times*, la época moderna. El mismo concepto de Gloriosa Revolución, creado por la propia historiografía *whig*, es bien significativo de su orientación. Según su esquema interpretativo del pasado, que tan bien supo materializar Lord Macaulay, a partir de ese episodio, la historia de Inglaterra fue una carrera hacia el progreso. La monarquía constitucional, el sistema parlamentario, el liberalismo económico, el protestantismo, la tolerancia y la libertad fueron sus hitos; la «continuidad en la tradición» –matiz que tanto distinguía a la historia británica de la continental– fue su sello distintivo (Butterfield, 1931; Burrow, 1981; Parker, 1990; Black y MacRaild, 1997).

Aunque las raíces de la interpretación liberal *whig* provienen del siglo XVIII, sobre todo se trató de un fenómeno decimonónico. La historiografía *whig* asumió una visión del pasado en función de una percepción profundamente optimista del presente, tal como se expresa en la obra de figuras como Henry Hallam (1777-1859), Thomas Macaulay, William Lecky (1838-1903), James Anthony Froude (1818-1894) o George Macaulay Trevelyan (1876-1962). Incluso los llamados «historiadores *tory*», como el famoso medievalista William Stubbs (1825-1901), compartieron con los *whigs* una optimista visión del progreso en la historia.

La historiografía *whig* es un claro ejemplo del influjo de la política en la historiografía. La historia *whig*, de hecho, no desapareció con la emergencia de una historia científica y profesional, tal como lo demuestra la obra de Lord Acton (1834-1902). Lejos de ello, las actitudes hacia el progreso y la continuidad que le sirvieron de base seguirían estando presentes durante largo tiempo en la historiografía. De algún modo, toda la historia británica del siglo XIX estuvo vinculada al desarrollo de las ideas morales (Jones, 1972). Para Lord Macaulay, el último de los grandes historiadores literarios, la historia tiene que ver con la continua traza de mejoras, con la idea de progreso. En *History of England from the Accession of James the Second* (*La historia de Inglaterra desde el ascenso de Jaime* II, 1848-1855), Macaulay presentaba como *whigs* a todos sus héroes, mien-

Macaulay

tras que todos los villanos eran siempre *tories*. Macaulay no sólo describía el pasado, sino que justificaba su presente: el protestantismo, el parlamentarismo, las grandes instituciones y tradiciones británicas. La actual grandeza británica era la consecuencia de su historia, de la exclusión a partir de 1688 del catolicismo y de la creación por entonces de la monarquía constitucional. Había, pues, que esforzarse de manera denodada por mantener la tradición liberal británica, a fin de que, como en los últimos 160 años, la historia de Inglaterra siguiera siendo una crónica del progreso físico, moral e intelectual.

En la base de estos presupuestos estaba firmemente implantado el empirismo, que es el rasgo más específico de la historiografía británica. Sobre esos andamios, pues, se construyó la interpretación *whig*. Hacia 1880, no obstante, las primeras grietas amenazaron con demoler el viejo edificio. Todo ello fue, en parte, consecuencia de la creciente profesionalización de la tarea del historiador. Eso se pudo percibir en la figura de Lord Acton, muy influido por los métodos universitarios alemanes y mucho menos proclive a dejarse influir por la interpretación *whig*. A pesar de esas primeras fisuras, no obstante, aún no hubo un peligro real de derrumbe.

Lord Acton

Sin olvidar a Macaulay y a Thomas Carlyle (1795-1880), autor de algunos famosos estudios como *La Revolución francesa* y *Federico el Grande*, quizá habría que señalar a Lord Acton como el historiador más destacado de la centuria. Acton fue un hombre dotado de una inmensa erudición. Su obra discurrió por los senderos de la historia política y administrativa, y particularmente por la historia de los grandes acontecimientos. Esa primacía de lo grande sobre lo pequeño, de lo brillante sobre lo prosaico, convenía a una historiografía identificada con una serie de lecciones morales. Se trataba de una historia ejemplar, vertebrada en torno a un espíritu nacional orgulloso de su tradición. El énfasis en los métodos empíricos, y en lo que Stedman Jones (1972) llama «liberal-moralismo», fue reforzado por la potencia del liberalismo filosófico del siglo XIX británico, así como por la autoconfianza y por la opinión nacional y cultural que gobernaba la forma en que los victorianos veían su especial lugar en el mundo.

Sin embargo, el estancamiento de la historiografía *whig* se puso claramente de manifiesto con el cambio de siglo. Las universidades británicas ignoraron en un primer momento la contribución a los nuevos debates continentales de influyentes pensadores como Sigmund Freud, Max Weber o Émile Durkheim, o del pensamiento de inspiración marxista. La asimilación de todas estas corrientes no se produciría de un modo estricto –aunque entonces lo haría con una enorme fuerza– hasta después de la Segunda Guerra Mundial. Hasta entonces, durante la primera mitad del

siglo XX, los debates más fructíferos para la disciplina histórica se producirían en los ámbitos académicos franceses y alemanes, perdiendo la historiografía británica algo del ímpetu que había tenido hasta ese momento.

La historiografía liberal española

A principios del siglo XIX la historia se fue desgajando en España de la literatura y el arte, y se expandió a través del sistema educativo como estudio racional y científico del pasado. Entonces, se la reconoció como una disciplina capaz de construir un discurso sobre la idea de estado-nación surgida en el contexto de la guerra de la Independencia española frente a Napoleón (1808-1814) (Fontana, 1991). La historiografía decimonónica española tiene como referentes al liberalismo como orientación ideológica y al romanticismo como fundamento intelectual (Moreno Alonso, 1979; Cirujano, Elorriaga y Sisinio Pérez, 1985). Este contexto condiciona los temas de mayor interés entre los historiadores españoles durante el siglo XIX: la exaltación de la historia nacional, la relevancia de la historia reciente, la recuperación de la Edad Media como un tema histórico gracias a la divulgación de los postulados del romanticismo, la prioridad de la historia política sobre la social o la económica y el auge del género biográfico (Elorriaga Planes, 1965).

Después de unos años de inestabilidad política y aridez cultural, se fue desarrollando la historiografía liberal moderada de la época isabelina, concretamente desde finales de la primera guerra carlista a la restauración monárquica (1840-1875). Durante las décadas de los treinta y los cuarenta, la estabilización económica y las transformaciones políticas dieron como fruto una primera institucionalización de la cultura impulsada por el Estado liberal. De un modo más voluntarioso que sistemático, todos estos organismos consiguieron materializar el objetivo de los liberales de renacionalizar España a través de una relectura y redescubrimiento de su pasado. La Real Academia de la Historia se convirtió entonces en el centro neurálgico de la historiografía liberal. Por tratarse de un organismo oficial, contó durante la época isabelina de una sede estable, una organización corporativa, fondos públicos para editar y difundir obras históricas y, no menos importante, la legitimidad de elaborar informes para el Gobierno, en los que se establecían los criterios que debían regir la investigación histórica
y su divulgación educativa. Durante el primer tercio del siglo XIX, 1800-1830
destacaron entre sus académicos los que, de hecho, eran los más cualificados exponentes de la historiografía española por aquel

entonces, la mayor parte de ellos representantes de la última ilustración o el primer romanticismo: Diego Clemencín, Martín Fernández de Navarrete, Andrés Muriel, Martínez Marina, Manuel Pérez Villamil y Cea Bermúdez, entre otros.

1840-1850

Durante la década de los cuarenta, se incorporó una nueva generación de historiadores polifacéticos, que simultanearon sus tareas eruditas con la práctica de la abogacía, la literatura, el periodismo o la política. Hacia la década de los cincuenta, los historiadores empezaron por fin a encontrar su lugar específico en la sociedad, sobre todo gracias a la creación de la Escuela Superior de Diplomática en 1856 y el Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Anticuarios en 1858. La Escuela de Diplomática se convirtió pronto en el núcleo germinal de una nueva clase de historiadores, los eruditos profesionales, que irían convergiendo progresivamente con los historiadores liberales, acantonados por entonces en la Real Academia de la Historia. Esta confluencia queda bien patente en la figura del que fue nombrado el primer director de la Escuela: el prestigioso historiador generalista Modesto Lafuente, autor de una *Historia de España* muy divulgada. La Real Academia, convertida en el guardián de los fondos documentales y la cultura histórica de la burguesía liberal, dispensó desde el primer momento una inequívoca protección a la Escuela Diplomática. Se experimentaba así por primera vez una acertada simbiosis entre eruditos y académicos, el precedente más claro del futuro historiador-profesional (Peiró y Pasamar, 1996).

La Escuela Diplomática

La Escuela Diplomática se mantuvo, durante toda la segunda mitad del siglo, como el único establecimiento de iniciación a la investigación histórica, ante la falta de madurez de los investigadores en las universidades. La universidad liberal fracasó en España como soporte institucional historiográfico porque ni se dieron las condiciones económicas adecuadas, ni las voluntades políticas necesarias, ni las demandas sociales suficientes. Además, la carrera de Historia estaba todavía demasiado asociada a otras disciplinas humanísticas y la universidad no se había comprometido todavía con una seria tarea investigadora. La profesión docente, aun a nivel universitario, se consideraba como una forma más de ganarse la vida, pero no como la actividad adecuada para desarrollar una tarea erudita e investigadora. Como consecuencia, la distancia entre el mundo de la divulgación histórica, practicado sobre todo por profesores universitarios y aficionados a la historia, y el mundo de los historiadores-archiveros, los eruditos profesionales y sus discípulos, se fue acrecentando. En este contexto, correspondió al segundo grupo la labor de profesionalización capaz de llenar de contenido metodológico y teórico a la historiografía académica isabelina y restauracionista.

La universidad

La historia jurídico-institucional

La historia jurídico-institucional se convirtió ya por aquel entonces en una de las especialidades más importantes de la historiografía española, lo que tuvo una influencia indudable cara a su futura evolución. En el campo de la historia del derecho, destacaron Pedro José Pidal para Castilla y Manuel Durán i Bas para Cataluña, quienes sentaron las bases para la implantación de la importante escuela jurídico-histórica, cuyo primer eslabón sería Eduardo Hinojosa (1852-1919), seguido por la egregia figura de Claudio Sánchez Albornoz (1893-1984). El medievalismo tomó así la delantera como especialidad reina en la historiografía española, con atención preferente a la historia jurídico-institucional y, concretamente, el arabismo, que se consolidó como una especialidad de rigor y prestigio con figuras como el todavía ilustrado José Antonio Conde y, ya en la época isabelina, el carlista Francisco Javier Simonet y el liberal Pascual de Gayangos.

Edición de fuentes

Destacaron también la edición de colecciones documentales, acopios estadísticos y estudios monumentales, tomando como modelo los *Monumenta* germánicos, entre los que destacaron los de Sainz de Baranda, Martín Fernández de Navarrete, Pròsper de Bofarull, Pascual Madoz y Manuel Colmeiro. Asimismo, esta generación, encabezada por Modesto Lafuente, Eduardo Chao y Ángel Fernández de los Ríos, fue capaz de generar el caldo de cultivo necesario para la futura profesionalización de la disciplina. De una historia difuminada en la literatura, la filosofía y la geografía, y tantas veces reducida y simplificada a sus propias disciplinas auxiliares –cronología, archivística, arqueología, paleografía– a principios del siglo XIX, se pasó a una disciplina con un estatuto claramente marcado a finales de siglo.

Historiadores y políticos

Otra nota muy característica de los historiadores liberales españoles es que buena parte de ellos fueron políticos, y viceversa.

Cánovas del Castillo

La obra de Antonio Cánovas del Castillo (1828-1897), el gran protagonista de la Restauración y presidente del Gobierno, es la culminación de un maridaje entre acción política y práctica historiográfica que estará también presente a lo largo del panorama historiográfico español del siglo XX. La *Historia general de España* (1890-1894), dirigida por Cánovas, representó el esfuerzo supremo, canto del cisne del academicismo historiográfico liberal, donde se muestran tanto sus evidentes lagunas historiográficas como su capacidad para convivir con las nuevas corrientes que estaban emergiendo en la España finisecular. Estas nuevas tendencias procedían habitualmente de las historiografías periféricas, como la catalana, o del ambiente académico y científico en formación como era el universitario, desde donde llegará poco más tarde la regeneración del sistema academicista.

1880

En la década de los ochenta del siglo XIX, ya en plena época de la restauración monárquica, la vida académica se fue enriqueciendo metodológicamente, constituyéndose así en el primer germen de la inminente profesionalización. La hegemonía de la erudición profesional, representada fundamentalmente por los catedráticos de la Escuela Superior de Diplomática y por algunos miembros del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Anticuarios, desenmascaró la mediocridad en la que se hallaba sumida la universidad. Apareció entonces Marcelino Menéndez y Pelayo (1856-1912), cuya obra fue continuada por todo un grupo de eruditos, profesores de la Escuela y miembros del Cuerpo de Archiveros. Todos ellos introdujeron temas e inquietudes para complementar las demandas culturales de la burguesía y la clase política ilustrada.

Menéndez Pelayo

1890

En los años noventa, un reducido conjunto de historiadores formaban el grupo más activo de la historiografía española. Entre ellos, empezaba a destacar Rafael Altamira (1866-1951) como líder generacional y activo miembro de la Institución Libre de Enseñanza. Sin embargo, los viejos académicos, que ejercían de «guardianes de la tradición», formaban una oligarquía historiográfica y controlaban directamente los resortes del poder cultural, conservando un monopolio casi exclusivo sobre la historia nacional. La situación empezó a cambiar en torno al cambio de siglo (Pasamar, 1995). Por una parte, empezaba a dejarse notar la actividad iniciada por los eruditos. Por otra, se iba abriendo paso un selecto grupo de catedráticos de universidad con una concepción más modernizada de la disciplina histórica. La conjunción de estos dos ámbitos –erudición archivística y actividad universitaria– iba a resultar decisiva para que la historiografía académica favoreciera la evolución de aquellas corrientes que confluían en una aspiración común: convertir a la historia en una ciencia autónoma separada del concepto de «bellas letras» y crear la carrera del historiador (Pasamar y Peiró, 1987, 1991; Peiró, 1998).

Altamira

El cambio de siglo

Durante los años finiseculares, fallecía un buen número de académicos identificados plenamente con el sistema historiográfico restauracionista: el propio Antonio Cánovas del Castillo, Luis Vidart, Pascual de Gayangos, Francisco Cárdenas, Pedro de Madrazo, Francisco Coello, Vicente Barrantes y Antonio María Fabié. Esto facilitó, incluso vitalmente, la sucesión generacional que experimentó la historiografía española en la época de entresiglos. El relevo generacional fue unido al trauma colonial, con la dramática pérdida de Cuba y Filipinas en 1898. Mientras la nación revisaba compulsivamente las causas históricas que habían conducido al desastre, la Academia se mantenía como el armazón que custodiaba y legitimaba el pasado glorioso de España. Sin embargo, la crítica regeneracionista aumentó considerablemente, en

ese preciso instante, su influencia. Unidos en su repulsa hacia la historia narrativa de los hechos políticos, de las figuras más representativas y de las gestas militares, un grupo de profesores y archiveros, regeneracionistas de cátedra, se convirtieron en los portavoces de quienes consideraban un deber inaplazable realizar un juicio sumario de la historia de España. Ellos sostenían que sólo a través de un análisis sereno de los errores y aciertos del pasado se podían sentar las bases del progreso nacional y se podría reorientar el rumbo político del país.

Hacia 1898, Altamira se refirió a la necesidad de restaurar el crédito de la historia con el fin de devolver al pueblo español la fe en sus cualidades nativas y en su aptitud para la vida civilizada. El historiador alicantino denunciaba así la crítica situación de la universidad, de la investigación histórica y de la enseñanza de la disciplina, con el objetivo de reclamar una profunda reforma educativa, la apertura científica y la adopción de modelos europeos. Como consecuencia, reclamaba la profesionalización del historiador y exigía el reconocimiento de su propia función social. Él mismo sentó las bases para una verdadera profesionalización de la disciplina histórica en España, que llegaría ya durante la primera mitad del siglo XX y generaría historiadores de la talla de Ramón Menéndez Pidal (1869-1968), Claudio Sánchez Albornoz, Jaume Vicens Vives (1910-1960), Martí de Riquer (1914-) y Américo Castro (1885-1972).

«¿Soñamos? ¿Se trata de un mal sueño? ¿O de la realidad de la historia? Es la triste pregunta que uno se formula observando en Brujas, en los sepulcros de María y de Carlos el Temerario, la muy ingenua imagen de este sistema, la genealogía de las casas de Austria y de Borgoña: *Bella gerant alii: tu, felix Austria, nube*. Estos matrimonios contienen todas las guerras; todos han sido fecundos en batallas, en hambres; estos fuegos han incendiado Europa. Ved a Carlos el Temerario, antepasado de Carlos V. Él procede de tres tragedias: la de Juan Sin Miedo, cuyo matrimonio fatal hizo morir a Luis de Orleans e introdujo al inglés en Francia; la de York y Lancaster, que provocó la guerra de las Dos Rosas, la cual mató a ochenta príncipes (pero al pueblo, ¿quién lo ha contado?); y, finalmente, la tragedia de Portugal, de Pedro el Cruel, de cuyo puñal fundó su dinastía. El propio Carlos el Temerario, quien, por herencia, matrimonio y conquistas, fue el germen fatal de qué sé yo cuántos estados; él representa la crispación más que la conciliación, el acercamiento a la guerra y el odio; flamencos, valones y alemanes se enfrentan y se afligen por él. Así que por un solo hombre debéis presenciar dos batallas morales, dos enfrentamientos absurdos de dos elementos irreconciliables, así muere él en Nancy. Y le sobrevive su yerno, el gran cazador Maximiliano, austríaco-anglo-portugués. La discordia de raza no es furor en él, sino vértigo, vana agitación, carrera aturdida hasta la muerte; un duende atormentado embruja su cerebro, le persigue, le lleva y le conlleva, no dejándole respirar ni un minuto.
El resultado de sus dos locuras, Felipe, el hijo de Maximiliano, nieto de Carlos, no sobrevivirá. Este buen jugador de pelota se gasta en sus juegos, en sus distracciones pueriles, y finalmente encuentra la muerte en su campo de honor. Y a los dos elementos de locura que ha heredado de sus padres, se le une un tercero, la melancolía sombría de Juana la Loca. Ella, producto desdichado del maridaje forzado de dos pueblos españoles, de la caballeresca Isabel de Castilla con el viejo marrano avaro, Fernando de Aragón, consuma la locura en un niño que aúna las tres locuras, las tres discordias. Este caos de elementos diversos se encarna en Carlos V.»

Historia de Francia, vol. 7, 1855, capítulo 13

Jules Michelet

Jules Michelet (1798-1874) es el representante más genuino de la historiografía romántica francesa decimonónica. Autor de una gran *Historia de Francia*, publicada entre 1833 y 1873, cuya parte central es la *Historia de la Revolución francesa* (1847-1853), su proyecto es considerado un ingente esfuerzo por construir la biografía nacional francesa como no se había experimentado desde la publicación de las *Grandes Chroni-*

ques del siglo XIII. Su retórica romántica, llena de interpretaciones históricas apasionadas, otorga un fuerte magnetismo a su obra, lo que le proporciona probablemente toda su grandeza.

Michelet aboga por una historia nacida en el seno de los archivos y centrada en el pueblo, no en las individualidades. Su ferviente nacionalismo le lleva a proclamar la grandeza de su país, llevado por el entusiasmo, culminando en determinados momentos de su obra con un verdadero panegírico. Enfrentándose a la generación anterior de historiadores, proclama que la Revolución francesa no tiene nada que envidiar a la inglesa, porque esta no había producido más que una transformación superficial. El pueblo, para Michelet, es la encarnación de una idea universal. Su tendencia al simbolismo le conduce a reducir la historia a unos valores preconcebidos. Le sirve para explicar acontecimientos, pero no hay nada que los justifique al margen de la mente del propio historiador. En Michelet, la tensión de la narración sustituye cualquier limitación metodológica.

Michelet fue un historiador ligado a las ideas racionalistas e iluministas del siglo XVIII y a lo que entendió que era su culminación: la Revolución francesa. Profesó una concepción de la historia como totalidad. Su objetivo no consistía sólo en el estudio de la política: también debía ampliar sus márgenes a la religión, al arte, a la ciencia, al derecho, a la filosofía. De todas formas, Michelet fue ante todo un narrador. Aun así, asimiló de manera notable las ideas de Vico sin olvidar las de Herder y las del Romanticismo alemán. Michelet llegó a la obra herderiana a través del influjo de su maestro, Víctor Cousin, cuyos cursos sobre la filosofía de la historia marcaron toda una época entre los historiadores románticos franceses.

Thomas Macaulay

Thomas Babington Macaulay (1800-1859) procedía de la clase media alta. Fue un niño precoz, que hablaba como un adulto y que estudió en Cambridge, ejerció la abogacía, fue miembro del Parlamento y del Gobierno, y pasó cuatro años en la India como gobernador de la región. Fue conocido también por sus ensayos y por los poemas que publicó bajo el título *Lays of Ancient Rome* (1842). Escribió una *Historia de Inglaterra* (1848-) después de retirarse de la vida pública, con la intención de cubrir el periodo de 1688 a 1832, pero murió antes de haber llegado a los volúmenes finales.

Macaulay merece ciertamente ser considerado un «historiador *whig*». Apoyó al partido *whig* en el Parlamento y escribió para el diario *whig*, el *Edinburgh Review*, uno de los periódicos líderes de

la vida intelectual de la época victoriana. Su historia de Inglaterra empezó con una victoria *whig*, la «gloriosa revolución» de 1688, que depuso al rey católico Jaime II para reemplazarlo por el protestante Guillermo III, y había programado terminarla con otra, la reforma parlamentaria de 1832. Al igual que otros *whigs*, Macaulay tenía una notoria creencia en el progreso. De hecho, el vívido retrato del hombre de campo, citado arriba, es la representación del grupo social que apoyaban los *tories*. Ese retrato es más satírico que realista, y supone una reminiscencia de la imagen del escudero del Oeste, que aparece en la novela de Henry Fielding, *Tom Jones* (1749). Con todo, hay que decir que el capítulo del que este pasaje está extraído siempre ha sido considerado un ensayo pionero en historia social.

> «Nos equivocaríamos si nos imagináramos a los señores del siglo XVIII como hombres que tuvieran un estrecho parecido con sus descendientes, los cabezas de condado y magistrados que nos son familiares hoy día. Un caballero *[gentleman]* que fue testigo de la revolución [de 1688] era, comparado con sus descendientes, un hombre pobre. Su ocupación más importante era el cuidado de su propiedad. Examinaba muestras de grano, se ocupaba de los cerdos y regateaba con pastores y mercaderes en los días de mercado. Sus principales placeres procedían habitualmente de deportes de campo y daban muestras de su escasamente refinada sensibilidad. Su lenguaje y su pronunciación eran como las que hoy podríamos esperar sólo de los más ignorantes payasos. Sus juramentos, sus toscas bromas y sus groseras palabras eran proferidas con el acento más pronunciado de su región. Era sencillo de discernir, desde las primeras palabras que profería, si procedía de Somersetshire o de Yorkshire. Sus opiniones referentes a la religión, el gobierno, los países extranjeros y los tiempos pasados, que no procedían del estudio, de la observación o del diálogo con compañeros más ilustrados, sino de las tradiciones limitadas a un estrecho círculo de amistades, eran como las opiniones de un niño. Sin embargo, él se adhería a ellas con la obstinación de los hombres ignorantes acostumbrados a alimentarse de la adulación.»
>
> *Historia de Inglaterra*, vol. 1, 1848, capítulo 3

Frederick J. Turner

Frederick Jackson Turner (1861-1932) fue probablemente el historiador más original y, al mismo tiempo, más controvertido de su tiempo. Nació en el medio oeste americano, en Wisconsin, y estudio ahí antes de trasladarse al este, primero a Johns Hopkins y finalmente a Harvard. Su famosa «tesis de frontera», sintetizada en la cita, y desarrollada en el preciso momento en el que la expansión hacia el oeste americano llegaba a su fin, representó, entre otras cosas, un reclamo para que los historiadores del oeste del país se incorporaran al estudio de la historia de Estados Unidos, hasta entonces monopolizada por los historiadores del este.

Cuando la historia política dominaba en Norteamérica y en todo Occidente, Turner, junto a su colega algo más joven que él, Charles Beard (véase p. 242), se interesó en la historia social y cultural, considerando la frontera como «un punto de encuentro entre la barbarie y la civilización». Cuando la mayoría de los historiadores se centraban

> «La peculiaridad de las instituciones americanas radica en el hecho de que se han visto obligadas a adaptarse a los cambios de un pueblo en expansión, a los cambios que lleva consigo cruzar un continente, conquistar tierras salvajes y pasar en cada zona de ese proceso de unas condiciones económicas y políticas primitivas a las complejidades de la vida cotidiana urbana y moderna. [...] El desarrollo social americano ha estado recomenzando continuamente en la frontera. Ese renacimiento perenne, esa fluidez de la vida americana, esa expansión hacia el oeste en busca de nuevas oportunidades, y su contacto continuo con la simplicidad de la sociedad primitiva, proporcionan las fuerzas que dominan el carácter americano. El verdadero punto de vista de la historia de esta nación no es la costa atlántica, sino el Gran Oeste.»
>
> «El significado de la frontera en la historia americana», 1893

en el análisis de la nación, Turner, aunque interesado en el carácter nacional americano, fijó su atención en la historia de las diferentes regiones o, como él las llamaba, «secciones». El interés de Turner por el medio ambiente, por la geografía, en los valles de Ohio y de Misisipi, por ejemplo, y en los bosques del oeste le hizo pionero de la historia ecológica –una vez escribió que «el problema nacional» no sería ya más la limpieza de los bosques, sino «cómo salvar y usar sabiamente la madera disponible»–. Turner fue frecuentemente criticado por sus colegas historiadores, entre otras cosas, por su incapacidad de definir sus conceptos de modo preciso, pero sus obras y argumentaciones incentivaron mucha investigación, no sólo en el ámbito de la historia norteamericana, sino también en el análisis de la expansión en otras partes del mundo.

LA HISTORIOGRAFÍA POSITIVISTA: CIENTIFISMO Y PROFESIONALIZACIÓN

En el contexto de la historiografía, el término «positivismo» tiene dos significados muy diferentes. En un sentido estricto, se refiere a la historia escrita según el modelo de la filosofía «positivista» de Auguste Comte (1798-1857), quien desechó la metafísica por especulativa y defendió que el único modo de conocimiento fiable era la experiencia. La filosofía de la historia de Comte señaló las leyes generales del desarrollo o la evolución histórica, particularmente «la ley de los tres estadios» –en otras palabras, la división del pasado de la humanidad en tres edades: la religiosa, la metafísica y la científica. Un conocido ejemplo de obra histórica escrita según el modelo comtiano es la *Historia de la civilización en Inglaterra* de Henry Buckle (1821-1862), que no se centra sólo en Inglaterra, sino que intenta indagar sobre los principales factores que forjan la historia, a través de los ejemplos de Escocia y España. El libro de Buckle atrajo un gran interés en el tiempo que fue publicado, en 1857, pero fue severamente criticado por Lord Acton, y ha sido olvidado desde entonces. Otro ejemplo de la aplicación del modelo comtiano a la historia es el libro *Los orígenes de la Francia contemporánea*, de Hipólito Taine.

La historia como ciencia

En un sentido más genérico, el término «positivismo» hace referencia a la idea de que «la historia es una ciencia, ni más ni menos», tal como el historiador irlandés John B. Bury (1861-1927) declaró en una ocasión; una ciencia porque es crítica, especialmente en el tratamiento de las fuentes, y porque trata de ser objetiva. El ideal científico pretendía dejar de lado los prejuicios nacionales y los exclusivismos de clase y, por tanto, dejar que los hechos hablaran por sí mismos.

Empirismo histórico

Todavía en un sentido más amplio, el término «positivismo» hace referencia a las formas más extremas de empirismo histórico, el énfasis en los hechos a expensas de la teoría, excluyendo no sólo a la metafísica, sino a la filosofía en general. Así, este tipo de positivismo se asocia con el «individualismo metodológico», esto es, la idea de que las afirmaciones sobre cultura y sociedad pueden y deben ser reducidas a afirmaciones sobre individuos. Este tipo de positivismo, que podría ser llamado «positivismo de archivo» para distinguirlo del más teórico postulado por Comte, ha sido particularmente influyente en Inglaterra y Estados Unidos, donde las ideas de Ranke, y especialmente su famosa frase acerca de la historia como el estudio de «lo que realmente pasó», son interpretadas en este sentido. Un exponente de este tipo de positivismo anglófono fue Geoffrey Elton (1921-1994), especialmente en su *Práctica de la historia*. En Francia, este positivismo, que reaccionó en cierta medida frente a Comte, fue denominado la «escuela metódica».

Profesionalización

La emergencia del positivismo o de la historia científica estuvo estrechamente relacionada con el desarrollo de la profesionalización de la historia. En su larga carrera, la historia había sido escrita por aristócratas, monjes, humanistas y políticos en su tiempo libre. Durante el siglo XIX, por el contrario, como parte de lo que ha sido descrito como «el desarrollo de la sociedad profesional», se asiste a la emergencia de los historiadores dedicados al cien por cien, empleados por las universidades, archivos o bibliotecas, trabajando codo con codo con otros nuevos grupos profesionales como los ingenieros o los contables, y uniéndose a otras profesiones más tradicionales como el derecho y la medicina. La reivindicación de escribir «historia científica», basada en documentación citada en las notas a pie de página, ha sido vista como un intento de legitimación de una nueva profesión en un mundo en el que las ciencias naturales gozaban de un creciente e incontestable prestigio.

La universidad

Gracias a la labor historiográfica de Ranke y sus discípulos, las universidades alemanas se convirtieron en el centro de la nueva historia profesional y «científica». Historiadores de todo el mundo occidental se trasladaron a Alemania para completar su formación y el modelo historiográfico alemán, así como el sistema de «seminarios», fue adoptado con más o menos entusiasmo en toda Europa y América.

El historicismo clásico alemán

En este contexto de «conversión científica» de la historia, la historiografía alemana decimonónica consiguió el surgimiento de

la historia como disciplina autónoma, cuyo fundamento es el estudio racional y sistemático de las fuentes primarias. Un tratamiento metódico de esas fuentes proporciona al historiador la materia prima adecuada para construir la narración de los hechos del pasado («lo que realmente pasó») y asegura una correcta recuperación de este. Esta transformación epistemológica se hace posible al converger los dos principales modos que se habían practicado desde la edad antigua: la historia entendida como narración de los hechos pasados y la que se asienta en el tratamiento científico de los documentos legados por sus protagonistas. Por este motivo, para los historicistas, la filología se convierte en una disciplina que necesariamente debe complementar a la historia.

Uno de los historiadores que mayor influjo han tenido en la evolución de la historiografía es, sin duda, Leopold von Ranke (Krieger, 1977; Iggers, 1983). Una de las principales cualidades de Ranke es que, por primera vez, el máximo representante de un movimiento historiográfico de gran alcance era un historiador profesional y un historiador en sentido estricto, cosa que no había sucedido con figuras de talante más filosófico como Hegel con el idealismo, Marx con el materialismo histórico o Comte con el positivismo. En este sentido, el paralelismo entre Ranke y Michelet, los abanderados del historicismo alemán y del romanticismo francés respectivamente, es evidente. Por los años en que Comte formulaba el positivismo y Marx el materialismo histórico, Ranke reafirmaba el historicismo y Michelet el romanticismo.

Ranke

Leopold von Ranke (1795-1886) escribió una de las obras históricas más extensas, cualificadas e influyentes de la historiografía de todos los tiempos, probablemente gracias a su larga vida y a la estabilidad que consiguió por su prácticamente exclusiva dedicación a las tareas científicas y académicas. Fue el autor de una ingente obra sobre la historia política y diplomática de la Europa moderna, llevando a cabo un análisis exhaustivo de fuentes primarias y documentos inéditos, usados después como base para su narración. Sus libros incluyen una historia de los papas durante los cuatro siglos anteriores, una historia de Prusia durante los siglos XVII y XVIII, una historia de Francia durante los siglos XVI y XVII y una historia de la Inglaterra del siglo XVII. En el momento de su muerte, el nonagenario Ranke seguía plenamente activo, trabajando en una historia del mundo.

Su notoriedad como historiador ha sido frecuentemente interpretada como una respuesta a su frase más conocida, aunque no siempre bien interpretada: la finalidad de la historia es mostrar las cosas tal como son *(wie es eigentlich gewesen)*. Teóricamente, Ranke postulaba la independencia entre el pasado que se analiza y el presente desde el que se analiza. Sin embargo, en la práctica, tampoco

él pudo abstraerse de los apasionados debates de su mundo a la hora de escribir sus obras históricas. Para él, la actividad de los hombres se canaliza a través de las naciones –el fondo nacionalista prusiano siempre estuvo presente en su obra– y corresponde a Dios el último destino de la historia. Uno de los rasgos más característicos de su obra es la personificación de las naciones, que han influido enormemente en la historiografía posterior. Las relaciones que se establecen entre esos países, a través de la diplomacia y de la guerra, son los principales temas de su obra histórica.

Objetividad

Ranke partía de que la investigación histórica debía ir encaminada a restablecer los hechos mediante una reconstrucción objetiva y literal del pasado. Él fue quien más claramente expuso los fundamentos filosóficos del historicismo: «Los hechos y situaciones pasados son únicos e irrepetibles y no se pueden comprender en virtud de categorías universales, sino en virtud de sus contextos propios y particulares». Esta es una concepción que defiende la historicidad radical de todos los fenómenos humanos; estos serían resultado de la razón humana concebida ahora como histórica, en contraste con la razón atemporal de los ilustrados. Así, asume la idea, en buena parte hegeliana, de que la actividad de los hombres se canaliza a través de las naciones, ente fundamental de la sociedad. Cada una es distinta y peculiar, y no valen las generalizaciones, con lo que de hecho identificaba estado y nación.

La historia poética

Resulta indudable la existencia de motivaciones políticas subyacentes a esta concepción histórica. Esta tendencia tendrá como primera consecuencia la primacía de lo político-diplomático sobre otros enfoques de investigación. El resultado de todo ello es la confianza absoluta en la posibilidad de un conocimiento histórico objetivo, basado en una recuperación racional del pasado a través de la documentación. De este modo, se instauró un nivel de crítica autónoma potencialmente destructiva de los mitos y de las falacias y manipulaciones históricas. A partir de entonces sería imposible hablar del pasado sin tener en cuenta los resultados de una investigación histórica basada en el método de las ciencias experimentales.

La disciplina histórica ya no volvió a ser la misma después de Ranke. Las transformaciones metodológicas introducidas por él y sus discípulos acabaron siendo definitivas para la historiografía moderna, ahondando en su consolidación como disciplina científica y la profesionalización de sus practicantes. El imperativo de poner a prueba las diferentes tipologías documentales para dilucidar la realidad de los acontecimientos potenció la tarea fundamental del historiador en descubrir y diseccionar los documentos diplomáticos y políticos, algunos de los cuales habían sido de hecho inaccesibles durante siglos. La contrapartida fue un progresivo acantonamiento de las temáticas hacia el ámbito político y el diplomático, que eran

los más idóneos para la documentación privilegiada por los historicistas. Pero gracias al esfuerzo de Ranke y sus discípulos, el proceso de modernización de la historiografía y su adecuación con el nuevo marco científico general no tendría marcha atrás.

La escuela rankeana se sucedería a lo largo del siglo XIX, sobre todo en el contexto de la Prusia anterior a la unificación alemana de 1870, destacando sobre todo Droysen, Treitschke y Mommsen. Johann Gustav Droysen (1808-1884) es considerado el fundador de la escuela prusiana. Autor de unas densas y célebres obras sobre el helenismo, en 1855 publicó su célebre *Historia de la política prusiana*. Partiendo de las premisas ya expuestas medio siglo antes por Fichte, Droysen sostenía que el bien general de un pueblo y su salud cultural dependen del Estado. Sólo un Estado estable, y militarmente capaz, puede asegurar la pervivencia de un pueblo. En realidad, estas ideas ya habían sido manifestadas por Droysen en sus estudios previos dedicados al helenismo, en los que la política y la expansión exterior de los estados habían adquirido una relevancia muy especial. Droysen dejó una importante herencia historiográfica como helenista y, sobre todo, por sus ensayos sobre metodología histórica, recogidos en *Histórica. Sobre enciclopedia y metodología de la historia*, donde se enfrenta a la visión mecánica del positivismo.

Droysen

Todavía más estatista que el propio Droysen lo fue su discípulo y continuador Heinrich von Treitschke (1834-1896). Autor de una *Historia de Alemania en el siglo XIX* (1879), consideraba que la historia era un arma ideológica de combate para afianzar y engrandecer el Estado alemán, cuya primera misión era sobrevivir y protegerse. Treitschke, cuyas ideas contaron con una amplia proyección, mantuvo sin ambages la idea de que la neutralidad y la independencia no tenían cabida en la labor del historiador. Una de las consecuencias de su pangermanismo militante fue la sacralización del Estado y el cultivo de las virtudes bélicas (Southard, 1995).

Treitschke

Otro de los discípulos de Ranke y de la escuela prusiana es Theodor Mommsen (1817-1903), quien obtuvo el Premio Nobel de Literatura de 1902 por su apasionada obra histórica *Historia romana*. Mommsen es un referente de primer orden para el estudio del mundo romano gracias a su impresionante obra, que abarca, sobre todo, el análisis de la historia política y jurisdiccional de Roma así como de la publicación de fuentes primarias del periodo.

Mommsen

La línea más propiamente liberal del historicismo alemán fue preconizada por Karl von Rotteck (1775-1840) y Friedrich Christoph Dahlmann (1785-1860), identificados con la idea de una Alemania unificada en el marco de una monarquía constitucional, basada en el consentimiento de sus gentes. La figura y obra de Ludwig Haüser (1818-1867) adquirió todavía mayor resonancia que los anteriormente citados. Suya es una *Historia de Alemania* de gran

celebridad, manifestación de la situación mental de los liberales de la Alemania meridional. En una posición marcadamente liberal-conservadora, si bien abiertamente contraria a la Revolución francesa y a la democracia, se situó Heinrich von Sybel (1817-1895). Sybel fue uno de los grandes maestros de la erudición alemana y fundador en 1856 de la *Historische Zeitschrift*, que todavía hoy sigue publicándose. Quizá el último eslabón del historicismo alemán del siglo XIX, que enlaza ya con el tema crucial de la relación entre la historia y las ciencias sociales, es Wilhelm Dilthey (1833-1911), para quien las ciencias de la naturaleza y las ciencias del espíritu se distinguen no tanto por dedicarse a un campo distinto de la realidad, sino más bien por su diferente comportamiento.

Sybel

Dilthey

La historia profesional fuera de Alemania

La aproximación rankeana a la historia fue adoptada por muchos historiadores fuera de Alemania, justo cuando la historia estaba naciendo como profesión. Muchas universidades europeas establecieron departamentos o institutos de historia durante la segunda mitad del siglo XIX, y asimilaron los métodos del seminario para la formación de sus futuros profesores e investigadores. Los historiadores empezaron a reunirse entorno a asociaciones profesionales como la Royal Historical Society (1868) en Gran Bretaña, el Czech Historický Klub (1872) y la todavía muy influyente American Historical Association (1884). También fundaron revistas profesionales, siguiendo el modelo de la alemana *Historische Zeitschrift*, destacando la francesa *Revue Historique* (1876), la sueca *Historisk Tidskrift* (1881) y la italiana *Rivista Storica Italiana* (1884) (Boer, 1998; Lingelbach, 2003).

Influjo del historicismo alemán

Muchos historiadores europeos se trasladaron a Alemania para formarse en los métodos y técnicas historiográficas ahí enseñadas. Importantes historiadores franceses como Gabriel Monod (1844-1912) y Ernest Lavisse (1842-1922) estudiaron en Gotinga con Georg Waitz (1813-86), uno de los principales discípulos de Ranke. Entre los historiadores británicos, el medievalista George G. Coulton (1858-1947) estudió en Heidelberg; Reginald Lane Poole (1857-1939), otro medievalista, en Leipzig, y George P. Gooch (1873-1968) lo hizo en Berlín. John Dalberg-Acton (Lord Acton, 1834-1902), de ascendencia alemana, estudió en Múnich y mantuvo una estrecha amistad con los propios Sybel y Ranke. El norteamericano John Lothrop Motley (1814-1877), historiador de la república holandesa, estudió en Gotinga y Berlín. El historiador chino Cao Yongwu también estudió en Berlín. Por fin, a principios del siglo XX, las universidades españolas y algunas

latinoamericanas iniciaron un fructífero programa de envío de sus mejores estudiantes para formarse en los departamentos de historia alemanes más prestigiosos.

Langlois y Seignobos

En la época de entresiglos, dos iniciativas editoriales francesas e inglesas muestran muy bien el cambio de aires que se estaba dando en la historiografía, consolidada ya como disciplina científica practicada por profesionales. La primera de ellas es un libro sobre la metodología histórica, la *Introducción a los estudios históricos* (1897) de Charles-Victor Langlois (1863-1929) y Charles Seignobos (1854-1942), que ayudó a divulgar los métodos archivístico-positivistas rankeanos. La segunda es el diseño de la famosa obra colectiva internacional, coordinada por Lord Acton, *The Cambridge Modern History*, que constaba de doce volúmenes, publicados entre 1902 y 1909.

Francia: la generación de 1870

La historiografía más activa e influyente en este contexto fue la francesa. Toda la segunda mitad del siglo estuvo marcada allí por la implantación del cientificismo, el énfasis en las leyes del comportamiento y el declive progresivo del misticismo romántico. La última generación de historiadores franceses decimonónicos se puede enmarcar en el movimiento «cientifista» que surgió en Francia después de la derrota de 1870 ante los prusianos. Una mezcla de exaltación nacional y toma de conciencia de las limitaciones del panorama científico francés estaría en la base de esta nueva generación. El desarrollo científico conseguido por Alemania se tomó como modelo en una Francia resentida y herida. La influencia de la ciencia alemana fue general. Se experimentó en todas las ciencias de la observación, como la historia, la filosofía, la gramática, la lingüística, la paleografía, la crítica de textos, la lexicografía, la arqueología, la jurisprudencia y la exégesis. La irrupción de las clases populares en los espacios públicos propició también el cambio: el pueblo se incorporaba a la política y también a la observación atenta de sociólogos, filósofos e historiadores. La segunda mitad de siglo contempló asimismo una mutación del clima ideológico. Un buen ejemplo de la nueva historia profesional, basada en un análisis archivístico sistemático y riguroso, es la de Alphonse Aulard (1849-1928), quien en 1885 fue nombrado el primer profesor de historia de la Revolución francesa en la Sorbona. La fundación de esta cátedra tiene una doble relevancia. Por un lado, ilustra uno de los modos a través de los que la Tercera República buscaba legitimarse; por otro, es un buen ejemplo de la progresiva conexión entre profesionalización y especialización.

La consolidación de una nueva generación de historiadores, entorno a los acontecimientos de 1870, vino acompañada de una necesidad psicológica y vital de modificar los sistemas de ideas vigentes hasta el momento. Los dos autores más relevantes de

esta generación son Ernest Renan (1823-1892) y Hipólito Taine (1828-1893). Gran parte de la fuerza como historiador de Renan radica en su sólida formación filológica. En *El porvenir de las ciencias* –que se publicaría en 1890–, propugnaba un optimismo en el futuro de la razón humana que en nada desdice del de la Ilustración. Taine, por su parte, representa de modo bastante explícito el original experimento que supone la aplicación de la terminología científica a la obra histórica, llegando a comparar el paso del antiguo al nuevo régimen de Francia con la metamorfosis de un insecto (Leger, 1980, 1993; Pozzi, 1993). Suya es la frase de que «la obra de arte se halla determinada por el conjunto que resulta del estado general del espíritu y las costumbres ambientales», lo que supone un magnífico vaticinio de las futuras corrientes en la historia del arte. Al mismo tiempo, afirmaba con gran seguridad: «Lo creo todo posible para la inteligencia humana. Creo que con los datos suficientes, los que pueden proporcionar los instrumentos perfeccionados y la observación continuada, se podrá saber todo del hombre y de su vida. Ningún misterio definitivo existe». Estas palabras de Taine posiblemente sean suficientes para describir el perfil del personaje y de su obra, tan relacionada ya con las corrientes positivistas finiseculares.

Renan

Taine

Entre los herederos de Taine destaca la figura de Ferdinand Brunetière (1849-1906), en quien la influencia de las ciencias naturales se hizo asimismo tan visible. Una segunda figura vinculada a Taine fue Albert Sorel (1842-1906). Hostil a la revolución democrática, pero partidario de la Revolución francesa, Sorel dedicó la mayor parte de su esfuerzo al estudio de aquel magno episodio. La idea de la traición fue la premisa preconcebida mediante la cual se acercó al estudio de la Revolución. El verdadero influjo de las ideas conservadoras de Renan y Taine –en el caso del primero, después de una verdadera «conversión» tras los acontecimientos de 1870– pasará de la historia a la política a través de la característica polarización entre derechas e izquierdas de la vida política francesa del siglo XX.

Brunetière

Sorel

Pero el hecho más significativo del influjo de esta generación en la historiografía es su tendencia a la reivindicación de una «ciencia histórica», que conecta con los postulados del positivismo comtiano. La idea del progreso, desarrollada con tanta convicción por los pensadores de la escuela escocesa del siglo XVIII, renace en la Francia del siglo siguiente, sobre todo a través de la obra de Auguste Comte. La sociedad ha sufrido una evolución a lo largo de la historia que representa la marcha progresiva del espíritu humano. El historiador debe hacerse cargo de esa evolución, aplicando los esquemas que le proporcionan los métodos científicos (Pozzo, 1972).

Ciencias humanas, naturales y sociales

Queda así planteado de modo explícito uno de los grandes debates de la historiografía de la segunda mitad del siglo XIX: la relación entre las ciencias humanas y las ciencias naturales, que Dilthey había formulado ya expresamente. Este debate fue progresivamente sustituido, a principios del siglo XX, por el de la relación entre las ciencias sociales y la historia, a través de la obra de sociólogos como Émile Durkheim y Max Weber –un nuevo debate que se prolongó hasta la década de los ochenta del siglo XX–. El influjo del positivismo en la historia no es, pues, el de la limitación de la narración histórica al establecimiento de una concatenación de acontecimientos en búsqueda de una mecánica relación causa-efecto, sino más bien el de la pretensión de la aplicación a la historia del método utilizado por las ciencias naturales y sociales o, lo que es lo mismo, el establecimiento de las leyes generales de la historia.

La evolución de la historiografía francesa del siglo XIX demuestra, una vez más, la continua interrelación que se produce entre el texto y el contexto histórico. Las diferentes generaciones de historiadores franceses de este siglo se van sucediendo en el contexto de las sucesivas revoluciones de esta centuria (1830, 1848 y 1870). De las tesis revisionistas y algo atormentadas de un François Guizot de la primera generación se pasa a la recuperación del orgullo francés a través de la historiografía de cuño romántico al estilo de Michelet de la segunda generación, para finalizar con el realismo de la generación del setenta, que intenta aplicar los postulados del positivismo para recuperar la fe en la historia y en la historiografía. Este recorrido historiográfico muestra el influjo que irá adquiriendo la historiografía francesa, que se verificará con la emergencia de la escuela de los *Annales* en 1929.

La historia alternativa: economía, sociedad y cultura

En la época de la historia nacional y profesional, el tema dominante, dentro y fuera de las universidades, fue el de la «gran narrativa» de los eventos políticos, contada desde el punto de vista de los dirigentes y sus gobiernos, que eran a su vez los creadores de los documentos que los historiadores rankeanos descubrían en los archivos. Sin embargo, ya por aquel entonces fueron emergiendo algunas aproximaciones alternativas, aunque todavía de modo marginal: historias económica, social y cultural, producidas por algunos pocos académicos.

Historia económica

La historia económica fue practicada por el historiador alemán German Gustav Schmoller (1838-1917), que fue a su vez maestro del belga Henri Pirenne (1862-1935), quien junto al sueco Eli

Heckscher (1879-1952) fue uno de los principales historiadores de la economía durante la primera mitad del siglo XX. Otras importantes figuras en este ámbito fueron el inglés William Cunningham (1849-1919) y el norteamericano Norman Gras (1884-1956), profesor de la Harvard Business School.

Historia social y cultural

La historia social y cultural, por su parte, ya había sido practicada, como se ha visto más arriba, en la Francia de Voltaire y en la Escocia de David Hume y Adam Ferguson. Esta tradición fue continuada por Guizot en su *Historia de la civilización en Francia* (1829) y por Macaulay en su famoso tercer capítulo de su *Historia de Inglaterra* (1848). Taine fue otro practicante de la historia social y cultural, particularmente en su historia de la literatura inglesa, en la que enfatizó –como su contemporáneo, el novelista Émile Zola– la importancia del contexto social. En Estados Unidos, Frederick Turner (véase p. 219) defendió, como Marx, que «es en los cambios en la economía y en la vida social de la gente donde debemos buscar las fuerzas que finalmente crean y modifican los órganos de acción política».

Sin embargo, fue en Alemania y Escandinavia donde la aproximación sociocultural de la historia tuvo más atractivo, porque ahí la historia fue asociada con el estudio del *Volkskunde* o «folklore». Por ejemplo, el alemán Gustav Klemm (1802-1867), librero en Dresden, publicó una historia cultural de la humanidad, mientras que el danés Frederik Troels-Lund (1840-1921) empezó a publicar en 1879 lo que llegó a ser un impresionante estudio de catorce volúmenes sobre la vida cotidiana en la Escandinavia del siglo XVI.

Burckhardt

La figura principal de la historia cultural en el siglo XIX fue el historiador suizo Jacob Burckhardt (1818-1897), nacido en Basilea. Burckhardt es conocido sobre todo por su precoz incursión en la historia cultural a través de su obra fundamental *La cultura del Renacimiento en Italia* (1860). Allí define el concepto de cultura como «el conjunto de desarrollos espirituales que se producen espontáneamente y que no reivindican una validez coercitiva universal». Iniciaba así un renovado planteamiento de la historia de la cultura, que iba más allá de la mera descripción de las principales obras artísticas. También propugnó un retorno a los valores clásicos para articular una visión global que incluía aspectos como el desarrollo de la individualidad o el descubrimiento de la belleza del paisaje.

Las *Reflexiones sobre la historia universal* son algo así como el testamento intelectual de Burckhardt. Allí advierte del peligro de acudir a la filosofía para realizar un planteamiento verdaderamente histórico, ya que, si la historia es el reino de la coordinación, la filosofía lo es de la subordinación. El Estado, la religión y la cultura son

las tres grandes fuerzas que rigen el discurrir de la historia. La tercera de ellas, la más variable, corresponde a la necesidad material y espiritual en sentido estricto. Las crisis en la historia se producen cuando las influencias y entrelazamientos de estas tres fuerzas no se producen de modo gradual y duradero, sino de forma acelerada.

Huizinga

La obra de Burckhardt tuvo un excepcional y ulterior colofón a través del magnífico retrato que Johan Huizinga (1872-1945) hizo de la cultura de la última Edad Media a través de su *El otoño de la Edad Media*, una obra que, publicada en 1919, ha resistido bien el paso del tiempo y se sigue reeditando en la actualidad. Quizá el logro más importante de la obra de Huizinga sea la maestría con que conjuga el análisis y la interpretación de dimensiones tan diversas como el arte, la literatura, la religiosidad y las formas de vida.

Hipólito Taine

Influido inicialmente por Spinoza y seguidor más tarde de la estela de Hegel, Hipólito Taine (1828-1893) no fue, con todo, un puro idealista. Participó del espíritu de la época de desentrañar el sentido material de las cosas. Pertrechado con unas dotes personales de observación asombrosas había seguido cursos de medicina y de psicología experimental. Todo ello pudo percibirse en su obra. Su concepción del mundo quedó perfilada con nitidez en una de sus obras cumbres, *Ensayo sobre la inteligencia* (1870).

La historia, según Taine, era equivalente a la anatomía o a la mecánica. Como la primera, su función consistía en explicar cómo son las cosas; como la segunda, servía para averiguar el funcionamiento de las cosas. Mediante el estudio del pasado, Taine aspiraba a descubrir las leyes eternas del comportamiento humano; es decir, a determinar unas leyes o constantes de una extraordinaria virtualidad explicativa. Taine, no obstante, tuvo cuidado en afirmar que no se trataba de unas leyes exactamente matemáticas. En su *Historia de la literatura inglesa* se ocupó de aclarar estas nociones. Así, sostenía que, cuando cualquier autor u otro personaje histórico es estudiado, resulta preciso determinar lo que denominó su «facultad maestra», es decir, la facultad dominante que ilumina el resto porque a ello todo lo demás está subordinado.

«Los tres estados que voy a tratar de describir con exactitud son el Antiguo Régimen, Revolución y Régimen Moderno. Me permito declarar aquí que no persigo otro fin; se ha de dispensar a un historiador conducirse como naturalista. Estoy ante mi asunto como ante la metamorfosis de un insecto. Abandonando toda prevención, la curiosidad se convierte en científica y se dirige por completo hacia las fuerzas íntimas, que realizan la maravillosa operación. Estas fuerzas son la situación, las pasiones, las ideas, las voluntades de cada grupo; podemos distinguirlas y hasta casi medirlas. Las tenemos ante nuestra vista. [...] Con sus cuadros y sus estampas les seguimos en su vida íntima, vemos sus trajes, sus actitudes y sus gestas. [...] Gracias a ellos [a los documentos y archivos] podemos dar cifras exactas, saber hora por hora el empleo de un día, más aún, relatar la lista de una gran comida, reconstituir un prendido de lujo.»

Los orígenes de la Francia contemporánea, 1875, prefacio

A partir de 1870 en adelante, el Taine liberal y republicano –pero asimismo el Taine horrorizado por el episodio de la Comuna– puso todo su empeño intelectual en la defensa del Estado francés. Desde esa posición nutriría de munición de primera calidad a un antiliberalismo reaccionario que iba en aumento, azuzado por el desencanto ante los acontecimientos históricos que se iban sucediendo. El Taine defensor de las personalidades poderosas, y de su influjo en la historia, comenzaba a cobrar forma. A pesar de sus potencialidades antiilustradas –y eventualmente incluso racistas–, el papel de Taine desde el punto de vista historiográfico puede catalogarse como el de un innovador.

La Revolución francesa se le aparece como una época de horror y de disturbios. Pero en ese rechazo compulsivo abrió las puertas tanto a la psicología como a la sociología. Empeñado en describir, con temor y con desprecio, los movimientos sociales, Taine supo señalar hasta qué punto se trataba de un fenómeno de gran complejidad: que a los intereses y ambiciones hay que añadirles otros factores, como las pasiones y el juego de un sinfín de percepciones subjetivas. La psicología colectiva se convertía así en un auxiliar indispensable del historiador.

Leopold von Ranke

Hay un acuerdo casi unánime en considerar a Leopold von Ranke (1795-1886) el fundador y máximo exponente del historicismo clásico alemán y uno de los historiadores más influyentes, admirados e imitados de todos los tiempos. Nacido en Wiehe (Prusia), recibió una formación basada en el conocimiento de las culturas clásicas, así como en la tradición protestante luterana. En 1814, accedió a la Universidad de Leipzig, donde cursó estudios clásicos y teológicos, especializándose en la disciplina filológica. Pronto se interesó por la disciplina histórica, a través de la lectura de las novelas históricas de Walter Scott, cuyos relatos le empujaron a indagar sobre historia real, para cotejarla con las narraciones ficcionales. Desde la perspectiva propiamente historiográfica, Ranke recibió un gran influjo de Barthold Georg Niebuhr (1776-1831), uno de los primeros que buscó identificar a la disciplina histórica con el método de las ciencias experimentales.

En 1824 publicó su *Historia de los pueblos romanos y germánicos (1494-1514)*, una obra que se ha considerado el punto de partida del historicismo. Ranke analiza el conflicto entre la monarquía francesa y la española por los territorios de Italia, lo que le posibilita defender que Europa surge por la dialéctica entre pueblos románicos y germánicos. Explica en un apéndice el método segui-

«Fue necesario disponer de una información más precisa para analizar el progreso del partido evangélico, especialmente desde el punto de vista político, como antecedente de la crisis de la Reforma. Para completar la investigación no eran suficientes las fuentes impresas. Los archivos de la entera línea ernestina de Sajonia, conservado en Weimar, que visité en agosto de 1837, me proporcionaron todo lo que podía desear. No existe un fondo más lleno de información de las épocas requeridas, conservados precisamente en la casa de la familia donde los archivos han sido preservados. Los muros y todo el espacio interior están cubiertos con los rollos de los documentos relativos a los hechos y los eventos de ese periodo. Cada nota, cada borrador de una contestación están conservados ahí. [...] Veo el pasado aproximarse cuando basamos la historia moderna no en los informes de los historiadores contemporáneos a la época, excepto cuando gozan de un conocimiento de los hechos personal e inmediato. Y, todavía peor, cuando nos basamos en obras todavía más lejanas respecto a las fuentes; debemos basarnos más bien en las narraciones de los testigos, y en los genuinos y originales documentos.»

History of the Reformation in Germany, 1839, introducción

do, a la vez que intenta superar a los autores anteriores que habían escrito sobre esa historia, haciendo referencia, por ejemplo, a Guicciardini, en su *Historia de Italia*. En 1834-1836 publica *Historia de los papas*, un valioso estudio del Papado y sus representantes en la Edad Moderna, desde el siglo XV a la primera mitad del XIX. Considerada en extremo crítica y sustancialmente escéptica, fue contestada ampliamente desde la historiografía católica del momento, en especial por el historiador Ludwig von Pastor (1854-1928) y su monumental *Historia de los papas desde fines de la Edad Media*. Sin embargo, la obra de Ranke posee un importante componente religioso, ya que la historia le interesaba porque creía ver en ella un vehículo para encontrar a Dios. Sin llegar a defender el providencialismo agustiniano, entendía que se puede encontrar a Dios en la historia cuando esta se reconstruye sin artificios, sin teorías ni concepciones preconcebidas.

Ranke postuló que el historiador debía conseguir que fuera el propio pasado el que hablara, lo que garantizaría la objetividad histórica. Para ello, el historiador debía abandonar toda pretensión de «autoría» y convertirse en un científico cuyo objeto de análisis fuera el pasado. Enfatizó especialmente el estudio de la política internacional y de las relaciones diplomáticas, y un compromiso para escribir historia «como realmente sucedió». Realizó un uso extraordinariamente amplio de fuentes, incluyendo memorias, diarios, cartas, expediciones diplomáticas y testimonios de primera mano de testigos oculares.

Ranke obtuvo un gran reconocimiento ya en vida, y fue considerado el gran maestro de la historia en Alemania, sobre todo gracias a su impresionante labor académica, que impulsó desde la cátedra de la Universidad de Berlín. Su influencia se extendió pronto por todo el mundo, favorecido sin duda por el prestigio de la universidad alemana y concretamente gracias al célebre sistema de seminario en que Ranke basaba su labor de investigación, docencia y, no de menor importancia, la formación de sus discípulos. A través de esas reuniones, Ranke los formaba en la práctica del uso crítico de las fuentes con el debate de ejemplos documentales. La obra de Ranke es inmensa. Sus obras completas abarcan 54 gruesos volúmenes. Aunque no escribió una historia

universal propiamente dicha, sus intereses y temas tratados sí lo fueron: España, Francia, Prusia, Inglaterra, el papado.

Jacob Burckhardt

Cuando la forma histórica predominante en Europa era la narración de los eventos políticos, basada en documentos oficiales de archivo siguiendo el modelo impuesto por Ranke, Jacob Burckhardt (1818-1897) se movió en otra dirección. Aunque había participado en el seminario de Ranke en Berlín cuando era joven, Burckhardt se basó en la historia cultural en detrimento de la historia política y combinó su cátedra de historia en Basilea, su ciudad natal, con una cátedra de historia del arte. Privilegió la descripción sobre la narrativa, basada en fuentes impresas más que manuscritas (junto con la evidencia de la cultura material), y presentó sus resultados en forma de ensayo escrito desde un punto de vista personal en temas tan diversos como la *Edad de Constantino* (1853), la *Cultura del Renacimiento* (1860), la *Historia cultural de Grecia* (publicada póstumamente en 1898) y las *Reflexiones sobre la historia del mundo*, editadas en 1905 basándose en algunas de las conferencias que impartió.

El famoso pasaje citado arriba ofrece un ejemplo típico de la aproximación histórica de Burckhardt. Los seis capítulos de su libro tratan sobre diferentes aspectos del renacimiento italiano: el sistema político de las ciudades-estado, el individualismo, el humanismo, «el descubrimiento del mundo y del hombre», la sociabilidad, la moralidad y la religión. Previamente, algunos investigadores habían escrito sobre el renacimiento como un movimiento artístico, literario e intelectual, pero Burckhardt extendió la idea al entero campo de la cultura, por lo menos de la cultura urbana. En cada capítulo contrapone el renacimiento con la Edad Media, como confirmación de la tesis general de que los italianos fueron los primeros «modernos». En cada capítulo ilustra su argumento con ejemplos y citas de las fuentes. En el caso del individualismo, que acomete como una tendencia general y casi como una moda, discute la personalidad y los logros de Alberti, Ariosto, Leonardo da Vinci, Lorenzo de Médicis y otras figuras famosas. También se preocupa de mostrar el contexto

político del individualismo, en el ámbito de la competencia entre las pequeñas ciudades-estado italianas.

Los estudiosos que analizan este periodo, 150 años más tarde, consideran la oposición de Burckhardt entre el renacimiento y la Edad Media demasiado exagerada, pero valoran su magnánima aproximación a la idea del renacimiento, que es capaz de abarcar todos los aspectos de la cultura, y continúan trabajando sobre los problemas que él puso de manifiesto.

ESQUEMA

Historiografía decimonónica

- El siglo XIX, «el siglo de la historia»: importancia de la historia y la disciplina histórica. La edad del historicismo, debido al incesante aumento de la conciencia de cambio.
- Descubrimiento del pasado como «otro».
- Emergencia del nacionalismo y el positivismo.

1. **La época de las tradiciones nacionales:** emergencia historias nacionales, influjo del romanticismo e historicismo
   - La vía ilustrada de la historiografía alemana: Schiller, Herder, Hegel.
   - La historiografía francesa: del romanticismo al positivismo.
     - La historiografía romántica: Guizot, Michelet, Quinet.
     - La historiografía liberal: Thiers, Mignet, Thierry, Guizot.
     - La historiografía liberal conservadora: Tocqueville y Fustel de Coulanges.
   - La vía empirista británica y la historiografía *whig*: Macaulay, Acton.
   - La historiografía liberal española.
     - Entre la erudición y el nacionalismo: Lafuente, Hinojosa, Menéndez y Pelayo.
     - Historia y política: Cánovas del Castillo.
     - Los albores de la profesionalización: Altamira.

2. **La historiografía positivista:** cientifismo y profesionalización
   - Positivismo de Comte, historicismo de Ranke.
   - El historicismo clásico alemán.
     - La escuela rankeana: Droysen, Treitschke y Mommsen.
     - La vía liberal del historicismo alemán: Haüser, Sybel y Dilthey.
       - La historia profesional fuera de Alemania: Renan, Taine, Monod, Langlois y Seignobos.
   - La historia alternativa: economía, sociedad y cultura; Burckhardt y Turner.

Las obras clásicas sobre el historicismo son F. Meinecke, *Die Entstehung des Historismus* (Múnich, 1959) y C. Antoni, *Lo Storicismo* (Turín, 1968). Sobre su continuidad con la Ilustración, P. H. Reill, *The German Enlightenment and the Rise of Historicism* (Los Ángeles, 1975).

Sobre el Romanticismo, es útil todavía el studio de E. Neff, *The Poetry of History* (Nueva York, 1947), pero también H. R. Trevor-Roper, *The Romantic Movement and the Study of History* (Londres, 1969) y S. Bann, *Romanticism and the Rise of History* (Nueva York, 1995).

Sobre Ranke, L. Krieger, *Ranke. The meaning of History* (Chicago, 1977).

Sobre Burckhardt, F. Gilbert, «Burckhardt's Concept of Cultural History», en su *Politics and Culture* (Princeton, 1990).

Sobre la historia *whig*, además del clásico H. Butterfield, *The Whig Interpretation of History* (Londres, 1931), véase J. W. Burrow, *A Liberal Descent. Victorian Historians and the English Past* (Cambridge, 1981).

Sobre la profesionalización de la historia, un importante estudio acerca de la evolución de una historiografía nacional es P. den Boer, *History as a Profession: the study of history in France, 1818-1914* (1987; trad. Princeton 1998).

Sobre el nacionalismo historiográfico, Paloma Cirujano, Teresa Elorriaga y Juan Sisinio Pérez, *Historiografía y nacionalismo español, 1834-1868* (Madrid, 1985) y Monica Baár, *Historians and Nationalism: East-Central Europe in the 19th Century* (Oxford, 2010).

7
De entresiglos a la década de los setenta: la reacción frente al positivismo

(Jaume Aurell y Peter Burke)

Este capítulo se centra en la evolución de la historiografía durante los dos primeros tercios del siglo XX, desde principios de siglo hasta la década de los setenta, abarcando tres temas fundamentales. En primer lugar, se describe la crisis del positivismo y la aparición del historicismo de entreguerras. En segundo lugar, se detalla la evolución de la que para muchos ha sido la tendencia historiográfica de mayor influencia en el siglo XX, la escuela de los *Annales*. En tercer lugar, se detalla la evolución del materialismo histórico, desde sus fundamentos ideológicos e intelectuales hasta el desarrollo de la escuela materialista británica de la posguerra.

Estos tres fenómenos historiográficos colapsarán abruptamente en las décadas de los setenta y los ochenta, con la aparición de las tendencias asociadas al giro lingüístico y el posmodernismo y, como consecuencia, en la actualidad han perdido su notoriedad. Con todo, nadie duda de su papel esencial en la evolución de la historiografía occidental, y por ello merecen una atención especial.

LA REACCIÓN FRENTE AL POSITIVISMO

En el cambio de siglo, la historia dio síntomas de agotamiento, tras una larga época de predominio de los grandes esquemas histórico-filosóficos del nacionalismo romántico y el positivismo comtiano. El patriotismo de los historiadores románticos y el determinismo de los positivistas habían cuestionado los mismos fundamentos epistemológicos de la disciplina histórica. Los historiadores experimentaron una crisis respecto a las cosmovisiones que esos paradigmas representaban. El agotamiento de los modelos teóricos surgidos en el siglo anterior produjo una sensación de crisis en la disciplina histórica. La edad de oro de los grandes teóricos y filósofos de la historia, como Hegel, Comte o Marx, había terminado, pasando el testigo a los historiadores profesionales (como Paul Lacombe en Francia, Karl Lamprecht en Alemania y

Frederick Turner en los Estados Unidos), a los más comprehensivos historiadores de la economía y de la cultura (como el suizo Jacob Burckhardt, el belga Henri Pirenne y el holandés Johan Huizinga) y a los nuevos filósofos de la historia (representados por Benedetto Croce en Italia, Robin Collingwood en Inglaterra y José Ortega y Gasset en España). Todos ellos propugnaban un retorno al hombre como objeto central del conocimiento histórico, que nunca puede ser reducido a fórmulas abstractas, sino que debe ser entendido en todo su contexto (Hughes, 1958, pp. 33-66; Iggers y Parker, 1979, p. 4).

Nuevos métodos

Los paradigmas científicos decimonónicos fueron cayendo progresivamente en desuso, poniendo de manifiesto la radical oposición entre los métodos de las ciencias humanas y las ciencias experimentales. Entre ellas dos, emergieron con fuerza las nuevas ciencias sociales. Los historiadores tomaron una mayor conciencia de la conveniencia de abrir su objeto de estudio a todas las manifestaciones de la vida de una sociedad en continuo dinamismo, lo que les puso en estrecho contacto con la emergente disciplina sociológica, liderada por Émile Durkheim en Francia y Max Weber en Alemania. Los historiadores, influidos por las filosofías vitalistas y experimentalistas, incorporaron el concepto de *valor*, lo que les permitió enfatizar lo personal y libre por encima de lo científico y determinista. Por fin, en esta reacción frente al positivismo, se criticaron algunos conceptos muy asentados anteriormente en la disciplina, como los del progreso y la objetividad (Kon, 1962).

Los historicistas de entreguerras

En este contexto de crisis epistemológica, emergieron durante las décadas de los veinte y los treinta algunos filósofos de la historia cuyas obras han tenido un notable influjo en la historiografía posterior (Dray, 1989). Entre ellos hay, además, representantes de las más diversas tradiciones historiográficas: el italiano Benedetto Croce, el inglés Robin Collingwood, el español José Ortega y Gasset.

Historicismo de entreguerras

La labor teórica de estos filósofos de la historia se inscribe en el complejo debate historiográfico que ha generado la definición del historicismo (Oexle, 2001). Parece que el término fue utilizado por primera vez por el historiador de la filosofía Karl Werner, quien en su libro sobre Vico (1879) se refirió al carácter particular de la filosofía del historiador italiano, que afirma que la única realidad que la mente humana puede conocer es la historia, porque la construye ella misma (Antoni, 1968). Después, el término fue profusamente utilizado en el debate historiográfico de la Ale-

mania finisecular. Leonard Krieger fijó el canon de esa generación de historicistas: Croce, Collingwood, Dilthey, Rickert, Troeltsch, Ortega y Spengler (Krieger, 1989).

El historicismo se opone, en su acepción más general, al dominio del positivismo. Los historicistas intentan crear unas ciencias sociales diversas de las ciencias naturales, en las que se originó el positivismo, acentuando el carácter específicamente histórico del hombre (Hervitz y Ludlow, 1984, p. 17). Es muy significativo que el mismo término *historicismo* se divulgara como una respetable tendencia historiográfica, en su presente significado, poco después de la Primera Guerra Mundial. Lo que varía entre los historicistas es el sujeto de la historia, que para Spengler es la cultura, para Toynbee las civilizaciones, para Weber la dimensión sociológica del hombre, para Ortega la dimensión circunstancial del hombre, para Croce la dimensión contemporánea de la historia, para Collingwood la capacidad imaginativa del hombre y para Troeltsch la totalidad individual. El debate sobre el verdadero concepto del historicismo sigue hoy todavía en pie. La virulencia y la longevidad de este debate demuestra que el historicismo no es una corriente historiográfica unívoca.

Croce

Benedetto Croce (1866-1952), más conocido como filósofo pero también muy activo como historiador, especialmente de Italia y de su nativo Nápoles, parte de la idea de que «toda historia es historia contemporánea». Es decir, que toda reconstrucción histórica se realiza desde el presente del historiador y, por tanto, está condicionada por el contexto desde el que escribe el historiador. En este sentido, Croce puso de manifiesto de un modo explícito el peso del presente («presentismo») en toda obra histórica. Para evitar confusiones, hay que aclarar en este punto que, al igual que los de positivismo e historicismo, el concepto «presentismo» es ambiguo. Frente al positivismo de Croce, existe también el presentismo de los historiadores *whig* expuestos en el capítulo 6, que seleccionan del pasado sólo los elementos que conducen al presente. Los dos presentismos son opuestos: aceptar uno de ellos implica rechazar el otro.

Collingwood

En ese mismo contexto es preciso situar la labor del otro gran filósofo de la historia de este periodo, Robin G. Collingwood (1889-1943), quien combinó la filosofía con el análisis de la historia de Gran Bretaña en tiempos del Imperio romano. En su obra más importante, *The Idea of History* (1946), reflexionó sobre algunos temas esenciales en la historiografía como la imaginación histórica o la historia como reactualización *(re-enactment)* de la experiencia pasada. La *Idea de la historia* fue publicada poco después de la muerte de su autor, convirtiéndose desde entonces en uno de los volúmenes más influyentes en la historiografía del siglo

pasado. Uno de los conceptos claves de Collingwood es la imaginación histórica, que *recrea* el pasado. Sólo hay conocimiento histórico de lo que puede ser revivido en la mente del historiador. El concepto clave de Collingwood es que el conocimiento histórico tiene como objeto propio el pensamiento: no las cosas pensadas, sino el acto mismo de pensar. Esto es lo que le lleva a concluir, de modo aparentemente algo ingenuo, que, cuando el historiador descubre *lo que* realmente ocurrió, de hecho conoce *por qué* sucedió. O, dicho de otro modo todavía más radical, el mero hecho de la fijación de un hecho histórico lleva consigo su misma interpretación (Donagan, 1962, p. 18).

Butterfield

Más o menos independientes de Collingwood, algunos historiadores británicos desarrollaron una crítica del presentismo, como alternativa a la previamente dominante interpretación *whig* de la historia, detallada en el capítulo anterior. El ataque más explícito llegó de Herbert Butterfield (1900-1979), un colega de Cambridge del historiador *whig* más prominente de aquellos tiempos, George Macaulay Trevelyan. Aunque Trevelyan no era citado ahí explícitamente, el ensayo de Butterfield *La interpretación* whig *de la historia* (1931) constituyó una crítica contra los historiadores que «elogian las revoluciones siempre y cuando hayan prosperado» o que ponen su atención en los orígenes por encima de «todas las mediaciones a través de las que el pasado deviene presente» –ya en los años cuarenta, también Marc Bloch, del que se habla más adelante en este mismo capítulo, desarrolló una contundente crítica de lo que él llamó «el ídolo de los orígenes».

Namier

Otra crítica de la interpretación *whig* provino de Lewis Namier (1888-1960), un polaco inmigrado a Gran Bretaña que gozó de prestigio gracias a su libro *La estructura de la política en la ascensión del rey Jorge III* (1929), en el que defendía que los partidos políticos tuvieron escasa influencia en la Inglaterra del siglo XVIII. Los nobles entraron en el Parlamento para aumentar su estatus local, y los criterios de sus votaciones estaban determinados por lazos de familia y patrocinio más que por las ideas. Namier asumió una distanciada y fría aproximación a la política como el interés por el reparto de poder *(who gets what)*, similar a la de su admirado sociólogo italiano Vilfredo Pareto. Namier sería criticado, particularmente por Butterfield en su *Jorge III y sus historiadores* (1957), por excluir las ideas de la historia. Sin embargo, esta controversia entre Namier y Butterfield no debería ocultar lo mucho que estos dos académicos tenían en común, junto con otro historiador de muy diferentes ideas y actitudes políticas, como Edward P. Thompson, cuya crítica al presentismo será desarrollada más adelante en este mismo capítulo.

En España también descolló durante las décadas de los veinte y los treinta el filósofo José Ortega y Gasset (1883-1956), cuya filosofía de la historia se halla dispersa entre sus diferentes obras pero tiene una entidad en sí misma (Graham, 1997). Formado en ambientes culturales alemanes, derivó del vitalismo al existencialismo. Su filosofía se basa en «la metafísica de la razón vital», a la búsqueda de una estructura de vida que sea trascendente en su relación con la realidad de cada instante. Es así como el hombre deviene esencialmente razón histórica: «El hombre es lo que le ha pasado, lo que ha hecho. El hombre no tiene naturaleza, sino que tiene… historia». Ortega vuelve al tema del presentismo al afirmar que nada existe más que el presente; si el pasado existe, lo hace en cuanto presente. El conocimiento histórico consiste en buscar lo que de pasado hay en el presente. Por tanto, cada generación ha de replantearse el problema de la historia rescribiéndola de nuevo.

Ortega y Gasset

Croce, Collingwood y Ortega protagonizan este peculiar e influyente capítulo de la historia de la historiografía, en el que los filósofos de la historia asumen un gran protagonismo, haciendo renacer una figura que había sido creada durante la Ilustración a través del pensamiento volteriano y que parecía ya periclitada.

La objetividad histórica cuestionada

Estados Unidos

Otro importante aspecto de la reacción frente a la historia positivista es el rechazo de la pretensión de objetividad. Esta reacción queda bien reflejada a través del trabajo de dos de los principales historiadores norteamericanos de principios del siglo XX: Charles Beard y Carl Becker (Novick, 1988). La relevancia de su crítica a las bases más asentadas de la profesión histórica fue muy notoria, habida cuenta del prestigio que contaban en esa profesión. De hecho, sus principales tesis fueron expuestas a través de los influyentes «presidential addresses to the American Historical Association», los discursos que los presidentes de la Asociación de Historiadores Americanos pronuncian cada año, al terminar su mandato. Becker lo hizo en el año 1931 bajo el título «Every Man his Own Historian» («Cada hombre es su propio historiador»). Beard, por su parte, lo hizo en 1933, con el título «Written History as an Act of Faith» («La historia escrita como acto de fe»).

Becker

Becker enfatizó la relatividad del conocimiento histórico, que está localizado en un contexto temporal concreto y sujeto al cambio a través de ese mismo tiempo: «Cada generación, nosotros mismos incluidos, debe entender inevitablemente el pasado y anticipar el futuro a la luz de su propia experiencia restringida». La «experiencia restringida» a que se refiere no era sólo la de los his-

toriadores, sino la de cualquier persona («Mr. Everyman») en un momento dado. En palabras de Becker, «no imponemos nuestra versión de la historia humana sobre Mr. *Everyman;* finalmente es más bien Mr. *Everyman* quien nos impone su versión. El secreto de nuestro éxito a largo plazo depende de que sepamos conformar nuestro propio temple al de Mr. *Everyman*».

Beard

Por lo que respecta a Beard, empezó su carrera historiográfica ajeno a la profesión, incluso se podría decir que heréticamente, escandalizando a los periodistas y a sus colegas historiadores al ofrecer *Una interpretación económica de la Constitución de los Estados Unidos* (1913), obra que podría ser descrita por lo menos como de influencia marxista, si no abiertamente marxista. Más tarde, consiguió un respeto académico sin perder su deseo de impactar a sus lectores y oyentes. En el mencionado discurso presidencial de 1933, sostuvo que «el historiador [...] consciente o inconscientemente realiza un acto de fe sobre el orden y la evolución temporal de las cosas porque se le niega la certeza. Su fe se basa en la convicción de que algo verdadero puede ser captado acerca del movimiento de la historia y su convicción es, por tanto, una decisión subjetiva, no un simple descubrimiento objetivo». Como consecuencia, la objetividad era una pura ilusión, tal como Peter Novick definió expresivamente en su estudio sobre la historiografía norteamericana (Novick, 1988).

Estos discursos impresionaron hondamente a quienes los escucharon en la década de los treinta, provocando una notable tormenta de críticas en su contra. Sin embargo, estas ideas acabarían siendo consideradas un lugar común a finales del siglo XX, formando parte de las ideas establecidas en la historiografía posmoderna (véase p. 288).

El organicismo histórico

Como consecuencia de la crítica al positivismo, este periodo también experimentaría la aparición fugaz de otra tendencia historiográfica, aparentemente sin continuidad en el resto del siglo XX: la de las grandes interpretaciones de la historia universal, a través de un planteamiento organicista, que llegó sobre todo de la mano de Oswald Spengler y Arnold Toynbee. Lo que se proponían plantear estos historiadores era la cuestión de la historia universal, en unos momentos en los que las dolorosas experiencias vividas especialmente en Occidente entre 1914 y 1945 habían dado al traste con el optimismo filosófico y científico edificado por la ilustración del siglo XVIII y el positivismo del siglo XIX (Costello, 1993). Ellos partieron de la idea de que

lo que no puede alcanzarse en la historia mediante la formulación de leyes –la vieja aspiración positivista– se puede obtener mediante la contemplación y la comparación. A través de la ampliación global de los objetos históricos analizados, los morfologistas deducían unas regularidades cíclicas. De este modo, pretendían acceder a las reglas del pasado y aspiraban a predecir el futuro. Por otro lado, a diferencia de Comte, Marx y muchos otros pensadores del siglo XIX, ni Spengler ni Toynbee creían en el progreso o en la evolución social: los ritmos que observaban en el pasado eran cíclicos, concretados en el auge y la decadencia de las diferentes civilizaciones.

Spengler

Oswald Spengler (1880-1936) publicó su célebre obra *La decadencia de Occidente* al final de la Primera Guerra Mundial. Su ambiciosa obra pretendió dar una visión global de la historia, que influyó notablemente en su tiempo. A través del estudio de ocho grandes civilizaciones, se propuso descubrir los mecanismos de su apogeo y decadencia, aplicando esa tesis a la civilización occidental. Cada cultura o civilización es un fenómeno cerrado en sí mismo, específico e irrepetible, pero que experimenta una evolución que es posible comparar morfológica y analógicamente con las restantes y da la clave para comprender el presente.

Con Spengler, el presentismo volvía a aparecer en el panorama historiográfico de entreguerras, tal como lo habían planteado los filósofos de la historia como Croce –toda historia es historia contemporánea– o Collingwood –la historia como reactualización de la experiencia pasada–. Spengler fue incluso más allá, pretendiendo augurar el futuro de la civilización occidental. Había redactado su libro en Múnich, en el tiempo de la crisis final del poder del Segundo Reich alemán –una época de derrota bélica, involución social, revolución marxista y eclosión del nazismo–, y ofrecía una visión culturalista de la historia que cualquiera podía manejar con una cierta soltura a la búsqueda de respuestas en esa hora difícil de la historia de Alemania y de Occidente.

Toynbee

Otra gran interpretación de la historia en la época de entreguerras, aunque ya con claras repercusiones posteriores, es la de Arnold J. Toynbee (1889-1975). Su epopéyica obra *Estudio de la historia* sería celebrada, sobre todo en la primera posguerra, como la más grande narración histórica que se había escrito jamás. Sin embargo, su celebridad fue efímera, y a pesar de su magnitud es hoy considerada más por ser un original objeto historiográfico digno de análisis que por su influjo posterior desde el punto de vista metodológico y epistemológico. Al igual que Spengler, la carrera académica de Toynbee fue poco convencional, lo que cuadra bien en el contexto historiográfico de entreguerras, que ha sido definido como un periodo de agotamiento del modelo académico.

El *Estudio de la historia* apareció en doce volúmenes entre 1934 y 1961. La obra de Toynbee se adentra en el mundo de la teología de la historia, al plantear una visión globalizante del devenir histórico, basada en una sucesión de veintinueve sociedades o civilizaciones. La clave para la comprensión de esas civilizaciones es el análisis de su nacimiento, desarrollo y decadencia. Los protagonistas reales de estos procesos no son las colectividades, sino algunos individuos excepcionales y las pequeñas minorías creadoras que encuentran unas vías que los demás siguen por *mimesis* o imitación. Aquí Toynbee realza un aspecto también propio de este periodo: la función de las elites, tal como Ortega y Gasset había expuesto años antes en su influyente ensayo *La rebelión de las masas* (1929). Cuando estas elites dejan de ser creadoras para convertirse en dominantes, las civilizaciones se estancan y pierden cohesión (Urban, 1974; cfr. McNeill, 1989).

Vicens Vives

Algunas de las obras de los años cuarenta del influyente y polivalente historiador catalán Jaume Vicens Vives (1910-1960) habría que situarlas también en este contexto epistemológico. Él nunca ocultó su admiración por la obra de Toynbee y su teoría de las elites, aunque ciertamente a partir del año 1950 todas sus energías se centraron en la introducción de los postulados historiográficos de la escuela de los *Annales* en España. Durante los veinte últimos años de su corta e intensa existencia, Vicens estimuló continuamente la construcción de obras enciclopédicas y de síntesis, lo que es bien elocuente del notable influjo que ejercieron sobre él los experimentos globalizantes de los historiadores británicos de las décadas de los treinta y los cuarenta (Muñoz i Lloret, 1997).

El rígido mecanicismo de Spengler y el esquematismo de Toynbee convierten su magna obra en unos originales pero infecundos ejercicios de especulación histórica *a priori*, dejando de lado la verdadera investigación histórica inductiva, que tantos frutos estaba dando paralelamente a través de la construcción de las grandes monografías generadas en el contexto de la escuela francesa de los *Annales*. En este sentido, es bastante significativo que el camino emprendido por Spengler y Toynbee no haya tenido continuidad. En 1927, Collingwood publicó una punzante crítica a Spengler y su teoría de los ciclos, mientras que el influyente historiador holandés Pieter Geyl (1887-1966) trató a Toynbee de modo similar decadas después. También el mismo Lucien Febvre dedicó unas durísimas críticas a los intentos globalizadores de Spengler y Toynbee. La historia académica se revolvía con toda energía contra esos experimentos procedentes de unos ámbitos no reglados, con ciertos «ardores de neófitos», según la agria expresión de Febvre.

La historia revisó durante los dos primeros decenios del siglo XX sus relaciones con la sociología, que había recibido a su vez el influjo del positivismo comtiano. El año 1903 se considera un importante punto de inflexión, con la publicación del artículo del economista francés François Simiand (1873-1935) sobre el método histórico y las ciencias sociales. A partir de entonces, la sociología se consolida como el campo privilegiado de la integración de las ciencias sociales. El desarrollo de la sociología histórica durkheimiana en Francia y de la sociología comprensiva de Max Weber en Alemania durante las dos primeras décadas del siglo, y la eclosión de los primeros *Annales* durante la década de los treinta son las respuestas proporcionadas a la búsqueda de una mayor unidad e integración de la historia con las restantes ciencias sociales. Este proyecto se renovará periódicamente a lo largo del siglo XX, como lo demuestra la reedición del artículo de François Simiand por Fernand Braudel en 1960 en la revista de los *Annales* y la consolidación de la Escuela de Bielefeld en Alemania a partir de la década de los setenta, en la que se logró un verdadero diálogo interdisciplinar.

Simiand

Desde los primeros años del siglo XX comienzan a aparecer proyectos historiográficos con aspiraciones sintéticas y generalizantes, que culminarían con el lanzamiento, en la década de los veinte, del ambicioso proyecto enciclopédico y de síntesis histórica *L'évolution de l'humanité*, animado por Henri Berr (1863-1954) (Leroux, 1998, pp. 141-149). La obra pretendía reunir a los especialistas más prestigiosos de cada periodo histórico, a fin de construir una historia universal, que se proponía ser «un espejo de la civilización mundial».

Berr

Al mismo tiempo, la enseñanza de la historia en los países con mayor tradición académica, como Francia e Inglaterra, se fue acomodando a las nuevas tendencias, ahondando en su profesionalización (Soffer, 1994; Boer, 1998). Por este motivo, algunas ciencias sociales, especialmente la antropología y la sociología, empiezan a ganar terreno frente a la disciplina histórica, aprovechando la estrechez de miras de los experimentos históricos que habían acogido los postulados de Langlois y Seignobos (véase p. 226) al pie de la letra. De esto se dieron cuenta los historiadores más jóvenes, que acabaron pactando con esas nuevas ciencias sociales e hicieron un verdadero esfuerzo de integración interdisciplinar, como será el caso de la escuela de los *Annales* en su diálogo con la geografía, la antropología y la sociología.

Las ciencias sociales

Como consecuencia de todo este escenario intelectual y disciplinar, la sociología fue la ciencia social que se desarrolló más intensamente en aquellos años. Las nuevas propuestas teóricas de Émile

La sociología

Durkheim y Max Weber surgían de la necesidad de analizar globalmente la sociedad, considerada como un sistema dentro del que habría que examinar la función que ejercía cada uno de los objetos estudiados. Émile Durkheim (1858-1917) es el fundador de la escuela francesa de sociología, donde cabría incluir también a nombres tan influyentes como Maurice Halbwachs, Marcel Mauss y François Simiand. Toda esta generación de intelectuales pretendió crear una especie de imperialismo sociológico, que legitimaba a su disciplina para ocupar todos los ámbitos fronterizos de las diferentes ciencias sociales. El órgano principal del grupo fue la revista *L'Année Sociologique*, fundada en el año 1890. Su influjo en la disciplina histórica se basaba en la sencilla pero programática idea de que la historia sólo es científica cuando es capaz de trascender lo individual y se adentra en la dimensión colectiva de la realidad y, por tanto, es susceptible de ser tratada estadísticamente, que es el método propio de las ciencias sociales frente al de las humanidades.

Durkheim

Durkheim señaló que la primera regla del método sociológico era la de considerar los hechos sociales como objetos que tenían que estudiarse al margen de sus manifestaciones individuales, examinando la función que cada uno de ellos desarrolla en su contexto. La sociología emergió entonces como una ciencia que buscaba una analogía entre organismo biológico y estructura social: se acuñaron conceptos como «función», «organización», «ambiente» o «jerarquía», de resonancia netamente organicista, sobre la base del principio positivista de la continuidad entre naturaleza y cultura. Lo individual sólo puede ser entendido en el contexto de una sociedad, lo cual se manifiesta en unas formas concretas, que pueden ser observadas a su vez desde fuera, a través del método inductivo, analizando sus manifestaciones concretas. El corazón de la sociedad era la conciencia colectiva. Es lógico, por tanto, que Durkheim concediera una gran preponderancia a las normas y a los códigos sociales, que son los mejores indicadores verificables de esa conciencia. La religión también es un fenómeno social, que se manifiesta a través de costumbres, celebraciones y rituales. Durkheim se refiere también a la interrelación entre la sociedad y los valores religiosos: así como los sentimientos colectivos deben objetivarse en los símbolos religiosos para ser eficaces, el simbolismo religioso asegura la permanencia de los comportamientos sociales. Hay una función social de la religión y, por tanto, una sinergia entre la religión y la sociedad. La religión legitima los comportamientos sociales y, al mismo tiempo, la sociedad sostiene y asegura la existencia de la religión, porque es todo uno con la sociedad de que forma parte.

Recepción

La divulgación de la obra durkheimiana desató un intenso debate en el seno de la misma historiografía, que se empezó a deslizar hacia las teorías de amplio alcance preconizadas por los nuevos

sociólogos, abandonando progresivamente los postulados radicales de los últimos positivistas, cuya tendencia al detallismo poco tenía ya que ver con las aspiraciones sintéticas del primer positivismo. Era algo así como volver a los postulados originales del Comte más sociológico. En esta contienda, los historiadores que iban alcanzando mayor prestigio, como Henri Berr (1863-1954), Lucien Febvre o Marc Bloch, se decantaron decididamente por el diálogo de la historia con las ciencias sociales, lo que aisló definitivamente a los apologistas del método histórico-documental.

Lo social sobre lo individual

La sociología de Durkheim se impone finalmente entre las nuevas corrientes historiográficas francesas. Ella representa el final del dominio de la historia narrativa –que no recuperará su preeminencia hasta la década de los setenta, y ya bajo una forma diversa–, el ocaso de la filosofía de la historia –que había sido una de las disciplinas estrella en el siglo XIX y que resurgirá, renovada, durante los treinta y los cuarenta– y, sobre todo, la sensación de que se abre una nueva era: la implantación de una historia donde se priorizan los fenómenos sociales por encima de los políticos y biográficos, y que es capaz de articular eficazmente el discurso teórico junto al empírico.

Weber

El debate historiográfico en Alemania estaba, por su parte, todavía algo alejado de estos postulados, porque allí el historicisimo seguía teniendo un peso enorme. Durante los primeros veinte años del siglo, destaca la labor de Max Weber (1864-1920), uno de esos intelectuales poliédricos que son difícilmente encorsetables en una ciencia social determinada, pero que quizá precisamente por esto han tenido tanto influjo en todas ellas. El sociólogo alemán era el clásico pensador de tercera vía, en su interés por encontrar una alternativa intermedia entre el conservadurismo prusiano y el materialismo progresista de corte marxista. Sentó las bases epistemológicas para una nueva historia, al reconocer que todas las ciencias, incluida la historia, eran sistemas de conceptos más que una descripción de la realidad (Iggers, 1975, pp. 85-90). La implantación de esta hipótesis posibilitó el desarrollo posterior de una historiografía basada en una complejidad epistemológica mayor que la que la escuela rankeana había desarrollado.

La *Ética protestante*

Su obra la *Ética protestante y el espíritu del capitalismo* tuvo un gran influjo en la disciplina histórica, tanto por su osadía temática como por su renovación metodológica. Publicada entre 1904 y 1905, planteaba el papel de la religión en el desarrollo económico de los pueblos. Con su obra sobre el espíritu del capitalismo, Weber ponía en evidencia la contribución que el cristianismo ha dado a la génesis del mundo moderno, demostrando que el protestantismo en su versión ascética –puritanismo y calvinismo– había favorecido la consolidación del capitalismo. Weber admite,

por tanto, que unas determinadas convicciones espirituales pueden generar una mutación social, situándose en las antípodas del determinismo marxista, aunque también reconocía la influencia de la sociedad en las ideas y los valores.

Economía y sociedad

Además de la vertiente estrictamente historiográfica de Max Weber, su obra *Economía y sociedad* (1922) tendría un notable influjo en el desarrollo y la consolidación de la historia de corte socioeconómico cultivada por los historiadores marxistas y de los *Annales* a partir de los años treinta, que irá supliendo a la de corte político y diplomático predominante en el historicismo clásico. Weber define la sociología como una ciencia que pretende entender, interpretándola, la acción social para de esa manera explicarla causalmente en su desarrollo y efectos, lo que demuestra su conexión con los postulados positivistas, todavía muy en boga a principios de siglo. La sociología permite a la historia acceder a realidades abstractas, conceptos tipos y leyes generales. Weber practicaba una sociología histórica que utilizaba profusamente el método comparativo. Por ejemplo, estudió el Oriente y China para descubrir lo distintivo en Occidente, particularmente el desarrollo del capitalismo, la burocracia y la racionalidad europea.

Recepción

La obra de Max Weber tuvo una doble recepción. Por un lado, la publicación de su tesis sobre el nacimiento del capitalismo provocó un intenso debate en el contexto intelectual europeo de la época de entreguerras. En una primera fase, participaron en ese debate historiadores de la talla de Henri Pirenne (1862-1935) y Werner Sombart (1863-1941), cuyas obras tendrán notable influjo en la historiografía posterior. En una segunda fase, el debate se centró en la figura del mercader italiano medieval y renacentista, capaz de generar las condiciones adecuadas para el nacimiento del capitalismo, como postulan las monografías de Yves Renouard y Armando Sapori (Aurell, 2002, pp. 9-32).

Pirenne

Sombart

El segundo ámbito de recepción se verificó a través de su obra sobre la dimensión económica y social de la existencia histórica. El influjo de su *Economía y sociedad* es más indirecto pero probablemente más perdurable y profundo que su *Ética del protestantismo*, porque ahí se sientan las bases metodológicas y epistemológicas que favorecerán el nacimiento de una historia socioeconómica, que se presentará como la alternativa totalizante respecto a la parcial y tradicional historia política y diplomática. Algunos historiadores, particularmente Otto Hintze (1861-1940), adoptaron el método comparativo weberiano aplicado al estudio de la historia política, en este caso analizando el desarrollo de la burocracia del moderno Estado prusiano (Gilbert, 1975).

El diálogo entre sociología e historia, verificado en las dos primeras décadas del siglo XX, había transformado la fisonomía de la

historiografía. De la obsesión empírica de los últimos positivistas se había pasado a la generosa recepción de las teorías generales y los afanes sintetizadores de los nuevos historiadores. Esas ideas cuajaron definitivamente en las dos escuelas historiográficas más influyentes del siglo XX: los *Annales* y el materialismo histórico, analizadas más adelante en este mismo capítulo.

Ideas, ideologías, conceptos

Las ideas siempre han formado parte de la historia, y antes del año 1900 las monografías históricas estaban dedicadas a este tema. El historiador irlandés William Lecky (1838-1903), por ejemplo, dedicó dos volúmenes a la *Historia de las ideas morales en Europa desde Augusto a Carlomagno* (1869). Sin embargo, como parte de la incesante tendencia a la especialización en el mundo académico, las ideas pasaron a formar parte de una subdisciplina específica. Paradójicamente, la «historia de las ideas» se convirtió en un eslogan académico particularmente aplicable a un contexto interdisciplinar. El historiador norteamericano Arthur O. Lovejoy (1873-1962) se inició con una formación filosófica, pero fundó el Club de la Historia de las Ideas (1923) en la Universidad Johns Hopkins, con la idea de organizar un foro de discusión interdisciplinar entre especialistas de historia, filosofía y literatura. Fundó también, junto a otros colegas, el *Journal of the History of Ideas* (1940). Lovejoy hizo especial énfasis en lo que él llamaba «unit-ideas» («ideas nucleares»), que consistían en ideas abstractas como «naturaleza» o «primitivismo» que eran expresadas en diferentes maneras, periodos y actividades a lo largo de la historia, y se concretaban en ámbitos diversos que iban desde la ética hasta el cultivo de los jardines –especialmente la evolución desde los jardines formales a los llamados jardines «naturales» o «salvajes» del siglo XVIII.

Historia de las ideas: Lovejoy

La preocupación de Lovejoy sobre las «ideas nucleares» fue criticada por académicos posteriores como John Pocock (1924-) y Quentin Skinner (1940-). Ambos han combinado los estudios sobre la historia del pensamiento político (y, en el caso de Skinner, también sobre la historiografía) con las reflexiones sobre la historia de las ideas (o la «historia intelectual», como ellos prefieren llamarla) en general. En lugar de las ideas nucleares, Pocock ha propuesto el estudio de los lenguajes o los discursos, como el discurso del humanismo cívico, la historia del cual la ha escrito desde su emergencia en la Florencia del siglo XV hasta la época de la independencia americana. Skinner, por su parte, bien conocido por sus estudios de dos pensadores políticos, Maquiavelo y Hobbes, e inspirado por el trabajo de filósofos como John Austin y John Searle,

Historia intelectual: Pocock y Skinner

hace una aproximación de la teoría política como una serie de discursos («speech acts») que necesitan ser interpretados en el ámbito de las intenciones de sus autores y ser resituados en sus específicos contextos políticos y lingüísticos. Pocock y Skinner han inspirado a muchos seguidores, que desempeñan su trabajo indistintamente en los departamentos de historia o de ciencias políticas, que cuentan con una larga tradición de estudio del pensamiento político.

Estas aproximaciones han quedado más o menos confinados al mundo académico de habla inglesa, al menos hasta hace poco. En Francia, el interés por la historia de las ideas se desarrolló bajo la forma de las «mentalidades» (véase p. 264). En Alemania, el húngaro Karl Mannheim (1893-1947), contemporáneo de Lovejoy y, como Beard, de influencia marxista más que propiamente ortodoxo marxista, centró su atención en la historia de las ideologías y en lo que él llamó «la sociología del conocimiento», enfatizando las formas en que las ideas están conectadas con las situaciones sociales en las que el pueblo las produce o las emplea. Un buen ejemplo de este planteamiento son los estudios de Mannheim sobre el conservadurismo de la Alemania decimonónica.

Historia de las ideologías: Mannheim

Aunque no estrictamente relacionado con esta línea, por la imposibilidad de encorsetarlo en ninguna tendencia concreta, destaca la inigualable figura del medievalista Ernst Kantorowicz (1895-1963). Formado en filosofía e historia en las prestigiosas universidades de Berlín y Heidelberg, Kantorowicz tuvo que exiliarse de la Alemania nazi en 1933, debido a su ascendencia judía, y acabó en las universidades de Oxford, Berkeley y el Institut for Advanced Studies de Princeton, donde finalizó su carrera. Todavía en Alemania, publicó una monumental biografía del rey Federico II Hohenstaufen (1927), muy debatida en los ambientes académicos del momento por su «giro poético» y todavía utilizada en la actualidad como un modelo de biografía entre los medievalistas. En 1957 publicó *Los dos cuerpos del rey*, una documentada monografía en la que analizaba el modo en que teólogos, canonistas e historiadores habían tratado la figura y el oficio del rey durante la Edad Media y el Renacimiento, bajo la perspectiva de lo que él mismo definió en el subtítulo de la obra como una «teología política medieval».

Teología política: Kantorowicz

Hoy día, sin embargo, la corriente historiográfica más extendida en Alemania es la conocida como *Begriffsgeschichte* (historia de los conceptos). La historia de los conceptos puede parecer a primera vista como la historia de las ideas preconizada por Lovejoy. Esta impresión se acrecentó a causa de la aparición de un diccionario histórico de las ideas, el *Geschichtliche Grundbegriffe* (*Conceptos fundamentales en la historia*, 1972-1997), una obra colectiva que se retrotrae a la Antigüedad clásica, pero que se centra en los conceptos

Historia de los conceptos: Koselleck

políticos y sociales empleados en la Alemania contemporánea. Sin embargo, el líder de esta tendencia historiográfica, Reinhart Koselleck (1923-2006), se inspiró en parte en el filósofo Martin Heidegger y en parte en el crítico literario Hans-Robert Jauss (1922-1997), y se interesó, sobre todo, por el contexto político en el que se desarrollan los conceptos y por el «ámbito lingüístico» del que forman parte, así como por el «horizonte de expectativas tanto de escritores como de lectores». Estas ideas han tenido una notable recepción por parte de la teoría crítica posmoderna, que ha enfatizado el papel del receptor (el lector) sobre el productor (el autor), así como de los temas relacionados con la «audiencia» de la obra escrita.

La historia de la ciencia y del arte

Al igual que la historia intelectual, la historia de la ciencia ha sido practicada durante largo tiempo, pero sólo se ha convertido en una especialidad en el siglo XX. En cambio, a diferencia de la historia intelectual, ella sí que ha podido institucionalizarse en departamentos autónomos, empezando en la década de los cuarenta del siglo XX en las universidades norteamericanas. Un pionero en este campo fue el belga George Sarton (1884-1956), quien fundó una revista, *Isis* (1913), y publicó una *Historia social de la ciencia* (1924). Otro fue Alexandre Koyré (1892-1964), bien conocido por su estudio *Del mundo cerrado al universo infinito* (1957).

Historia de la ciencia: Kuhn

La historia de la ciencia es habitualmente enseñada junto con la filosofía de la ciencia, y sus principales practicantes pueden ser adscritos a las dos categorías. Destacan especialmente Pierre Duhem (1861-1916) en Francia y Thomas Kuhn (1922-1996) en Estados Unidos. Este último es autor de *La estructura de las revoluciones científicas* (1962), un libro muy influyente construido en torno a los conceptos claves de la propia ciencia. El libro describe el conjunto de ideas y prácticas que son hegemónicas en un momento dado en la ciencia, pero que son progresivamente socavadas en la medida que emergen ciertas «anomalías científicas» y, a pesar de algunos ajustes para intentar paliarlas, finalmente son destruidas por una «revolución» que comporta un cambio de «paradigma» que genera a su vez una nueva forma de ciencia hegemónica. La concepción cíclica de la historia de la ciencia de Kuhn es una clara alternativa a lo que podríamos llamar el punto de vista *whig* del progreso, y ha sido criticada frecuentemente por su relativismo, junto con el trabajo del todavía más radical académico Paul Feyerabend (1924-1994). Con todo, los conceptos elaborados por Kuhn han tenido una notable influencia en la formación del pensamiento de la más reciente generación de intelectuales.

Historia del arte

Ya en la Alemania del siglo XIX, fueron fundadas algunas cátedras de historia del arte, en el tiempo en el que Jacob Burckhardt enseñaba historia del arte en Basilea, junto a historia en general. Sin embargo, el auge de la historia del arte como una disciplina independiente fue coetáneo a la emergencia de la historia de la ciencia. En este itinerario disciplinar por el que transitó la historia del arte antes de consolidarse plenamente, destaca la figura de Émile Mâle (1862-1954), quien accedió a la cátedra de la Sorbona en 1912 y dedicó su vida académica a una serie de libros sobre el arte religioso de Francia desde el siglo XII al XVIII, situando al arte en su contexto cultural. Henri Bremond (1865-1933) hizo para la literatura religiosa lo que Mâle había realizado para el arte religioso, en su serie de volúmenes titulada *Historia literaria del sentimiento religioso en Francia*.

Mâle

Tanto la historia del arte como la historia de la ciencia han sido concebidas frecuentemente en términos de progreso, poniendo el énfasis en la progresión lineal de la adquisición de las destrezas artísticas o de la acumulación del conocimiento. En ambos casos, la perspectiva *whig* ha sido cuestionada, sobre todo en el caso de los austriacos Alois Riegl (1858-1905) y Ernst Gombrich (1909-2001), autor del *best seller Historia del arte* (1950). Gombrich fue director del Warburg Institute, que está dedicado al estudio de la tradición clásica y ocupa un importante lugar en la historia de la historiografía. Fundado en Hamburgo por Aby Warburg, hijo de banquero, contó con un notable círculo intelectual en el que destacaban, entre otros, el filósofo Ernst Cassirer y el historiador del arte Erwin Panofsky. Este instituto netamente interdisciplinar, junto a su selecta biblioteca, se trasladó a Londres poco después de que Hitler llegara al poder en 1933. Durante las décadas de los cincuenta y los sesenta, el instituto aglutinó de nuevo otro importante círculo intelectual, que esta vez incluía al propio Gombrich, al historiador del mundo antiguo Arnaldo Momigliano, al historiador de la cultura Frances Yates y al historiador del arte Michael Baxandall, todos ellos innovadores en sus respectivos campos.

Gombrich

Warburg

Cassirer

Panofsky

Momigliano

Benedetto Croce

Benedetto Croce (1866-1952) fue un intelectual polivalente, que también se dedicó a tareas políticas, defendiendo siempre posturas liberales. Filósofo idealista, historiador del arte y de la estética, ha influido en la historia sobre todo a través de sus estudios sobre teoría y metodología. Croce parte de la idea de que hay una identidad entre filosofía e historia que está basada en la unidad de espíritu, por lo que, siguiendo en esto a Vico, conviene que la historia sea practicada por los filósofos. Hay que resaltar que Croce

defendía estas ideas en el mismo periodo en que uno de los fundadores de los *Annales*, Marc Bloch, había declarado: «Filosofar, en boca del historiador..., ¡el crimen capital!». Esa unidad entre filosofía e historia postulada por Croce permite considerar lo particular a la luz de lo universal, que es lo que legitima al conocimiento histórico. Croce evoluciona en su itinerario intelectual de un marxismo incipiente como discípulo de Labriola al apoyo de las tesis fascistas con el ascenso de Mussolini, de las que luego abjuraría, convirtiéndose en la Italia de la posguerra en icono de la postura liberal antifascista.

> «Los investigadores y los historiadores, si protestan que la historia nada tiene que ver, por una parte, con la loca de la casa [expresión utilizada por santa Teresa de Ávila para referirse a la imaginación] y, por otra, con la *fantasía*, admiten otras veces que la construcción histórica no puede efectuarse sin el concurso de esta. [...] La imaginación combinatoria [...] interviene directamente en la obra historiográfica para llenar los vacíos que van quedando en la serie de las imágenes ofrecidas por las noticias comprobadas y críticamente confirmadas; es decir, del más al menos, salvo que no se limite a transcribir y a compendiar las fuentes, interviene siempre para vencer lo discontinuo de aquellas noticias y tejer un relato coherente [...]. Las fuentes dicen que tal personaje, conocido ya por su habilidad y elocuencia, en tal día entró en coloquio con otro y concertó con él un pacto, y el historiador referirá que con su habilidad y elocuencia venció al otro y le persuadió a concertar el pacto. Las fuentes dicen que el tal personaje, que era un noble caballero, habiendo sabido que su mujer faltaba a la fe conyugal, la mató, y el historiador añadirá que la mató no por el furor de los celos y el odio, sino por el sentimiento intransigente del honor.»
>
> *La historia como hazaña de la libertad*, parte segunda, capítulo IV

Croce desarrolló una doctrina de historicismo absoluto. La historia debe tener un fondo ético y político. La base del juicio histórico es la exigencia práctica: el presentismo. La historia debe construirse en función de las necesidades y los problemas actuales. Hay tantas historias como puntos de vista. Lo fundamental de la historia no es su proyección en el pasado, sino la contemporaneidad desde la que se fabrica ese pasado. El historiador, por tanto, tiene un compromiso no sólo con el conocimiento objetivo del pasado, sino también con la correcta orientación del presente.

A través de su *Storia come pensiero e come azione* (publicada en 1938 y traducida al español con el título *La historia como hazaña de la libertad*) el influjo de su historicismo se extendió a toda la historiografía occidental. El historicismo crociano ha sobrevivido a medio y largo plazo porque se basa en una de las realidades más punzantes de la historiografía actual: las relaciones entre el contexto en que se genera la fuente histórica y el contexto desde el que es articulado el discurso histórico. Las vivencias personales y la formación intelectual del historiador condicionan toda su obra histórica. El mismo historiador debe ser capaz de «integrar el dato histórico con nuestra psicología personal». Todo ello remite, evidentemente, a las nociones del presentismo y del personalismo historiográfico.

LA ESCUELA DE LOS *ANNALES*

Como caso de estudio, descrito con más detalle, consideramos que es preciso ahondar en el movimiento historiográfico más importante del siglo XX, la «escuela de los *Annales*». Hay un acuerdo

unánime respecto a la función de la escuela de los *Annales* como diseñadora de un nuevo modelo teórico y práctico con una influencia enorme en la historiografía posterior (Burke, 1993a). Durante la década de los treinta, esta escuela francesa tomó el relevo del liderazgo que el historicismo clásico alemán había desarrollado anteriormente en la historiografía occidental. La influencia de los *Annales* ha sido enorme hasta bien entrada la década de los ochenta del siglo XX, por lo que merece un tratamiento especial.

Escuela nacional y sucesión generacional

La revista

El primer problema que se plantea al analizar los *Annales* es si fueron verdaderamente una escuela histórica específica (Stoianovich, 1976; Revel, 1979). Toda su evolución está estrechamente relacionada con la revista histórica de la que ha asumido el nombre, *Annales*. Esta cabecera ha conocido diversos subtítulos: *Annales d'Histoire Économique et Sociale* desde 1929 hasta 1946; *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations* desde 1946 hasta 1994, y *Annales. Histoire, Sciences Sociales* desde 1994 hasta la actualidad. La evolución de los subtítulos de la revista es una expresión elocuente de los diversos cambios temáticos y preferencias metodológicas que ha experimentado la escuela durante el siglo XX, así como de los avatares epistemológicos de la historiografía occidental globalmente considerada.

Las generaciones

Si la revista actúa como verdadero aglutinador de la escuela de los *Annales*, es la sucesión de las generaciones la que ha marcado las diferentes etapas de su evolución. Se ha hablado de tres generaciones, con unos líderes generacionales claramente definidos: Marc Bloch y Lucien Febvre en la primera generación, Fernand Braudel en la segunda y Georges Duby y Emmanuel Le Roy en la tercera. Cada generación está lógicamente influida por el contexto intelectual de su tiempo, por lo que son deudoras de las corrientes imperantes no sólo en la disciplina histórica, sino también, por su mismo talante interdisciplinar, en las restantes ciencias humanas y sociales, especialmente la sociología y la antropología. Así, aparecen historiadores relacionados con los *Annales* comprometidos con el marxismo como Ernest Labrousse o Pierre Vilar; otros, como Fernand Braudel, imbuidos de estructuralismo; y, por fin, los historiadores de la tercera generación como Georges Duby o Jacques Le Goff, emparentados también con las complejas tendencias filosóficas de la década de los setenta, materializadas por filósofos como Michel Foucault (1926-1984) y Louis Althusser (1918-1990).

Escuela nacional

Lo heterogéneo de los historiadores mencionados pone de manifiesto una de las realidades que aparecen en el enunciado de

este apartado: ¿se puede identificar la escuela de los *Annales* con la escuela histórica francesa? La dimensión nacional de los *Annales* ha hecho posible la coexistencia en la misma escuela de historiadores de tendencias tan diversas, desde el sociologismo de un Marc Bloch al marxismo ortodoxo de un Pierre Vilar (1906-2003). Hay que afirmar también, obviamente, que esa identificación no debe llevar a pensar que cualquier historiador francés del siglo XX se tenga que encuadrar necesariamente en esta escuela, del mismo modo que un historiador no francés también puede ser considerado un miembro de los *Annales*. Este es el caso, por ejemplo, del historiador español Jaume Vicens Vives o de un buen grupo de historiadores de algunas tradiciones historiográficas europeas de notable reputación, como la húngara, la polaca o la rusa. Destaca entre todos ellos el magnífico medievalista ruso Arón Guriévich (1924-2006), especialmente influyente por sus estudios sobre *Las categorías de la cultura medieval* (1972). Guriévich recibió a su vez la influencia del crítico literario ruso Mikhail Bakhtin (1895-1975), cuyos estudios sobre los géneros discursivos han inspirado a varias generaciones de académicos provenientes de la historia y la literatura.

Postulados básicos

En todo caso, hay unos postulados básicos que permanecen a lo largo de las diversas generaciones de la escuela. Los primeros *Annales* pretendieron sustituir la tradicional narración de los acontecimientos por una historia analítica orientada por un problema. Preconizaban así el paso de un positivismo cuya temática esencial era la política a una historia analítica de marcado talante socioeconómico. Al mismo tiempo, postulaban una «historia total», a través de la ampliación temática y disciplinar. Para ello, tendieron puentes con la geografía, la antropología y, sobre todo en los años iniciales, con la sociología. Los componentes de la escuela se sienten cómodos con el género de la monografía histórica, porque es el que les permitía realizar un cuadro minucioso de un periodo, de un grupo social o de un determinado aspecto histórico. Se inaugura así un ciclo, denominado «la tierra y los hombres», que pretende unir espacio y tiempo en un planteamiento verdaderamente integrador (Bisson, 2000).

Tres fases

Cabe distinguir tres fases en la evolución de la escuela de los *Annales*, identificadas cada una de ellas con una generación. Durante las décadas de los treinta y los cuarenta se crea la escuela, con la labor predominante de sus fundadores, Lucien Febvre y Marc Bloch, que se rebelan contra la historia tradicional, política y *événementielle*, y crean la revista que da nombre a la escuela, cuyo primer volumen aparece en 1929 y se constituye desde el primer momento como el foro central de debate. Después de la Segunda Guerra Mundial, se hace cargo del liderazgo de la escue-

la Fernand Braudel, que lo ejerce además de un modo absoluto, a despecho de su colaboración con Labrousse. La nueva orientación se basa en un uso renovado de conceptos, entre los que destacan los de *estructura* y *coyuntura* –este último, por ejemplo, inspirado por los economistas alemanes. A partir de 1968 se produce un nuevo recambio generacional, causado en buena medida por las tendencias desmenuzantes de la disciplina –«la historia en migajas», según la expresión de François Dosse– y el aumento considerable de su diálogo con las restantes ciencias sociales. El influjo de esta tercera generación, identificada genéricamente con la corriente de la historia de las mentalidades, se hará efectivo durante las décadas de los setenta y los ochenta. Sus principales exponentes son, entre muchos otros, Georges Duby, Jacques Le Goff y Emmanuel Le Roy Ladurie, quienes recuperan el gusto por una historia política y narrativa con connotaciones ideológicas y mentales, y se generaliza un neto predominio de la historia cultural, en su acepción más amplia, sobre la social y económica. Más difícil es establecer con seguridad si se puede hablar de una cuarta generación.

La fundación de la escuela

Los historiadores franceses de principios del siglo XX fueron más capaces de asimilar los nuevos postulados sociológicos, geográficos y antropológicos que llegaban por ósmosis de las restantes ciencias sociales y que tanto favorecerían la creación de una historiografía verdaderamente integradora y con aspiraciones a la globalidad. Esta mayor capacidad de diálogo dsiciplinar fue la llave que les permitió afrontar la renovación metodológica que precisaba la historiografía. El predominio de la sociología como referente metodológico de la historia tuvo mucho que ver con ese cambio de escenario.

Precedentes

A principios del siglo XX se percibieron en Francia algunos hitos que posibilitarían la renovación de los postulados de las ciencias sociales y, en particular, de la disciplina histórica. Fue entonces cuando se consolidaron en el panorama académico algunos historiadores de prestigio, que asimilaron toda esa tradición, renovaron el utillaje metodológico de la historiografía y sentaron las bases de la tarea posterior de los fundadores de los *Annales*, Lucien Febvre y Marc Bloch: Georges Lefebvre (1874-1959), el historiador de la Revolución francesa que desarrolló la idea del gran temor de 1789 e introdujo la dimensión socioeconómica en su estudio, y el medievalista belga Henri Pirenne, especialista en la evolución económica de la Europa bajomedieval. Ellos fueron quienes constituyeron el nexo efectivo entre esa his-

Lefebvre

Pirenne

toriografía más tradicional y la revolución historiográfica que se aprestaban a iniciar Bloch y Febvre.

Berr

Entre todos ellos es quizá Henri Berr el más determinante. Su figura aunó el papel de intelectual, emprendedor y agitador cultural. En 1900 fundó la *Revue de Synthèse Historique*, reivindicando la necesidad de una verdadera interdisciplinariedad en la interpretación histórica. También fue el impulsor de la gran colección histórica *La evolución de la humanidad*, una enciclopedia histórica que tuvo una enorme divulgación y que contó entre sus autores con los historiadores más respetados de su tiempo. La influencia de Berr en la fundación de los *Annales* fue considerable, como siempre reconocieron Febvre y Bloch. Con Henri Berr y Henri Pirenne la historiografía empezaba a luchar decididamente contra los tres ídolos que impiden al historiador acceder a la realidad del pasado, tal como los había definido poco antes François Simiand: el político, el individual y el cronológico.

Los fundadores

En ese intenso ambiente historiográfico, Lucien Febvre y Marc Bloch decidieron fundar una nueva revista. Su condición de modernista y medievalista, respectivamente, favoreció una natural conexión entre los historiadores que se dedican a estos dos periodos históricos, lo que sería luego una constante a lo largo de la historia de la escuela y la dotaría de su indiscutible habilidad de transitar por medias y largas distancias cronológicas. Lucien Febvre (1878-1956) era ocho años mayor que Marc Bloch (1886-1944) y, por tanto, ejercía un liderazgo natural que, sin embargo, pronto fue equilibrándose por la solidez de las monografías que iba publicando Bloch (Mann, 1971; Chartier y Revel, 1979). Febvre entró pronto en contacto con la *École Normale Supérieure*, un auténtico germen de interdisciplinariedad que marcaría profundamente la orientación epistemológica de la escuela. Allí trabajaban, entre otros, Paul Vidal de la Blache, geógrafo; Lucien Lévy-Bruhl, antropólogo; Émile Mâle, que se dedicaba a la iconografía pero no desde el punto de vista tradicional de la historia de las formas, sino desde el renovado de la historia de las imágenes, y Antoine Meillet, uno de los pioneros de la sociología del lenguaje.

Febvre

Con este bagaje interdisciplinar y su formación de historiador en sentido estricto, Febvre se propuso combinar el materialismo de Marx con el misticismo de Michelet. Poco después de que Febvre empezara a publicar sus primeras obras, empezó a descollar también en el ámbito historiográfico francés el joven historiador Marc Bloch (Dumoulin, 2000). Ambos coincidieron en la Universidad de Estrasburgo durante la década de los veinte, lo que marcaría definitivamente su fructífera colaboración, hasta que la guerra mundial truncó la vida de Bloch. Estrasburgo era una ciudad anclada entre las dos principales tradiciones historiográficas,

Bloch

la francesa y la alemana, por lo que era un ámbito especialmente adecuado para un planteamiento magnánimo tanto desde el punto de vista temático como metodológico e interdisciplinar. Por otro lado, la ciudad y su región habían pasado de nuevo a Francia tras la Primera Guerra Mundial, por lo que la presencia de la tradición germánica era una realidad bien asentada.

Procesos de institucionalización

La descollante producción histórica de Marc Bloch y Lucien Febvre no era suficiente, sin embargo, para conseguir un influjo verdaderamente perdurable de sus propuestas historiográficas (Burguière, 1979). Se precisaba un proceso de institucionalización, que se concretaría a través de la fundación en 1929 de la revista *Annales d'Histoire Économique et Sociale*. A partir de 1930, los *Annales* se desmarcan claramente de su mayor competidor, la revista inglesa *Economic History Review*, apostando plenamente por la historia social y cultural. La misma orientación que iban dando a sus trabajos Bloch y Febvre marcaba la dirección científica de la revista. Bloch apostaba decididamente por una historia social, como delatan sus magistrales trabajos sobre la historia rural francesa (1931) y sobre la sociedad feudal (1939-1940). Lucien Febvre se decanta por una historia también sociológica, aunque con claras connotaciones religiosas, a través del género biográfico en sus estudios sobre Lutero y Rabelais, o de un modo genérico, lo que le configura como un verdadero pionero de la sociología religiosa.

Los dos historiadores afrontaron con eficacia la labor de institucionalización de la escuela. Como parte obligada de la estrategia en el mundo académico francés, hicieron gestiones para trasladarse desde Estrasburgo a París. Lucien Febvre consigue una plaza en el prestigioso Collège de France; Bloch hace lo propio con la Sorbona. La revista siguió su curso durante la década de los treinta, hasta que la guerra truncó parte de su independencia y creatividad.

Tras la desaparición de Bloch, Febvre siguió trabajando, pero empezó a emerger la siguiente generación, donde ya empezaba a descollar Fernand Braudel, Charles Morazé, Ernest Labrousse y Robert Mandrou. A finales de la década de los cuarenta, Febvre funda, junto a Labrousse y Morazé, la poderosa Sexta Sección de la *École Pratique des Hautes Études*. Se inauguraba así el periodo institucional de la escuela que tanta importancia tendrá para la fijación metodológica, académica y hasta vivencial de las siguientes generaciones de la escuela y que clausurará definitivamente su periodo fundacional.

Legado

Marc Bloch y Lucien Febvre aparecen habitualmente citados entre los historiadores más influyentes del siglo pasado y, probablemente, lo sean también de la historiografía de todos los tiempos. Las siguientes generaciones deben mucho a los dos historiadores fundadores, como lo pone de manifiesto el hecho de que la

misma historia de las mentalidades se inspirará, treinta años después, en obras como los *Reyes taumaturgos* de Marc Bloch, de 1924, o el *Rabelais* de Lucien Febvre, de 1942. A ellos les correspondió la fundación de la escuela probablemente con mayor influjo en el siglo pasado desde un punto de vista estrictamente historiográfico. Porque si bien es cierto que hay otras corrientes como el materialismo histórico o la historia económica que han dejado también una honda huella en la historiografía, los *Annales* tienen la virtud de ser una escuela propiamente histórica, plenamente insertada en el mundo académico de la disciplina histórica. Los *Annales* postulaban el desarrollo de una historia total a través de dos caminos: la pluridisciplinariedad –a través de la convergencia de la historia con las otras ciencias sociales, sobre todo la geografía, la psicología y la sociología– y la pluritematidad –a través de una historia socioeconómica globalizante. Los *Annales* son los primeros en conseguir una verdadera convergencia entre teoría y práctica, entre la sociología y la historia, entre las ciencias sociales y la disciplina histórica (Burke, 1992b).

Con la fundación de los *Annales*, la historia conseguía combinar, por un lado, la aspiración a la rigurosidad científica que había heredado del historicismo clásico y del positivismo comtiano; por otro, la aspiración a la globalidad a través del diálogo interdisciplinar que había heredado de los sociólogos, al intentar aglutinar y conectar de un modo más efectivo a todas las ciencias sociales. Serán estas dos constantes de toda la historiografía del siglo XX, generando unos debates específicos en el campo de la historia que todavía siguen en pie.

El estructuralismo histórico

La ruptura bélica

La Segunda Guerra Mundial supuso, como todas las guerras, una ruptura intelectual radical. Además de las bajas causadas por la misma guerra –la de Marc Bloch en 1944 sería probablemente la más traumática para la disciplina histórica–, se truncó una evolución natural. La historiografía tuvo que adaptarse a la nueva situación política, con el auge del comunismo en medio mundo y el desarrollo del capitalismo liberal en el otro medio, lo que incentivó la búsqueda de nuevos paradigmas que se acomodaran y constituyeran el sustento ideológico de esos grandes modelos. Las ciencias sociales corrían como nunca el peligro de la manipulación y de quedar supeditadas a objetivos extracientíficos. Este fue el motivo por el que se planteó la formulación de unos nuevos modelos teóricos en la historiografía. En este sentido, se puede decir que durante la posguerra la disciplina histórica experimentó

una profunda transformación, con la incorporación de unos paradigmas que pronto se harían hegemónicos.

El lenguaje histórico se volvió esquemático y se acudió por encima de todo a las grandes estructuras interpretativas, que ahogaron cualquier exposición narrativa de la realidad histórica. El trabajo histórico quedaba reducido a una cuestión de estructuras más que de personas, de colectividades más que de individuos, de motivaciones económicas más que psicológicas, de cuantificación más que de narración. Todo ello tuvo su concreción en el desarrollo del modelo económico marxista, del modelo ecológico-demográfico francés y de la cliometría norteamericana.

Evolución por países

La diferente evolución de los países hizo que las escuelas históricas siguieran acantonadas en cada una de las tradiciones nacionales que habían llegado intactas hasta la Segunda Guerra Mundial. Los *Annales* consiguieron renovarse a través de un oportuno relevo generacional en el que la historia siguió en contacto con los movimientos filosóficos, fiel a la tradición racional y deductiva francesa; los historiadores británicos optaron en buena medida por la vía del materialismo histórico, que era el paradigma que mejor se avenía a su tradición inductiva; parte de la historiografía norteamericana –que, por primera vez, empezaba a influir de modo notorio en el ámbito historiográfico a través de sus prestigiosas universidades– se dejó seducir por los métodos cuantitativos (Donovan, 1973). La historiografía alemana, por su parte, procuró sobrevivir acudiendo, quizá algo anacrónicamente, a su glorioso pasado historicista, que no sería sustituido como paradigma historiográfico hasta la llegada de la renovada corriente de la historia social de la escuela de Bielefeld en la década de los sesenta.

Estructuralismo

El estructuralismo se divulgó por Occidente a partir de la Segunda Guerra Mundial, afectando a las más diversas ciencias sociales. En historia, el estructuralismo se identificó, a partir de la década de los cincuenta, con la obra de Fernand Braudel (1902-1985), uno de los historiadores más influyentes del siglo pasado (Walch, 1990; Daix, 1995; Revel, 1999). Su inmensa tesis doctoral sobre el Mediterráneo de Felipe II (1949) ha tenido un enorme influjo en toda la historiografía posterior. Sus influencias provienen, en la más pura tradición de los *Annales*, de las más diversas ciencias sociales, entre ellas la geografía de Vidal de la Blache, la geopolítica de Friedrich Ratzel, la etnografía de Marcel Mauss y los planteamientos metamediterráneos de Henri Pirenne, cuyo *Mahoma y Carlomagno* fue diseñado en buena medida –como el *Mediterráneo* de Braudel, significativa coincidencia– en un campo de concentración.

Braudel

Para Braudel, el tiempo se mueve a diferentes velocidades. Hay un tiempo geográfico, un tiempo social y, por fin, un tiempo individual, que se relacionan concomitantemente con un tiempo de

larga, media y corta duración. Ahí es precisamente donde el planteamiento de Braudel se muestra más vulnerable: la crítica más importante que se hizo al estructuralismo es su determinismo, donde el hombre queda aprisionado en su contexto físico y en su estructura mental. Con todo, el estructuralismo braudeliano representa una sugerente renovación de las tradicionales coordenadas historiográficas de tiempo y espacio.

Junto a la construcción de su sólida obra histórica, Braudel se preocupa también por consolidar el proceso de institucionalización de los *Annales*, consciente de que este le proporcionaría la plataforma adecuada para divulgar y prolongar su pensamiento histórico. En 1956, tras la muerte de Febvre, le sucede como director ejecutivo de los *Annales*. La presencia hegemónica de Braudel se prolongará hasta 1969, cuando se produce una purga y se incorporan al equipo rector algunos historiadores más jóvenes. Braudel comprende que debe dejar paso a la nueva generación. Durante las décadas de los setenta y los ochenta, cuando publica sus últimas obras (sobre el capitalismo la primera y sobre la historia de Francia la segunda), se mantiene bastante ajeno a las corrientes incipientes que con el paso del tiempo llegarían a tener un importante desarrollo en los *Annales*, particularmente la historia de las mentalidades.

El ciclo «la tierra y los hombres»

El influjo del estructuralismo braudeliano se concretó también en la publicación de una serie de monografías sobre el estudio de una región concreta, fruto de unas ingentes y pacientes investigaciones que duraban años, por parte de algunos historiadores franceses que después serían los principales exponentes de la tercera generación de los *Annales;* entre ellas destacaron, por ejemplo, las de Georges Duby (1919-1996) sobre el Mâconnais, Pierre Goubert (1915-) sobre el Beauvais y Emmanuel Le Roy Ladurie (1929-) sobre el Languedoc. Partiendo del lema «la tierra y los hombres», constituyeron lo que se ha denominado el modelo demográfico, porque basaban su eficacia en un análisis del equilibrio entre recursos físicos y consecuciones humanas (Bisson, 2000). Junto a ellas, cabe destacar la labor de Labrousse, más inclinado a la historia económica.

Labrousse y la historia económica

La aplicación de los medios técnicos a la investigación histórica, la facilidad con que se podrían construir grandes estadísticas, la tendencia al discurso seriado por encima del narrativo llevarían a la historia a procurarse un lenguaje estrictamente científico, que se opondría a una tradición narrativa supuestamente acientífica. Se generalizó así la historia cuantitativa, basada en la

utilización sistemática de fuentes y de métodos estadísticos en la descripción y el análisis histórico. Lo que caracterizaba a la historia cuantitativa no era solamente la utilización de las cifras y las estadísticas para ilustrar y legitimar la descripción y sus interpretaciones, sino también su manejo como el mismo fundamento de la narración y el análisis, lo que la lleva naturalmente al uso de un lenguaje más científico que narrativo. En Norteamérica, algunos historiadores pretendieron llevar hasta sus últimas consecuencias las repercusiones de la aplicación del lenguaje de las ciencias experimentales a la disciplina histórica. Se creó así la «cliometría», que tuvo un escaso influjo más allá de las fronteras norteamericanas, pero que ha quedado como una interesante muestra de la radicalidad de los ensayos cuantitativistas, serializados y computarizados desde la década de los cincuenta hasta la de los setenta.

Cliometría

El método estadístico se extendió a todos los ámbitos, pero lógicamente tuvo una mayor aceptación en la historia económica, donde todo es cuantificable. La historia económica pasa a ser uno de los campos estrella, especialmente centrada en la historia de los precios y de los ciclos de crecimiento y decadencia. El concepto *crisis económica* parece dar la clave de todos los principales acontecimientos históricos. El interés por los precios ya se había despertado en la década de los treinta, provocado en buena medida por la superinflación de la Alemania de la posguerra y el crac financiero de 1929 en Norteamérica. Aparecieron así los trabajos pioneros de François Simiand (el creador de los conceptos de *Fase* A –fase expansiva de la economía– y *Fase B* –fase de contracción–) y Ernest Labrousse.

Historia económica

Ernest Labrousse había nacido en 1895. Desde su cátedra en la Sorbona, organizó una importante escuela de historia económica, y dirigió muchas de las tesis de los historiadores de los *Annales*. Sin embargo, su marxismo ortodoxo le alejó de los postulados originales de la escuela francesa, lo cual fue compatible con que los principales historiadores de los *Annales* hablaran siempre maravillas de él, definiéndole concretamente como un «incomparable profesor», en palabras del propio Braudel (Bouvier, 1986, p. 407). Fruto en buena medida de su maestrazgo, el marxismo empezó a penetrar en los *Annales*, así como los métodos estadísticos.

Labrousse

La obra de Pierre Chaunu, *Sevilla y el Atlántico*, publicada entre 1955-1960, es uno de los más acabados exponentes de la historia cuantitativa: se trata de una gigantesca obra de erudición y de análisis de evolución económica, basado en miles de documentos. Chaunu quiso hacer con el Atlántico lo que Braudel hizo con el Mediterráneo, aplicando los conceptos de *estructura* y *coyuntura*, de claro sabor estructuralista. Lo que no está tan claro es hasta qué punto los resultados fueron proporcionales al hercúleo esfuerzo realizado, porque el lenguaje esquemático, jergal y cuan-

Chaunu

titativo utilizado por el historiador francés había ahogado al lenguaje humano y narrativo propio de las ciencias sociales.

Demografía histórica

Todas estas ideas encontraron un ámbito de aplicación natural en el campo de la demografía, que era otro de los temas que preocuparon de un modo acuciante en aquellos años de vertiginosos cambios tras la Segunda Guerra Mundial. Jean Meuvret puso de moda la expresión *crisis de subsistencias*. Las ideas malthusianas volvieron a ponerse de moda, aplicándolas acríticamente a una realidad muy diferente respecto al periodo en el que fueron creadas. Se revitalizaron unas fuentes escasamente utilizadas hasta entonces, de las que se hacía un tratamiento estadístico sistemático: los censos; los documentos parroquiales donde se registran nacimientos, matrimonios y muertes; los inventarios de propiedad; los capítulos matrimoniales. Se realizaron estudios detallados de los porcentajes de nacimientos y muertes, de los matrimonios, de la estructura familiar, de las edades de los cónyuges, del número de la descendencia y de las tendencias migratorias (Vann, 1979). Se crearon prestigiosas instituciones dedicadas a los análisis de corte demográfico, como el Cambridge Group for the History of Population and Social Structure (1966).

Historia social

Los estudios cuantitativos y demográficos implicaron también necesariamente una disminución del alcance del campo analizado. Abundaron estudios locales, de modo que la historia regional se consolidó como un verdadero y propio ámbito historiográfico. Se aplicó la historia serial al análisis microscópico –diferente del microhistórico– de los fenómenos sociales.

Historia socioeconómica

La mayor parte de las monografías regionales de las décadas de los sesenta y los setenta diseñadas según el estilo de los *Annales* se limitaban prácticamente a la historia económica y social, además de contener introducciones geográficas, según el modelo Vilar-Braudel. El influjo propiamente de los *Annales* fue complementado por el marxismo afrancesado de Labrousse. Buena parte de esas monografías, dirigidas por Braudel o Labrousse, partieron del taller de los *Annales* y trataban aspectos de la sociedad europea de la Edad Moderna temprana, con la excepción del Mâconnais medieval de Georges Duby y el Limousin contemporáneo de Alain Corbin (1936-). La historiografía francesa había optado decididamente por la vía de la construcción de las grandes monografías y la aplicación rigurosa de los métodos cuantitativos y estadísticos. Su objetivo era la construcción de un hecho histórico en series temporales de unidades homogéneas y comparables, que permitieran medir la evolución de un intervalo de tiempo de larga duración. Esta historia serial pretendía ser en Francia una alternativa a los modelos matemáticos de la *New Economic History* norteamericana, que emergió a finales de la década de los cincuenta y se pre-

sentó como una alternativa a las tendencias anteriores, tal como lo habían practicado Henri Pirenne y Eli Heckscher, que habían puesto el énfasis en el análisis de las instituciones económicas como las grandes industrias, en sus intentos de medir las fluctuaciones del producto nacional bruto en el pasado.

Con todo, ya a finales de la década de los sesenta empezó a aparecer en los diferentes ámbitos de las ciencias sociales –sociología, antropología y lingüística, sobre todo– un reclamo al retorno a un lenguaje comprensible y narrativo, alejado de los códigos esquemáticos y científicos del estructuralismo. Durante la de los setenta, esa historia de carácter eminentemente económico y serial dejará paso progresivamente a una historia social y una historia de las mentalidades, representada en Francia por la tercera generación de los *Annales*.

La historia de las mentalidades

Si en algún momento la historia ha tenido confianza en sí misma ha sido en la década de los setenta, periodo de gran fe en las posibilidades de la historia como una disciplina técnica, precisa, fundada en las ciencias sociales y análoga a las ciencias experimentales, empíricas y analíticas. Seguidores de los *Annales*, cliometristas y marxistas se movían en una misma dirección –la del lenguaje esquemático, cuantitativo y absolutizador–, pese a sus concepciones ideológicas, políticas y metodológicas divergentes.

Nuevo contexto histórico

Sin embargo, su creencia en la ciencia, el progreso y la modernidad había sido debilitada, paulatinamente, a partir de la década de los sesenta, en el preciso instante en que empezó a tambalearse una larga época de progreso y se empezaron a generalizar las protestas ante el poder establecido. Los optimistas presupuestos de la civilización occidental, asentados a su vez en los de la ilustración, empezaban a conmoverse en sus fundamentos. La crítica a los modelos estructurales, científicos y materialistas de la historiografía que se levantó con virulencia en la Europa de la década de los setenta refleja una vez más la estrecha relación que existe entre el pensamiento histórico, las concepciones políticas e ideológicas, y el cambio social.

Contexto historiográfico

Todo ello tuvo su expresión en una renovada visión de la historia, con nuevos enfoques que trasladaron el centro de atención de las elites a otros segmentos de la población, de las grandes estructuras impersonales a los aspectos existenciales de la vida diaria, de la macrohistoria a la microhistoria, de la historia social a la historia cultural (Iggers, 1998, p. 12). Las grandes concepciones históricas dejaron paso a planteamientos menos ambiciosos, pero quizá tam-

bién menos aprioristas. Las estrategias de la investigación cambiaron, porque se apoyaron menos en las tradicionales disciplinas de la economía, la sociología y la ciencia política para pivotar sobre la antropología, la lingüística y la semiótica. Las grandes tradiciones nacionales dejaron de ser predominantes, porque los procesos de globalización también asestaron el golpe de gracia a las escuelas ligadas a las naciones con mayor tradición historiográfica.

Los conceptos de modernización, industrialización o urbanización, que habían estado en la base de la construcción de tantas monografías históricas hasta la década de los setenta, se vieron conmocionados por la creciente angustia de un mundo atormentado por la crisis económica, la amenaza nuclear y las catástrofes ecológicas. El final de la supremacía de una visión lineal, progresiva, unidireccional y eurocéntrica de la historia tuvo como consecuencia la mayor atención otorgada a algunas esferas de la vida que hasta el momento habían quedado al margen del acontecer histórico. La vida privada se constituyó en un importante objeto de estudio, así como aquellos aspectos de su ámbito con mayor disponibilidad documental: infancia, familia, ocio, tiempo o muerte. Philippe Ariès y Georges Duby coordinaron una influyente serie de volúmenes sobre la *Historia de la vida privada* (1985), que inspiraron iniciativas similares en Argentina, Chile, Brasil y Portugal. Este proyecto se basaba en la idea de que la sociedad moderna había convertido la familia y el ámbito privado en un lugar de refugio ante la progresiva codificación social. Los autores postulaban que la crisis de la tradicional estratificación social durante la segunda mitad del siglo XX anuncia la transición de un mundo moderno a un mundo posmoderno. En esta orientación temática es donde se hace visible el tardío pero eficaz influjo de Norbert Elias (1897-1990), cuya obra principal, *El proceso de civilización*, aunque publicada en 1939, no fue verdaderamente asimilada hasta las décadas de los años setenta o los ochenta.

Historia de la vida privada

Al mismo tiempo, se recelaba de los métodos cuantitativos. El *Montaillou* de Le Roy Ladurie, publicado en 1975, es uno de los clásicos exponentes de este viraje historiográfico, de transición de la macrohistoria a la microhistoria, de las estructuras a las experiencias, de las condiciones materiales de la existencia a los modos de vida. Las categorías macrohistóricas como las crisis, el mercado, las clases y el Estado fueron sustituidas progresivamente por otros conceptos de ámbito más culturalista como los de espíritu mercantil, poder, elites sociales o conflictividad social. Toda esta mutación de las condiciones generales del pensamiento histórico se concretó en la historia de las mentalidades (Duby, 1991).

Le Roy Ladurie

La fragmentación cultural propia de la década de los setenta, que dio lugar a una «historia en migajas» (Dosse, 1987), afectó también a la escuela de los *Annales*. Las nuevas tendencias historiográficas

La historia en migajas

estaban minando la hegemonía del estructuralismo braudeliano. Por un lado, se habían ampliado las temáticas. Aparecieron así estudios sobre la historia de las mujeres como los de Christiane Klapisch-Zuber, Arlette Farge, Mona Ozouf y Michelle Perrot; sobre la pobreza como el de Michel Mollat; sobre el mundo del trabajo como el de Claude Fohlen, o sobre la muerte como el de Michel Vovelle.

Historia de las mentalidades

Al mismo tiempo, se experimentó también una mayor apertura desde el punto de vista disciplinar creando nuevas subdisciplinas como la psicohistoria, la cultura popular o la antropología simbólica, las cuales influyeron a su vez notablemente en la historiografía. El nuevo concepto de *mentalités* designaba posturas que son mucho más difusas que las ideas. La mentalidad hace referencia a lo compartido por los hombres y opera a nivel de sus conductas cotidianas e inconscientes. Remite, por tanto, a los automatismos de la conducta, al contenido impersonal del pensamiento (Vovelle, 1982).

La historia de las mentalidades se asoció con la historia serial *(histoire sérielle)*, en la que largas secuencias de datos eran procesadas electrónicamente. Así se hacía, por ejemplo, para analizar el contenido de miles de testamentos de un periodo y una región determinada, a fin de estudiar el proceso de secularización y la actitud ante la muerte. En este sentido, la historia de las mentalidades representaba una renovación y una puesta al día más que una ruptura de las corrientes esquemáticas de los decenios anteriores. Su intención era escalar hasta el último piso de la construcción braudeliana, el de los acontecimientos y la cultura. Como Michel Vovelle afirmó durante aquellos años, a través de una feliz metáfora, se trataba de un tránsito «del sótano al desván»: de la infraestructura económica a la superestructura cultural. Se consolidaba así una reacción frente al determinismo braudeliano en toda regla.

Duby

Quizá el historiador más representativo e influyente de esta generación es Georges Duby (1919-1996), uno de los historiadores más respetados, admirados e indiscutidos del siglo XX. Formado en la época de los grandes paradigmas, su tesis doctoral sobre el Mâconnais responde a los modelos más clásicos de la historia económica y social al uso. A mediados de la década de los sesenta, Duby dejó la ortodoxia de los *Annales* braudelianos para dedicarse al estudio de algunos temas favoritos de la generación que estaba por llegar: la historia de las mentalidades, la reproducción cultural y el imaginario social. Una obra paradigmática en este sentido es *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo* (1979), donde analiza las relaciones entre lo material y lo mental en el curso del cambio social. Donde Bloch había analizado la estructura social de la sociedad feudal, Duby estudiaba las imágenes medievales de esa estructura. Donde los marxistas consideraban las ideas como mero reflejo de la sociedad, Duby enfatizaba el poder de la imaginación colectiva.

Le Goff

Jacques Le Goff (1924-), el otro gran medievalista de la tercera generación de los *Annales*, se enfrentó, por su parte, al tema del tiempo. Donde Braudel había distinguido las tres formas de lo que podría definirse como el «tiempo objetivo» –la larga, media y corta duración–, Le Goff se preocupó por las experiencias colectivas del tiempo durante la Edad Media, distinguiendo el «tiempo de la Iglesia» y «el tiempo del mercader». Se adentraba también en el mundo del imaginario medieval, a través de su obra *El nacimiento del purgatorio* (1981). Desde una perspectiva tal vez excesivamente desacralizada, analizaba la historia de las cambiantes representaciones del más allá e interpretaba la función del purgatorio como una especie de tercera vía donde poder dar cobijo al nuevo estamento mercantil que cada vez se extendía más por Occidente.

Vovelle

En los márgenes de la historia de las mentalidades se sitúa también la obra del reputado historiador de la Revolución francesa, Michel Vovelle (1933-). Su vinculación con los nuevos postulados de los terceros *Annales* le vendría a través de su estudio sobre la descristianización en Provenza, donde realizaba un análisis sistemático, riguroso y serial de miles de testamentos. Pierre Chaunu (1923-2009) hizo lo propio con las actitudes ante la muerte de los parisinos de la primera época moderna. Philippe Ariès (1914-1984) se interesó por la relación que existe entre naturaleza y cultura, por las maneras en que una determinada cultura concibe y experimenta fenómenos naturales tales como la muerte y la niñez, en un guiño hacia la antropología cultural, en una aproximación metodológica que fue asumida también por Duby y Le Goff entre otros. Ariès empezó con el análisis de la niñez (*La infancia y la vida familiar en el Antiguo Régimen*, 1960) y acabó con un monumental estudio sobre la muerte donde exponía la evolución del sentido de la muerte a lo largo de 1.000 años: desde la *muerte domesticada* de la primera Edad Media a la *muerte invisible* de nuestra cultura, donde, invirtiendo las prácticas de los victorianos, tratamos la muerte como tabú (Hutton, 2004).

Ariès

Otros de los ámbitos temáticos más cultivados por los componentes de la tercera generación de los *Annales*, a los que también se daba un tratamiento estadístico, fueron las historias de los libros y de la alfabetización. Esto les permitía relacionar categorías sociales, categorías profesionales y hábitos culturales. Los trabajos de Henri-Jean Martin son, en este sentido, paradigmáticos. La evolución de una historia económica de los libros a una historia cultural de la lectura, característica de la tercera generación, fue liderada por Roger Chartier (1945-).

Martin

Chartier

El esfuerzo de esta generación se concretó también en el renacimiento de dos viejos géneros que fueron reactivados gracias a algunas de las obras de los principales componentes de esta nueva

Retorno a la biografía

generación: la biografía y la historia política. Jacques Le Goff ha dedicado los últimos años de su carrera al rescate de dos importantes figuras de la época medieval, como san Luis de Francia y san Francisco de Asís. No menos brillante es el ejercicio biográfico de Georges Duby sobre Guillermo el Mariscal (1986). Por otra parte, su incursión en el mundo de las batallas en su *Domingo de Bouvines* (1973) constituyó uno de los momentos clave para el resurgimiento de la nueva narrativa, que se analiza más adelante.

Antropología cultural

En este contexto historiográfico, cabe destacar la renovada y revitalizada vinculación de la historia de las mentalidades con la antropología cultural. Dentro de este giro antropológico cabría reseñar las obras de Emmanuel Le Roy Ladurie, Roger Chartier y Pierre Nora, aglutinador de esfuerzos colectivos y redescubridor de un tema tan sugerente como el de la memoria. El giro culturalista de la década de los setenta propició esta orientación. Actualmente, sin embargo, la historia de las mentalidades parece haber dado paso a la llamada nueva historia cultural, ahora consolidada en Estados Unidos. En este sentido, es significativo que un historiador como Chartier, que se trasladó a Estados Unidos, haya titulado su recopilación de ensayos *Historia cultural: entre las prácticas y las representaciones* (1988). Además, a la tercera generación de los *Annales* le corresponde el honor y la gloria de haber llevado los libros de historia a unas cotas impensables de divulgación, tanto por el aumento considerable de las ventas –el *Montaillou* de Le Roy, publicado en 1975, se convirtió pronto en un auténtico *best seller*– como por la presencia exitosa de algunos historiadores como Georges Duby en los *mass media*: sus programas de radio y televisión eran seguidos con avidez por miles de espectadores.

Divulgación histórica

El futuro incierto de los *Annales*

En la evolución de la escuela hay tres años claves: 1929, año de la fundación de la escuela y desarrollo de la historia totalizante de Febvre y Bloch; 1956, muerte de Febvre e inicio del predominio de la segunda generación, de la historia socioeconómica, de la serialidad y del estructuralismo braudeliano; 1969, *coup d'état* de la tercera generación e introducción de los postulados de la historia de las mentalidades y regeneración del diálogo con la antropología, la lingüística y otras ciencias sociales.

¿Una cuarta generación?

A estas tres, habría que añadir una cuarta fecha fundacional de los *Annales*, la de 1994, cuando la revista adquiere su denominación actual –*Annales. Histoire, Sciences Sociales*–, lo que para algunos representa el inicio de la cuarta generación. Para muchos, considerar que hay una nueva generación es forzar demasiado las cosas:

en el estado actual de desintegración de escuelas nacionales no tiene demasiado sentido hablar de la continuidad de esta corriente historiográfica francesa y, más concretamente, cabe preguntarse hasta qué punto la escuela todavía sigue viva. Para los que defienden la existencia de una cuarta generación, esta habría arrancado del manifiesto que apareció en el prólogo del fascículo segundo de los *Annales* de 1988, que llevaba el significativo título «Histoire et sciences sociales. Un tournant critique?» («La historia y las ciencias sociales: ¿un giro crítico?»). El texto parece haber sido redactado por Bernard Lepetit (1948-1996) y Jacques Revel (1942-), y representa un golpe de timón, un *tournant critique*, que sustituyera a aquel otro giro cultural que, a finales de la década de los sesenta, había dado paso a la tercera generación (Lepetit, 1995).

Quizá ya no se puede hablar de una cuarta generación en sentido estricto, aunque algunos señalan a Roger Chartier o Alan Corbin como algunos de sus representantes (Hérubel, 1994). Los síntomas de dispersión de la escuela son bien elocuentes, como lo pone de manifiesto la falta de referentes metodológicos aglutinantes de su principal órgano de expresión, la revista (Dosse, 1987). Por otra parte, la prematura y dramática desaparición de Bernard Lepetit en 1996 provocó una cierta desorientación en los verdaderos objetivos de la escuela.

Lepetit

Legado de los *Annales*

Es, por tanto, el momento de hacer recuento de los frutos de la escuela a lo largo de todo su itinerario. Respecto a la expansión de los *Annales* en Europa, entre las décadas de los treinta y los ochenta, sus autores consiguieron divulgar sus obras como nunca y, algo que parece más importante, extendieron su influjo más allá de las fronteras de Francia. En Italia, Hungría, Polonia y España hubo una entusiasta asimilación de los postulados de la historia de las mentalidades, así como una historiografía de gran calidad en torno a ella –que en el caso de Italia es el mejor preludio de la microhistoria. En Alemania se produce una incorporación tardía de esa corriente, en buena medida condicionada por los efectos de la guerra, pero también por la vitalidad de la nueva historia social.

Alemania

España

En España hay un evidente influjo de la escuela de los *Annales*, quizá algo anacrónico, durante la década de los ochenta. Su influencia ya se había dejado notar en la época de la segunda generación, sobre todo a través de la omnipresente figura de Jaume Vicens Vives, y a través de otros historiadores que trabajaron en Barcelona como Pierre Vilar o Valentín Vázquez de Prada, que se había formado en París junto a Fernand Braudel. Vicens daría una orientación socioeconómica a su investigación y fue uno de los mejores valedores de la metodología de los *Annales* en España a partir de 1950; Vilar abogó claramente por la vía atípica del materialismo histórico en los segundos *Annales*; Vázquez de Prada fue, junto a Jordi Nadal,

uno de los introductores de la historia económica en España. Ya durante la historiografía de la Transición, los postulados de la historia de las mentalidades se acogieron con entusiasmo en España como una alternativa viable al materialismo histórico –postulado sobre todo por Josep Fontana–, aunque conviviendo en buena medida junto a él. Los trabajos de Antonio Eiras Roel en Galicia son muestra de la capacidad de asimilación de la historiografía española de los postulados de la tercera generación de los *Annales*.

Gran Bretaña

El caso de la asimilación de los postulados de los nuevos *Annales* en Gran Bretaña es más complejo. En principio, se produce un natural recelo, causado en el fondo por el contraste entre la tradición empirista e inductiva británica frente a la tradición deductiva, holística y racional de la tradición francesa. Pero fueron, paradójicamente, los historiadores marxistas ingleses –sobre todo, Eric Hobsbawm y Rodney Hilton– quienes dieron la bienvenida a los *Annales*, aunque ciertamente no asimilaron sus postulados. La respetuosa atención, mezcla de admiración y de calculada reserva, con que Peter Burke afrontó en 1989 su modélico estudio sobre la evolución de la escuela francesa es bien elocuente de este respeto entre estas dos tradiciones (Burke, 1993a).

«[En el siglo XVI] el cristianismo estaba en el mismo aire que se respiraba. Era una atmósfera en la cual vivía el hombre su vida, toda su vida, y no únicamente su vida intelectual, sino también su existencia privada, su vida profesional, cualquiera que fuese el marco en que se desarrollara. Y esto sucedía de una manera automática, necesaria, con independencia de toda voluntad expresa de ser creyente, de ser católico, de aceptar o de practicar su religión. Porque hoy se elige y uno puede ser cristiano o no serlo; pero en el siglo XVI no cabía nada de eso, se era cristiano de hecho. Había cierto jugueteo lejos de Cristo, pero eran juegos imaginativos sin ahínco ni vital apoyo de la realidad. Ni siquiera podía uno abstenerse de la práctica cristiana. Quisiérase o no, dándose claramente cuenta o no, desde el nacimiento, el hombre de aquellos días se encontraba sumergido en un baño de cristianismo del cual no se evadía ni aún con la muerte, ya que esa muerte era obligada y socialmente cristiana por los ritos a los que nadie podía substraerse, incluso aunque se diera el caso de haberse rebelado antes de morir, incluso si en sus últimos momentos se había chanceado y hecho ludibrio de todo aquello. Desde que se nacía hasta que se moría, toda una cadena de ceremonias, de tradiciones, de hábitos y costumbres, de prácticas, todas cristianizadas o cristianas, ataban al hombre a pesar suyo y le mantenían cautivo aunque se creyera libre.»

El problema de la incredulidad en el siglo XVI. La religión de Rabelais, 1942, parte II, libro 2, capítulo 2

Lucien Febvre

Lucien Febvre (1878-1956) fue un intelectual polifacético especializado, entre otras cosas, en la historia religiosa del siglo XVI. Analizaba la historia de las actitudes y sentimientos religiosos (como demuestra el pasaje anteriormente citado), algo poco usual entre los historiadores de la Iglesia tradicionales, más centrados en las instituciones que en las presiones sociales relacionadas con la fe y la práctica religiosa. Enseñó en la Universidad de Estrasburgo cuando era territorio francés, tras la Primera Guerra Mundial, donde trabajó con Marc Bloch; una colaboración que les llevó a fundar la revista *Annales* en 1929. Febvre obtuvo una cátedra en el Collège de France en 1933, un cargo destacado que le permitió guiar a sus colegas historiadores en una nueva dirección.

Entre sus obras más conocidas cabe destacar un libro sobre Martín Lutero (1927) y otro sobre la religiosidad de Rabelais (1942).

En ambos procuraba situar a sus protagonistas en un contexto cultural más amplio. Demostró su versatilidad en un estudio de geografía histórica, *La terre et l'évolution humaine* (1922), y en su tarea de editar la *Encyclopédie française* (1935-1940). Febvre practicó y defendió toda su vida la historia interdisciplinar. Se le recuerda, sobre todo, por el papel que desempeñó en la revista *Annales*, todo un símbolo para el movimiento al que dio lugar.

Marc Bloch

Marc Bloch (1886-1944) fue un medievalista polifacético que enseñó en Estrasburgo, donde trabajó con Lucien Febvre hasta que le nombraron profesor de economía en la Sorbona (1936). La obra más original de Bloch es *Los reyes taumaturgos*, que escribiera en sus años de Estrasburgo. Aunque muchos de sus colegas pensaban que el tema sólo podía interesar a los que defendían la vieja historia, Bloch logró demostrar que la historia de la fe en la capacidad curativa de la imposición de manos regias en Francia e Inglaterra tenía mucho que aportar a la historia de las mentalidades e incluso a la historia política. Creía firmemente en la importancia de la historia comparada, sobre todo tratándose de la historia de regiones limítrofes, como Francia e Inglaterra. Estudió la presión social que se ejercía sobre la fe individual inspirándose en la sociología de Émile Durkheim —como haría Febvre casi dos décadas después—, como muestra el pasaje citado. Demostrando una vez más su versatilidad historiográfica y su capacidad de transitar por diferentes temas y metodologías, Bloch realizó un estudio sobre *La historia rural francesa: caracteres originales* (1931) y escribió una gran síntesis, *La sociedad feudal* (1939-1940), que finalizó justo cuando estalló la Segunda Guerra Mundial y se ha mantenido a lo largo de los tiempos como un clásico sobre el análisis del feudalismo.

[illegible]

Mientras colaboraba con la resistencia cayó en manos de los alemanes y fue fusilado. Este hecho, junto con sus reflexiones sobre las causas morales de la fulminante claudicación de Francia frente al poder nazi (*La extraña derrota*), le han hecho valedor de una merecida reputación de «historia-

dor comprometido» con las realidades de su tiempo. Tras su muerte se descubrió entre sus papeles un manuscrito inacabado, *Apología de la historia*, una magnífica introducción a la práctica histórica publicada en 1949.

«Este libro se divide en tres partes, cada una de las cuales es, de por sí, un intento de explicación. La primera trata de una historia casi inmóvil, la historia del hombre en sus relaciones con el medio que le rodea; historia lenta en fluir y en transformarse, hecha no pocas veces de insistentes reiteraciones y de ciclos incesantemente reiniciados. [...] Por encima de esta historia inmóvil se alza una historia de ritmo lento: la historia estructural de Gaston Roupnel, que nosotros llamaríamos de buena gana, si esta expresión no hubiese sido desviada de su verdadero sentido, una historia social, la historia de los grupos y las agrupaciones. [...] Finalmente, la tercera parte, la de la historia tradicional o, si queremos, la de la historia cortada no a la medida del hombre, sino a la medida del individuo, la historia de los acontecimientos de Paul Lacombe y François Simiand: la agitación de la superficie, las olas que alzan las mareas en su potente movimiento. Una historia de oscilaciones breves, rápidas y nerviosas. [...]
En 1558, el nuevo soberano pierde, sin guerra ni lucha, dos posiciones esenciales : la muerte de María Tudor y la abdicación imperial de su padre privan a Felipe II de Inglaterra y de su imperio. Uno de estos dos acontecimientos se hallaba, como hemos visto, en la línea de las cosas. Carlos V había soñado demasiado tarde con legar el imperio a su hijo: contra la hostilidad reunida de la Alemania protestante, de Fernando a Maximiliano, era imposible luchar. Pero, casi en el mismo instante en que Alemania se constituye definitivamente, frente a Felipe II, como un mundo cerrado y extranjero, un hecho completamente accidental, la inopinada muerte de María Tudor, en noviembre, viene a romper la alianza anglo-española y pone fin al sueño de un estado angloflamenco que habría tenido como centro vivo el mar del Norte. Baste pensar por un momento en lo que habría podido ser un Felipe II dueño del mundo germánico y de Inglaterra, para calcular la repercusión de estos acontecimientos sobre la historia del mundo. [...] El viaje de regreso a España, en agosto-septiembre de 1559, pone punto final a esta rápida evolución. Felipe se quedará ya para siempre en la península, como prisionero de España. Es cierto que, en contra de la leyenda, que lo presenta enclaustrado en El Escorial, viajó todavía mucho, pero siempre dentro de la península.»

El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II, extractos del prefacio y de la parte 3, capítulo 1

Fernand Braudel

Fernand Braudel (1902-1985) fue probablemente el historiador más destacado del siglo XX, el equivalente (así como la respuesta natural) a lo que Ranke fue para el XIX. Trabajó a partir de los fundamentos de la primera generación de historiadores de los *Annales*, la de Febvre, cuyo interés por el siglo XVI compartía. Su obra *El Mediterráneo* es la obra maestra de la escuela de los *Annales*, y permanece como uno de los grandes clásicos de la historiografía de todos los tiempos. Comienza con un manifiesto, recogido en la cita, en el que sugiere que el tiempo histórico se mueve a tres ritmos o velocidades diferentes, y dedica una sección del libro a cada una de ellas. La primera se ocupa de la geografía histórica (*geohistoria*, como a él le gusta llamarla), algo parecido a lo que hoy denominaríamos historia del entorno, centrada en lo «inmóvil» (en la que analiza, determinísticamente, su efecto sobre las personas, pero ignorando el impacto de los seres humanos sobre su entorno, que es lo que hoy sí nos interesa). La segunda parte está dedicada a la historia cultural y social, y en ella analiza cuestiones como las formas de guerra. Escribió estas páginas poco después del fin de la Segunda Guerra Mundial y recalca que «la guerra, como todos sabemos, no es más que un puro dominio de responsabilidades individuales». La tercera parte del libro trata de los acontecimientos, la política, los hombres («les événements, la politique et les hommes»), y su protagonista es Felipe II. El libro nació a partir de su tesis doctoral que llevaba el original título

de *Philippe II et la Méditerranée*, aunque el mar y lo que Braudel denominara «destinos colectivos» dejaran finalmente al rey en tercer lugar. Como podemos comprobar en el pasaje anteriormente citado, Braudel no renuncia a su conciencia de la geopolítica ni cuando escribe sobre Felipe II.

Tras la publicación de su libro, Braudel obtuvo una plaza de profesor en el Collège de France. Empezó a escribir una obra más larga aún, *Civilización material y capitalismo* (1967-1979) y, al final de su vida, trabajaba todavía en otro proyecto de largo alcance denominado *La identidad de Francia* (publicado en 1986). Sin embargo, su fama se debe a su primera obra y a su liderazgo en el movimiento de los *Annales*, que, por aquel entonces, tenía su base en la École des Hautes Études en Sciences Sociales y en la Maison des Sciences de l'Homme. Al igual que Bloch y Febvre, siempre estuvo a favor de la interdisciplinariedad.

Georges Duby

Georges Duby (1919-1996) fue un medievalista que enseñó en Aix-en-Provence hasta que obtuvo un puesto en el Collège de France (1970). Empezó haciendo historia social y económica, pero fue interesándose cada vez más por la historia cultural. Su primera obra destacada fue *La société aux XIe et XIIe siècles dans la région mâconnaise* (1952), un estudio centrado en la gran abadía benedictina de Cluny. El libro que le consagró definitivamente fue *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo* (1978). Entre estas dos grandes obras escribió *Guerreros y campesinos* (1973), un análisis del surgimiento de la economía medieval que atrajo el interés general por su utilización de lo que se podría calificar de enfoque antropológico. Identificaba aquellos aspectos de la cultura medieval que impactaron sobre la economía, desde la práctica del intercambio de dones a la costumbre de enterrar a los muertos (a los que Duby define como «consumidores») con sus pertenencias.

[illegible]

Son también muy reconocidos sus trabajos sobre la familia en la Edad Media, su agudo análisis de un suceso (la batalla de Bouvines y sus consecuencias), sus libros sobre arte medieval (era un pintor afi-

cionado de talento), así como los documentales que elaboró para la televisión. Su breve autobiografía (*La historia continúa*, 1991) es una magnífica introducción al pensamiento histórico que demuestra su capacidad para transitar por las tendencias y métodos históricos más diversos, y es muy útil para todos aquellos que inician su aprendizaje en la investigación histórica. Duby es sin duda uno de los historiadores más relevantes del siglo XX. No en vano ha sido considerado por muchos una especie de Picasso para la historiografía contemporánea, pues fue capaz de situarse en la vanguardia de las principales tendencias surgidas en la segunda mitad del siglo pasado (particularmente, la historia social, la historia de las mentalidades, la nueva historia cultural y la historia narrativa).

EL MATERIALISMO HISTÓRICO

El marxismo es uno de los movimientos intelectuales que más ha influido en la historiografía contemporánea, aunque, paradójicamente, sus fundadores, Karl Marx (1818-1883) y Friederich Engels (1820-1895), no fueron historiadores (McLellan, 1970; Rossi, 1971). Este es, por otra parte, un fenómeno intelectual bastante frecuente en el siglo XIX, cuando se deja notar el influjo historiográfico de filósofos de la historia como Hegel, Marx o Nietzsche más que de los propios historiadores. Las ideas centrales del materialismo histórico se forjaron a mediados del siglo XIX y han tenido vigencia hasta la década de los ochenta del siglo XX. Constituye, pues, más de un siglo de presencia en el ámbito de la historiografía, que han dejado un surco profundo y evidente, por lo que, aunque en la actualidad se trate ya de una tendencia en decadencia, merece una atención especial.

Marxismo e historia

Los planteamientos teóricos del materialismo histórico se basan en buena medida en la experimentación de los efectos más nocivos de la industrialización, que tuvieron lugar en las naciones más industrializadas durante la segunda mitad del siglo XIX. Al mismo tiempo, está dominado por un radical *presentismo*, que tiende a aplicar las categorías históricas del tiempo desde donde fue articulado (mediados del siglo XIX) a las categorías del tiempo analizado, al que se aplican los conceptos clásicos del marxismo como la lucha de clases, los procesos dialécticos o la preeminencia de los fenómenos económicos sobre todos los restantes.

Presentismo

Donde hubo una verdadera aplicación de las ideas del materialismo histórico fue a través de la Revolución bolchevique de 1917. Se construye así la interpretación marxista-leninista de la historia, basada en las obras de referencia de Marx (*El manifiesto comunista*), Lenin (*El imperialismo, etapa suprema del capitalismo*) y Stalin (*Materialismo dialéctico y materialismo histórico*). Las nuevas circunstancias históricas permitían nuevas lecturas de los textos de Marx y Engels, siempre abiertos a nuevas interpretaciones según lo dictaminaran las necesidades de cada momento. Esa es, probablemente, una de las claves para comprender la enorme eficacia del marxismo como tendencia intelectual y como plataforma para cambiar el mundo.

Marx y Engels

En esta nueva interpretación, la historia está dominada por el criterio económico y social, al basar toda su argumentación en las sociedades surgidas de las diferentes relaciones de producción, que generan diferentes sociedades: la sociedad esclavista (basada en la dialéctica amo-esclavo), la sociedad feudal (señor-vasallo) y la sociedad capitalista (capitalista-trabajador). Quedaba así consagrada una nueva periodización, que, si bien en la actualidad está en desuso, todavía se conserva entre las bases epistemológicas que, a lo largo de la historia, se han ido consolidando en la historiografía.

Las relaciones de producción

Pero, más allá de ese marxismo dogmático, amparado por las estructuras políticas conniventes de los países eslavos, se van constituyendo, a lo largo del siglo XX, abundantes *marxismos*. Sin embargo, el marxismo como método y como doctrina no tuvo una verdadera repercusión en la historiografía hasta después de la Segunda Guerra Mundial. La obra de algunos teóricos marxistas en la primera posguerra, así como la herencia de la Escuela de Frankfurt (Theodor Adorno y Herbert Marcuse fueron quienes influyeron más en la historia), sentaron las bases de esta aplicabilidad del marxismo a la historiografía. Esa labor fue llevada a cabo sobre todo por Antonio Gramsci (1891-1937), cuyos *Cuadernos desde la cárcel*, publicados entre 1948 y 1951, tuvieron un notorio influjo en la historiografía de corte marxista y poseyeron una gran capacidad de aplicar esas ideas a las diferentes opciones políticas de izquierda de la posguerra europea. En los *Cuaderni*, redactados durante su cautiverio hasta su muerte en 1937, Gramsci rechazaba la reducción del materialismo histórico a una sociología abstracta y realizaba una lectura de la realidad mucho más realista y posibilista. El investigador de la historia no va de la teoría a la realidad, sino que tiene que adaptar la teoría a la realidad que ha investigado. La hegemonía de las clases no se verifica por dominación, sino por el consenso de las grandes verdades que aparecen evidentes a todo el mundo. Estas y otras ideas abrieron una vía del materialismo histórico capaz de superar la vía dogmática o de

El marxismo en la posguerra

Escuela de Frankfurt

Los *Cuaderni* de Gramsci

discurso ideológico oficial que había dominado hasta entonces en los países de dominación política comunista.

Italia

En Italia se desarrolló, por ejemplo, la idea gramsciana de la historia como instrumento de análisis y comprensión del presente como condición de una perspectiva de transformación social, en que la crítica del pasado deviene instrumento mismo de su transformación. La aplicación de las ideas de Gramsci supera así tanto la absolutización contemporaneísta de Croce –con quien tenía unas tan evidentes como contradictorias conexiones– como el dogmatismo estalinista, abriendo nuevas vías a un discurso historiográfico que, eso sí, quedaba radicalmente subordinado a los objetivos políticos y los planteamientos ideológicos. Entre los principales historiadores italianos habría que destacar a Rosario Villari y Emilio Sereni. Sereni (1907-1977) fue un historiador de la agricultura y del paisaje italiano, así como ministro, senador y miembro del Partido Comunista de Italia. Villari (1925-) combinó también su carrera de historiador con su actividad de diputado –también del Partido Comunista– en el parlamento italiano y es bien conocido por sus estudios sobre la Italia meridional.

Francia

En Francia, algunos miembros de la escuela de los *Annales* realizaron una aproximación marxista a la construcción de las monografías, como el caso de *La Catalogne dans l'Espagne moderne* de Pierre Vilar, donde se aplica un método «totalizante» para estudiar los fundamentos económicos de una estructura nacional en construcción. La influencia del marxismo es también perceptible en el trabajo de Michel Vovelle (1933-), por ejemplo en su *Ideologías y mentalidades* (1982), y Guy Bois en su *Crisis del feudalismo* (1976).

Noruega

En Noruega destacó Halvdan Koht (1873-1965), un historiador que fue también un activista politico y fue ministro de asuntos exteriores de su país, y que mostró su simpatía por el marxismo en su obra *Norsk bondereisning* (1926), una historia de las revueltas cam-

Holanda

pesinas en Noruega. En Holanda, el destacado historiador Jan Romein (1893-1962) procuró combinar las aproximaciones económicas del marxismo con el enfoque cultural de Johan Huizinga (véase p. 230), tal como se pone de manifiesto en su *Las tierras bajas junto al mar* (1946), una historia general del pueblo holandés.

Muchos de los mejores ejemplos de los historiadores marxistas provinieron de los regímenes no comunistas. Esto no es casualidad, pues donde el marxismo devino ortodoxia, la creatividad fue sofocada. Sin embargo, hubo excepciones a esta regla, particularmente en el caso de dos magníficos historiadores de la economía.

Rusia

Polonia

El primero de ellos fue el ruso Evgeny Kosminsky (1886-1959), quien estudió el campesinado inglés. El segundo fue el polaco heterodoxo marxista Witold Kula (1916-1988), muy elogiado por Braudel y bien conocido por su obra *La teoría económica del sistema*

feudal (1962), en la que argumentaba que la teoría económica de Marx, aunque válida para el siglo XIX, fallaba al ser aplicada a la época moderna, especialmente en la de los grandes estados señoriales polacos, en los que el cereal fue producido gracias a la exportación del trabajo servil, cuando el aumento de los precios condujo a un descenso de la producción y viceversa, porque los nobles no estaban interesados en los beneficios económicos, sino en el mantenimiento de una renta fija de sus tierras.

España

En España, el materialismo histórico, liderado por Josep Fontana (1931-), tuvo un notable influjo, porque se consideró no sólo como una metodología histórica atractiva, sino también un instrumento intelectual y cultural muy útil en la lucha frente a la dictadura franquista. Por esto, el marxismo perduró en España mucho más que en otras tradiciones historiográficas europeas, solapándose con la historia de las mentalidades. Con todo, fue en la Inglaterra de la posguerra donde el materialismo histórico fructificaría en una generación excepcional de historiadores, que merece un tratamiento específico.

La escuela marxista británica de la posguerra

El caso concreto de Inglaterra ofrece un buen ejemplo del florecimiento de la historia marxista en un país donde los miembros del Partido Comunista apenas han sido elegidos para el Parlamento. Ciertamente, el materialismo histórico había influido en Inglaterra desde antes de la Segunda Guerra Mundial. Su tendencia a la historia social y al análisis de los fenómenos revolucionarios encajó bien en el intenso debate público y académico que había generado la industrialización británica. Este fue uno de los motivos principales por los que el marxismo tuvo una entusiasta acogida intelectual por parte de esa historiografía. Por otro lado, desde los inicios de la historiografía profesional en Inglaterra hubo una conexión inmediata con el mundo de la economía, tal como lo había puesto de manifiesto, a partir de 1830, la divulgación de las teorías de algunos componentes de la escuela clásica de economía política británica como Adam Smith (1723-1790) y David Ricardo (1772-1823), y del influyente demógrafo Robert Malthus (1766-1834). La fundación de la London School of Economics (1895), donde han trabajado desde entonces prestigiosos historiadores, es otra muestra bien elocuente del peso de la historia económica en ese país. Las vertientes sociales y económicas estaban, pues, bien fundamentadas en la historiografía inglesa y escocesa.

Historia y economía

Basados en esta tradición, es fácil concluir que los historiadores británicos anteriores a la Segunda Guerra Mundial conocían ya

bien el marxismo. Sin embargo, hasta 1945 esa tendencia nunca había cuajado en una escuela verdaderamente historiográfica. Esa fue precisamente la función que ejerció, de un modo más o menos consciente, el grupo de historiadores del Partido Comunista británico. Fundado en 1946, contó con figuras de tanta trascendencia historiográfica como el economista e historiador económico Maurice Dobb (1900-1976), Christopher Hill (1912-2003), Victor Kiernan (1913-2009), Rodney Hilton (1916-2002), Eric J. Hobsbawm (1917-) y Edward P. Thompson (1924-1993) (Kaye, 1989; Dworkin, 1997). Desde fuera del grupo, pero sintonizando con sus postulados historiográficos, se puede incluir en esta nómina al arqueólogo australiano Vere Gordon Childe (1892-1957) y al historiador y crítico literario Raymond Williams (1921-1988).

Historiadores del Partido Comunista británico

Los historiadores marxistas británicos se propusieron afrontar el análisis de temas históricos de gran alcance, como el paso de la Antigüedad al feudalismo, la transición del feudalismo al capitalismo y el desarrollo de la Revolución industrial. El primero de esos debates fue afrontado por Perry Anderson (1938-) a través de su obra *La transición de la Antigüedad al feudalismo* (1974). El segundo de ellos fue rescatado por Maurice Dobb a través de sus *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*, publicado en 1946. Su volumen fue completado por el de Rodney Hilton, desde su perspectiva de medievalista. Eric Hobsbawm prolongó esa transición del feudalismo al capitalismo hasta el siglo XVII.

Grandes debates históricos

La historiografía marxista se aglutinó en torno a una de las revistas de mayor trascendencia en el panorama historiográfico del siglo XX: *Past and Present* (1952). Aunque de una generación posterior, cabría añadir a Raphael Samuel (1934-1996), el carismático fundador del movimiento *History Workshop*, quien enseñó en el Ruskin College Oxford, fomentando entre sus estudiantes –generalmente adultos de clase trabajadora– la práctica de una historia «desde abajo», empezando por el análisis de las minas o las fábricas donde ellos mismos habían trabajado.

Past and Present

History Workshop

En 1956 el grupo dio un importante giro metodológico y vivencial, influido por los dramáticos acontecimientos de la intervención soviética en Hungría. Algunos de estos historiadores abandonaron la disciplina del Partido Comunista y hubo una cierta dispersión, aunque ciertamente no abandonaron la inspiración marxista de su trabajo histórico. Sin embargo, sus trabajos pivotaron a partir de entonces hacia una historia más cultural e intelectual que propiamente socioeconómica, como los abundantes trabajos que Christopher Hill publicó a partir de entonces sobre el contexto intelectual de la revolución inglesa del siglo XVII o los originales trabajos de George Rudé (1910-1993) sobre la función de las masas en las revoluciones.

La conmoción de 1956

A Raymond Williams, menos conocido en ámbitos propiamente historiográficos por ser profesor de literatura inglesa, correspondió la labor de mayor alcance teórico. Él fue quien aplicó con mayor precisión la epistemología marxista, rechazando, sin embargo, el uso de algunos términos del marxismo ortodoxo, como «infraestructura» y «superestructura». Williams fue el divulgador del concepto totalizador de cultura de Lukács y del concepto de hegemonía de la clase dominante de Gramsci.

Williams

En esta corriente historiográfica, dos figuras merecen una especial atención por la trascendencia de su obra: Eric Hobsbawm y Edward P. Thompson. Hobsbawm pasó su infancia en Berlín, pero pronto se estableció en Inglaterra y se centró en estudios de historia social y de los movimientos obreros. Contribuyó, además, a la renovación teórica de la historiografía marxista, no sólo a través de su participación en el debate sobre la transición del feudalismo al capitalismo, sino también con algunas publicaciones de marcado carácter metodológico. Aunque es sobre todo conocido por sus estudios sobre los orígenes de la industrialización en Gran Bretaña y la formación de una clase obrera, destacan también sus síntesis del mundo contemporáneo, que dividió en cuatro grandes épocas con sus correspondientes temáticas predominantes: *La era de la revolución* (1789-1848), *La era del capital* (1848-1875), *La era del imperio* (1875-1914) y *La edad de los extremos: el siglo corto* (1914-1991).

Hobsbawm

Edward P. Thompson escribió, por su parte, uno de los volúmenes más influyentes en la historiografía del siglo XX: *The Making of the English Working Class* (*La formación de la clase obrera en Inglaterra*, 1963), que despertó adhesiones en todo el mundo por su atrevida apuesta por una historia comprometida, pero al mismo tiempo rigurosa, antidogmática y flexible en su definición de *clase*. Esta obra supuso la confirmación de la vía *culturalista* del marxismo historiográfico, que prestaba mayor atención a los aspectos intelectuales, y cuyos exponentes serían el mismo Thompson, Hobsbawm y algunos historiadores italianos de la siguiente generación, en oposición a la vía *estructuralista*, más preocupada por los estados de transición de las grandes etapas históricas, como se pone de manifiesto en los trabajos de Dobbs y después Guy Bois, Robert Brenner e Immanuel Wallerstein. La proyección culturalista del marxismo ha dado lugar, por otra parte, a un debate muy actual, centrado en el concepto de *agency*, que era el término utilizado por la historiografía marxista inglesa para designar la participación activa de las clases bajas en su resistencia frente a las dominantes y que en la actualidad ha visto ampliado considerablemente su significado teórico.

Thompson

Todos estos historiadores llevan a cabo una tarea basada en una extensa base empírica cubierta de una gruesa capa teórica, que

hace aumentar su solidez. La escuela británica marxista de las décadas de los cincuenta y los sesenta es, verdaderamente, muy heterogénea. Sin embargo, se puede considerar como la aplicación más eficaz de los postulados del materialismo histórico en la historiografía. No podía ser de otra manera, habida cuenta de que estos historiadores estuvieron preocupados fundamentalmente por el desarrollo de la sociedad industrial, que es el periodo en que mejor se pueden aplicar los postulados marxistas, generados precisamente en ese contexto histórico. Esto demuestra que las tesis del materialismo histórico difícilmente pueden ser aplicadas a otras épocas y circunstancias diferentes de las que vieron su nacimiento.

1960: transformación interna

El materialismo histórico sufrió una profunda transformación a principios de la década de los sesenta, lo que se pone de manifiesto con el cambio de subtítulo de la revista programática del grupo de historiadores marxistas británicos: *Past and Present* pasó a subtitularse *A Journal of Historical Studies*, que sustituía al anterior *A Journal of Scientific History*. La ingenua pero eficaz aplicación de las categorías científicas a la disciplina histórica quedaba así descartada. Poco más adelante, los mismos historiadores marxistas –entre los que destacan Edward P. Thompson, Eric Hobsbawm y Pierre Vilar– parecían haber abandonado gran parte de los dogmas básicos de los historiadores marxistas de los treinta, ocupándose de temas como la política, la religión, la tradición, el Estado o las ideologías, considerados al principio como espurios.

1970: época de transición

El materialismo histórico pretendió dar una explicación cerrada y totalizante del mundo y de la historia, utilizando un lenguaje científico. Todos sus historiadores tenían en común una gran confianza en la objetividad del conocimiento histórico, lo que contrasta radicalmente con la desestructuración que se produjo en el pensamiento histórico a partir de la década de los setenta con la irrupción de las tendencias posmodernas relacionadas de uno u otro modo con el giro lingüístico. Este cambio de circunstancias trajo consigo un cambio que fue más allá de la renovación temática preconizada por los componentes de la tercera generación de los *Annales*, al adentrarse en el campo de la metodología y la epistemología. Se impuso el reconocimiento de que no hay un aspecto determinante o hegemónico en el devenir histórico –lo geográfico, lo económico, lo social, lo demográfico–, sino un flujo recíproco extraordinariamente complejo entre todos ellos. La población, el clima, la economía, la estructura social constituirían un término de la ecuación, pero los valores, la memoria, la tradición, las ideas, la política, las costumbres, la cultura formarían parte del otro término, no menos importante. Se buscó también un reencuentro con la libertad perdida entre las estructuras y las rígidas clases sociales. Se empezó a reflexionar sobre la voluntad

del grupo, del individuo, que pasaron a ser agentes causales de las mutaciones históricas tan importantes como las fuerzas impersonales de la producción material o el crecimiento demográfico.

También fueron razones de tipo específicamente historiográfico las que motivaron este cambio de sensibilidad en el ejercicio de la disciplina histórica. Por un lado, el marxismo se hallaba, a finales de la década de los setenta, en una difícil tesitura. Se habían dejado de publicar obras clásicas, porque las que aparecían ahora habían perdido el encanto original del que, dentro de sus excesivas esquematizaciones teóricas, habían gozado los pioneros trabajos de Hobsbawm o Thompson. Ese desaliento epistemológico estuvo también acompañado por algunos acontecimientos históricos que denotaban un debilitamiento de las consecuciones políticas del comunismo, tanto en Europa occidental –crisis incipientes de los partidos comunistas italiano y francés– como en Europa del Este –estallido de la contestación polaca– y hasta en Asia –invasión fracasada de Afganistán–. Las mutaciones de los modelos historiográficos en este periodo se pueden resumir en una progresiva pérdida del peso de la ideología en la historia, en favor del pragmatismo exclusivamente científico y académico.

Edward P. Thompson

Edward P. Thompson (1924-1993) fue, junto a su contemporáneo Eric Hobsbawm (1917-2012), uno de los grandes historiadores marxistas de nuestro tiempo. Ninguno de los dos era marxista ortodoxo, pero sus corazones pertenecían a la izquierda progresista y, en ciertas épocas de sus vidas, fueron miembros del pequeño Partido Comunista británico (y de su Grupo de Historiadores). Ambos procedían de la clase media (Thompson era hijo de un misionero metodista que trabajaba en la India y simpatizaba con el movimiento independentista hindú), pero Thompson se identificaba con los trabajadores y Hobsbawm con los bandidos y forajidos. Thompson, orador apasionado, era famoso por sus intensos amores y sus acendrados odios; una pasión que volcaba en la historia. En cambio, lo que caracterizaba a Hobsbawm, era su gran capacidad

«Al seleccionar estos temas me he dado cuenta de que, a veces, mis opiniones o enfoques iban en contra de las ortodoxias imperantes. Hay, por ejemplo, la ortodoxia [...] del "pilgrim's progress", para el cual el periodo en cuestión sólo interesa en la medida en que es posible encontrar en él, a toda costa, pioneros y adelantados del estado del bienestar, progenitores de una *Commonwealth* socialista o (más recientemente) los primeros ejemplos de unas relaciones industriales racionales. [...] Mi oposición [a esta interpretación] se refiere a que efectúa su lectura de la historia a la luz de una problemática posterior y no a la luz de los hechos tal como ocurrieron. Sólo recoge lo que ha triunfado (en el sentido de aquellas aspiraciones que anticiparon desarrollos posteriores). Las causas perdidas, los caminos muertos y los mismos vencidos son olvidados. Me propongo rescatar al humilde tejedor de medias y calcetines, al jornalero luddita, al obrero de los más anticuados telares, al artesano utopista y hasta al frustrado seguidor de Joanna Southcott, rescatarlos de una posteridad excesivamente condescendiente. Acaso sus oficios y tradiciones estaban destinados a desaparecer irremediablemente. También es posible que su hostilidad hacia el nuevo industrialismo fuese una actitud atrasada y retrógrada; sus ideales humanitarios, puras fantasías, y sus conspiraciones revolucionarias, pretensiones infantiles. Pero ellos vivieron aquellos tiempos de agudo trastorno social, nosotros no. Sus aspiraciones fueron válidas a la luz de su propia experiencia. Realmente, cayeron víctimas de la historia, pero, ya condenados en vida, aún permanecen como víctimas.»

La formación histórica de la clase obrera. Inglaterra: 1780-1832, 1963, prefacio

de distanciamiento. Hobsbawm adoptaba un punto de vista europeísta, mientras que Thompson era muy inglés. Hobsbawm era un teórico y Thompson, a pesar de su apego a Marx, solía estar en contra de la teoría, sobre todo de la francesa.

El libro al que pertenece la cita elegida marca los inicios del movimiento inglés que defendía la «historia desde abajo» («history from below») y abarcaba no sólo la historia de la gente corriente como agente histórico, sino también la narrada desde el punto de vista de la gente común. Su elocuente prefacio era todo un manifiesto a favor de la historia del pueblo, que contenía explícitos ataques que apuntaban a diversos objetivos: a los sociólogos que creían que «clase» era una cosa, no un proceso; a los historiadores conservadores que equiparaban al pueblo con el «populacho» ignorante, y a los historiadores *whig* que buscaban precursores de tendencias posteriores, en un planteamiento excesivamente presentista (curiosamente, los historiadores posteriores criticaron a Thompson por hablar de la «formación» de la clase trabajadora con unos cincuenta años de adelanto).

ESQUEMA

Historiografía siglo XX

- Evolución de la historiografía desde 1900 a 1970 aproximadamente.
- Diálogo interdisciplinar de la historia con la sociología, la economía, la geografía, la antropología y la lingüística.
- Las dos tendencias más importantes: la escuela de los *Annales* y el marxismo.
- Los *Annales* se divulgaron primordialmente en el mundo francófono y el marxismo en el anglosajón.

1. La época de entreguerras: la reacción frente al positivismo

- Los historicistas de entreguerras: Croce, Collingwood y Ortega.
- La objetividad histórica cuestionada y el despegue de la historiografía norteamericana: Becker y Beard.
- El organicismo histórico y las grandes interpretaciones de la historia: Spengler y Toynbee.
- Sociología e historia: Durkheim y Weber.
- Ideas, ideologías, conceptos: Lovejoy, Pocock, Skinner, Koselleck.
- La historia de la ciencia: Kuhn y la evolución de los paradigmas.
- La historia del arte: Mâle, Gombrich.

2. La escuela de los *Annales*: la evolución en generaciones

- La fundación de la escuela.
  - Lucien Febvre y el modernismo.
  - Marc Bloch y el medievalismo.
- La segunda generación.
  - Braudel y el estructuralismo histórico.
  - Las monografías del modelo geográfico-demográfico.
  - Labrousse y la historia económica.
- La tercera generación: la historia de las mentalidades.
  - El medievalismo: Duby, Le Goff.
  - El modernismo: Le Roy Ladurie, Chartier.
  - El contemporaneísmo: Vovelle.
- ¿Una cuarta generación? El futuro incierto de los *Annales*.

3. El materialismo histórico

- Los fundamentos teóricos: marxismo e historia.
- La expansión internacional del materialismo histórico.
- La escuela marxista británica de la posguerra: Thompson y Hobsbawm.
- La historia como compromiso.

SELECCIÓN BIBLIOGRÁFICA

No disponemos de una visión general del periodo, pero sí de excelentes trabajos sobre los temas claves analizados en este capítulo. Sobre el historicismo de entreguerras, Stuart Hughes, *Consciousness and society: the reorientation of European social thought, 1890-1930* (Frogmore, 1974) y Leonard Krieger, *Time's reason: philosophies of history old and new* (Chicago, 1989).

Sobre la evolución de la historiografía norteamericana y, concretamente, sobre el tema de la objetividad histórica cuestionada, Peter Novick, *That noble dream: the «objectivity question» and the American historical profession* (Cambridge, 1988).

Sobre el organicismo histórico y las grandes interpretaciones de la historia de entreguerras y la posguerra sigue siendo un referente el artículo de Johan Huizinga, «Two Wrestlers with the Angel», en su *Dutch Civilization in the Seventeenth Century and Other Essays* (Nueva York, 1968).

Sobre las relaciones entre la sociología y la historia, sobre todo durante los dos primeros tercios del siglo XX, destacan Peter Burke, *Historia y teoría social* (Buenos Aires, 2005) y Robert Leroux, *Histoire et sociologie en France. De l'histoire-science à la sociologie durkheimienne* (París, 1998).

Sobre la historia de las ideas y de los conceptos son claves los trabajos de Reinhart Koselleck, *The practice of conceptual history: timing history, spacing concepts* (Stanford, 2002); también el libro editado por Faustino Oncina Coves, *Teorías y prácticas de la historia conceptual* (Madrid, 2009), y también el editado por James Tully, *Meaning and context: Quentin Skinner and his critics* (Cambridge, 1988).

Una buena síntesis sobre el estado de la subdisciplina de la historia de la ciencia en Joseph Agassi, *Science and its history: a reassessment of the historiography of science* (Dordrecht, 2008); sobre la historia del arte, Donald Preziosi (ed.), *The art of art history: a critical anthology* (Oxford, 2009).

Hay disponibles algunos estudios globales sobre la evolución de la escuela de los *Annales*: Peter Burke, *La revolución historiográfica francesa: «la escuela» de los* Annales *1929-1989* (Barcelona, 1994); los cuatro documentados volúmenes editados por Stuart Clark, *The Annales School* (Londres, 1999), y el autorizado trabajo de André Burguière, *L'école des annales: une histoire intellectuelle* (París, 2006). Sobre la escuela francesa, y por tanto también en buena medida sobre la escuela de los *Annales*, es también útil acudir al bello libro de Philippe Carrard, *Poetics of the New History. French Historical Discourse form Braudel to Chartier* (Baltimore, 1992).

Sobre el marxismo como soporte teórico del materialismo histórico, S. H. Rigby, *Marxism and history: a critical introduction* (Manchester, 1998), y William H. Shaw, *Marx's theory of history* (Stanford, 1978); sobre la evolución de la escuela marxista, Harvey J. Kaye, *Los historiadores marxistas británicos: un análisis introductorio* (Zaragoza, 1989).

8
Las tendencias recientes: del giro lingüístico a las historias alternativas

(Jaume Aurell y Peter Burke)

Este capítulo está dedicado al análisis de las tendencias historiográficas, las metodologías y las temáticas dominantes en las últimas cuatro décadas, desde la ruptura posmoderna de la década de los setenta a las historias alternativas y, todavía más recientemente, las que tratan de integrar lo que el posmodernismo desmembró a través de un planteamiento integrador. El capítulo está dividido en tres apartados. En el primero, se describen las características fundamentales de la ruptura que supuso el posmodernismo en las humanidades y las ciencias sociales, con la irrupción de los giros antropológicos y lingüísticos. En el segundo, se analiza el desarrollo de las llamadas historias alternativas, que fueron apareciendo en la década de los ochenta y se han ido afianzando progresivamente, como la nueva historia cultural, la microhistoria, la historia de género o las historias subalternas y poscoloniales. La sección final trata de los movimientos que han surgido de la fragmentación a la síntesis vía historia del medio ambiente, historia mundial e historia comparativa.

EL POSMODERNISMO Y LA CRISIS DE LA HISTORIA

La década de los setenta fue un periodo esencial para el desarrollo de la historiografía, porque allí cuajaron todos los movimientos que se habían incoado con el nuevo contexto de la «revolución cultural» y se produjo la ruptura posmoderna (Marwick, 1998; Jameson, 1998). Como consecuencia, los paradigmas dominantes desde la Segunda Guerra Mundial (cuantitativismo, marxismo y estructuralismo) fueron barridos en muy pocos años de la esfera historiográfica, siendo sustituidos por otras tendencias y metodologías más acordes con los nuevos tiempos y los nuevos valores dominantes en la sociedad. Las nuevas tendencias enfatizaron el lenguaje sobre la propia realidad histórica; los fenómenos culturales sobre las estructuras sociales y económicas, y la nego-

ciación con la antropología sobre la economía, la sociología y la demografía. Pero la historia tuvo que pagar un alto precio por este viraje tan radical: la llamada «crisis de la historia», que afectó a la disciplina en torno a la década de los ochenta, y que también está analizada al final de este apartado.

La ruptura posmoderna

El posmodernismo abandona el pensamiento único de la modernidad y el progreso y considera la historia desde un punto de vista poliédrico, con la intención de liberarla de los tradicionales moldes académicos o metodológicos, que habían confiado en la viabilidad de una historia asimilada a los métodos científicos y experimentales. Lo más complejo de este movimiento es, probablemente, su propia definición, porque el posmodernismo es un conjunto de epistemologías y metodologías, más que una sola corriente intelectual.

Fundamentos intelectuales

Existe una genealogía del posmodernismo anterior a la década de los ochenta, pero sus orígenes se sitúan en la revolución cultural de finales de la década de los sesenta, en su voluntad de utilizar los textos como productos de unas ideologías en servicio del nuevo orden que se pretendía establecer. Entre las tendencias posmodernas que influyeron directamente en la historiografía, cabría destacar el postestructuralismo de Foucault, el deconstruccionismo de Derrida, la nueva hermenéutica de Paul Ricoeur y Michel de Certeau, y las derivaciones del giro lingüístico. Todas ellas han influido, indudablemente, en el modo de concebir y de *escribir* la historia (Taylor y Winquist, 2001; Breisach, 2003).

Dos diagnósticos

El concepto de posmodernidad empezó a difundirse en 1979, con la publicación del libro de Jean-François Lyotard, *La condición posmoderna,* donde su autor anunciaba el fin de los metarrelatos o las grandes interpretaciones generales como el marxismo, el cristianismo o la idea del progreso. Significativamente, en el mismo 1979, Lawrence Stone publicaba su diagnóstico sobre el estado de la historiografía de aquel momento, donde empezaba describiendo lo que él denominaba la caída de los grandes paradigmas, en referencia especialmente al marxismo, la escuela de los *Annales* y la cliometría (Stone,1979).

Nuevos postulados

Como ha sucedido en tantas otras ocasiones, la implantación del posmodernismo en la historiografía también se concretó a través de un intento de superación y reacción respecto a corrientes anteriores, empezando por la desacreditación de la historia socioeconómica, hegemónica hasta la década de los setenta. La crítica posmoderna a la historia social y económica no se quedaba

en el recambio formal y temático que representaba la historia de las mentalidades. Los posmodernos proponían un cambio mucho más radical, cuyas aplicaciones trascendían el ámbito intelectual para llegar también al vivencial, en un explícito rechazo de las teorías de la ilustración (Iggers, 1998). El problema se planteaba en toda su crudeza cuando estas posuras radicales degeneraban en un escepticismo paralizante o en un relativismo con un fin incierto. Otra de las manifestaciones más específicas del posmodernismo historiográfico es que sus referentes teóricos no procedían de la disciplina histórica y eran fundamentalmente filósofos, antropólogos y críticos literarios de tradición francesa: Jean-François Lyotard (1924-1998), Jean Baudrillard (1929-2007), Roland Barthes (1915-1980), Michel Foucault (1926-1984), Jacques Derrida (1930-2004), Julia Kristeva (1941-), Gilles Deleuze (1925-1995), Michel de Certeau (1925-1986) y Paul Ricoeur (1913-2005). Las excepciones más representativas, tanto por su procedencia anglosajona como por considerarse historiadores de profesión, son las de Hayden White (1928-), Dominick LaCapra y Robert Rosenstone, cuyos postulados epistemológicos también influyeron en estas tendencias.

Referentes intelectuales

El tendón de Aquiles del posmodernismo historiográfico es, sin duda, la falta de referentes en la práctica. En este sentido, el posmodernismo está presente como una actitud teórica ante la obra y el conocimiento históricos, pero no como una verdadera y propia corriente historiográfica. La crítica más contundente que se le puede hacer al posmodernismo historiográfico es que, durante los varios decenios desde que fue formulada su existencia, no ha sido capaz de dar una obra histórica diseñada siguiendo sus métodos y postulados, quizá con la única excepción de la *Metahistoria* de Hayden White (White, 1973). Por el contrario, el mayor activo que el posmodernismo aporta al historiador es que sus principios le sirven para corregir errores de visión, aumentar el rigor en el análisis, mejorar la contextualización de los textos y acrecentar la conciencia de que los condicionamientos personales pueden afectar a la objetividad de su interpretación.

Fortalezas y debilidades

Con todo, es indudable que, para bien y para mal, el posmodernismo ha afectado profundamente a la historiografía durante la época de entresiglos, y sólo muy recientemente está perdiendo su vigor. Georg G. Iggers, uno de los mejores conocedores de la evolución de la historiografía occidental de los siglos XIX y XX, eligió como subtítulo de una de sus obras de referencia el significativo «de la objetividad científica al reto posmoderno». Como suele suceder, el grueso de los trabajos históricos se sigue fundamentado, en la actualidad, en unos parámetros tradicionales, pero esa arista cortante de la innovación historiográfica ha puesto en tela de jui-

cio los presupuestos en los que se basaba la ciencia histórica desde su fundación como disciplina científica en el siglo XIX.

Diálogos disciplinares

En este nuevo contexto intelectual, una de las aplicaciones fundamentales en las ciencias sociales fue el descubrimiento de la primacía del lenguaje, de los códigos y de los símbolos. La década de los setenta fue, al igual que lo había sido la de los veinte, una época de intenso diálogo interdisciplinar en el seno de las ciencias sociales. Se tendieron puentes, sobre todo, entre la historia, la antropología y la lingüística. Se puso el énfasis en el discurso, más que en la estructura. Es entonces cuando se comienza a hablar del postestructuralismo, con nombres asociados a él como Barthes, Foucault, Deleuze y Derrida. En el campo más estrictamente historiográfico, la generación de historiadores de este decenio reaccionó frente a la historia económica y social, reivindicando el papel de la cultura, en unos planteamientos claramente influidos por la antropología.

Evolución por países

Si la historiografía norteamericana fue quien más rápidamente se adaptó a las nuevas tendencias, en Gran Bretaña el cambio se verificaría por una transformación en los intereses de investigación, como se pone de manifiesto en el «giro culturalista» de Edward P. Thompson, cuyos estudios se centraron a partir de entonces en los aspectos culturales e intelectuales. En Francia este viraje se materializaría en el acceso al poder académico de la tercera generación de los *Annales* (véase p. 264). En la siempre inquieta historiografía italiana, el cambio daría como consecuencia la emergencia de la «microhistoria», que es analizada más adelante. Todos estos frentes de renovación pueden ser sintetizados en la consolidación de dos «giros disciplinares», el antropológico y el lingüístico.

El giro antropológico y estructuralista

En efecto, la historiografía dirigió su mirada, a partir de la década de los sesenta, hacia la antropología, de la que pronto asumió muchos de sus postulados y aportaciones metodológicas y preferencias temáticas. En primer lugar, hay que distinguir claramente dos sentidos del término «antropología», que responden a la doble vertiente de esta disciplina: la teórica y la inductiva. La primera, más relacionada con la filosofía, tiene una vertiente más especulativa y sus practicantes no son propiamente «profesionales de la antropología», sino más bien intelectuales que usan sus postulados teóricos para desarrollar sus escritos. Este sería el caso de Jacques Lacan, Michel Foucault y Georges Dumézil. La segunda vertiente de la antropología es la más específica y propia de la disciplina, y está relacionada con su profesionalización, conseguida a lo largo del siglo XX. Uno de sus fundadores sería Claude

Lévi-Strauss y cabría destacar también a E. E. Evans-Pritchard, Victor Turner y Clifford Geertz.

Giro antropológico

En todo caso, practicantes de una y otra dimensión antropológica empezaron a influir notablemente en la disciplina histórica. Este cambio de orientación, que algunos han denominado «giro antropológico de la historia», tuvo unos referentes intelectuales bien localizados: en un primer momento, la antropología estructural de Claude Lévi-Strauss (1908-2009); después, la de algunos filósofos relacionados con el psicoanálisis, como Jacques Lacan (1901-1981), y la antropología postestructural de Georges Dumézil (1898-1986) y, sobre todo, de Michel Foucault (1926-1984). Por fin, cabe destacar la tendencia más reciente de la antropología simbólica, abanderada por el norteamericano Clifford Geertz (Geertz, 1973), que ha influido en todo el renovado campo de la nueva historia cultural y política. También han proliferado los trabajos de la crítica literaria más emparentada con la antropología, sobre todo la que se dedica al estudio de los mitos literarios, entre los que cabe destacar a Northrop Frye (1912-1991). De este contexto se han beneficiado también algunos autores más teóricos, como Hayden White y Paul Ricoeur, así como la recuperación de las obras del formalista ruso Mikhail Bakhtin (1895-1975), a través de su concepto *dialogic imagination*, que tanta influencia posterior ha tenido.

Frye

Bakhtin

Foucault

De entre todos ellos, cabe destacar a la figura poliédrica de Foucault, uno de esos intelectuales que son tan difíciles de clasificar pero que al mismo tiempo basan buena parte de su eficacia en esa misma borrosidad disciplinar. Michel Foucault consiguió aglutinar en torno a su obra buena parte de los valores que la revolución de 1968 había puesto sobre el tapete: la crítica al poder y al saber establecido, la denuncia de los mecanismos ocultos de dominación y un hábil manejo del nuevo lenguaje filosófico-semiótico (Dreyfus y Rabinow, 1982). Sus obras más influyentes fueron *Historia de la locura* (1961), *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas* (1966) y *Vigilar y castigar: el nacimiento de la prisión* (1975). La recepción de Foucault en la historia vino de la mano de algunos teorizadores como Paul Veyne. En su influyente ensayo *Cómo se escribe la historia* (1978), dedicó un apartado a la función *revolucionaria* del antropólogo francés en la disciplina histórica. Al mismo tiempo, Foucault ha recibido duras críticas por su lenguaje abstracto y generalizador, que le hacía impenetrable a la crítica. Pero nadie puede negar su papel intermediario entre la antropología, la lingüística y la historia (Dosse, 1991-1992).

Modernismo

Todo este influjo de la antropología se materializó en la transformación de muchos estudios históricos durante las décadas de los setenta y los ochenta, cuando un grupo de historiadores, sobre

todo provenientes del altomodernismo, entre los que cabe destacar a Natalie Z. Davis, Carlo Ginzburg, Peter Burke, Robert Darnton y Simon Schama, realizaron un serio esfuerzo por renovar las temáticas y las metodologías, en clara sintonía con las aportaciones de la nueva antropología, acometiendo una serie de estudios sobre la vida ritual en las sociedades de la Edad Moderna, la cultura popular, las fiestas, las ceremonias, los cultos populares. En los departamentos de historia de las universidades –particularmente en las norteamericanas, y singularmente, por el enorme influjo que tuvieron las ideas que se generaron en sus seminarios, especialmente el de la Universidad de Princeton– debatieron conjuntamente historiadores y antropólogos, dando lugar a una fructífera negociación disciplinar.

Medievalismo

De este modo, los estudios de etnografía quedaban definitivamente incorporados al mundo historiográfico. A los estudios de la primera Edad Moderna se les unió poco después un buen grupo de monografías dedicadas a la época medieval. En América destacaron los estudios hagiográficos de Peter Brown sobre la época paleocristiana y de Patrick Geary sobre la devoción de las reliquias en la Alta Edad Media. En el viejo continente fueron iniciativas importantes las obras impulsadas por Jacques Le Goff y Jean-Claude Schmitt desde la prestigiosa plataforma institucional que representa la École des Hautes Études en Sciences Sociales. Le Goff dirigía la obra colectiva *La nueva historia* (1978) junto a Roger Chartier y Jacques Revel: los postulados de la llamada tercera generación de los *Annales* quedaban más claramente expuestos y se emparentaban más estrechamente con las otras ciencias sociales como la antropología y la lingüística.

Antropología simbólica

Geertz

A partir de la década de los ochenta, este maridaje entre la historia y la antropología se enriqueció por las metodologías y enfoques provenientes de la antropología simbólica, cuyos máximos representantes han sido Clifford Geertz (1926-2006) y Victor Turner (1920-1983). Uno de los volúmenes más representativos de esta renovada concepción de la teología política es una obra colectiva sobre los ritos del poder en la Edad Media y la modernidad (Wilentz, 1983). En esta obra se acometen temáticas como las formas simbólicas del poder, los rituales y las ceremonias de los monarcas, la transmisión de la memoria a través de los discursos históricos, los límites del poder, la dimensión sacra de las monarquías, las imágenes y símbolos, la función de las cortes como agentes de una cultura específica de las diferentes monarquías, las manifestaciones carismáticas de los reyes y, por fin, la cuestión de la *centralidad* de las monarquías respecto a los otros centros de poder en las sociedades tradicionales. La antropología simbólica, tal como era representada en las décadas de los setenta

y los ochenta por Clifford Geertz, Mary Douglas (1921-2007) y Marshall Sahlins (1930-), se convierte cada vez más en modelo para la investigación histórica (Sahlins, 1985).

El giro lingüístico

Paralelamente a ese enriquecimiento mutuo entre historia y antropología, la disciplina histórica asimiló también algunas de las nuevas propuestas teóricas que provenían del campo de la lingüística. A finales de la década de los sesenta y durante la de los setenta, se produce una triple relación entre historia, lingüística y antropología cultural, desde el momento en que Claude Lévi-Strauss consiguió un prematuro uso de los modelos lingüísticos en la interpretación de los procesos sociales. A partir de Lévi-Strauss, las derivaciones de la sociolingüística aplicada a la historia se multiplican. El influjo del giro lingüístico en la historiografía se concreta en un severo cuestionamiento de la creencia tradicional de que una investigación histórica racional nos permite llegar a un conocimiento auténtico del pasado. Algunos historiadores franceses y norteamericanos fueron quienes lideraron este cuestionamiento, particularmente Roland Barthes y Hayden White (Barthes, 1967, pp. 65-75; White, 1973). Este punto de inflexión tenía unos claros precedentes. Uno de los textos fundadores de esta corriente es el *Curso de lingüística general*, del lingüista suizo Ferdinand de Saussure, publicado póstumamente en 1916. Allí se afirmaba que el lenguaje forma un sistema autónomo cerrado en sí mismo, el cual posee una estructura. Así, llegó a afirmarse que el lenguaje no es un medio para comunicar sentido o unidades de sentido, sino a la inversa: el sentido es una función del lenguaje. El hombre no se sirve del lenguaje para transmitir sus pensamientos, sino que lo que el hombre piensa está condicionado por el lenguaje.

Saussure

El debate en Francia se ha actualizado con Jacques Derrida, cuyos referentes intelectuales se remontan hasta Roland Barthes. La contextualización deja entonces de tener relevancia, y ganan en importancia los planteamientos formalistas, porque se quiebran los nexos de referencialidad entre el texto y el contexto. Incluso se llega a separar, en los planteamientos abstractos de Michel Foucault, el texto de su creador, porque se niega la intencionalidad humana como elemento creador de sentido. Si en Saussure todavía existía la relación entre el signo, la palabra (el significante) y la cosa a la que ese signo hacía referencia (el significado), esa unidad se pierde con Derrida, por lo que el lenguaje deja de ser incluso un sistema referencial.

Barthes y Derrida

Rorty

El «giro lingüístico» –*linguistic turn*– es una expresión acuñada por Gustav Bergman en 1964 y hecha célebre por la colección de ensayos editados por Richard Rorty en 1967. Aunque se trataba de un movimiento de raíz filosófica, pronto influyó en la disciplina histórica. En su aplicación más estricta, la historia pasaba a ser una red lingüística proyectada hacia el pasado. Las palabras de Hans-Georg Gadamer (1900-2002) en su clásico *Verdad y método* (1960) habían sido proféticas, al proponer la naturaleza de la historia como la recopilación de la obra del espíritu humano, escrita en lenguajes del pasado, cuyo texto hemos de entender. En la ecuación *historicidad del texto* y *textualidad de la historia*, los postulados del giro lingüístico hacían pivotar inequívocamente el resultado hacia el segundo término; o, dicho de otro modo, el significante se imponía al significado. La siguiente cuestión planteada, en cierto modo demoledora, parece obvia: ¿hasta qué punto existe referencialidad en ese texto?

Gadamer

Relativismo

El giro lingüístico ha dado como consecuencia una acusada tendencia al relativismo, que planea actualmente sobre el entero campo de la historiografía actual, como han puesto de manifiesto los planteamientos teóricos de White, LaCapra, Rosenstone, así como del filósofo holandés Frank Ankersmit (LaCapra, 1985). Este debate, aparentemente reducido al ámbito académico de la disciplina histórica, se extendió también al entero ámbito de las ciencias sociales. La creencia en la objetividad histórica («that noble dream», como hemos visto) constituía a su vez el fundamento de las estructuras de poder, idea que aparece explícitamente expresada en los escritos de Foucault y Derrida, y, con anterioridad, en los de Nietzsche y Heidegger. Buena parte de la historiografía feminista y de las mujeres, liderada por Joan Scott, se ha basado, por ejemplo, en esta idea, para iniciar la deconstrucción de un mundo que se ha caracterizado por el dominio masculino desde sus orígenes.

Ankersmit

Discurso histórico

Si son las palabras las que realmente cuentan en la narración histórica, el modo de organizar esos signos pasa a ocupar un lugar privilegiado en la construcción de la obra histórica. Por este motivo, en los debates teóricos actuales se habla cada vez con mayor frecuencia del discurso como forma de comunicación y como forma de organización del trabajo histórico. Sin embargo, no es menos cierto que el mismo concepto de *discurso* tiene muchas acepciones diferentes, como se pone de manifiesto en las diferentes reflexiones narratológicas de los franceses Paul Ricoeur, Michel de Certeau y Michel Foucault, o en el «análisis del discurso» entre los lingüistas anglófonos. En todo caso, el discurso narrativo, recelado hasta la década de los setenta en la historiografía por su aparente incompatibilidad con el rigor del lenguaje científico, ha pasado a ser considerado el entramado fundamental de la obra histórica.

Certeau y Ricoeur

Retorno al relato histórico

Sin embargo, a pesar de esta evidente deriva relativista, el giro lingüístico ha tenido también consecuencias muy beneficiosas para la historiografía. Quizá la más importante sea el perfeccionamiento de las técnicas del relato y la narración histórica, que ha supuesto un aumento considerable de la divulgación de algunas de esas obras. En efecto, parecen evidentes los beneficios que comporta esta tendencia, porque probablemente, sin esta nueva preocupación por la *forma* de la narración, no hubieran sido creados relatos tan sugerentes como el *Domingo de Bouvines* de Georges Duby (1973), el *Martin Guerre* de Natalie Z. Davis (1982) o el *Menocchio* de Carlo Ginzburg (1976). Al mismo tiempo, el retorno al relato ha facilitado también la recuperación de algunos viejos temas de investigación, dotándolos de una metodología y de una forma renovada, como es el caso de la nueva historia política, la historia de la religiosidad o la historia social del lenguaje, que son analizados detalladamente más adelante.

La tercera vía

Ha habido también una corriente de «tercera vía», que ha intentado aplicar el giro lingüístico a la historia pero sin caer en sus efectos más relativizantes. Estos historiadores parten de la convicción de la función esencial del lenguaje en la recuperación del pasado y la beneficiosa función del giro lingüístico, que ha alertado a los historiadores a no deslumbrarse por una aproximación excesivamente «científica» del pasado. Pero, al mismo tiempo, se muestran muy recelosos de los efectos demoledores que una postura excesivamente radical y relativista produce en la disciplina histórica. Los análisis de historiografía medieval de Gabrielle Spiegel y Nancy Partner son típicos de esta postura intermedia, así como las narraciones de Natalie Z. Davis.

La crisis de la historia

Los dos giros historiográficos analizados representaron un cambio de orientación historiográfico tan profundo que provocaron, a principios de la década de los ochenta, fuertes turbulencias en el seno de la disciplina histórica. Lo que vulgarmente se denominó en aquellos años como la *crisis* de la historia tiene su fundamento en las repercusiones que había tenido la pérdida de la seguridad que, dentro de sus limitaciones, proporcionaban los perdidos modelos asociados a los postulados cientifistas del historicismo clásico decimonónico y a los paradigmas de posguerra. A pesar de una cierta revitalización con algunas renovaciones *desde dentro* como los *Workshops* de Raphael Samuel y los *Cultural Studies* de Raymond Williams, la crisis del materialismo histórico era evidente, como lo era la de los anacrónicos regímenes todavía sustentados por la ideología marxista.

Declive de las escuelas nacionales

Al mismo tiempo, las transformaciones de la década de los setenta habían desencadenado también la desaparición definitiva de las llamadas escuelas o tradiciones nacionales. Si la tradición alemana había llevado la voz cantante en el siglo XIX con el historicismo y la tradición francesa podía enorgullecerse de haber generado en su seno la escuela más influyente desde el punto de vista estrictamente historiográfico del siglo XX, había ahora un hueco hegemónico por llenar que, sencillamente, no fue ocupado por nadie. Los procesos de globalización, que fueron afectando paulatinamente a todas las esferas de la realidad, se experimentaron también en la disciplina histórica. Quizá por este motivo, es la integradora y ecléctica tradición historiográfica norteamericana la que lleva hoy la voz cantante.

Las nuevas historias

Caídos definitivamente en desuso los modelos del paradigma de posguerra, iniciada la experimentación con la historia narrativa, desaparecidas prácticamente las tradiciones nacionales hegemónicas, ¿qué pasó con la historiografía durante las décadas de los ochenta y los noventa? La historia ha buscado, desde entonces, una especie de tercera vía, que pretendía una síntesis entre el viraje cultural de la historia de las mentalidades y el viraje lingüístico de la nueva historia narrativa. Esta tercera vía se concretó, no sin dificultades, en algunos ámbitos de estudio –más que en unas tendencias determinadas– que están presentes en la actualidad, de uno u otro modo, en el panorama historiográfico, como la microhistoria, la nueva historia política, la nueva historia cultural, la historia social del lenguaje o la historia religiosa.

Manifestaciones de la crisis

Pero antes de que esas nuevas tendencias se asentaran definitivamente, la historia tuvo que pasar un doloroso periodo de turbulencias durante este periodo. Puestos en duda los mismos fundamentos de la disciplina, la temida *crisis* se asentó en su seno por un tiempo. La crisis de la disciplina histórica tiene dos raíces: por un lado, la «amenaza» del relativismo, que puso en duda la posibilidad del conocimiento histórico objetivo; por otro, la desorientación de la disciplina histórica, que buscaba su lugar en el ámbito de las ciencias sociales tras apostar decididamente por un lenguaje verdaderamente humano, propio de esas ciencias, en lugar del científico, propio de las ciencias experimentales.

La paradoja del método histórico estalló con toda su fuerza a principios de la década de los ochenta. Carlo Ginzburg había declarado poco antes: «Desde Galileo, el enfoque cuantitativo y antiantropocéntrico sobre las ciencias de la naturaleza ha colocado a las ciencias humanas en un desagradable dilema, ya que deben adoptar un criterio científico poco sólido con objeto de ser capaces de obtener resultados significativos o bien adoptar un criterio científico firme que alcance resultados que no tengan gran

importancia» (Ginzburg, 1979, p. 276). La historia de la disciplina histórica es, en parte, una oscilación entre un extremo y otro. Durante la década de los setenta, el desencanto respecto al segundo enfoque –la adopción de un criterio científico firme aun a costa de la pérdida de relevancia de los resultados– trajo consigo un regreso al primero –la adopción de un criterio científico poco sólido con vistas a obtener resultados significativos desde el punto de vista de las ciencias humanas.

Hayden White

Probablemente sea esta una de las claves de la crisis por la que pasó la disciplina histórica. Los ejercicios retóricos y teóricos de los historiadores de las décadas de los setenta y los ochenta pusieron de manifiesto que, dada la imposibilidad de plantearse radicalmente el problema del *contenido* del pasado, había que centrar el debate en la *forma* con que el historiador intenta acceder a ese pasado y lo re-crea a través de una nueva narración. Entre esos trabajos teóricos destacaba *The Content of the Form (El contenido de la forma)* de Hayden White (1989). Desde luego, uno de los logros más significativos de este volumen es su mismo enunciado, cuyo significado más profundo remite a todo el debate acerca de la verdadera naturaleza del conocimiento histórico. White se posicionaba así a favor de los *formalistas*. No habría que preguntarse, por tanto, si es posible un conocimiento histórico objetivo, sino más bien si es legítimo un determinado método que nos lleve a una más o menos aproximada re-lectura de la historia. La realidad histórica es inabarcable, como lo es la misma realidad. Sin embargo, algunos planteamientos menos radicales y más posibilistas –como el de la hermenéutica de Paul Ricoeur– han matizado las posturas más relativistas y han reconocido el valor fundamental del relato como mediador de la realidad histórica, al tiempo que han abogado por la posibilidad de recuperar la realidad histórica a través de sus improntas.

Los microrrelatos

En el fondo de estos planteamientos subyace la realidad de que cada vez le resulta más difícil a la historiografía distinguir lo central de lo excéntrico, lo sustancial de lo accidental. En este sentido, la narración de lo singular debe venir acompañada de los matices que nos permitan descubrir su relación con los aspectos esenciales de la cultura a la que pertenece su contexto. Eso es, al menos, lo que han intentado realizar los experimentos microhistóricos, tan familiarizados con la documentación judicial.

La historia y las ciencias sociales

El otro gran frente de la crisis de la disciplina histórica durante la década de los ochenta fue el del debate entre la historia y las ciencias sociales. Durante la década anterior, la historia había centrado la atención en el resurgimiento de la narrativa, como alternativa a los lenguajes totalizantes y esquemáticos de los modelos asociados al paradigma de posguerra. Esta tendencia reque-

ría el dominio de un lenguaje cercano a las ciencias sociales como la sociología, la antropología, la psicología y la lingüística junto al de la propia historia. En este sentido, en la desorientación de este periodo hay algo de crisis de identidad de la historia respecto a las demás ciencias sociales. El flujo comunicativo con las ciencias sociales fue enormemente enriquecedor para la historia, pero planteó en su seno un serio debate respecto a la verdadera naturaleza de sus objetivos. Si la historia es cada vez más narrativa, pierde estatuto científico. Al mismo tiempo, las propias ciencias sociales, particularmente la sociología y la antropología, experimentaron su propio «giro narrativo» durante estas dos décadas, por lo que la problemática se extendió al campo de las ciencias sociales. Al mismo tiempo, la historia aporta a las ciencias sociales unas notas de absolutización y totalidad, a través de una visión integrada del pasado, que ninguna de ellas es capaz de alcanzar por sí sola. No en vano emergió también durante la década de los ochenta un *giro histórico* en el ámbito de las ciencias sociales, todavía hoy muy presente entre todas esas disciplinas (MacDonald, 1996).

El legado de la crisis de los ochenta

Todos estos son problemas que siguen actualmente planteados, aunque evidentemente la intensidad del debate se ha atemperado ante la resolución de alguno de los problemas epistemológicos que se pusieron de manifiesto con tanta crudeza en aquellos años. Hoy nadie duda de la eficacia del resurgimiento de los métodos narrativos, que se ven como un procedimiento adecuado a través del cual la historia ha conseguido no sólo recuperar la conexión con el lenguaje del pasado, sino también con el lenguaje del presente, haciéndolo más referencial y comprensible. Junto a los evidentes efectos terapéuticos de la narrativización, también cabe destacar la benéfica función que desplegaron las *nuevas* historias a partir de la década de los ochenta.

Hayden White

El historiador norteamericano Hayden White (1928-) es uno de los principales exponentes del giro lingüístico que la disciplina histórica experimentó a partir de la década de los setenta. Su obra *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX* (1973) ha sido una de las más influyentes de los últimos decenios y da una muestra de la fuerza que ha adquirido la misma subdisciplina de la historiografía dentro del panorama general de la disciplina histórica. El libro combina con eficacia la teoría de la historia con la teoría literaria, en su detallada interpretación de las ideas de las figuras más representativas de la historia y la filosofía de la historia en el siglo XIX: Hegel, Marx, Nietzsche y Croce como

referentes teóricos y Michelet, Ranke, Tocqueville y Burckhardt como referentes propiamente historiográficos. White desarrolló estas ideas con más hondura en sus siguientes libros, habitualmente recopilaciones de artículos (*The Content of the Form*, 1987, y *Figural Realism*, 1999), donde sostiene que la escritura de la historia no se diferencia, a nivel formal, de la poesía, del relato ficcional. Si bien el trabajo filológico sobre las fuentes puede establecer los hechos, toda concatenación de ellos para obtener una visión global y coherente es determinada por apreciaciones estéticas, morales y subjetivas, no científicas.

> «Considero la obra histórica como lo que más visiblemente es: una estructura verbal en forma de discurso en prosa narrativa. Las historias (y también las filosofías de la historia) combinan cierta cantidad de "datos", conceptos teóricos para "explicar" esos datos y una estructura narrativa para presentarlos como la representación de conjuntos de acontecimientos que supuestamente ocurrieron en tiempos pasados. Yo sostengo que además tienen un contenido estructural profundo que es en general de naturaleza poética, y lingüística de manera específica, y que sirve como paradigma precríticamente aceptado de lo que debe ser una *interpretación de especie* "histórica". Este paradigma funciona como elemento "metahistórico" en todas las obras históricas de alcance mayor que la monografía o el informe de archivo.»
>
> *Metahistoria*, 1973, prefacio

La narración histórica depende de un nivel más profundo, casi inconsciente e irracional, por el que el historiador realiza un acto específicamente poético. En ese acto mental es donde el historiador *prefigura* el campo histórico y lo constituye como un dominio sobre el que aplica las teorías específicas que utilizará, posteriormente, para explicar «lo que realmente sucedió», según la célebre máxima rankeana. La *poética histórica*, adquirida apriorísticamente y de un modo más o menos reflexivo, es la que condiciona el resultado de la investigación histórica. White basa su concepción de la historia en la prioridad del discurso, la narración y la articulación lingüística por encima de su carácter supuestamente científico.

La obra de White no se puede considerar plenamente «histórica», porque transita entre los parámetros de la filosofía, la lingüística, la semiótica y la propia historia. Sin embargo, su influjo historiográfico ha sido tan grande que se le considera el representante más característico del posmodernismo historiográfico. Al considerar el texto histórico un artefacto literario, que debe ser interpretado por tanto como una obra literaria, ha contribuido a un mayor diálogo entre historiadores y críticos literarios, al utilizar como referentes a autores provenientes de esta última disciplina como Erich Auerbach (1992-1957), Northrop Frye (1912-1991) y Mikhail M. Bakhtin (1895-1975).

Clifford Geertz

Clifford Geertz (1926-2006) fue un antropólogo estadounidense, probablemente el más influyente de su generación. Realizó su trabajo de campo en Indonesia (en Bali y Java) y Marruecos,

«Como toda forma de arte –pues en definitiva de eso nos estamos ocupando–, la riña de gallos hace que la experiencia corriente y cotidiana resulte comprensible al presentarla como actos y objetos despojados de sus consecuencias prácticas y reducidos (o, si se prefiere, elevados) al nivel de las puras apariencias en el que la significación de esos actos y objetos puede estar vigorosamente más articulada y ser más exactamente percibida. [...] Lo que hace es lo que hacen, en el caso de otros pueblos con otros temperamentos y otras convenciones, *El rey Lear* y *Crimen y castigo*; recoge temas –muerte, masculinidad, furor, orgullo, pérdidas, ganancias, azar– y, al ordenarlos en una estructura general, los presenta de una manera tal que pone de relieve una particular visión de la naturaleza esencial de dichos temas. [...] Lo que coloca la riña de gallos en un lugar aparte del curso ordinario de la vida, lo que la eleva por encima de la esfera de las cuestiones prácticas cotidianas y la rodea de una aureola de gran importancia no es, como la sociología funcionalista pretende, el hecho de que la riña refuerce las distinciones de estatus (ese refuerzo en modo alguno es necesario en una sociedad en la que todo acto proclama dichas distinciones), sino el hecho de que la riña suministra un comentario metasocial sobre toda la cuestión de clasificar a los seres humanos en rangos jerárquicos fijos y luego organizar la mayor parte de la existencia colectiva atendiendo a esta clasificación. La función de la riña de gallos, si es lícito llamarla así, es interpretativa: es una lectura de la experiencia de los balineses, un cuento que ellos se cuentan sobre sí mismos».

La interpretación de las culturas, 1973, capítulo 15

y escribió destacadas monografías como *The Religion of Java* (1960), *Observando el Islam* (1968) y *Meaning and Order in Moroccan Society* (1979). También realizó estudios históricos como *The Social History of an Indonesian Town* (1965) y el conocido *Negara: el Estado-teatro en el Bali del siglo XIX* (1980), en el que afirmaba, en contra de lo que era habitual entre los teóricos políticos, que en Bali «el poder estaba al servicio de la pompa» y no la pompa al servicio del poder (al igual que la pelea de gallos, que hemos mencionado en la cita, no altera las relaciones sociales, sino que simplemente es un reflejo de ellas). Sin embargo, Geertz ejerció su mayor influencia, sobre todo en el caso de quienes no eran antropólogos, a través de sus ensayos, de estilo impecable y repletos de alusiones literarias (como en el caso de las referencias a Shakespeare y Dostoievski del pasaje antes citado) y filosóficas. Su obra, *La interpretación de las culturas* (1973) contiene dos magníficos ensayos. En «Densa descripción» («Thick Description») sugería que el auténtico antropólogo debía recurrir a la descripción y la interpretación en vez de al análisis funcional (el enfoque dominante por entonces); en «Juego profundo» («Deep Play») describía e interpretaba las peleas de gallos de Bali y las apuestas que se hacían en ellas.

LA DESCENTRALIZACIÓN Y LAS HISTORIAS ALTERNATIVAS

A mediados de la década de los ochenta, la historiografía parecía sumida en el callejón sin salida a que la había abocado un discurso teórico excesivamente relativista y la pérdida de su lugar en el ámbito de las ciencias sociales. A la desaparición de los grandes referentes dogmáticos que representaban las escuelas del materialismo histórico y los *Annales* y el omnipresente método cuantitativo, se unía la falta de referentes alternativos claros. Las temáticas y las metodologías divergían de tal modo que era difícil tocar suelo firme en el campo de la investigación histórica. La experimentación de las dificultades epistemológicas de la historia y el finiquito

de las escuelas nacionales fueron dos procesos simultáneos, que hicieron aumentar la sensación de orfandad de la disciplina histórica. Sin embargo, por aquellos años se fueron generando, de modo casi imperceptible, unas nuevas tendencias, basadas en una «renovación desde dentro» y una «recuperación renovada» de las corrientes historiográficas más tradicionales. Ellas aportaron, no teorizando, sino historiando, las claves para abrir la cerradura del cuarto oscuro en que se hallaba sumida la disciplina histórica.

Las *nuevas* nuevas historias

Los movimientos de la *nueva* nueva historia hay que situarlos, precisamente, en el contexto de la crisis de la historia y el impacto, ya un poco más consolidado durante aquella década, de los valores del relativismo cultural e historiográfico inherentes al posmodernismo. Lo que es quizá más significativo de todas estas nuevas tendencias es que, contrariamente a las aspiraciones de la *nouvelle histoire* más tradicional, postulan una recuperación del relato y de la narración en la historia, enfatizando la función de los sujetos históricos sobre los objetos. Al mismo tiempo, reactualizan unos temas que eran precisamente los que la *nouvelle histoire* había desechado por espurios y marginales, y utilizan unos documentos que hasta entonces habían sido considerados residuales o complementarios: la historia oral, la evidencia de las imágenes, los vestigios arqueológicos o los documentos inquisitoriales.

Las *nuevas* nuevas historias (la reiteración no es vana, porque se trataba de una renovación posterior a la primera renovación representada por la *nouvelle histoire*) tuvieron sus inmediatos precedentes en las historias cuantitativas de las décadas de los cincuenta y los sesenta, como los trabajos basados en el paciente tratamiento de los votos electorales en Norteamérica (*new political history*) o la construcción de las monografías francesas basadas en la estadística de las demografías, las economías y las mentalidades (*histoire sérielle*). Como alternativa a esos determinismos (económicos del marxismo, geográficos del estructuralismo y demográficos del malthusianismo), las nuevas historias proponen un acercamiento poliédrico a la realidad, basado en un concepto más amplio de cultura. En la década de los ochenta, el historiador norteamericano Michael Kammen (1936-) sugirió la adopción de una noción de cultura en su concepción más antropológica, lo que serviría de base para la reintegración de las diferentes aproximaciones de la historia. Durante las décadas de los ochenta y los noventa, la historia social y la cultural se disolvieron en un solo campo, informando así todos los demás ámbitos de la realidad. Esto posibilitó la recuperación de los temas políticos y religiosos, porque son analizados en su dimensión sociológica y cultural y se consigue así liberarlos de su supuesta marginalidad en el ámbito de la realidad histórica.

Cultura y sociedad

De este modo, las vías más tradicionales de las décadas anteriores, las que habían conseguido sortear el posmodernismo –básicamente, la historia de las mentalidades y la historia social–, tuvieron en la década de los ochenta su continuidad en las *nuevas* historias, en asociación con los postulados menos radicales del posmodernismo. Se verifican así en la historiografía actual los típicos fenómenos de «renovación desde dentro» concretados en el *giro cultural*, que se presentó como una alternativa de tercera vía frente al radicalismo del giro lingüístico. Las manifestaciones más características de estas nuevas tendencias son la nueva historia cultural, la nueva historia narrativa, la microhistoria, la nueva historia política, la historia de la religiosidad y la historia social del lenguaje (todas ellas analizadas en este segundo apartado), a las que se unirían, ya en los albores del cambio de milenio y en la actualidad, otras historias todavía más integradoras como la historia mundial, la historia del medio ambiente y la historia comparativa (analizadas en el tercer y último apartado).

La nueva historia cultural

A finales de la década de los ochenta, las nuevas tendencias relacionadas con la historia cultural empezaron a prevalecer sobre el resto. En un diagnóstico hecho desde la atalaya de la de los noventa, el historiador Patrick Joyce aseguraba que en Inglaterra, «si antes éramos todos historiadores sociales, ahora todos comenzamos a ser historiadores culturales» (Joyce, 1998, p. 229). La historia cultural parece ser, en efecto, la nueva aglutinadora de la actividad académica, especialmente en los países de ámbito anglosajón y el resto de países que reciben su influjo. En Estados Unidos esa tendencia suele estar asociada a un matiz marcadamente intelectualista; en Alemania se refleja en una significativa revitalización de los postulados de Max Weber y la consideración de la historia como ciencia social.

El giro cultural

El *cultural turn* no se identifica con los giros lingüísticos e históricos, aunque obviamente tiene vinculaciones con ellos. Sus prevenciones frente a los movimientos más radicales del postestructuralismo y el posmodernismo lo inmunizaron desde el principio de las tendencias más antipositivistas y relativizantes de sus postulados. Quizá por esto tuvo una excelente acogida en el mundo académico norteamericano, y desde allí se ha ido extendiendo a otras tradiciones historiográficas. Sin embargo, es evidente que su atención por el lenguaje y sus estructuras más profundas lo alejaron también, equidistantemente, de la tradición marxista y de otras ciencias sociales como la sociología y la ciencia política. Sus

Referentes teóricos

referentes teóricos son los textos de Hayden White, Michel Fou-

cault, Roland Barthes, Pierre Bourdieu, Jacques Derrida, Thomas Kuhn, Richard Rorty, Marshall Sahlins y Raymond Williams. Como es fácilmente perceptible, todos ellos provienen de diferentes ciencias sociales (la antropología, la filosofía, la sociología y la lingüística) y de diferentes tendencias intelectuales (posmarxismo, postestructuralismo, deconstruccionismo y posmodernismo). Este eclecticismo en sus referentes intelectuales es precisamente lo que ha dotado al giro cultural de una enorme capacidad de aglutinación y consenso epistemológico.

Siete manifestaciones

Algunos historiadores han descrito las que serían las siete contribuciones más específicas del *cultural turn* en la historia y en las ciencias sociales (Suny, 2002).

Contextualismo

Primero, la oposición a cualquier explicación que siga el modelo del naturalismo social: no existen instituciones o culturas atemporales, descontextualizadas o ahistóricas; en consecuencia, siempre deben ser estudiadas a la luz de un tiempo y un espacio determinados –el texto, los gestos y las imágenes siempre situados en su contexto.

Culturalismo

Segundo, mientras que los giros históricos y lingüísticos enfatizan el peso del lenguaje en la interpretación y en el devenir histórico, el giro cultural se centra en el poder de la cultura como fuente fundamental de comprensión histórica. El mundo puede ser leído como un texto, pero no es lo mismo que el texto (Sewell, 1999).

Símbolos y significados

Tercero, una noción «holística» de cultura sustituye a la noción y la aspiración de «totalidad» de la realidad histórica marxista y de la *nouvelle histoire*. La cultura es considerada como un sistema coherente de símbolos y significados, que deben ser descifrados por el historiador y por el antropólogo, a través de un proceso de «problematización».

Agency

Cuarto, el giro cultural comparte con Foucault la sospecha por lo estable, lo racional, la soberanía del sujeto. Esto le hace enfatizar, paradójicamente aquí al contrario de Foucault, el concepto de *agency*, aunque lo que se reconsidera es la misma naturaleza del *agente*. Como consecuencia, el giro cultural pone un mayor interés en los procesos de identidad nacionales, los intereses compartidos por los grupos sociales y las dinámicas del poder –de ahí su vinculación con la historia social y la nueva historia política.

La historia de género

Quinto, el giro cultural ha oscilado desde la elaboración de los sistemas de significado al estilo geertziano a la exploración de los regímenes de dominación y de poder, con lo que ha conectado también con la *gender history* (la historia de género) y con los estudios de ciencia política, centrados en las concepciones, los discursos y las generaciones del poder.

Estilo narrativo

Sexto, el giro cultural considera el estilo narrativo como el mejor procedimiento para describir la experiencia social. El rela-

to no sólo transmite una información concreta, sino que además proporciona las mejores herramientas epistemológicas al historiador. Las conexiones con los movimientos narrativistas y la microhistoria son evidentes (Halttunen, 1999).

Etnografía

Séptimo, el giro cultural se identifica con la antropología en su dimensión más etnográfica, es decir, en la que es capaz de insertarse en un tiempo y en un espacio para analizar la cultura. Los códigos y las representaciones de la cultura no pueden ser descifrados de otro modo que conectando lo «poético» y lo «político», es decir, los procesos lingüísticos e históricos. Cualquier intento de definir, representar y explicar la cultura pasa necesariamente por un planteamiento historicista –aquí es donde el «giro cultural» conecta con el llamado «giro historicista» de las ciencias sociales (MacDonald, 1996).

Diagnóstico en 1989

En 1989, Lynn Hunt dirigió un volumen sobre las últimas tendencias historiográficas que tituló *The New Cultural History* (*La nueva historia cultural*). Quedaba explicitada así esta nueva corriente, la nueva historia cultural, que había empezado a dominar el panorama historiográfico de la década de los ochenta. Según el diagnóstico de la historiadora norteamericana, las décadas de los cincuenta y los sesenta fueron dominadas por la historia económica y demográfica, con la aplicación de métodos cuantitativos; la de los setenta experimentó la reaparición de la narración histórica y el predominio de la historia social sobre la económica; en la de los ochenta, la historia cultural ya parecía ser el campo más cultivado por los historiadores. Además, había tenido la virtud de estrechar sus relaciones con la historia social, con lo que ganaba todavía más representatividad y amplitud temática y metodológica.

Herencias y referentes

Como suele suceder en estas corrientes intelectuales e historiográficas de alcance amplio, en la nueva historia cultural convergen tendencias de naturaleza muy diversa. Por un lado, los historiadores de la década de los ochenta asimilaron los postulados del giro lingüístico y de otras tendencias más extremas como el postestructuralismo y el deconstruccionismo, dejando de lado sus aspectos más radicales, aquellos que podrían privarles, de hecho, del ejercicio de la disciplina histórica. Por otro lado, esos historiadores siguieron confiando en los efectos positivos de la interdisciplinariedad, por lo que se beneficiaron de las propuestas de filósofos como Michel Foucault, antropólogos como Clifford Geertz, historiadores de la cultura popular como Peter Burke, narrativistas como Natalie Z. Davis, microhistoriadores como Carlo Ginzburg, historiadores de las mentalidades como Georges Duby, referentes de la tradición materialista como Edward P. Thompson o historiógrafos como Hayden White y Dominick LaCapra.

Al mismo tiempo, los referentes de la nueva historia cultural se remontaban a la vieja aspiración a una historia cultural que sustituyera la reducción de la historia a los fenómenos políticos o diplomáticos. En este contexto la nueva historia cultural era también una mezcla ecléctica que pretendía recuperar y renovar los viejos postulados de historiadores de la cultura como Burckhardt y Huizinga, para los que el objetivo principal de la disciplina histórica era el análisis de un proceso cultural. La nueva historia cultural, sin embargo, se consolidó a través de un complejo proceso de criba epistemológica, después de haber superado la fase de la historia de las mentalidades, de haber rechazado las propuestas basadas en la teoría literaria más radical y de haberse apropiado de las ideas de Clifford Geertz y la moderna antropología como referentes intelectuales más próximos (Chaney, 1994).

El itinerario metodológico y epistemológico de la formación de la nueva historia cultural es la mejor demostración de que la historiografía no avanza con cambios bruscos, sino más bien con renovaciones desde dentro. La revitalización de la cultura como el ámbito preferente de la historiografía se fundamenta en la convicción de que la historia mejora cuando alcanza una dimensión más sociológica, al igual que la sociología se perfecciona cuando es más histórica. Esta realidad, de hecho, ya había sido expresada de modo explícito por Edward H. Carr (1892-1982) a principios de la década de los sesenta. Sin embargo, la nueva historia cultural intenta dar un paso adelante en esa dirección renunciando a conquistar la «historia total» del paradigma –que precisamente le había hecho perder su especificidad–, pero al mismo tiempo asumiendo una visión mucho más poliédrica de la realidad. Por este motivo, la nueva historia cultural tampoco se ve satisfecha con el simple cambio de ropaje externo que supone la renovación de los temas: si la historia social habla de los trabajadores, de las mujeres, de los grupos étnicos y de los grupos sociales, la historia de las mentalidades se dedica al estudio de los carnavales, la vida, la muerte, la infancia y la espiritualidad. Ni lo uno ni lo otro son suficientes para provocar un verdadero cambio de paradigma.

Cambio de paradigma

La agenda de la nueva historia cultural abarca no sólo un cambio de gustos temáticos, sino también una mutación en el modo de afrontarlos. Por este motivo, intenta realizar un relato integrado de todas las manifestaciones culturales. Esto la lleva a estrechar sus vínculos con otras disciplinas como la historia del arte, la historia intelectual o los estudios literarios. Al mismo tiempo, su principal referente deja de ser la estructura, las clases sociales o las mentalidades, y pasa a ser el individuo, lo que legitima su aspiración a no ser considerada simplemente como una continuidad de la historia de las mentalidades, a la que los nuevos histo-

riadores culturales critican por su tendencia a la *reificación* («cosificación», materialización) de los fenómenos culturales. La nueva historia cultural no tiene miedo al fenómeno aislado y singular –algo de lo que los historiadores de las mentalidades siempre habían recelado– y en esto se aprecia un influjo más profundo de los postulados de la nueva historia narrativa y la microhistoria.

Diálogo disciplinar

La sociología es desplazada como la disciplina que más influye en la historia; en lugar de ella, aparecen hegemónicas la antropología y la teoría literaria, que proporcionan los principales conceptos metodológicos y epistemológicos a la disciplina histórica. Las temáticas relacionadas con la antropología son abundantes en la producción histórica: rituales, folklore, símbolos, fiestas populares. Así como el estudio cuantitativo de la experiencia social propio de la historia de las mentalidades no tuvo excesivos seguidores fuera de Francia, las nuevas aproximaciones de la historia cultural han tenido una acogida mucho más generalizada. Los nuevos historiadores de la cultura desarrollan una noción más diferenciada de las comunidades y de los ritos sociales, tal como ha postulado Natalie Z. Davis.

Hegemonía de lo cultural

La energía de esta nueva corriente ha llevado a algunos historiadores, como Donald Kelley, a hablar del triunfo del giro cultural sobre el lingüístico durante las dos úlimas décadas del siglo XX. Según este planteamiento, las corrientes derivadas del giro cultural de la década de los setenta habrían tenido una inserción y divulgación mayor en la disciplina histórica que aquellas que habían surgido del giro lingüístico (Kelley, 1996). La nueva historia cultural habría surgido del naufragio de las historias serial y marxista, que habían pretendido hallar los mecanismos ocultos del cambio histórico tras la superficie del comportamiento colectivo (Olábarri y Vázquez de Prada, 1995). La nueva corriente no sólo se oponía a esos caminos de un modo extrínseco –a través de una mutación en las temáticas–, sino también intrínseco, al contener una poderosa y efectiva crítica fenomenológica de los métodos de los modelos asociados al paradigma de posguerra. Ahora primaba el estudio del consumo por encima de la producción, el sujeto por encima del objeto, las manifestaciones externas de la cultura por encima de las ocultas estructuras geográficas y económicas.

Modelo interpretativo

La nueva historia cultural rechaza el reduccionismo del historicismo clásico y de la historia económica, abandona el sueño de la objetividad, reconoce el papel fundamental de la imaginación en la reconstrucción histórica y, dejando de lado anticuadas aspiraciones ingenuamente totalizadoras, opta por la vía intermedia de la ciencia social interpretativa, tal como han diagnosticado y postulado Clifford Geertz (1973) y Charles Taylor (1985). La comprensión prima sobre la explicación, la narración sobre la estructura y la

hermenéutica sobre el análisis causal en el acceso al conocimiento del pasado. Sin embargo, la nueva historia cultural también parece tener aspiraciones a la historia total, como no podría ser de otro modo en una corriente que pretende ser hegemónica (Burke, 1996b). El enfoque cultural proporciona al historiador una multiplicidad de puntos de vista que aumentan su credibilidad. Aunque en esta misma potencialidad puede radicar su debilidad.

La nueva historia narrativa y la microhistoria

Todo este contexto historiográfico influyó en un deseo de retorno al relato frente a las construcciones estructuralistas, totalizadoras y cuantitativistas de los decenios anteriores. Todo empezó a mediados de la década de los setenta, con un conjunto de narraciones históricas realizadas por historiadores con un consolidado prestigio académico, a modo de experimento y reaccionando con la tradición recibida. Ejemplo paradigmático es el libro de Natalie Z. Davis *El regreso de Martin Guerre* (1982). El lector inicia la lectura atraído por un tema de evidentes repercusiones históricas, y la termina con la sensación de haber leído una buena novela, que a su vez no pierde nada de su valor propiamente histórico. Hoy, los nombres de Emmanuel Le Roy Ladurie, Natalie Z. Davis, Robert Darnton, Simon Schama y Carlo Ginzburg están asociados al movimiento de la nueva historia narrativa, que se ha situado en la vanguardia historiográfica actual. Historiadores y novelistas utilizan cada vez más técnicas narrativas parejas.

Diagnóstico en 1979

El mejor diagnóstico sobre el desarrollo de la renovada historia narrativa lo realizó en 1979 el historiador británico Lawrence Stone (1919-1999), a través de un influyente artículo, en el que repasaba los hitos más importantes de lo que él consideraba un retorno a la narración histórica, en detrimento de los grandes esquemas teóricos y estadísticos que habían dominado la historiografía de las décadas anteriores (Stone, 1979).

La narrativa tradicional

La narración ha sido una práctica eterna en la historia. Los historiadores siempre han contado relatos, desde los antiguos a los modernos. Todos ellos buscaban exponer los resultados de sus investigaciones en una prosa elegante y vívida –la «historíes apódexis», de Heródoto–. Sin embargo, durante buena parte de los siglos XIX y XX, precisamente cuando la historia quiso alejarse de la novela realista a través de la adopción de un método propiamente científico, la narración era considerada un sinónimo de ficción o, todo lo más, de relato histórico sin excesivas pretensiones científicas. La tarea del historiador fue reducida durante aquellos años a la función analítica e interpretativa, no a la narrativa. La narración

histórica había quedado reducida por los paradigmas a una *histoire événementielle*, que en todo caso habitaría en el diván de la construcción histórica, en el tercer piso de la corta duración según el modelo braudeliano. La historia narrativa quedaba reducida a una crónica, a una exposición lineal de los acontecimientos, constreñida a las temáticas políticas, diplomáticas y militares. La historia había adquirido su edad adulta al ser capaz de trascender esas temáticas superficiales, centrándose en las categorías socioeconómicas y los métodos y el lenguaje cuantitativos.

La nueva narrativa

En contraposición a estos postulados, la aportación nuclear de la nueva historia narrativa fue reivindicar y recuperar el relato que el historicismo clásico había empezado a abandonar. La historia narrativa difiere de la historia estructural fundamentalmente en dos aspectos: su ordenación es descriptiva antes que analítica y concede prioridad al hombre sobre sus circunstancias. Por lo tanto, se ocupa de lo particular y lo específico más que de lo colectivo y lo estadístico. La relación entre escritura e historia es una de las claves de la historiografía y remite a sus orígenes (Certeau, 1975). La narrativa es un modo de escritura histórica, pero es un modo que afecta también al contenido y al método y, al mismo tiempo, es afectado por ellos. Tal como se entiende en la actualidad, la narrativa no es la del simple informador, el tradicional cronista, el clásico relatador, como tampoco la del analista. Es una narrativa que accede al rigor de la exposición histórica a través del desarrollo de una estructura coherente del relato.

La historia como arte

La nueva historia narrativa pretende devolver a la historia su capacidad de convertirse en arte, sin dejar de ser ciencia. El debate planteado por Benedetto Croce en la época de entreguerras (véase p. 252) vuelve ahora a aparecer en toda su intensidad, pero no de un modo teórico, sino a través de obras históricas concretas. Sin embargo, es cierto que prevalecen los planteamientos teóricos –sobre las relaciones entre historia, hermenéutica y relato en Paul Ricoeur (1983-1985), sobre la escritura de la historia en Michel de Certeau (1975), sobre la verosimilitud de la narración histórica en Hayden White (1973)– por encima de las construcciones prácticas. Pero estas empiezan a abundar cada vez más.

Globalidad de la nueva narrativa

Una de las razones por las que la nueva narrativa es tan eficaz es que, prácticamente por primera vez en la historia de la historiografía, se trata de una corriente que no está restringida ni a un país, ni a una escuela, ni a una institución, ni a una tendencia ideológica, ni a un partido político, ni a una filosofía cerrada como lo fue el marxismo. Al mismo tiempo, ha revitalizado y legitimado algunos géneros, como la biografía, que parecían condenados a quedar definitivamente excluidos de la órbita científica. No se trata de una escuela, y ni siquiera de una corriente estrictamente

historiográfica, sino más bien de una tendencia intelectual. Su especificidad y legitimidad proviene de un grupo de obras históricas sobresalientes, que han actuado de modelo, sin especiales pretensiones de generar doctrina o de funcionar como «manifiestos» teóricos de una nueva metodología histórica.

Diálogo disciplinar

Paradójicamente, aunque pocos antropólogos han producido narrativas, los nuevos narrativistas tuvieron como referente a la antropología más que a ninguna otra disciplina. Esta ciencia social prestaba una ayuda impagable en el enfoque metodológico de los temas que empezaban a generar un mayor interés por aquellos años: los sentimientos, las emociones, el regalo, los perfumes, las normas de comportamiento, los valores y los estados mentales. Los historiadores empezaron a conocer y analizar las obras de antropólogos que en otro tiempo hubieran pasado desapercibidos como Evans-Pritchard, Geertz, Douglas, Sahlins y Turner, e incluso se recuperaban otros, de disciplinas afines, como Norbert Elias y Hans-Georg Gadamer. También recibieron el influjo de la psicología y el estudio de la dimensión social de los linajes, la naturaleza de las relaciones familiares, los vínculos emocionales o las relaciones de parentesco. Este último aspecto, por ejemplo, ha dado abundantes frutos, sobre todo en el estudio de las sociedades feudales, como las bellas monografías de Georges Duby (*Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo*, 1978), José Enrique Ruiz-Domènec (*La caballería o la imagen del mundo*, 1984) o Martin Aurell (*Les noces du comte [Las bodas del conde]*, 1995) han puesto de manifiesto.

La emergencia del evento

Uno de los rasgos más característicos y sintomáticos de la nueva narrativa es la aparición de monografías centradas en un solo acontecimiento o individuo. La aparición en 1973 de un libro de Georges Duby centrado simplemente en un acontecimiento –la batalla de Bouvines, 1214– supuso una gran sorpresa para la comunidad historiográfica, pero su notable oportunidad y eficacia han cobrado toda su dimensión con el paso del tiempo. Duby se refería a un acontecimiento singular y en concreto a una batalla: un guiño a la historiografía más tradicional que no pasó desapercibido a los historiadores del momento. Carlo Ginzburg hizo lo propio con su relato del molinero heterodoxo en 1976 y Natalie Z. Davis con el impostor Martin Guerre en 1982. El retorno triunfal del género biográfico está relacionado con esta tendencia, pero ni Ginzburg ni Davis tenían interés en hacer una biografía, estrictamente hablando, de Menocchio o de Martin Guerre. Ellos pretendían algo más que un estudio psicológico o histórico de su personaje. Querían estudiar una época, un contexto, a través de un personaje singular. De ahí que estos dos libros también se citen como referentes modélicos de la microhistoria. Cuando

El retorno de la biografía

se trataba de temas más acordes con la tradición, Emmanuel Le Roy Ladurie construyó una monografía sobre la vida cotidiana del Pirineo francés (*Montaillou*, 1975). Robert Darnton apostó por el narrativismo al construir un relato en torno a un tema que habría escandalizado a los representantes del paradigma de posguerra por su aparente falta de representatividad: *La matanza de gatos* (1984).

La microhistoria

Las nuevas tendencias del narrativismo y la apuesta por la pluridisciplinariedad se fueron concretando, poco a poco, en nuevos gustos temáticos y el desarrollo de nuevas metodologías en el campo de la historiografía. La más representativa de todas ellas es, probablemente, la microhistoria. La microhistoria ha tenido ya bastantes comentadores, como Giovanni Levi y Bernard Lepetit, el malogrado historiador que estaba llamado a tener una importante función dentro de la renovación de la escuela de los *Annales* durante la década de los noventa (Muir y Ruggiero, 1991; Lepetit, 1995; Levi, 1996; Egmond y Mason, 1997; Serna y Pons, 2000). La microhistoria, como tal, es capaz de generar muy diversas corrientes en su seno. Entre los experimentos narrativistas de Carlo Ginzburg y Natalie Z. Davis y el estudio microscópico-marxistizante *La mutación del año mil*, que Guy Bois publicó en 1989 sobre una pequeña localidad del Mâconnais, hay un abismo. La nueva microhistoria era una concreción de algunos de los principales postulados surgidos del giro lingüístico, a los que habría que añadir las consecuencias del giro cultural, un renovado concepto de la cultura popular como el que desarrollaron Mikhail Bakhtin (1974) y Peter Burke (1978), y, por fin, los vestigios de los modelos establecidos por los principales historiadores marxistas británicos, especialmente Edward P. Thompson. La microhistoria se basa en la narración de un hecho singular con aspiraciones globalizantes.

Ginzburg y Davis

Italia

Paradójicamente, algunos de los exponentes de esta nueva corriente surgieron del ámbito del materialismo histórico: algunos historiadores marxistas notables se convirtieron en microhistoriadores. La revista italiana *Quaderni Storici* se ha erigido como uno de los principales foros experimentales de la microhistoria. El panorama italiano, con figuras como Carlo Ginzburg, Giovanni Levi y Carlo Poni, ha vuelto a recuperar buena parte de ese punto de vitalidad original que siempre lo ha caracterizado en el ámbito de la historiografía. Ellos son la generación que ha revitalizado algunos temas de historia social más acordes con los nuevos tiempos. Al mismo tiempo, han sido capaces de presentar una alternativa viable a los clásicos historiadores italianos Federico Chabod, Delio Cantimori, Franco Venturi o Federigo Melis, que se habían dedicado preferentemente a la historia económica y a la historia religiosa.

La historia política ha adoptado múltiples formas a lo largo de su dilatada singladura en el seno de la historiografía occidental. Su hegemonía se había verificado a lo largo de los siglos, hasta que la historia de carácter socioeconómico cultivada por la escuela histórica alemana de Gustav Schmoller, el materialismo histórico anglosajón y los primeros *Annales* vinieron a destronarla.

Cultura política

Durante la década de los sesenta, un nuevo concepto de cultura política empezó a generalizarse en el ambiente intelectual de Occidente, como el que aportaron los politólogos norteamericanos Gabriel Almond y Sidney Verba. Esta nueva noción permitía introducir en el ámbito de los estudios empíricos el mundo de los valores, de las ideas, de las percepciones políticas más simples y básicas. Era todavía un concepto muy polarizado en la práctica política, pero que pronto tendría repercusiones en el ejercicio de la ciencia histórica. El concepto tenía como aportación más importante la incorporación de aspectos culturales como factores fundamentales en la explicación del cambio sociopolítico. Algunos antropólogos, como Georges Balandier en Francia y Clifford Geertz en Estados Unidos (especialmente en su estudio sobre el «teatro-Estado» del Bali del siglo XIX, publicado en 1980) también se movieron en esta dirección.

La historia política deja de ser así un campo limitado a las relaciones diplomáticas y los asuntos de Estado, para meterse de lleno en la dimensión cultural. Para estas nuevas tendencias, la política es una realidad social cuyos componentes son tan efectivos desde el punto de vista historiográfico porque permiten adentrarse en el mundo del poder, a través de la acción, los discursos políticos, los mitos, los símbolos, la identidad, las imágenes o el lenguaje como fórmula persuasiva. A estas realidades se accede por los significados expresados a través de significantes –hablados, escritos o pensados– como los mitos, las metáforas, el lenguaje y las ideas. Las obras de François Furet (1927-1997), William Sewell y Lynn Hunt sobre la Revolución francesa son ejemplos significativos en esta dirección. El giro cultural hizo recobrar vitalidad a los temas políticos, renovando conceptos como poder, violencia, espacios públicos, estado, nación, actores, elites, mitos o símbolos políticos, como ocurre, por ejemplo, con los trabajos de François Xavier Guerra (1942-2002) sobre Iberoamérica.

Furet, Sewell, Hunt

Guerra

Como consecuencia de todo ello, una de las aplicaciones más prometedoras del giro cultural a la historia, durante las décadas de los ochenta y los noventa, ha sido la de la historia política (Rioux, 1977). Otra disciplina se añadía, de este modo, al enriquecedor campo del diálogo de la historia con las ciencias sociales: la ciencia

política. La asociación era además de ida y vuelta, porque la historia también podía aportar a la ciencia política una dimensión temporal muy útil para la comprensión de ciertos procesos políticos, tal como Dennis Kavanagh (1991) puso de manifiesto en su día.

Este *revival* ha sido favorecido, probablemente, por los procesos de globalización y por la extensión del sistema político liberal-democrático, que algunos se han atrevido a definir como hegemónico y definitivo (Fukuyama, 1992). La realidad es, sin embargo, mucho más compleja, porque la divulgación de la nueva historia política se fundamenta en un debate epistemológico de renovación más que en la consolidación de un pretendido contexto ideológico hegemónico. La diversidad de objetos que plantea la nueva historia política es múltiple.

Rémond

El maestro de la nueva historia política en Francia fue René Rémond (1918-2007), quien coordinó un interesante volumen conjunto sobre esta renovada tendencia (1988). El interés generado por temas como la identidad nacional, incentivados por la obra editada por Eric Hobsbawm y Terence Ranger (1984), o la mitografía política, sobre todo a través de

Eliade

los trabajos de Mircea Eliade, es evidente. También lo es el fenómeno de la rehabilitación de la biografía como un verdadero género histórico, considerado ahora como uno de los mejores métodos para mostrar las conexiones entre pasado y presente, memoria y proyecto, individuo y sociedad, tal como lo ha demostrado Philippe Levillain (1988).

Habermas

El concepto de esfera o espacio público de Jürgen Habermas (1929-) desempeñó también un papel importante en el renacimiento de la nueva historia política, porque introdujo una nueva reflexión sobre el verdadero ámbito de lo político, las relaciones entre lo público y lo privado, y la posibilidad de analizarlo sin recurrir a las realidades mediadoras de las instituciones, las organizaciones o el Estado.

Agulhon

Maurice Agulhon (1926-) conectó, por su parte, lo político a las mentalidades a través del poliédrico y sugerente concepto de sociabilidad (*La sociabilité meridionale [La sociabilidad meridional]*, 1966).

La historia de la religiosidad

Junto a la nueva historia política, una de las corrientes historiográficas que ha conocido una mayor vitalidad a partir de la década de los setenta, sobre todo en Francia, es la historia religiosa. Se ha calculado que la historia religiosa ha representado en los últimos treinta años cerca de un veinte por ciento de la producción histórica global en Francia, lo que es un indudable índice de su proliferación y enraizamiento (Langlois, 1986). La tradicional

distinción entre una historia institucional de la Iglesia acantonada en las facultades eclesiásticas y una historia sociológica del fenómeno religioso elaborada desde las facultades civiles ha sido superada durante estos últimos treinta años en los países con mayor tradición historiográfica.

Francia

El desarrollo de esta tendencia se debe a una generación de historiadores franceses que fueron los renovadores de la historia religiosa, cuya obra se publicó entre la década de los treinta y la de los sesenta: Gabriel Le Bras (1891-1970), incontestable fundador de la sociología religiosa, Lucien Febvre, Henri-Irénée Marrou (1904-1977), Alphonse Dupront (1905-1990) y Jean de Viguerie (1935-). Esta tradición fue recogida y sistematizada por una nueva generación de historiadores que descollaron en la década de los setenta, liderados por Yves-Marie Hilaire y Gérard Cholvy. Sin embargo, no es ni mucho menos el único ámbito historiográfico donde se ha consolidado, porque también ha cuajado en mayor o menor medida en Italia, Portugal, España, Alemania –país con una enorme tradición en el estudio de la historia eclesiástica de corte tradicional– y, en menor medida, Inglaterra (Pazos, 1995).

Cholvy y Hilaire

La historia religiosa ha ampliado notablemente el abanico de investigación respecto a los confines atribuidos tradicionalmente a la historia de la Iglesia. Esta es quizá una de las claves para explicar su eficaz asentamiento en el mundo de la historiografía académica civil. Hoy entran en ese campo las creencias populares, la piedad y la espiritualidad, el influjo de la religiosidad en el ámbito social, los movimientos colectivos devocionales o la coexistencia de confesiones diversas.

Nuevos temas

El último eslabón de esta cadena de precedentes lo constituye la multiplicación de temas históricos que aportó la historia de las mentalidades durante la década de los sesenta y los setenta –la muerte, las lecturas, la infancia, la piedad popular, el purgatorio, la marginación– que fueron también acogidos por la renovada historia religiosa, que empezaba a consolidarse durante aquellos años. Esos temas se encontraban con frecuencia entre las fronteras de la historia cultural y las de la historia religiosa. Las monumentales historias sobre la muerte de Michel Vovelle (1973), Philippe Ariès (1977) y Jacques Chiffoleau (1980), publicadas todas ellas durante la década de los setenta, son una interesante combinación de historia cultural, historia social, historia de las mentalidades e historia religiosa. Gracias a su estrecha vinculación con los sentimientos, las mentalidades y las manifestaciones culturales, el estudio de la religiosidad recuperó su centralidad en el debate historiográfico y antropológico.

La historia de la muerte

La historia religiosa ha representado, en definitiva, una renovación metodológica. De este modo, se ha roto el monopolio que la erudición eclesiástica confesional ejercía sobre el análisis de los fe-

nómenos religiosos. La paradoja es que el auge de la historia religiosa durante el último tercio del siglo haya sido concomitante a una descristianización y secularización creciente del mundo occidental.

La historia social del lenguaje

En el contexto de las tendencias historiográficas recientes, la historia social del lenguaje desempeña un significativo papel como nexo entre la historia tradicional y los postulados radicales del giro lingüístico. Interesados por el creciente influjo de la lingüística en las ciencias sociales, pero al mismo tiempo preocupados por devolver a la metodología histórica todo su sentido común, algunos historiadores han intentado, desde la década de los ochenta, hacer una lectura del pasado a través de los significantes. Por un lado, esos historiadores partían de la necesidad de renovar el utillaje metodológico de la disciplina histórica a través del rastro dejado por el giro lingüístico. Por otro, partían de la convicción de que el deconstruccionismo no era un camino a seguir, porque todos los intentos de poner patas arriba el sentido común en la metodología histórica han fracasado. La historia social del lenguaje surgió entonces como fruto de una combinación entre el triunfo tardío de la historia social y el influjo del *linguistic turn* en la disciplina histórica. Esta metodología empezó a dar sus frutos durante la década de los ochenta, cuando fue aplicada al análisis de las sociedades medievales y renacentistas, por lo que actualmente está plenamente consolidada en el panorama historiográfico internacional (Burke, 1996, pp. 11-50). Los historiadores, en fin, han encontrado en los códigos lingüísticos unos inmejorables síntomas que les permiten analizar y definir una cultura específica.

Una de las consecuencias más notorias de esta evolución es que el concepto *clase social* ha caído en desuso, normalmente sustituido por otras fórmulas más integradoras, amparadas en la terminología genérica de «grupo social» o los «estamentos» weberianos. La pertenencia de un individuo a un grupo social determinado viene asignada ahora por los conceptos de identidad, marcador o código, más que por la adquisición de un determinado nivel adquisitivo. La *identidad* significa la conciencia de cada uno de pertenecer a un conjunto de individuos, por oposición a otros, así como la voluntad de definirse exteriormente como miembro de este. El *marcador* es la concreción material de esa identidad para que todos, incluso los extraños al grupo, comprendan abiertamente su significado. Es la función, por ejemplo, de los escudos heráldicos en las sociedades tradicionales y las insignias en la solapa de la chaqueta en las sociedades contemporáneas.

Identidad

Marcador

Código

La definición de *código*, complementaria de las de identidad y marcador, es quizá todavía más útil para los historiadores sociales del lenguaje. El código está constituido por los signos que permiten a los miembros de un grupo reconocerse entre ellos y excluir a los que no forman parte de él; la sutileza de estas señales de reconocimiento escapa demasiado a menudo al no iniciado. Tradicionalmente, estos códigos han sido identificados con signos externos como la indumentaria o los buenos modales. Pero parece evidente que el desarrollo de un lenguaje específico –que incluso puede estar combinado con la creación de una *jerga*– es una de las manifestaciones más propias del código, y, al mismo tiempo, es la que ha interesado más a la moderna historiografía. Los estudios de Jon Juaristi sobre el nacionalismo vasco como *El bucle melancólico* (1997) son muy elocuentes del interés de este tipo de estudios.

El medio es el mensaje

Durante la década de los ochenta, algunos historiadores herederos de los postulados del *linguistic turn* reconocieron la oportunidad del estudio del lenguaje como una institución social, como una parte esencial de la cultura, como una manifestación de una determinada sensibilidad. Jacques Derrida llegó a afirmar que la lengua usa a quienes la hablan en lugar de que sean estos quienes se sirven de ella. Somos los sirvientes antes que los amos de nuestras metáforas –incluso de esta misma–. La prioridad del análisis del lenguaje en la nueva historia cultural ha permitido una renovada lectura de la documentación, menos ingenua que en épocas anteriores. Aprovechando la máxima de que «el medio es el mensaje», los historiadores han caído en la cuenta de la trascendencia de los códigos lingüísticos. El código, la variedad o el registro que se emplea es una parte decisiva del mensaje y por tanto el historiador no la puede pasar por alto.

Lenguaje y sociedad

Las concreciones de esta nueva tendencia historiográfica se basan en buena medida en la convicción de que el lenguaje es utilizado por los grupos sociales para marcar unas fronteras simbólicas que los singularicen en el panorama social general. Esta distinción puede venir condicionada por la conciencia de la pertenencia a una misma comunidad nacional –es el caso de los dialectos o las lenguas que no coinciden con un estado– o, como suele suceder en las sociedades tradicionales, por la pertenencia a un mismo grupo social o profesional. De este modo, se crean *jergas* que remiten a un mundo social o profesional compartido, tal como lo han estudiado Peter Burke y Roy Porter (1995), o se genera un código moral específico para estrechar los vínculos del grupo, como sucede con el estamento mercantil medieval (Aurell, 2009). Puede haber también un lenguaje específico de género, cuyo análisis ha dado lugar a algunos sugerentes estudios relacionados con la historiografía de las mujeres, como lo demuestran

Burke y Porter

las obras de Robin Lakoff (1975) y Sandra Harding (1975). Las minorías étnicas o religiosas también crean distintas variedades de lenguaje, tal como lo han estudiado Marinus van Beek (1969) y Richard Bauman (1983).

Idiomas y culturas

Los historiadores sociales del lenguaje se interesan también por las relaciones entre el texto y el contexto, porque parten del postulado de que los miembros de un mismo grupo social o de una idéntica comunidad emplean diferentes variedades de lenguaje en diferentes situaciones. El contexto en el que se inserta el discurso lingüístico es identificado por los sociolingüistas como el *registro*. El influjo del contexto se verifica, por ejemplo, cuando existe un ámbito plurilingüístico, como sucede con las lenguas que conviven –o se «conllevan», en expresión de Ortega y Gasset– en un mismo territorio. El latín fue hablado y escrito como segunda lengua en la Europa medieval y renacentista por aquellos que querían ser asociados a una elite cultural. El castellano era utilizado como signo de prelación social en Cataluña hasta tiempos recientes, frente a un catalán ruralizado (Anguera, 1997). Esas estrategias son más o menos inconscientes, pero en todo caso su eficacia está sobradamente demostrada (Gumperz, 1982). La frase atribuida a Carlos V es, en este sentido, más expresiva que un tratado: el francés es la lengua para hablar a los embajadores (lisonjear), el italiano para hablar a las mujeres (cortejar), el alemán para hablar a los mozos de cuadra (amenazar) y el español para hablar con Dios (orar). Parece lógico, en esta dirección, que se haya intentado también realizar una historia del silencio, a través de las bases filosóficas sentadas por Ludwig Wittgenstein y Jacques Lacan (Fonteneau, 1999) y los experimentos historiográficos de Paul Saenger (1997) y Peter Burke (1996a, pp. 155-176).

Lo lingüístico y lo social

Todos estos campos de estudio parecen originales y fructíferos. Sin embargo, el talón de Aquiles de la historia social del lenguaje es que no es nada sencillo resolver la siguiente ecuación: ¿es la lengua la que modela la sociedad en la que se usa o es un simple reflejo de la sociedad que la usa? Los que se decantan por la primera de las posibilidades suelen alinearse finalmente en las filas del deconstruccionismo; los que parten de la segunda, se proponen renovar viejas metodologías, analizando las sociedades a través de sus manifestaciones culturales –el arte, la literatura y, más recientemente, el lenguaje.

Lenguaje y poder

El debate sobre la referencialidad del lenguaje se pone en juego también al verificarse que las convenciones lingüísticas persisten a menudo mucho después de haber cambiado las estructuras sociales en las que se habían creado y que, supuestamente, las sustentaban. Las diferentes formas de trato que subsisten en algunos idiomas, como en el caso del «usted» castellano, el «lei» italia-

no y el «vous» francés, son un indudable indicio de la asincronía entre formas lingüísticas y realidades sociales (Brown y Gilman, 1971). Esto demuestra, entre otras cosas, que el lenguaje es una fuerza activa en la sociedad, que es en lo que se basó Peter Burke para legitimar la historia social del lenguaje como uno de los métodos más eficaces en el panorama historiográfico de la década de los ochenta (Burke, 1996a, pp. 11-50). El lenguaje se convierte así en una importante fuente de dominación simbólica, otro concepto recuperado felizmente por Pierre Bourdieu (1982). Se pone así de manifiesto la utilidad de la historia social de la lingüística para el análisis de las hegemonías culturales y de poder.

Legado

El intento racionalizador del *linguistic turn* por parte de la historia social del lenguaje ha dado ya algunos frutos. En este sentido, esta metodología ha actuado como antídoto de los excesos relativizantes del deconstruccionismo más radical. Al mismo tiempo, se ha consolidado como uno de los procedimientos más eficaces del fructífero diálogo de la historia con la lingüística, una de las ciencias sociales que despierta un mayor interés en la actualidad.

La historia de la vida cotidiana

La historia social del lenguaje es uno de los ejemplos del creciente interés por la historia de las prácticas y las manifestaciones cotidianas por parte de un buen número de historiadores en los últimos treinta años. Esta tendencia reciente es deudora de aquella «historia desde abajo» postulada y practicada por Edward P. Thompson, Raphael Samuel y otros autores mencionados en el capítulo 7. En Alemania, «la historia de la vida cotidiana» *(Alltagsgeschichte)* fue asumida por historiadores sociales como Hans Medick (1939-), quien es también bien conocido por sus contribuciones a la antropología histórica y la microhistoria. El término *Alltagsgeschichte* fue utilizado ocasionalmente en el siglo XIX, sobre todo por Troels-Lund (véase p. 229) en sus obras divulgativas, mientras que en Francia, la editorial Hachette lanzó una colección de historia sobre *la vie quotidienne*, también para un público no especialista, en 1938. Sin embargo, ha sido en la última generación de historiadores cuando la historia de la vida cotidiana ha sido una categoría aceptada por los historiadores profesionales. En el mundo académico de hoy, expresiones como *l'histoire de la vie privée* (véase p. 265) tienen un significado similar. El interés por las prácticas cotidianas resuena también en la nueva historia cultural expuesta más arriba, y también en la historia de las formas de sociabilidad, tal como las expuso de modo pionero Maurice Agulhon.

Lo cotidiano y lo social

El auge o *revival* de la historia de la vida cotidiana expresaba el deseo de insertar la experiencia humana en la historia social, la cual, tal como hemos visto, durante las décadas de los cincuenta y los sesenta cayó en el peligro de devenir excesivamente abstracta y anónima en su apuesta por la cuantificación, las macroestructuras y las macrotendencias. Además, los historiadores no estaban solos en su interés por lo cotidiano. Algunos sociólogos se estaban moviendo en la misma dirección, tal como lo sugería el influyente estudio de Michel de Certeau, *L'invention du quotidien* (*La invención de lo cotidiano*, 1980).

Nuevas fuentes, nuevos temas

Como ha sucedido muchas veces en la historia de la historiografía, un nuevo interés temático ha conducido a la búsqueda de nuevas fuentes. Los documentos oficiales usados por Ranke y sus seguidores tienen poco interés para los historiadores de lo cotidiano; incluso los documentos judiciales, frecuentemente utilizados por los microhistoriadores o la historia desde abajo, nos dicen más sobre lo excepcional que sobre lo normal. Para el análisis del pasado reciente, la historia oral ayuda ha cubrir las lagunas documentales, como en el caso de la obra *The Edwardians* (*Los eduardinos*, 1975), una historia social de la Gran Bretaña de principios del siglo XX, escrita por Paul R. Thompson (1935-), construida fundamentalmente a través de las experiencias cotidianas de individuos que eran niños durante la época del rey Eduardo VII (que reinó desde 1901 hasta 1910) y recordaban y contaban esas experiencias sesenta años después. Para un pasado más remoto, los historiadores utilizan el testimonio de los testamentos, los inventarios, las imágenes y los objetos materiales de uso cotidiano como instrumentos, casas, mobiliario y vestuario.

Cultura material

La historia de la cultura material, reivindicada precozmente por los eruditos del siglo XVIII (conocidos como *antiquarians*) y objeto de un libro de Braudel (*Civilización material y capitalismo*, publicado en 1967 y republicado en 1979 con el nuevo subítulo de «Estructuras de lo cotidiano»), se está convirtiendo en una subdisciplina académica, un lugar de encuentro entre los historiadores sociales interesados en la historia de la vida cotidiana y los especialistas en la «arqueología histórica» –en otras palabras, los estudiosos de los periodos en los que los textos complementan el conocimiento extraído de las excavaciones–. Algunos ejemplos de estas aproximaciones son el libro de James Deetz *In small things forgotten* (*Ocultas en las cosas pequeñas*, 1979), una arqueología de la Norteamérica colonial, así como algunos estudios recientes sobre la «arqueología de la Reforma» –por ejemplo, estudios sobre el mobiliario de las Iglesias de la Europa protestante. La historia de la vivienda ha atraído también interés, basado en el pionero artículo del historiador inglés W. G. Hoskins (1908-1992) sobre

la reconstrucción en la Inglaterra rural (1953). Este tema se ha convertido en un área de fructífera cooperación entre historiadores de la arquitectura y conservadores de museos, así como de historiadores en general, produciendo importantes estudios como el de Peter Thornton, *Italian Renaissance Interior* (*Interiores del Renacimiento italiano*, 1992). Por fin, los estudios sobre las artes aplicadas o decorativas, que durante mucho tiempo fueron consideradas como temas secundarios por los historiadores del arte, son ahora tomados más en serio por los investigadores, que se han redefinido a sí mismos como historiadores de la «cultura visual».

Historia de la alimentación

La historia de la comida, considerada antes como algo marginal, es ahora estudiada en profundidad por historiadores de la economía interesados en el diferente consumo de calorías según los diversos grupos sociales, los diferentes lugares y los diferentes periodos. Este tema también ha generado interés entre los historiadores de la cultura, que han tendido a centrarse en los banquetes como forma de ostentación y alarde, aunque Caroline Bynum (1941) considera también el significado cultural de la abstinencia de carne en su *Holy Feast and Holy Fast* (*Santa fiesta y santa abstinencia*, 1987) y Paul Freedman (1949-) lo hizo respecto a la fascinación que en el Occidente medieval causaban las especias provenientes del comercio oriental (*Lo que vino de Oriente: las especias y la imaginación medieval*, 2010). Los historiadores franceses e italianos son los que, significativamente, han llevado la vanguardia en este tema. Destacan entre ellos Jean-Louis Flandrin y Massimo Montanari, quienes se asociaron para editar el volumen colectivo *Histoire de l'alimentation* (*La historia de la alimentación*, 1996).

Historia del vestido

De modo análogo a la historia de la alimentación, la historia del vestido, que hasta hace poco estaba en manos de los expertos de los museos o de las escuelas de moda, ha sido asumida también por los historiadores de la economía, interesados en el aumento del lujo, la ostentación y la sociedad de consumo, así como por los historiadores socioeconómicos, interesados en los símbolos del estatus y otras formas de identidad. Un ejemplo paradigmático es el modélico estudio del historiador de los *Annales* Daniel Roche (1935-), *La culture des apparences* (*La cultura de las apariencias*, 1989). Roche también trata la dimensión política del vestuario, especialmente durante la Revolución francesa, que asumió en este aspecto el valor de la «frivolidad» además de los de libertad e igualdad.

Historia del cuerpo

La historia del cuerpo, que subyace bajo el vestido, ha despertado también interés en los historiadores de la cultura material (Porter, 1991). Se han dedicado monografías a los cuerpos gordos y a los cuerpos delgados, a los cuerpos limpios y a los cuerpos sucios, a los cuerpos sanos y a los cuerpos enfermos. El historiador francés Georges Vigarello (1941-), por ejemplo, construyó su reputación

con el estudio *Le propre et le sale* (*La limpieza y la suciedad*, 1985), que trata sobre las prácticas higiénicas de los cuerpos desde la Edad Media en adelante. A partir de entonces, ha tratado la historia del deporte, un tema que está atrayendo mucho interés y está incluso en proceso de devenir una subdisciplina, con sus propias revistas especializadas. Bajo la inspiración de Michel Foucault, ha gozado de especial atención el tema del cuidado de la disciplina del cuerpo por parte de los monjes de los monasterios, así como también en las escuelas, las prisiones y los ejércitos. Tampoco han sido olvidadas las prácticas sexuales. Quizá la obra más importante en este ámbito es el estudio de la renuncia sexual en la primitiva cristiandad realizado por Peter Brown (1935-), *The Body and Society* (*El cuerpo y la sociedad*, 1988), mientras que el historiador norteamericano Guido Ruggiero (1944-), por su parte, ha dedicado buena parte de su carrera académica al estudio de la sexualidad en la Venecia del Renacimiento.

Historia de la lectura

La historia de los libros y de la lectura, desarrollada ampliamente en estos últimos años como forma de historia cultural, forma parte también sin duda de la historia de la vida cotidiana. La historia del libro es más vieja de lo que habitualmente pensamos, pues una primera síntesis del tema fue publicada ya en 1880. Con todo, su auge en la última generación es notable, desde su reconocimiento en la Francia de la década de los sesenta con los trabajos de Henri-Jean Martin hasta la actual «edad de síntesis», que se ha concretado en la publicación de diversos estudios globales sobre la historia del libro en Gran Bretaña, Norteamérica y, más recientemente, Escocia. En el medievalismo, la historia de la lectura está más focalizada en un análisis de las transformaciones culturales y la asociación de determinado tipo de lecturas a unas condiciones sociales específicas, como la pertenencia al estamento mercantil o a la nobleza. Los estudios de Christian Bec sobre las lecturas de los mercaderes florentinos (1984) y de Jocelyn N. Hillgarth (1991) sobre los mallorquines son, en este sentido, modélicos. Las razones del interés actual de los historiadores por este tema son difíciles de precisar. Los más pesimistas citan la tesis del «vuelo del búho de Minerva» para explicarlo, mientras que los optimistas hacen notar que el aumento de los nuevos medios de comunicación, desde la televisión a internet, han estimulado el estudio de los modos de comunicación y de transmisión cultural en el pasado.

Historia de los libros

Algunos especialistas en este ámbito, más polarizados en el estudio de la cultura material, se centran en el soporte físico de los libros, su tamaño, su tipografía y diseño, arguyendo, como lo hace el historiador neozelandés Don Mackenzie, que la forma de los libros y de otros materiales escritos e impresos (por ejemplo, un rollo de códex, continuo o dividido en capítulos, con índice o no) influye a los lectores y debe ser también considerada como una forma de

mensaje. Otros, como Roger Chartier en Francia y Robert Darnton en Estados Unidos, se centran especialmente en las transformaciones de las formas de lectura: en público o en privado, en voz alta o en silencio, rápido o lento, desde el principio del texto al final o echando sólo una ojeada y saltándose pasajes, como mucha gente hace en la actualidad leyendo el periódico o viendo la televisión *(zapping)*. Al principio, los historiadores pensaban que podían precisar la generalización de la práctica de la lectura en silencio o de la lectura rápida en un determinado periodo, pero hoy tienden a sugerir que, mientras un modo de lectura puede ser dominante en un tiempo y lugar concreto, los diferentes grupos o individuos son capaces de variar los modos de lectura según lo requiera una ocasión, «cambiando de marcha» como si estuvieran conduciendo un coche.

Historia de las formas de lectura

Por fin, la historia de los sentidos y las emociones, que durante largo tiempo había sido considerada inmutable a lo largo de los siglos, se ha convertido recientemente en un popular tema de investigación. Febvre y Bloch ya habían considerado que los sentimientos y las sensibilidades formaban parte de la historia, pero el estudio sistemático de esta materia llegó mucho más adelante. Uno de los pioneros fue Alain Corbin, cuyo trabajo sobre el Limousin fue tratado en el capítulo anterior y que mucho más tarde se interesó en la historia de los olores y la historia de los sonidos, en dos estudios destacables: *Le miasme et la jonquille* (*La miasma y el junquillo*, 1982), sobre la función del olor en la imaginación social, y *Les cloches de la terre* (*Las campanas de la tierra*, 1994), un estudio sobre lo que él llamó «paisaje sonoro» y «cultura sensible». Corbin, además, es uno de los editores de los tres volúmenes colectivos de síntesis titulados *Historia del cuerpo* (2006).

Historia de las emociones

Por lo que respecta a la historia de las emociones, aparecieron importantes contribuciones durante las décadas de los setenta y los ochenta, sobre todo las que firmaron dos distinguidos historiadores de la Europa del siglo XIX, el inglés Theodore Zeldin (1933-) y el norteamericano Peter Gay (1923-). La consolidación de esta temática en la esfera académica se inició hacia la década de los ochenta y su interés ha aumentado incesantemente desde entonces, con la publicación de monografías sobre el amor, los celos, la envidia, la angustia, la ira y el temor, así como con los debates más generales surgidos en torno a lo que el historiador norteamericano Peter Stearns ha denominado la «emocionología» *(emotionology)*. A partir de la década de los noventa, se han organizado un buen número de congresos internacionales sobre este tema, así como un buen número de volúmenes colectivos publicados en francés, alemán e inglés.

Un importante debate continúa dividiendo a los especialistas sobre este tema. Por un lado, hay académicos que consideran que

las emociones han permanecido relativamente constantes a lo largo de la historia: lo que cambia no son las emociones en sí mismas, sino el modo en que son representadas en la literatura y el arte. Por otro lado, cercanos a las tendencias posmodernas están quienes postulan que las emociones son social y culturalmente construidas y practicadas, y por lo tanto están sujetas a cambios profundos a lo largo del tiempo. El historiador norteamericano William Reddy, por ejemplo, ha escrito en su *Navigation of Feeling* (*La navegación del sentimiento*, 2001) acerca de la diversidad de los diferentes «regímenes emocionales». Entre estas dos posiciones se encuentran académicos como Stearns, que enfatiza los cambios en la «gestión» de las emociones en los diferentes periodos. En este fluir de las investigaciones recientes sobre este tema, también han sido analizadas las diferencias entre las emociones de hombres y mujeres. Este último tema nos remite a la historia de género, un ámbito en el que se ha investigado mucho en los recientes decenios, por lo que merece un apartado propio.

La historia de género

Una y otra vez, los autores de este volumen han puntualizado las conexiones entre las tendencias de la historiografía y las tendencias en la historia, sean estas económicas, sociales, políticas o culturales. Tres grandes tendencias historiográficas están estrechamente relacionadas con la evolución política, tanto a nivel nacional como internacional. Primero apareció la «historia desde abajo», analizada en el capítulo 7 y relacionada con el auge de los regímenes y la ideología socialista y comunista después de la Segunda Guerra Mundial. Se desarrolló después la historia de las mujeres, relacionada con el auge del feminismo y analizada en este apartado. La tercera tendencia, que podría ser definida como «la visión de los vencidos», será analizada en el siguiente apartado.

Feminismo e historia

Las feministas han postulado que las mujeres han sido invisibles en el pasado, que su contribución a la historia, incluyendo su trabajo cotidiano en muy diversas ocupaciones, no ha atraído la atención a los historiadores en general, tal como lo puso de manifiesto el volumen colectivo sobre las mujeres en la historia de Europa, publicado en la década de los setenta con el significativo título *Becoming Visible (Haciéndose visible)* (Bridenthal y Koonz, 1977). Probablemente estaban en lo cierto, aunque no se puede negar que existían ya algunos estudios sobre las mujeres desde el siglo XVIII, lo que incluye clásicos como *El trabajo de las mujeres en el siglo* XVII (1919), de Alice Clark (1874-1934), fruto de la pri-

mera oleada del feminismo, o el *A Study of Matrilocal Marriage* (*Un estudio del matrimonio matrilocal*, 1953), publicado por la feminista japonesa Itsue Takamure (1894-1964). El auge de la segunda oleada del feminismo y de la «liberación de las mujeres» a partir de la década de los setenta, especialmente pero no exclusivamente en Estados Unidos, justo en el momento del aumento del número de las jóvenes estudiantes y de las profesoras de las universidades, incentivó a muchas jóvenes investigadoras a centrarse en la historia de las mujeres (Scott, 1988, 1991).

Feminismo y sociedad

La historia de las mujeres fue originariamente un aspecto de «la historia desde abajo», como en el caso del *History Workshop* desarrollado en Gran Bretaña –de hecho, su revista llevaba el expresivo subtítulo de «Revista de historia socialista y feminista»–. En este planteamiento, se consideraba que las mujeres formaban parte de las clases bajas o subalternas. Por otra parte, el interés puede ser también considerado como una historia de la subversión, enfatizando las divisiones, conflictos e incluso violencias entre las secciones de un pueblo. El auge de estos temas se asoció al de los estudios sobre las mujeres en general, institucionalizados en las universidades norteamericanas y en centros de investigación de todo el mundo, como el catalán Centre d'Investigació Històrica de la Dona de Barcelona.

La fase heroica

La primera fase de este movimiento puede ser llamada la «fase heroica», caracterizada por la investigación sobre algunas de las heroínas de la lucha por la emancipación, o «fase separatista», ya que el objeto principal de la investigación eran las mujeres en y por sí mismas. Se escribieron entonces algunos libros sobre las primeras feministas que, durante la época revolucionaria, habían iniciado la lucha por los derechos de la mujer, como el caso de la francesa Olympe de Gouges, quien diseñó una *Declaración de los derechos de la mujer* (1791), o la inglesa Mary Wollstonecraft, autora de una *Reivindicación de los derechos de la mujer* (1792). Este redescubrimiento de las mujeres se extendió a la historia de la literatura, a la historia del arte y a la historia de la ciencia. El ensayo *¿Por qué no ha habido grandes mujeres artistas?* (1971), de Linda Nochlin (1931-), inspiró a un grupo de historiadoras del arte feministas. El libro *¿No tiene sexo el intelecto? Mujeres en los orígenes de la ciencia moderna* (1989) ejerció la misma función incentivadora para la historia de la ciencia. Por lo que respecta a la historia de la historiografía, se puso más énfasis en las mujeres historiadoras y lo que lograron superando los obstáculos que encontraron en su carrera académica (Scott, 1988, pp. 178-198), tal como se refleja en los estudios de Bonnie Smith (1940-) en *El género de la historia* (1998) o en Maxine Berg a través del estudio de Eileen Power, *Una mujer en la historia* (1996).

La historia de las mujeres

El legado más importante de las historiadoras feministas de esta primera fase fue la creación de un nuevo ámbito historiográfico que hacía visibles a las mujeres y llenaba un hueco en las versiones de la historia previas, que habían sido escritas mayoritariamente por hombres. Estas historiadoras pioneras analizaron el rol de las mujeres en los movimientos políticos y sociales, abarcando desde la formación de la clase trabajadora en Inglaterra hasta la Guerra Civil Española. En 1987 fue constituida una Federación Internacional para la Investigación en la Historia de las Mujeres, y ya durante la década de los noventa fue posible realizar una síntesis del trabajo realizado en este ámbito, tomando forma de una obra colectiva de cinco volúmenes titulada *La historia de las mujeres en Occidente* (1990-1991), editada por Michelle Perrot y Georges Duby, y los dos volúmenes de otra obra colectiva, *Cappelens kvinnehistorie* (*La historia de las mujeres de la editorial Cappelen*, 1992), editada por la historiadora noruega Ida Blom (1931-).

La fase de normalización

Conway, Davis, Scott

Una segunda fase de este movimiento se inició cuando algunas reputadas historiadoras norteamericanas como Natalie Z. Davis, Jill K. Conway (1934-) y, en un segundo momento, más radical, Joan W. Scott (1941-) postularon que la historia de las mujeres no podía ser una historia aislada y descontextualizada, es decir, que era imposible entender lo que había sucedido con las mujeres en el pasado sin tener en cuenta el equilibrio –o el desequilibrio– de poder entre sexos en las sociedades (Scott, 1988; Bock, 1989). Estas sociedades eran descritas habitualmente como regímenes «patriarcales», aunque ciertamente había que distinguir diferentes variedades y niveles de «patriarcado», tal como lo enfatizó la historiadora norteamericana Susan D. Amussen, en su obra *Una sociedad ordenada: género y clase en la Inglaterra moderna* (1988) o el historiador inglés Anthony Fletcher en su *Género, sexo y subordinación en Inglaterra 1500-1800* (1995). Aunque, viendo las cosas en retrospectiva, parece inevitable que esto sucediera, esta segunda fase de la *gender history* tuvo la oposición de algunas feministas y, como consecuencia, Davis y Scott fueron criticadas por «borrar» a las mujeres de la historia y, por tanto, por traicionar las ideas originarias del movimiento emancipador de las mujeres. La reputación historiográfica de Davis y Scott fue determinante para la divulgación de sus ideas, aunque la primera lo hizo con un lenguaje empírico y la segunda más teórico.

El giro posmoderno: del sexo al género

La fundación de la revista *Gender and History* (1989) es uno de los momentos claves de esta fase asociado a lo que se podría llamar el «giro posmoderno» de historiadoras como Scott, así como de las teóricas de la cultura como Judith Butler (1956-), autora de *Gender Trouble* (*Los problemas del género*, 1990), que tendieron a considerar el género como un ámbito cultural «construido» y por

tanto no «natural», como se había considerado hasta entonces. A un nivel empírico, los historiadores empezaron a interesarse por las mujeres que vestían como hombres y viceversa, por ejemplo, las mujeres de la época moderna que se alistaron en el ejército, estudiadas en el libro de dos historiadores holandeses, Rudolf Dekker y Lotte van de Pol, *The Tradition of Female Cross-Dressing in Early Modern Europe* (*El vestuario masculino de las mujeres en la Europa moderna*, 1989). El giro del énfasis en las mujeres hacia el otro género puede ser interpretado como un regreso a los orígenes del movimiento emancipador de la «fase heroica», pero de alguna manera es todavía más radical que sus «separatistas» predecesoras ya que implica que la entera historia de la humanidad, incluyendo además las tradicionales divisiones por periodos, precisa de una revisión global desde el punto de vista de las relaciones entre géneros (Wiesner-Hanks, 2008).

Gay studies

La segunda fase se caracterizó también por el aumento de los estudios históricos (y también antropológicos y sociológicos) sobre los hombres, o más exactamente sobre la masculinidad –aunque, curiosamente, las historiadoras de las mujeres tienen menos que decir acerca de la feminidad. La mayor parte de las investigaciones sobre la masculinidad ha sido realizada en Estados Unidos. Lo mismo puede ser afirmado sobre los estudios sobre la homosexualidad y el lesbianismo, que han sido analizados desde grupos interdisciplinares, la historia incluida, y que incluso han sido institucionalizados en algunas universidades norteamericanas. Un importante estudio en este ámbito es *Cristianismo, tolerancia social y homosexualidad* (1980), realizado por John Boswell (1947-1994).

Estudios subalternos y poscoloniales

Estudios Subalternos (*Subaltern Studies*) es el nombre de una publicación anual sobre la historia de la India, fundada en 1982 por un grupo liderado por Ranajit Guha (1923-), que incluía también académicos como Shahid Amin, Dipesh Chakrabarty, Gyan Prakash y Sumit Sarkar. Esta empezó siendo una especie de «historia desde abajo», centrada en el momiviento de la independencia india e inspirado por Marx, Gramsci y los historiadores marxistas ingleses como Thompson y Hobsbawm, aunque el propio Guha (véase p. 335) es un académico ecléctico que ha asumido ideas de la antropología, la semiótica y de otras diferentes metodologías y disciplinas. La importancia del Grupo de Estudios Subalternos llegó más allá de su proyecto de revisión de la historia de la India. Siguiendo los pasos de K. M. Panikkar (1895-1963), autor del clásico *Asia y la dominación de Occidente* (1953), el grupo ofreció una alter-

nativa a la historia imperial y también a la visión occidental de su propio apogeo, explícitamente desafiado por Chakrabarty en su *Provincializing Europe* (*La provincialización de Europa*, 2000).

Literatura poscolonial

Los estudios poscoloniales, desarrollados desde la década de los setenta, eran originariamente estudios literarios, aunque habitualmente informados por un profundo sentido del contexto social y político. Un conocido ejemplo es el libro colectivo *The Empire Writes Back* (*El imperio responde*, 1989), un pionero intento de analizar comparativamente las diferentes «literaturas poscoloniales», desde la India al Caribe y desde Australia a Canadá. Dos de sus tres autores enseñaban en Australia y uno en Estados Unidos.

Cultura poscolonial

En una segunda fase, los estudios poscoloniales evolucionaron hacia una aproximación interdisciplinar de las culturas que habían sido colonias, institucionalizándose en universidades en forma de asociaciones, institutos, centros y revistas científicas, en Gran Bretaña y en todas partes. En la medida que este ámbito ha crecido, generando también él un verdadero imperio intelectual, se ha dividido en especialidades como los estudios literarios poscoloniales, los estudios culturales poscoloniales y la historia poscolonial, adquiriendo una tradición historiográfica que desafió los puntos de vista eurocéntricos o coloniales. En esta dirección se puede destacar, junto a los estudios de Panikkar, los de C. L. R. James (1901-1989), un escritor de Trinidad, autor de un famoso estudio sobre la rebelión de los esclavos de Santo Domingo en 1971, *The Black Jacobins* (*Los jacobinos negros*, 1938).

Descentralización de la historia

Los estudios poscoloniales conectan así con la crítica poscolonial y con movimientos literarios y sociales. Estos estudios son descritos como filosofía política o análisis cultural que combate «la dominación previa del modo de ver las cosas desde una perspectiva occidental» y ofrece «conocimientos subversivos» en su lugar. En el caso de la disciplina histórica, por ejemplo, el poscolonialismo ha sido descrito como una perspectiva que trata de deconstruir los grandes relatos de la historia imperial, especialmente a través del estudio de los movimientos de resistencia indígenas. Teóricos del poscolonialismo son el psiquiatra Franz Fanon (1925-61), de la isla Martinica, y el crítico literario Edward Said (1935-2003), palestino-norteamericano, así como los indios Gayatri Chakravorti Spivak (1942-) y Homi Bhabha (1949-). Todos ellos se basan en las ideas de Marx, Gramsci, Foucault, el psicoanalista heterodoxo Jacques Lacan y algunos otros intelectuales, cuyo pensamiento es adaptado a las situaciones del Caribe, la India y cualquier otro lugar del mundo asociado a los movimientos poscoloniales.

Poscolonialismo y subalternidad

Los estudios poscoloniales y los subalternos convergieron a finales de la década de los ochenta, cuando el influyente volumen *Se-*

lected Subaltern Studies apareció, editado conjuntamente por Guha y Spivak con una introducción de Said, dando la bienvenida del grupo y describiéndolo como parte de un «vasto esfuerzo crítico y cultural poscolonial». El movimiento «subalterno» pronto se extendió a los latinoamericanistas (en Estados Unidos se fundó en 1992 el grupo Estudios Latinoamericanos de lo Subalterno) y también a Irlanda, donde el movimiento por la independencia fue paralelo al de la India a finales del siglo XIX y en el siglo XX. Estas tendencias ofrecen un ejemplo inaudito en la historia de la historiografía, al verificarse una nueva aproximación metodológica originada en la periferia (aunque algunos de sus líderes, como Guha, hayan residido en Europa) que se expande hacia el centro.

Natalie Z. Davis

Natalie Z. Davis (1928-) es una historiadora norteamericana especializada en historia cultural, que se hizo célebre a raíz de la publicación de su obra *El regreso de Martin Guerre* en 1982. Esta obra fue diseñada en un principio para un libro de historia, pero pronto se convirtió en el guión cinematográfico para la película que protagonizó Gérard Depardieu, del mismo título, y está dedicada a la narración de la vida de una campesina de una aldea francesa de los Pirineos. Davis convirtió una documentación jurídica resultante de un juicio por adulterio en una trama narrativa lineal, coherente y bien tramada. El libro narra la historia de una campesina de un pueblo francés del siglo XVI que ha sido abandonada por su marido. Al cabo de un tiempo, llega a esa aldea un forastero que, basándose en su extraordinario parecido con el antiguo esposo, se hace pasar por él de modo fraudulento. La campesina acepta la nueva situación, quizá ansiosa de mejorar la experiencia de la convivencia con su anterior consorte, quizá intentando abandonar su estatus de mujer viuda, generando una compleja psicología, descrita de modo magistral en el libro. Finalmente, la gente del pueblo empieza a recelar del impostor, incoándose un proceso judicial que es precisamente el que genera la documentación que Davis utiliza para construir su relato. A lo largo del libro, aprovechando la compleja trama de la historia y las problemáticas morales inherentes a la situación gene-

[illegible]

rada por la nueva unión, la historiadora norteamericana proyecta algunos postulados del feminismo del siglo XX en la protagonista del libro, una aldeana del siglo XVI.

Davis forjó su reputación con la publicación de una recopilación de artículos sobre la historia social y cultural de la Francia moderna (*Society and Culture in Early Modern France*, 1975). Durante la década de los ochenta, tras la publicación del *Martin Guerre* y el éxito subsiguiente, Davis profundizó en su labor de historiadora social, particularmente centrada en la recuperación de la historia de las mujeres y abanderada de la nueva historia cultural. Es particularmente valorada su capacidad de dialogar con otras disciplinas afines a la historia como la etnografía, la antropología y la crítica literaria. A principios de la década de los noventa, participó en el magno proyecto sobre la evolución de la historia de las mujeres, coordinado por Georges Duby y Michelle Perrot, y se centró en la recuperación de las biografías de las mujeres de la Edad Moderna (*Women on the Margins*, 1995). En los últimos años de su carrera, se ha centrado en cuestiones referentes a la recepción de la cultura (especialmente su *The Gift in Sixteenth-Century France*, 2000) y a la biografía (*León el Africano: un viajero entre dos mundos*, 2007). Natalie Z. Davis ha sido la segunda mujer que ha llegado a la presidencia de la American Historical Association.

Carlo Ginzburg

Considerado como el abanderado de la corriente de la «microhistoria», Carlo Ginzburg (1939-) es hijo de la novelista italiana Natalia Ginzburg y del intelectual Leone Ginzburg. Especialista en la Italia moderna, se ha caracterizado siempre por una fina erudición compatibilizada con un acercamiento interdisciplinar a los problemas históricos, particularmente a través de una utilización conjunta de la antropología, la crítica literaria y el arte.

Ginzburg se hizo célebre con la publicación, en 1976, de su obra *El queso y los gusanos*, en la que narra la pequeña historia de un humilde molinero italiano del siglo XVI, Menocchio, incriminado por la Inquisición por ser sospechoso de mantener actividades y lecturas heréticas. El subtítulo del libro («El cosmos según un molinero del siglo XVI») es bien elocuente del carácter holístico de la microhistoria, que consiste en la narración de una pequeña historia con aspiraciones de «historia total». Basándose en la documentación judicial generada de un proceso inquisitorial, Ginzburg intenta asociar las manifestaciones heterodoxas de Menocchio a una secular cultura campesina mediterránea, al tiempo que pretende relacionar su ejecución con los

esfuerzos de las nuevas elites del poder económico y político por suprimir esa cultura.

Poco después de publicar su obra, Ginzburg recibió críticas por el efecto negativo que puede tener en una obra histórica dar un excesivo protagonismo al relato –y concretamente su transgresora práctica de evitar las notas a pie de página. Sin embargo, su obra ha ido ganando prestigio con el tiempo y ha sido frecuentemente puesta como modelo de la corriente de la «microhistoria» (véase p. 310). Su obra *Mitos, emblemas e indicios* (1986) es una reflexión teórica sobre su modo de aproximación histórica. Más tarde publicó *Historia nocturna* (1989), en la que profundiza sobre las raíces antropológicas del relato a través, sobre todo, de textos literarios y sermones. En *El juez y el historiador* (1991), compara la figura del historiador con la del juez, y realiza aportaciones estrictamente historiográficas.

«Antes de examinar en qué medida las confesiones de Menocchio nos ayudan a precisar el problema, es justo preguntarse qué relevancia pueden tener, en general, las ideas y creencias de un individuo de su nivel social considerado aisladamente. En un momento en que hay equipos enteros de investigadores que emprenden ambiciosas empresas de historia *cuantitativa* de las ideas o de la historia religiosa *seriada*, proponer una indagación lineal sobre un molinero puede parecer paradójico y absurdo: casi un retorno al telar manual en la época del telar automático. [...] Ampliar hacia abajo la noción de "individuo" no es objetivo de poca monta. [...] A los ojos de sus paisanos, Menocchio era un hombre cuanto menos distinto de los demás. Pero esta singularidad tiene límites precisos. De la cultura de su época y de su propia clase nadie escapa, sino para entrar en el delirio y en la falta de comunicación. Como la lengua, la cultura ofrece al individuo un horizonte de posibilidades latentes, una jaula flexible e invisible para ejercer dentro de ella la propia libertad condicionada. Con una claridad y lucidez inusitadas Menocchio articuló el lenguaje de que históricamente disponía.»

El queso y los gusanos, 1976, prefacio

Joan Scott

Joan Wallach Scott (1941-) fue docente en la Brown University, y en la actualidad es miembro permanente del Institute of Advanced Study de Princeton. Es una de las historiadoras de género más destacadas. Fue alumna de Eric Hobsbawm, con el que escribió un artículo sobre «zapateros políticos». Empezó su carrera como especialista de la Francia en el siglo XIX, publicando *The Glassworkers of Carmaux: French Craftsmen and Political Action in a Nineteenth Century City* (1974). En sus estudios sobre la historia del trabajo criticaba la obra de historiadores como Edward P. Thompson y Gareth Stedman Jones porque no dedicaban suficiente atención a las mujeres y empezó a escribir ensayos historiográficos y programáticos, primero sobre «la historia de las mujeres» (1983) y luego sobre «el género como categoría de análisis»

«Debemos rechazar la oposición binaria fija y permanente [entre lo masculino y femenino] e historizar y deconstruir los términos en los que se expresa la diferencia de género. Habremos de diferenciar entre nuestro vocabulario analítico y el material objeto de estudio. No tenemos más remedio que hallar la forma (por imperfecta que sea) de criticar sin cesar nuestras categorías y llevar a cabo análisis autocríticos. Si entendemos deconstrucción en los términos en los que la formula Jacques Derrida, ser crítico significa analizar en contexto el funcionamiento de la oposición binaria, invirtiendo y desplazando su construcción jerárquica, negándonos a considerarla algo evidente o que está en la naturaleza de las cosas. En cierto sentido, las feministas llevan haciendo este tipo de crítica desde hace años. La historia del pensamiento feminista es la historia de la negación de las relaciones jerárquicas entre hombres y mujeres en contextos específicos y del intento de invertir o desplazar su funcionamiento. Hoy en día, los historiadores feministas están en situación de teorizar sobre su práctica y convertir el género en una categoría analítica.»

J. Scott, *Gender and the Politics of History*, 1988, capítulo 2

(1986). En el segundo de estos ensayos la autora hace uso de la teoría social y cultural, sobre todo de las ideas de Jacques Derrida sobre el «suplemento». Scott ha seguido publicando obras sobre Francia como *French Feminists and the Rights of Man* (1996) y *The Politics of the Veil* (2007). También ha hecho campaña activa a favor del personal docente femenino de las universidades como presidenta del Committee on Academic Freedom y es titular de la American Association of University Professors.

DE LA FRAGMENTACIÓN A LA SÍNTESIS

La historia descrita en el apartado segundo es, básicamente, una historia de fragmentación, posmoderna en el sentido del rechazo de los tradicionales «grandes relatos», que contribuyen a generar historias comunes, pero en buena medida afectados también por los incesantes procesos de especialización académica que han afectado tanto a las humanidades como a las ciencias sociales y naturales. Esta hiperespecialización ha inquietado a muchos académicos, los historiadores entre ellos, lo que les ha llevado a intentar conseguir una mayor síntesis. A esta tendencia a la síntesis ha contribuido también el desarrollo de ciertas tendencias culturales de nuestro tiempo, particularmente los procesos de globalización y una mayor conciencia de las transformaciones del medio ambiente.

Historia del medio ambiente

La historia del medio ambiente, conocida en otros ámbitos historiográficos como *environmental history*, *écologie historique* o *Umweltgeschichte*, es consecuencia de la creciente conciencia de lo que la humanidad está haciendo para corromper o destruir el medio ambiente. Esta nueva tendencia ha emergido al acoger en su seno a diferentes corrientes y movimientos, al igual que un río recoge el caudal de sus diferentes afluentes. Los pioneros de la historia medioambiental suelen proceder de dos disciplinas ya consolidadas: la geografía y la historia económica. En Gran Bretaña, la figura más representativa fue el historiador William G. Hoskins (1908-1992), autor de un clásico en este ámbito, *La formación del paisaje inglés* (1955), mientras que el historiador de la economía australiano Keith Hancock (1898-1988) contribuyó con otro clásico en la materia, *Descubriendo Monaro. Un estudio sobre el impacto del hombre en su medio ambiente* (1972). La «geohistoria» de Fernand Braudel también se centró en el entorno físico, pero su interés fue asumido más tarde por Emmanuel Le Roy en sus estudios *Les paysans*

de *Languedoc* (*Los campesinos del Languedoc*, 1966) y *Histoire du climat* (*Historia del clima*, 1967), ambos publicados en la década que fue testimonio de la divulgación de las ideas acerca del calentamiento global, la fundación de los Amigos de la Tierra y la conferencia de la Unesco que lanzó la idea de la «biosfera».

Consolidación académica

Con todo, fue en Estados Unidos, durante las décadas de los setenta y los ochenta, cuando el tema se convirtió en una empresa colectiva. Alfred Crosby, autor de *The Columbian Exchange* (*El intercambio colombino*) de plantas y animales entre el nuevo y el viejo mundo (1972), y William Cronon, autor de *Changes in the Land* (*Cambios en la tierra*), centrado en la ecología de la colonial Nueva Inglaterra (1983), contribuyeron decisivamente a situar el tema en el mapa académico, mientras que Roderick Nash fue uno de los primeros en enseñar un curso sobre esta materia, como reacción al desastre medioambiental del vertido de petróleo en Santa Bárbara en 1969. La Sociedad Americana por la Historia Medioambiental (The American Society for Environmental History) fue fundada en 1977 y la Sociedad Europea por la Historia Medioambiental (European Society for Environmental History) en 1999. Ya en la década de los noventa, se puede afirmar que la historia medioambiental está firmemente establecida en el ámbito académico, y se han publicado ya síntesis de investigación, como por ejemplo las diferentes historias globales del medio ambiente publicadas en sueco (1998), alemán (2000), inglés (2001, 2003) e italiano (2004).

Colaboración disciplinar

Incluir el medio ambiente en la historia general implica expandir el reino de la historia en más de un aspecto. Como es imposible escribir la historia del medio ambiente sin hacer uso de diferentes disciplinas, la práctica de la historia medioambiental estimula la interdisciplinariedad, en un momento en que la estrecha formación profesional de los historiadores les empuja hacia la dirección opuesta. Cuando la historia narrativa está en el centro del debate, la voz de la historia medioambiental debe ser oída, ya que nos ofrece un gran relato en cierto sentido. Todavía no estamos en disposición de afirmar si esta narrativa debe adquirir una forma de tragedia o goza de un «final feliz» alternativo. Mientras tanto, el auge de la historia medioambiental está contribuyendo a unir una profesión fragmentada, animando a sus practicantes a mirar el mundo como un todo.

Historia mundial e historia global

Desde sus orígenes, la historiografía ha sido testigo de intentos de escribir una historia del mundo bajo el nombre tradicional de «historia universal». Como hemos visto (véanse pp. 37, 82, 117 y

Historia universal

186), las historias universales fueron escritas en la Antigüedad clásica, en la Edad Media –tanto en el mundo cristiano como en el islámico– y en la Edad Moderna. Esta tendencia tuvo su continuidad en el enciclopedismo ilustrado, a la que Karen O'Brien calificó de «historia cosmopolita» (O'Brien, 1997). Ya en el siglo XIX, y a sus 85 años, Ranke empezó una historia universal que el destino no le permitió finalizar. Más recientemente, algunos intentos de escribir una historia universal fueron llevados a cabo por los masivos estudios de Spengler y Toynbee, analizados en el capítulo 7.

Historia mundial

Después de la Segunda Guerra Mundial, la Unesco financió la elaboración de puntos de vista históricos globales a través de la revista *Cahiers d'histoire mondiale* (1953-1972). También destacó en esos años la Comisión Internacional sobre la Historia Científica y Cultural de la Humanidad, que produjo una *History of Mankind* (*Historia del género humano*, 1965) en seis volúmenes que, a pesar de la participación de académicos no occidentales, fue rápidamente condenada como eurocéntrica, y fue reemplazada por una *History of Humanity* (*Historia de la humanidad*, 1994-2008) en siete volúmenes, cuyos autores provenían de diversas partes del globo. Más recientemente, la World History Association (1982), que patrocina el *Journal of World History* y algunos centros de historia mundial en diferentes universidades, ha impulsado algunas obras colectivas.

Historia global

Aunque hubo un tiempo que estuvo sobre todo relacionada con la historia política, en especial en el análisis del auge y la caída de los imperios, la historia mundial experimentó un *giro económico* en la década de los setenta, con estudios como *The Modern World-System* (*El moderno sistema mundial*, 1974-1989) de Immanuel Wallerstein (1930-), seguido por una especie de *giro sociocultural*, incentivado por antropologistas como Eric Wolf (1923-1999) y su *Europe and the Peoples without History* (*Europa y los pueblos sin historia*, 1982). Las historias del arte, de la ciencia y de las lenguas han devenido más globales, con estudios como *A World History of Art* (*Historia mundial del arte*, 1982) de Hugh Honour y John Fleming, *Science and Technology in World History* (*Ciencia y tecnología en la historia mundial*, 1999) de James McClellan y Harold Dorn y, por fin, *Empires of the Word: a language history of the world* (*Imperios de la palabra: una historia lingüística del mundo*, 2005) de Nicholas Ostler. La propia historiografía se ha convertido en global, siendo testigo en estos últimos años de la publicación de obras colectivas como los dos volúmenes de la *Global Encyclopaedia of Historical Writing* (*Enciclopedia mundial de la escritura de la historia*, 1998) y los cinco volúmenes de la futura *Oxford History of Historical Writing*, algunos todavía en prensa (cfr. Iggers y Wang, 2008; Woolf, 2011).

El punto de vista

El problema del punto de vista, que siempre está presente en la escritura histórica, se hace particularmente agudo o al menos

particularmente obvio en el caso de la historia mundial. Ha habido ya muchas historias del mundo desde la perspectiva occidental, pero ¿es posible contar la historia desde un punto de vista «global»? El punto de vista occidental proporcionó a la historia un tema básico, formulado en esta cuestión: ¿es posible escribir la historia sin un centro de gravedad, a la manera de lo que los posmodernistas llaman una forma «descentrada» («decentred manner»)? ¿Cuál es la relación entre lo global y lo local? ¿En qué se diferencia la historia universal tradicional de la nueva «historia global», considerada como historia de la «globalización», un concepto que empezó a divulgarse hacia la década de los sesenta (Mazlish, 1998; Iggers y Wang, 2008, pp. 387-394)?

Procesos de globalización

Los historiadores no acaban de ponerse de acuerdo en la respuesta a estas cuestiones, pero una evidencia de que las cosas están cambiando con el tiempo se puede entresacar de la comparación entre dos estudios bien conocidos: *The Rise of the West: a history of the human community* (*El apogeo de Occidente: una historia de la comunidad humana*, 1963) del norteamericano William H. McNeill (1917-), y *The Birth of the Modern World: Global Connections and Comparisons, 1780-1914* (*El nacimiento del mundo moderno: conexiones y comparaciones globales*, 2004), del historiador británico Christopher Bayly (1945-). McNeill se centró en la interacción, sosteniendo que las relaciones entre las sociedades de las diferentes partes del globo se han incrementado gradualmente en los últimos siglos, presentando a Occidente como el primer motor de este proceso, al menos desde 1492. Bayly, que limita su estudio al último siglo y medio, se concentra en el imperialismo y la globalización, enfatizando las contribuciones que han llegado desde diferentes partes del mundo a estas tendencias. Arguye que la globalización es un fenómeno mucho más viejo de lo que habitualmente se piensa entre los economistas, sociólogos y el público en general. Distingue así cuatro grandes estadios de la globalización: el arcaico, el protoestadio, el moderno y el poscolonial (cfr. Hopkins, 2002, 2006). Un colega de Cambridge de Bayly, el historiador de la economía Martin Daunton (2006), distingue, por su parte, tres principales tendencias desde 1850, que describe como globalización, deglobalización y re-globalización.

En conclusión, tanto los historiadores «del mundo» como los historiadores «globales» se pueden dividir en dos grupos. Uno está especialmente interesado en la «historia conectada», es decir, en las conexiones e interacciones entre los pueblos y las culturas en las diferentes partes del mundo durante los dos últimos siglos (Subrahmanyam, 2005b). El otro grupo se centra en comparaciones y contrastes.

La historia comparada

La historia comparada es, en cierto modo, tan vieja como Plutarco (véase p. 38). Ya en el siglo XIX, algunos historiadores comparaban los estados como si lo hicieran con individuos, como lo hizo Ranke con los imperios otomano y español (1827), o el historiador polaco Joachim Lelewel (1786-1861) con las evoluciones paralelas de España y Polonia, en su *Historyczna paralela* (*Historia paralela*, 1831). Sin embargo, la historia comparada atrajo un interés durante el siglo XX como nunca antes se había visto. En Alemania, como hemos visto, Spengler y Weber (que era asimismo un agudo crítico de Spengler) produjeron ambiciosos estudios comparativos de historia mundial. En Gran Bretaña, destacaron Toynbee y Joseph Needham (1900-1995), un biólogo convertido en historiador cuyo multivolumen *Science and Civilization in China* (*Ciencia y civilización en China*, 1954-) fue un intento de responder a la cuestión de por qué fracasó en China la revolución científica que experimentó Europa en el siglo XVII. En el mundo francófono, Henri Pirenne abogó por una historia comparativa capaz de superar prejuicios nacionales, mientras que Bloch lo consideró un método de análisis válido, equivalente para los historiadores a lo que los experimentos suponen para los científicos.

Los estudios comparativos

Desde la década de los cincuenta hasta la actualidad, el interés por una aproximación comparativa al pasado ha crecido lenta pero progresivamente. En 1958 se fundó una revista dedicada a esta metodología, *Comparative Studies in Society and History*, y todavía sigue activa. Tal como sugiere el título, el análisis comparativo ha atraído a muchos sociólogos desde Weber. En Estados Unidos en particular, un distinguido grupo de sociólogos históricos ha practicado el método comparativo, destacando entre ellos Barrington Moore (1913-2005), en *Social Origins of Dictatorship and Democracy* (*Orígenes sociales de la dictadura y la democracia*, 1966); Charles Tilly (1929-2008), en *Big Structures, Large Processes, Huge Comparisons* (*Grandes estructuras, extensos procesos y amplias comparaciones*, 1984) y en otros estudios; así como Theda Skocpol (1947-), en *States and Social Revolutions* (*Los estados y las revoluciones sociales*, 1979).

Algunos ejemplos

Llevando hasta sus últimas consecuencias el proyecto de Pirenne, algunos académicos han hecho diversas comparaciones entre culturas distantes, como un método para combatir el eurocentrismo –y desde luego en este punto tendrían una conexión con los estudios subalternos y poscoloniales, como hemos visto en el apartado anterior–. La monografía *The Theft of History* (2007) del antropólogo británico Jack Goody ofrece un reciente ejemplo de esta tendencia, arguyendo que los historiadores de tradición occidental han pasado por alto o subestimado las contribuciones al capitalis-

mo, la democracia y el individualismo que han provenido del exterior de Europa y Norteamérica. Por fin, la historia comparada ha sido conectada con la historia del medio ambiente gracias a los trabajos del erudito norteamericano Jared Diamond (1937-), que, como Needham, es de formación científica, y cuyas obras más influyentes han sido *Guns, Germs, and Steel: The Fates of Human Societies* (*Armas, gérmenes y acero: el destino de la sociedad humana*, 1997) y *Collapse: how societies choose to fail or succeed* (*Colapso: por qué unas sociedades perduran y otras desaparecen*, 2005).

Además de esta dimensión global, la historia comparada se sigue practicando en la actualidad para establecer paralelismos históricos entre realidades más próximas, concretamente ciñéndose al mundo occidental. Esta tradición historiográfica más «clásica» se ha conservado sobre todo en Gran Bretaña, entre medievalistas y altomodernistas. Se pueden destacar tres ejemplos característicos en esta dirección. David Abulafia (1949-) realizó un estudio comparativo del reino normando medieval de Sicilia y las comunidades septentrionales en *The Two Italies* (*Las dos Italias*, 1977). Peter Burke (1937-) realizó una aproximación comparativa de dos de los centros urbanos con mayor proyección económica y cultural de la Europa moderna en su *Venice and Amsterdam* (1994), centrándose en el análisis de sus elites sociales. Por fin, el hispanista John Elliott (1930-) coronó su extraordinaria carrera dedicando una monografía de largo alcance a la comparación entre los dos grandes modelos de imperios atlánticos durante la Edad Moderna, el hispano y el británico: *Empires of the Atlantic World* (*Imperios del mundo atlántico*, 2006).

Ranajit Guha

Ranajit Guha (1923-) es probablemente el historiador hindú más conocido. Nació en Bengala en el seno de una familia de terratenientes y militó en el Partido Comunista de la India. Tenía veinticuatro años cuando la India logró la independencia y llevó una vida cosmopolita en París y Po-

> «El elitismo, tanto colonial como burgués-nacionalista, ha imperado durante mucho tiempo en la historiografía del nacionalismo hindú. En origen fue un producto ideológico del gobierno británico de la India, pero, si ha sobrevivido al traspaso de poderes, ha sido porque fue asimilado por el discurso *neocolonial* y *neonacionalista* en Gran Bretaña y la India respectivamente. [...] Ambos tipos de elitismo parten del prejuicio de que la formación de la nación hindú y la adquisición de la conciencia (nacionalismo) que impulsó este proceso fueron logros exclusivamente de las elites. En la historiografía colonial y neocolonial se atribuye este mérito a los gobernantes, administradores, policías, instituciones y cultura británicos, y en la neonacionalista, a personalidades, instituciones, actividades e ideas de las elites hindúes. Pero lo que no puede explicar este tipo de estudios históricos es el nacionalismo hindú. Porque no es ya que no interpreten, es que ni siquiera reconocen la contribución del pueblo, *al margen de las elites*, a la formación y evolución de este nacionalismo [...].
> En esta historiografía ahistórica falta claramente la *política del pueblo*. Pues en época colonial la política de las elites coexistió con otros ámbitos de la política hindú cuyos actores principales no eran los grupos dominantes de la sociedad indígena ni las autoridades coloniales, sino las clases subalternas y los grupos constituidos por el grueso de la población trabajadora, así como los estratos medios del campo y la ciudad, es decir, el pueblo. Era un ámbito *autónomo*, pues ni surgía de las elites políticas ni su existencia dependía de ellas. Sólo era tradicional en la medida en que hundía sus raíces en época precolonial, pero no era en absoluto arcaico en el sentido de pasado de moda.»
>
> «On Some Aspects of the Historiography of Colonial India», *Subaltern Studies*, vol. I, 1982

lonia. Trabajó en la Universidad de Sussex, en la Australian National University y en la India. Entre sus obras cabe mencionar *A Rule of Property for Bengal* (1963), *Dominance Without Hegemony: History and Power in Colonial India* (1998) y el magnífico estudio titulado *Elementary Aspects of Peasant Insurgency in Colonial India* (1983), una destacada contribución a la historia comparada en la que recurre a la antropología, la sociolingüística, el psicoanálisis, el estructuralismo francés, la semiótica rusa y pensadores marxistas como Gramsci o Mao. Analiza las revueltas en cuanto acciones basadas en códigos que lanzan un mensaje a las autoridades. Sin embargo, la fama de Guha se debe, sobre todo, a que es el fundador y el alma del Subaltern Studies Group, responsable del manifiesto elegido como cita para este autor.

ESQUEMA

Tendencias recientes

- Cuatro fases de la historiografía desde 1970 hasta la actualidad

1. La irrupción del posmodernismo (años setenta)
- Los fundamentos teóricos del posmodernismo: Lyotard, Foucault, Derrida.
- La recepción del posmodernismo en la disciplina histórica: White.
- El giro lingüístico: Rorty.
- El giro antropológico: Lévi-Strauss, Geertz.

2. La crisis de la historia (años ochenta)
- La función de la historia entre las ciencias sociales.
- El problema del relativismo.

3. El giro cultural y las historias alternativas (desde los ochenta a la actualidad)
- La nueva historia cultural: Hunt, Sewell.
- La nueva historia narrativa: Davis.
- La microhistoria: Ginzburg.
- La nueva historia política: Furet, Rémond.
- La historia de la religiosidad: Hilaire, Cholvy.
- La historia social del lenguaje: Burke, Porter.
- La historia de la vida cotidiana.
- La «historia desde abajo».
- La cultura material.
- La historia de la comida.
- La historia del cuerpo.
- La historia de los libros y de la lectura.
- La historia de los sentidos y las emociones.
- La historia de género.
  - La fase heroica o separatista.
  - La fase posmoderna: Scott.
- Estudios subalternos y poscoloniales: Guha.

4. De la fragmentación a la síntesis (tendencias emergiendo actualmente)
- Historia del medio ambiente.
- Historia mundial e historia global.
- La historia comparada.

Hay algunos volúmenes introductorios a la emergencia, consolidación y evolución de las últimas tendencias en la historiografía. Quizá el más sintético sea el de Georg G. Iggers, *La ciencia histórica en el siglo XX: las tendencias actuales* (Barcelona, 1998); son útiles también, como visiones globales más detalladas, Ernst Breisach, *On the Future of History. The Postmodernist Challenge and its Aftermath* (Chicago, 2003) y Jaume Aurell, *La escritura de la memoria, de los positivismos a los postmodernismos* (Valencia, 2005).

Hay dos volúmenes colectivos muy útiles también para profundizar en las diversas manifestaciones de la escritura histórica reciente: Peter Burke (ed.), *Formas de hacer historia* (Madrid, 1993) y Lloyd Kramer y Sarah Maza (eds.), *A Companion to Western Historical Thought* (Malden, 2002).

Dos diagnósticos sobre el giro lingüístico y el posmodernismo, que funcionaron también como manifiestos de estas tendencias son, respectivamente, Richard Rorty (ed.), *The linguistic turn: recent essays in philosophical method* (Chicago, 1968) y Jean-François Lyotard, *La condición posmoderna: informe sobre el saber* (Barcelona, 1999, publicado originariamente en francés en 1978).

Sobre las relaciones entre la historia y la antropología hay un artículo programático de Clifford Geertz, «History and Anthropology», *New Literary History* 21 (1990), y una excelente síntesis de André Burguière, «Anthropologie historique», en André Burguière (dir.), *Dictionnaire des Sciences Historiques* (París, 1986).

El diagnóstico más agudo sobre la crisis de la historia es el que publicó Gérard Noiriel, *Sur la «crise» de l'histoire* (París, 1996).

Un diagnóstico sobre la nueva historia cultural, que funcionó también como programa de acción, es el libro editado por Lynn Hunt, *The new cultural history* (Berkeley, 1989); diez años después apareció una edición actualizada, coeditada esta vez por Lynn Hunt y Victoria E. Bonnell, *Beyond the cultural turn: new directions in the study of society and culture* (Berkeley, 1999). Una buena síntesis de las manifestaciones de la historia cultural en Ute Daniel, *Compendio de historia cultural. Teorías, prácticas, palabras clave* (Madrid, 2005).

Sobre la nueva nueva historia narrativa: Peter Burke, «Historia de los acontecimientos y renacimiento de la narración», en *Formas de hacer historia* (Madrid, 1993), pp. 287-305. Sobre la microhistoria, Giovanni Levi, *Sobre microhistoria* (Buenos Aires, 1993) y Justo Serna y Anaclet Pons, *Cómo se escribe la microhistoria: ensayo sobre Carlo Ginzburg* (Madrid, 2000). Un buen muestreo de las prácticas de la nueva historia política en René Rémond (ed.), *Pour une histoire politique* (París, 1988). Una síntesis

bibliográfica y de los temas tratados por la historia de la religiosidad se puede encontrar en la introducción de Jaume Aurell y Pablo Pérez López (eds.), *Católicos entre dos guerras: la historia religiosa de España en los años 20 y 30* (Madrid, 2006).

Algunos ejemplos de las formas de la historia social del lenguaje los recoge el libro editado por Peter Burke, *Hablar y callar: funciones sociales del lenguaje a través de la historia* (Barcelona, 1996). Un ejemplar caso de estudio sobre la historia de la vida cotidiana en Daniel Roche, *Histoire des choses banales: naissance de la consommation dans les sociétés traditionnelles (XVIIe-XIXe siècle)* (París, 1997). Sobre la historia de género, Laura Lee Downs, *Writing gender history* (Londres, 2010). Sobre los estudios subalternos y poscoloniales las síntesis más completas son las de Ranajit Guha (ed.), *A Subaltern studies reader, 1986-1995* (Minneapolis, 1997), y Vinayak Chaturvedi (ed.), *Mapping subaltern studies and the poscolonial* (Londres, 2000).

Sobre la historia del medio ambiente, J. McNeill, «Environmental History», en U. Rublack (ed.), *A Concise Companion to History* (Oxford, 2011), y Sverker Sörlin y Paul Warde (eds.), *Nature's End: history and the environment* (Nueva York, 2011).

Sobre la historia mundial e historia global, Bruce Mazlish y Ralph Buultjens, *Conceptualizing Global History* (Boulder, 1993) y Benedikt Stuchtey y Eckhardt Fuchs (eds.), *Writing World History 1800-2000* (Londres, 2003).

Sobre la historia comparada, Marcel Detienne, *Comparer l'incomparable* (París, 2000) y el sintético trabajo de John H. Elliott, *National and comparative history* (Oxford, 1991).

9
La historiografía latinoamericana

(Felipe Soza)

El concepto *Latinoamérica*

Latinoamérica es una extensión de territorio enorme –dos veces Europa–, étnicamente diversa, dispar en términos de desarrollo económico y caracterizada históricamente por inestabilidades políticas. El término «Latinoamérica» tampoco es neutro: está lleno de prejuicios sociales, miradas culturales, proyecciones políticas y económicas, generalizaciones e imprecisiones que asocian al concepto, de una u otra manera, una carga determinada (Rojas Mix, 1991; Weinberg y Carrera Damas, 2006; Mignolo, 2007; Feres, 2008). Además, esta denominación tiene poco sentido cuando se aplica al mundo precolombino. En ese entonces no existían ni siquiera atisbos de unidad. También se podría objetar su uso cuando es referido al mundo colonial, ya que «las Indias» eran la periferia de los grandes colonizadores europeos antes que una entidad con carácter diferenciado e independiente. Luego, con las revoluciones de independencia, se produjo una ruptura que permitió tomar distancia y marcar ciertos límites diferenciadores: Latinoamérica comenzó a emprender su propio camino.

Considerando todo esto, hablar de «América Latina» tiene un riesgo. Sin embargo, es la denominación más inclusiva y universalmente expandida que incorpora globalmente el espacio que va desde México al cabo de Hornos y del Pacífico al Atlántico. Si se habla de «Hispanoamérica», se olvida el lado portugués. Si nos referimos a «Iberoamérica», quedan fuera todas las influencias ajenas a la península y se destaca lo europeo sobre lo local. De ahí que se haya elegido esta denominación antes que otras, pues es posible aunar de un modo bastante coherente y bajo el mismo marco países, lenguas y tradiciones distintas.

Del contexto indígena a historiografía académica profesional

Ahora bien, no todo es diferencia y dispersión. Hay también mucho de semejanza y unidad. En este capítulo el acento estará puesto en analizar las características, ideas, tendencias y debates más importantes en la escritura de la historia desde el pasado precolombino hasta el presente. El relato se centrará en las principales figuras y sus obras, buscando trazar las líneas generales del de-

sarrollo de la historiografía latinoamericana. Si bien los primeros historiadores del mundo americano fueron europeos, a medida que se avance en el tiempo se pondrá el acento en los historiadores locales, especialmente a partir del siglo XVIII, aunque serán consideradas las relaciones, personajes, teorías y corrientes extranjeras que han influido marcadamente en el desarrollo de la historiografía latinoamericana.

Cuatro momentos: crónicas de las conquistas; historiografía criolla; historias nacionales; historiografía académica

Después de analizar el trasfondo cultural indígena sobre el que se desenvuelven estas ideas, se proponen cuatro grandes momentos en la escritura de la historia en Latinoamérica, que dan cuenta de las principales líneas de su desarrollo. En un primer momento, la conquista y la fascinación que implicó el descubrimiento del «nuevo mundo» marcaron las miradas y aproximaciones de los historiadores y cronistas del siglo XVI y primera mitad del XVII. Fueron principalmente militares y religiosos quienes se lanzaron a escribir estas historias movidos por la atracción de las conquistas, las querellas de poder, los avances de la evangelización, las culturas indígenas y los desafíos de los nuevos territorios.

A medida que se fueron consolidando los establecimientos en América, las experiencias locales pasaron a tener mayor preponderancia en la mirada histórica, lo que desembocó en el surgimiento de un pensamiento criollo durante el siglo XVII –que se consolidó en el XVIII–, el cual permeó las visiones del pasado del mundo americano. Así, muchos criollos –laicos y religiosos– dejaron su huella en la historiografía. No cambiaron necesariamente los temas –aunque sí aumentaron–, pero cambiaron las aproximaciones al pasado y la manera de apreciarlo y valorarlo. La mirada ya no era solamente del dominador al dominado, sino que la realidad local también comenzó a tener voz en la concepción del desarrollo histórico y de su escritura. Tanto así que algunos han llegado a hablar de una «epistemología patriótica» que se consolida en el siglo XVIII como expresión del pensamiento criollo (Cañizares Esguerra, 2007).

Influencia de los procesos de independencia en las diversas historiografías nacionales

A comienzos del siglo XIX, las revoluciones de independencia tuvieron como consecuencia una verdadera ruptura que generó el surgimiento de nuevos problemas y el planteamiento de nuevas interrogantes; nace aquí un tercer momento. Estos procesos, así como la formación de los estados nacionales, derivaron en caminos separados y perspectivas distintas para tres grandes regiones: Sudamérica hispana, México y Brasil. Mientras que durante el periodo colonial el dominio monárquico ibérico y la presencia de la Iglesia permiten considerar América Latina como un todo, las revoluciones de independencia produjeron una trifurcación regional y una fragmentación de la homogeneidad colonial.

Así, tras la independencia, Brasil se convirtió en un imperio que era encabezado por una monarquía local heredera de la por-

tuguesa; su desarrollo intelectual e historiográfico siguió patrones específicos que no corresponden a lo sucedido en las otras regiones. México, por su parte, vivió una invasión extranjera a mediados del siglo XIX, un largo gobierno del caudillo Porfirio Díaz durante treinta años y, entrando al siglo XX, sufrió una de las guerras civiles más duras y complejas de la historia americana. Sudamérica hispana, en cambio, presenta experiencias y patrones distintos a los de las dos regiones anteriores. Si bien aparece una dispersión nacional, ya que cada país de esta región siguió de una u otra manera su propio camino, hay procesos comunes entre ellas que permiten proponer una visión unitaria. En efecto, durante el siglo XIX existió en Sudamérica hispana un mercado intelectual común entre las elites, los pensadores y los historiadores, lo que permite agrupar a los distintos países de esta región bajo una misma mirada (Colmenares, 1989; Maiguashca, 2011).

El siglo XIX: historiadores, intelectuales y políticos

No obstante lo anterior, un rasgo distintivo de todos los intelectuales e historiadores de esta época fue el especial compromiso que tuvieron con su tiempo. Como se verá, durante el siglo XIX es difícil separar al hombre público, al político, del intelectual y del historiador. Es por esto que los procesos locales marcaron distintivamente a los historiadores, su pensamiento y su producción.

Al mismo tiempo, se produce otra transformación. Mientras que durante la colonia los centros de poder y pensamiento estuvieron en las capitales virreinales de México y Perú (centros heredados, en parte, del mundo precolombino, dado que ahí tenían sus centros las dos principales civilizaciones, la azteca y la inca), tras las independencias los principales centros de reflexión y producción historiográfica se trasladaron a Santiago de Chile y Buenos Aires, además de México. Las dos primeras, ciudades que hasta entonces eran de la periferia, tomaron una posición central en el quehacer intelectual.

El siglo XX: institucionalización y profesionalización

La cuarta etapa comienza ya entrado el siglo XX. A partir de la década de los veinte comienza el proceso de profesionalización de la producción historiográfica, y se consolida a su vez el de institucionalización. La historia se empezó a escribir en gran parte desde las facultades universitarias o centros de investigación. Este proceso involucró, antes o después, a toda América Latina, lo que permite volver a la mirada general de la primera etapa, en desmedro de la regional del momento precedente. Los historiadores fueron perdiendo, especialmente en comparación con el siglo XIX, su injerencia política y pública, y se fueron retirando progresivamente al mundo académico, perdiendo también lectores del público general en favor principalmente de académicos y estudiantes universitarios. Los centros más importantes pasaron a ser México, São Paulo y Buenos Aires. Los rasgos distintivos –y cada vez más

a medida que avanzaba el siglo– pasaron a ser las escuelas metodológicas, las posturas ideológicas, los contactos académicos y los enfoques temáticos.

LA CONCIENCIA DEL PASADO EN LAS CULTURAS PRECOLOMBINAS

Se suele suponer que la escritura acerca de hechos pasados y la conciencia histórica comenzaron en América con la llegada de los colonizadores. Sin embargo, las culturas prehispánicas gozaron también de conciencia y registros históricos. Es aventurado sostener que estos pueblos precolombinos escribieran propiamente historia, ya que este concepto responde a un marco cultural y mental europeo. De ahí que no sea una primera etapa propiamente historiográfica, sino el trasfondo sobre el cual se desenvuelve en un primer momento la práctica de la historia en América Latina.

El pasado como norma y guía para actuar en el presente y encarar el futuro

No se puede negar que los antiguos pueblos mexicanos tuvieran una especial preocupación por el recuerdo de su pasado. Este era la norma y la guía que permitía avanzar al pueblo por el camino correcto; era aquello que arrojaba luz sobre la vida presente. Así, los códices y tradiciones de los antiguos mexicanos, por ejemplo, dan cuenta de esto, llevando a algunos incluso a hablar de un «concepto náhuatl de la historia» (León-Portilla, 1961). Si bien en ellos se entremezclan narraciones maravillosas, mitos y realidades, es posible adentrarse en su concepción y representación del pasado. Una serie de códices o libros de pinturas –de los cuales actualmente contamos con algunos pocos ejemplares precolombinos y otras cuantas copias realizadas en el periodo colonial– permiten estudiar el papel que tenía la transmisión y presencia del pasado en esta sociedad. Desarrollaron una escritura con glifos numerales, ideográficos y fonéticos que les permitió registrar sus tradiciones, fechar acontecimientos y describir sus doctrinas religiosas, mitos y ordenamientos jurídicos. En el llamado códice Boturini, de la primera mitad del siglo XVI, se narran los orígenes culturales y la marcha de los pueblos mexicas hasta el valle de México donde fundaron Tenochtitlán. Por su parte, en el códice Borbónico, de fines del siglo XV o comienzos del XVI, han pervivido narraciones míticas y la calendarización de sus fiestas.

Tan efectiva es esta preocupación por el pasado entre los antiguos mexicanos que los primeros cronistas españoles del siglo XVI dan cuenta de la existencia de numerosas «casas de códices» en México. Los mayas, de hecho, son considerados un pueblo «memorioso», dada su obsesión con los hechos pasados y manía por precisar su lugar en el tiempo. El códice de Dresde, por ejemplo,

elaborado a comienzos del siglo XIII, es un fiel reflejo de la preocupación por la calendarización (Florescano, 2002).

Aunque la conquista destruyó este sistema, algunos indígenas sirvieron como fuente a españoles que pusieron sus historias por escrito en náhuatl y castellano, mientras que otros aprendieron castellano y escribieron las historias de sus pueblos. Si bien esto último da cuenta de la preocupación por el pasado, en estos casos la escritura ya está permeada con perspectivas y vocabularios europeos, lo que no impide, eso sí, tener cierto acceso confiable a las tradiciones precolombinas (Gruzinski, 1991).

En relación con el Imperio inca –el otro gran foco de poder y cultura en el mundo precolombino– no nos ha llegado nada parecido a una escritura en donde se narren las historias del pasado. De hecho, José de Acosta (1540-1600), cronista español, señaló que «los indios del Perú, antes de venir los españoles, ningún género de escritura tuvieron, ni por letras ni por caracteres o cifras o figurillas, como los de la China y los de México». Sin embargo, el mismo cronista especifica que no por eso conservaron menos la memoria del pasado. Por medio de imágenes e inscripciones sobre piedra estos pueblos buscaban fijar y transmitir sus historias. Felipe Guamán Poma de Ayala (1534?-1615?), cronista peruano de origen indígena, señala que entre los incas existía un secretario encargado de llevar el registro de la información gráfica.

La historia como instrumento para comprender y justificar lo que se sucedía en América

Ahora bien, la conquista produjo marcadas transformaciones en el nuevo mundo. El encuentro que se dio, además, entre los dos mundos fue sumamente particular: fue de guerra o conquista, de incomunicaciones y malas interpretaciones, de desafíos y choques. El problema de la comprensión del otro, tanto de lo indígena por lo español como viceversa, fue una realidad omnipresente y transversal (Todorov, 1987). Uno de los medios utilizados por los conquistadores para comprender, explicar y justificar lo que se vivía fue la historia.

LAS HISTORIAS DE CONQUISTA: LOS DESAFÍOS DEL NUEVO MUNDO (1492-CA. 1630)

Las primeras historias y crónicas de Indias

Faltan palabras para dar cuenta de la fascinación que despertó el nuevo mundo en los primeros europeos que llegaron a estas tierras. Múltiples fueron los móviles de esta empresa: la gloria, el poder, el dinero, la aventura por lo desconocido, la evangelización. También múltiples, en consecuencia, los intereses. Dentro de este contexto se entiende la pasión que inundó a los conquis-

tadores, ya fuera de territorios o de almas, en cuanta empresa acometieran en América. Este ambiente se reflejó en la escritura de la historia (Esteve Barba, 1992). El descubrimiento de las Indias había sido, como escribió el cronista Francisco López de Gómara (*ca.* 1511-*ca.* 1566), «la mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crió». La historiografía del siglo XVI y comienzos del XVII se vio moldeada por la necesidad de describir, comprender y transmitir todas estas experiencias vividas en el nuevo mundo.

Conquistadores y misioneros dejan cartas, relaciones, crónicas e historias que narran los desafíos del descubrimiento y conquista del nuevo mundo

Las primeras expresiones de este primer momento son las cartas escritas por Colón, aunque los géneros dominantes desde un comienzo fueron las relaciones, crónicas e historias. Las primeras son relatos o informes que se hicieron respondiendo generalmente a peticiones oficiales para dar cuenta de las empresas de conquista. Los vocablos «crónica» e «historia» a menudo se confundían y significaban lo mismo, aunque a veces se los ha querido distinguir argumentando que el primero respondía a narraciones cronológicas de acontecimientos recientes, mientras que la «historia» correspondía a narraciones de una menor preocupación temporal. Así se explica, por ejemplo, que se pudiera hablar de «historia natural». Más allá de lo anterior, ambos términos eran utilizados indistintamente. Pedro Cieza de León (1520-1554), por ejemplo, tituló su libro *Crónica del Perú*, pero en el proemio se refiere a lo que él había hecho como «historia». Bernal Díaz (1496-1585?), cronista de México, utiliza como sinónimos los términos «historia», «crónica» y «relación», al igual que el historiador jesuita José de Acosta (Mignolo, 1992).

Además de los conquistadores llegaron los misioneros. Fueron justamente soldados y religiosos los primeros en dedicarse a la escritura de la historia, conscientes de vivir hechos novedosos y de grandes proporciones. Por eso también fue una preocupación el legado que quedaría. Hernán Cortés, por ejemplo, le encargó a López de Gómara, su capellán en España, que escribiera sobre la conquista de México. Los religiosos, por su parte, creyeron conveniente nombrar a un cronista oficial que recogiera y pusiera por escrito la labor de la orden, a partir de sus experiencias y de los archivos de los conventos. Por razones similares, la corona española decidió crear en 1532 el cargo oficial de cronista de las Indias. Si bien Pedro Mártir de Anglería (1457-1526), humanista y sacerdote italiano, había escrito y publicado bajo el alero de la corona la primera historia general del descubrimiento del nuevo mundo bajo el título *De orbe novo*, la definición oficial del cargo se haría después de su muerte. En 1571 Juan López de Velasco pasó a ser el primer cosmógrafo-cronista oficial de las Indias llegando a escribir la *Geografía y descripción universal de las Indias*.

La corona española crea el cargo de Cronista oficial de Indias (1532)

Dado que la corona y las órdenes religiosas y, con el tiempo, los virreinatos y capitales importantes tuvieron su propio cronista oficial, la historia tuvo también –especialmente desde fines del siglo XVI en adelante– una función política y administrativa, por cuanto permitía definir territorios y posesiones, legitimar derechos y afirmar linajes sociales y corporativos (Florescano, 2002).

Estos primeros relatos se caracterizaron por un marcado carácter vivencial. Bernal Díaz del Castillo, quien participó en varias expediciones y batallas en México, escribió una *Historia verdadera de la conquista de México*, en la que buscó registrar las grandes hazañas de su juventud, poniendo en el papel sus recuerdos, aún vivos, de lo que había significado ser un conquistador. Escribía sobre cosas de las que había sido «testigo de vista», buscando conmemorar a esos grandes guerreros, camaradas y compañeros de armas de las aventuras de antaño. Así como los conquistadores eran actores de sus narraciones, los cronistas religiosos muchas veces fueron misioneros, convirtiéndose en protagonistas de las empresas que relataban. Fray Toribio Benavente (1482?-1569?), más conocido como Motolinía, se involucró directamente en la conversión de los indígenas, lo que se vio reflejado en su obra *Historia de los indios de la Nueva España*.

Bernal Díaz del Castillo (1496-1585?)

Este carácter vivencial redundaba en que las interpretaciones no siempre confluyeran. De hecho, la *Historia* de Bernal Díaz fue una respuesta a la obra de López de Gómara, *La conquista de México*: le indignaba la valoración excesiva que este –un cronista, por lo demás, que nunca había pisado las Indias– había hecho de la figura de Cortés en detrimento de sus soldados. Así, uno de los motivos que tenía para escribir su obra era corregir a Gómara, pues, a su juicio, «las palabras que dice [...] son todas contrarias de lo que pasó». De ahí que haya calificado a su historia como la *verdadera* narración de la conquista de México. Algo similar ocurrió con Francisco de Jerez (1497-1565?), quien escribió la *Verdadera relación de la conquista del Perú y provincia de Cuzco* para corregir la obra de Cristóbal de Mena (1492-?), su compañero de conquista bajo las órdenes de Pizarro. El capitán Alonso de Góngora Marmolejo (1524-1576), por su parte, se lanzó a escribir la *Historia de todas las cosas que han acaecido en el reino de Chile* luego de haber leído la primera parte de *La Araucana*, poema épico escrito por Alonso de Ercilla (1533-1594) que narraba la conquista de Chile. La obra de Ercilla le parecía a Góngora Marmolejo, si bien estéticamente impecable, incompleta y algo tendenciosa, por lo que se propuso, en un estilo sencillo y poco retórico, hacer acopio de toda la información acaecida en Chile desde su descubrimiento (Donoso, 2010).

Las lecturas y representaciones de las tierras conquistadas dependían del ojo y la formación que las juzgara y describiera. Uno

Los primeros historiadores del nuevo mundo describían los fenómenos vividos bajo criterios propios de la cultura europea

de los problemas de los escritores del descubrimiento y la conquista era que no disponían de otros modelos que no fueran los europeos para escribir sobre las Indias. No tenían un lenguaje específico con el cual expresar aquello con lo que se encontraban, aquello novedoso y distinto. De ahí que estos historiadores vieran al nuevo mundo con ojos moldeados por el viejo, pues para hacer comprensible algo totalmente desconocido era preciso recurrir al lenguaje de lo conocido. Se entabló así la lucha entre el juicio y el prejuicio, vistiendo con viejos ropajes nuevos conocimientos y asimilando lo recién visto a antiguas ideas (Esteve Barba, 1992; Mignolo, 1992).

La formación humanista de varios de ellos los llevaba a replicar moldes clásicos en el nuevo mundo. De hecho, algunos humanistas italianos inspiraron a los historiadores de Indias, como fue el caso de Paulo Giovio con López de Gómara. Por su parte, Gonzalo Fernández de Oviedo (1478-1557) estructuró su obra, la *Historia general y natural de las Indias*, siguiendo el modelo de Plinio, al mismo tiempo que concebía a Hernán Cortés como un nuevo Julio César. Asimismo, las épicas hazañas de los españoles en América podían equipararse a lo hecho por Alejandro Magno en la Antigüedad. Las historias de conquista se caracterizaron muchas veces por ser también relatos épicos, en donde la vulgar búsqueda de oro y poder se transformaba en la osada tarea de un pequeño número de valientes europeos que se apoderaban de reinos invencibles. Muchos de los cronistas veían en los conquistadores a otro Cid Campeador, así como a nuevos caballeros cristianos que buscaban la conquista de una nueva Jerusalén y alcanzaban honores y nobleza.

Objetivos de las primeras historias de conquista: instrucción y edificación

La necesidad de escribir historia respondía también al ideal clásico revivido durante el humanismo de instruir y edificar. Góngora Marmolejo consideraba que debía escribirse sobre la vida de hombres ilustres que permitieran enseñar y aprender, mientras que Fernández de Oviedo sostenía que la historia era testimonio de la virtud y el vicio, por lo que podía servirnos de guía moral. La preocupación por los personajes destacados se ve reflejada también en López de Gómara, quien concebía la historia como la biografía de los grandes hombres.

El espectáculo que veían, y del cual también oían espectaculares narraciones, era otro móvil importante al momento de querer escribir. Colón había escrito en sus cartas que había descubierto el lugar en donde se encontraba el paraíso. La belleza natural de América despertaba ensoñaciones y fantasías, motivando a estudiar y describir el medio natural y las nuevas culturas con especial énfasis. Fernández de Oviedo, quien llegó a América dentro del grupo que conquistó Panamá, escribió para contar los méritos de

los conquistadores y dar cuenta de los secretos naturales de América; quería ser el Plinio y Heródoto del nuevo mundo. Así, en los primeros libros de su *Historia* y luego intercalando pasajes en su relato, Oviedo ofrece la primera descripción sistemática de la flora y fauna de las Indias. Otro ejemplo es Gabriel Soares de Souza (1540?-1592), el principal cronista brasileño del siglo XVI, quien escribió *Tratado descritivo do Brasil em 1587*. Basado principalmente en sus propias experiencias, resalta su preocupación por dar cuenta de la grandeza y fertilidad de las tierras brasileñas. Él mismo, de hecho, se preocupó en afirmar que el objetivo de su trabajo no era deleitar, sino registrar y describir todo lo conocido (Rodrigues, 1979).

Transmisión de las maravillas del nuevo mundo

Considerando la atracción que generaba la conquista, es comprensible en consecuencia la necesidad de narrar y transmitir tal empresa. Paralelamente surgió también la necesidad de explicar y justificar el avance y las decisiones de los conquistadores. El siguiente paso será dar cuenta del sentido que le daban a tal empresa los historiadores de Indias.

La comprensión del nuevo mundo: el sentido de la conquista

Visión providencialista de la historia: explicación de los desafíos americanos como designio divino

El descubrimiento de América introdujo una nueva variable en el devenir histórico europeo que no estaba contemplada. La aparición de nuevas y grandes tierras, de sorprendentes culturas y riquezas, así como una muy numerosa población, obligaron a los historiadores de Indias a preguntarse por el sentido de la historia y a justificar o condenar aquello que emprendían.

La conquista fue presentada por muchos como un acto de la providencia divina, tanto más cuanto coincidió con la toma de Granada y la expulsión de los judíos de España. Jerónimo de Mendieta (1525-1604) escribió en su *Historia eclesiástica indiana* que estas victorias permitieron a los reyes españoles salir triunfadores ante los «tres diabólicos escuadrones» de moros, judíos e idólatras. Al mismo tiempo, según Mendieta, la evangelización y la formación de una iglesia americana permitió compensar la cristiandad mermada en Europa por el luteranismo. La idea cristiana de la historia se conjugó y confundió con la expansión imperial española, infundiéndole un sentido providencial y mesiánico. La conquista, en efecto, hizo posible expandir el cristianismo por vastas regiones permitiendo poner en práctica el llamado universal de la Iglesia.

Si bien es cierto que la mirada cristiana de la historia se vio fortalecida porque muchos de los escritores eran religiosos, la cultura cristiana de la época permeó la visión de la gran mayoría de

los cronistas. Fernández de Oviedo, soldado, transmitió en su obra, al igual que el sacerdote López de Gómara, la certidumbre de que los avances y descubrimientos eran parte de un plan providencial que concluiría unificando a todos los pueblos bajo el reino de la cristiandad y la guía de los reyes católicos. El segundo, de hecho, sostenía que los hechos se habían desarrollado de tal manera porque así lo «quiso Dios».

La conquista como fuente de evangelización

Tampoco era difícil ver signos de una empresa providencial cuando pocos hombres lograban imponerse sobre numerosos ejércitos y grandes imperios. Motolinía, por ejemplo, sostenía que la providencia había elegido a Cortés para abrir las puertas del nuevo mundo a la predicación del Evangelio. Garcilaso de la Vega (1539-1616), el Inca, por su parte, consideraba que la Providencia daba sentido a la gesta de los conquistadores, pues permitía la expansión de la fe por toda la tierra. Así, la historia de América se revelaba como una historia en la que se descubría «la voluntad salvífica universal de Dios» (Luque, 1999).

Sin embargo, al poco tiempo de la llegada de los conquistadores surgieron una serie de contradicciones que requerían explicación, y otros cuantos actos que pedían, a su vez, justificación. ¿Cómo explicar la serie de hechos magníficos y sorprendentes, pero al mismo tiempo tantos otros violentos e injustos? Era innegable que la conquista había estado acompañada de escenas de horror y crueldad, además de luchas internas entre los conquistadores y abusos sobre los indígenas. Al mismo tiempo, estos historiadores se enfrentaron a culturas idólatras, tiránicas y que ofrendaban a sus dioses sacrificios humanos. En síntesis, chocaban las imágenes del paraíso con las de los sacrificios; las de los conquistadores en nombre de Dios con las de los abusivos y despiadados soldados. Los cronistas se vieron en la necesidad de justificar su posición de dominadores, pero, al mismo tiempo, conciliarla con los preceptos cristianos de justicia y libertad.

Crítica de Bartolomé de las Casas ante las contradicciones de la conquista

La crítica más fuerte vino desde los dominicos y, especialmente, desde la figura de Bartolomé de Las Casas (1484?-1566). Amparado en los principios de la filosofía tomista y lleno de una apasionada visión humanitaria, Las Casas se presentó como el defensor de la propiedad, soberanía y libertad de los pueblos indígenas (Saint-Lu, 1992). Así, en su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* y en la *Historia de las Indias*, mostró las guerras de conquista como injustificadas, ya que personajes como Hernán Cortés o Francisco Pizarro no habían hecho más que usurpar reinos ajenos. Para el sacerdote dominico, la explicación de las aberraciones de los indígenas provenía de la intervención diabólica, así como del error y pecado humano. Sin embargo, esto no permitía que los conquistadores pudieran abusar y someter sin más a los

nativos. Hechos como los sacrificios humanos, por ejemplo, trataban de ser explicados como una manifestación extrema del natural deseo humano de servir a Dios. Las Casas también justificaba la presencia del imperio español en el nuevo mundo por el donativo papal de 1493 que permitía a los estados de la península ibérica la evangelización y dominio de las nuevas tierras. Dado que el papa era el representante de Cristo en la tierra, poseía la autoridad para permitir, dentro de la misión cristiana universal, la presencia europea en América.

La conquista como culturización y evangelización

La alusión al diablo no fue exclusiva de Las Casas. Cieza de León también lo mostró como la fuente de la religión de los incas, lo que permitía comprender la crueldad que a veces caracterizó al imperio andino. Juan de Torquemada (*ca*. 1557-1624), por su parte, escribió la *Monarchia Indiana* con el propósito de indagar las causas y explicar las razones que permitieron el politeísmo y las aberraciones en las culturas indígenas, que, curiosamente, al mismo tiempo parecían tener también claros signos de un alto desarrollo racional. Torquemada encontró explicación, para lo primero, en la acción del demonio, mientras que para lo racional en la acción de Dios. Si bien Torquemada se daba cuenta de las nefastas consecuencias de la conquista –como la reducción de población y la desaparición de destacadas instituciones nativas–, su explicación y justificación se hallaba en los planes de la providencia de Dios «para mejor introducir su Ley, y Evangelio».

Una de las interpretaciones más influyentes fue la del jesuita José de Acosta en su *Historia natural y moral de las Indias*. Este autor consideró su trabajo en parte historia y en parte filosofía, pues en él se encargaba de las causas de las cosas, labor que le era propia a la filosofía. Así, el lector podía encontrar una descripción de la naturaleza, de los habitantes y de las civilizaciones del nuevo mundo, al mismo tiempo que un esfuerzo por encontrar el porqué de la realidad americana. Basándose en ideas de Aristóteles y, especialmente, de los Padres de la Iglesia, Acosta escribió para que, al conocer las causas de los hechos naturales, fuera posible glorificar y contemplar la labor de Dios creador. Asimismo, dice Acosta, «por el conocimiento de las costumbres y cosas propias de los indios» ellos podrán ser ayudados para «conseguir y permanecer en la gracia [del] Evangelio». Con su trabajo, el jesuita quería glorificar y dar cuenta de la providencial elección de la monarquía católica para que difundiera la fe y gobernara las Indias.

Teniendo a la vista lo hasta aquí tratado, es claro que la referencia a los indígenas resultaba inevitable. De ahí que el siguiente apartado esté orientado a explorar el desafío que significó para los historiadores comprender pueblos y culturas ignotas.

La historia y los indígenas

En el afán de comprender, gobernar y evangelizar a la población local, tanto los conquistadores como los evangelizadores se vieron en la necesidad de conocer su pasado. Si bien el interés específico surge con la preocupación de los misioneros, todos los cronistas se vieron enfrentados a la necesidad de definir y comunicar la naturaleza de los habitantes de las Indias. Fernández de Oviedo, quien residió muchos años en la isla La Española (luego llamada Santo Domingo y actualmente compartida por Haití y República Dominicana), teniendo esclavos e indígenas que ocupaba en la búsqueda de oro, consideraba en su *Historia* que los naturales del nuevo mundo eran incapaces de comprender y aceptar la fe cristiana producto de sus pecados y mala voluntad. Sin embargo, al mismo tiempo sentía atracción y fascinación por las sociedades avanzadas de México y los Andes. Por su parte, López de Gómara consideraba a los indígenas como hijos de Adán, pero idólatras e incontinentes.

Dentro de la necesidad de justificar la presencia europea en América y de transmitir la trascendencia de la labor administrativa y evangelizadora de los colonizadores, Pedro Sarmiento de Gamboa (1532?-1592) escribió su *Historia índica* para mostrar cómo históricamente los incas habían gobernado tiránicamente, siendo en consecuencia ilegítimo su gobierno. Para dar fe de esto, el conquistador recorrió el Perú entrevistándose con indígenas y recogiendo su testimonio acerca del gobierno inca. Mostrando el abuso inca a través de los testimonios indígenas, Sarmiento presentó a los españoles como liberadores que venían a transmitir la verdadera religión.

Empatía de los misioneros con la causa indígena

Este interés de algunos de los primeros historiadores por comprender acabadamente a los indígenas llevó a varios incluso a sentir empatía por su causa. Un caso sumamente paradigmático es *La Araucana*, la obra épica de Alonso de Ercilla en la cual narra la conquista de Chile. En ella, el personaje principal es el líder mapuche Caupolicán. Otro ejemplo es Bernal Díaz, quien destacó la habilidad e inteligencia de los nativos para adquirir y aplicar técnicas europeas.

Bernardino de Sahagún

Más allá de estas primeras aproximaciones, fue mérito de los misioneros el desarrollar la preocupación histórica y metódica del pasado de los indios. Uno de los más destacados fue el fraile franciscano Bernardino de Sahagún (1499-1590), llegado a México en 1529. Gran conocedor del náhuatl, se dedicó buen tiempo a enseñar a jóvenes nahuas en el Colegio de la Santa Cruz de Tlatelolco. Allí formó discípulos y trabajó de cerca con los locales investigando su lengua e historia. Concebía su trabajo como el de un médico que debía estudiar todos los tipos de enfermedades

para saber cómo curar mejor a sus pacientes. Así, el misionero cristiano debía adquirir un profundo conocimiento de las múltiples formas de idolatría para poder descubrir su presencia, a menudo oculta, y aplicar los medios adecuados para eliminarla.

Fue durante su estancia en Tlatelolco cuando pidió a sus alumnos que emprendieran la escritura de su propia historia, trabajo que se concretó en la *Historia general de las cosas de la Nueva España*, también conocida como *Códice florentino*, el cual se terminó hacia 1575 pero no se publicó hasta el siglo XIX. La particularidad del trabajo es su carácter híbrido: al lado derecho del códice se encuentra el texto náhuatl y al izquierdo la traducción de Sahagún al castellano. Incluso se puede considerar como una tercera historia la narración contenida en las imágenes que lleva la obra. Su gran virtud es habernos legado el texto náhuatl, pero más todavía haber respetado la versión de sus informantes, absteniéndose de emitir juicios de valor en la traducción que hizo del texto. Si bien Sahagún refutó y criticó las idolatrías y errores de los indígenas, no las omitió ni las cambió. Esta característica de la obra ha llevado a algunos a sostener que esta narración logra dar cuenta de la visión indígena de la conquista (Florescano, 2002).

Diego Durán y Diego de Landa

De manera similar a Sahagún, el dominico Diego Durán (1537-1588) aprendió náhuatl y emprendió el estudio de la cultura mexica a través de testimonios orales y escritos. Fruto de ello es su *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de Tierra Firme*, trabajo que permaneció inédito hasta la segunda mitad del siglo XIX. Otro ejemplo es el franciscano Diego de Landa (1524-1579), misionero en la región de Yucatán; escribió la *Relación de las cosas de Yucatán*, en donde estudiaba, prácticamente sin ayuda de nativos, la religión y cultura maya. El caso de este misionero resulta paradójico, pues inicialmente ordenó la destrucción de los códices mayas por considerarlos supersticiosos y nocivos para los objetivos de la evangelización. Sin embargo, y quizá con algún sentimiento de culpa, hacia el final de su vida se consagró al estudio de los mayas, siendo su obra una fuente importante para la comprensión de la cultura e historia de los nativos de Yucatán.

Historiadores mestizos

Fruto del contacto entre europeos y nativos, el mestizaje se transformó en una realidad que se manifestó también en los historiadores. Por ejemplo, Diego Muñoz Camargo (1529-1599), hijo de un conquistador y una mujer indígena, escribió una *Historia de Tlaxcala*, publicada y traducida luego al francés. Otro caso es Fernando de Alva Ixtlilxóchitl (1568?-1648), hijo de un español y de una mujer noble de Texcoco, quien se educó en el colegio de Tlatelolco y escribió una *Historia chichimeca*. Producto de estos trabajos se ha llegado a sostener que con ellos surgió una historiografía náhuatl.

Gómez Suárez de Figueroa (1539-1616), apodado Inca Garcilaso de la Vega

Un caso más conocido es el del Inca Garcilaso de la Vega, hijo de un capitán español y de una noble inca descendiente de los reyes del Imperio andino. Si bien durante su infancia y juventud vivió cerca tanto de la nobleza indígena como de la elite colonizadora llegando a ser perfectamente bilingüe, a los 21 años se trasladó a vivir a España, estableciéndose finalmente en la ciudad de Córdoba. Llegado a Europa siguió la carrera militar y se formó en medio de círculos de humanistas que estudiaban los clásicos. Sus obras más importantes son los *Comentarios reales* y la *Historia general del Perú*, concebida como segunda parte de los *Comentarios*. Apelando a sus recuerdos de niñez y juventud, Garcilaso entregó una cronología del incanato, además de capítulos sobre la religión, las costumbres y los logros materiales de la cultura andina, como también de las campañas de los españoles y la instalación del coloniaje.

Considerando que gran parte de la información sobre el pasado indígena del relato de Garcilaso provenía de su memoria, su obra está teñida por las múltiples emociones que invaden al autor, desde recuerdos gratos e infaustos, pasando por nostalgia y ternura, hasta cólera e indignación. Dada la occidentalización de Garcilaso, la tarea de los conquistadores encontraba su sentido en los designios de la Providencia, que permitía la expansión de la fe. Pero el lado indígena de Garcilaso le otorgaba a los incas un papel y una valoración simétricos a los de los españoles: el Imperio inca había permitido civilizar lo que antes era todo barbarie e idolatría (Lavallé, 1992).

Guamán Poma de Ayala

Ahora bien, uno de los trabajos más notables sobre el mundo indígena se dio dentro de él. Felipe Guamán Poma de Ayala (1534?-*post* 1615?) fue un nativo andino de ascendencia dinástica que, educado por los colonizadores españoles, decidió volver a narrar la historia de la conquista del Perú. Decidido a intervenir en la polémica sobre la legitimidad de la empresa europea, en su *Nueva corónica y buen gobierno* Guamán Poma transmite la visión andina de los hechos, al mismo tiempo que su filosofía de la conquista. Nacido poco después de la conquista del Perú, Guamán Poma lee el mundo bajo parámetros nativos, aunque los enmarca en modelos europeos. Así, por ejemplo, ataca duramente a los conquistadores y defiende los derechos de los incas. Sin embargo, inserta la historia del mundo andino dentro del devenir temporal occidental. De hecho, su trabajo comienza con Adán y Eva, y desde ahí ordena en distintas edades el desarrollo de la historia.

Que haya organizado su historia bajo parámetros europeos y cristianos no quiere decir que no haya manifestado su particular visión indígena de la conquista. Guamán Poma –basándose, en parte, en el pensamiento de Las Casas– fue un férreo anticolonialista, ya que el poder debía quedar en manos de los andinos. De-

fendía a los indígenas como cristianos civilizados y calificaba a los conquistadores como despiadados abusadores. Al mismo tiempo, empero, se mostraba a favor de la creación de un estado andino que formara parte de un imperio cristiano universal encabezado por el rey de España. Esa dualidad, que no es incoherente, se manifiesta claramente en el título de su obra: se define, en efecto, como un cronista, pero su obra es novedosa (Adorno, 1991).

El pensamiento de Guamán Poma constituye una de las posturas más complejas y enigmáticas de este primer momento, y adelanta algunas características del periodo siguiente. Primero, el surgimiento de una voz autóctona. Segundo, que esa voz se da dentro de moldes europeos. Y, tercero, que esa voz busca ser la expresión de una posición y realidad local determinada.

Prácticas, influencias y circulación

Los historiadores griegos y romanos como modelo

Muchas de las técnicas literarias aplicadas en la escritura de la historia del nuevo mundo fueron las mismas que las empleadas en Europa. Todos los primeros historiadores nacieron y fueron formados en el viejo mundo. Por eso muchos estuvieron influidos por los criterios humanistas basados en los textos clásicos. No es de extrañar, por ejemplo, que Cieza de León citara la definición de la historia de Cicerón, o que Fernández de Oviedo siguiera a Plinio, o que Las Casas discutiera en el prólogo de su *Historia* una serie de citas de Heródoto, Cicerón, Diodoro Sículo y Flavio Josefo, entre otros. Caso aparte podría considerarse a Bernal Díaz, en cuya narración se mezclan la experiencia con la literatura popular: contó lo que vio, pero al mismo tiempo apeló a los libros de caballerías y al refranero popular.

Como se ha visto, un gran número de cronistas fueron religiosos. De ahí que interpretaran la realidad a partir de la Biblia o de estudios escolásticos. Al mismo tiempo, muchas veces su escritura tendía hacia el terreno del sermón. Motolinía, por ejemplo, se vio influido por la interpretación de la historia de Joaquín de Fiore, mientras que Bernardino de Sahagún justificaba su estudio de las religiones indígenas en el trabajo que había emprendido san Agustín sobre la religión romana. En la primera etapa colonial (1492-*ca.* 1630), las funciones intelectuales recayeron principalmente en miembros de la Iglesia, y muy en particular sobre el sector más propiamente letrado, a saber, las órdenes religiosas (Myers, 2008a).

Uno de los principales prejuicios heredados del mundo europeo radicaba en la forma de escritura. La escritura alfabética, en efecto, era sinónimo de racionalidad, mientras que los indígenas, a juicio de los conquistadores, sólo gozaban de pinturas y caracte-

res ininteligibles. La representación y transmisión de su pasado, en consecuencia, no resultaba confiable. Sin embargo, muchos religiosos fueron capaces de superar el prejuicio e innovar en los métodos de estudio, llegando a hacer lo que hoy llamaríamos historia oral y etnografía. Diego Durán, por ejemplo, se basó para la redacción de su *Historia* en los códices pictográficos y en la tradición oral. Sahagún, por su parte, interrogó a muchos sabios indígenas y elaboró una serie de cuestionarios como instrumentos de indagación histórica.

Los historiadores de Indias y sus fuentes

Algunas historias, como las de Pedro Mártir y López de Gómara, quienes nunca pisaron América, se escribieron a partir de las cartas de los conquistadores y de sus testimonios cuando llegaban de vuelta a España. Fernández de Oviedo, quien se radicó en Santo Domingo, escribía sobre la marcha a partir de la información oficial que allí llegaba y de los relatos de los conquistadores que recibía. Bernal Díaz, por su parte, se decidió a escribir en su vejez plasmando sus propias experiencias. Sin embargo, sabemos que leyó otras crónicas, puesto que, como se vio, reaccionó contra lo que en ellas se narraba. Asimismo, Las Casas da cuenta en sus obras de conocer los trabajos de Pedro Mártir, a quien señala como la gran autoridad sobre las Indias, y de haber leído a Fernández de Oviedo.

A medida que avanzaba el siglo fue posible contar con un corpus de obras sobre el nuevo mundo que tocaban diversas regiones desde diferentes puntos de vista. El franciscano Juan de Torquemada, por ejemplo, imprimió su obra *Monarquía indiana* en Sevilla en 1613, para la cual pudo basarse tanto en códices, pinturas, manuscritos e informantes nativos como en las cartas de Cortés y los trabajos de Sahagún, Mendieta, Motolinía y López de Gómara, entre otros. Por otra parte, Antonio de Herrera (1549-1626), cronista oficial de Indias y uno de los principales historiadores del nuevo mundo en el primer cuarto del siglo XVI, elaboró su obra a partir de los relatos de Gómara, Oviedo, Las Casas y Sahagún.

Crónicas como instrumento para manifestar posturas o corregir falsas opiniones

Las crónicas también fueron herramientas que permitían saldar viejas cuentas, promover causas políticas y difundir posiciones. Fernández de Oviedo se burló en su *Historia general y natural de las Indias* de los intentos de Las Casas por evangelizar pacíficamente a los indígenas. Teniendo la oportunidad, este último le respondió, denunciando a Oviedo en su *Historia* como tratante de esclavos, al mismo tiempo que se lanzaba en contra de Gómara por haber repetido las mentiras que le habría contado Cortés. En medio de estas disputas, Motolonía, quien tenía una mirada triunfalista de la conquista, no dudó en calificar a Las Casas de falso profeta. Pero así como unos lo contrariaban, otros como Guamán Poma y el Inca Garcilaso hicieron de los escritos de Las Casas fuentes importantes de su pensamiento.

La libertad de escritura, la circulación de las obras y la censura real

Latinoamérica fue un terreno fértil para la expresión de una «honda vocación por la enseñanza y el saber. Díganlo, si no, la controversia sobre la legitimidad de la conquista y la naturaleza de los indios, la avidez de los frailes por conocer la religión y las costumbres de las sociedades autóctonas o la práctica del rey de España de conocer para gobernar» (Mazín, 2008). De ahí que lo que se escribiera sobre las Indias y circulara por el nuevo y viejo mundo tenía una importante recepción. Por influencia de Las Casas, el Consejo de Indias decidió retirar de circulación la *Historia general* de Gómara y negar a Oviedo la posibilidad de terminar de publicar su crónica. Dentro de este contexto, Felipe II emitió un decreto en 1577 en el cual se prohibía toda nueva investigación sobre los indígenas. Estas obras, por considerarse sospechosas de ir contra la ortodoxia y por dar cabida a doctrinas idólatras, fueron confiscadas y enviadas a España. Por nombrar algunas, la última versión de la historia de Sahagún así como la obra de Jerónimo de Mendieta cayeron bajo esta prohibición.

Esto último no impidió que muchas otras obras sí gozaran de gran difusión; quizá se podría decir incluso que la prohibición de la circulación de algunas inclinó la balanza a favor de las disponibles. Por ejemplo, Cieza de León contaba con tres ediciones a comienzos del siglo XVII. Agustín de Zárate (1514-1560) escribió una *Historia del descubrimiento y conquista del Perú* que se publicó en Amberes en 1555 por encargo del príncipe, futuro Felipe II. Tal fue su éxito que también a comienzos del XVII ya contaba con cinco ediciones y traducciones al francés, alemán, italiano e inglés. La *Brevísima relación* de Las Casas fue traducida al francés, holandés, inglés y alemán. La historia de José de Acosta, publicada en 1590, apareció al poco tiempo en varias ediciones y fue traducida a las principales lenguas de Europa, llegando a ser considerada una obra clásica. Por último, en el *Quijote* de Cervantes *La Araucana* de Ercilla es uno de los pocos libros que se salva de ser quemado, además de ser calificado como uno de los mejores en verso heroico escritos en castellano (*Don Quijote de la Mancha*, cap. VI).

Así como las crónicas mencionadas gozaron de amplia circulación, muchas otras se perdieron y fueron descubiertas y publicadas en los siglos XIX y XX. Quizá el caso más paradigmático sea el de Guamán Poma, trabajo terminado hacia 1615 y del cual nunca se tuvo noticia hasta que fue encontrado en la Biblioteca de Copenhague a fines de la primera década del siglo XX. La obra de Sahagún, por su parte, residió en archivos hasta que comenzó a ver la luz hacia mediados del siglo XIX. Por nombrar un último caso, la *Historia general y natural* de Oviedo sólo se editó completa entre 1851 y 1855, dada la prohibición que le había sido impuesta en el siglo XVI. Es por esto que los juicios y relatos del descubri-

miento y la conquista contaron durante el resto del periodo colonial y comienzos del siglo XIX con limitados referentes.

El primer momento del desarrollo de la escritura de la historia en América Latina se caracteriza por el sello que dejó el descubrimiento y la conquista. Las gloriosas hazañas, los inventarios de la naturaleza, la curiosidad por el mundo indígena, así como las disquisiciones sobre la justicia y fundamento de la empresa europea son los temas dominantes. Es la época de los grandes historiadores generales, además de narraciones vitales y elocuentes. Hacia mediados del siglo XVII los signos de una nueva manera de escribir la historia comienzan a hacerse patentes. El siguiente capítulo buscará adentrarse en tales cambios y características.

Fray Bartolomé de Las Casas

Bartolomé de Las Casas (1484?-1566) nació en Sevilla y pasó a América en 1502 con la gran expedición de Nicolás de Ovando. Ya en las Indias ingresó a la congregación de los dominicos y todo parece indicar que fue el primer sacerdote ordenado en el nuevo mundo. Comprometido defensor de los indígenas, Las Casas se empeñó en lograr la abolición de la encomienda, sistema según el cual los nativos trabajaban para un español y este les retribuía con educación y sustento. De hecho, escribió la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (1552) para persuadir a los reyes de España de que abolieran este sistema. En ella remarcaba los horrores de la conquista, acusando a los conquistadores de matanzas de inocentes, violaciones de mujeres, prácticas esclavistas y el asesinato de los reyes locales. Tal fue su empeño por la defensa de los indios que viajó a España a defender su posición, destacándose especialmente en los debates llevados a cabo en Valladolid con Juan Ginés de Sepúlveda (1489-1573), público defensor del derecho de los conquistadores para someter a los indígenas.

Su menos conocida –pero no menos importante– *Historia de las Indias* (1561) fue, junto a las obras de Oviedo y Gómara, una de las grandes «historias generales» de los descubrimientos y conquistas escritas en el siglo XVI. Con un marcado propósito denunciador, Las Casas buscó dar cuenta de la verdadera realidad americana, develando la dramática situación de la pobla-

> «[Emprendí este trabajo] por librar mi nación española del error y engaño gravísimo y perniciosísimo en que vive y siempre hasta hoy ha vivido, estimando destas océanas gentes faltarles el ser de hombres, haciéndoles brutales bestias incapaces de virtud y doctrina, depravando lo bueno que tienen y acrecentándoles lo malo que hay en ellas, como incultas y olvidadas por tantos siglos, y a ellas, en alguna manera, darles la mano, porque no siempre, cuanto a la opinión falsísima que dellas se tiene, aterradas como lo están y hasta los abismos, permanezcan abatidas. [También] por templar la jactancia y gloria vanísima de muchos y descubrir la injusticia de no pocos, que de obras viciosas y execrables maldades se glorian, como se pudieran arrear varones heroicos de hazañas ilustrísimas, porque se conozcan y distingan para utilidad de los venideros los males de los bienes y de las virtudes los grandes pecados y vicios nefandísimos.»
>
> *Historia de las Indias*, prólogo de la historia, pp. 17-18

ción local. A partir de una gran cantidad de material recogido después de ingresar a los dominicos, Las Casas presenta un detallado relato de los acontecimientos que van desde 1492 hasta 1521. Combinando la narración y descripción con argumentaciones políticas, jurídicas y teológicas, Las Casas escribió la *Historia* para celebrar la gloria de Dios y de su Iglesia, para honrar a España y a sus reyes, para defender el buen nombre de los indios y, ante todo, para ofrecer una constancia fiel de las injusticias de los conquistadores. Como se ve en el texto seleccionado –parte del prólogo de su *Historia*–, el propósito transversal de Las Casas era mostrar y demostrar la igualdad de la naturaleza de los indios con los conquistadores. El dominico argumentaba, contra la opinión de muchos, que los nativos contaban con igual capacidad racional y vivían «según la ley natural».

Felipe Guamán Poma de Ayala

Es muy poco lo que se sabe de la vida de Felipe Guamán Poma de Ayala (1534?-*post* 1615?), aunque se puede afirmar que era un indígena de la elite que había recibido educación de los colonizadores. Su obra, la *Nueva corónica y buen gobierno*, perdida y redescubierta en la biblioteca real de Copenhague en 1908, se dirigía al rey Felipe III de España y fue un intento por parte del cronista de dar cuenta de la verdadera realidad de la conquista y de los avatares posteriores a ella. En la obra, Guamán Poma defendía a los andinos como cristianos civilizados y atacaba a los españoles como pecadores descarriados. Su postura era compleja, pero coherente: opositor al colonialismo, abogaba por la implantación de un gobierno autóctono; era al mismo tiempo antiinca –pues las virtudes originales de los pueblos andinos sometidos por los incas se habían visto corrompidas bajo su dominación–, pero proandino. Guamán Poma era anticlerical, pero procatólico (Adorno, 1991, p. 13). Para él, la codicia y los abusos de los conquistadores españoles habían llevado a que en el Perú todo estuviera «al revés», además de que los gobernadores extranjeros conspiraban activamente para explotar, corromper y destruir a sus infortunados súbditos (Brading, 1991, p. 177).

Una de las particularidades de su obra es que acompaña la narración –en un castellano algo precario y entremezclado con frases quechuas– con una serie de 398 dibujos que ilustran y describen hechos y aspectos del mundo inca, la conquista y el gobierno colonial. Guamán Poma era consciente del poder que tenían las imágenes como medio para atraer a los lectores, al mismo tiempo que las representaciones visuales eran una extensión de prácticas propias



de la tradición cultural indígena. La ilustración seleccionada es la primera lámina que el autor dedica a la conquista del Perú. En él se lee «Conquista. Guaina Capac Inca, Candia Español», además de pequeños textos que salen de la boca de los personajes. El indígena pregunta en quechua «Cay coritacho micunqui?» («¿Es este el oro que comes?»), y el español responde: «Este oro comemos». Buscando dar cuenta de la codicia y voracidad de los españoles por el oro y la impresión que causaba a los indígenas, Guamán Poma representa a los dos hombres cuidadosamente ataviados y al inca ofreciéndole al español un plato con pepitas de oro para que coma el conquistador, además de disponer otras piezas en el suelo (seguramente de oro y plata). El inca se encuentra sentado sobre un taburete en la puerta de su casa, mientras que el español es representado de rodillas (¿ante el inca o ante el oro?). El hecho de que esté arrodillado da cuenta también de la superioridad y jerarquía del inca. La elocuencia y evocación representativa del dibujo permiten, en efecto, comprender la importancia persuasiva de las imágenes en las sociedades indígenas (González *et al.*, 2002).

LA HISTORIOGRAFÍA CRIOLLA (*CA.* 1630-1808)

La historia y los criollos

En los primeros años del siglo XVII se escribieron las últimas historias con el sello de la conquista. La escritura llena de vitalidad e inventiva, de maravillas y desafíos, de héroes y villanos dio paso a una escritura más erudita, la cual se guiaba por las reglas de la retórica y tenía una preocupación más marcada por la recopilación y ordenamiento de la información. Entre las causas de este cambio se pueden contar la mayor perspectiva temporal, la consolidación de los asentamientos españoles y portugueses en América y la influencia de los centros culturales tanto del viejo como, especialmente para el caso de la América hispana, los fundados en el nuevo mundo.

La historiografía de este segundo periodo tuvo como una de sus principales preocupaciones el orden en la descripción, ya que

de ese modo era posible desarrollar un estilo elevado de discurso. Así, ganó mayor peso el interés por entregar una narración armónica, la cual tenía en la descripción del paisaje uno de los ejemplos característicos. Otro aspecto distintivo de esta etapa es la concentración en la historia humana, preocupación que respondía al paradigma clásico de la historia como maestra de vida. De ahí que la práctica de la sentencia haya invadido con mayor fuerza la escritura acerca del pasado. Un ejemplo de esta tendencia es la *Historia de la conquista de México* de Antonio de Solís y Rivadeneyra (1610-1686), cronista mayor de Indias, trabajo que es un fiel reflejo de las tendencias barrocas que invadían la escritura de la época, haciendo del estilo y de la coherencia narrativa dos de los principios fundamentales de su escritura (Mignolo, 1992).

La fundación de universidades y la consolidación de la cultura criolla

Uno de los importantes centros de formación y propagación de la cultura europea en el mundo hispanoamericano fueron las universidades. A través de su capacidad de difusión, el barroco ganó presencia como directriz general de la cultura, lo que se vio reflejado en la creciente preocupación por la estética de la narración y en el mejor uso del castellano. Aunque dos de las universidades más influyentes fueron fundadas en el siglo XVI –la Universidad de San Marcos en Lima (1551) y la Pontificia Universidad de México (1553)–, la gran mayoría se establecieron en el siglo XVII. Así, se crearon universidades en Quito, Guatemala, La Plata, Córdoba, Santiago de Chile y Bogotá. En este punto hay una importante diferencia con el mundo lusoamericano: los habitantes de la América portuguesa debían viajar a Coimbra, en Portugal, para recibir educación universitaria. Ahora bien, esta diferencia no implicó mayor discriminación en aquello que se enseñaba, pues la educación de las universidades americanas era similar a la de los centros europeos, entregando abundante conocimiento sobre los autores clásicos y los principales escritores eclesiásticos.

La imprenta en América y la publicación de obras criollas

Hay otra diferencia que resulta importante destacar entre la América hispana y la portuguesa. Mientras los lusoamericanos tuvieron que imprimir sus obras en Europa durante todo el periodo colonial, las colonias españolas contaron con imprentas desde el siglo XVI. Si bien en un primer momento hubo severas restricciones, desde el siglo XVII comenzaron a imprimirse crónicas e historias en ciudades como Lima y México y, más tarde, en otras. El criollo agustino Alonso Ramos Gavilán escribió y publicó en 1621 en Lima la *Historia del célebre santuario de Nuestra Señora de Gavilán*. Otro caso es Francisco de Florencia (1619-1695), jesuita criollo, quien imprimió en México en 1694 una crónica que narraba la historia de la Compañía en la Nueva España –territorio que comprendía lo que actualmente va desde California por el norte hasta Costa Rica por el sur. En Brasil, en cambio, la impo-

sibilidad de contar con imprentas propias derivó curiosamente en la existencia de talleres de copistas, por aquel entonces ya desaparecidos en Europa. Esta peculiaridad representó la supervivencia de una práctica de raíz medieval, la cual encontró suelo fértil en una sociedad como la lusobrasileña (Souza, 2008, p. 103).

Durante el siglo XVII comienza a manifestarse en América una conciencia de la diferencia

Además de estos cambios formales, el giro principal que marcó este momento de la historiografía latinoamericana consistió en el surgimiento de una «mirada criolla» de la historia. La progresiva aparición de una conciencia del hecho de ser diferentes a los habitantes del viejo mundo, con un devenir histórico y una serie de particularidades propias del mundo americano, dejó su marca en las historias de esta época. Es posible rastrear los primeros síntomas de este cambio a mediados del siglo XVII, aunque su manifestación más clara se observa en el siglo XVIII con lo que el historiador italiano Antonello Gerbi llamó «la disputa del nuevo mundo», momento en el cual una serie de historiadores criollos salieron en defensa de los juicios que emitían los europeos sobre la historia y naturaleza de América.

Brasil

Se podría suponer que las diferencias antes señaladas entre la América hispana y la portuguesa se tradujeron en un desarrollo disímil del pensamiento criollo. Sin embargo, no fue tan así. El papel que debería haber recaído sobre las universidades quedó en parte a cargo de los principales colegios jesuitas y de otras instituciones religiosas de enseñanza, como los conventos de franciscanos, carmelitas o benedictinos, los cuales dictaban algunos cursos de educación superior. Si bien su impacto no es comparable con el de las universidades, colaboraron en la formación de una perspectiva criolla. A pesar de esto, el medio cultural brasileño estaba más atrasado en comparación con centros como Lima o México. La América portuguesa fue, durante el periodo colonial, un territorio más aislado y cerrado sobre sí mismo que su contraparte española (Souza, 2008).

La incidencia de otros aspectos impulsó lo que podría haberse visto mermado por las limitaciones antes descritas. Así, en la América portuguesa, las guerras contra los holandeses (1642-1654) en las tierras del nordeste brasileño contribuyeron al surgimiento de una conciencia de la diferencia. La condición colonial implicaba especificidades con respecto a los portugueses. De hecho, a partir de la lucha contra los holandeses, se elaboraron una serie de genealogías –o, como se decía en la época, *nobiliarquias*– que tuvieron el objetivo social y político de enaltecer las elites locales. Puesto que habían reconquistado el territorio al costo de su «sangre, vida y haciendas», los colonos comenzaron a demandar reconocimiento real por medio de la concesión de mercedes, honores o ventajas económicas.

Pedro Taques de Almeida y Gaspar da Madre de Deus

Algo similar ocurrió en São Paulo con las obras de Pedro Taques de Almeida (1714-1777) y su primo Gaspar da Madre de Deus (1715-1800). Este último escribió unas *Memórias para a História da Capitanía de São Paulo*, mientras que Taques se destacó por su *Nobiliarquia Paulistana Histórica e Genealógica*. Decepcionado por no haber obtenido las mercedes y honores prometidos por la corona portuguesa como pago por sus servicios en la colonización de nuevos territorios, Taques plasmó en su obra un orgullo paulista alimentado en gran parte por el resentimiento. Hubo varios casos como este en la sociedad paulista del siglo XVIII, en los que por medio de la construcción de linajes y relaciones con personajes y hechos del pasado se buscó legitimar las diferencias con la metrópolis. Lo interesante es que estos escritores no tenían una verdadera tradición a la cual sumarse, sino que muchas veces se vieron en la necesidad de inventar una apelando a hazañas no necesariamente verídicas del pasado. De este modo, su realidad y sus acciones encontraban una justificación, construyendo por medio de estas genealogías e historias las bases de un orgullo regional.

Sebastiao da Rocha Pita

Esta postura fue también un ataque y una respuesta a interpretaciones anteriores de la historia brasileña, en especial la *História da América Portuguesa* de Sebastião da Rocha Pita (1660-1738). Originario de Salvador de Bahía, capital del Estado de Brasil, Rocha Pita estuvo en Portugal y, a su vuelta, ejerció varios cargos públicos en su ciudad natal, erigiéndose como un hombre respetado, versado en la cultura y literatura brasileña y llegando a ser miembro de la Academia Real de Historia Portuguesa en Lisboa y de la Academia Brasileña de los Desmemoriados en Bahía (*Academia Brasílica dos Esquecidos*). Su obra, publicada en 1730 y escrita en un estilo académico, retórico y grandilocuente, abarcaba desde el descubrimiento hasta 1724, teniendo como objetivo transmitir la verdad del pasado colonial. Más allá de sus loables propósitos, las críticas a su obra no tardaron en llegar, especialmente de Taques y Gaspar da Madre de Deus, quienes veían en Rocha Pita un sostenedor del *statu quo* y defensor del gobierno portugués. De hecho, no deja de llamar la atención que haya titulado su trabajo como un estudio sobre la «América portuguesa». Las críticas a la *Historia* de Rocha Pita son ejemplos elocuentes del despertar de la mirada criolla de la historia.

La parcelación de las Indias

Uno de los procesos que se acentuó durante este segundo periodo fue la particularización de las historias, destacándose una serie de obras que trataban un territorio determinado. Se comen-

zó a escribir menos sobre las Indias en su conjunto y, de hecho, muchas de las historias generales escritas en esta época no se publicaron sino hasta entrado el siglo XIX. Este fenómeno se dio tanto en los historiadores que escribían en América como en los eruditos que trabajaban en Europa.

Historias regionales: Chile, Paraguay, Guatemala y Venezuela

Entre de los segundos encontramos en la década de los sesenta del siglo XVII el caso anteriormente mencionado de Solís y Rivadeneyra, quien emprendió por encargo real la escritura de la *Historia de la conquista de México, población y progresos de la América septentrional, conocida con el nombre de Nueva España*, obra que vería la luz en 1684. Solís nunca pisó las tierras del nuevo mundo y su obra es un claro ejemplo tanto de la particularización de las obras históricas como de la creciente influencia de la retórica y la preocupación por el estilo: destacan especialmente las descripciones del paisaje y los personajes, así como la apelación a diversos recursos narrativos.

En América, dos historias escritas por sacerdotes criollos a mediados del siglo XVII dan cuenta de este cambio de foco, el cual refleja el interés por dar a conocer zonas periféricas del mundo colonial. Una es la del jesuita chileno Alonso de Ovalle, quien publicó en Roma en 1646 la *Histórica relación del Reino de Chile*, tanto para alabar estas tierras como para celebrar las realizaciones de su orden. Con un muy buen manejo del castellano, Ovalle describió tanto las maravillas de la naturaleza como los importantes avances de la evangelización, al mismo tiempo que narró los complejos y difíciles enfrentamientos con los indígenas. Los motivos para lanzarse a la escritura fueron principalmente dos: quería dar a conocer su patria –apenas conocida en Europa– y defender y ensalzar la labor de los jesuitas. Entre los objetivos que alentaban a los religiosos a emprender la tarea de escribir historias también se encontraba el de instruir y animar a los nuevos seminaristas y sacerdotes en las necesarias y redentoras tareas que se acometían en el nuevo mundo.

Alonso de Ovalle

Fernández de Piedrahita

El otro ejemplo es la *Historia general de las conquistas del Nuevo Reino de Granada*, escrita por el sacerdote criollo neogranadino Lucas Fernández de Piedrahita (1624-1688) y publicada en Amberes el mismo año de su muerte. Obligado a ir a España para presentarse ante el Consejo de Indias, cayeron en sus manos una serie de crónicas e historias sobre las cuales elaboró su relato. A partir de obras generales y diversas noticias de su tierra, Piedrahita compuso una obra en la que buscó agrupar toda la información conocida sobre el pasado de la Nueva Granada –territorio que actualmente correspondería a Panamá y Colombia–, refiriéndose a la historia de los indígenas, al periodo de la conquista y a los primeros años de gobierno colonial.

Estos primeros casos del siglo XVII no harían más que multiplicarse en el siglo siguiente. José de Oviedo y Baños (1671-1738) publicó en 1723 una *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela*, en donde elogiaba, en una cuidada redacción, tanto la fertilidad y riqueza de estas tierras como, más significativamente, el carácter e ingenio de los criollos. Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán (1643-1700), nacido en Guatemala y descendiente de Bernal Díaz, escribió una historia de Guatemala titulada *Recordación florida*, en la cual, entre otras cosas, narraba el pasado guatemalteco con vistas a destacar la notable labor de los conquistadores y criollos por dominar a la población local. Otro ejemplo es el criollo cubano Martín Félix de Arrate (1701-1765), quien escribió la obra *Llave del nuevo mundo*, en la cual se lamentaba por la desaparición de los indígenas cubanos, ensalzaba la figura del criollo y trazaba las principales líneas de la historia, geografía, economía y sociedad de la ciudad de La Habana.

El orgullo jesuita y las reducciones de indígenas en Paraguay

La materialización de grandes empresas evangelizadoras como las reducciones de indígenas en Paraguay resultaron fermento importante para escribir historias que trataran sobre temas y regiones particulares. Por ejemplo, el sacerdote jesuita de origen peruano Antonio Ruiz de Montoya (1585-1652) escribió en la década de 1630 la *Conquista espiritual hecha por los religiosos de la Compañía de Jesús en las provincias del Paraguay, Paraná, Uruguay y Tape*, trabajo por medio del cual buscaba celebrar los avances de los religiosos, defender su labor y, de paso, dar a conocer los territorios y habitantes de estas periféricas regiones. Los pasos de Ruiz de Montoya fueron seguidos en las décadas venideras por otros misioneros jesuitas. Así, en la segunda mitad del siglo XVII, el misionero francés Nicolás de Techo escribió en latín una *Historia de la Provincia del Paraguay y de la Compañía de Jesús*, y ya en el XVIII destacaron la *Histoire du Paraguay* (1756) de Pierre François de Charlevoix (1682-1761) y las múltiples obras sobre la historia de Paraguay y la región del Río de la Plata del también jesuita Pedro Lozano (1697-1752).

El orgullo jesuita, que también se confundía y expresaba como orgullo criollo, tuvo igualmente una notable expresión en México con la *Historia de los triunfos de nuestra santa fe [...] conseguidos por los soldados de la milicia de la Compañía de Jesús en las misiones de la Nueva España*, escrita por Andrés Pérez de Ribas (1576-1655). Para México, sin embargo, hubo otra gran atracción para quienes buscaban transmitir las verdades del nuevo mundo: la Virgen de Guadalupe. Probablemente el caso más destacado sea el del italiano Lorenzo Boturini (1698-1755), quien llegó a América atraído por los milagros de la Virgen. Fue tal la fascinación que despertó en él el mundo americano, que volcó sus mayores esfuerzos al estudio del pasado mexicano. Boturini se dedicó a

reunir códices, documentos y vestigios indígenas de todo tipo con vistas a rescatar la historia de los habitantes originales del nuevo mundo. Este trabajo se vio reflejado, en parte, en su *Idea de una nueva historia general de la América septentrional*. Lamentablemente, la muerte lo privó de continuar con sus restantes proyectos.

La historia criolla como reivindicación política

El surgimiento de estas historias particulares permitió ordenar el pasado y las memorias de una serie de regiones que pasaban inadvertidas en las historias generales. Por medio de ellas se proyectaba y justificaba en el pasado la realidad presente: los criollos encontraban fundamento a su condición y sustento a sus derechos a través de relaciones y linajes con los conquistadores y hazañas del pasado. Al mismo tiempo, la existencia de estas obras da cuenta de la importancia que tenía para los criollos el hecho de sentirse y verse partícipes de la administración colonial. Tanto en la América hispana como en la portuguesa la redacción de historias, crónicas y linajes buscó mostrar como activos partícipes e implicar directamente a los criollos en las labores de la metrópolis. Sería un error calificar a estas historias de independentistas. La obra de Oviedo y Baños resulta muy elocuente al respecto: era responsabilidad de los criollos respetar y sostener el orden impuesto por el rey; para ellos, la autoridad del rey era incontestable. De hecho, los desórdenes y arrebatos del pasado y presente son vistos como símbolo de la incapacidad criolla por llevar a cabo correctamente la administración colonial. No obstante esto último, de lo que sí son testimonio estas obras es de la preocupación por reivindicar el derecho de los criollos a ejercer la autoridad política y militar en las colonias.

Ahora bien, en la historiografía de este segundo momento latinoamericano es posible rastrear una conciencia de la diferencia: los criollos españoles y lusoamericanos se hicieron de una historia propia que los distinguía de los hombres de la metrópolis. Estas historias colaboraron a crear una identidad, que encontraba expresión en un territorio, en un clima, en una población y en una naturaleza particular. Los criollos, en efecto, labraron su parcela. Y no sólo eso, pues como se verá a continuación, tuvieron conciencia de lo que significaba aquello y no dudaron en salir en su defensa ante los ataques de los ilustrados europeos.

La disputa del nuevo mundo

Georges Louis Leclerc y la tesis de la inferioridad del mundo americano

A mediados del siglo XVIII, Georges Louis Leclerc, conde de Buffon (1707-1788), presentó en Francia sus estudios sobre el continente americano. En ellos, Buffon sostenía que el nuevo mundo era inferior al viejo, tanto por su realidad natural como

por sus habitantes. En comparación con Europa, América era un continente inmaduro y trunco: sus animales eran más pequeños, pululaban los insectos, los nativos eran imberbes y habían sido incapaces de dominar a la naturaleza hostil.

Muchos de estos juicios contaban con antecedentes en los mismos historiadores de Indias. Fernández de Oviedo ya había descrito en el siglo XVI varias particularidades de la naturaleza americana, al mismo tiempo que culpaba a la pereza de los nativos por la pobreza, por ejemplo, de los cultivos de las viñas. Descripciones similares pueden encontrarse en las *Décadas* de Pedro Mártir. José de Acosta también emitió una serie de juicios sobre la infertilidad de las tierras del nuevo mundo. Ahora bien, ninguno de estos cronistas llegó a proponer una teoría general y coherente sobre la inferioridad de la naturaleza y los habitantes del mundo americano; probablemente, ni siquiera lo pensaron de esa manera. Sí lo hizo, en cambio, el conde de Buffon: sus juicios sobre la inferioridad de la naturaleza americana se extendieron a sus habitantes, los casos particulares fueron tomados como constantes y los juicios descriptivos se transformaron en juicios de valor. En síntesis, la teoría de Buffon sostenía que la naturaleza del nuevo mundo era débil e inferior en comparación con la europea, al igual que sus habitantes. Y estos últimos, para cerrar el círculo, habían sido incapaces de tomar posesión de la naturaleza a causa de su debilidad (Gerbi, 1982).

La postura de Buffon encontraba su sustento en una serie de criterios –o prejuicios, si se quiere– de la época. En efecto, existía una jerarquía en los animales y en la naturaleza de las cosas que permitía enjuiciarlos «objetivamente»: lo grande era estable y mejor que lo pequeño, que era, por su parte, inestable e inferior; las bestias corpulentas eran superiores a las menos corpulentas, y la fuerza física era atributo de las especies más perfectas. Pero también se encontraba tras esta postura un profundo europeocentrismo, desde donde se estructuraban y jerarquizaban las cosas.

Cornelius de Pauw

Toda esta postura daría un paso más y se consolidaría con el filósofo holandés Cornelius de Pauw (1739-1799) y su obra *Recherches philosophiques sur les Américains* de 1768. Mucho más radical que Buffon, De Pauw sostenía que los naturales de América eran poco más que bestias, incapaces de desarrollarse en sociedad y educarse. El americano era un degenerado, de naturaleza decaída y decadente. El nuevo mundo era un lugar donde los insectos, las serpientes y los bichos nocivos habían prosperado, siendo más grandes, numerosos y temibles que en el viejo mundo. Y la suerte de los hombres no era mejor, pues tenían menos sensibilidad, menos humanidad, menos gusto, menos inteligencia, en fin, menos de todo que los europeos (Gerbi, 1982, pp. 67 y ss.). Es por esto

que De Pauw, dándole un nuevo giro a la famosa frase de López de Gómara (véase p. 346), afirmó que «la conquista del nuevo mundo, tan famosa y tan injusta, ha sido la desgracia más grande que la humanidad ha sufrido» (il est certain que la conquète du Nouveau Monde, si fameuse & si injuste, a été les plus grand de malheurs que l'humanité ait essuié).

En las posturas de Buffon y De Pauw confluyeron múltiples variables que les permitieron dar forma a su teoría sobre la inferioridad de lo americano. En efecto, escribieron a partir de teorías políticas características de la Ilustración, de prejuicios raciales, de polémicas heredadas de los siglos anteriores, de leyes físicas y de la naturaleza en boga, en fin, de fragmentos descontextualizados de los cronistas e historiadores de los siglos XVI y XVII. La lectura de los ya mencionados Oviedo y Acosta, como también de los trabajos de Sepúlveda, fueron las fuentes sobre las que construyeron sus posiciones. A la vista de todo esto, el nuevo mundo y sus habitantes caían bajo nuevas consideraciones, al mismo tiempo que su pasado cobraba un nuevo sentido.

William Robertson

Quien difundió estas tesis por Europa y América fue el historiador escocés William Robertson (1721-1793) a través de su *Historia de América* de 1777. Su obra fue rápidamente traducida a varios idiomas y su publicación coincidió con un momento de gran interés por América. Sus argumentos centrales para sostener la inferioridad del nuevo mundo consistían en que América era un continente frío y sus habitantes eran rudos e indolentes. El principio de vida era menos activo y vigoroso («the principle of life seems to have been less active and vigorous there, than in the ancient continent»), puesto que los americanos eran «como niños». Esta idea ya se encontraba en De Pauw, para quien el salvaje americano quedaba como niño hasta la muerte («reste enfant jusqu'à la mort»).

Respuesta criolla a las concepciones eurocéntricas sobre América. El papel de los jesuitas

Al verse directa y brutalmente desafiados, la respuesta de los historiadores y hombres de letras de América no se hizo esperar. Muchos de ellos fueron jesuitas criollos que, exiliados en los territorios pontificios en Italia luego de la orden del rey de Portugal en 1759 y del rey de España en 1767 de abandonar sus territorios, entraron rápidamente en contacto con estas ideas y decidieron emprender una respuesta a tales posturas. Asimismo, también hubo una respuesta desde América. Todo este movimiento permitió consolidar una postura americana del devenir histórico y de la naturaleza del nuevo mundo que se materializó en las historias de, entre otros, el ecuatoriano Juan de Velasco (1727-1792), el mexicano Francisco Javier Clavijero (1731-1787) y el chileno Juan Ignacio Molina (1740-1829), todos ellos jesuitas.

No debe llamar la atención a esta altura la destacada participación de los jesuitas en las humanidades y en todo tipo de prácticas

intelectuales. Su posición social y política en el nuevo mundo, además de su excelente preparación intelectual, los había encumbrado como una voz autorizada y destacada. Fue esta, en efecto, una de las causas que llevó a su expulsión de las tierras americanas. Y tampoco debe llamar la atención que este exilio obligado levantara un orgullo criollo y patriota entre estos hombres. La distancia y el sentimiento de haberse visto arrebatados de sus orígenes los llevaron a definir, pensar y transmitir su pasión y visión por su patria; más todavía cuando era explícitamente atacada.

Juan Ignacio Molina (1740-1829), más conocido como el «abate Molina»

Una de las primeras obras en publicarse fue el trabajo de Molina *Compendio della storia geografica, naturale, e civili del regno del Cile (Compendio de la historia geográfica, natural y civil del reino de Chile)*, impreso anónimamente en Bolonia en 1776. Seis años más tarde publicó, esta vez con su nombre, un *Saggio sulla storia naturale del Cile (Ensayo sobre la historia natural de Chile)*. Allí, Molina atacaba directamente a De Pauw diciendo que este había escrito «de las Américas y de sus habitantes con la misma libertad que pudiera haber escrito de la luna y de los selenitas». Según el jesuita, los lectores de su *Ensayo*, sin embargo, se maravillarían al conocer la verdadera América descrita por alguien que había visto y observado con suma atención aquellas tierras, no como De Pauw, quien ni vio ni tampoco quiso siquiera ver a través de las obras que leyó. Tiempo después publicó una tercera obra, esta vez sobre la historia civil de Chile. Por medio de estos trabajos el abate Molina presentó, orgullosamente, una defensa de América, una descripción geográfica de Chile y volvió a contar su épica historia.

Francisco Xavier Clavijero (1731-1787)

Quizá la obra de mayor resonancia fue la del mexicano Clavijero, quien entre 1780 y 1781 publicó una *Historia antigua de México*. Tal fue su trascendencia que la obra se tradujo inmediatamente al inglés y al alemán. La obra consistió en un prefacio historiográfico, diez libros sobre historia precolombina y la conquista, y un volumen separado de disertaciones. Como el mismo Clavijero señalaba, la gran fortaleza de su trabajo consistía en ser «una historia de México escrita por un mexicano»; era un servicio a su patria, «para restituir a su esplendor la verdad ofuscada por una multitud increíble de escritores de América». Al igual que Molina, su autoridad encontraba sustento en el hecho de haber nacido y vivido en el nuevo mundo, de haber visto y conocido a los indígenas, de haberles enseñado y de haber comprobado su enorme capacidad de aprendizaje.

La parte más interpretativa del trabajo de Clavijero se encuentra en las disertaciones, en donde pretendió demostrar y corregir los errores de Buffon, De Pauw y Robertson. Estas interpretaciones se sustentaban en el material organizado en los libros previos, carentes de toda interpretación y dominados por la bús-

queda de la precisión en las fechas y la claridad en la información. Por medio de este trabajo, Clavijero quiso demostrar la existencia y validez de las fuentes indígenas de la historia mexicana, buscando torcer el juicio de los europeos sobre la inferioridad de los indios del nuevo mundo. Si estos habían tenido algún tipo de escritura y habían logrado grandes construcciones y se habían organizado en una sociedad, como mostraba en su obra Clavijero, el juicio de los filósofos y naturalistas europeos resultaba falaz. En cada disertación, Clavijero toma uno de los planteamientos de los estudiosos europeos, lo revisa y luego lo desmiente. En una, por ejemplo, argumenta que los mexicanos eran más piadosos que los griegos y romanos, los grandes pueblos de la antigüedad europea. En otra, postula la existencia de hipotéticos puentes entre África y América que habrían permitido la llegada de la fauna y flora tropical. Asimismo, al comenzar su obra se detiene a analizar los climas, mostrando la gran variedad que existía en el continente, destruyendo la tesis de América como un continente frío (Brading, 1991; Cañizares Esguerra, 2007).

Las culturas precolombinas como parte de las historias patriotas

Dado que estos criollos habían nacido y crecido en América, los juicios emitidos sobre el pasado indígena no podían pasarse por alto. Si los nativos americanos eran flojos e ineptos a causa de la realidad natural e histórica del nuevo mundo, los criollos también caían bajo la misma caracterización, puesto que eran «hijos» de América. Por tanto, para Clavijero, por ejemplo, la defensa y la justificación de los logros del mundo indígena era también una defensa y justificación de los logros criollos. La identificación con el pasado precolombino y con los nativos era, en último término, una identificación con América y su historia.

Juan de Velasco

El caso del jesuita ecuatoriano exiliado Juan de Velasco no fue muy distinto. Después de haber leído las obras de De Pauw y Robertson, decidió retomar el trabajo que había empezado en Ecuador con el propósito de publicar una historia del reino de Quito. Uno de sus móviles centrales fue el de atacar a esa «moderna secta» de filósofos e historiadores antiamericanos, que habían difamado injustamente al continente americano. Siguiendo el ejemplo de Clavijero, Velasco sostenía que la ignorancia lingüística de los europeos, a pesar de su formación filosófica y sus novedosos instrumentos, era la principal barrera al verdadero conocimiento de los pueblos americanos.

A estas respuestas desde del exilio se unieron también voces que clamaban justicia desde América. Uno de los juicios que se emitían sobre el nuevo mundo era el de la pobreza intelectual e ignorancia de su población; se negaba también que se procurara cultivar el espíritu por medio del estudio. Para dar respuesta a tal acusación y demostrar lo contrario, Juan José de Eguiara y Eguren (1696-1763)

Juan José de Eguiara y Eguren

escribió en latín la *Bibliotheca mexicana*, obra en la que, tras una serie de prólogos, fichaba todas las obras existentes en las bibliotecas de México. Ahí se encontraba el argumento más fuerte para sostener la existencia de una erudición y cultura americanas.

A raíz de estas disputas la historiografía latinoamericana toma un nuevo cariz dentro de su desarrollo. Las obras históricas comenzaron a ser portavoz del orgullo criollo y local. No es casualidad que muchas de ellas hayan profundizado en el pasado precolombino y que sus autores se hayan mostrado como defensores de los indígenas. El soporte histórico del mundo americano y de la conciencia de la diferencia criolla encontraba su base en las obras y en las civilizaciones del mundo indígena. No es que América fuera superior a Europa; tampoco que estos autores fueran «nacionalistas» y, mucho menos, independentistas. Eran, ni más ni menos, la expresión de la consolidación de un desarrollo histórico distintivo que se mostraba y veía claramente. Los trabajos de Clavijero o Molina, por nombrar dos, plasman en la escritura una perspectiva que se sentía, al menos por los criollos, en la realidad.

Este segundo momento que hemos descrito en las páginas precedentes comienza a cerrarse a inicios del siglo XIX. Tras el cambio de siglo, las revoluciones de independencia sacudieron fuertemente la realidad política de América Latina. Cambiaron las coordenadas para explicar el devenir temporal del nuevo mundo y, con ellas, las obras históricas.

André João Antonil

André João Antonil (1649-1716; André Antônio Andreoni) fue un sacerdote jesuita italiano que llegó a Brasil a los treinta y dos años, desempeñando importantes cargos dentro de la Compañía. Fino observador, Antonil publicó en 1711 su obra *Cultura e opulência do Brasil por suas drogas e minas*, en donde estudiaba preferentemente la estructura económica de la colonia. Se detuvo especialmente en analizar las riquezas del país y su explotación, lo que la transformó en una rica fuente de conocimiento de la

[illegible]

América portuguesa. Por eso mismo, apenas apareció el libro fue prohibida su circulación y ordenada su destrucción, ya que se consideraba que atraería a las grandes naciones europeas dada la clara y lúcida exposición que hacía de los cuantiosos bienes del país. Es que, en aquella época, los ataques y saqueos de potencias extranjeras se habían dado bastante seguidos en las costas de Brasil.

Antonil se concentra en estudiar la explotación y producción del azúcar, el tabaco, las minas de oro y el ganado. Su agudeza lo llevó a reparar en las relaciones sociales que sostenían la producción, especialmente en la producción del azúcar, definiendo a los esclavos como los pies y manos del señor de la plantación («os escravos são as mãos e os pés do senhor de engenho»). Ahora bien, Antonil no fue antiesclavista. Defendió las políticas que favorecían el desenvolvimiento económico de Brasil y se preocupó de destacar la importancia que tenía la colonia para Portugal. Esto último lo llevó a reclamar mayor preocupación de la corona por la colonia: era una cuestión de justicia. La salida de circulación de su libro produjo que sus ideas pasaran desapercibidas durante el siglo XVIII, aunque una vez redescubierto llamó inmediatamente la atención por su llamado reivindicativo (Rodrigues, 1979; Silva, 1999).

Juan de Velasco

Juan de Velasco (1727-1792) nació en la ciudad de Riobamba, Ecuador. A los 16 años llegó a Quito y al año siguiente, en 1744, entró a la Compañía de Jesús. Estudió en la Universidad San Gregorio de Quito, en donde se doctoró en filosofía y teología. Por su alta preparación intelectual, además de haber sido un gran conocedor de las lenguas indígenas (escribió, de hecho, un *Vocabulario de la lengua peruano-quitense, llamada del Inca*), fue enviado a predicar y catequizar indígenas, lo que le permitió viajar por Ecuador. Esto último se enmarcaba también dentro de la petición que le habían hecho sus superiores de viajar y conocer para que pudiese escribir una historia de la Compañía y de su labor en Ecuador. Fruto de esta petición terminó años más tarde, en 1788, la *Historia moderna del reino de Quito y crónica de la Compañía de Jesús del mismo reino*. Su otra gran obra fue la *Historia del reino de Quito en la América meridional*, dividida en histo-

[illegible]

ria natural, historia antigua e historia moderna, y finalizada un año después que la anterior.

La vida de Velasco se vio marcada por la expulsión de los jesuitas de los territorios americanos y por la posterior supresión de la orden. Expulsado en 1767, terminó viviendo –tras haber pasado brevemente por Cartagena, Cuba y Cádiz– casi veinticuatro años en la localidad de Faenza, en los Estados Pontificios. Fue allí donde se propuso finalizar el trabajo iniciado años atrás para terminar con la escritura de sus historias. Estas no se publicaron hasta mediados del siglo XIX, pero «sus observaciones se colaron por las imprentas de finales del periodo colonial de Quito en la década de los noventa del siglo XVIII y sirvieron de inspiración a patriotas locales» (Cañizares Esguerra, 2007, p. 358).

El texto seleccionado es sumamente elocuente del momento historiográfico que se vivía en el mundo americano. Primero, informa del aumento de la publicación de historias particulares que se ocupaban de determinados reinos americanos. Segundo, da cuenta de la recepción que tuvieron las posturas históricas y filosóficas de trabajos como los de De Pauw, y, tercero, el texto es un fiel reflejo de la creciente conciencia criolla y de la necesidad de defender al mundo americano de los ataques europeos. Las obras de Velasco son la voz de un jesuita criollo en el exilio que siente la necesidad de hacer justicia por su patria.

LA AMÉRICA LATINA INDEPENDIENTE (1808-*CA.* 1930)

La independencia como bisagra: del Antiguo Régimen a los estados nacionales

Considerar la independencia como momento bisagra puede resultar obvio. Sin embargo, requiere explicación la división en tres grandes regiones (Sudamérica hispana, Brasil, México). En primer lugar, hay que decir que las guerras de independencia fueron tomadas como punto de partida de las identidades nacionales: de ahí que estos procesos arrastren una carga emotiva, política e ideológica tan trascendente. Y, segundo, la independencia fue un hecho que marcó la memoria de generaciones. De ahí también que cada grupo social y cada región respondiera de un modo particular al proceso que enfrentaron.

La tripartición regional: Sudamérica hispana, Brasil y México

La emancipación de las naciones americanas produjo una reordenación de las Indias, del mismo modo que produjo una reordenación de los criterios de juicio histórico, que se vieron directamente modelados por los sucesos puntuales que caracterizaron al proceso independentista y de construcción nacional en cada región. Por eso, la historiografía latinoamericana emprendió un nuevo camino. Como se intentará explicar, el desarrollo de Brasil fue diferente al del resto, lo mismo que en México. Asimismo, es innegable que

Sudamérica hispana se dividió en múltiples estados que emprendieron sus propios caminos, pero, dado que nuestra perspectiva de estudio está determinada por el desarrollo de la historiografía, es posible agrupar a estos países bajo un mismo lente.

SUDAMÉRICA HISPANA (1808-CA. 1930)

El punto de partida: las independencias y el desafío de construir una nación

La independencia: una crisis política y cultural

La entrada de Napoleón a España y la abdicación del rey Fernando VII a favor de José Bonaparte en 1808 desencadenaron una serie de movimientos juntistas tanto en España como en las colonias que abrieron la puerta a futuros movimientos de independencia en las posesiones americanas. El principal motor de este proceso fue la crisis de legitimidad política y de poder. A esto se sumó el largo número de quejas y descontentos de la población criolla surgidos tras largos años de ineficiente y, a veces, abusiva administración. El vacío de poder llevó a la elite dirigente a buscar la manera de acabar con una situación de incertidumbre política, al parecer, insoportable. En un periodo aproximado de veinte años (1808-1830) gran parte de las naciones latinoamericanas –Cuba es la gran excepción– se habían emancipado de España declarándose como nuevas naciones independientes. Sin embargo, la respuesta y el desarrollo de estos cambios no fueron homogéneos ni tampoco las consecuencias. Mientras que en Chile hacia 1830 se había instaurado cierto orden e instituciones republicanas, en otras latitudes la situación era radicalmente distinta: Argentina era gobernada por el tiránico Juan Manuel de Rosas, en Venezuela aún pervivían disputas internas producto de caudillismos locales y en Nueva Granada los regionalismos conspiraban contra la unificación de la administración.

Los movimientos de independencia involucraron cambios de distinto orden. En términos institucionales y económicos, mucho del antiguo régimen permaneció en los primeros años de vida nacional. No obstante, la independencia había sido el cambio político más cataclísmico en la historia de estas regiones y, en términos ideológicos, los cambios fueron profundos y no meramente cosméticos. En toda Latinoamérica, los años inmediatamente siguientes a 1810 se caracterizaron por una aguda crisis de definición en el mundo de las ideas. Se abrió la puerta a los credos propios de la modernidad y del liberalismo, produciéndose paralelamente a la revolución política una revolución ideológica. Se difundieron nuevas ideas, como el republicanismo, el romanticis-

mo y el nacionalismo, que sirvieron de justificación teórica a los movimientos políticos. Los criollos tuvieron que decidir y justificar los mejores medios para hacerse con el control del poder.

Desde el punto de vista de las ideas, la independencia y los primeros años de vida nacional fueron procesos eminentemente dialécticos –entendiendo la palabra en su sentido etimológico–. Las disputas, argumentos y discusiones fueron una constante, pues, de un lado, era necesario comprender lo que había sucedido y, del otro, justificar las decisiones que se iban tomando en la práctica. Es importante hacer notar que este proceso dialógico se redujo principalmente a la elite, pues ningún otro sector social de la vieja sociedad colonial estaba en condiciones de asumir ese papel, considerando su educación, sus contactos y su poder.

El papel de los historiadores en la conformación de las identidades nacionales

La escritura de la historia formó parte de todo este proceso dialéctico, intelectual y elitista; los historiadores –y hombres de letras, en general– participaron de los procesos nacionales de construcción política, ideológica y cultural, de cuestionamientos y delimitaciones, de determinaciones y elecciones. La escritura de la historia fue, al menos hasta antes de su profesionalización en el siglo XX, una dispensadora de sentido que colaboraba con la definición de identidades, con la delimitación del pasado propio y con la elaboración de actitudes emocionales patrióticas. Era un ejercicio intelectual pero orientado desde y hacia la práctica.

Sudamérica hispana: una república de las letras

Tomando en cuenta el contexto en el cual se inserta la historiografía decimonónica, entonces, es posible comprender quiénes fueron los primeros historiadores, sobre qué escribieron y cuáles fueron sus principales preocupaciones. Una característica distintiva de Sudamérica hispana a lo largo de este momento historiográfico fue la conexión que existió entre los historiadores y hombres de letras más allá de las fronteras nacionales. La confluencia de preocupaciones, intereses, problemas e ideas comunes permitieron la formación de una «república de las letras» que asoció y dio unidad a este grupo de intelectuales más allá de la dispersión política postindependencia (Colmenares, 1989; Maiguashca, 2011).

Historia, política y nación: políticos con la pluma en mano

La labor de los historiadores no fue un trabajo restringido al ámbito académico o un ejercicio intelectual que quedaba reducido a un pequeño grupo que escribía para sí mismo, sino que tenía un papel público y nacional. Quienes escribieron historia a lo largo del siglo XIX no se formaron en escuelas o facultades universitarias de historia, sino que algunos estudiaron derecho o humanidades, mientras que otros se hicieron historiadores al andar.

Esto los ha hecho adquirir el calificativo de *amateurs*, concepto algo equívoco en algunos casos, pues existieron, como veremos, ciertos posicionamientos teóricos y metodológicos a los que era importante atenerse. Asimismo, tampoco es que la producción historiográfica fuera fruto del pasatiempo de algunos o el resultado de reflexiones bien intencionadas, pero insustanciales. Diego Barros Arana (1830-1907) decía que no había habido un día en el que no hubiera trabajado en su monumental obra, la *Historia general de Chile*, y Bartolomé Mitre (1821-1906) sostenía que ninguna de las afirmaciones incorporadas en sus obras carecía de soporte documental.

Durante el siglo XIX, los historiadores fueron al mismo tiempo hombres públicos y hombres de letras

Ahora bien, la inexistencia de una formación profesional específica no fue sinónimo de ignorancia y malas prácticas, aunque sí de algunas limitaciones, por ejemplo, en la crítica de fuentes. Más allá de esta barrera, muchos de ellos viajaron a Europa, donde pudieron consultar archivos y trabar amistades con importantes hombres de letras, o, al menos, recorrieron otros países americanos a causa de exilios, misiones diplomáticas o intereses personales. El chileno Benjamín Vicuña Mackenna (1831-1886) viajó tres veces a Europa, mientras que el venezolano Rafael María Baralt (1810-1860) se radicó los últimos años de su vida en Sevilla y Madrid. Por su parte, Barros Arana pudo consultar archivos en Lima y España para la confección de su *Historia general* y el boliviano Gabriel René Moreno (1834-1908) investigó en archivos chilenos hacia finales del siglo XIX.

El papel público de los historiadores implicó muchas veces un compromiso político por la causa nacional. Así, la historia pasaba, a su vez, a ser una práctica al servicio de las necesidades nacionales. Son políticos, intelectuales e incluso científicos y sacerdotes quienes escriben historia en el siglo XIX. Claudio Gay (1800-1873), por ejemplo, científico francés llegado a Chile en 1828 como profesor, fue contratado por el Estado chileno para que escribiera una historia de la nación. A los ojos del gobierno resultaba imperioso contar con una historia del país que se rigiera por parámetros modernos y científicos. En 1844 vio la luz el primero de los ocho tomos de su *Historia física y política de Chile*, obra que fue fruto de una peculiar ecuación: fue escrita por un científico extranjero contratado por el Estado para escribir una historia que satisficiera las necesidades nacionales. El cruce entre la ciencia y la historia no sería una excepción (como tampoco la contratación de científicos por los Estados americanos): algo similar sucedió en Brasil en la misma década cuando el alemán Von Martius presentó un trabajo al Instituto de Historia de Río de Janeiro (véase p. 393).

Claudio Gay y su historia de Chile

La gran mayoría de los historiadores participó de los gobiernos nacionales en algún momento, combinándose al mismo tiempo

muchas veces las labores de político e historiador. Los historiadores decimonónicos no fueron meros espectadores de los procesos políticos, sociales, económicos y culturales, sino también actores de tales hechos. Ellos mismos eran fuente de información de aquello que estudiaban y escribían. Su conciencia histórica, sus objetivos y sus narraciones se ordenaban y moldeaban desde los sucesos de su tiempo; se encontraban inmersos en procesos inconclusos, confusos y que los afectaban directamente como ciudadanos. Basta seguir la trayectoria de unos pocos para poder constatar esta realidad: Vicente Fidel López (1815-1903), además de hijo de un expresidente de Argentina, que fuera además compositor del himno nacional, fue diputado y más tarde ministro del gobierno de Carlos Pellegrini a comienzos de la década de los noventa del siglo XIX. El uruguayo Francisco Bauzá (1849-1899) fue diputado, senador e incluso candidato a la presidencia, igual que Benjamín Vicuña Mackenna, quien es especialmente recordado por su prolífica labor como intendente de Santiago. Mariano Paz Soldán (1821-1886) también fue ministro y diputado en Perú, así como el colombiano José Manuel Restrepo (1781-1863) fuera ministro del gobierno de Bolívar. Un caso distinto a destacar es el de Federico González Suárez (1844-1917), quien llegó a ser arzobispo de Quito, logrando la cúspide de su participación pública en un cargo eclesiástico. Una consecuencia directa de esta dualidad es la dificultad de separar, aunque en unos más que en otros, al hombre público del historiador.

Bartolomé Mitre: el epítome del hombre público e historiador

Sin duda el epítome de esta condición mixta de político e historiador fue Bartolomé Mitre, hombre público como ninguno llegando a ser presidente de Argentina entre 1862 y 1868. Mitre siempre fue un político comprometido que luchó contra la dictadura de Rosas durante las décadas de los treinta y los cuarenta del siglo XIX, participó luego de su derrocamiento en la construcción de un gobierno nacional, fundó el periódico *La Nación* –diario que se publica en la actualidad– y fue un activo intelectual siempre presente en los debates de su tiempo. No fue el único en ser presidente: el paraguayo Cecilio Báez (1862-1941) también llegó a presidir su nación en 1905.

Las conexiones transnacionales de los historiadores de la Sudamérica hispana

La historiografía decimonónica sudamericana se caracterizó también por conexiones entre muchos de los historiadores y hombres de letras. Existió una red de influencias de alto nivel, pues el camino y las experiencias compartidas por muchos de ellos les permitían identificarse en una tarea común. Y no sólo eso: existían nexos ideológicos, afinidades y exilios compartidos que alentaban los contactos entre unos y otros. Se podría decir, en términos amplios, que muchos de ellos vivieron lo mismo, se preguntaban sobre lo mismo y buscaban respuesta a los mismos problemas. «Las ideas,

señor, no tienen patria», le dijo un ministro chileno al argentino Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888) en una entrevista que sostuvieron en Santiago a comienzos de la década de los cuarenta del siglo XIX. Esta frase da cuenta de modo muy elocuente de lo que sucedía en América, porque, más allá de ser apátridas, las ideas también eran compartidas o debatidas por la intelectualidad americana del siglo XIX. La construcción y la definición de la nación y las nacientes repúblicas fue un desafío común americano, lo que no quiere decir, eso sí, que las respuestas hayan sido las mismas.

Exilios compartidos y experiencias similares

Muchos argentinos habían ligado amistades con chilenos durante su exilio en Chile en la década de los cuarenta del siglo XIX. Lo mismo en Uruguay, a donde había emigrado otro gran número. Bartolomé Mitre emigró primero a Uruguay para pasar luego a Bolivia –donde fundó una sociedad patriota– y más tarde a Perú, de donde fue expulsado por haber sido un duro crítico del presidente Ramón Castilla, para terminar en Chile hacia 1848. Además de involucrarse en los procesos propios de cada país, Mitre entabló relaciones con otros argentinos exiliados que se dedicarían a la historia como Vicente Fidel López y chilenos como Benjamín Vicuña Mackenna y Diego Barros Arana. También conocería a Andrés Bello (1781-1865) y nunca dejarían de preocuparle los problemas de su país y de las naciones americanas en general. Pero Mitre no es el único ejemplo: el boliviano Gabriel René Moreno vivió en Chile y fue discípulo de historiadores como Barros Arana y Gregorio Víctor Amunátegui (1830-1899), mientras que el peruano Paz Soldán emigró a Buenos Aires durante la guerra con Chile. En sus obras citaba a Mitre y Vicuña Mackenna. El venezolano Rafael María Baralt estudió en una universidad de Bogotá y sus publicaciones fueron seguidas de cerca por el colombiano Restrepo. A su vez, Barros Arana, quien también vivió un tiempo exiliado en Argentina, le envió una copia de la obra de Restrepo a Mitre mientras este estudiaba los procesos revolucionarios de Argentina. El ecuatoriano González Suárez tuvo siempre en vista los trabajos del colombiano José Manuel Groot (1800-1878) y de Barros Arana mientras trabajaba en sus investigaciones (Colmenares, 1989, pp. 41-42).

Se comprenderá, entonces, a partir de lo dicho hasta ahora, que la escritura de la historia involucraba principalmente a las elites nacionales. No porque los historiadores se caracterizaran especialmente por provenir de la aristocracia –el chileno José Victorino Lastarria (1817-1888), por ejemplo, tenía orígenes más bien modestos–, sino porque participaban de la clase dirigente, muchos eran al mismo tiempo figuras políticas y los objetivos ideológicos implicados en la práctica histórica apuntaban a influir dentro de ese mismo grupo.

La actividad periodística de los historiadores

Teniendo en cuenta la inexistencia de una profesionalización de la actividad y la mayor dificultad que existía en aquel periodo en publicar libros, los periódicos se convirtieron en uno de los medios más usados para publicar sus ideas e interpretaciones; los debates históricos, metodológicos y políticos se ventilaban en ellos. Así, por ejemplo, los historiadores exiliados argentinos que llegaron a Chile durante el gobierno de Rosas hicieron de la prensa chilena una trinchera para atacar el gobierno argentino, mientras que el trascendente debate entre Andrés Bello y José Victorino Lastarria sobre cómo debía practicarse la historia también utilizó este medio. Es esta, por cierto, otra característica más del papel eminentemente público que caracterizaba a los historiadores sudamericanos del siglo XIX. En Brasil, en cambio, fue la revista del Instituto Histórico el principal órgano de publicación y debate historiográfico desde comienzos de la década de los cuarenta del siglo XIX (véase p. 393).

Es importante agregar también otros dos rasgos: la historia fue escrita por hombres y la mayoría de las veces lo hicieron desde los centros de poder político. Las capitales de cada país eran no solamente el centro político, sino también el centro cultural: Buenos Aires, Santiago, Montevideo, Caracas y Quito, por nombrar algunas, eran los centros de producción intelectual. Esto no significó que algunos de estos hombres no provinieran de regiones o que estas no tuvieran ningún peso en la realidad americana, pues muchos ejemplos demostrarían lo contrario, sino que, al estar concentrado el poder político y administrativo en las capitales, estas hicieron de polos de atracción en donde se concentró la producción historiográfica e intelectual.

La independencia como hito fundacional

Los temas que dominaron la escritura de la historia durante el siglo XIX se encontraron fuertemente marcados por los hechos tormentosos de la independencia y luego por las preocupaciones propias de los procesos de emancipación y desarrollo nacionales. La independencia fue el momento axial desde donde se articularon las narraciones históricas: fue el punto clave que dio vida propia a las nuevas naciones. De ahí que se escribiera esencialmente historia política y militar. Pero así como ese era el momento central, los actores que llevaron a cabo los hechos y participaron de las luchas políticas y las disputas contra el poder dominante pasaron a ser también objeto de sumo interés, más todavía cuando muchos de quienes escribían historia habían participado de tales acciones, eran contemporáneos de aquellos grandes hombres o descendían directamente de ellos. En consecuencia, la historia que se narraba

era una historia que combinaba los grandes nombres con las grandes gestas; se entiende también aquí el porqué de la proliferación de las biografías y la construcción de un verdadero panteón de héroes nacionales por parte de los historiadores.

La importancia de perpetuar la memoria de la independencia

Una de las primeras historias en ser escritas fue la del colombiano José Manuel Restrepo (1781-1863). En 1827 publicó en diez volúmenes –siete de historia y tres de documentos– la primera edición de su *Historia de la revolución de la República de Colombia en la América meridional*, cuya preocupación central era comprender y definir el proceso independentista. La obra, dedicada a Bolívar, tenía como epígrafe una cita de Voltaire que hacía mención a contar a la posteridad sólo aquello que fuera digno de la posteridad («Ne dites à la posterité que ce qui est digne de la posterité»). Y, claramente, una historia de las revoluciones de la independencia era algo insoslayable para el futuro, pues era el momento en que nacía la nueva nación. La obra, cuya primera edición Restrepo había terminado de escribir en 1824, fue el resultado de un interesante trabajo del autor, pues tuvo que reconstruir los hechos a partir del disperso estado de las fuentes y de su memoria, comprometida con los hechos que narraba, dando cuenta de la poca perspectiva temporal que tenía. Tanto así que tuvo que retocar su obra por el final dispar de muchos de los procesos que había descrito, publicando una segunda edición en 1858 (Colmenares, 1989).

Asimismo, uno de los primeros trabajos de los hermanos Miguel Luis (1828-1888) y Gregorio Víctor Amunátegui se llamó *Los tres primeros años de la revolución en Chile*, en donde estudiaban el periodo comprendido entre 1810 y 1812. Por otra parte, de los ocho volúmenes de la historia de Claudio Gay, cuatro estaban dedicados a la independencia y los primeros años de la nación, mientras que sólo en los cuatro primeros abarcaba los casi tres siglos de colonia. Asimismo, la primera gran obra de Diego Barros Arana fue su *Historia general de la independencia de Chile* (1854), escrita en cuatro volúmenes. El argentino Vicente Fidel López también escribió una *Historia de la revolución argentina* en 1881 en cuatro volúmenes. Y así lo hicieron muchos otros.

La historia como constructora de identidad

No obstante lo anterior, sería inexacto reducir la preocupación de los historiadores a la independencia. Si bien es marcado el interés por estudiar tales procesos, con el paso del tiempo fueron ampliándose los temas. En la misma medida en que iba definiéndose y aclarándose el origen histórico de las naciones, nuevas cuestiones salían al paso, derivadas de la experiencia propia de la formación de los estados nacionales y de la necesidad de conocer su pasado, definir su identidad e identificarse con ella. Así, la tarea de estudiar la colonia y, a medida que pasaban las décadas, los primeros años de vida independiente comenzó a ser igualmente

necesaria. Si la pregunta era por la identidad de la nación, irremediablemente había que remontarse al periodo colonial. Mientras unos buscaban los antecedentes del momento culmen que había sido la independencia, otros –Lastarria, por ejemplo– condenaban la herencia colonial como la rémora que impedía el progreso hacia la libertad. Y dentro de esta preocupación por la colonia también cambió la percepción que se tenía de ella: a medida que avanzó el siglo mayores aspectos comenzaron a ser valorados y el juicio pasó a ser menos drástico.

Domingo Sarmiento

También apareció, aunque en menor grado, la preocupación por el mundo mestizo y su papel en las nuevas naciones. Domingo F. Sarmiento, quien también llegara a ser presidente de Argentina, si bien más ligado al periodismo y a la educación –aunque con intereses por la historia–, publicó en 1845 *Civilización y barbarie, vida de Juan Facundo Quiroga*, en donde se preguntaba por la trascendencia de la presencia del gaucho en el camino hacia la civilización, trazando algunos paralelos y analizando el desarrollo histórico de varios pueblos.

La historia como tribuna política

Muchas historias se escribieron además como resultado de las grandes acciones que acometían los estados nacionales, fueran guerras, fundaciones o reformas políticas, mientras que otras eran fruto de preguntas que apuntaban a indagar sobre la naturaleza de los gobiernos decimonónicos. Barros Arana, por ejemplo, publicó en 1861 junto a otros autores un *Cuadro histórico de la administración Montt*, condenando su gestión y describiendo al gobierno con ribetes de tiranía, cosa que no llamaba la atención, pues durante aquellos años se vio forzado a partir al exilio. Asimismo, también escribió otras obras «en caliente», como la *Historia de la guerra del Pacífico*, la cual comenzó a escribir un año después de que se declarara, en 1879, la guerra entre Perú, Bolivia y Chile (Gazmuri, 2006).

No sólo existió una preocupación por algunos temas e individuos específicos, sino también por cómo debía ser narrada y pensada la historia. El debate más célebre y trascendente ocurrió en la década de los cuarenta del siglo XIX en Santiago, teniendo como actores a Andrés Bello y José Victorino Lastarria.

¿Cómo se debe escribir la historia? El debate Bello-Lastarria

En la década de los cuarenta del siglo XIX, Santiago de Chile era uno de los principales centros de producción y reflexión histórica de Sudamérica hispana (Serrano, 1996). Entre los intelectuales más destacados estaba el venezolano Andrés Bello, pero muchos chilenos, exiliados argentinos y otros extranjeros forma-

ban parte de una masa crítica que pensaba intensamente la política y la cultura americana. Figuras como los chilenos Lastarria y Bilbao en las letras, el polaco Ignacio Domeyko en la ciencia, los argentinos Sarmiento, Vicente F. López y Alberdi, por nombrar algunos, además del propio Bello, confluyeron en Chile durante aquellos años. Es dentro de este marco intelectual, además del consenso y la apertura política que existía por aquellos años bajo el gobierno del general Manuel Bulnes, en el que se da el primer gran debate sobre la práctica histórica (Stuven, 2000).

El debate sobre la metodología histórica

Uno de los problemas transversales de la historiografía decimonónica latinoamericana fue el cómo enfrentarse a las fuentes, a la metodología y a la función de la historia. Este debate no sólo involucró a quienes lo llevaron adelante, sino que quienes escribieron historia durante el siglo XIX se alinearon de un lado u otro. A la larga, tomar una posición metodológica implicaba también, como veremos, tomar una posición con respecto a la visión de la historia, a su valoración y utilidad.

Andrés Bello y la fundación de la Universidad de Chile

La fundación de la Universidad de Chile en 1842, cuyo ideólogo y primer rector fue Andrés Bello, dio un importante impulso a los estudios históricos. La universidad fue concebida como una institución que debía promover la educación de los ciudadanos, la investigación y estar al servicio de las necesidades nacionales. Dentro de sus estatutos consideraba que anualmente debía pronunciarse un «discurso sobre alguno de los hechos más señalados de la historia de Chile, apoyando los pormenores históricos en documentos auténticos, y desenvolviendo su carácter y consecuencias con imparcialidad y verdad». También incorporaba la realización de certámenes, biografías de académicos fallecidos y memorias anuales. La preocupación por la historia fue tal que incluso se llamó en 1848 a un concurso en el cual debía responderse la pregunta sobre cuál era el mejor método para enseñar la historia. Eso sí, nadie se presentó en esa ocasión (Gazmuri, 2006, pp. 59 y ss.).

José Victorino Lastarria

El primer elegido para dar un discurso fue José Victorino Lastarria, discípulo de Bello y una de las importantes mentes liberales del momento, quien en 1844 presentó ante el profesorado de la universidad un provocador trabajo llamado *Investigaciones sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile*. El principal problema del trabajo fue la concepción de la historia que sostenía Lastarria, la cual enfrentaba y desafiaba directamente a la postura de Bello.

La postura del venezolano abogaba por una historia esencialmente narrativa, que buscara explicar e ilustrar los hechos; debía alejarse en un primer momento de la filosofía para concentrarse en el estudio de las fuentes, buscando así la imparcialidad y la verdad. Este proceder era lo que se conocía como el método *ad*

narrandum. En una reseña a la obra de Claudio Gay, Bello había sostenido que el «prurito de filosofar» perjudicaba la severidad de la historia, pues al anteponer un sistema, una filosofía, a los hechos, la realidad se veía «a través de un vidrio pintado», dándole un falso tinte a los objetos. Los historiadores de aquella época tenían conciencia de los peligros que corrían al enfrentarse a los hechos a causa de las afecciones y prejuicios personales de los cuales resultaba imposible despojarse. Por tanto, sabiendo esto –decía Bello–, no había para qué sumar una nueva causa de ilusión y de error (Bello, 1884, p. 61).

Polémica historiográfica entre Bello y Lastarria: entre la narración y la justificación

Lastarria, en cambio, sostenía que la mera narración de hechos era inútil para la sociedad y la nación. En el estudio del pasado debían buscarse las enseñanzas que promovieran la felicidad y la perfección de los ciudadanos, y por medio de la historia debía buscarse la libertad y la materialización del progreso. La concepción de Lastarria miraba los hechos históricos como medios para alcanzar objetivos determinados: el estudio del pasado tenía una trascendencia práctica que estaba al servicio de la sociedad. Como el mismo Lastarria dijera en aquella ocasión, se había apoderado de los hechos para trazar sus influencias y repercusiones en la sociedad, obteniendo lecciones que guiaran el presente y los caminos futuros. Esto no significaba, sin embargo, caer en una mirada parcial o alejarse de la búsqueda de la verdad, sino que era un modo distinto de aproximarse al estudio del pasado.

Lastarria sostenía que el pasado colonial y la herencia española habían sido una carga y una barrera a la libertad y al desarrollo republicano, de la cual era imperioso deshacerse con vistas a alcanzar la plena independencia. El andamiaje colonial sólo había estado dispuesto para formar esclavos, encontrándose el pueblo de Chile durante ese periodo «profundamente envilecido» y destituido «de toda virtud social». Esta mirada de la historia se conoció como historia filosófica o método *ad probandum*.

La respuesta de Bello, cuya visión de la historia había sido explícitamente desafiada, no tardó en aparecer. Publicó varios artículos en el periódico oficial, *El Araucano*, en los cuales contestaba a la postura de Lastarria y defendía su concepción de la historia. El objetivo de la historia era poner en claro los hechos, alcanzando un conocimiento adecuado de los hombres y de los pueblos. Si se quería lograr lo mismo que habían hecho grandes figuras como Tucídides y Tácito, era importante tener un profundo conocimiento del corazón humano, lo que se lograba leyendo e imitando a los buenos historiadores políticos de la Antigüedad y de los tiempos modernos, antes que siguiendo esas teorías generales y abstractas llamadas filosofías de la historia. Se podrá sacar provecho de tales teorías, argumentaba Bello, sólo una vez que se

hubiera contemplado «el drama social viviente en los pormenores históricos» (Bello, 1884, p. 101).

No hay que exagerar tampoco y decir que Bello abogaba por un positivismo ciego, sino que, dada la situación en la que se encontraban las jóvenes naciones americanas, era necesario, primero, «poner en claro los hechos». La mera copia de las prácticas europeas implicaba saltarse un paso importante que ya había sido dado en Europa; sólo una vez que se hubieran contado los hechos como habían sido –cosa que ya se había hecho en el «civilizado» viejo continente– iba a ser posible hacer generalizaciones y reflexiones filosóficas. En efecto, la historia filosófica debía suponer el trabajo previo con los hechos. El método *ad probandum* no era bueno o malo en sí, sino que era inoportuno para el estado de la historia de las naciones americanas: «Cuando la historia de un país no existe sino en documentos incompletos, esparcidos, en tradiciones vagas, que es preciso compulsar y juzgar, el método narrativo es obligado» (Bello, 1884, p. 120).

Los referentes teóricos de la disputa

Los referentes intelectuales que sirvieron de base a estas ideas fueron, sin duda, europeos. Bello tenía como referente importante, entre otros, al francés Augustin Thierry, quien se destacaba por su trabajo en archivos y con fuentes. Lastarria, en cambio, admiraba a personajes como Jules Michelet y François Guizot, quienes resaltaban por su espíritu romántico y más interpretativo. Ahora bien, la recepción de las ideas de estos historiadores europeos fue hecha según sirvieran a los propósitos que planteaban los problemas locales. Las ideas europeas fueron una base, un punto de partida, desde donde se pensaron los problemas y las necesidades locales. Y tampoco es que tales ideas fueran encasilladas con un determinado rótulo. Por ejemplo, tanto Bello como Lastarria citaban a Herder para defender sus posturas recalcando los argumentos que más concordaban con sus interpretaciones. Como han dicho algunos, las imitaciones son adaptaciones y estas son, en cierto sentido, también innovaciones. De ahí que la discusión sobre si las ideas debatidas por los latinoamericanos en la historia –y en las letras en general– fueron meras importaciones que se aplicaron como un molde a la realidad local o, por el contrario, hubo verdadera producción nacional y americana es algo estéril. Hubo tanto de lo uno como de lo otro.

El resultado de este proceso sentó bases teóricas e ideológicas sobre las que se levantaron los siguientes debates. Así, por ejemplo, la disputa ocurrida en la década de los ochenta del siglo XIX entre Bartolomé Mitre y Vicente López tuvo su base en las mismas preocupaciones y ocupaba los mismos términos que habían sido utilizados en la década del cuarenta. El problema fue prácticamente el mismo, sobre la metodología adecuada para la historia, aunque con

algunos matices. Una diferencia de este segundo debate fue que, si bien el trasfondo del problema interpretativo perduraba, ambos daban por sentada la necesidad del trabajo con fuentes.

El legado del debate Bello-Lastarria

La importancia del debate entre Bello y Lastarria viene dada también por su trascendencia. Vicuña Mackenna evaluaba las virtudes y defectos de las memorias universitarias a la luz de los postulados de Bello, teniendo en cuenta el trato con las fuentes, la imparcialidad, la calidad de la narración y el estilo (Vicuña, 2009, p. 96). El peruano José Toribio Polo consideraba hacia fines del siglo que el historiador precisaba revisar una gran cantidad de fuentes para emitir sus juicios. Una vez encontrados los documentos y verificada su autenticidad podía escribirse historia. Criticaba a los seguidores de la escuela filosófica, pues querían «escribir historia sin estudio, ni preparación», y encontraban «más cómodo inventar o repetir que investigar» (Dager Alva, 2000, pp. 156-160). Mitre dice en su historia de Belgrano que «no se narra un solo hecho, no se indica un solo gesto, no se avanza una sola opinión, que no pueda ser documentada o atestiguada»; lo mismo afirmaba Mariano Paz Soldán en el prólogo de su *Historia del Perú independiente* de 1868. El mismo Mitre le advirtió explícitamente en una carta de 1875 a Barros Arana que la obra de Vicente Fidel López debía tomarse con mucha cautela, pues escribía la historia sin documentos. En otra famosa carta, pero esta vez de Barros Arana a Mitre, el primero decía que «la historia filosófica es el asilo de los que no quieren estudiar historia, de los que quieren hacer de esta ciencia un conjunto de generalidades y declamaciones vagas e inútiles. [...] La historia sin hechos bien estudiados y sin documentos, es completamente inútil y absurda» (Mitre, 1912).

La preocupación metodológica se encontraba íntimamente ligada con las tareas que debía acometer la escritura de la historia. Las implicaciones historiográficas no fueron sólo formales: el contenido de los trabajos históricos da cuenta también de los objetivos y de la importancia de escribir historia en el siglo XIX.

La historia y su contenido: sobre héroes e identidad

La historia como historia nacional

Las repúblicas americanas vieron como una necesidad el tener una historia de su nación que articulara, en una narración coherente, aquello que habían sido y de dónde venían con lo que eran y lo que esperaban de ellas en el porvenir. De esta manera, la escritura de una historia ayudaba a la consolidación de una entidad que se proyectaba al futuro. Es dentro de esta lógica que se entienden, en gran parte, los objetivos de la historiografía decimonónica. Definir la patria e identificar y celebrar a sus padres fundadores y

héroes fueron dos de las preocupaciones centrales. Consecuencia de esto fue que los héroes y las guerras de independencia fueran los hitos primordiales de las historias nacionales, pues constituían la parte esencial del mito fundador de la patria. Asimismo, el reconocimiento de una filiación, por tenue que fuera, con los «grandes hombres y los grandes hechos del pasado» constituía «una fuente de prestigio, de distinción, de honra y de poder, todo lo cual era reclamado y exhibido como una gracia o merced otorgada por la historia para la identidad y el reconocimiento social y, con demasiada frecuencia, para la legitimación en el ejercicio mismo del poder» (Tovar, 1995, p. 27).

La definición de las virtudes patrióticas y de las hazañas nacionales

Los historiadores concentraron muchas de sus preocupaciones históricas en identificar y estudiar a los grandes hombres que habían llevado adelante los procesos libertarios y de construcción nacional. Paz Soldán sostenía que «Bolívar en Colombia y San Martín en Buenos Aires y Chile inmortalizaban sus nombres, mereciendo que se les llamara Libertadores» gracias a sus destacados actos en los «sangrientos y gloriosos combates» que permitieron a estos pueblos no «sufrir por más tiempo la esclavitud» que significaba el yugo español (Paz Soldán, 1868, p. 29). Vicuña Mackenna trabajó muchos años de su vida redactando biografías de los grandes hombres, de los próceres y de los patriotas, identificando esa gran entidad que era la nación con individuos determinados. Eran los hombres que representaban las épocas y las explicaban. Entre 1856 y 1866, Vicuña Mackenna publicó importantes volúmenes sobre los hermanos Carrera, Bernardo O'Higgins, José de San Martín y Diego Portales erigiendo así un panteón de figuras patrias (Vicuña, 2009). Mitre miraba al pasado de la misma manera, buscando identificar y destacar a las figuras que encerraban el alma espiritual y el carácter de la patria y América. Figuras como el mismo San Martín y Manuel Belgrano atrajeron especialmente su interés.

La historia como medio de aprendizaje y enseñanza

El hecho de que hombres individuales fueran parte de la preocupación central de la historiografía da cuenta también de la concepción histórica que tenían los historiadores. Existía, primero, una creencia en el individuo y en la capacidad de la voluntad para vencer los obstáculos propios del devenir histórico, la que se ve especialmente reflejada en la batalla épica que libraron algunos de ellos –y de la que salieron victoriosos– en la Independencia y las posteriores acciones de construcción nacional. Y segundo, tenían una concepción pedagógica de la historia, heredada fundamentalmente de la lectura de los autores clásicos como Tácito (véanse pp. 51-53). Mitre concebía la historia como una gran enseñanza, mostrando en las páginas de sus obras a los hombres y los hechos como factores de grandeza o de miseria, de nobleza o de mezquindad. Esta historia ejemplar era un medio para dar forma al futuro, permitien-

do justificar los imaginarios de los países y marcando un canon a seguir. Otro ejemplo es Miguel Luis Amunátegui, quien en su libro *Los precursores de la independencia de Chile* de 1870 escribía en el prólogo que el objetivo de su obra era «recordar las acciones de nuestros mayores para que encontremos lecciones provechosas en el cuadro de sus virtudes o de sus extravíos».

Así, la práctica histórica no sólo debía preocuparse de buscar fuentes y estudiar el pasado con vistas a entregar una mera descripción de acontecimientos puntuales que resultaran relevantes para los interesados en las curiosidades del pasado. Era mucho más que eso, pues la historia era también aprendizaje. La búsqueda de respuestas a las preguntas por la identidad y la identificación de los grandes hombres del pasado nacional, es decir, el contenido de la historia, eran objetivos centrales de la concepción historiográfica del siglo XIX.

Bartolomé Mitre

Bartolomé Mitre (1821-1906), nacido en Buenos Aires, fue una de las personalidades más destacadas de Argentina y el Cono Sur durante la segunda mitad del siglo XIX; no sólo por su importante obra historiográfica, sino también porque fue un influyente hombre público. Militar, político, periodista, polemista y presidente de Argentina entre 1862 y 1868, Mitre fue un hombre de combate y opinión, de personalidad fuerte, erudito y preocupado por la realidad americana y el proyecto político de su país. Opositor al gobierno del caudillo Juan Manuel de Rosas (1793-1877; gobernó entre 1835 y 1852), se vio obligado a partir al exilio, viviendo en Uruguay, Bolivia, Perú y Chile, lugares en donde entabló variadas relaciones con políticos e intelectuales.

Su principal obra fue la *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*, publicada por primera vez en 1859 (en 1887 se publicó una cuarta y definitiva edición en tres tomos). Este trabajo destaca por su erudición y por el establecimiento de la crítica de fuentes y la confrontación de ellas como criterios metodológicos básicos de toda obra

> «El general Belgrano es una de aquellas figuras históricas que, lo mismo que con una bandera o una espada, podría ser representada con la pluma del escritor o con el libro de la ley en la mano, o bendiciendo con ambas la cabeza de un niño deletreando en una cartilla; porque fue hombre de acción y hombre de pensamiento, y porque a la vez que combatió por su creencia, derramó a lo largo del surco de la vida la semilla fecunda de la instrucción y la virtud. No era un general del genio de San Martín, ni un economista del alcance de Vieytes, ni un jurisconsulto de la ciencia de Castro, ni un tribuno de la elocuencia de Castelli, ni un escritor del temple de Monteagudo, ni un pensador de la profundidad de Moreno, ni un político de la talla de Rivadavia, sus contemporáneos, sus compañeros y sus amigos en la época de la revolución; pero fue todo eso en la medida de sus facultades, en medio de una época memorable, con un alma grande y pura, y un carácter elevado y sencillo; y por eso es uno de nuestros grandes hombres en el pasado y en el presente, como lo será en los tiempos venideros. Su grandeza, principalmente cívica y moral, no es el resultado de la superioridad del genio sobre el nivel común, ni está exclusivamente vinculada a los grandes hechos políticos y militares en que fue modesto actor. Ella consiste en el conjunto armónico de sus altas cualidades morales que no pretendían sobreponerse a la razón pública; en el equilibrio del alma, que no se dejó arrebatar por el orgullo ni avasallar por el egoísmo; en la autoridad con que mandaba y en la humildad con que obedeció; en que fue el representante de las generosas aspiraciones al bien de todos los tiempos, y en que lo sirvió en el nombre y en interés de todos, prolongando así su acción en la posteridad.»
>
> *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*, cuarta edición, tomo III, pp. 583-584 [1887]

histórica. En su opinión, la verdad histórica de su trabajo se basaba en el cuidadoso y extenso uso de los documentos. Hay que notar, eso sí, que la íntima relación entre el hombre público y el historiador teñía su obra de proyecciones políticas. Mirando el pasado, quería encontrar símbolos dignos de fundar el orden republicano y destacar a los héroes de la nación construyendo un panteón de próceres. Si bien retrataba a los hombres con sus debilidades y grandezas, vicios y cualidades, aciertos y errores, a Mitre le preocupaba especialmente destacar sus virtudes republicanas. El texto seleccionado da clara cuenta de lo dicho. A través del estudio de Belgrano, Mitre buscó escribir un libro popular que despertara el sentimiento de nacionalidad, dando cuenta del gradual desarrollo de la idea de independencia del pueblo argentino. Algo parecido es posible observar en otra de sus obras importantes como fue la *Historia de San Martín y de la emancipación americana*, publicada en tres volúmenes entre 1887 y 1890.

La publicación del trabajo sobre Belgrano levantó una serie de críticas que fueron no sólo historiográficas, sino también abiertamente políticas. El cordobés Dalmacio Vélez Sarsfield (1800-1875) le criticó la sobreestimación de la figura de Belgrano por sobre los pueblos de provincia. Juan Bautista Alberdi (1810-1884), por su parte, le reprochó que su pensamiento sólo reflejaba a las minorías ilustradas porteñas, además de sostener que Mitre exageraba en sus juicios y descripciones. Vicente Fidel López apuntó como algo negativo la confianza que depositaba el autor en los documentos, además de los juicios políticos que emitía en su obra. No obstante las críticas, la obra de Mitre fue probablemente el trabajo histórico más trascendente del siglo XIX argentino (Devoto y Pagano, 2009, cap. 1)

Diego Barros Arana

Diego Barros Arana (1830-1907) nació en una acomodada familia de Santiago de Chile y recibió una sólida educación. Comprometido con la cultura, el progreso y la libertad, Barros Arana participó en política, fue delegado diplomático y llegó a ser una destacada figura pública. Fue rector del Instituto Nacional de Santiago y decano de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Chile, sobresaliendo por introducir novedosas reformas en los planes de educación. Más allá de toda esta labor, su capacidad se vio totalmente volcada y plenamente reflejada en su producción historiográfica. Su principal trabajo fue la monumental *Historia general de Chile* (1884-1902). Sus dieciséis volúmenes sobresalen en el panorama latinoamericano tanto por la extensión

de la obra como por el trabajo de investigación realizado. Una de sus grandes virtudes es el sólido soporte en fuentes, recopiladas tanto en Chile como en archivos de Argentina, Lima, Madrid, Sevilla, París y Londres. La obra comienza con estudios sobre los indígenas y alcanza hasta el año 1830. Es un relato cronológico basado en hechos políticos, militares e institucionales, aunque también incorpora capítulos donde analiza temas sociales, económicos y culturales. Barros Arana consideraba que la preocupación de la historia no debía estar sólo en los gobernantes y hombres notables, sino también en el pueblo mismo, «en sus manifestaciones, sus costumbres, sus leyes, sus ideas, sus creencias, su vida material y moral». Había que dar cuenta de todas las fases de la vida de una época. Se destacan también las numerosas notas al pie de página que buscan probar lo argumentado en el cuerpo del texto, en donde se aprecia la notable erudición y capacidad crítica del historiador. Como se ve en el texto seleccionado, Barros Arana siguió el método *ad narrandum* defendido por Bello.

«Al emprender esta historia, he adoptado de propósito deliberado el sistema narrativo. Me he propuesto investigar los hechos con toda prolijidad en los numerosos documentos de que he podido disponer, y referirlos naturalmente, con el orden, el método y la claridad que me fuera posible para dejarlos al alcance del mayor número de los lectores. [...] La llamada historia filosófica es la última transformación del arte histórico. No puede existir sino a condición de que la historia haya pasado por las otras fases, de que haya llevado a cabo un estudio atento y minucioso de los documentos y de los hechos, y de que haya establecido definitivamente la verdad, despojándola de fábulas y de invenciones, y echado así los cimientos sobre los cuales debe construirse la historia verdaderamente filosófica. El estudio de los hechos no ha llegado entre nosotros a este perfeccionamiento. [No obstante], la *forma narrativa* no excluye de la historia las aplicaciones del género filosófico; antes por el contrario, las exige, y aun estas llegan a constituir uno de sus elementos indispensables. Puede decirse que ambos géneros se combinan fácilmente en una sola obra, haciéndola más instructiva e interesante. Si por la historia filosófica se comprende un tejido de generalidades aplicables igualmente a todos los tiempos y a todos los países, o de disertaciones morales y políticas, como lo han creído algunos espíritus superficiales, será sin duda difícil o a lo menos embarazoso refundirla en la historia narrativa. Pero, si por aquella se entiende el encadenamiento lógico de los hechos, su sucesión natural explicada por medio de las relaciones de causas y de efectos, [...] sin duda que esas nociones deben tener cabida en el cuadro narrativo de los hechos, y aun desprenderse sencillamente de estos.»

Historia general de Chile, tomo I, prólogo, pp. viii-x [1884]

BRASIL (1808-CA. 1930)

Son múltiples los paralelos que se pueden establecer entre Brasil y el resto de América Latina. Sin embargo, hay diferencias importantes que nos hacen tratar a Brasil de modo independiente. Primero, Brasil fue colonia portuguesa, no española. Segundo, la lengua: mientras la inmensa mayoría de los latinoamericanos hablan castellano y han construido sus tradiciones historiográficas en ese idioma, la historia brasileña se ha pensado y escrito en portugués. Asimismo, los procesos políticos y sociales posteriores a la independencia siguieron un rumbo particular que es preciso analizar.

La independencia de Brasil

Las diferencias también existen en el punto de partida que hemos tomado: la independencia y sus consecuencias. Si bien el ori-

gen de tales movimientos es común –las invasiones napoleónicas a la península ibérica–, las reacciones fueron distintas en las colonias españolas y en Brasil. En este último no hubo crisis de legitimidad política. Siempre hubo un rey a quien obedecer, ya que la corte portuguesa, con el rey Dom João a la cabeza, se trasladó a Río de Janeiro en 1808 cuando Napoleón estaba decidido a tomar el control de Portugal. La llegada de la corte significó cambios importantes como la «metropolización» de la colonia, pues el rey, miembros de la familia real, ministros, funcionarios, jerarcas de la Iglesia, aristócratas, burócratas y militares portugueses, entre muchos otros, se instalaron en Río de Janeiro e hicieron de la ciudad el centro principal de poder. La independencia brasileña, declarada el 7 de septiembre de 1822 por Dom Pedro I, hijo de Dom João, se produjo de manera relativamente rápida y pacífica. No hubo grandes guerras que desangraran al país. Este Brasil independiente fue una monarquía heredera de la estructura administrativa de la colonia, reforzada además por la presencia de una corte. Así, el paso de colonia a imperio independiente se caracterizó por un grado extraordinario de continuidad política, económica y social (Bethell, 1991).

El traslado de la corte imperial portuguesa a Brasil

A su vez, el papel que desempeñó la elite y su formación intelectual fue diferente en Brasil en comparación con la América hispana. La elite brasileña se caracterizaba por tener lazos familiares y personales con la elite portuguesa, los cuales se mantenían y reforzaban a través de una formación intelectual común. A diferencia de la América española, Brasil no tuvo universidades ni imprentas durante el periodo colonial, y la elite brasileña estudiaba principalmente en la Universidad de Coimbra en Portugal. Los lazos entre la colonia y la metrópoli eran más estrechos y los brasileños tenían menos motivos de descontento que los criollos de Hispanoamérica.

La corte imperial portuguesa, fomento de cultura

Los primeros movimientos intelectuales y culturales, descontando algunas aisladas iniciativas individuales, surgieron en Brasil bajo el alero de la monarquía. En Brasil no encontramos nada parecido a una república independiente que busca diferenciarse absolutamente de la metrópoli y darle la espalda a sus antiguos gobernantes. Es importante decir, primero, que el traslado de la corte portuguesa en 1808 sacó a Brasil del aislamiento cultural e intelectual en que se encontraba. Se estableció por primera vez una imprenta en Río de Janeiro y comenzaron a publicarse libros y periódicos. Al mismo tiempo comenzaron a inaugurarse bibliotecas públicas, academias filosóficas, científicas y literarias, escuelas y teatros. Junto con Dom João llegó, por ejemplo, la Biblioteca Real de Ajuda, la que sería la base para la Biblioteca Pública, más tarde Biblioteca Nacional de Río de Janeiro.

Las preocupaciones culturales e intelectuales de los brasileños independientes no fueron, en un primer momento, separatistas o

trasgresoras. Que el príncipe Dom Pedro haya llevado adelante el proceso de independencia –con su padre, el rey Dom João, ya de vuelta en Portugal– da cuenta no sólo del tipo de gente que llevó adelante los cambios, sino también de una serie de estructuras, ideas e iniciativas más continuistas que rupturistas que pervivieron más allá del cambio político.

Además de la monarquía, hay otro punto que resulta importante destacar. A diferencia de los países de la América hispana, la esclavitud fue el sostén principal de la economía y sociedad brasileña hasta su abolición en 1888. Esta particularidad ejerció una fuerte influencia en la historiografía brasileña. Así, estas dos instituciones marcaron distintivamente las preocupaciones, los intereses y las preguntas de los primeros intelectuales e historiadores del Brasil independiente.

La abdicación de Dom Pedro y el inicio del periodo de regencia

En relación con la independencia, hay que esperar hasta 1831, cuando Dom Pedro abdicó a favor de su hijo de cinco años nacido en Brasil, el futuro Pedro II, para poder comenzar a hablar de cierta separación de Portugal. Fue entonces cuando los brasileños comenzaron a tomar el control de su país a través de la regencia y, más tarde, con un emperador brasileño en el poder. Se dejaba sentir en la elite un nacionalismo más fuerte y un antilusitanismo más generalizado, lo que dio pie para mirar a otros referentes. Esto, sin embargo, tampoco fue un quiebre total con la tradición y las herencias del pasado, a partir del cual se redefiniera la nación brasileña. Más bien, podría decirse que la independencia abrió más y nuevas perspectivas, sin cerrar necesariamente las que ya existían.

Los primeros pasos de la historiografía nacional

El «periodo imperial», entre la independencia en 1822 y el inicio de la República en 1889

El periodo que corre entre la independencia y el fin de la monarquía en Brasil en 1889 se conoce como el periodo del Imperio. Tras la llegada de los reyes portugueses, Río de Janeiro se fortaleció aún más como el centro político y cultural de Brasil, en desmedro de Salvador de Bahía. Si bien Río era la capital y centro de administración desde 1763, la unidad nacional continuó siendo un objeto a materializar. Durante este periodo, el desenvolvimiento de la escritura de la historia se vio marcado por tres grandes hechos: en primer lugar, la fundación del Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro en 1838 (institución que perdura hasta hoy), organismo que sirvió de estímulo y guía para el cultivo de la investigación histórica; segundo, la publicación –bajo el auspicio del Instituto– del manifiesto metodológico escrito por el naturalista alemán Karl Friedrich Philipp von Martius (1794-1868), en el cual se sentaron las principales líneas que debía seguir la historiografía nacional; y, por

último, la preocupación por el trabajo cuidadoso con los documentos, que seguía los postulados empiristas y las tendencias encabezadas por Leopold von Ranke en Alemania.

Robert Southey

Antes de desarrollar los puntos anteriores, es necesario detenerse en la primera historia importante sobre Brasil, publicada a comienzos del siglo XIX. Curiosamente, fue escrita por un extranjero, Robert Southey, un poeta romántico inglés con intereses por el estudio de la historia –probablemente haciendo eco del romanticismo de su generación. Nunca visitó Brasil, pero fue dos veces a Portugal y heredó una importante biblioteca de un tío que había coleccionado trabajos y documentos sobre Portugal y sus colonias. Su *History of Brazil* se publicó en tres volúmenes en 1810, 1817 y 1819, siendo traducida al portugués solamente en 1862. A partir de un importante soporte documental, Southey se preocupó de aclarar errores defendidos por otros en el pasado, especialmente por Rocha Pita. La recepción de su obra fue dispar: Lord Byron consideraba su lectura como el mejor remedio para el insomnio, mientras que Walter Scott la exaltaba. Cuando fue traducida, lo mismo ocurrió en Brasil: unos la recibieron cálidamente, mientras que otros, quizá fruto de su nacionalismo, no veían con buenos ojos que un extranjero escribiera sobre su país.

La importancia de Southey en la historiografía brasileña

La importancia de la obra de Southey radica, en gran parte, en su mirada unitaria de Brasil. Hasta ese momento, la gran mayoría de las obras históricas estudiaban aspectos parcelados del país, épocas puntuales o regiones determinadas. Al mismo tiempo, la mayoría de los autores se quedaban en la transcripción de documentos o en la mera crónica de hechos, mientras que Southey intentó describir y narrar la trayectoria histórica de Brasil. El inglés se mostró crítico del gobierno portugués, admiró las riquezas naturales del país, se preocupó de hacer paralelos con las restantes colonias españolas en América y fue muy certero al momento de describir la relación entre los hombres y el paisaje y el proceso de ocupación del territorio. Todo esto lo convirtió, de un modo u otro, en un referente insoslayable para los historiadores brasileños. Sobre todo viendo que, entrado el siglo XIX, Brasil era un territorio dividido en cinco grandes regiones, pobremente integradas y muy diversas étnicamente. Así, esta historia lograba unificar lo que se veía sumamente disperso (Cardoso, 2011).

El Instituto Histórico y Geográfico Brasilero

El periodo de regencia (1831-1840) –mientras Pedro II alcanzaba la mayoría de edad– fue un momento de intensa ebullición política y social. Fue, en efecto, durante este periodo cuando se creó el Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro, institución que se propuso fomentar la escritura de una historia nacional pragmática y caracterizada por la investigación. Se buscaba hacer una historia pedagógica, patriótica y que limpiara a la historia brasile-

ña de las inexactitudes de los trabajos anteriores. La historia se veía como maestra de vida y se hacían esfuerzos por encontrar en ella modelos para las nuevas generaciones. Consecuencia directa de este interés fue la proliferación de biografías en las décadas siguientes. El gusto por la investigación, el cuidado con la documentación y la recuperación y edición de fuentes eran principios centrales de su política. Un año después tales principios buscaron verse reflejados con la creación de una revista de intencionalidad patriótica, en la cual se publicaron textos fundamentales del periodo colonial y se discutieron temas propios de la realidad brasileña (Rodrigues, 1952).

La fundación del Instituto no fue *ex nihilo*, sino que iba en consonancia con los movimientos europeos. De hecho, uno de sus modelos fue el Institut Historique de París, fundado a fines de 1833, y su revista, que comenzó a circular un año después. Del mismo modo, la preocupación por los documentos y su recopilación también hacía eco de lo que se estaba haciendo, por ejemplo, en Alemania: el modelo a seguir eran los *Monumenta Germaniae historica*. El Instituto fue, en sus comienzos, reflejo de los desarrollos europeos y llegó a tener, en las décadas siguientes, un carácter casi oficial dada la simpatía que le tenía Dom Pedro II. Además, ante la falta de universidades y facultades de humanidades, el Instituto llenó un vacío importante en la institucionalidad intelectual y cultural brasileña. De hecho, financió el envío de estudiosos brasileños a archivos europeos, con el objeto de copiar y traer documentos para la escritura de la historia patria. Así, el Instituto dominó e influyó en gran parte de la producción histórica brasileña.

La fundación y organización del Instituto fue inspirada en las instituciones europeas

Considerando que una de las preocupaciones centrales del Instituto era la de fomentar la escritura de una historia nacional, en 1840 decidieron llamar a un concurso en el cual los participantes debían enviar una monografía que diera respuesta a la pregunta sobre cuál era la mejor forma de escribir la historia de Brasil. Se presentaron tres respuestas siendo elegido como ganador el trabajo de Karl Friedrich Philipp von Martius, un naturalista alemán que había estado en Brasil entre 1817 y 1820. Su monografía se llamaba *Como se debe escrever a história do Brasil*, escrita en 1843 y publicada en la revista en 1845. Resuena aquí el trabajo que hicieron por esta misma época otros científicos en Hispanoamérica por la escritura de historias nacionales. Se puede hacer un paralelo con la figura de Gay en Chile: la ciencia y la historia se volvían a cruzar.

Karl Friedrich Philipp von Martius

El trabajo de Martius introdujo una nueva orientación en los estudios históricos. Más que ser un diagnóstico de la realidad, su trabajo fue tomado como un programa a seguir, aunque no terminaran por materializarse sus propuestas. Fue muy hábil al dar con las

grandes líneas del desarrollo de Brasil. Con el propósito de escribir historia bajo los parámetros de la «verdadera historiografía», Martius defendía una historia filosófica y reflexiva que se detuviera en analizar los grupos étnicos que componían Brasil: el papel de los portugueses *(raça branca)*, de los indios *(raça cor de cobre)* y de los africanos *(raça etiópica)*. Subyacía en su estudio la idea de la mezcla de razas *(mezcla das raças)* como componente esencial de la realidad social y cultural del país, idea que sería retomada a comienzos del siglo XX, primero por Euclides da Cunha (1866-1909) y luego por Gilberto Freyre (1900-1987). Martius denunciaba también el carácter de crónica de la mayoría de los trabajos brasileños y defendía la puesta en práctica de una historia que tuviera una mirada unitaria del país, pues, de lo contrario, el historiador «corria perigo de não escrever uma história do Brasil». La historia debía escribirse apoyándose en la investigación con documentos y apuntando a despertar en los lectores el amor por su patria y por todas las virtudes cívicas, ideas que iban en perfecta consonancia con las necesidades nacionales del momento. Las ideas de Martius imprimieron un sello distintivo en la historiografía de la segunda mitad del siglo XIX, en gran parte por coincidir con los intereses nacionales y los del Instituto. Otras de sus propuestas, sin embargo, quedaron en un segundo plano, como las preocupaciones sociales y el lado filosófico de la historia que destacaba el artículo.

Francisco Adolfo de Varnhagen y los primeros pasos de la historiografía brasileña

La figura más destacada de este periodo fue Francisco Adolfo de Varnhagen (1816-1878). De padre alemán, madre portuguesa y casado con una chilena, Varnhagen nació cerca de São Paulo y murió en Viena. Hombre instruido y dominador de muchas lenguas, pasó muy poco tiempo de su vida en Brasil, pues estudió en Portugal y luego fue diplomático en Europa, Paraguay, Nueva Granada y Venezuela. Nada de eso impidió que en 1840, estando en Brasil, Varnhagen fuera admitido por el Instituto, llegando a ser secretario por unos meses y colaborando siempre con la revista. A pesar de estas conexiones, Varnhagen desarrolló su trabajo histórico un poco al margen de las políticas de la institución y a veces se posicionó contra sus ideas. El Instituto era *nativista*, mientras que Varnhagen jamás lo fue, mostrándose incluso contra el indianismo, lo que no impidió que llevara adelante algunas investigaciones sobre lingüística indígena americana. Además, en sus trabajos no incorporó mayormente las propuestas de Von Martius.

Varnhagen, el empirismo y el valor de las fuentes

Fiel a la historiografía empirista que se llevaba a cabo por aquella época en Europa y seguidor de los postulados de Ranke, fue un investigador incansable que valorizaba el documento y la búsqueda en archivos por sobre todo. Tal pasión lo llevó a colaborar en importantes ediciones de fuentes para el estudio de Brasil. Su obra fue narrativa y prácticamente no se interesó por la inter-

pretación y la teoría. Su trabajo más importante, *História geral do Brasil antes da sua separação e independencia de Portugal* (dos volúmenes, 1854-1857), daba cuenta de una labor sin pausa, con un dominio notable de fuentes primarias, entregando una obra sistemática que pretendía ser una síntesis completa de la historia de Brasil (Guimarães, 2002).

Una de las principales críticas de sus contemporáneos brasileños a su *História geral* fue el trato a los indígenas, olvidados en su investigación. De hecho, Varnhagen presentó la historia de Brasil como una continuación de la historia de Portugal. Décadas más tarde, sin embargo, el historiador João Capistrano de Abreu (1853-1927) recuperaría el valor de su trabajo, especialmente por ser un modelo a seguir como investigador incansable, aunque le criticó su carencia de una teoría o mirada general del devenir histórico. Más allá de estos juicios, la *História geral* ayudó a configurar la conciencia histórica del país modelando el esquema temporal del desarrollo nacional. Su visión de conjunto, su dominio de los documentos y su capacidad de síntesis lo hicieron trascender, a pesar de no haber vivido mucho en Brasil ni haber sido un buen escritor.

Varnhagen y su visión de la política

De perfil conservador, Varnhagen exaltaba la monarquía y la figura de Pedro II, además de mostrarse defensor del orden. Dedicó también un importante trabajo a la conquista holandesa de Brasil durante el siglo XVII publicado en 1871 bajo el nombre de *História das lutas contra os holandeses no Brasil, desde 1624 a 1654* y otro a la independencia llamado *História da independência do Brasil* que sólo se publicaría póstumamente en 1916. La investigación sobre la invasión holandesa también destacó por su amplio dominio de fuentes y quiso ser un recordatorio a los brasileños –quienes se encontraban por ese entonces en guerra con Paraguay– de que ya habían sido capaces de derrotar a un enemigo invasor. Este último aspecto muestra el compromiso de Varnhagen con su patria y su visión de la historia como una herramienta al servicio de las necesidades de la nación y el estado. En la obra sobre la independencia, Varnhagen veía la crisis no como una revolución y una ruptura con Portugal, sino como un desacuerdo que no era contestatario ni trasgresor. Se centraba especialmente en los acontecimientos políticos dejando de lado los aspectos económicos y sociales, otra característica más de la historiografía decimonónica en general.

En todo caso, sus narraciones globales y sintéticas –junto al trabajo de otros, especialmente del Instituto– lograron definir y delimitar de modo relativamente coherente aquello que se llamaba Brasil. Tal esfuerzo «creó» un modelo de presentación de la historia nacional brasileña que permearía la educación nacional (Iglésias, 2000).

Hacia una historiografía republicana

El fin de la esclavitud y la caída de la monarquía

En 1889 cayó el imperio y en Brasil se declaró una república. Este cambio político fue también reflejo –e impulso– de una serie de cambios de todo orden que venían produciéndose en el último tiempo. Los temas que se discutían y sobre los cuales se escribía eran la esclavitud, el centralismo o la elección del federalismo, la inmensidad del territorio y su ocupación, la inmigración, la estructura social y económica de la nación, entre otros. Un gran cambio se había dado el año anterior (1888) con la abolición de la esclavitud. Otro se daba, ahora, con la proclamación de la república. Además, estos cambios iban de la mano con un crecimiento de la identidad nacional de la elite. Dentro de esta misma lógica hay que entender los cambios que comienzan a darse en la historiografía: estos cambios políticos animaron a los intelectuales a dedicar mayor estudio al pasado en un esfuerzo para comprender y definir el presente.

Hacia fines del siglo XIX, la escritura de la historia aún se mantenía en manos de *amateurs*. Si bien a menudo talentosos, carecían de una formación histórica profesional o universitaria. Tampoco es que aumentara considerablemente el número de publicaciones hacia fines de siglo. La edición de documentos fue probablemente la labor dominante, tanto así que varios de los trabajos históricos eran traducciones de obras escritas originalmente en alemán, francés o inglés.

Se ha sostenido que la historiografía brasileña quedó marcada por el advenimiento de la república y por la pregunta sobre su viabilidad (Skidmore, 1975). De alguna manera, desde su misma fundación, las discusiones entre republicanos y monárquicos, conservadores y liberales, tradicionalistas y rupturistas fueron moldeando las miradas sobre la realidad política, económica y social brasileña. Sin embargo, esto no significó que se dejaran de lado las preocupaciones enunciadas más arriba. El tema político pasó a ser uno más entre varios que ocupaban a la elite y a los historiadores brasileños. Incluso más: podría decirse que desde la república en adelante la preocupación central de los historiadores fue la pregunta sobre el significado de aquello que habían definido antes como Brasil. La puesta en práctica absoluta de esta pregunta la encontraremos en las décadas de los veinte y los treinta del siglo XX, pero a fines del siglo XIX ya se vislumbraba cómo los historiadores iban en esa dirección.

Algunos de ellos continuaron haciendo crónica, como Domingos Antônio Raiol (1830-1912), quien publicó en cinco volúmenes la obra *Motins políticos ou história dos principais acontecimentos políticos da província do Pará* entre 1865 y 1890. Otros

cultivaron la erudición, la edición de fuentes y las grandes narraciones al estilo de Varnhagen. Entre ellos destaca la obra del antiesclavista Cândido Mendes de Almeida (1818-1881), quien, aunque más ligado al derecho, publicó en dos volúmenes *Memórias para a história do extinto Estado do Maranhão* (1860-1874) y en tres *Dereito civil eclesiástico brasileiro antigo e moderno* (1866-1873). También fue importante el trabajo de Joaquim Caetano da Silva (1810-1873), quien, más que aspirar a ser historiador, pretendía encontrar, comparar y editar nuevos documentos, siendo el Instituto y la revista su principal vitrina. Más allá de estas dos tendencias comenzó a surgir un tercer grupo que apuntaba a la combinación entre investigación e interpretación.

Dentro de este contexto, la figura más importante hacia fines del siglo XIX y principios del XX fue João Capistrano de Abreu. Esencialmente autodidacta, Capistrano se desencantó tempranamente del positivismo y, en un mundo dominado por la cultura francesa, descubrió el pensamiento alemán. Leyó al geógrafo alemán fundador de la geografía humana Friedrich Ratzel (1844-1904) y tradujo libros desde el alemán de geografía, antropología y etnografía. Este sentido interdisciplinar lo llevó a ampliar sus estudios más allá de la política, haciendo historia social y económica. Editó muchos documentos, reeditó con estudios críticos obras antiguas y tradujo varios trabajos extranjeros, pero su importancia viene dada por sus trabajos históricos. Sólo escribió tres grandes obras, aunque agudas e influyentes: *Descobrimento do Brasil e seu desenvolvimento no século XVI* (1883), *Capítulos de história colonial* (1907) y la obra póstuma *Caminhos antigos e povoamento do Brasil* (1930).

João Capistrano de Abreu

La obra de 1907 es su trabajo más importante. Dejando de lado la narrativa política, incorporó asuntos económicos y sociales con un enfoque temático, preocupándose de estudiar también el interior del país, sus modos de vida, el folklore y lo cotidiano, logrando una síntesis interpretativa de la colonia notable por su rigor y precisión. Se le ha criticado no haber dejado una gran obra coherente y sistemática; sin embargo, Capistrano consideraba que semejante empresa sólo sería realizable más adelante, cuando un cúmulo suficiente de investigaciones y estudios monográficos se hubieran llevado a cabo.

En 1883 se publicó también la obra de Joaquim Nabuco (1849-1910) *O abolicionismo*, la reflexión más completa y profunda hecha sobre la esclavitud hasta ese momento. La aproximación de Nabuco a la cuestión iba más allá de la historia, incorporando al mismo tiempo una mirada sociológica, antropológica, económica y política. Condenó la esclavitud y fue uno de sus más duros críticos y combatientes. Quizá su obra más importan-

te sea la biografía que hizo de su padre, titulada *Um estadista do imperio –Nabuco de Araujo–: sua vida, suas opiniões, sua época.* Publicado en tres tomos entre 1897 y 1899, este trabajo destaca por la variedad de las fuentes utilizadas y por la diversidad de temas abarcados, trascendiendo el plano estrictamente biográfico (Alencastro, 1999).

Dentro de este camino que abría paso a las interpretaciones en detrimento de la mera edición de fuentes, Manuel de Oliveira Lima (1867-1928) publicó en 1908 *Dom João VI no Brasil.* Contrariamente a Capistrano, Lima destacó por ser un prolífico escritor, publicando libros en Alemania, Francia, Estados Unidos y Brasil, aprovechando que su destacada carrera diplomática lo llevó a varios países. Para Lima, la permanencia de Dom João en Brasil marcó especialmente el proceso de independencia brasileño; no obstante, buscó que sus juicios fueran objetivos e imparciales, tratando de comprender los intereses brasileños y portugueses que estaban en juego. Sus trabajos son una obra crítica que da cuenta de cierta superación de la crónica y la erudición, aspecto que años más tarde llamó la atención de Gilberto Freyre, uno de sus grandes admiradores.

El estudio del pasado como búsqueda de identidad

Poco a poco las preocupaciones historiográficas fueron decantando en preguntas sobre los elementos constitutivos de la nación y su significado. Una de las obras centrales en este desarrollo fue *Os sertões* (1902), de Euclides da Cunha, trabajo a mitad de camino entre el periodismo, la historia y la filosofía, que buscaba comprender la esencia cultural y social de Brasil (Eakin, 2011). Otro trabajo importante fue *Retrato do Brasil* (1926), de Paulo Prado (1869-1929), discípulo y gran admirador del trabajo de Capistrano. Gran mecenas y promotor de la cultura, Prado no fue un historiador propiamente tal, lo que repercutió, por ejemplo, en el poco soporte y crítica de fuentes que tenían sus trabajos. Tenía conciencia de sus limitaciones, pero se propuso explorar la historia de Brasil con vistas a comprender y caracterizar los elementos centrales de su cultura. Consideró a la sociedad brasileña como dominada por la tristeza, dando cuenta de una mirada pesimista. Pero su objetivo no era negativo, sino que pretendía denunciar y localizar el problema de la nación para extirparlo como un cirujano. Interpretando el pasado buscaba analizar la realidad presente con el objetivo de comprender los problemas del momento. Su libro fue bastante olvidado y poco citado entre los historiadores, pero abrió una veta que se exploraría con mayor fuerza en la década siguiente con los llamados «intérpretes de Brasil», quienes concentrarían sus esfuerzos en la búsqueda de una identidad nacional, con valores y significado propios.

Una serie de cambios y novedades políticas, sociales y culturales producidos en la década de los treinta repercutieron en la realidad intelectual de la época y permitieron un nuevo giro e impulso en la historiografía brasileña. Primero, en 1922 se llevó a cabo en São Paulo la Semana de Arte Moderno, en la cual se propuso explorar y sintetizar el arte moderno y, simultáneamente, explorar y sintetizar Brasil. Tal tarea se traspasó a otros ámbitos del saber y la cultura, entre los cuales se hallaba la historia. Así, a partir de la década de los veinte comenzó a tomar fuerza el modernismo –en su variante brasileña– como movimiento cultural. Concentrados principalmente en São Paulo, los «modernistas» buscaban ser originales y polémicos, intentando alcanzar una definición de lo nacional. Este movimiento miraba, de un lado, a Europa y las vanguardias, pero, de otro lado, pretendía crear un tipo de modernismo brasileño diferenciado, rompiendo con el pasado y las tradiciones propias. La ruptura con la tradición debía darse en la búsqueda de la verdadera originalidad, a partir de pensar la nación e ir a la caza de sus elementos constitutivos. El modernismo logró, de una u otra manera, realizar fusiones entre formas y contenidos brasileños y europeos, al mismo tiempo que fusiones entre la cultura erudita y la popular, lo nacional y lo local. Toda esta reflexión repercutió en los historiadores de modo positivo y negativo: unos lo miraban con buenos ojos, mientras que otros lo tomaron como punto de partida para lanzar sus ataques y argumentar posturas contrarias.

El modernismo brasileño

Un segundo punto importante a considerar fue el establecimiento de las facultades de filosofía, letras y ciencias en la Universidad de São Paulo en 1934 y en Río de Janeiro en 1935. Fruto de este cambio universitario surgieron las cátedras de historia y la necesidad de profesionalizar y formar historiadores dedicados al estudio de Brasil y de la historia universal en general. Fue dentro de este marco que llegaron a São Paulo dos jóvenes y desconocidos profesores franceses, el antropólogo Claude Lévi-Strauss y el historiador Fernand Braudel, quienes participaron activamente de la vida académica local.

El nacimiento de las facultades de historia

Por último, en 1930, luego de una revuelta militar, Getulio Vargas llegó al poder y en 1937, con Vargas aún a la cabeza del gobierno, se instituyó el *Estado Novo*, régimen dictatorial que favorecía la unidad nacional por sobre la dispersión regional. Fue así como nació un esfuerzo político explícito destinado al campo de la cultura para definir y divulgar los valores identitarios de la nación. Se produjo así una valorización del pasado fruto de la dimensión estratégica que pasó a ocupar la «cultura histórica» en la cultura política (Gomes, 1999).

Getulio Vargas y el *Estado Novo*

La interpretación de la identidad brasilera

De lo anterior se desprende claramente que una de las ideas centrales de la historiografía de este periodo fue la necesidad de pensar y volcarse sobre Brasil, su realidad, sus problemas y su identidad. Si bien esta característica ya se había dado, de una u otra manera, en momentos anteriores, esta vez el espíritu comprensivo e interpretativo tomaba mayor importancia. Más que una mera narración y reproducción de los hechos, aparecieron nuevos trabajos analíticos e interpretativos del desarrollo histórico brasileño. Podemos decir que aparece ante nosotros una historiografía introspectiva. En comparación con la coherencia y con el orden –palabra central de la mentalidad brasileña del siglo XIX que quedó inmortalizada en su lema patrio «Orden y progreso»– del siglo anterior, nos encontramos ahora ante un «desorden», no entendido como caos, sino en cuanto a que lo diferente, lo local, lo regional, lo propio y lo diverso pasan a ser objeto importante de preocupación. Las grandes síntesis históricas y la coherencia habían quedado en el pasado. Tres grandes nombres destacan en la década de los treinta y comienzos de los cuarenta, los cuales marcarán el ritmo de la historiografía local en las décadas siguientes: Gilberto Freyre, Sergio Buarque de Holanda (1902-1982) y Caio Prado Junior (1907-1990). Mientras el primero estaba en los márgenes del mundo académico, Sergio Buarque trabajó primero en un museo para luego incorporarse a la vida académica. Caio Prado, por su parte, participó más activamente de la academia en torno a la Universidad de São Paulo. Eso sí, en rigor ninguno de ellos era en esta época propiamente un historiador.

Gilberto Freyre

Sin lugar a dudas Freyre es el más conocido de todos. Fue mucho más que un historiador: fue también sociólogo, periodista, poeta, novelista, un hombre público, en fin, un intelectual. Su obra *Casa Grande e Senzala* (1933), quizá la más influyente y penetrante interpretación de la historia y cultura brasileña, abrió campos inexplorados e incorporó conceptos nuevos a la práctica histórica.

En la década de los veinte Freyre estudió en Columbia (Nueva York) y luego pasó un tiempo viajando por Europa. En Columbia asistió a clases, entre otros, del antropólogo alemán Franz Boas, cuya inspiración se puede rastrear, por ejemplo, en el énfasis que pone Freyre en el concepto de «cultura» por sobre el de «raza». Con la llegada de Vargas al poder tuvo que partir al exilio a Portugal. Experiencias como estas le abrieron la puerta a la literatura norteamericana y europea. Asimismo, el contacto con otros intelectuales del momento lo llevó a mirar con un lente antropológico los problemas históricos.

Casa Grande e Senzala es un estudio de la formación y desarrollo de la sociedad patriarcal, y viene a ser una respuesta a la discusión del momento sobre la interpretación de Brasil y sus particu-

laridades. Freyre estudia las grandes casas y las habitaciones de los esclavos no solamente por lo que significan en sí mismas, sino por cuanto son un símbolo representativo de la realidad social brasileña durante el tiempo colonial y el siglo XIX. Definida como «patriarcal», la organización social podía verse como una familia que se encontraba bajo el alero de un señor, quien, a su vez, concebía a su mujer, hijos, trabajadores y esclavos como obedientes a él. La organización interna de las plantaciones, las relaciones de los señores con el poder central, la cultura material, los niños y las mujeres daban cuenta de la realidad sociocultural de Brasil. Sin embargo, más allá de lo anterior, la idea transversal en el texto guarda relación con el carácter «híbrido» de la sociedad patriarcal. Era una mezcla de tres grandes pueblos y culturas: los colonizadores portugueses, los esclavos africanos y los amerindios. La mixtura racial, el mestizaje *(miscigenação, mestiçagem)* y su interpenetración, marcó la sociedad e imprimió su sello en la realidad brasileña. Resuena aquí la idea propuesta por K. F. P. von Martius en el siglo XIX cuando hablaba de *mezcla das raças*. Todo este proceso no habría sido lineal, sino más bien lo que él llamó un equilibrio de antagonismos. Valiéndose de conceptos y disciplinas ajenas a la historia, principalmente de la antropología, la sociología y la psicología, y basándose en variadas fuentes, desde archivos familiares, pasando por dibujos y fotografías, hasta diarios de viajeros, Freyre buscó dar respuesta a la pregunta por la esencia de Brasil a partir de la interpretación de su pasado.

Sergio Buarque de Holanda

Sergio Buarque de Holanda, amigo de Freyre desde la década de los veinte, publicó en 1936 la que es seguramente su obra más conocida: *Raízes do Brasil*. Al igual que Freyre, estudió en Alemania, donde se empapó de ideas vinculadas al historicismo que luego introduciría en sus obras. Miembro del modernismo en sus comienzos, luego se apartaría criticando a los más radicales, por su desprecio al pasado y a la historia. Tanto así que las preocupaciones centrales de *Raízes do Brasil* coinciden en gran parte con el principal problema planteado por los modernistas: la búsqueda de la identidad. Crítico de la idea de implementar una identidad nacional a partir de políticas culturales, Sergio Buarque tenía una vocación de intérprete de la cultura y concebía al pasado como referencia para comprender la sociedad brasileña.

Su libro es, esencialmente, un ensayo interpretativo de los procesos formativos de Brasil y de su sociedad. Buarque veía la construcción del estado-nación como un proceso fundamentalmente histórico. Ponía el acento en las singularidades, en lo individual de los procesos y movimientos, los cuales iban modelando las características centrales de la sociedad. Poniendo el énfasis en estas ideas hacía una crítica a la mentalidad positivista y a las ideas importa-

das, insistiendo en negar teorías de la nacionalidad brasileña que partieran de opiniones o raciocinios ideológicos. Utilizando ideas de Max Weber y trabajando a partir del concepto de «tipos ideales», al mismo tiempo que valiéndose de términos como *fluxo* y *refluxo* para explicar los procesos históricos, Sergio Buarque negaba toda posibilidad de concebir la historia como un proceso lineal. Se interesó más por los indígenas que por los esclavos africanos y fue más crítico que Freyre tanto del pasado como del presente, identificando en el pasado colonial obstáculos que conspiraban contra la modernización y democratización de Brasil.

Caio Prado Junior

En 1933 se publicó *Evolução política do Brasil,* de Caio Prado Júnior. Este trabajo, que se complementaría con *Formação do Brasil Contemporâneo*, de 1942, venía a unirse a las inquietudes del momento. Caio Prado –quien provenía, paradojalmente, de una de las más ricas familias de São Paulo– vino a inaugurar la tradición marxista de la historiografía brasileña poniendo énfasis en los factores económicos de la evolución histórica. Fue activo participante en política y miembro del Partido Comunista. Llegó incluso a realizar un viaje a la Unión Soviética. Su libro sobre la evolución política de Brasil viene a ser una reconstitución y un análisis de la historia de su formación social a partir del esquema conceptual y metodológico marxista. Ahora bien, su punto más alto fue el libro de 1942. En él analiza los cambios en términos de estructura y contrapone la estructura colonial a la estructura nacional. De un lado enfatiza la dependencia de Brasil del mercado mundial –que vendría a ser una herencia del pasado colonial–, al mismo tiempo que, del otro, pone el acento en el desarrollo económico interno del país, por ejemplo, en la producción de las plantaciones. Ambas vertientes conspiran contra el desarrollo del país y han ido marcando los problemas centrales de la sociedad. Mirando al pasado, una vez más, se buscaba dar una respuesta a los problemas presentes de la sociedad brasileña. Esta vez, eso sí, poniendo el acento en los factores económicos.

Capistrano de Abreu

Capistrano de Abreu (1853-1927) nació en la provincia de Ceará en el nordeste de Brasil y su formación fue esencialmente autodidacta. Fascinado por las lenguas, aprendió inglés, francés, alemán, italiano, latín, holandés e incluso varias lenguas indígenas. Se trasladó a Río de Janeiro y en 1883 se hizo cargo de la cátedra de Corografía e Historia de Brasil en el Colegio Imperial Dom Pedro II. Conocedor y admirador de la producción intelectual alemana, Capistrano se interesó sobremanera por las relaciones entre la historia y la geografía, además de ser un convencido

de que la cultura y el medio geográfico marcaban profundamente a las sociedades. Por lo mismo, y por su preocupación por producir una historiografía más crítica y conceptualmente sofisticada que la de sus antecesores, muchos lo han considerado como el primer historiador «moderno» de Brasil (Rodrigues, 1965, pp. 34-53; Skidmore, 1975).

Capistrano buscó escribir una «nueva historia» de Brasil, que introdujera metodologías y temas novedosos, reaccionando contra la *História geral* de Varnhagen, a la cual le criticaba su carácter «oficial» dado su empeño en mostrar la coherencia y preponderancia del Imperio portugués, así como la unidad territorial y la excelencia de sus gobernantes. Desde Varnhagen, la historia de Brasil colonial había sido la historia de la colonización portuguesa. Con Capistrano y la publicación de su libro *Capítulos de história colonial* (1907), la colonia y la sociedad colonial pasaron a ser los protagonistas de la historia. Apareció así una sociedad múltiple y diversificada, con sus contrastes y tensiones. Más allá de los errores e imperfecciones que podamos marcarle a Capistrano, el hecho de haber cambiado el foco y repensado el objeto de la historia de Brasil transformó a sus *Capítulos* en una de las obras principales de la historiografía brasileña (Vainfas, 1999).

> «Observando la distribución geográfica de los pobladores se notaban dos corrientes fáciles de distinguir. La corriente espontánea de poblamiento tendía a la continuidad y procuraba la periferia al oeste, al norte y al sur. La corriente voluntaria, determinada por acción gubernativa, ambición de territorios o ventajas estratégicas, aparecía salpicada e inconexa, y comenzando de la periferia procuraba rumbos opuestos. En las tierras auríferas la ocurrencia irregular de los mineros trajo primitivamente la desconexión de los núcleos, corregida más tarde donde fue posible. La mayoría constaba de mestizos; el mestizaje variaba de composición dependiendo de las localidades. En la Amazonía prevalecía el elemento indígena, abundaban mamelucos y eran menos frecuentes los mulatos. En la zona pastoril existían pocos negros y habían sido asimilados muchos indios. En el litoral y en las comarcas de los metales sobresalía el negro, con todos sus derivados. Al sur de los trópicos se elevaba el porcentaje de blancos. De las tres razas irreductibles, oriunda cada cual de un continente y compelidas a la convivencia forzada, eran los africanos la que mayor número de representantes puros poseía, como consecuencia de las levas anualmente provistas por el tráfico de los negreros.»
>
> *Capítulos de história colonial*, capítulo 11, «Três séculos depois»

Como lo deja ver el texto seleccionado, uno de los análisis más agudos de Capistrano fue en relación con la sociedad colonial brasileña y a los movimientos de población al interior de Brasil, identificando el papel desempeñado por los esclavos, los africanos, los indios y los blancos.

Gilberto Freyre

Gilberto Freyre (1900-1987) se resistía a ser clasificado con alguna etiqueta académica: prefería verse como ensayista o escritor antes que historiador, sociólogo o antropólogo. Fue quizá esta libertad la que lo llevó a plantear sugerentes interpretaciones de la historia brasileña e incorporar diversas metodologías y fuentes. Su gran –y seguramente también mejor– obra, *Casa Grande e Senzala*, publicada cuando tenía 33 años y en un periodo de gran agitación política e intelectual, refleja plenamente todo esto. A

> «Vencedores en el sentido militar y técnico de las poblaciones indígenas, dominadores absolutos de los negros importados de África para la dura faena del trapiche, los europeos y sus descendientes tuvieron sin embargo que transigir con indios y africanos en lo que respecta a las relaciones genéticas y sociales. La escasez de mujeres blancas creó zonas de confraternización entre vencedores y vencidos, entre amos y esclavos. Las relaciones de los blancos con las mujeres de color, sin dejar de serlo de "superiores" con "inferiores" y, en la mayoría de los casos, de señores despóticos y sádicos con pasivas esclavas, se mitigaron mientras tanto con la necesidad experimentada por muchos colonos de constituir familia dentro de esas circunstancias y sobre esa base. La mestización *[miscigenação]*, que se practicó ampliamente aquí, corrigió la distancia social que en otra forma se habría conservado enorme entre la casa-grande y la senzala. Lo que la monocultura latifundiaria y esclavista realizó en el sentido de la aristocratización *[aristocratização]*, dividiendo a la sociedad brasileña en señores y esclavos, con una rala e insignificante proporción de gente libre intercalada entre los extremos antagónicos, fue en gran parte contrariado por los efectos sociales de la mestización *[miscigenação]*. La india y la negra mina en un principio, luego la mulata, la *cabrocha*, la cuarterona, la octavona, volviéndose caseras, concubinas y hasta esposas legítimas de los amos blancos, actuaron poderosamente en el sentido de la democratización *[democratização]* social del Brasil. Entre los hijos mestizos, legítimos y hasta ilegítimos, habidos en ellas por los señores blancos, se subdividió una parte considerable de las grandes propiedades, quebrándose así la fuerza de las sesmarías feudales y de los latifundios de las dimensiones de un reino.»
>
> *Casa Grande e Senzala*, prólogo de la primera edición, p. 8; traducción de Benjamín de Garay y Lucrecia Manduca

partir de fuentes de archivos, relatos de viaje, cartas, testamentos, inventarios, dibujos, memorias, en fin, novelas, Freyre se propuso estudiar la sociedad patriarcal de Brasil con el objetivo de examinar y comprender los elementos característicos de la sociedad brasileña. Era un estudio introspectivo que respondía a una preocupación social propia de las décadas de los veinte y los treinta. Este trabajo se caracteriza también por la variedad de temas que incorpora en su análisis: por ejemplo, puso atención en la arquitectura y las construcciones, pues las concebía como expresiones propias de cada cultura. Fue un adelantado a su tiempo al incorporar a las mujeres y niños en los temas estudiados, poniendo interés también en la vestimenta, los juegos, las formas de relacionarse entre los niños y los adultos, el comportamiento sexual y las relaciones interculturales. Esto último nos lleva a la gran tesis propuesta por el autor: el carácter híbrido de la sociedad y cultura brasileña fruto del mestizaje entre blancos, negros e indígenas. Acompañada de una escritura suelta y provocativa, esta propuesta fue una verdadera revolución, pues Freyre miraba con nuevos ojos el proceso del mestizaje. Contraviniendo lo comúnmente sostenido, a saber, que el mestizaje había llevado a una degeneración física y cultural, obstaculizando el camino de Brasil a la civilización, Freyre sostenía que los vicios del país no provenían de este proceso, sino del régimen esclavista. Como se aprecia en el pasaje seleccionado, la mezcla de razas y culturas enriqueció, según el autor, a la sociedad brasileña y le permitió atenuar las asimetrías sociales y los vicios de la esclavitud.

La propuesta de Freyre fue polémica en su momento, aunque sus ideas comenzaron a influir con el paso del tiempo en los estudios sociales y culturales de Brasil. La idea original fue ampliada y, bajo el marco común de publicar una introducción a la historia de la sociedad patriarcal de Brasil, Freyre publicó como continuación los trabajos *Sobrados e mucambos* (1936) y *Ordem e Progresso* (1959). La trascendencia de su obra traspasó las fronteras de Brasil, llegando a ser destacado por Fernand Braudel. Este consideró

su obra algo densa (*touffus*) y desordenada –«no a la francesa»–, aunque rica de sustancia y de ideas innovadoras. Para Braudel, Freyre había cargado de sentido, de historia y de inteligencia palabras comunes y repetidas, iluminando nuevos temas y problemas. Para adentrarse en la historia de Brasil, no había mejor guía que Gilberto Freyre (Braudel, 1943).

MÉXICO (1808-CA. 1930)

Las particularidades de la independencia mexicana

Desde el punto de vista ideológico, para la independencia mexicana se puede decir lo mismo que lo que ya se dijo para el caso de Sudamérica hispana (véanse pp. 374-375). Sin embargo, es importante subrayar algunas particularidades. Primero, el virreinato de la Nueva España era, con mucha diferencia, la colonia más rica de España. A la vez, Ciudad de México, su capital, era la mayor ciudad de América –de hecho, después de Madrid, era la segunda ciudad del Imperio–. Por tanto, la cantidad de población afectada por el fenómeno de la independencia como también la significación de la pérdida para el Imperio español no pueden ser pasadas por alto. Por otra parte, a diferencia de Argentina o Chile, por ejemplo, una serie de insurrecciones de las clases populares teñidas con ideas mesiánicas y radicales fueron dirigidas contra los terratenientes, aristócratas e hidalgos, las cuales se confundieron con los intereses separatistas criollos y oscurecieron su evolución. Así se explica, por ejemplo, que, en medio de estos levantamientos populares y de los reclamos de la elite y de la burguesía blanca, unos proclamaran la independencia en nombre del rey de España, mientras que otros lo hicieran en contra del monarca. Más allá de estas disparidades, la independencia se ratificó finalmente en 1821 (habiendo sido proclamada por primera vez en 1810). Sin embargo, este quiebre dejó el futuro de la naciente república de México a la deriva de múltiples y diversos intereses, tornando a las décadas siguientes en un periodo sumamente inestable y confuso.

Los historiadores mexicanos y el contexto político

La huella de la independencia en la historiografía mexicana

Los temas e intereses de los historiadores mexicanos se vieron marcados por la necesidad de comprender y explicar los significativos cambios y avatares que padecía la nación. Así, la producción historiográfica correspondiente al primer siglo de México independiente fue producida bajo la influencia de tres grandes eventos, a saber, la independencia, la reforma liberal y la revolución de 1910. El desenvolvimiento histórico de la nación mexi-

cana durante gran parte del siglo XIX fue especialmente tormentoso. Como han dicho algunos, México fue el hombre enfermo de América Latina hasta, por lo menos, 1876, cuando comenzó un periodo de mayor orden administrativo encabezado por Porfirio Díaz (1830-1915). Hasta entonces, la inestabilidad política y la anemia financiera, además de grandes pérdidas territoriales, habían impedido un desarrollo estable del país. Tanto así que, entre 1821 y 1871, el país fue gobernado –si se puede ocupar esa palabra– por cuarenta y cinco presidentes (Knight, 1992).

La guerra contra Estados Unidos

Entre 1846 y 1848, México se enfrentó a Estados Unidos en una dura guerra, la cual le costó la pérdida de poco más de la mitad de sus posesiones –territorios que corresponden actualmente a los estados de California, Nevada, Utah, Arizona, Nuevo México y Texas. Las consecuencias de la invasión norteamericana –que incluso llegó a ocupar Ciudad de México– se manifestaron principalmente en un hundimiento militar y moral que destruyó gran parte del optimismo de los primeros años de la independencia. El futuro de la nación se veía negro y el debate político y social se intensificó, culpándose unos y otros por el fracaso en la guerra.

La intervención francesa en México

Al poco tiempo, entre 1855 y 1857, México emprendió una serie de reformas liberales: se produjo la separación de la Iglesia y el Estado y se nacionalizaron los bienes de la Iglesia, entre muchos otros. La respuesta conservadora no se hizo esperar y el país cayó en otra dura guerra, aunque esta vez civil (1858-1860). A los pocos años, Francia decidió intervenir en el país motivada por la decisión del gobierno mexicano de no pagar su deuda, además de aprovecharse de los problemas coyunturales que sufría Estados Unidos con la guerra de Secesión. Todo terminó en 1867 con el asesinato de Maximiliano I, quien había sido apoyado por las fuerzas conservadoras y la Iglesia, y nombrado emperador de México por Napoleón III. Volvieron una vez más los liberales al poder, y un periodo de cierta calma y progreso se abrió con la elección de Porfirio Díaz en 1876, quien gobernó hasta 1910 con una breve interrupción de cuatro años.

La revolución mexicana

Si lo anterior ya parecía mucho, lo mejor llegaría con la revolución que estalló en 1910, la cual generó un nuevo quiebre en la historia mexicana. Fue un fenómeno multifacético y contradictorio, fruto de una crisis política y social. Sin embargo, su sello distintivo se encuentra en la extendida y activa participación campesina. La serie de demandas agrarias de corte nacionalista obligaron a un reordenamiento del sistema político mexicano.

Todos los fenómenos políticos aquí destacados tuvieron también su correlato en el ámbito social, económico y cultural. De ahí que estos hechos resulten definitorios en el desarrollo de la escritura de la historia durante poco más del primer siglo de Mé-

xico independiente. Como ha mostrado David Brading, es posible organizar el desenvolvimiento de la historiografía mexicana en torno a tres ciclos principales, los que se definen en torno a la independencia, las reformas liberales y la revolución (Brading, 2011). Aquí se seguirá una estructura similar.

La historiografía de la independencia

A lo largo del siglo XIX, escribir historia fue una manera de participar y hacer política. Las descripciones y juicios que contenían las obras de historia permitían encauzar la construcción nacional y definir los elementos constitutivos del pasado del país. Los dos primeros historiadores mexicanos que escribieron sobre los movimientos emancipadores surgidos de la abdicación del rey español fueron fray Servando Teresa de Mier (1765-1827) y Carlos María de Bustamante (1774-1848). Ambos fueron activos actores en la elaboración de la posición nacional, al mismo tiempo que sus historias buscaron ser la justificación y exaltación de las decisiones de los patriotas.

Los sacerdotes y la revolución: el caso de fray Servando Teresa de Mier

Los avatares sufridos por Mier explican mucho de su pensamiento. Entró muy joven a los dominicos y al poco tiempo se erigió como uno de los críticos más duros de la conquista y colonización española, lo que le valió la prisión en más de una vez y el exilio en España por diez años, además de la prohibición a perpetuidad por parte del arzobispo de enseñar; sus ideas, pocos años antes de la independencia, resultaban demasiado sediciosas. Tiempo después, en 1813, Mier escribió su *Historia de la Revolución de Nueva España*, tratando principalmente los hechos relativos al derrocamiento del virrey y a la insurrección de Hidalgo. La obra consiste básicamente en la exposición de variados argumentos en favor de la independencia americana, basándose en la represión que había implicado la conquista española, lo cual invalidaba cualquier derecho esgrimido como defensa del gobierno colonial. La *Historia* de Mier fue un alegato proindependencia construido sobre argumentos históricos, a partir de los cuales defendía la justicia de organizar un gobierno republicano que defendiera los derechos ciudadanos. Este trabajo, además, unía y relacionaba el momento presente de México con sus raíces precolombinas, incorporando a la figura del dios Quetzalcóatl y la aparición de la Virgen de Guadalupe en la misma historia de los primeros insurgentes.

Carlos María de Bustamante

En la misma línea encontramos los trabajos de Carlos María de Bustamante, un patriota católico que colaboró como periodista desde muy temprano con la prensa insurgente. Sus principales

obras son el *Cuadro histórico de la Revolución mexicana* (1821-1827), que consiste en una acumulación de cartas, documentos y comentarios escritos sobre la marcha de los hechos, y unos *Apuntes para la historia del gobierno del general Antonio López de Santa Anna* (1845). También legó un *Diario histórico de México*, valiosa fuente para estudiar el periodo de la independencia.

El objetivo de Bustamante era «instruir a las generaciones futuras» a partir de la narración tanto de las atrocidades como de los gloriosos hechos vistos por él. En sus obras exaltó los movimientos populares y se preocupó de definir un panteón de héroes de la patria, describiendo emotivamente sus acciones acometidas. Además de incluir a nombres como Morelos e Hidalgo, Bustamante, al igual que Mier, agregó a Quetzalcóatl, Moctezuma y Cuauhtémoc, entre otros, buscando mostrar una continuidad entre la nación indígena y la república que nacía. A la vez, fue un gran estudioso de las crónicas coloniales, editando y comentando varias de ellas, buscando mostrar el lado indígena de la conquista. Entre otras, publicó la obra de Sahagún y la de López de Gómara.

Alexander von Humboldt

Años antes de que comenzaran los primeros movimientos emancipadores, pasó por México el científico prusiano Alexander von Humboldt (1769-1858), quien publicó en su vuelta a Europa, entre otros trabajos, *Sitios de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América* (1810) y un *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España* (1811). Las consecuencias del viaje de Humboldt por tierras americanas traspasaron claramente los objetivos propuestos por el mismo naturalista. Sus publicaciones no sólo influyeron en el ámbito científico, sino también en el político y cultural. La riqueza y trascendencia de su obra puede explicarse, en parte, por su doble perfil de hombre ilustrado y romántico. De un lado, estaba comprometido con un trabajo riguroso y científico, mientras que, del otro, lo encandilan las maravillas y exotismos de América. Este segundo descubridor de América, como lo llamó Bolívar, fue otra de las figuras que unió por esta época el pasado indígena con la realidad presente de México, igualando a todos los americanos. Su *Ensayo* fue sumamente exitoso entre los primeros republicanos, traduciéndose en 1822. Seguramente ni Mier ni Bustamante lo leyeron, pero entre los tres legaron un fundamento histórico sobre el que se podía construir la identidad nacional (Krauze, 2005).

Los historiadores liberales y conservadores

Una vez alcanzada la independencia en 1821, tres fueron los historiadores principales: los liberales Lorenzo de Zavala (1788-1836) y José María Luis Mora (1794-1848), además de Lucas Alamán (1792-1853), de tendencia conservadora y seguramente el más destacado de todos. Zavala fue un activo protagonista de las guerras de independencia y, hacia el final de su vida, llegó a ser

vicepresidente de la República de Texas, lo que le costó su nacionalidad mexicana. Escribió un *Ensayo histórico de las revoluciones de México*, en el que abarca lo sucedido entre 1808 y 1830, y con el cual quería desmentir la versión de Bustamante y entregar su propia interpretación de los hechos para que se conociera en Europa la verdad sobre México.

José María Luis Mora
y el liberalismo mexicano

José María Luis Mora, por su parte, es considerado uno de los fundadores del liberalismo en México, participando en el primer intento por realizar una reforma liberal en 1833. Su principal trabajo fue *México y sus revoluciones* (1836), en el cual hace un recorrido de la historia mexicana desde los tiempos de la conquista con el propósito de dar cuenta de los múltiples intentos de sus compatriotas por establecer la independencia. Mora fue un defensor de la libertad, pero se mostró contrario a los líderes caudillistas y a los movimientos populares, además de no compartir las reivindicaciones étnicas. Es que, con el paso de los años, se había encontrado con un país sumido en la confusión, el desorden y que había sido incapaz de concretar las múltiples promesas nacidas de la independencia.

Lucas Alamán y los
principios del orden
y la paz

Lucas Alamán, en cambio, estaba alineado en la vereda contraria a Zavala y Mora. Destacado empresario y político, sostenía que los valores a defender eran el orden y la paz. Si bien Mora también se había mostrado contrario a las revoluciones innecesarias, siempre defendió la libertad y reclamó un gobierno republicano e independiente. Alamán, al contrario, se mostraba partidario de una especie de monarquía mexicana, de un régimen aglutinador y protector, como lo había sido en parte el gobierno colonial español. Su principal obra fue *La historia de México* (1849-1852), publicada en cinco volúmenes en los cuales abarcaba el periodo que iba desde 1808 hasta mediados del siglo. Una de sus grandes inspiraciones fue Edmund Burke, en quien vio a un pensador al que le desagradaban las revoluciones y argumentaba en vías a consolidar una vida pública ordenada. En su *Historia* se muestra especialmente crítico con los gobiernos liberales que habían destruido la propiedad y el orden público, sobre todo por sus ataques a la Iglesia católica.

En 1843 el historiador estadounidense William Hickling Prescott (1796-1859) publicó su *Historia de la conquista de México*, una elegante y emotiva historia del encuentro entre los indígenas y españoles. No olvidó a los indígenas en su relato, pero el gran héroe de su historia era Hernán Cortés. En México fue rápidamente recibida, generando buenas y malas impresiones. El político e historiador José Fernando Ramírez (1804-1871) mostró admiración por el trabajo de Prescott, especialmente por su laboriosidad y trabajo de fuentes. Sin embargo, pecaba, según Ramírez, de

desapego, distancia y ausencia de compromiso, puesto que no había logrado comprender a los indígenas, exaltando en demasía a la figura de Cortés. Lucas Alamán, por su parte, llamaba la atención sobre la tendencia anticatólica del norteamericano, aunque valoraba su erudición. Más allá de las pasiones que despertó la obra de Prescott, incentivó a que los propios mexicanos volvieran a preocuparse por investigar el momento de la conquista, lo que se tradujo en la recuperación y edición de muchas de las crónicas que hasta entonces habían quedado olvidadas.

La historia, los liberales y el porfiriato

El porfiriato (1876 a 1911) y el caudillo Porfirio Díaz

Tras la demoledora guerra contra Estados Unidos, el objetivo político principal pasó a ser la viabilidad y construcción de un estado nacional. A eso apuntaron las reformas liberales iniciadas en 1855, aunque la posterior guerra civil e intervención francesa retrasaron en varios años la consolidación de los planes institucionales. Ahora bien, en el mundo intelectual, un primer intento por definir el corazón de lo mexicano se llevó a cabo con la publicación del *Diccionario universal de historia y geografía* (1853-1855), obra de diez tomos que fue dirigida por el historiador Manuel Orozco y Berra (1816-1881). El objetivo del trabajo consistió en reunir materiales y ordenar la memoria del pasado nacional más allá de la agitación y pasiones del momento. Como se señalaba en sus primeras páginas, el *Diccionario* se proponía «juntar las piedras dispersas de ese edificio [*i. e.*, el estado mexicano] por formar», volviendo a valorar la historia del país en vías a la unidad.

Joaquín García Icazbalceta

Dentro de los treinta y nueve colaboradores del *Diccionario* destacaba Joaquín García Icazbalceta (1825-1894), católico devoto y erudito investigador, quien había escrito el artículo concerniente a los «Historiadores de México». En él hacía una revisión desde las primeras crónicas coloniales, buscando entregar un balance de la producción histórica. Amigo de Ramírez y Prescott –a quien le tradujo y anotó su libro *Conquista del Perú*–, García Icazbalceta se interesó especialmente por la edición de textos coloniales. De hecho, se hizo de una imprenta propia con el propósito de imprimir él mismo sus ediciones. Trabajó y editó una importante *Colección de documentos para la historia de México*, así como publicó también la *Historia eclesiástica indiana*, de fray Jerónimo de Mendieta, que había quedado olvidada desde comienzos del siglo XVII. Más allá de estos trabajos, su obra principal fue la *Bibliografía mexicana del siglo XVI*, publicada en 1886, a la que el crítico español Marcelino Menéndez y Pelayo consideró como una de las obras «más perfectas y excelentes que posee nación

alguna» (Krauze, 2005, p. 223). Esta obra hizo un gran servicio a la nación mexicana, recuperando el legado cultural del siglo XVI.

Orozco y Berra

Dentro de este contexto, uno de los historiadores más importantes de la segunda mitad del siglo XIX fue el ya nombrado Orozco y Berra. Durante su vida padeció varios problemas económicos –de hecho, él mismo decía «cuando tengo pan no tengo tiempo, y cuando tengo tiempo no tengo pan»–, aunque llegó a ser un distinguido liberal que estuvo a cargo del Ministerio de la Suprema Corte durante el gobierno de Benito Juárez (1858-1864) y, durante el gobierno de Maximiliano (1864-1867), al igual que otros liberales, colaboró con su administración por medio de trabajos científicos que apuntaban al «bien de México». Siguiendo la huella de Ramírez y García Icazbalceta, Orozco y Berra reunió un gran número de fuentes coloniales a las que sometió a un riguroso estudio. De este trabajo nacieron dos de sus principales obras, la *Historia antigua y de la conquista de México* (1881) y la *Historia de la dominación española en México*, la cual se publicaría póstumamente.

Orozco y Berra trató de liberarse de todos sus prejuicios, ya fueran de raza, religión e incluso los nacidos producto del patriotismo, pues quería escribir una historia de carácter científico que pudiera dar con la verdad de los hechos. Su *Historia antigua* fue la primera síntesis general y enciclopédica que se intentaba en el siglo XIX con vistas a continuar el trabajo que habían emprendido anteriormente otros como Sahagún, Torquemada y Clavijero. Basado en un cuidadoso análisis de códices indígenas, crónicas y documentos, el libro cerraba con una especie de balance de lo que México había perdido y ganado con la conquista. Sus juicios, nada fáciles por cierto, manifiestan su compromiso científico y evolucionista, viendo a la conquista como un paso más en vías al progreso. Sin embargo, a ratos su posición se inclinaba en favor de los indígenas; es que Orozco «había puesto su razón del lado de la conquista y su corazón del lado de los vencidos» (Krauze, 2005, pp. 83-86).

El positivismo

Durante la década de los ochenta del siglo XIX volvió el orden en el ámbito político con la llegada de Porfirio Díaz al poder. Al mismo tiempo, el positivismo y los aires de modernidad invadieron tanto la política como el mundo cultural. Díaz había prometido modernizar México construyendo líneas de ferrocarril, reorganizando la administración del Estado y asegurando la paz. Así, con la restauración de la república y la consolidación de las políticas liberales, la cabeza de los líderes se vio colmada por la fe en el progreso.

Dentro de este contexto de confianza y éxito, Vicente Riva Palacio (1832-1896) encabezó una de las historias más ambiciosas hasta entonces escritas. Se llamó *México a través de los siglos* (1885-1887) y fue publicada en cinco tomos lujosamente editados e ilustrados, los cuales querían ser una historia total de la na-

ción, desde la época prehispánica hasta el presente. Tuvo el logro de unir pasados que parecían irreconciliables, como el mundo precolombino con el virreinal, y luego este con la Independencia y la República, superando los antagonismos entre el indigenismo y el hispanismo, así como las diferencias entre las historias liberales y las conservadoras. La historia mexicana era presentada como una constante evolución que se iba traduciendo en progreso, cuya cúspide era la nueva nación. Fue un trabajo optimista, armónico y atractivo, el cual contaba con más de dos mil ilustraciones, lo que era toda una novedad para la época. Leído el libro, los lectores tenían la sensación de haber recorrido el devenir histórico de México, que concluía en un piso sólido para el futuro (Florescano, 2002, cap. VIII).

Justo Sierra y la historiografía optimista

Así como en política Porfirio Díaz encarnaba la figura del guía fuerte y eficaz que hacía progresar al país, entre los intelectuales fue Justo Sierra (1848-1912) quien mejor representó la confianza en el progreso y la evolución. Amante de las letras, poeta, periodista, jurista, político e historiador, Sierra fue uno de los grandes propagadores y organizadores de la educación nacional en México y un fiel creyente del «Estado docente». Su esfuerzo por fundar la Universidad Nacional (actual UNAM) resultó central en la consolidación del proyecto, así como su labor política desde los múltiples cargos que ejerció durante el gobierno de Díaz, especialmente como secretario de Instrucción Pública (1905-1911); tanto así que llegó a ser conocido como el «maestro de América». Sierra respetaba a brazo partido las libertades cívicas, pero creía en un órgano ejecutivo fuerte; había tomado los fundamentos de las doctrinas liberal y conservadora, sin identificarse con ninguno de los polos.

Dentro de esta confianza y seguridad que tenía en la labor educativa, Sierra escribió una serie de historias patrias destinadas a la enseñanza de la historia en las escuelas, entre las que se cuentan *Elementos de historia patria* y *Cuadros de historia patria*. Sin embargo, uno de los trabajos más destacados fue la edición de la obra colectiva *México: su evolución social* (1900-1902), trabajo que consistió en una interpretación coherente del proceso evolutivo y civilizatorio que había permitido el ascenso consagratorio de la nación. Sierra reunió a un importante grupo de intelectuales, políticos e historiadores, los cuales trabajaron para entregar un panorama que incorporara estudios sobre la población, el territorio, la historia política, la ciencia, la minería, las comunicaciones, en fin, la industria, entre otros temas, buscando presentar una evolución orgánica de la nación mexicana (Moya López, 1999).

La imagen que se presentaba de muchos de los actores de la historia del país no dejó a todos conformes. De hecho, el senador Francisco Bulnes decidió escribir entre 1904 y 1905 dos obras

sobre Benito Juárez, *El verdadero Juárez* y *Juárez y las revoluciones de Ayutla y de Reforma*, con el propósito de desmitificar la imagen que había sido presentada en la obra colectiva encabezada por Sierra. La respuesta de este último no se hizo esperar, escribiendo *Juárez: su obra y su tiempo* (1906), trabajo en el que presentaba al político mexicano como el restaurador de la independencia y del orden tras la guerra civil y la invasión francesa.

Sin embargo, y muy a pesar de Díaz y Sierra, no todo era color de rosa. Detrás del encandilamiento de los gobernantes con esta imagen fantástica de la realidad nacional, se incubó una disconformidad tanto en la clase política opositora al régimen de Díaz como en el resto de la población a raíz del sinnúmero de promesas incumplidas. Todo explotaría en 1910.

La historiografía de la revolución

Polarización del ambiente político y la búsqueda de una refundación del Estado y la nación mexicana

Las aristas de la revolución son múltiples y exceden el propósito de este capítulo. Sin embargo, es importante destacar algunas de sus implicancias. Primero, el quiebre del orden político y la pérdida del consenso. Esto último repercutió en que volvieran a florecer con fuerza los antagonismos entre conservadores y liberales, católicos y anticlericales, hispanistas e indigenistas. La polarización del ambiente repercutió indudablemente en los juicios que se emitían sobre el pasado, marcando también la manera de escribir y concebir la historia. Hay que agregar a su vez que la revolución involucró tanto a la clase dirigente como a la clase media, a los campesinos, industriales y, de una u otra manera, a los indígenas.

Desde muy temprano las aguas se dividieron entre los defensores del legado de Porfirio Díaz y los revolucionarios que buscaban refundar el Estado nacional. Asimismo, en medio de todo esto hay que sumar las demandas campesinas y los constantes cambios de dirección en materia política durante las dos primeras décadas del siglo XX. Se decía que todo debía cambiar, pero mucho de lo antiguo perduraba. Otros apuntaban a rescatar elementos del pasado, mas no hacían más que avanzar para el lado sin construir ningún orden. Mientras, el país sufría grandes destrozos materiales, así como enormes problemas económicos. Sea como fuere, los historiadores e intelectuales no pudieron mostrarse indiferentes a la revolución. Mal que mal, la historia era también un medio de expresión.

La lucha terminó en 1917, año de la constitución revolucionaria sobre la cual se organizó el nuevo gobierno. Así, una parte de la historiografía se concentró en legitimar a esta nueva administración, mostrándola como los representantes de la facción

triunfadora de la revolución social. Dentro de este contexto, uno de los cambios que impulsó la revolución fue la necesidad de incorporar a nuevos actores sociales dentro de la narración histórica, especialmente a aquellos que se decía que eran los triunfadores del proceso, como los campesinos, indígenas y las clases medias.

La apología de la revolución: Gamio y Enríquez

Una obra importante fue la escrita en 1916 por Manuel Gamio (1883-1960) y titulada *Forjando patria: pro nacionalismo*, en la cual proponía unir lo indígena con lo hispano para forjar una nueva base sólida para el país. Años más tarde, Andrés Molina Enríquez (1868-1940) escribió en cinco volúmenes *La revolución agraria en México, 1910-1920* (1932-1936), en la cual exaltaba a los líderes mestizos de la revolución como Emiliano Zapata y Francisco «Pancho» Villa, y denostaba a los líderes posteriores a Díaz como Francisco Madero y Venustiano Carranza por haber traicionado los principios nacionalistas de la revolución.

La fascinación que despertaron algunos caudillos populares atrajo a escritores extranjeros que se internaron en México siguiendo sus pasos. Uno de los más destacados fue el norteamericano John Reed (1887-1920), quien acompañó a Pancho Villa en sus ataques por el norte del país. Sus impresiones quedaron plasmadas en el libro *Insurgent Mexico (México insurgente)* de 1916. Otro caso fue el del periodista mexicano Martín Luis Guzmán (1887-1976), quien publicó en 1928 sus experiencias en el libro *El águila y la serpiente*.

La historiograÍa crítica de la revolución: Bulnes y Cuevas

Así como unos justificaban la mirada revolucionaria, otros defendían el gobierno y la herencia de Porfirio Díaz. Uno de los críticos más agudos de la revolución y de los gobiernos siguientes fue Francisco Bulnes (1847-1924), quien publicó *El verdadero Díaz y la Revolución* (1920), trabajo que buscaba hacer justicia a la figura del antiguo presidente. Desde el punto de vista de la Iglesia, el jesuita Mariano Cuevas (1879-1949) publicó en cinco volúmenes una *Historia de la Iglesia en México* (1921-1928), en la cual defendía la labor de los jesuitas y buscaba mostrar las raíces católicas de los mexicanos independentistas. Del otro lado, fue un severo crítico de Juárez y de las reformas liberales, en gran parte debido al daño que le habían causado a la Iglesia.

José Vasconcelos

Una figura distinta y algo ajeno a esta polarización fue el educador y escritor José Vasconcelos (1882-1959), quien interesado al igual que Gamio en el problema del mestizaje publicó el libro *Raza cósmica* (1925), en donde abogó por poner a los mestizos de América en el sitial que correspondía. Su pensamiento y su trabajo han sido una enorme fuente de inspiración, pero la relectura del devenir de la historia de la Revolución mexicana y de la sociedad latinoamericana sólo se materializaría con el surgimiento de los profesionales de la historia.

Lucas Alamán

> «El objeto del deseo ardiente de los mexicanos estaba conseguido; la independencia se había hecho; pero siendo este el único punto en que todos estaban de acuerdo, el lograrlo fue lo mismo que soltar el lazo que los unía, y abrir la carrera a la ambición privada, a las ideas diversas y más opuestas en materia de sistemas políticos, y a las pretensiones más excesivas de todo género. El gobierno que acababa de establecerse, iba pues a entrar en una lucha de poder a poder con todos estos elementos de disolución y de discordia, que las ocurrencias posteriores fueron aumentando más y más, hasta el grado que los partidos que se formaron, aunque divididos y opuestos entre sí, se uniesen para echar por tierra el orden de cosas que se había establecido, sin perjuicio de dividirse después acerca del nuevo que había de adoptarse, poniendo de manifiesto, que no es lo más difícil para una nación lograr su independencia, sino hacer esta provechosa, por el establecimiento de un gobierno acomodado a sus peculiares circunstancias. "Ya sabéis el camino de ser libres", había dicho Iturbide a los mexicanos; "a vosotros toca señalar el de ser felices": este último, por desgracia, no se ha corrido con la misma felicidad y dicha que el primero.»
>
> *Historia de México*, tomo V, México, Imprenta de J. M. Lara, 1852, pp. 357-358

Lucas Alamán (1792-1853) fue una de las figuras más destacadas de la historiografía decimonónica mexicana. Nacido en una educada y adinerada familia de la entonces próspera ciudad de Guanajuato, recibió una amplia educación tanto en México como en Europa. Empresario industrial y activo líder político, Alamán fue uno de los actores principales de la facción conservadora de la política mexicana, participando activamente como ministro en los gobiernos posteriores a la independencia de 1821. Asimismo, fue un importante promotor de la industria y las ciencias, introduciendo en México lo que había aprendido en Europa: instaló nuevas plantas textiles y promovió la enseñanza de las matemáticas y la física.

El interés de Alamán por escribir historia se materializó en los últimos años de su vida; concebía la historia como una narración verdadera de los eventos del pasado, la cual permitía ligar los hechos de manera fiel y comprensiva, demarcando las ideas influyentes y los sucesos significativos. Su principal trabajo fue la *Historia de México, desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente*, publicada en cinco volúmenes entre 1849 y 1852. Para su elaboración, Alamán se basó tanto en documentos oficiales como en diarios, cartas privadas, discursos políticos, libros de cuentas de mineros y mercantes y en su propia experiencia. Dado que fue un actor influyente en el periodo de la emancipación y de la construcción nacional, su interpretación de la historia mexicana encuentra su punto de partida en sus juicios sobre la independencia. Para Alamán, la emancipación había sido fruto de la maduración política de la Nueva España y de la determinada acción de los criollos. Sin embargo, como se aprecia en el texto seleccionado, las pugnas políticas y la ceguera de los líderes populares no habían permitido que México se consolidara como nación.

Justo Sierra

Justo Sierra (1848-1912) fue poeta, periodista, político e historiador. Formado en el derecho, Sierra tenía una especial preocupación por la educación y un decidido compromiso por la na-

«México no ha tenido más que dos revoluciones, es decir, dos aceleraciones violentas de su evolución, de ese movimiento interno originado por el medio, la raza y la historia, que impele a un grupo humano a realizar perennemente un ideal, un estado superior a aquel en que se encuentra; movimiento que, por el choque de causas externas, casi siempre se precipita, a riesgo de determinar formidables reacciones; entonces, lo repetimos, es una revolución. La primera fue la independencia, la emancipación de la metrópoli, nacida de la convicción, a que el grupo criollo había llegado, de la impotencia de España para gobernarlo y de su capacidad para gobernarse; esta primera revolución fue determinada por la tentativa de conquista napoleónica en la Península. La segunda revolución fue la Reforma, fue la necesidad profunda de hacer establecer una constitución política, es decir, un régimen de libertad, basándolo sobre una transformación social, sobre la supresión de las clases privilegiadas, sobre la distribución equitativa de la riqueza pública, en su mayor parte inmovilizada, sobre la regeneración del trabajo, sobre la creación plena de la conciencia nacional por medio de la educación popular; esta segunda revolución fue determinada por la invasión americana, que demostró la impotencia de las clases privilegiadas para salvar a la patria y a la inconsistencia de un organismo que apenas sí podía llamarse nación. En el fondo de la historia ambas revoluciones no son sino dos manifestaciones de un mismo trabajo social: emanciparse de España fue lo primero; fue lo segundo emanciparse del régimen colonial; dos etapas de una misma obra de creación en una persona nacional dueña de sí misma.»

Evolución política del pueblo mexicano, segunda parte, capítulo I

ción, pues consideraba que los intelectuales debían guiar a la masa todavía en tinieblas. Sierra fue un fiel creyente del orden y el progreso, máxima del positivismo decimonónico, ideal que se alcanzaría, según sostenía, por medio de la educación. Desde los puestos gubernamentales alcanzados durante el gobierno de Porfirio Díaz, Justo Sierra impulsó una serie de reformas en la educación, las cuales –en sus palabras– buscaban «nacionalizar la ciencia» y «mexicanizar el saber». En 1910 fue el encargado de inaugurar la Universidad Nacional de México, en donde se refirió a los estudiantes universitarios como «obreros intelectuales» que debían convertir las ideas en fuerzas motoras de cambio.

Como historiador, uno de sus principales trabajos fue la dirección de la obra conjunta *México, su evolución social* (1900-1902), la cual buscaba presentar el desenvolvimiento histórico de la nación. Asimismo, otra de sus obras importantes fue *Juárez, su obra y su tiempo*, trabajo en el que abordaba al gran caudillo liberal del siglo XIX mexicano, Benito Juárez, a partir de algunos documentos, de sus propias memorias y de conversaciones con figuras políticas destacadas contemporáneas a Juárez. En la obra histórica de Sierra es posible rastrear la influencia, tanto ideológica como de estilo, de historiadores como Michelet, Renan y Taine; pero, por sobre todo, es posible percibir su mirada evolucionista de la historia, la cual trataba del ascenso social y político de los pueblos. El texto seleccionado es un claro ejemplo de esta concepción, en donde Sierra concibe la revolución y la reforma liberal como dos saltos a un estado superior.

LA PROFESIONALIZACIÓN DE LA HISTORIOGRAFÍA (CA. 1930-A NUESTROS DÍAS)

Sería iluso pretender ser exhaustivo al momento de presentar la historiografía latinoamericana a lo largo del siglo XX y lo que va del XXI; no sólo en lo económico, social y político, sino igualmente en el ámbito historiográfico continúa habiendo una gradación

de ritmos y trayectorias. De ahí que este epígrafe, tal vez más que los otros, sea incompleto y parcial. A pesar de estas barreras, esta parte pretende dar cuenta de los aspectos definitorios de este último momento de la historiografía latinoamericana, poniendo el acento en los desarrollos más significativos y en las obras más importantes, los cuales sobresalen como ejemplos paradigmáticos de los cambios vividos en toda la región, más allá de las particularidades de cada país.

La historia en las universidades

Profesionalización e institucionalización

Uno de los procesos transversales ocurridos en América Latina durante el siglo XX fue la profesionalización de la producción histórica y la consolidación de su institucionalización. La fundación de institutos, escuelas, licenciaturas, maestrías, doctorados y seminarios dedicados a formar profesionales de la enseñanza y especialistas en la investigación histórica cambió la forma, el contenido y los fines del relato histórico. Los parámetros del quehacer historiográfico pasaron a ser definidos desde esta institucionalidad, marcándose una clara diferencia entre los especialistas acreditados y los historiadores aficionados. En adelante, la validación como profesor o investigador se alcanzaba por el respaldo que otorgaba –y otorga– un título determinado. Al crearse una institucionalidad académica definida, los recursos económicos y humanos, los profesores y estudiantes, las bibliotecas y medios de difusión se concentraron en torno a ella. Como ha señalado Enrique Florescano, «la concentración de estos recursos en la institución académica la indujo a crear un modelo del relato histórico y le proveyó los medios para reproducirlo y expandirlo en forma acumulativa, mediante la enseñanza, la investigación, la publicación de revistas y libros y los congresos y coloquios dedicados al análisis de las tendencias historiográficas» (Florescano, 2002, pp. 441-442).

Tal vez sea algo reduccionista sostener que la profesionalización de la historia fue el resultado de la creación de institutos o departamentos de historia en las universidades. La recepción de tendencias extranjeras así como el propio desarrollo interno de la práctica historiográfica en América Latina también colaboraron en este giro, aunque se debe reconocer que la estructuración de instancias académicas definidas en torno a las universidades fue un momento sumamente significativo y condicionante dentro de este proceso (Eujanian, 2003; Moreyra, 2003).

Argentina

Los primeros pasos hacia una estructuración universitaria en la enseñanza de la historia se dieron durante las primeras décadas del siglo XX en Argentina. La preocupación inicial por organizar la en-

La organización de las facultades y currículums universitarios se inspiró en los modelos europeos y norteamericanos

señanza de las humanidades nació en la Universidad de La Plata, cuyo rector encargó a dos historiadores formados en el estilo del siglo XIX, Ernesto Quesada (1858-1934) y Ricardo Rojas (1882-1957), que prepararan reportes sobre la enseñanza de la historia en Estados Unidos y Europa. Rojas publicó en 1909 un libro llamado *La restauración nacionalista*, en el cual exhortaba a los jóvenes argentinos a estudiar profesionalmente el pasado de su nación. La labor de Quesada, por su parte, fue incluso más destacada: en 1908 emprendió un viaje por veintidós universidades alemanas con el objetivo de dar cuenta del concepto de historia que allá se tenía, de las metodologías utilizadas y de su posible aplicación en Argentina, al mismo tiempo que debía informar de los cursos generales y particulares de historia universal que se dictaban en las universidades alemanas. El resultado de su trabajo fue el libro *La enseñanza de la historia en las universidades alemanas* (1910), en donde proponía la ampliación de los estudios históricos más allá de la política, considerando todos los aspectos de la civilización. Asimismo, a través de Quesada y de la inspiración que significó el modelo alemán e historiadores como Karl Lamprecht, temas relacionados con intereses sociológicos y psicológicos hicieron mella en algunos historiadores argentinos (Pyenson, 2002).

En torno a la Universidad de la Plata y, poco después, en la Universidad de Buenos Aires –que creó una sección de historia dentro de su Facultad de Artes en 1912– se organizó un grupo de jóvenes historiadores pagados, tal como se hacía en Alemania, que pasaron a ser conocidos como los historiadores de «la nueva escuela»: su característica distintiva fue el espíritu científico y el cuidado metodológico que impusieron a su producción, buscando marcar un quiebre con la tradición decimonónica.

Un nuevo salto se daría en 1918 con un movimiento de reformas iniciado en la Universidad de Córdoba que buscaba la autonomía universitaria, el cogobierno, una mayor relación de la universidad con la sociedad y la consolidación del sistema de cátedras. Este movimiento tuvo inmediata acogida en Buenos Aires y La Plata expandiéndose, al poco tiempo, a través de toda América Latina. Así, dentro de los años siguientes, las universidades de Perú, Chile y México, por nombrar algunas, se vieron envueltas en movimientos reformistas que buscaban los mismos objetivos.

La historiografía mexicana y el influjo de intelectuales europeos

El caso mexicano, aunque algo posterior, también implicó la consolidación de una institucionalidad superior de enseñanza de la historia. A fines de la década de los treinta, la vida académica mexicana se enriqueció con la llegada de una serie de intelectuales españoles exiliados durante la guerra civil, entre ellos los historiadores Rafael Altamira (1866-1951), Pedro Bosch-Gimpera (1891-1974) y Wenceslao Roces (1897-1992), así como el filósofo José

Gaos (1900-1969), quien tuvo una influencia importante en el desarrollo de la historia de las ideas y de la teoría de la historia en México. Pocos años antes, en 1934, el economista e historiador Daniel Cosío Villegas (1898-1976) había fundado la editorial Fondo de Cultura Económica con la intención de proveer de bibliografía en castellano a los estudiantes de la Universidad Nacional. Al poco tiempo, la editorial ya había publicado libros de economía, historia y sociología abriendo las puertas del mundo hispano a destacados autores europeos. Dentro de este ambiente se fundaron el Instituto Nacional de Antropología e Historia en 1939 y el Centro de Estudios Históricos del Colegio de México en 1941.

Colombia

Como ya se vio, en la década de los treinta se organizó la enseñanza universitaria en Brasil, dando una autonomía e impulso a la enseñanza de la historia (véase p. 399). En Colombia, por su parte, la carrera de Historia se creó en 1964 bajo el impulso del historiador Jaime Jaramillo Uribe (1917-), aunque, desde finales de la década de los cincuenta, la enseñanza de la historia en la Universidad Nacional de Bogotá había estado a cargo de historiadores con formación profesional, como el medievalista español Antonio Antelo Iglesias y el mismo Uribe, quien había estudiado en la Sorbonne en París. Este último fue un importante difusor de la historiografía europea entre sus alumnos, dándoles a leer obras de los historiadores sociales alemanes, de los franceses del grupo de los *Annales* como Bloch, Febvre y Braudel, y de otros como Pirenne, Huizinga y Sombart (Melo, 1996).

Bolivia

La carrera de Historia se creó en Bolivia a mediados de la década de los sesenta. Pocos años antes, en 1962, Charles Arnade (1927-2008) había publicado un artículo sobre historiografía boliviana en *The Hispanic American Historical Review* que resultó sintomático del cambio que se había producido. Arnade sostenía que prácticamente no existían, en Bolivia, «verdaderos historiadores que investigaran como nosotros lo entendemos», es decir, historiadores que usaran fuentes primarias, que trabajaran en archivos y que incorporaran estas fuentes en sus investigaciones. De hecho, agregaba, muchos no hacían más que imitar a Gabriel René Moreno, al mismo tiempo que sobreabundaban los trabajos interpretativos basados en fuentes secundarias (Arnade, 1962). Lo revelador de este diagnóstico es que, por esos años, ya aparecía definido un criterio de juicio historiográfico que permitía distinguir la verdadera historia –la profesional y universitaria– de la *amateur*. Las características esenciales de la escritura de la historia pasaron a derivarse de la formación específica para historiadores, en la que los alumnos se familiarizaban con métodos exigentes de análisis del documento, utilizaban los archivos nacionales y conocían la literatura histórica contemporánea. Y hay también otro aspecto digno de notar: el ar-

tículo fue escrito por un historiador estadounidense y publicado en una revista estadounidense, dando cuenta de que ojos extranjeros ya fijaban su mirada en la historia e historiografía latinoamericana. Ahora bien, Arnade no estaba solo, pues de un tiempo a esa parte los historiadores latinoamericanos habían comenzado a hablar, aunque en algunos lugares antes que en otros, el mismo lenguaje: el de los historiadores profesionales.

El surgimiento de este canon provocó, desde muy temprano, el choque entre la tradición heredera de la práctica histórica del siglo XIX con los principios defendidos por los historiadores formados bajo estos nuevos criterios. Se produjo entonces un enfrentamiento entre dos miradas de la historia, la que obligó a estudiar nuevamente y a repensar las historias patrias.

Los profesionales de la historia

Cambios políticos, sociales y económicos

Los pasos dados por la historiografía latinoamericana durante el siglo XX tienen también mucho que ver con los cambios producidos en la sociedad en general. Durante este siglo surgió la clase media como parte activa y significativa de los desarrollos nacionales. Asimismo, se produjo un gran salto demográfico, pasando de cerca de ochenta millones de habitantes hacia 1910 a casi seiscientos millones en el año 2010. Además, esa población, que era mayoritariamente rural a comienzos del siglo XX, actualmente es esencialmente urbana. Otro cambio clave ha sido la valorización de la democracia como ideal político y social. A pesar de los quiebres institucionales, de las inestabilidades y de las dictaduras de la segunda mitad del siglo, la democratización de la política y la cultura, así como el acceso de gran parte de la población a múltiples bienes de todo tipo, ha sido una de las marcas distintivas de este último momento. Por cierto, no son hechos aislados ni excepcionales dentro del marco mundial. Poco antes o poco después, estos han sido fenómenos globales. Y, ligado a esto último, América Latina también se ha integrado a esa comunidad mundial, viéndose influida por lo que sucedía más allá de sus límites.

Estos cambios, así como el nuevo marco institucional y profesional de la práctica de la historia, dieron pie para el estudio de nuevos temas y para la incorporación de nuevas metodologías. Esta mirada renovada obligó a releer el pasado decimonónico y colonial con nuevos ojos, redefiniendo y ampliando la manera de hacer historia. Por lo mismo, resultó inevitable que surgieran nuevas escuelas organizadas en torno a los ideales ligados a la profesionalización.

Ya hemos señalado que en la década de los veinte en Argentina, un grupo de jóvenes historiadores comenzaron a ser conocidos como la «nueva escuela histórica». Más que agruparse en torno a un quiebre temático con la tradición, a este grupo –dentro del cual se contaban Ricardo Levene (1885-1959), Rómulo Carbia (1885-1944) y Emilio Ravignani (1886-1954), entre otros– lo unía una determinada preocupación por la metodología, otorgándole a la historia un estatuto científico caracterizado por prácticas propias. Tras la reforma universitaria de 1918 y hasta fines de la década de los cuarenta, Ravignani y Levene se erigieron como los principales dominadores de las instituciones relacionadas con la historia. Bajo su tutela fueron formados numerosos historiadores jóvenes, se organizaron diversas cátedras de historia y se crearon varias revistas especializadas, como el *Boletín* del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad de Buenos Aires, por medio de las cuales defendían y difundían sus postulados. Lo curioso de este grupo es que, si bien es representativo del nuevo proceso de profesionalización e institucionalización, guarda aún muchas características de la vieja historiografía: muchos de sus miembros se formaron habiendo estudiado derecho y compartían la visión de la historia presentada por Mitre, así como el prurito por la erudición, la edición y publicación de documentos de archivo y fuentes primarias. Lo que sí los distingue, no obstante, es su esfuerzo por crear una comunidad y un proyecto académico delimitado por criterios propios y «científicos». Eran, en efecto, los criterios profesionales de la historia.

La «nueva escuela histórica» en Argentina: Levene, Carbia, Ravignani

Como todo proceso de cambio, las respuestas y críticas a este grupo también llegaron. Durante la década de los treinta surgió una corriente llamada «revisionismo», la cual estaba compuesta por historiadores que se encontraban en su mayoría al margen de la academia y que criticaban la visión liberal y casi oficial de la historia pregonada por la nueva escuela. En un tono más ensayístico, sus trabajos eran más nacionalistas y políticos, viéndose influidos especialmente durante la década de los cuarenta por el peronismo y concentrándose en estudiar y rehabilitar la figura del caudillo decimonónico Juan Manuel de Rosas, a quien veían como el constructor del Estado argentino. Su posición decayó a fines de esa misma década, transformando los postulados de la nueva escuela en la concepción dominante durante gran parte del siglo XX argentino (Halperin-Donghi, 2005; Devoto y Pagano, 2009).

México: de una historiografía nacionalista y militante a una profesional e institucionalizada

En México, por su parte, la concepción de la historia de los profesionales de la disciplina chocó con el discurso nacionalista elaborado en torno a la revolución. La principal crítica de los historiadores académicos apuntaba al compromiso ideológico de la historiografía revolucionaria, la cual magnificaba y distorsionaba

la escritura de la historia con el objetivo de justificar su visión del devenir histórico de la nación mexicana (Florescano, 2002, p. 18).

José Carlos Mariátegui y la reforma universitaria en Perú

Así como las reformas universitarias impulsaron en Argentina una nueva concepción de la escritura de la historia, en Perú levantaron una serie de cuestionamientos a la mirada canónica del pasado nacional. Uno de los críticos más destacados fue el intelectual y político socialista José Carlos Mariátegui (1894-1930), quien en la década de los veinte impulsó una nueva mirada del pasado peruano desde el marxismo, sosteniendo que la historiografía nacional había elaborado una historia oligárquica construida contra el indio, quien se suponía que debía haber sido el principal beneficiario, pues en él había mucho del verdadero peruano (Burga, 2005).

Una de las consecuencias más significativas de los cambios producidos durante las décadas de los treinta y los cuarenta fue la progresiva desaparición de los intentos por elaborar historias nacionales al estilo de las escritas en el siglo XIX, que buscaban entregar una visión coherente y completa del desarrollo nacional. Entre los últimos en intentarlo se encuentran Francisco A. Encina (1874-1965) y su *Historia de Chile desde la prehistoria hasta 1891*, en veinte volúmenes (1940-1952), y Jorge Basadre (1903-1980) con su *Historia de la República del Perú*, en dieciséis tomos (1939-1968). Ahora la escritura de la historia en América Latina comenzó a abrirse a nuevos temas y metodologías, muchas de ellas a imitación de las tendencias desarrolladas en Europa, que también habían surgido en un contexto profesional e institucionalizado.

La labor de los historiadores franceses en Brasil

Uno de los elementos más importantes fue el considerable número de historiadores e intelectuales europeos que llegaron a varios países de América Latina, transformándose en destacados impulsores del desarrollo de nuevas metodologías y aproximaciones. En la década de los treinta estuvieron en Brasil, entre otros, Claude Lévi-Strauss y Fernand Braudel, colaborando con la estructuración del Instituto de Historia de la Universidad de São Paulo y con la formación de la primera generación de historiadores profesionales de Brasil. La importancia sobre todo de Braudel para el desarrollo de la historiografía brasileña se explica tanto por este trabajo fundacional como por la relación que entabló con los historiadores brasileños, quienes fueron abiertos receptores de sus trabajos y de las nuevas tendencias impulsadas por la escuela de los *Annales*.

Algo ya se ha dicho del papel que desempeñaron los exiliados españoles en México, especialmente José Gaos, principal impulsor de la historia intelectual y de las ideas. Dos de sus más destacados seguidores fueron Edmundo O'Gorman (1906-1995) y Leopoldo Zea (1912-2004), quienes desarrollaron una historiografía inspirada en filósofos como Heidegger y Ortega y Gasset, así como en postulados historicistas. Del segundo destaca su importante

trabajo *El positivismo en México* (1943-1944), aunque con O'Gorman se abrió un nuevo mundo con su trabajo *La invención de América* (1958), en donde estudiaba el sentido y la evolución histórica de la idea de América. De esta última obra llama la atención la utilización de la palabra «invención», la cual abrió nuevas preguntas y perspectivas de investigación, mucho antes incluso que lo hicieran Hobsbawm y Ranger con su influyente libro *La invención de la tradición* (1983).

Exiliados españoles en Argentina

El también exiliado español Claudio Sánchez-Albornoz (1893-1984) fue una figura sumamente influyente en Argentina desde la década de los cuarenta, en donde enseñó historia medieval en las universidades de Mendoza y Buenos Aires, marcando a José Luis Romero (1909-1977) y Tulio Halperin-Donghi (1926-), dos de los historiadores argentinos más importantes del siglo XX (Halperin-Donghi, 2008).

El impacto de la Revolución cubana en el desarrollo de la historiografía

Ahora bien, es importante destacar que la experiencia de Braudel y Lévi-Strauss hizo que muchos historiadores y antropólogos franceses pusieran sus ojos sobre América Latina, pero más decisivo aún fue el triunfo de la Revolución cubana en 1959. El establecimiento de un régimen comunista a pocos kilómetros de Florida provocó que muchos historiadores norteamericanos volvieran la mirada hacia América Latina, lo que se tradujo en más fondos para la investigación y en la creación de nuevos programas y centros de estudios dedicados a la historia latinoamericana (Grover, 1988). Del mismo modo, en el Reino Unido también aumentaron los fondos y el interés por estudiar a la descuidada región, llevando a que se produjeran más viajes, contactos y publicaciones. Este impulso tomó más vuelo aún en 1970, cuando en Chile llegó al poder el primer gobierno socialista-comunista democráticamente elegido. Después de estos hechos, la atracción resultaba inevitable. Lo que primero se había traducido en una concentración sobre todo en México, al poco tiempo se amplió a otros países como Argentina, Brasil y Chile.

La consolidación de la renovación historiográfica (*ca.* 1940-*ca.* 1980)

La formación en el extranjero: el influjo de los *Annales*

El impulso dado por las universidades y por los emigrados tomó más fuerza a causa del aumento de contactos con investigadores europeos y norteamericanos. Los historiadores y universidades más destacados de aquellos lados se transformaron en polos de atracción para muchos historiadores latinoamericanos, quienes viajaron a formarse al extranjero. Francia atrajo a muchos que partían a estudiar con figuras como Fernand Braudel, François Chevalier y Rug-

giero Romano. Uno de los primeros fue el historiador chileno Álvaro Jara (1923-1997), quien fue a estudiar a París bajo el alero de Braudel a comienzos de la década de los cincuenta. Su libro más destacado, *Guerra y sociedad en Chile: la transformación de la guerra de Arauco y la esclavitud de los indios* (1957) –el cual, de hecho, se tradujo al francés–, es un claro reflejo de las preocupaciones sociales y económicas practicadas por los franceses.

Durante las décadas de los sesenta y los setenta los contactos aumentaron. El mexicano Enrique Florescano (1937-) se doctoró a finales de la de los sesenta con una tesis de historia económica publicada en 1969 titulada *Precios del maíz y crisis agrícolas 1708-1810*, trabajo en el que utilizó técnicas de la escuela francesa para demostrar el comportamiento cíclico del precio del maíz y la recurrencia de las crisis económicas. Asimismo, historiadores peruanos como Heraclio Bonilla (1942-) y Manuel Burga (1942-) se vieron influidos por las metodologías y perspectivas ligadas a los *Annales*, especialmente a través de las enseñanzas de Ruggiero Romano. Por otra parte, el proyecto que significó *El Mediterráneo* de Braudel también tuvo una importante recepción en algunos historiadores, como se puede apreciar en *Revolución y guerra. Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla* (1972), del argentino Tulio Halperin-Donghi, o en la *Historia del pueblo chileno* (1980), de Sergio Villalobos (1930-). Este último, de hecho, es sumamente explícito al señalar que su obra buscaba, antes que narrar al modo de la historiografía tradicional, interpretar y explicar, adentrándose «en los grandes procesos económicos, sociales, culturales y políticos con el fin de captar el sentido general» del rumbo histórico del pueblo chileno (Villalobos, 1980).

La influencia del marxismo

A la influencia de la escuela de los *Annales* en el desarrollo de la historia económica, serial y social, hay que sumar también otra influencia externa y un desarrollo interno. La primera corresponde a la recepción del marxismo como herramienta de análisis histórico. Importantes trabajos surgidos en esta línea fueron las obras del historiador y antropólogo venezolano Federico Brito Figueroa (1921-2000), del mexicano Enrique Semo (1930-) y del peruano Alberto Flores Galindo (1949-1990).

Las políticas de la CEPAL

El desarrollo interno que también ayudó a generar este énfasis fue la mayor presencia de la CEPAL (Comisión Económica para América Latina) durante las décadas de los cincuenta y los sesenta, erigiéndose como una influyente entidad que buscaba colaborar con el desarrollo económico tanto de toda la región como de cada país latinoamericano, proponiendo estudios y políticas económicas nacionalistas y sustitutivas de importaciones. Relacionado con esto último y en torno a su sede ubicada en Santiago de Chile, diversos intelectuales ligados a la economía, política, sociología e historia

desarrollaron teorías de la dependencia, las cuales explicaban la situación de estancamiento socioeconómico latinoamericano en el siglo XX apelando al deterioro de los términos de intercambio para las naciones de la «periferia», que eran exportadoras de materias primas. Por lo mismo, estrechamente ligada a los estudios económicos estaba la medición de su impacto social, haciendo que la línea divisoria entre lo económico y lo social fuera un borde borroso.

El auge de la historia económica y social

En este contexto, en consecuencia, es sumamente comprensible el auge que tuvieron tanto la historia económica como la social; y, en la práctica, confluían efectivamente en más de un aspecto. En Brasil, por ejemplo, Celso Furtado (1920-2004) publicó en 1959 *Formação Econômica do Brasil*, en donde combinaba el método histórico con el análisis económico, trabajo que le trajo las alabanzas de Braudel como uno de los grandes libros de historia económica. La obra de Furtado, quien no era estrictamente ni marxista, ni cepaliano ni historiador, fue el resultado de la confluencia de múltiples intereses que se materializaron en una obra que aglutinó aspectos económicos y sociales. Asimismo, y en relación con las políticas de la CEPAL, el brasileño Fernando Henrique Cardoso (1931-) –quien luego fue presidente de Brasil– y el chileno Enzo Faletto (1935-2003) publicaron en conjunto *Dependencia y desarrollo en América Latina* (1969), trabajo que repercutió fuertemente en el esfuerzo colectivo por definir los temas y cuestiones centrales en torno a las cuales debía construirse una nueva mirada de América Latina, partiendo del papel que desempeñaba la dependencia en la conformación de la realidad regional (Halperin-Donghi, 1982).

El Estado fomenta la investigación histórica

Durante este periodo se crearon también una serie de centros de investigación financiados con fondos estatales que apoyaban y fomentaban los trabajos en las ciencias naturales y sociales, dándole un fuerte espaldarazo a la comunidad profesional y académica. Así, por ejemplo, nació el CONICET (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas) en Argentina, el cual prácticamente tomó su forma actual en 1958. En Brasil, por su parte, se creó en 1961 la Associação Nacional dos Professores Universitários de História (conocida ahora como Associação Nacional de História). Con el tiempo, cada estado tuvo su propia associação, y la organización nacional comenzó a publicar la *Revista Brasileira de História*, una de las publicaciones más respetadas en Brasil (Eakin, 2011).

José Luis Romero

El desarrollo de esta historiografía académica se tradujo no sólo en contactos entre latinoamericanos con norteamericanos y europeos, sino también en colaboraciones entre latinoamericanos. Uno de los primeros ejemplos fue el ya clásico trabajo del historiador argentino José Luis Romero (1909-1977), quien en 1946 escribió *Las ideas políticas en Argentina* por petición del historiador mexica-

no Daniel Cosío Villegas para una colección que publicaba el Fondo de Cultura Económica, del cual él era el director. Durante la segunda década del siglo XX, los exilios obligados a causa de las dictaduras que sacudieron varios países latinoamericanos, así como los estudios o experiencias comunes en el extranjero, permitieron entablar relaciones académicas que se materializaban en publicaciones e investigaciones concretas. Uno de los casos más destacados ha sido la prolongada colaboración entre el historiador brasileño Ciro F. Cardoso (1942-) y el argentino nacionalizado costarricense Héctor Pérez-Brignoli (1945-). Uno de sus primeros trabajos fue *Los métodos de la historia* (1976), un manual de metodología histórica que expresaba un interés por desarrollar un modelo latinoamericano de historiografía (Zermeño, 2011). Publicaron en conjunto, además, una serie de trabajos sobre historia económica y social, entre los que destacan *El concepto de clases sociales* (1977), *Centroamérica y la economía occidental* (1977) e *Historia económica de América Latina* (1979).

Podrá parecer que las principales influencias durante estas décadas llegaron desde Europa, lo que es cierto, aunque no se puede desconocer el desarrollo interno de ciertas corrientes que permitieron la recepción de tales influencias y metodologías. Sin embargo, hay también ejemplos de influencias norteamericanas que no pasaron por Europa y tuvieron cabida en la historiografía latinoamericana. Una de ellas es la idea de frontera del historiador estadounidense Frederick Jackson Turner desarrollada en su libro *The Frontier in American History* (1921). Uno de los campos destacados de aplicación ha sido el estudio de la frontera mapuche de la Araucanía, tema para el que sobresalen los trabajos de Sergio Villalobos, entre ellos *Relaciones fronterizas en la Araucanía* (1982).

El influjo de Frederick J. Turner

Las tendencias recientes

Los pasos dados por la historiografía latinoamericana en las últimas décadas han estado marcados por la consolidación y expansión institucional, así como por las mayores posibilidades de conexión con el resto del mundo. Un primer aspecto a destacar es la proliferación y consolidación de las universidades. En Brasil, por ejemplo, en la década de los ochenta prácticamente cada estado contaba con una universidad, las cuales ofrecían licenciaturas y maestrías en historia, fomentando así los estudios históricos regionales. Asimismo, se produjo un crecimiento en archivos regionales y centros de investigación, a la vez que mejoró la organización de los archivos nacionales. Al mismo tiempo, creció el interés por hacer estudios de posgrado, a la vez que estos se torna-

son más asequibles tanto en las universidades latinoamericanas como en las europeas y estadounidenses.

Las particularidades nacionales

Más allá de la mirada general y unitaria aquí adoptada, sería un error pasar por alto las particularidades nacionales e incluso regionales de América Latina. En Colombia, por ejemplo, hay una importante producción de historiografía regional, debido, en gran parte, al carácter distintivo y a la fuerza política de cada región, especialmente Antioquia (Medellín), el Valle del Cauca (Cali) y la zona costera (Barranquilla y Cartagena), más allá de la capital, Bogotá. En Brasil, por su parte, ha existido siempre una estrecha relación entre la vida literaria y la diplomacia, la cual pervive hasta hoy. Entre los historiadores del siglo XIX y principios del XX que fueron importantes embajadores brasileños, destacan figuras como Varnhagen y Oliveira Lima. En tiempos más recientes sobresalen las figuras del historiador africanista Alberto da Costa e Silva (1931-) y de Evaldo Cabral de Melo (1937-). Este último, de hecho, es uno de los historiadores brasileños más destacados de la segunda mitad del siglo XX, concentrando sus investigaciones en torno al nordeste brasileño (Peixoto, 2010).

Así como en Colombia destacan los estudios regionales y en Brasil las relaciones con la diplomacia, México se ha caracterizado durante el siglo XX por el cultivo y desarrollo de la etnohistoria, disciplina que se concentra en el estudio de las sociedades indígenas en tiempos precolombinos y en las relaciones interculturales durante la colonia. Entre las figuras influyentes e inspiradoras de esta tendencia destacan Alfonso Caso (1896-1970), Carlos Martínez Marín (1924-) y Miguel León-Portilla (1926-). Asimismo, una serie de trabajos de etnohistoria andina se han llevado a cabo en Perú, muchos de ellos inspirados por la labor del etnohistoriador estadounidense de origen ucraniano John Murra (1916-2006) y de la historiadora peruanopolaca María Rostworowski (1915-).

El caso de Cuba y la influencia del marxismo

Otro caso particular es Cuba, en donde ha pervivido con mayor fuerza, por las obvias circunstancias políticas, el materialismo histórico como herramienta analítica y la historiografía marxista. De hecho, la Escuela de Historia de la Universidad de la Habana fue creada en 1962, poco después de la Revolución, con el objetivo de revelar científicamente el programa político del proyecto encabezado por Fidel Castro. Curiosamente, los autores representativos del marxismo occidental –Albert Soboul, Pierre Vilar, Michel Vovelle, Eric Hobsbawm, Christopher Hill o Perry Anderson, por nombrar algunos– apenas han tenido difusión entre los estudiantes de historia. En los últimos años, de hecho, ha sido mucho más inspiradora e influyente la figura y obra de José Martí (1853-1895), político, pensador, poeta y héroe de la independen-

cia cubana, lo que no resulta, sin embargo, contradictorio con el hecho de que el marxismo clásico persista como guía historiográfica (Piqueras, 1998).

Variedad de temas y aproximaciones

Ahora bien, la diversidad de temas en la historiografía latinoamericana se ha ampliado enormemente durante el último tiempo, alejándose de la historiografía nacional y elitista, cuestionando las interpretaciones ya clásicas de los historiadores decimonónicos y de la primera mitad del siglo XX, introduciéndose en estudios de historia local y preocupándose por estudiar el pasado de los «olvidados» de la historiografía tradicional: indígenas, mujeres, campesinos y obreros (Knight, 2002). El aumento de las conexiones con el extranjero, favorecido especialmente en el Cono Sur por el fin de las dictaduras y por el regreso de muchos académicos que debieron salir exiliados y que se habían formado como historiadores en Europa o Norteamérica, ha tenido bastante injerencia en este cambio, tanto que muchas de las tendencias recientes no han sido más que importaciones de los intereses históricos dominantes en Francia, Alemania o Norteamérica. Sería una tarea casi infinita si nos detuviéramos en cada nuevo tema y metodología. Por eso, aquí nos detendremos en la nueva historia política y en la nueva historia cultural, dos corrientes influyentes y transversales en las últimas décadas (véase Malerba, 2006).

La nueva historia política

Desde el siglo XIX, la historia política siempre estuvo presente y fue el principal campo de estudio de los historiadores latinoamericanos. A partir de la década de los ochenta, y en medio de un momento de renovación política, la historiografía política comenzó a proclamarse como «nueva», en oposición a los antiguos trabajos centrados en el Estado y los grandes hombres que lo dirigieron, buscando presentar una historia más problemática y rica desde el punto de vista metodológico y de fuentes (Malerba, 2006). Los principales referentes de este giro se encontraban en Francia, en autores como Michel Foucault y Michel de Certeau entre los teóricos y Maurice Agulhon, François Furet, Roger Chartier, François-Xavier Guerra y Pierre Rosanvallon entre los historiadores. Sus obras fueron verdaderos modelos a seguir, replicándose tanto sus intereses como aparatos conceptuales. Así, por ejemplo, términos como «práctica», «discurso» y «representación» fueron incorporados en el análisis histórico. Además, inspirados en estos trabajos, han aparecido estudios sobre las elecciones, los ciudadanos, la secularización, los espacios públicos y la educación cívica.

Más allá de lo anterior, dos campos predilectos de la nueva historia política fueron, por una parte, la independencia y sobre todo el proceso de construcción del estado y la nación y, por otra, los gobiernos populistas y regímenes dictatoriales del siglo XX. Especialmente para el primer caso, se volvió a visitar un viejo tema,

pero con nuevas herramientas y desde un nuevo ángulo. La nueva historiografía ha sacado a relucir el choque entre las tradiciones del antiguo régimen y la modernidad, remarcando, por ejemplo, que la igualdad de derecho –eslogan de las nuevas repúblicas– no se traducía en igualdad de hecho. Mientras la historiografía tradicional se preocupaba de seguir las reformas del Estado, los avances de las leyes, la modernidad de los discursos y la consolidación institucional, la nueva historia política ha puesto el ojo en la efectividad y capacidad de la participación ciudadana, remarcando la diferencia entre el «discurso» y la «práctica», entre el papel y la realidad. Asimismo, ha habido un giro desde una mirada institucional a una que considera el papel del individuo como actor político. Si antes el centro de la acción política estaba en los cuerpos políticos, vale decir, en el Senado, en la figura del presidente, en los legisladores y en la constitución, la nueva tendencia ha abierto un espacio al individuo común y corriente. De este modo, procesos que en la historiografía tradicional aparecían como lineales, progresivos, completos y claros, con esta nueva mirada resultan ser elusivos, truncos, incompletos y confusos; en otras palabras, menos estructurados y más «humanos».

Renovación en los estudios sobre la independencia

Para el momento de la independencia, el trabajo de François-Xavier Guerra, *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas* (1992), ha resultado ser una gran inspiración. Diversos historiadores en México, Venezuela, Argentina y Chile han seguido su huella. Por otra parte, dentro de esta renovación historiográfica, un buen ejemplo es también el trabajo de Hilda Sábato para el caso argentino. En *La política en las calles: entre el voto y la movilización* (1999), Sábato le dio espacio a la participación política que tenían los grupos de clase baja y media, mostrando cómo por medio de marchas y protestas intervenían en la Argentina de la segunda mitad del siglo XIX. La misma autora coordinó en 1999 el libro *Ciudadanía política y formación de las naciones*, trabajo que buscaba estudiar el fenómeno en toda América Latina y agrupaba historiadores de distintos países.

Dentro de los estudios sobre el siglo XX, importantes trabajos que han puesto en práctica los principios ya enunciados se han llevado a cabo sobre las épocas de Lázaro Cárdenas en México (1934-1940), de Juan Domingo Perón en Argentina (1946-1955) y de Getulio Vargas en Brasil (entre 1930-1945 y 1951-1954). Un buen ejemplo es María Helena Capelato, una de las principales innovadoras en la historiografía política brasileña, quien, en su libro *Multidões em cena: propaganda política no varguismo e peronismo* (1998), realiza un sugerente estudio comparado sobre la puesta en práctica y el carácter autoritario de la propaganda política de estos dos regímenes, destacándose también por la práctica poco

común entre los historiadores latinoamericanos de entrometerse en la historia de otro país (Malerba, 2006).

Las conexiones del mundo académico latinoamericano con el mundo europeo y estadounidense han producido –y continúan produciendo– un intercambio más fluido de intereses y prácticas. Así, América Latina no ha estado ajena a los últimos desarrollos historiográficos, incorporando los estudios de las mentalidades, de género, de las mujeres, de los niños, de la intimidad, de la salud, del medioambiente, entre muchos más. Un caso patente es la publicación durante la primera década del siglo XXI de las *Historia de la vida privada* en Argentina, Uruguay, Chile, Colombia y Brasil, y de la *Historia de la vida cotidiana* en México, siguiendo el modelo impulsado en Francia por Philippe Ariès y Georges Duby. De hecho, estas publicaciones son prácticamente una franquicia; sin ir más lejos, en los cuatro primeros países nombrados anteriormente los volúmenes fueron publicados por la misma editorial.

La historia de la vida privada

La nueva historia cultural y la decadencia del marxismo

Desde la década de los ochenta a esta parte se ha venido dando un progresivo abandono de las tendencias marxistas y estructuralistas, abriendo la puerta a la recepción de prácticas ligadas a la antropología, a la crítica literaria y al estudio de lo que se ha llamado las comunidades subalternas. Muchos de estos trabajos se han entroncado en la línea de la llamada «nueva historia cultural», identificable, más que por alguna ideología particular o método específico, por los autores y obras de referencia que constituyen el canon de esta tendencia. De este modo, a los ya nombrados Foucault, De Certeau y Chartier, se suman otros como Clifford Geertz, Pierre Bourdieu y Hayden White como referentes teóricos, e historiadores como Jacques Le Goff, Pierre Nora, Peter Burke, Robert Darnton y Natalie Z. Davis. Si bien en América Latina ya existían algunos estudios que podrían ser catalogados como historia cultural –*Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* (1940), del cubano Fernando Ortiz (1881-1969), obra con la que nació el concepto de «transculturación»; *Visiões do paraíso* (1958), del brasileño Sergio Buarque, en donde examina las concepciones sobre América de los conquistadores y cronistas; y *Medicina y magia* (1963), del mexicano Gonzalo Aguirre Beltrán, un estudio sobre los procesos de aculturación en el México colonial–, se produjo una verdadera eclosión a partir de la década de los noventa.

Dos buenos ejemplos para Brasil son los trabajos de Laura de Mello e Souza y Ronaldo Vainfas. La primera publicó en 1987 *O diabo e a Terra de Santa Cruz*, un trabajo sobre historia de las mentalidades y la religiosidad popular en el Brasil colonial. Vainfas, por su parte, publicó en 1989 *Trópicos dos pecados*, una historia social de la familia que incorporaba temas como la sexualidad y la moralidad durante el periodo de la Inquisición en Brasil. Otro

ejemplo de estas tendencias ligadas a la nueva historia cultural es el libro editado por la historiadora mexicana Pilar Gonzalbo, *Género, familia y mentalidades en América Latina* (1997). En él se reúnen artículos tanto de autores latinoamericanos como extranjeros, abarcando países como México, Cuba, Venezuela y Chile. En el mismo prólogo del libro se señala el interés de la publicación por aportar en el desarrollo de la historia de las mentalidades, los estudios de género y las relaciones familiares en América Latina, siguiendo los caminos que habían abierto los trabajos de historiadores como Ariès, Duby, Ginzburg y Darnton.

Más allá de la producción de fines de la década de los ochenta y de los noventa, la mayor recepción de estas tendencias y producción histórica en torno a la nueva historia cultural se ha producido a partir del año 2000. Se han publicado trabajos sobre la historia del consumo, la educación, el viaje y las representaciones de los viajes, la teoría científica y la lectura, entre otros. Al parecer, todo tiende a apuntar a que, en esta travesía, aún queda mucho camino por recorrer.

José Luis Romero

José Luis Romero (1909-1977) nació en Buenos Aires al poco tiempo de que sus padres y siete hermanos españoles llegaran a Argentina. Estudió historia en la Universidad de la Plata, en donde se doctoró con una tesis sobre *Los Gracos y la crisis de la república romana* (1939). El gran interés de Romero en su vida intelectual fue el estudio de la civilización occidental, poniendo el acento en los momentos de crisis. Del mundo de la Antigüedad pasó al mundo medieval, alentado, en parte, por la presencia del medievalista español exiliado en Argentina Claudio Sánchez-Albornoz (1893-1984), periodo sobre el cual escribió dos importantes libros, *La revolución burguesa en el mundo feudal* (1967), y

«Hacia 1880 se advierte que el país ha sufrido una profunda mutación: es entonces cuando la era aluvial [término que hace referencia a la masiva llegada de inmigrantes a Argentina] se inicia. [...] El primer signo [...] es, en el campo politicosocial, un nuevo divorcio entre las masas y las minorías. Las masas han cambiado su estructura y su fisonomía y, por reflejo, las minorías han cambiado de significación y de actitud frente a ellas y frente a los problemas del país. Las consecuencias de este hecho fueron inmensas y perduran aún hoy en el panorama argentino. El sistema institucional establecido y puesto en vigor por los grupos liberales dejó de ser, poco a poco, adecuado a la realidad: superior a ella en algunos aspectos, mas insuficiente en muchos otros. Estaba preparado, para regular el juego convencional entre partidos de una misma clase social, y aseguraba el funcionamiento político de una sociedad en la que la masa daba por admitido el legítimo monopolio del poder por parte de una minoría en la que reconocía ciertas auténticas virtudes republicanas; pero resultó insuficiente en cuanto la lucha se planteó entre clases que combatían por sus privilegios o por sus aspiraciones, sin darse cuartel ni reconocerse derechos preestablecidos. Así se determinaron dos líneas políticas antagónicas, cuyo choque repercutió en la estabilidad del sistema institucional. La tradición liberal adquirió, cada vez más, un carácter aristocrático y conservador en respuesta a los sentimientos confusos —en parte retrógrados y en parte avanzados— de la nueva masa que se constituía debajo de las minorías. La masa, por su parte, esbozó una tendencia popular, democrática y coincidente en parte con los ideales del liberalismo y en parte opuesta a ellos. Diversos grupos empuñaron sucesivamente cada una de esas banderas, y se lanzaron a la lucha en defensa de la totalidad de sus principios o, a veces, de alguno de ellos que, en cierto momento, parecía polarizar la simpatía general. La lucha entre estas diversas corrientes [...] llega hasta nuestros días y aún asistimos al combate sin que nos sea dado prever cómo se desenvolverán sus últimas etapas. El ciclo de la Argentina aluvial está aún inconcluso y no ofrece sino interrogaciones y enigmas. [...] Del resultado de esta contienda dependerá el curso histórico que siga la república, su futuro próximo y su destino lejano, promesas y amenazas a un tiempo.»

Las ideas políticas en Argentina,
3.ª ed. aumentada, 1975

el publicado póstumamente, *Crisis y orden en el mundo feudoburgués* (1980). Más allá de estos intereses, Romero también investigó sobre los momentos constitutivos y de crisis en América Latina, publicando en 1946 *Las ideas políticas en Argentina* y en 1976 *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*.

En una Argentina que vivió momentos turbulentos entre los gobiernos de Perón y las dictaduras militares de la década de los setenta, Romero fue un historiador comprometido políticamente; fue militante, de hecho, del Partido Socialista. Asimismo, tuvo una constante preocupación por el desenvolvimiento social y cultural de las sociedades, partiendo de la firme convicción de que el historiador tenía algo que decir en el presente; y es que, sobre todo, Romero se concebía a sí mismo como un ciudadano antes que como un historiador. Se podría decir incluso que su libro sobre las ideas en Argentina bien podría haberse llamado una «historia social de las ideas políticas». Como se aprecia en el extracto seleccionado, Romero intentaba comprender los conflictos ideológicos y políticos a partir del enfrentamiento de dos grandes conjuntos culturales, irreductibles y no del todo comunicables (Acha, 2005). Maestro de muchos, José Luis Romero marcó el rumbo de la historiografía social argentina durante la segunda mitad del siglo XX.

Edmundo O'Gorman

Edmundo O'Gorman (1906-1995) fue uno de los más destacados historiadores mexicanos del siglo XX. Formado en las leyes, a los pocos años decidió dedicar sus esfuerzos a la historia, su verdadera pasión. Entró a estudiar filosofía y luego un doctorado en historia en el Colegio de México, al mismo tiempo que trabajaba en el Archivo General de la Nación. Una vez terminados estos estudios se trasladó como profesor, en 1953, a la Universidad Nacional de México.

O'Gorman fue el principal representante del movimiento historicista en México, siendo visto por sus críticos más como un filósofo que como un historiador. La lectura de filósofos como José Ortega y Gasset y Martin Heidegger lo llevó a cuestionar la historia positivista y científica, dominante en el México de mediados del siglo XX. O'Gorman, un adelantado a su tiempo, proponía un acercamiento más sutil al pasado, consciente de la imposibilidad de reconstruirlo objetivamente. Esta postura acerca de la naturaleza del conocimiento histórico y de la tarea del historiador, además de sus reflexiones en torno al sentido de la historia, lo convirtieron en anatema para las elites mexicanas durante las décadas de los

cuarenta y los cincuenta. Sus reflexiones sobre estos temas teóricos se plasmarían en una de sus primeras obras, *Crisis y porvenir de la conciencia histórica* (1947).

Al mismo tiempo, O'Gorman fue un incansable traductor de escritos filosóficos europeos y editor de fuentes coloniales. Sus traducciones de Locke y la edición de los trabajos de Bartolomé de Las Casas y José de Acosta, entre otros, rigen hasta hoy. Más allá de esto, su obra más significativa fue *La invención de América*, publicada en 1958 (la versión definitiva, no obstante, fue publicada en inglés por Indiana University Press en 1961). En ella, traza la historia de la aparición geográfica e histórica de América ante la conciencia occidental y propone una interpretación sobre el origen de las concepciones de América. El texto seleccionado da cuenta del objetivo de O'Gorman, quien «buscó trascender la mera superficie de los hechos, enfrentarse y explicar sus contradicciones, y mostrar cómo es el historiador el que les inyecta un sentido y una intencionalidad a los hechos» (Zoraida, 1996).

«Al llegar Colón el 12 de octubre de 1492 a una pequeña isla que él creyó pertenecía a un archipiélago adyacente al Japón fue como descubrió a América. Bien, pero preguntemos si eso fue en verdad lo que él, Colón, hizo o si eso es lo que ahora se dice que hizo. Es obvio que se trata de lo segundo y no de lo primero. Este planteamiento es decisivo, porque revela de inmediato que cuando los historiadores afirman que América fue descubierta por Colón no describen un hecho de suyo evidente, sino que nos ofrecen la manera en que, según ellos, debe entenderse un hecho evidentemente muy distinto: es claro, en efecto, que no es lo mismo llegar a una isla que se cree cercana al Japón que revelar la existencia de un continente de la cual, por otra parte, nadie podía tener entonces ni la menor sospecha. En suma, se ve que no se trata de lo que se sabe documentalmente que aconteció, sino de *una idea* acerca de lo que se sabe que aconteció. Dicho de otro modo, que cuando se nos asegura que Colón descubrió a América no se trata de un hecho, sino meramente de la interpretación de un hecho. Pero si esto es así, será necesario admitir que nada impide, salvo la pereza o la rutina, que se ponga en duda la validez de esa manera peculiar de entender lo que hizo Colón en aquella memorable fecha, puesto que, en definitiva, no es sino una manera, entre otras posibles, de entenderlo. [...] Lo que vamos a examinar no es cómo, cuándo y quién descubrió a América, sino si la idea misma de que América fue descubierta es una manera adecuada de entender los acontecimientos, [...] la totalidad del fenómeno histórico de que se trata.»

La invención de América, primera parte, pp. 15-16

ESQUEMA

Historiografía latinoamericana

1. El pasado en las culturas precolombinas

- La conservación oral y escrita del pasado: concepto «náhuatl» de la historia.
- El pasado como norma y guía.

2. Las historias de conquista: los desafíos del nuevo mundo

- Crónicas e historias dominadas por la fascinación y novedad del nuevo mundo.
- Preeminencia de historias generales y naturales.
- Autores: militares, religiosos y humanistas.
- Preocupaciones centrales: las gestas militares, el sentido y la justificación de la conquista, crítica de los abusos de la conquista, la realidad natural de América, la comprensión de los indígenas.
- Prácticas, influencias y circulación.
- Representantes:
  - Bartolomé de Las Casas.
  - Bernal Díaz del Castillo.
  - Bernardino de Sahagún.
  - Felipe Guamán Poma de Ayala.
  - Garcilaso de la Vega.
  - José de Acosta.

3. La historiografía criolla: surgimiento de la conciencia criolla; conciencia de la diferencia

- Papel de las universidades en el desarrollo de una cultura criolla en América hispana: diferencias con la América portuguesa.
- La parcelación de las Indias: preeminencia de las historias sobre territorios particulares.
- La disputa del nuevo mundo: defensa de autores criollos de los ataques europeos que consideraban inferiores a los habitantes y a la naturaleza del nuevo mundo.
- Importancia y trascendencia de la presencia jesuita en América, así como de la labor de los jesuitas americanos exiliados en Europa.
- Representantes:
  - André João Antonil.
  - Juan de Velasco.
  - Francisco Javier Clavijero.

4. El surgimiento de la historiografía nacional: de la independencia a la profesionalización

- División en tres grandes regiones: Sudamérica hispana, Brasil y México.

a) Sudamérica hispana

- El desafío de construir una nación: política, políticos y la historia.
- La república de las letras de Sudamérica hispana.
- Las historias patrias: definición y delimitación de la nación.
- ¿Cómo se debe escribir la historia en la América independiente? Los debates historiográficos del siglo XIX.
- La creación de un panteón heroico y la identificación de las virtudes nacionales.
- Representantes:
  - José Manuel Restrepo.
  - Vicente Fidel López.
  - Mariano Felipe Paz Soldán.
  - Bartolomé Mitre.
  - Diego Barros Arana.
  - Benjamín Vicuña Mackenna.

b) Brasil

- Las particularidades de la independencia brasileña.
- Los primeros pasos de la historiografía brasileña: la labor del Instituto Histórico y Geográfico.
- El carácter de la nación brasileña: la propuesta de K. F. P. von Martius (1794-1868).
- La historiografía republicana y la definición de Brasil.
- Los intérpretes de Brasil.
- Representantes:
  - Francisco Adolfo de Varnhagen.
  - João Capistrano de Abreu.
  - Gilberto Freyre.
  - Sergio Buarque de Holanda.
  - Caio Prado Junior.

c) México

- Las particularidades de la construcción de México independiente.
- Los hitos de la historia mexicana decimonónica: la independencia, la guerra con EEUU, las reformas liberales, el porfiriato y la revolución de 1910.
- Los historiadores y la independencia.
- La historiografía liberal: la concepción de la historia como progreso.
- Las historias de la revolución: el canon revolucionario.
- Representantes:
  - Fray Servando Teresa de Mier.
  - Lucas Alamán.
  - Manuel Orozco y Berra.
  - Justo Sierra.

5. La historiografía latinoamericana en el siglo XX: la profesionalización de la historia y la consolidación de su institucionalización.

- La historia en las universidades: los profesionales de la historia vs. los amateurs.
- El surgimiento de escuelas nacionales.
- La comunidad profesional.
- Nuevos intereses y prácticas historiográficas: la influencia de los *Annales*, la historiografía económica y la historia social.
- La nueva historia cultural y la nueva historia política: renovación historiográfica desde 1980 al presente.
- Representantes:
  - Daniel Cosío Villegas.
  - Edmundo O'Gorman.
  - José Luis Romero.
  - Tulio Halperin-Donghi.

SELECCIÓN BIBLIOGRÁFICA

No existe un trabajo global sobre la escritura de la historia en América Latina. Un buen punto de partida, aunque su aproximación al tema es parcial, son los diversos artículos publicados recientemente en inglés en los volúmenes tres a cinco de la *Oxford History of Historical Writing* (Oxford, 2011-2012).

Para el pasado precolombino, son especialmente útiles los trabajos sobre México de Miguel León-Portilla (1961 y 1969). Para las crónicas e historias coloniales, una aguda y sugerente mirada se encuentra en Brading, *Orbe Indiano. De la monarquía católica a la república criolla, 1492-1867* (México, 1991). El trabajo de Mignolo, «Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista» (Madrid, 1992) también es sumamente iluminador. Estas dos aproximaciones se pueden complementar con Adorno, *Literatura de resistencia en el Perú colonial* (Austin, 1991) y, para el siglo XVIII, con el ya clásico estudio de Gerbi, *La disputa del nuevo mundo. Historia de una polémica, 1750-1900* (México, 1982), y el más reciente de Cañizares-Esguerra, *Cómo escribir la historia del nuevo mundo* (México, 2007). Para conocer a gran parte de los historiadores del mundo colonial, el libro de Esteve Barba, *Historiografía indiana* (Madrid, 1992), aunque poco analítico, tiene el mérito de introducir a un gran número de ellos. El problema de los trabajos señalados es que muchas veces se olvidan de Brasil, por lo que es necesario complementarlos con el importante trabajo de Rodrigues, *História da história do Brasil* (São Paulo, 1979).

El trabajo más destacado sobre la historiografía decimonónica sigue siendo el excelente estudio del colombiano Germán Colmenares, *Las convenciones contra la cultura. Ensayos sobre la historiografía del siglo* XIX (Bogotá, 1989), a pesar de dejar fuera tanto a Brasil como a México y toda América Central. Esta carencia se puede suplir, para el caso brasileño, con los dos tomos editados por Dantas Mota, *Introdução ao Brasil. Um banquete no trópico* (São Paulo, 1999-2002), en donde se reseñan y examinan las principales obras de historia escritas por brasileños. Aunque ya tienen sus años, el trabajo de Rodrigues, *A pesquisa histórica no Brasil* (Río de Janeiro, 1952), y el libro en inglés editado por Bradford Burns, *Perspectives on Brazilian History* (Nueva York, 1967), siguen siendo muy útiles. Para México, Florescano, *Historia de las historias de la nación mexicana* (México, 2002) y Krauze, *La presencia del pasado. La huella indígena, mestiza y española de México* (México, 2005) entregan un buen panorama general.

Una característica de la historiografía latinoamericana es la limitación de los historiadores por estudiar sólo su propio país. De ahí que los trabajos sobre historiografía versen generalmente sólo sobre las tradiciones nacionales. Para los siglos XIX y XX, resultan muy útiles Devoto y Pagano, *Historia de la historiografía Argentina* (Buenos Aires, 2009) para Argentina; los dos tomos de Gazmuri, *Historia de la historiografía chilena* (Santiago, 2006-2009), para Chile; Iglésias, *Historiadores do Brasil: capítulos de historiografia brasileira* (Belo Horizonte, 2000) para Brasil; Burga, *La historia y los historiadores en el Perú* (Lima, 2005) para Perú; Melo, *Historiografía colombiana. Realidades y perspectivas* (Medellín, 1996) para Colombia, y el libro compilado por Florescano y Pérez Montfort, *Historiadores de México en el siglo* XX (México, 1995), para México.

Atendiendo a que una comprensión cabal de la historiografía latinoamericana requiere cierto manejo de la historia de la región, buenos apoyos son la *Historia de América Latina* editada por Leslie Bethell para Cambridge University Press en dieciséis volúmenes (1990-2002) y la *Historia general de América Latina* en nueve volúmenes presidida por Germán Carrera Damas y patrocinada por la Unesco y editorial Trotta (1999-2008). De hecho, el último tomo de esta obra se dedica exclusivamente a tratar temas relacionados con la historiografía en América Latina.

Epílogo

Analizadas ya las tendencias más recientes, en el tramo final de este libro sólo nos queda acometer dos cuestiones. La primera trata de señalar qué tendencias van a ser hegemónicas en un inmediato futuro o, dicho de otro modo, qué corrientes se están colocando en «la arista cortante de la innovación» de la disciplina y, por tanto, las que previsiblemente van a gozar de la hegemonía en el futuro. La segunda cuestión es intentar enunciar las características que han permanecido constantes a lo largo de la evolución de la historia de la historiografía, desde sus albores en el mundo clásico a la actualidad. Si durante todas las páginas anteriores hemos intentado localizar la *evolución* de la historiografía, es decir, las transformaciones, los saltos y los cambios experimentados por la historiografía, se trataría ahora de presentar, brevemente, los rasgos que han permanecido inalterables a lo largo de toda su evolución.

Tendencias hegemónicas de la actualidad

¿Qué tendencias van a ser hegemónicas en los próximos decenios? ¿Qué nuevas temáticas, ámbitos y corrientes van a surgir –o resurgir–? ¿Hacia dónde se dirige la historiografía?

La historia cultural continúa extendiendo su imperio hacia temas como la guerra y la diplomacia, de manera que los historiadores hablan de una «nueva historia diplomática» que está más centrada ahora en los encuentros culturales, enfatizando también los desencuentros culturales, como el enfrentamiento entre los embajadores británicos Lord Macartney (1793) y Lord Amherst (1816) y las autoridades chinas porque los británicos se negaban a doblegarse y postrarse ante el emperador. Un buen ejemplo de esta orientación son el libro de Randall Lesaffer, *European Legal History: a Cultural and Political Perspective* (*La historia legal europea: una perspectiva cultural y política*, 2009) y el volumen colectivo, editado por Kenneth Osgood y Brian Etheridge, *The United States and Public Diplomacy: New Directions in Cultural and International History* (*Los Estados Unidos y la diplomacia pública: nuevas tendencias en la historia cultural e internacional*, 2010).

La historia militar

La tradicional historia militar, centrada en batallas y generales, sigue atrayendo al gran público, especialmente en Gran Bretaña, pero un nuevo tipo de historia militar, con una mayor componente social y cultural, está sustituyendo a la anterior. Dos ejemplos de esta transformación son los dos libros de John Keegan, *The Face of Battle* (*El rostro de la batalla*, 1976) e *Intelligence in War* (*El servicio de inteligencia durante la guerra*, 2003), o el de Jay Winter, *Sites of memory, sites of mourning. The Great War in European cultural history* (*Entre el duelo y la memoria: la Gran Guerra en la historia cultural europea*, 1995).

La historia intelectual

La historia cultural y la intelectual, antes separadas, se están uniendo cada vez más, gracias al aumento del interés por las «sociedades del conocimiento»; en otras palabras, surge la historia cultural de las instituciones intelectuales como los seminarios y la función de las universidades, así como las prácticas intelectuales y académicas como las conferencias o los artículos publicados en revistas especializadas. Las defensas de las tesis doctorales o, especialmente, las conferencias inaugurales o presidenciales de las reuniones anuales de las asociaciones de historiadores son analizadas como «representaciones del conocimiento». La historiografía norteamericana se ha interesado especialmente por este tema, como por ejemplo el trabajo de William Clark, *Academic Charisma and the Origins of the Research University* (*El carisma académico y los orígenes de la investigación en la universidad*, 2006), pero también la francesa, con Françoise Waquet, *Parler comme un livre: l'oralité et le savoir* (*Hablar como un libro: la oralidad y el saber*, 2003), y la alemana, con Martin Mulsow, *Die unanständige Gelehrtenrepublik* (*La incivil república de las letras*, 2007).

Historia de la cultura visual

La historia del arte está siendo desafiada o complementada, una vez más, por la «historia de la cultura visual», que parte de una concepción mucho más amplia de las imágenes, como anuncios publicitarios, tatuajes, *graffiti*, postales, imágenes de religiosidad popular y demás. Todas estas imágenes aparecen como alternativa a las «obras de arte» tradicionalmente consideradas, estudiándolas como evidencias de las tendencias culturales más que como elementos singulares o manifestaciones artísticas extraordinarias. Algunos estudios influyentes en este campo son los de Hans Belting, *Bild-Anthropologie* (*Antropología de las imágenes*, 2001), y Craig Clunas, *Empire of Great Brightness: visual and material cultures of Ming China* (*El imperio del sol: cultura visual y material en la China Ming*, 2007).

Historia de la escritura

De modo análogo, la historia de la literatura está siendo absorbida por una concepción más amplia de la escritura, centrándose en la escritura de las mujeres, como se pone de manifiesto en el libro de Virginia Cox, *Women's Writing in Italy, 1400-1650* (*Mujeres

escritoras en Italia, 2008), de modo que se está expandiendo hacia nuevos géneros, considerados antes como informales, como las cartas o las revistas. Así, prolifera la edición de epistolarios no sólo para poner a disposición de los historiadores una valiosa fuente documental, sino también como productos académicos con valor historiográfico en sí mismos, que permiten analizar e interpretar complejos fenómenos intelectuales y culturales –la publicación y edición de la correspondencia entre Bloch y Febvre entre 1921 y 1935, editada por Bryce y Lyon en 1991, es un ejemplo paradigmático–. También aumenta el estudio de las iniciativas culturales en forma de revistas, muchas de las cuales generan en torno a sí movimientos intelectuales específicos de notable influencia.

Autobiografía e historia

Respecto al aumento de las conexiones entre la historia y la literatura, es particularmente significativo el auge que está teniendo el género autobiográfico, tanto por el aumento de su práctica entre los historiadores como por su consideración como fuente documental complementaria pero de enorme valor. En el primer caso, autobiografías de historiadores como las de Georges Duby (*La historia continúa*, 1991), Jill Ker Conway (*True North: A memoir*, 1995), Eric Hobsbawm (*Años interesantes*, 2002) y Robert Rosenstone (*The Man Who Swam into History*, 2006) han tenido una buena aceptación entre los especialistas. Ellos habían acogido en principio con cierta prevención el volumen coordinado por Pierre Nora en 1987 titulado *Ensayos de Ego-historia*, donde contribuyeron los principales historiadores franceses del momento, pero pronto ese recelo se transformó en respetuosa aceptación y el volumen se convirtió en el pistoletazo de salida de esta práctica entre los historiadores. Buena muestra de la proliferación del género es la monografía que ha podido construir Jeremy Popkin en su análisis sistemático de centenares de autobiografías de historiadores del siglo XX (Popkin, 2005). Algunos han sugerido incluso que la práctica de la autobiografía podría ser considerada un tipo de historia, aunque ciertamente «no convencional» (Aurell, 2006).

En lo que hace referencia a su aceptación como fuente documental, cabe destacar la aparición de decenas de centros de documentación dedicados a recopilar, analizar e interpretar testimonios autobiográficos de ciudadanos anónimos, especialmente aquellos a quienes les ha tocado vivir acontecimientos traumáticos, como guerras, holocaustos o violaciones sistemáticas de derechos humanos en forma de discriminaciones raciales o de género. Un ejemplo característico es el centro Unitat d'Estudis Biogràfics, de la Universidad de Barcelona, fundado en 1994 por Anna Caballé con el propósito de rescatar, preservar e interpretar la escritura autobiográfica de gente anónima, particularmente de aquellos que pueden testimoniar el drama de la guerra civil española (1936-1939).

Al mismo tiempo, se percibe un mayor interés entre los historiadores sobre el significado retórico de las autobiografías y de los mitos en torno a la escritura reflexiva: en otras palabras, una cierta tendencia a tratar los textos menos como espejos de la experiencia de un escritor y más como unas experiencias reflexivas, más o menos conscientes, o como intentos de persuadir o incluso de manipular a los lectores. Por ejemplo, la novela de Mario Vargas Llosa *Historia de Mayta* (1984) es una investigación de la vida de un guerrillero local trotskista, Alejandro Mayta. En el curso de su investigación, el historiador-narrador realiza descubrimientos desconcertantes de modo progresivo. Al escuchar uno de esos descubrimientos, un amigo suyo declara que «esto es una novela... en cualquier caso, esto no parece ser una *historia real*». El narrador responde preguntando si la historia real puede no ser, realmente, una novela. Un ejemplo análogo, que generó un intenso debate en torno a la función de la memoria en los conflictos bélicos, es la novela de Javier Cercas, *Soldados de Salamina* (2001), que gira en torno a la guerra civil española.

Por otra parte, algunas nuevas tendencias se están moviendo en una dirección diferente y pueden llegar a suplantar en un futuro la hegemonía de la historia cultural. Quizá la más importante de ellas sea la historia del medio ambiente, animada por las ansiedades contemporáneas, que ya ha sido analizada en el capítulo 8. En conexión con esta tendencia, se han incentivado estudios sobre la función de los mares, especialmente el Mediterráneo y el Atlántico, en una «nueva historia marítima» que se centra también en las comunicaciones, desafiando así las más tradicionales historias basadas en los límites de los diferentes estados e imperios, como por ejemplo los trabajos de Horst Pietschmann, *Atlantic History: history of the Atlantic system 1580-1830* (*La historia atlántica: historia del sistema atlántico*, 2002), y el de Peregrine Horden y Nicholas Purcell, *The Corrupting Sea: a Study of Mediterranean History* (*El mar corruptor: un estudio de la historia mediterránea*, 2000), así como el debate que la revista *American Historical Review* (2006) ha dedicado a este tema con el título «Oceans of History».

La historia del medio ambiente

Otro tema que está de actualidad y, quizá por esta razón, atrayendo a algunos historiadores, es la historia étnica, especialmente la historia de la emigración y de la inmigración: quién emigra, por qué razones, desde dónde, hacia dónde y qué ocurre cuando llegan, discriminaciones que sufren los que llegan, su integración (o no integración) en las nuevas comunidades, sus nexos con los lugares de origen, las formas en que las segundas y terceras generaciones se conciben a sí mismas, su identidad y demás. Naturalmente, Estados Unidos fue pionero en el tratamiento de estos temas, con *The Uprooted* (*Los desarraigados*, 1951) de Oscar Handlin (1915-2011), hijo

Historia de los movimientos migratorios y de las relaciones interétnicas

de judíos rusos inmigrantes, como el más temprano clásico en este campo. Fue también en Estados Unidos donde emergieron los «Black Studies» a partir de la década de los sesenta, la época del movimiento de los derechos civiles, que culminó con la fundación en 1976 de la Immigration and Ethnic History Society. Hoy, sin embargo, el interés por la historia étnica y de la inmigración se ha extendido más allá de las fronteras norteamericanas, como lo demuestra el estudio de Fernando Devoto (1949-), *Historia de la inmigración en Argentina* (1985 y 2003), y el de Panikos Panayi, un profesor griego-chipriota que enseña en Inglaterra, cuyo libro lleva por título *La historia de la inmigración en Gran Bretaña* (2010).

Desde una perspectiva del estudio de épocas anteriores a la contemporánea, y quizá muy condicionado por las particulares circunstancias históricas actuales, la historia étnica se ha reflejado en un creciente interés por las relaciones interétnicas de las sociedades medievales. El caso de la península ibérica ha despertado un mayor interés, sobre todo en Estados Unidos, porque ahí se verificó una *convivencia* (más o menos pacífica) y unas transacciones culturales y lingüísticas entre tres religiones: la cristiana, la judía y la musulmana. Los historiadores, en clara referencia a problemas actuales, se han preocupado por la función de las minorías étnicas y religiosas de las sociedades medievales. El libro de David Nirenberg (1964-), *Comunidades de violencia: la persecución de las minorías en la Edad Media* (1996) tuvo una notable repercusión historiográfica y el autor puede ser considerado uno de los fundadores de este ámbito. Su labor ha sido continuada por otros medievalistas norteamericanos como Brian Catlos, quien en el año 2004 publicó *Vencedores y vencidos: cristianos y musulmanes en la Corona de Aragón, 1050-1300.*

La biohistoria

Para finalizar, desde un punto de vista metodológico, las nuevas tendencias en torno a la historia del medio ambiente obligan al académico a profundizar en su formación científica, desde la geología a la biología. La biología, más especialmente la neurociencia, está invadiendo otros campos de estudio historiográficos. Así, la «biohistoria» se está convirtiendo en una de las nuevas fronteras intelectuales. El sociobiólogo norteamericano Edward O. Wilson desafió a la profesión histórica cuando profetizó, en el año 2001, que en el curso de la nueva generación algunos de los problemas históricos más importantes serían aproximados y solventados a través de la biología. Es paradójico que la historia y la ciencia vuelvan a entrelazar sus caminos, pero ciertamente en un ambiente epistemológico y disciplinar bien alejado de aquel que las unió a través del positivismo decimonónico.

Tal como sucede con la sociobiología, la aproximación biohistórica es controvertida. No es difícil admitir que los humanos

comparten ciertas características con los animales, incluso con los insectos, pero ¿hasta qué punto? Por ejemplo, cabe cuestionarse si los chimpancés tienen propiamente una «cultura». Desde luego, se puede admitir que ha habido importantes avances en el estudio del cerebro, pero ¿hasta qué punto son relevantes para el estudio de la historia? Incluso admitiendo que el cerebro humano haya cambiado durante el largo periodo que va desde el paleolítico hasta el presente, todavía podemos cuestionarnos si los hallazgos de la neurociencia son relevantes para la evolución de los últimos miles de años de historia. Por ejemplo, ¿son las emociones humanas las que han cambiado a lo largo del tiempo, o simplemente el modo en que la gente las controla, las convenciones sociales y culturales que se generan alrededor de ellas, o lo que se piensa acerca de ellas?

* * *

Continuidades en la historiografía

Carácter aglutinador de la historia

Expuestas las tendencias emergentes en el panorama historiográfico actual, ahora queda describir algunas de las manifestaciones que se mantienen constantes a lo largo de toda la historiografía. La primera de ellas es que la historiografía funciona siempre como una red barredera, más que como un «principio de selección de especies», asimilando y conservando todo lo que va llegando a su alcance. Así, las diferentes tendencias, metodologías, temáticas y géneros historiográficos se van sucediendo, alternando y emergiendo sucesivamente, pero nunca desaparecen o se eliminan completamente: en algunos periodos se hacen marginales, pero pueden volver a resurgir con fuerza en el siguiente. Este es el caso, por ejemplo, de la utilización de la biografía como género, hoy muy acreditada como género propiamente histórico, pero hace unos decenios asimilada a los géneros literarios; o del recurso a la historia narrativa, utilizada desde la historiografía clásica, pero considerada espuria hasta hace relativamente poco. Es precisamente bajo la luz de esta realidad historiográfica bajo la que hay que considerar el sentido de lo «nuevo» en la historiografía, que en la mayor parte de las ocasiones se refiere más bien a una «revitalización» o «renovación» de un tema, una metodología o un género practicado ya con anterioridad en la historiografía, más que a una «novedad» en el sentido estricto del término.

Texto y contexto

Una segunda constante es la continua *interrelación entre el texto histórico y su contexto*. Como consecuencia, toda labor historiográfica debe intentar adentrarse con rigor en el contexto (sobre todo cultural e intelectual) en que fueron articuladas las obras históricas, porque de este modo se puede comprender mejor su significado, proyección y alcance historiográfico. Al mismo tiem-

po, el contexto histórico e intelectual en el que se mueven los historiadores influye notoriamente en la visión que tienen de la historia, por lo que es muy útil conocer las corrientes intelectuales y filosóficas del momento, las coyunturas políticas, la integración en una determinada comunidad, especialmente si esta está imbuida de nacionalismo, así como la tradición familiar y la formación académica del historiador.

Presentismo

Una tercera constante es la presencia persistente del *presentismo* en la historia. Los historiadores difícilmente son capaces de construir un discurso histórico independiente del contexto en el que se hallan inmersos. Sólo el paso del tiempo, y la perspectiva necesaria para la interpretación histórica («el búho de Minerva sólo alza su vuelo en el ocaso», en palabras de Hegel), desvela la parte de las obras históricas que es una proyección de los valores del presente hacia el objeto del pasado analizado por el historiador y la parte que tiene un significado más permanente. Por ejemplo, es significativo que la interpretación de la guerra civil española (1936-1939) haya tenido versiones muy diferentes según las tres generaciones de historiadores que han pasado desde entonces –la del franquismo, la de la transición democrática y la actual– porque todas ellas han estado muy influenciadas por las circunstancias políticas e ideológicas de su contexto. Esta es precisamente una de las diferencias fundamentales que separa a los historiadores de los filósofos, que están mejor predispuestos a alejarse de su propio contexto (para bien y para mal), al negociar con ideas abstractas y universales, más que con el reino de lo posible.

Esto es quizá lo que llevó a Marc Bloch a afirmar: «Filosofar, en boca del historiador... ¡el pecado capital!». Y esta es también la explicación de por qué la historia intelectual (más que la especulación filosófica o la historia de las ideas) es la metodología más propia para interpretar las tendencias historiográficas. Por este motivo tiene tanta importancia conocer el tiempo y el espacio en que las obras históricas han sido articuladas, tal como hemos intentado especificar al establecer siempre la cronología de los autores (nacimiento y eventual muerte) y de las obras (año de su publicación). En definitiva, el presente *siempre* condiciona las preguntas que nos hacemos acerca del pasado, y *en ocasiones* condiciona nuestras respuestas. Por tanto, hacernos más conscientes de este *presentismo* nos puede ayudar a escapar de él, al menos hasta cierto punto.

La utilidad política de la historia

El presentismo remite automáticamente a una cuarta realidad, que parece estar siempre rondando el mundo de la historiografía y el pensamiento histórico: su *utilidad política*. Una utilidad que no tiene por qué estar directamente relacionada con el desarrollo de una ideología concreta o con el apoyo a una ten-

dencia política o a una facción académica, y por tanto con una burda manipulación; pero que, en todo caso, revela la dificultad que tienen los historiadores de trascender del todo un finismo y un teleologismo, que puede estar más o menos explícitamente expresado en la obra histórica.

Profesionalización de la historia

La independencia del discurso histórico no se benefició, paradójicamente, del *proceso de profesionalización* que se verificó durante el siglo XIX, un proceso que constituye la quinta de las constantes de la evolución de la historiografía. El proceso de profesionalización fue asociado a un progresivo proceso de institucionalización y, por tanto, a una dependencia económica que solía estar asociada a un determinado proyecto político o ideológico. A partir de entonces, es poco riguroso hablar de la «independencia» de las obras históricas, aunque ciertamente con la consolidación de la universidad como centro académico de referencia se haya conseguido una cierta heterogeneidad en las ideologías que están en la base de la construcción del discurso histórico. Ciertamente, la misma decadencia de esas ideologías, junto a la divulgación del llamado «pensamiento débil» asociado a los movimientos posmodernos, ha favorecido el aceleramiento del proceso de independencia de la obra histórica.

Las tradiciones nacionales

La sexta de las constantes en el desarrollo de la historiografía es el peso de las *tradiciones nacionales*. Un influjo que, ciertamente, también ha remitido en estos últimos decenios, sobre todo por el desarrollo imparable de la globalización. Sin embargo, la historiografía siempre se ha visto condicionada, de un modo u otro, por las realidades nacionales y estatales, desde los griegos y los romanos, y sobre todo a partir de su vernacularización en el siglo XIII y el surgimiento del estado moderno en el siglo XVI. Este proceso tuvo su culminación, en el siglo XIX, con el desarrollo de una historia romántica de indudables connotaciones nacionalistas, que está en la base de la construcción de bastantes de las «historiografías nacionales» desarrolladas durante aquel periodo en el contexto de las grandes construcciones estatales o al margen de ellas. El nacionalismo ha sido, paradójicamente, uno de los principales motores de la historiografía, aunque obviamente también ha repercutido en el grado de objetividad de las obras históricas.

El peso de las tendencias nacionales ha generado una competencia que ha beneficiado mucho a la propia historiografía. Concretamente, la alemana, la francesa y la inglesa han sido las tres grandes tradiciones nacionales que han tenido un mayor protagonismo en la historiografía contemporánea. La tradición historiográfica alemana fue la constructora del historicismo clásico decimonónico; la francesa fue la inductora de la influyente escuela de los *Annales*, que dominó parte del panorama historiográfico del

siglo XX; la inglesa, por fin, conservó siempre una tendencia a la inducción muy beneficiosa para el desarrollo de la historiografía, especialmente original e influyente en el caso de la aplicación del materialismo histórico durante el segundo tercio del siglo pasado.

La historiografía norteamericana, por su parte, ha ido ampliando su campo de influjo, constituyendo, a finales del siglo XX, uno de los focos más activos de innovación metodológica y diálogo interdisciplinar, por lo que la vanguardia de la disciplina se ha trasladado ahí desde la década de los ochenta. Estados Unidos ya había sido el lugar donde cuajó la «nueva historia» a principios del siglo XX, y el movimiento de la «nueva historia cultural» en la década de los cincuenta. Hoy es el núcleo central de la «nueva historia cultural». Asimismo, la función de *Annales* y *Past and Present* como las revistas históricas más influyentes y renovadoras de la disciplina ha sido probablemente reemplazada por la de la *American Historical Review*. Para bien o para mal, la historiografía, como la cultura en general, está marcada por la americanización –quizá más beneficiosa en el ámbito de la historiografía que en otros.

La sucesión generacional

La séptima constante sería el influjo de las *generaciones* en la evolución de la historiografía. Esta es la emulación y competitividad a que se hacía referencia ya en la historiografía clásica, de Tucídides en adelante. Cada historiador recibe el influjo y a su vez influye en los componentes de su misma generación. Esto se explica por la presencia de los valores y los postulados asimilados en los años de formación y la connaturalidad que se establece entre los componentes de una misma generación, así como su más o menos consciente afán por «superar» un estado de la historiografía recibido de la generación anterior. Ciertamente, suele ser difícil establecer un «canon» del desarrollo de las generaciones historiográficas. Pero suele ser muy útil, como lo es el canon establecido para distinguir las cuatro generaciones en la escuela de los *Annales* durante el siglo XX, asociadas a su vez a un determinado modo de concebir la historia y al desarrollo de una metodología histórica específica. Quizá el método generacional debería ser aplicado con mayor rigor a otras realidades historiográficas, con lo que se ganaría sobre todo en una precisión cronológica y en una fijación epistemológica que en ocasiones se echan en falta en algunos de los grandes diagnósticos realizados hasta ahora, al menos los que hacen referencia a los siglos XIX y XX.

El debate disciplinar

La octava constante, estrechamente relacionada con la anterior, hace referencia a la *situación y la función de la historia entre las demás disciplinas*. Este problema se plantea ya desde la historiografía clásica, pero adquiere una particular relevancia con la emergencia y profesionalización de las ciencias sociales a principios del siglo XX. Cuando la historia se hace más científica, se estre-

chan las relaciones con las ciencias sociales (particularmente la geografía, la demografía, la sociología, la economía y la ciencia política); cuando la historia se hace más humanística, serían la lingüística y la crítica literaria, así como la dimensión más cultural de la antropología, las que negocian más con ella. La evolución de la historiografía durante el siglo XX expresa bien estos cambios: a principios de siglo fue seducida por la naciente sociología, tal como asumieron los primeros representantes de los *Annales;* después de la Segunda Guerra Mundial fue captada por la economía, la demografía y la geografía, tal como los determinismos estructuralistas y marxistas concebían la historia; ya en la década de los setenta, los giros lingüísticos y antropológicos, asociados a las tendencias posmodernas y, posteriormente, a la hegemónica historia cultural, hicieron virar a la historia hacia un mayor diálogo con la crítica literaria, la lingüística y la antropología simbólica, una tendencia que sigue hoy vigente.

Relación entre el contenido de la historia (el pasado) y la forma de exponerlo (la narración)

La novena cuestión que ha permanecido a lo largo de todo el curso de la historiografía es la continua relación que se establece entre el contenido (el pasado) y la forma de contarlo (la narración). Esta dialéctica fue sintetizada magníficamente por Cicerón: *res (fundamenta) et verba (exaedificatio)*. Los historiadores de todos los tiempos han tenido presente esta ecuación, de un modo u otro, y más o menos explícitamente, a la hora de realizar su trabajo.

La historia, entre la ciencia y el arte

Por fin, la décima tendencia se refiere al constante debate que ha sufrido la disciplina histórica, que hace referencia a si debe ser considerada *un arte* o *una ciencia*. Desde Heródoto, la historia había sido incluida en el reino de la narración literaria; el positivismo decimonónico, que en historia adoptó la forma del historicismo, hizo bascular a la historia hacia la ciencia; en cambio, las tendencias más recientes abogan más bien por insertar a la historia en el reino de las artes y humanidades. Esta dicotomía arte/ciencia tiene un reflejo directo en el tipo de lenguaje utilizado para la presentación de los resultados de la investigación: el lenguaje narrativo frente al cuantitativo y estadístico o, siguiendo otras categorías, el descriptivo e interpretativo frente al analítico.

* * *

Es hora de concluir. ¿Qué podemos entresacar de la reciente historia de la historia, o de su historia a largo plazo, para aventurarnos a diagnosticar el futuro o incluso sobre qué *debería* pasar en el futuro? Desde nuestro punto de vista –el punto de vista de cuatro historiadores trabajando en tres países diferentes en este preciso momento histórico– hay dos puntos que pensamos que vale la pena enfatizar.

En primer lugar, consideramos que los historiadores deberían superar el largo y tantas veces estéril debate entre quienes sostienen la «historia como arte» y quienes ven la «historia como ciencia» e intentar combinar las dos en diferentes dosis, dependiendo del tema tratado y del temperamento del propio historiador. De este modo, el historiador podrá reconocer simultáneamente, por un lado, la necesidad de una crítica sistemática y rigurosa de las fuentes, tal como enfatizó Ranke, y la necesidad de aplicar métodos cuantitativos, especialmente en la historia económica, pero también en otros ámbitos, y, por otro lado, la puesta en ejercicio de la perspicacia y la intuición para la interpretación de las individualidades y de las culturas, así como la activación de la imaginación histórica.

Lógicamente, la propuesta de producir una síntesis de la historia-como-arte y la historia-como-ciencia nunca será completa. Los historiadores tienen que vivir con la convicción de que estos dos ideales nunca serán plenamente compatibles, tal como sucede en el ámbito moral: el historiador-filósofo Isaiah Berlin (1909-1997) ya afirmó que los ideales humanos como la libertad y la igualdad no son, en la realidad, plenamente compatibles. De modo similar, las conclusiones entre la macrohistoria y la microhistoria tampoco son del todo compatibles, dejando a los historiadores en una posición similar a la de los físicos que definen la luz en ocasiones como «ondas» y en otras como «partículas», sin ser capaces de reconciliar las dos concepciones. De hecho, en muchas ocasiones, el situarse en una u otra posición depende del punto de vista del propio historiador o del científico, algo que es, como se sabe y como demuestra el sentido común, irrepetible para cada persona.

En segundo lugar, la misma experiencia que hemos atesorado a la hora de escribir este libro nos hace reconocer la incesante riqueza y variedad de las formas de la escritura histórica, que se ha desplegado a lo largo de la historia y se despliega en la actualidad en múltiples perspectivas y puntos de vista (hombres y mujeres, desde arriba y desde abajo, desde el este y desde el oeste), y esto es indudablemente un gran logro. Pero este beneficio tiene también su cara oculta, que es el riesgo de oscurecer el «cuadro general», que ha sido tantas veces ambicionado por los historiadores en forma de «historia total» *(histoire totale, total history, Gesamtgeschichte)*. Los académicos que trabajan con una visión global y continúan luchando por conservar el cuadro global suelen ser además «especialistas de lo general». Pero, finalmente, considerar el pasado como un todo se convierte en algo cada vez más complejo. Por tanto, debemos continuar intentándolo, incluso partiendo de la realidad de que nuestras visiones individuales son limitadas.

La historia, ciertamente, debe estar continuamente negociando con la ciencia (esto incluye las ciencias sociales). Pero ambas, historia y ciencia, deben respetarse, sin considerar nunca que una es «superior» a la otra, sino que simplemente tienen procedimientos, métodos y objetos diversos, y por tanto no pueden fusionarse del todo, como tampoco mantener una relación de superior-inferior. Los historiadores deben admitir esa «incomodidad» y convivir con ella, pero conservando la convicción de que, para obtener un conocimiento del pasado lo más completo e integrador posible, esa continua interacción es necesaria. No en vano, la realidad, nos guste o no, es más compleja que lo que abarca uno solo de esos ámbitos por separado, arte o ciencia. A los historiadores de la presente generación, sólo nos queda admitir esa complejidad, y procurar reflejarnos en el espejo de los grandes historiadores que nos han precedido, de quienes hemos aprendido, por lo menos, esa búsqueda incansable, incesante y honesta de la realidad del pasado: de Heródoto a Polibio, de Tácito a Agustín, de Beda a Froissart, de Guicciardini a Burckhardt, de Las Casas a Clavijero, de Gibbon a Coulanges, de Michelet a Ranke, de Croce a Collingwood, de Pirenne a Bloch, de Febvre a Braudel, de Huizinga a Kantorowicz, de Altamira a Vicens Vives, de Momigliano a Brown, de Barros Arana a Romero, de Duby a Le Goff, de Thompson a Hobsbawm, de Scott a Davis, de Ginzburg a White y de tantos otros hasta nuestros maestros de la actualidad. Si este libro ha servido para rescatar del olvido a alguno de ellos, damos por bien servido el esfuerzo.

Elogio a los historiadores

Selección de historiadores

ANTIGÜEDAD CLÁSICA

Heródoto (*ca.* 484 a.C.-*ca.* 425 a.C.)
Tucídides (*ca.* 460 a.C.-*ca.* 398 a.C.)
Jenofonte (430 a.C.-354 a.C.)
Polibio (*ca.* 200 a.C.-*ca.* 118 a.C.)
Julio César (101 a.C.-44 a.C.)
Salustio (*ca.* 86 a.C.-35 a.C.)
Tito Livio (59 a.C.-17 d.C.)
Veleyo Patérculo (*ca.* 19 a.C.-*ca.* 31 d.C.)
Flavio Josefo (*ca.* 37-101)
Plutarco (*ca.* 46-*ca.* 120)
Tácito (*ca.* 55-120)
Suetonio (*ca.* 70-*ca.* 130)
Apiano (*ca.* 95-*ca.* 165)
Dión Casio (*ca.* 155-235)
Amiano Marcelino (*ca.* 330-*ca.* 395)

ANTIGÜEDAD TARDÍA

Eusebio de Cesarea (*ca.* 275-*ca.* 339)
Orosio (*ca.* 383-*ca.* 420)
San Agustín (354-430)
Procopio (*ca.* 500-*ca.* 565)
Isidoro de Sevilla (*ca.* 560-636)
Beda el Venerable (672-735)

MEDIEVAL

Guiberto de Nogent (1055-1124)
Abad Suger (1081-1151)

Joaquín de Fiore (1135-1202)
Godofredo de Villehardouin (1160-*ca.* 1213)
Alfonso X de Castilla (1221-1284)
Ramón Muntaner (1265-1336)
Giovanni Villani (1275-1348)
Jean Froissart (*ca.* 1337-1404)
Fernão Lopes (*ca.* 1380-*ca.* 1460)

DEL RENACIMIENTO A LA ILUSTRACIÓN

Leonardo Bruni (*ca.* 1369-1444)
Niccolò Machiavelli (1469-1527)
Francesco Guicciardini (1483-1540)
Paolo Sarpi (1552-1623)
Giambattista Vico (1668-1744)
David Hume (1711-1776)
William Robertson (1721-1793)
Edward Gibbon (1737-1794)

CHINA E ISLAM

Sima Qian (*ca.* 135 a.C.-*ca.* 86 a.C.)
Al-Tabari (*ca.* 838-*ca.* 923)
Ibn Khaldun (1332-*ca.* 1406)
Miskawayh (932-1030)
Ouyang Xiu (1007-1072)

SIGLO XIX

Leopold von Ranke (1795-1886)
Jules Michelet (1798-1874)
Thomas Macaulay (1800-1859)
Alexis de Tocqueville (1805-1859)
Jacob Burckhardt (1818-1897)
Frederick J. Turner (1861-1932)

SIGLO XX

Benedetto Croce (1866-1952)
Johan Huizinga (1872-1945)
Lucien Febvre (1878-1956)

Oswald Spengler (1880-1936)
Marc Bloch (1886-1944)
Robin Collingwood (1889-1943)
Arnold Toynbee (1889-1975)
Ernst Kantorowicz (1895-1963)
Fernand Braudel (1902-1985)
Eric Hobsbawm (1917-2012)
Georges Duby (1919-96)
Jacques Le Goff (1924-)
Edward P. Thompson (1924-1993)

ÚLTIMAS TENDENCIAS

Ranajit Guha (1923-)
Hayden White (1928-)
Natalie Z. Davis (1928-)
Carlo Ginzburg (1939-)
Joan Wallach Scott (1941-)
Simon Schama (1945-)
Roger Chartier (1945-)

LATINOAMÉRICA

Bartolomé de Las Casas (1484?-1566)
Bernardino de Sahagún (1499-1590)
Felipe Guamán Poma de Ayala (1534?-1615?)
José de Acosta (1540-1600)
Francisco Javier Clavijero (1731-1787)
Lucas Alamán (1792-1853)
Bartolomé Mitre (1821-1906)
Diego Barros Arana (1830-1907)
João Capistrano de Abreu (1853-1927)
Gilberto Freyre (1900-1987)
Edmundo O'Gorman (1906-1995)
José Luis Romero (1909-1977)

Selección de obras históricas

ANTIGÜEDAD CLÁSICA

Nueve libros de la historia (Heródoto)
Historia de la guerra del Peloponeso (Tucídides)
Anábasis (Jenofonte)
Historias (Polibio)
Comentarios de las guerras de las Galias (Julio César)
Guerra de Yugurta (Salustio)
Desde la fundación de la ciudad (Tito Livio)
Annales (Tácito)
Vidas paralelas (Plutarco)
Los doce césares (Suetonio)

ANTIGÜEDAD TARDÍA

Historia eclesiástica (Eusebio de Cesarea)
Ciudad de Dios (san Agustín)
Etimologías (Isidoro de Sevilla)
Historia de las guerras de Justiniano (Procopio)
Historia eclesiástica del pueblo inglés (Beda)

MEDIEVAL

Crónica anglosajona (Anónima)
Llibre dels fets (Jaime I de Aragón)
De vita sua (Guiberto de Nogent)
Grandes Chroniques de France (monjes de la abadía de Saint-Denis)
Crónicas (Jean Froissart)
De la conquista de Constantinopla (Godofredo de Villehardouin)
Crónica universal (Giovanni Villani)
Crónica de reyes de Portugal (João Lopes)

DEL RENACIMIENTO A LA ILUSTRACIÓN

Roma instaurata (Flavio Biondo)
Historia de Italia (Francesco Guicciardini)
Ciencia nueva (Giambattista Vico)
Historia de la decadencia y caída del Imperio romano (Edward Gibbon)

CHINA E ISLAM

Registros históricos o *Shiji* (Sima Qian)
Muqaddimah (Ibn Khaldun)

SIGLO XIX

Historia de Francia (Jules Michelet)
Historia de la Reforma (Leopold von Ranke)
La cultura del Renacimiento en Italia (Jacob Burckhardt)
La ciudad antigua (Fustel de Coulanges)
Los orígenes de la Francia contemporánea (Hipólito Taine)
Historia romana (Theodor Mommsen)
Introducción a los estudios históricos (Charles-Victor Langlois y Charles Seignobos)

SIGLO XX

La ética protestante y el espíritu del capitalismo (Max Weber)
Las formas elementales de la vida religiosa (Émile Durkheim)
Historia del arte (Ernst Gombrich)
La decadencia de Occidente (Oswald Spengler)
Estudio de la historia (Arnold Tonybee)
Los reyes taumaturgos (Marc Bloch)
El problema de la incredulidad en el siglo XVI (Lucien Febvre)
El otoño de la Edad Media (Johan Huizinga)
Los dos cuerpos del rey (Ernst Kantorowicz)
Mahoma y Carlomagno (Henri Pirenne)
Idea de la historia (Robin Collingwood)
El proceso de la civilización (Norbert Elias)
El Mediterráneo y el mundo mediterráneo (Fernand Braudel)
La formación histórica de la clase obrera (Edward P. Thompson)
Montaillou (Emmanuel Le Roy Ladurie)
San Luis, rey de Francia (Jacques Le Goff)

ÚLTIMAS TENDENCIAS

Metahistoria (Hayden White)
El queso y los gusanos (Carlo Ginzburg)
El regreso de Martin Guerre (Natalie Z. Davis)
The Past as text (Gabrielle M. Spiegel)
Politics, Culture and Class in the French Revolution (Lynn Hunt)
La fabricación de Luis XIV (Peter Burke)
Elementary Aspects of Peasant Insurgency in Colonial India (Ranajit Guha)
El género y las políticas de la historia (Joan Scott)

LATINOAMÉRICA

Historia de las Indias (Bartolomé de Las Casas)
Historia general de las cosas de la Nueva España (Bernardino de Sahagún)
Historia natural y moral de las Indias (José de Acosta)
Nueva crónica y buen gobierno (Guamán Poma de Ayala)
Cultura e opulência do Brasil por suas drogas e minas (André João Antonil)
Historia antigua de México (Francisco Javier Clavijero)
Historia de México (Lucas Alamán)
Historia de Belgrano y de la independencia argentina (Bartolomé Mitre)
Historia general de Chile (Diego Barros Arana)
Casa Grande e Senzala (Gilberto Freyre)
La invención de América (Edmundo O'Gorman)

Bibliografía

ACHA, O. (2005), *La trama profunda. Historia y vida en José Luis Romero*, Buenos Aires.
— (2009), *Historia crítica de la historiografía argentina. Vol. 1: Las izquierdas en el siglo XX*, Buenos Aires.
ADLER, W. (2008), «Early Christian Historians and Historiography», en S. Ashbrook y D. Hunter (eds.), *The Oxford Handbook of Early Christian Studies*, Oxford, pp. 585-598.
ADORNO, R. (1991), *Literatura de resistencia en el Perú colonial*, México.
AGASSI, J. (2008), *Science and its history: a reassessment of the historiography of science*, Dordrecht.
AL-AZIZ AL-DURI, A. (1983), *The Rise of Historical Writing among the Arabs*, trad. al inglés, Princeton (ed. original: 1960).
AL-AZMEH, A. (1981), *Ibn Khaldun in Modern Scholarship: a Study in Orientalism*, Londres.
ALENCASTRO, L. F. de (1999), «Joaquim Nabuco: *Um estadista do império*», en Dantas Mota (1999), pp. 113-131.
ALONSO NÚÑEZ, J. M. (1971), *El pensamiento historiológico alemán en el siglo XVIII*, Madrid.
— (1975), *La visión historiográfica de Amiano Marcelino*, Valladolid.
ALTAMIRANO, C. (ed.) (2010), *Historia de los intelectuales en América Latina. II: Los avatares de la «ciudad letrada», en el siglo XX*, Buenos Aires.
ALTHAUS, H. (1999), *Hegel. Naissance d'une philosophie*, París.
ANGUERA, P. (1997), *El Català al segle XIX. De llengua del poble a llengua nacional*, Barcelona.
ANKERSMIT, F. R. (2002), *Historical Representation*, Stanford.
ANTONI, C. (1940), *Dallo Storicismo alla Sociologia*, Florencia.
— (1968), *Lo Storicismo*, Turín.
ARNADE, Ch. (1962), «The Historiography of Colonial and Modern Bolivia», *The Hispanic American Historical Review* 42, pp. 333-384.
AUERBACH, E. (1946), *Mimesis*, Berna.

AURELL, J. (2002), «Introducción», en J. Aurell (ed.), *El Mediterráneo medieval y renacentista, espacio de mercados y de culturas*, Pamplona, pp. 9-32.
— (2005), *La escritura de la memoria, de los positivismos a los posmodernismos*, Valencia.
— (2006), «Autobiography as Unconventional History: Constructing the Author», *Rethinking History* 10, pp. 433-449.
— (2009), «Reading Renaissance Merchants' Handbooks: Confronting Professional Ethics and Social Identity», en J. Ehmer y C. Lis (eds.), *The Idea of Work in Europe from Antiquity to Modern Times*, Surrey, pp. 71-90.
— (2012), *Authoring the Past. History, Autobiography, and Politics in Medieval Catalonia*, Chicago.
AURELL, J. y P. PÉREZ LÓPEZ (eds.) (2006), *Católicos entre dos guerras: la historia religiosa de España en los años 20 y 30*, Madrid.
BAÁR, M. (2010), *Historians and Nationalism: East-Central Europe in the 19th Century*, Oxford.
BADIAN, E. (1966), «The Early Historians», en Dorey (1966), pp. 1-38.
BAKHTIN, M. (1974), *La cultura popular en la Edad Media y Renacimiento*, Madrid.
BALÁZS, É. (1964), «History as a Guide to Bureaucratic Practice», en *Chinese Civilization and Bureaucracy*, New Haven, pp. 129-149.
BALMACEDA, C. (2008), «Historia y retórica: ¿relaciones peligrosas?», en M. J. Cot y C. Rolle (eds.), *Letras de humanidad: escritos en honor a Francesco Borghesi*, Santiago, pp. 65-80.
BANN, S. (1984), *The Clothing of Clio. A Study of the Representation of History in Nineteenth-Century Britain and France*, Cambridge.
— (1995), *Romanticism and the Rise of History*, Nueva York.
BARAGER, J. (1959), «The Historiography of the Río de la Plata Area Since 1830», *The Hispanic American Historical Review* 39, pp. 588-642.
BARNES, T. D. (1981), *Constantine and Eusebius*, Cambridge Ma.
— (1998), *Ammianus Marcellinus and the Representation of Historical Reality*, Ithaca y Londres.
BARRET-KRIEGEL, B. (1988), *Jean Mabillon*, París.
BARTHES, R. (1967), «Le discours de l'histoire», *Social Science Information. Information sur les sciences sociales* VI.
— (1995), *Michelet*, París.
BAUMAN, R. (1983), *Let Your Words be Few: Symbolism of Speech and Silence among the Quakers*, Cambridge.
BECKJORD, S. (1997), *Territories of History. Humanism, Rhetoric, and the Historical Imagination in the Early Chronicles of Spanish America*, Pennsylvania.
BEDOUELLE, G. (1993), *La historia de la Iglesia*, Valencia.

BEER, J. M. A. (1981), *Narrative Conventions of Truth in the Middle Ages*, Ginebra.
BELLO, A. (1884), *Opúsculos literarios y críticos*, vol. 7 de *Obras completas*, Santiago.
BENDER, K.-H. (1977), *Revolutionen: Die Entstehung des politischen Revolutionsbegriffes in Frankreich zwischen Mittelalter und Aufklärung*, Múnich.
BERG, M. (1996), *A woman in history: Eileen Power, 1889-1940*, Cambridge.
BERLIN, I. (1976), *Vico and Herder*, Londres.
BERTELLI, L. (2001), «Hecateus: From Genealogy to Historiography», en N. Luraghi (ed.), *The Historian's Craft in the Age of Herodotus*, Oxford, pp. 67-94.
BERTELLI, S. (1960), *Erudizione e storia in L. A. Muratori*, Nápoles.
BETHELL, L. (1991), «La independencia de Brasil», en Bethell (1990-2002).
— (ed.) (1990-2002), *Historia de América Latina*, 16 volúmenes, Barcelona.
BISSON, T. (2000), «*La terre et les hommes*: a programme fulfilled?», *French History* 14, pp. 322-345.
BIZZOCCHI, R. (1995), *Genealogie incredibili: scritti di storia nell'Europa moderna*, Boloña.
BLACK, J. y D. M. MACRAILD (1997), *Studying History*, Basingstoke, Hampshire.
BLAIR, P. (1990), *The World of Bede*, Cambridge.
BLOCH, R. H. (1983), *Etymologies and Genealogies. A Literary Anthropology of the French Middle Ages*, Chicago.
BOCK, G. (1989), «Women's History and Gender History: aspects of an international debate», *Gender &History* 1, pp. 7-30.
BOER, P. den (1998), *History as a Profession: the study of history in France, 1818-1914*, trad. al inglés, Princeton (ed. original: 1987).
BORGHERO, C. (1983), *La certezza e la storia: cartesianesimo, pirronismo e conoscenza storica*, Milán.
BOURBOUHAKIS, E. e I. NILSSON (2010), «Byzantine Narrative: the Form of Storytelling in Byzantium», en James (2010), pp. 263-273.
BOURDIEU, P. (1982), *Ce que parler veut dire*, París.
BOUVIER, J. (1986), «Ernest Labrousse», en A. Burguière (dir.), *Dictionnaire des sciences historiques*, París.
BRADFORD BURNS, E. (ed.) (1967), *Perspectives on Brazilian History*, Nueva York.
— (1978), «Ideology in Nineteenth-Century Latin American Historiography», *The Hispanic American Historical Review* 58, pp. 409-431.
BRADING, D. (1991), *Orbe Indiano. De la monarquía católica a la república criolla, 1492-1867*, México.

— (2011), «Historical Writing in Mexico: Three Cycles», en S. Macintyre, J. Maiguashca y A. Pok, *Oxford History of Historical Writing*, vol. 4, Oxford.
BRAGONI, B. (ed.) (2004), *Microanálisis. Ensayos de historiografía argentina*, Buenos Aires.
BRAUDEL, F. (1943), «À travers un continent d'histoire. Le Brésil et l'œuvre de Gilberto Freyre», *Mélanges d'histoire sociale (=Annales)* 4, pp. 3-20.
BRAUDY, L. (1970), *Narrative Form in History and Fiction*, Princeton.
BREISACH, E. (1983), *Historiography: Ancient, Medieval, and Modern*, Chicago y Londres.
— (2003), *On the future of history. The postmodernist challenge and its aftermath*, Chicago.
BRIDENTHAL, R. y C. KOONZ (eds.) (1977), *Becoming Visible: women in European history*, Boston.
BROGLIE, G. de (1990), *Guizot*, París.
BROWN, R. y A. GILMAN (1971), «The Pronouns of Power and Solidarity», en P. P. Giglioli (ed.), *Language and Social Context*, Harmondsworth.
BROWNLEE, J. S. (1997), *Japanese Historians and the National Myths 1600-1945: the age of the gods and emperor Jinmu*, Vancouver.
BRUNT, P. A. (1993a), *Studies in Greek History and Thought*, Oxford.
— (1993b), «Cicero and Historiography», en Brunt (1993a), pp. 181-209.
BURGUIÈRE, A. (1979), «Histoire d'une histoire. Naissance des Annales», *Annales ESC*, 34, pp. 1347-1359.
— (1986), «Anthropologie historique», en *Dictionnaire des Sciences Historiques*, París, pp 52-60.
— (2006), *L'école des Annales: une histoire intellectuelle*, París.
BURGA, M. (2005), *La historia y los historiadores en el Perú*, Lima.
BURKE, P. (1969), *The Renaissance Sense of the Past*, Londres.
— (1978), *La cultura popular en la Europa Moderna*, Madrid.
— (1985), *Vico*, Oxford.
— (1992a), *The Fabrication of Louis XIV*, New Haven (trad. al castellano: Madrid, 2011).
— (1992b), *History and Social Theory*, Ithaca.
— (1993a), *La revolución historiográfica francesa. La escuela de los Annales: 1929-1989*, trad. al castellano, Barcelona (ed. original: 1990).
— (1993b), «Historia de los acontecimientos y renacimiento de la narración», en *Formas de hacer historia*, Madrid, pp. 287-305.
— (1996a), «La historia social del lenguaje», en *Hablar y callar. Funciones sociales del lenguaje a través de la historia*, Barcelona.
— (1996b), «Historia cultural e historia total», en I. Olábarri y F. J. Caspistegui (eds.), *La «nueva» historia cultural: la influencia*

del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad, Madrid, pp. 115-122.
BURKE, P. y M. L. G. PALLARES-BURKE (2008), *Gilberto Freyre. Social Theory in the Tropics*, Hong Kong.
BURKE, P. y R. PORTER (eds.) (1995), *Languages and Jargons. Contributions to a Social History of Language*, Cambridge.
BURROW, J. W. (1981), *A Liberal Descent. Victorian Historians and the English Past*, Cambridge.
— (2007), *History of Histories*, Londres.
BUTTERFIELD, H. (1931), *The Whig Interpretation of History*, Londres.
— (1957), *El cristianismo y la historia*, Buenos Aires.
CALAME, C. (1986), *Le récit en Grèce ancienne*, París.
CAMERON, A. (1985), *Procopius and the Sixth Century*, Berkeley.
— (ed.) (1989), *History as Text: The Writing of Ancient History*, Londres.
CANFORA, L. (2003), *Storici e storia*, Turín.
CAÑIZARES ESGUERRA, J. (2007), *Cómo escribir la historia del Nuevo Mundo. Historiografías, epistemologías e identidades en el mundo del Atlántico del siglo XVIII*, México.
CARBIA, R. (1940), *Historia crítica de la historiografía argentina*, Buenos Aires.
CARBONELL, C. O. (1976), *Histoire et historiens. La mutation idéologique des historiens français (1865-1885)*, Toulouse.
— (1978), «L'histoire dite positiviste en France», *Romantisme* 21-22, pp. 173-185.
CARDOSO, C. F. (2011), «Brazilian Historical Writing and the Building of a Nation», en S. Macintyre, J. Maiguashca y A. Pok, *Oxford History of Historical Writing*, vol. 4, Oxford.
CARO BAROJA, J. (1992), *Las falsificaciones de la historia (en relación con la de España)*, Barcelona.
CARRARD, Ph. (1992), *Poetics of the New History. French Historical Discourse form Braudel to Chartier*, Baltimore.
CARRERA DAMAS, G. (coord.) (1999-2006), *Historia general de América Latina*, 9 volúmenes, París.
CATTARUZZA, A. (2007), *Los usos del pasado. La historia y la política argentinas en discusión, 1910-1945*, Buenos Aires.
CATTARUZZA, A. y A. EUJANIAN (2003), *Políticas de la historia. Argentina 1860-1960*, Buenos Aires.
CERQUIGLINI, B. (1989), *Eloge de la variante: Histoire critique de la philologie*, París.
CERTEAU, M. de (1975), *L'Ecriture de la histoire*, París.
CHADWICK, H. (2008), «Augustine», en Young, Ayres y Louth (2008), pp. 328-341.
CHADWICK, O. (1987), *From Bossuet to Newman*, 2.ª ed., Cambridge (ed. original: 1957).

CHANEY, D. (1994), *The Cultural Turn. Scene-setting Essays on Contemporary Cultural History*, Londres y Nueva York.
CHAPLIN, J. (2000), *Livy's Exemplary History*, Oxford.
CHAPLIN, J. y C. KRAUS (eds.) (2009), *Livy, Oxford Readings in Classical Studies*, Oxford.
CHARTIER, R. (1988), *Cultural history. Between practices and representations*, Cambridge.
CHARTIER, R. y J. REVEL (1979), «Lucien Febvre et les sciences sociales», en *Historiens et géographes*, París, pp. 427-442.
CHASSIGNET, M. (1986), *Caton: Les Origines*, París.
— (2004), *L'Annalistique romaine I: Les Annales des Pontifes. L'Annalistique ancienne*, París.
CHATURVEDI, V. (ed.) (2000), *Mapping subaltern studies and the postcolonial*, Londres.
CHAUSSERIE-LAPRÉE, J. P. (1969), *L'expression narrative chez les historiens latins*, París.
CHESNUT, G. (1986), *The First Christian Histories: Eusebius, Socrates, Sozomen, Theodoret and Evagrius*, Macon.
CHUST, M. y J. A. SERRANOS (eds.) (2007), *Debates sobre las independencias iberoamericanas*, Madrid.
CINGOLANI, S. (2006), *Historiografia, propaganda i comunicació al segle XIII: Bernat Desclot i les dues redaccions de la seva crònic*, Barcelona.
CIRUJANO, P., T. ELORRIAGA y J. S. Pérez (1985), *Historiografía y nacionalismo español, 1834-1868*, Madrid.
CLARK, S. (1999), *The Annales School*, Londres.
CLARKE, K. (1999a), «Universal Perspectives in Historiography», en C. S. Kraus (ed.), *The Limits of Historiography*, Leiden, pp. 251-279.
— (1999b), *Between Geography and History: Hellenistic Constructions of the Roman World*, Oxford.
CLÉMENT, J. P. (1998), *Chateaubriand*, París.
COCHRANE, E. (1980), «Cesare Baronius and the Counter-Reformation», *Catholic Historical Review* 67, pp. 53-58.
— (1981), *Historians and Historiography in the Italian Renaissance*, Chicago.
COLMENARES, G. (1989), *Las convenciones contra la cultura. Ensayos sobre la historiografía del siglo XIX*, Bogotá.
COMBER, M. (1997), «Re-reading the Roman Historians», en M. Bentley (ed.), *Routledge Companion to Historiography*, Londres y Nueva York, pp. 43-56.
COMBER, M. y C. BALMACEDA (2009), *Sallust: The War against Jugurtha*, Oxford.
COORNAERT, E. (1978), *Destins de Clio en France depuis 1800. Essai*, París.

CORMIER, A. D. (1996), *Agustin Thierry. L'histoire autrement*, París.
CORNELL, T. (1995), *The Beginnings of Rome: Italy and Rome from the Bronze Age to the Punic Wars, ca. 1000-264 BC*, Londres.
COSTELLO, P. (1993), *World Historians and their Goals. Twenty-Century Answers to Modernism*, De Kalb.
CROSSLEY, C. (1993), *French Historians and Romanticism*, Londres.
DAGENAIS, J. (1994), *The ethics of reading in manuscript culture: Glossing the «Libro de Buen Amor»*, Princeton.
DAGER ALVA, J. (2000), *Una aproximación a la historiografía peruana del siglo XIX. Vida y obra de José Toribio Polo*, Lima.
— (2009), *La confección de una historiografía fundacional: historiadores y proyectos en el Perú del siglo XIX*, tesis inédita de doctorado en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago.
DAIX, P. (1995), *Braudel*, París.
DAMON, C. (2007), «Rhetoric and Historiography», en W. J. Dominik y J. M. Hall (eds.), *A Companion to Roman Rhetoric*, Malden Ma. y Oxford pp. 439-450.
DANIEL, U. (2005), *Compendio de historia cultural. Teorías, prácticas, palabras clave*, Madrid.
DANTAS MOTA, L. (org.) (1999), *Introdução ao Brasil. Um banquete no trópico*, vol. 1, São Paulo.
— (org.) (2002), *Introdução ao Brasil. Um banquete no trópico*, vol. 2, São Paulo.
DANTO, A. C. (1965), *Analytical philosophy of history*, Cambridge.
DAUNTON, M. (2006), «Creating a Global Order, 1850-1914», *Transactions of the Royal Historical Society* 16, pp. 1-38.
DAWOOD, N. J. (ed.) (1967), *Muqaddimah*, de Ibn Khaldun, trad. de F. Rosenthal, Londres.
DE GREGORIO, S. (ed.) (2010), *The Cambridge Companion to Bede*, Cambridge.
DE ROMILLY, J. (1961), *Thucydide et l'impérialisme athénien*, París.
DELACROIX, C., F. DOSSE y P. GARCIA (1999), *Les courants historiques en France, 19e-20e siècle*, París.
DETIENNE, M. (2000), *Comparer l'incomparable*, París.
DEVOTO, F. (comp.) (2006), *La historiografía argentina en el siglo XX*, Buenos Aires.
DEVOTO, F. y N. PAGANO (2004), *La historiografía académica y la historiografía militante en Argentina y Uruguay*, Buenos Aires.
— (2009), *Historia de la historiografía argentina*, Buenos Aires.
DEWALD, C. (2005), *Thucydides' War Narrative: A Structural Study*, Berkeley, Los Ángeles y Londres.
— (2007), «The Construction of Meaning in the First Three Historians», en Marincola (2007), pp. 89-101.
DEWALD, C. y J. MARINCOLA (eds.) (2006), *The Cambridge Companion to Herodotus*, Cambridge.

D'HONDT, J. (1998), *Hegel*, París.
DÍAZ, F. (1958), *Voltaire storico*, Turín.
DÍAZ ROLANDO, E. (1994), «Historiografía griega antigua e historiografía bizantina», *Estudios Clásicos* 105, pp. 35-48.
DICKENS, A. G. y J. TONKIN (1985), *The Reformation in Historical Thought*, Cambridge Ma.
DILLERY, J. (1995), *Xenophon and the History of His Times*, Londres y Nueva York.
DILTHEY, W. (1944), *El mundo histórico*, México.
DONAGAN, A. (1962), *Later Philosophy of R.G. Gollingwood*, Oxford.
DONOSO, M. (2010), «Estudio preliminar y textual», en Alonso de Góngora Marmolejo, *Historia de todas las cosas que han acaecido en el reino de Chile*, Madrid, pp. 11-62.
DONOVAN, T. P. (1973), *Historical Thought in America. Postwar Patterns*, Norman.
DOREY, T. A. (ed.) (1966), *Latin Historians*, Londres.
DOSSE, F. (1987), *L'histoire en miettes*, París.
— (1991-1992), *Histoire du structuralisme*, París.
DOWNS, L. L. (2010), *Writing gender history*, Londres.
DRAY, W. H. (1989), *On History and Philosophers of History*, Leiden.
— (1995), *History as re-enactment. R.G. Collingwood's idea of history*, Oxford.
DREYFUS, H. L. y P. RABINOW (1982), *Michel Foucault: beyond structuralism and hermeneutics*, Chicago.
DUBY, G. (1973), *Le Dimanche de Bouvines, 27 juillet 1214*, París.
— (1986), *Guillaume Le Maréchal ou le meilleur chevalier du monde*, París.
— (1991), «Mentalités», en *La histoire continue*, París, pp. 115-126.
DUJOVNE, L. (1968), *El pensamiento histórico de Benedetto Croce*, Buenos Aires.
DUMOULIN, O. (2000), *Marc Bloch*, París.
DURRANT, S. (1995), *The Cloudy Mirror: tension and conflict in the writings of Sima Qian*, Albany.
DWORKIN, D. (1997), *Cultural marxism in postwar Britain*, Durham.
EAKIN, M. (2011), «Brazilian Historical Writing», en A. Schneider y D. Woolf, *Oxford History of Historical Writing*, vol. 5, Oxford, pp. 440-453.
EARL, D. C. (1961), *The political thought of Sallust*, Cambridge.
— (1972), «Prologue-Form in Ancient Historiography», *Festschrift Vogt* I, 2, pp. 842-856.
ECKSTEIN, A. E. (1995), *The Moral Vision in the Histories of Polybius*, Berkeley, Los Ángeles y Londres.
EGMOND, F. y P. MASON (1997), *The mammoth and the mouse. Microhistory and morphology*, Baltimore.

ELLIOTT, J. H. (1991), *National and comparative history*, Oxford.
ELMAN, B. A. (2001), *From Philosophy to Philology: Intellectual and Social Aspects of Change in Late Imperial China*, ed. revisada, Los Ángeles (ed. original: 1984).
— (2002), «The Historicization of Classical Learning in Ming-Ch'ing China», en Q. E. Wang y G. G. Iggers (eds.), *Turning-Points in Historiography*, Rochester, pp. 101-146.
ELORRIAGA PLANES, M. T. (1965), «Evolución temática de la historiografía española de 1844 a 1874», en *Estudios sobre historia de España*, Madrid, pp. 713-722.
ELOY MARTÍNEZ, T. y S. ROTKER (2004), «Oviedo y Baños: la fundación literaria de la nacionalidad venezolana», en José de Oviedo y Baños, *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela*, Caracas: pp. IX-LX.
ESTEVE BARBA, F. (1992), *Historiografía indiana*, Madrid.
EUJANIAN, A. (2003), «Método, objetividad y estilo en el proceso de institucionalización, 1910-1920», en Cattaruzza y Eujanian (2003), pp. 69-99.
FEAR, A. (2010), «Orosius and Escaping from the Dance of Doom», en Liddel y Fear (2010), pp. 176-188.
FELDHERR, A. (ed.) (2009), *The Cambridge Companion to The Roman Historians*, Cambridge.
FERES Jr., J. (2008), *La historia del concepto «Latin America», en los Estados Unidos de América*, Santander.
FERGUSON, W. (1948), *The Renaissance in Historical Thought*, Cambridge Ma.
FERNÁNDEZ-ORDÓÑEZ, I. (2000), *Alfonso X el Sabio y las crónicas de España*, Valladolid.
FLEISCHER, C. H. (1986), *Bureaucrat and Intellectual in the Ottoman Empire*, Princeton.
FLEISCHMAN, S. (1983), «On the Representations of History and Fiction in the Middle Ages», *History and Theory* 22, pp. 278-310.
FLORES TORRES, Ó. (ed.) (2003), *Historiadores de México siglo* XIX, México.
FLORESCANO, E. (1994), *Memory, Myth and Time in Mexico. From the Aztecs to the Independence*, Austin.
— (2002), *Historia de las historias de la nación mexicana*, México.
FLORESCANO, E. y R. PÉREZ MONTFORT (comps.) (1995), *Historiadores de México en el siglo* XX, México.
FONTAINE, J. (2002), *Isidoro de Sevilla. Génesis y originalidad de la cultura hispánica en tiempo de los visigodos*, Madrid.
FONTANA, J. (1991), «La historiografía española del siglo XIX: un siglo de renovación entre dos rupturas», en S. Castillo (ed.), *La historia social en España. Actualidades y perspectivas*, Madrid, pp. 325-336.

FONTENEAU, F. (1999), *L'éthique du silence: Wittgenstein et Lacan*, París.
FORNARA, C. W. (1971), *Herodotus: an Interpretative Essay*, Oxford.
— (1983), *The Nature of History in Ancient Greece and Rome*, Berkeley, Los Ángeles y Londres.
FOX, M. (1993), «History and rhetoric in Dionysius of Halicarnassus», *Journal of Roman Studies*, 83, pp. 31-47.
FRANKE, W. (1988), «Historical Writing during the Ming», en F. Mote y D. Twitchett (eds.), *Cambridge History of China 7*, Cambridge, cap. 12.
FRIEDLANDER, S. (ed.) (1992), *Probing the Limits of Representations*, Cambridge Ma.
FUKUYAMA, F. (1992), *The End of History and the Last Man*, Nueva York.
GABBA, E. (1981), «The True and False History in Classical Antiquity», *Journal of Roman Studies*, 71, pp. 50-62.
— (2000), *Roma arcaica: storia e storiografia*, Roma.
GAETA, F. (1955), *Lorenzo Valla: filologia e storia nell'umanesimo italiano*, Nápoles.
GARCIA PALLARES-BURKE, M. L. (2005), *Gilberto Freyre. Um vitoriano dos trópicos*, São Paulo.
GAZMURI, C. (2006), *Historia de la historiografía chilena*, tomo I, Santiago.
— (2009), *Historia de la historiografía chilena*, tomo II, Santiago.
GEERTZ, C. (1973), *The Interpretation of Cultures*, Nueva York.
— (1981), *Negara: the theatre state in 19th-century Bali*, Princeton.
— (1990), «History and Anthropology», *New Literary History* 21, pp. 321-335.
GENICOT, L. (1975), *Les Généalogies*, Turnhout.
GERBI, A. (1982), *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica, 1750-1900*, México.
GIARRIZZO, G. (1954), *Edward Gibbon e la cultura europea del'700*, Nápoles.
GIBB, H. A. R. (1938), «Tarikh», en *Encyclopaedia of Islam*, Supplement, Leiden, pp. 233-245.
GILBERT, F. (1975), *Introduction to Otto Hintze, Historical Essays*, Nueva York.
— (1990), «Burckhardt's Concept of Cultural History», en *Politics and Culture*, Princeton, pp. 46-80.
GILL, C. (1990), «The Character-Personality Distinction», en Pelling (1990), pp. 1-31.
GILL, C. y T. P. WISEMAN (eds.) (1993), *Lies and fiction in the Ancient World*, Exeter.
GINSBURG, J. (1981), *Tradition and Theme in the Annals of Tacitus*, Nueva York.

GINZBURG, C. (1979), «Roots of a Scientific Paradigm», *Theory and Society* 7, pp. 273-288.
GOMES, A. de Castro (1999), «A "cultura histórica" do Estado Novo», *Luso-Brazilian Review* 36, pp. 103-108.
GONZÁLEZ, C., H. ROSATI y F. SÁNCHEZ (2002), *Guaman Poma. Testigo del mundo andino*, Santiago.
GOODY, J. (2007), *The Theft of History*, Cambridge.
GOSSMAN, L. (1968), *Medievalism and the Ideologies of the Enlightenment*, Baltimore.
— (1976), «Augustin Thierry and Liberal Historiography», *History and Theory* 15, pp. 3-6.
GOUMA-PETERSON, T. (2000), *Anna Komnene and her times*, Nueva York.
GRAFTON, A. (1990), *Forgers and Critics*, Princeton.
— (1991), *Defenders of the Text: The Traditions of Scholarship in an Age of Science, 1480-1800*, Cambridge.
— (1993), *Joseph Scaliger: a study in the history of classical scholarship, vol.2: Historical Chronology*, Oxford.
— (1997), *Footnote: a curious history*, Londres.
— (2007), *What was History? The Art of History in Early Modern Europe*, Cambridge.
GRAHAM, J. T. (1997), *Theory of history in Ortega y Gasset: «the dawn of historical reason»*, Columbia.
GRANSDEN, A. (1974), *Historical Writing in England, ca.559-ca.1307*, Ithaca.
GREENE, V. (ed.) (2006), *The Medieval Author in Medieval French Literature*, Nueva York.
GREENWOOD, E. (2006), *Thucydides and the Shaping of History*, Londres.
GRELL, Ch. (1993), *L'histoire entre érudition et philosophie: étude sur la connaissance historique à l'âge des lumières*, París.
GRIFFITH, W. (1960), «The Historiography of Central America Since 1830», *The Hispanic American Historical Review* 40, pp. 548-569.
GROVER, M. (1988), «Latin American History: Concerns and Conflicts», *The History Teacher* 21, pp. 349-365.
GRUZINSKI, S. (1991), *La colonización de lo imaginario. Sociedades indígenas y occidentalización en el México español. Siglos XVI-XVIII*, México.
GUENÉE, B. (1973), «Histoires, annales, chroniques. Essai sur les genres historiques au Moyen Âge», *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations* 28, pp. 997-1016.
— (1980), *Histoire et culture historique dans l'Occident médiéval*, París.
GUHA, R. (ed.) (1997), *A Subaltern studies reader, 1986-1995*, Minneapolis.

GUIMARÃES, L. M. P. (2002), «Francisco Adolfo de Varnhagen: *História geral do Brasil*», en Dantas Mota (2002), pp. 75-96.
GUMPERZ, J. J. (1982), *Discourse Strategies*, Cambridge.
HALPERIN-DONGHI, T. (1970), *El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional*, Buenos Aires.
— (1982), «"Dependency Theory" and Latin American Historiography», *Latin American Historical Review* 17, pp. 115-130.
— (1994), *Historia contemporánea de América Latina*, Buenos Aires.
— (1996), *Ensayos de historiografía*, Buenos Aires.
— (2005), *El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional*, Buenos Aires.
— (2008), *Son Memorias*, Buenos Aires.
HALTTUNEN, K. (1999), «Cultural History and the Challenge of Narrativity», en V. E. Bonnell y L. Hunt (eds.), *Beyond the Cultural Turn*, Berkeley.
HAMPTON, T. (1990), *Writing from History: the rhetoric of exemplarity in Renaissance literature*, Ithaca.
HARDING, S. (1975), «Women and Words in a Spanish Village», en R. R. Reiter (ed.), *Toward an Anthropology of Women*, Nueva York y Londres, pp. 283-308.
HARDY, G. (1999), *Worlds of Bronze and Bamboo: Sima Qian's Conquest of History*, Nueva York.
HARTOG, F. (1988), *Le XIXe siècle et l'histoire. Le cas Fustel de Coulanges*, París.
— (2003a), *El espejo de Heródoto*, trad. al castellano, México (ed. original: 1980).
— (2003b), *Régimes d'historicité. Présentisme et expérience du temps*, París.
— (2005), *Évidence de l'histoire. Ce que voient les historiens*, París.
HASKELL, F. (1993), *History and its Images: art and the interpretation of the past*, New Haven.
HEADLEY, J. M. (1963), *Luther's View of Church History*, New Haven.
HELLER, A. (1982), *A Theory of History*, Londres.
HÉRUBEL, J. P. (1994), «The Annales: its history and evolution», en J. P. Hérubel (ed.), *Annales Historiography and Theory. A Selective and Annotated Bibliography*, Londres, pp. 1-13
HERVITZ, N. y L. LUDLOW (1984), *Problemas de la historiografía contemporánea*, México.
HOBSBAWM, E. J. y T. RANGER (eds.) (1984), *The Invention of Tradition*, Cambridge.
HOPKINS, A. G. (ed.) (2002), *Globalization in World History*, Londres.
— (2006), *Global History: interactions between the universal and the local*, Basingstoke.
HORA, R. y J. TRÍMBOLI (1994), *Pensar la Argentina. Los historiadores hablan de historia y política*, Buenos Aires.

HORNBLOWER, S. (1994), *Greek Historiography*, Oxford.
HOROWITZ, J. (2011), «Argentine Historical Writing in an Era of Political and Economic Instability», en A. Schneider y D. Woolf, *Oxford History of Historical Writing*, vol. 5, Oxford, pp. 422-439.
HOWARD-JOHNSTON, J. (2010), *Witnesses to a World Crisis: Historians and Histories of the Middle East in the Seventh Century*, Oxford y Nueva York.
HUGHES, H. S. (1958), *Consciousness and Society: the reorientation of European Social Thought, 1890-1930*, Nueva York.
HUIZINGA, J. (1968), «Two Wrestlers with the Angel», en *Dutch Civilization in the Seventeenth Century and Other Essays*, Nueva York, pp. 158-219.
HUMPHREYS, R. S. (1991), *Islamic History: a framework for enquiry*, Princeton.
HUNT, L. (ed.) (1989), *The New Cultural History*, Berkeley.
HUOT, S. (1993), *The* Romance of the Rose *and its Medieval Readers: Interpretation, Reception, Manuscript Transmission*, Cambridge.
HUPPERT, G. (1970), *The Idea of Perfect History: Historical Erudition and Historical Philosophy in Renaissance France*, Urbana.
HUTTON, P. H. (2004), *Philippe Ariès and the Politics of French Cultural History*, Amherst y Boston.
IGGERS, G. G. (1975), *New Directions in European Historiography*, Middletown CT (ed. revisada: 1984).
— (1983), *The German Conception of History*, Middletown CT.
— (1998), *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales*, Barcelona.
IGGERS G. G. y H. T. PARKER (eds.) (1979), «Introduction», en *International Handbook of Historical Studies. Contemporary Research and Theory*, Westport (Conn.).
IGGERS, G. G. y Q. E. WANG (2008), *A Global History of Modern Historiography*, Malasia.
IGLÉSIAS, F. (2000), *Historiadores do Brasil: capítulos de historiografia brasileira*, Belo Horizonte.
Intérpretes do Brasil (2002), coordenação, seleção de livros e prefácio por S. Santiago, Río de Janeiro.
JAEGER, M. (1997), *Livy's Written Rome*, Ann Arbor.
JAKSIĆ, I. (2001), *Andrés Bello. La pasión por el orden*, Santiago.
JAMES, L. (ed.) (2010), *A Companion to Byzantium*, Malden Ma. y Oxford.
JAMESON, F. (1998), *The cultural turn. Selected writings on the postmodern, 1983-1998*, Londres.
JARDIN, A. (1984), *Alexis de Tocqueville*, París.
JEFFREYS, E. (ed.) (2003), *Rhetoric in Byzantium*, Burlington.

JONES, G S. (1972), «History: the Poverty of Empiricism», en R. Blackburn (ed.), *Ideology in social science; readings in critical social theory*, Nueva York.
JOYCE, P. (1998), «The return of history: postmodernism and the politics of academic history in Britain», *Past and Present*, 158, pp. 207-235.
KAFADAR, C. (1993), «The Myth of the Golden Age: Ottoman historical consciousness in the post-Süleymânic era», en H. Inalcık y C. Kafadar (eds.), *Süleymân the Second and his time*, Estambul.
KAGAN, R. (2009), *Clio and the Crown*, Baltimore.
KALDELLIS, A. (2004), *Procopius: Tyranny, History and Philosophy at the end of Antiquity*, Filadelfia.
— (2010), «The Corpus of Byzantine Historiography. An Interpretive Essay», en P. Stephenson, *The Byzantine World*, Abingdon y Nueva York, pp. 211-222.
KANTOROWICZ, E. (2012), *Los dos cuerpos del rey: un estudio de teología política medieval*, Madrid.
KAVANAGH, D. (1991), «Why Political Science Needs History», *Political Studies* 39, pp. 479-495.
KAYE, H. J. (1989), *Los historiadores marxistas británicos*, Zaragoza.
KELLEY, D. R. (1970), *Foundations of Modern Historical Scholarship*, Nueva York.
— (1984), *Historians and the Law in Post-Revolutionary France*, Princeton.
— (1996), «El giro cultural en la investigación histórica», en I. Olábarri y F. J. Caspistegui (eds.), *La «nueva» historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*, Madrid, pp. 35-48.
KELLY, G. A. J. (2008), *Ammianus Marcellinus: The Allusive Historian*, Cambridge.
KHALIDI, T. (1994), *Arabic Historical Thought in the Classical Period*, Cambridge.
KNIGHT, A. (1992), «The Peculiarities of Mexican History: Mexico Compared to Latin America, 1821-1992», *Journal of Latin American Studies* 24, Quincentenary Supplement: 99-144.
— (1997), «Latin America», en M. Bentley, *Companion to Historiography*, Londres y Nueva York, pp. 712-742.
— (2002), «Subalterns, Signifiers, and Statistics: Perspectives on Mexican Historiography», *Latin American Research Review* 37, pp. 136-158.
KON, I. S. (1962), *El idealismo filosófico y la crisis del pensamiento histórico*, Buenos Aires.
KOSELLECK, R. (1979), *Vergangene Zukunft*, Fráncfort.
— (2002), *The practice of conceptual history: timing history, spacing concepts*, Stanford.

KRAMER, L. y S. MAZA (eds.) (2000), *A Companion to Western Historical Thought*, Malden.
KRAUS, C. S. y A. J. WOODMAN (1997), *Latin Historians*, Greece and Rome: New Surveys in the Classics n. 27.
KRAUZE, E. (coomp.) (1984), *Daniel Cosío Villegas. El historiador liberal*, México.
— (2005), *La presencia del pasado. La huella indígena, mestiza y española de México*, Barcelona.
KRIEGER, L. (1977), *Ranke. The meaning of History*, Chicago.
— (1989), *Time's Reasons. Philosophies of History Old and New*, Chicago.
KUHN, T. S. (1962), *The Structure of Scientific Revolutions*, Chicago.
LACAPRA, D. (1985), *History and Criticism*, Ithaca.
LAFAYE, J. (1990), «Literatura y vida intelectual en la América española colonial», en L. Bethell (ed.), *Historia de América Latina. 4. América Latina colonial: población, sociedad y cultura*, Barcelona, pp. 229-264.
LAKOFF, R. T. (1975), *Language and Woman's Place*, Nueva York.
LAMADRID, L. (1951), «A Survey of the Historiograhy of Guatemala since 1821: Part I. The Nineteenth Century», *The Americas* 8, pp. 189-202.
— (1952), «A Survey of the Historiography of Guatemala since 1821: Part II. The Twentieth Century», *The Americas* 8, pp. 305-320.
LANGLOIS, C. (1986), «Histoire religieuse», en A. Burguière (dir.), *Dictionnaire des sciences historiques*, París, pp. 575-583.
LAPA, J. R. do Amaral (1981), *Historiografia brasileira contemporánea. A história em questão*, Petrópolis.
— (1985), *História e historiografia Brasil pós-64*, Río de Janeiro.
LASSÈRE, F. (1976), «L'historiographie grecque à l'époque archaïque», *Quaderni di Storia* 4, pp. 113-42.
LATEINER, D. (1989), *The Historical Method of Herodotus*, Toronto, Búfalo y Londres.
LAVALLÉ, B. (1992), «El Inca Garcilaso de la Vega», en Madrigal (1992), pp. 135-143.
LE GOFF, J. y P. NORA (eds.) (1974), *Faire de l'histoire*, París.
LE GOFF, J. y otros (eds.) (1978), *La nouvelle histoire*, París.
LEFEBVRE, G. (1974), *El nacimiento de la historiografía moderna*, Barcelona.
LEGER, F. (1980), *La jeunesse d'Hyppolyte Taine*, París.
— (1993), *Monsieur Taine*, París.
LEMMO, A. (1977), *Historiografía colonial de Venezuela*, Caracas.
LEÓN-PORTILLA, M. (1961), *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*, México (ed. conmemorativa: 2005).
— (1969), *Visión de los vencidos*, La Habana.

LEPETIT, B. (1995), «Histoire des pratiques, pratique de l'histoire», en B. Lepetit (ed.), *Les formes de l'expérience. Un autre histoire sociale*, París, pp. 9-22.

— (1999), *Carnet de croquis. Sur la connaissance historique*, París.

LEROUX, R. (1998), *Histoire et sociologie en France. De l'histoire-science à la sociologie durkheimienne*, París.

LEVENE, D. S. (1997), «Pity, Fear and the Historical Audience: Tacitus on the Fall of Vitellius», en S. Morton Braund y C. Gill (eds.), *The Passions in Roman Thought and Literature*, Cambridge, pp. 128-149.

LEVENE, D. S. y D. Nelis (eds.) (2002), *Clio and the Poets: Augustan Poetry and the Traditions of Ancient Historiography*, Leiden.

LEVI, G. (1996), «Sobre la microhistoria», en P. Burke, *Formas de hacer historia*, Madrid, pp. 119-143.

LEVILLAIN, Ph. (1988), «Les protagonistes: de la biographie», en R. Rémond (dir.), *Por une histoire politique*, París.

LEVINE, J. M. (1997), «Erasmus and the Problem of the Johannine Comma», *Journal of the History of Ideas* 58, pp, 573-596.

LIDDEL, P. y A. FEAR (eds.) (2010), *Historiae Mundi: Studies in Universal Historiography*, Londres.

LINGELBACH, G. (2003), *Klio macht Karriere: Die Institutionalisierung der Geschichtswissenschaft in Frankreich und den USA in der Zweiten Hälfte des 19. Jhts*, Göttingen.

LIRA, A. (1995), «Justo Sierra: la historia como entendimiento responsable», en Florescano y Pérez Montfort (1995), pp. 22-40.

LORAUX, N. (1980), «Thucydide n'est pas un collègue», *Quaderni di Storia* 12, pp. 55-81.

LOUTH, A. (2008), «Eusebius and the birth of Church History», en Young, Ayres y Louth (2008), pp. 266-274.

LUCE, T. J. (1977), *Livy: the composition of his history*, Princeton.

— (1997), *The Greek Historians*, Londres y Nueva York.

LUQUE ALCAIDE, E. (1999), «Las crónicas americanas escritas por religiosos», en J. I. Saranyana (dir.), *Teología en América Latina. Desde los orígenes a la Guerra de sucesión (1493-1715)*, Madrid, pp. 531-611.

LYOTARD, J.-F. (1999), *La condición posmoderna: informe sobre el saber*, trad. al castellano, Barcelona (ed. original: 1978).

MACDONALD, T. J. (ed.) (1996), *The Historic Turn*, Michigan.

MACRIDES, R. (ed.) (2010), *History as Literature in Byzantium*, Farnham.

MADRIGAL, L. Í. (coord.) (1992), *Historia de la literatura hispanoamericana*, tomo I, Madrid.

MAFFEI, D. (1956), *Gli inizi dell'umanesimo giuridico*, Milán.

MAIGUASCHA, J. (2011), «Historians in Spanish South America: Cross-References between Centre and Periphery», en S. Mac-

intyre, J. Maiguashca y A. Pok, *Oxford History of Historical Writing*, vol. 4, Oxford.
MALI, J. (1992), *The Rehabilitation of Myth: Vico's New Science*, Cambridge.
MALERBA, J. (2006), «Nuevas perspectivas y problemas», en Rezende Martins y Pérez Brignoli (2006), pp. 63-90.
MANN, H. D. (1971), *Lucien Febvre. La pensée vivante d'un historien*, París.
MANUEL, F. (1963), *Isaac Newton Historian*, Cambridge.
MARASCO, G. (ed.) (2003), *Greek and Roman historiography in late antiquity: fourth to sixth century*, Leiden.
MARAVALL, J. A. (1966), *Antiguos y modernos: la idea de progreso en el desarrollo inicial de una sociedad*, Madrid.
MARGUERAT, D. (2002), *The First Christian Historian*, Cambridge.
MARÍN, J. (2011), «Bizancio en el siglo VII: entre historia y profecía», *Byzantion Nea Hellás* 30, pp. 41-73.
MARIN, L. (1981), *Le portrait du roi*, París.
MARINCOLA, J. (1997), *Authority and Tradition in Ancient Historiography*, Cambridge.
— (2001), *Greek Historians*, Greece and Rome: New Surveys in the Classics n. 31, Oxford.
— (2003), «Beyond Pity and Fear: the Emotions of History», *Ancient Society* 33, pp. 285-315.
— (ed.) (2007), *A Companion to Greek and Roman Historiography*, Malden y Oxford.
— (ed.) (2011), *Greek and Roman Historiography*, Oxford.
MARTIN, G. (1992), *Les juges de Castille. Mentalités et discours historique dans l'Espagne médiévale*, París.
MARTIN, R. H. (1981), *Tacitus*, Londres.
MARWICK, A. (1998), *The Sixties. Cultural revolution in Britain, France, Italy and the United States, ca. 1958-ca. 1974*, Oxford.
MASON, S. (ed.) (1998), *Understanding Josephus: Seven Perspectives*, Sheffield.
MAY, G. (1955), «L'histoire a-t-elle engendré le roman?», *Revue d'histoire littéraire de la France* 55, pp. 155-76.
MAZÍN, Ó. (2008), «Gente de saber en los virreinatos de Hispanoamérica (siglos XVI al XVIII)», en Myers (2008a), pp. 53-78.
MAZLISH, B. (1998), «Comparing Global History to World History», *Journal of Interdisciplinary History* 28, pp. 385-395.
MAZLISH, B. y R. BUULTJENS (1993), *Conceptualizing Global History*, Boulder.
MCCORMICK, M. (1974), *Les Annales du Haut Moyen Age*, Tournhout.
MCDONALD, A. H. (1957), «The style of Livy», *Journal of Roman Studies*, 47, pp. 155-172.

— (1975), «Theme and Style in Roman Historiography», *Journal of Roman Studies* 65, pp. 1-10.
MCLELLAN, D. (1970), *Marx before marxism*, Nueva York.
MCNEILL, J. (2011), «Environmental History», en U. Rublack (ed.), *A Concise Companion to History*, Oxford, pp. 299-315.
MCNEILL, W. H. (1989), *Arnold J. Toynbee: a life*, Nueva York.
MEEK, R. (1976), *Social Science and the Ignoble Savage*, Cambridge.
MEISAMI, J. (1999), *Persian Historiography*, Edimburgo.
MELLON, S. (1958), *The Political Uses of History. A Study of Historians in the French Restoration*, Stanford.
MELO, J. O. (1996), *Historiografía colombiana. Realidades y perspectivas*, Medellín.
MERKER, N. (1958), *L'Iluminismo tedesco*, Bari.
MIGNOLO, W. (1992), «Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista», en Madrigal (1992), pp. 57-116.
— (2007), *La idea de América Latina: la herida colonial y la opción decolonial*, Barcelona.
MILLAR, F. (1964), *A Study of Cassius Dio*, Oxford.
MINUTI, R. (1994), *Oriente barbarico e storiografia settecentesca: rappresentazioni della storia dei Tartari nella cultura francese del XVIII secolo*, Venecia.
MITCHELL, M. y F. YOUNG (eds.) (2006), *The Cambridge History of Christianity, origins to Constantine*, Cambridge.
MITCHELL, M. (2006), «The emergence of the written record», en Mitchell y Young (2006), pp. 177-194.
MITRE, B. (1912), *Correspondencia literaria histórica y política*, 3 vols., Buenos Aires.
MITZMAN, A. (1990), *Michelet historian. Rebirth and romanticism in Nineteenth-century France*, New Haven.
MOLES, G. B. (1995), *Livy: Reconstructing Early Rome*, Ithaca y Londres.
MOMIGLIANO, A. (1966), *Studies in Historiography*, Londres.
— (1971), *The Development of Greek Biography*, Cambridge Ma.
— (1977), *Essays in Ancient and Modern Historiography*, Oxford (trad. al castellano: *Ensayos sobre historiografía antigua y moderna*, México, 1993).
— (1984a), *La historiografía griega*, trad. al castellano, Barcelona (ed. original: 1971).
— (1984b), *Sui Fondamenti della Storia Antica*, Turín.
— (1989), «Historiografía pagana y cristiana en el siglo IV», en A. Momigliano (ed.), *El conflicto entre el paganismo y el cristianismo en el siglo IV*, trad. al castellano, Madrid (ed. original: 1963), pp. 95-115.
— (1990), *The Classical Foundations of Modern Historiography*, Berkeley, Los Ángeles y Londres.

MORENO ALONSO, M. (1979), *Historiografía romántica española. Introducción al estudio de la historia en el siglo XIX*, Sevilla.
MOREYRA, B. (2003), «La historiografía», en *Nueva historia de la nación argentina* 10, pp. 67-110.
MORLET, S. (2005), «Écrire l'histoire selon Eusèbe de Césarée», *L'Information littéraire* 57, pp. 3-15.
— (2006), «Eusèbe de Césarée, *Histoire ecclésiastique* I-III», en S. Morlet, *Silves Grecques*, Neuilly, pp. 89-167.
MORTLEY, R. (1996), *The Idea of Universal History from Hellenistic philosophy to early Christian historiography*, Nueva York.
MOXON, I. S., J. D. SMART y A. J. WOODMAN (eds.) (1986), *Past Perspectives: Studies in Greek and Roman Historical Writing*, Cambridge.
MOYA LÓPEZ, L. (1999), «México: su evolución social. 1900-1902. Aspectos teóricos fundamentales», *Sociológica* 41, pp. 127-146.
MUIR, E. y G. RUGGIERO (eds.) (1991), *Microhistory and the lost peoples of Europe*, Baltimore.
MUÑOZ I LLORET, J. M. (1997), *Jaume Vicens i Vives. Una biografia intel·lectual*, Barcelona.
MYERS, J. (ed.) (2008a), *Historia de los intelectuales en América Latina. I: La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Buenos Aires.
— (2008b), «Los intelectuales latinoamericanos desde la colonia hasta el inicio del siglo XX», en Myers (2008a), pp. 29-50.
NEFF, E. (1947), *The Poetry of History*, Nueva York.
NEVEU, B. (1994), *Erudition et religion aux 17e et 18e siècles*, París.
NEVES, L. M. Bastos Pereira das *et al.* (orgs.) (2011), *Estudos de historiografía brasileira*, Río de Janeiro.
NG, O.-C. y Q. E. WANG (2005), *Mirroring the Past: The Writing and Use of History in Imperial China*, Honolulu.
NICOLAI, R. (2007), «The Place of History in the Ancient World», en J. Marincola (1997), pp. 13-26.
NIENHAUSER, W. H. Jr. (2011), «Sima Qian and the *Shiji*», en A. Feldherr y G. Hardy (eds.), *The Oxford History of Historical Writing*, vol. 1, Oxford, pp. 463-484.
NOIRIEL, G. (1996), *Sur la «crise» de l'histoire*, París.
NOVICK, P. (1988), *That Noble Dream: the «objectivity question» and the American Historical Profession*, Cambridge.
O'BRIEN, K. (1997), *Narratives of Enlightenment: Cosmopolitan History from Voltaire to Gibbon*, Cambridge.
OEXLE, O. G. (2001), *L'historisme en débat. De Nietzsche à Kantorowicz*, París.
O'GORMAN, E. (1977), *La invención de América*, México.
— (1979), *Cuatro historiadores de Indias. Siglo XVI*, México.
OLÁBARRI, I. (1995), «New New History: A Longue Durée Structure», *History and Theory* 34, pp. 1-29.

OLÁBARRI, I. y V. VÁZQUEZ DE PRADA (eds.) (1995), *Understanding social change in the nineties. Theoretical approaches and historiographical perspectives*, Aldershot.
ONCINA COVES, F. (2009), *Teorías y prácticas de la historia conceptual*, Madrid.
ORCÁSTEGUI, C. y E. SARASA (eds.) (1991), *La historia en la Edad Media. Historiografía e historiadores en Europa Occidental: siglos V-XIII*, Madrid.
PARATORE, E. (1973), *Sallustio*. Quaderni della Rivista di Cultura Classica e Medievale 12.
PARKER, C. (1990), *The English Historical Tradition since 1850*, Edimburgo.
PARTNER, N. F. (1977), *Serious Entertainments. The Writing of History in Twelfth-Century England*, Chicago.
— (1986), «Making Up Lost Time: Writing on the Writing of History», *Speculum* 61, pp. 90-117.
— (2005), *Writing Medieval History*, Londres.
PASAMAR, G. (1995), *Los guardianes de la historia. La historiografía académica de la Restauración*, Zaragoza.
PASAMAR, G. e I. PEIRÓ (1987), *Historiografía y práctica social en España*, Zaragoza.
— (1991), «La vía española hacia la profesionalización historiográfica», *Studium* 3, pp. 153-163.
PASQUALI, G. (1952), *Storia della tradizione e critica del testo*, 2.ª ed., Florencia (ed. original: 1934).
PATTERSON, L. (1987), *Negotiating the Past: The Historical Understanding of Medieval Literature*, Madison.
PATTISON, D. G. (1983), *From Legend to Chronicle. The Treatment of Epic Material in Alphonsine Historiography*, Oxford.
PAZ SOLDÁN, M. F. (1868), *Historia del Perú independiente*, Lima.
PAZOS, A. (ed.) (1995), *La historia religiosa en Europa. Siglos XIX y XX*, Madrid.
PEIRÓ MARTÍN, I. (1998), «La historiografía académica en la España del siglo XIX», *Memoria y Civlización* I, pp. 165-196.
PEIRÓ, I. y G. PASAMAR (1996), *La Escuela Superior de Diplomática (Los archiveros en la historiografía española contemporánea)*, Madrid.
PEIXOTO, F. A. (2010), «Letras y diplomacia en el Brasil: una aproximación en tres tiempos», en Altamirano (2010), pp. 98-118.
PELLING, C. B. R. (ed.) (1990), *Characterization and Individuality in Greek Literature*, Oxford.
— (2000), *Literary Texts and the Greek Historian*, Londres y Nueva York.
— (2002), *Plutarch and History*, Londres y Swansea.
PERROCHAT, P. (1949), *Les modèles grecs de Salluste*, París.

PHILLIPS, M. S. (1977), *Francesco Guicciardini: the Historian's Craft*, Manchester.
— (2000), *Society and Sentiment: Genres of Historical Writing in Britain, 1740-1820*, Princeton.
PIQUERAS ARENAS, J. A. (ed.) (1998), *Diez nuevas miradas de historia de Cuba*, Vila-real.
PLASS, P. (1988), *Wit and the Writing of History. The Rethoric of Historiography in Imperial Rome*, Madison.
POCOCK, J. G. A. (1987), *The Ancient Constitution and the Feudal Law*, 2.ª ed., Cambridge (ed. original: 1957).
— (1999-2005), *Barbarism and Religion*, 4 vols., Cambridge.
POPKIN, J. M. (2005), *History, Historians & Autobiography*, Chicago.
POPKIN, R. H. (1979), *The history of scepticism from Erasmus to Spinoza*, 2.ª ed., Berkeley (ed. original: 1960)
POPPER, K. (1945), *The Poverty of Historicism*, Londres.
PORTER, R. (1991), «Historia del cuerpo», en P. Burke (ed.), *Formas de hacer historia*, trad. al castellano, Madrid, 1993, pp. 255-286.
POTASH, R. (1960), «Historiography of Mexico Since 1821», *The Hispanic American Historical Review* 40, pp. 383-424.
POTTER, D. (1999), *Literary Texts and the Roman Historian*, Londres y Nueva York.
POZZI, R. (1993), *Hippolyte Taine. Scienze umane e politica nell'Ottocento*, Venecia.
POZZO, G. M. (1972), *Il problema della storia nel positivismo*, Padua.
PREZIOSI, D. (ed.) (2009), *The art of art history: a critical anthology*, Oxford.
PYENSON, L. (2002), «Uses of Cultural History: Karl Lamprecht in Argentina», *Proceedings of the American Philosophical Society* 146, pp. 235-255.
QUINN, S. A. (2000), *Historical Writing during the Reign of Shah 'Abbas*, Salt Lake City.
RABASA, J. (1993), *Inventing America. Spanish Historiography and the Formation of Eurocentrism*, Oklahoma.
RAJAK, T. (2002), *Josephus: The Historian and his Society*, 2.ª ed., Londres.
RANUM, O. (1980), *Artisans of Glory: Writers and Historical Thought in Seventeenth-century France*, Chapel Hill.
RAVINA, A. (2001), «La historiografía», en *Nueva historia de la nación argentina* 6, pp. 429-451.
RAWSON, E. (1973), «Cicero the historian and Cicero the antiquarian», *Journal of Roman Studies* 62, pp. 33-45.
— (1976), «The first Latin annalists», *Latomus* 35, pp. 689-717.
REILL, P. H. (1975), *The German Enlightenment and the Rise of Historicism*, Berkeley.
RÉMOND, R. (ed.) (1988), *Pour une histoire politique*, París.

REVEL, J. (1979), «Histoire et Sciences Sociales: les paradigmes des Annales», *Annales ESC* 34, pp. 1360-1376.
— (ed.) (1999), *Fernand Braudel et l'histoire*, París.
REZENDE MARTINS, E. de y H. PÉREZ BRIGNOLI (dirs.) (2006), *Historia general de América Latina. Vol. IX: Teoría y metodología en la historia de América Latina*, Madrid.
RHODES, P. J. (1994), «In defence of the Greek historians», *Greece and Rome* 41, pp. 156-171.
RIBEIRO, A. (1991), *Historia e historiadores nacionales (1940-1990). Del ensayo sociológico a la historia de las mentalidades*, Montevideo.
— (1994), *Historiografía nacional (1880-1940). De la épica al ensayo sociológico*, Montevideo.
RICOEUR, P. (1983-1985), *Temps et récit*, París.
RIGBY, S. H. (1987), *Marxism and History. A critical introduction*, Manchester.
RIOUX, J.-P. (1977), «Introduction», en J.-P. Rioux y J.-F. Sirinelli (eds.), *Pour une histoire culturelle*, París, pp. 16-18.
ROBINSON, Ch. F. (2003), *Islamic Historiography*, Cambridge.
ROCHE, D. (1997), *Histoire des choses banales: naissance de la consommation dans les sociétés traditionnelles (XVIIe-XIXe siècle)*, París.
RODRIGUES, J. H. (1952), *A pesquisa histórica no Brasil*, Río de Janeiro.
— (1957), *Teoria da história do Brasil*, 2 vols., São Paulo.
— (1965), *História e historiadores do Brasil*, São Paulo.
— (1970), *História e historiografia*, Petrópolis.
— (1979), *História da história do Brasil. 1.º parte: historiografía colonial*, São Paulo.
ROJAS MIX, M. (1991), *Los cien nombres de América: eso que descubrió Colón*, Barcelona.
ROMERO, J. L. (1952), *De Heródoto a Polibio. El pensamientos histórico en la cultura griega*, Buenos Aires.
— (1959), *Las ideas políticas en Argentina*, Buenos Aires.
— (1976), *Latinoamérica. Las ciudades y las ideas*, Buenos Aires.
ROOD, T. C. B. (1998), *Thucydides: Narrative and Explanation*, Oxford.
ROSENTHAL, F. (1968), *A History of Muslim Historiography*, 2.ª ed., Leiden (ed. original: 1952).
RORTY, R. (ed.) (1967), *The linguistic turn. Recent essays in philosophical method*, Chicago.
ROSSI, M. (1971), *La génesis del materialismo histórico*, Madrid.
SACKS, K. S. (1986), «Rhetoric and speeches in Hellenistic historiography», *Athenaeum* 64, pp. 383-395.
SAENGER, P. (1997), *Space Between Words: the Origins of Silent Reading*, Stanford.
SAHLINS, M. (1985), *Islands of history*, Chicago.

SAINT-LU, A. (1992), «Fray Bartolomé de Las Casas», en Madrigal (1992), pp. 117-125.
SÁNCHEZ SALOR, E. (2006), *Historiografía Latino-Cristiana*, Roma.
SATO, M. (1991), «Historiographical Encounters: the Chinese and Western traditions in Turn-of-the-Century Japan», *Storia della Storiografia* 19, pp. 13-21.
SCHEPPENS, G. (1975), «Some aspects of source theory in Greek historiography», *Ancient Society* 6, pp. 257-273.
SCHMITT, J.-C. (2003), *La conversion d'Hermann le juif: autobiographie, histoire et fiction*, París.
SCHMITZER, U. (2000), *Velleius Paterculus und das Interesse an der Geschichte im Zeitalter des Tiberius*, Heidelberg.
SCHNAPP, A. (1993), *La conquête du passé: aux origines de l'archéologie*, París.
SCHREINER, P. (1990), «La historiografía bizantina en el contexto de la historiografía occidental y eslava», *Erytheia* 11, pp. 55-63.
SCOTT, J. W. (1988), *Gender and the Politics of History*, Nueva York.
— (1991), «Historia de las mujeres», en P. Burke (ed.), *Formas de hacer historia*, trad. al castellano, Madrid, 1993, pp. 59-88.
SCOTT, R. (2010), «Text and Context in Byzantine Historiography», en James (2010), pp. 251-262.
SERNA, J. y A. PONS (2000), *Cómo se escribe la microhistoria. Ensayo sobre Carlo Ginzburg*, Madrid.
SERRANO, S. (1996), «Emigrados argentinos en Chile (1840-1855)», en VVAA, *Nueva mirada a la historia*, Buenos Aires, pp. 109-126.
SEWELL, W. H. (1999), «The Concept(s) of Culture», en V. E. Bonnell y L. Hunt (eds.), *Beyond the Cultural Turn*, Berkeley, pp. 35-53.
SHARPE, J. (1991), «Historia desde abajo», en P. Burke (ed.), *Formas de hacer historia*, trad. al castellano, Madrid, 1993, pp. 38-58.
SHAW, W. H. (1978), *Marx's theory of history*, Stanford.
SILVA, J. T. da (1999), «André João Antonil: *Cultura e Opulência do Brasil*», en Dantas Mota (1999), pp. 55-73.
SKIDMORE, T. (1975), «The Historiography of Brazil, 1889-1964, Part I», *The Hispanic American Historical Review* 55, pp. 716-748.
— (1976), «The Historiography of Brazil, 1889-1964, Part II», *The Hispanic American Historical Review* 56, pp. 81-109.
SMITH, B. G. (1998), *The Gender of History: men, women and historical practice*, Cambridge Ma.
SOFFER, R. N. (1994), *Discipline and power. The university and the making of an English elite, 1870-1930*, Stanford.
SÖRLIN, S. y P. WARDE (eds.) (2011), *Nature's End: history and the environment*, Nueva York.

SOUTHARD, R. (1995), *Droysen and the Prussian School of History*, Lexington.

SOUYRI, P. (1971), *El marxismo después de Marx*, Madrid.

SOUZA, L. de Mello e (2008), «Brasil: literatura e "intelectuales" en el periodo colonial», en Myers (2008a), pp. 94-118.

SPIEGEL, G. M. (1993), *Romancing the Past. The Rise of Vernacular Prose Historiography in Thirteenth Century France*, Berkeley.

— (1997), *The Past as Text. Theory and Practice of Medieval Historiography*, Baltimore.

STAHULJAK, Z. (2005), *Bloodless Genealogies of the French Middle Ages. Translatio, Kinship, and Metaphor*, Gainesville.

STEIN, S. (1960), «The Historiography of Brazil 1808-1899», *The Hispanic American Historical Review* 40, pp. 234-278.

— (1964), «Historiografía latinoamericana: balance y perspectivas», *Historia mexicana* 14, pp. 1-41.

STOCK, B. (1983), *The Implications of Literacy. Written Language and Models of Interpretation in the Eleventh and Twelfth Century*, Princeton.

STOIANOVICH, T. (1976), *French Historical Method. The Annales paradigm*, Ithaca-Londres.

STONE, L. (1979), «The revival of narrative: reflections on a new old history», *Past and Present* 85, pp. 3-24.

STRUEVER, N. S. (1970), *The Language of History in the Renaissance*, Princeton.

STUCHTEY, B. y E. FUCHS (eds.) (2003), *Writing World History 1800-2000*, Londres.

STUURMAN, S. (2008), «Herodotus and Sima Qian: History and the anthropological turn in ancient Greece and Han China», *Journal of World History* 19, pp. 1-40.

STUVEN, A. M. (2000), *La seducción de un orden: las elites y la construcción de Chile en las polémicas culturales y políticas del siglo XIX*, Santiago.

SUBRAHMANYAM, S. (2005a), «On World Historians in the Sixteenth Century», *Representations* 91, pp. 26-57.

— (2005b), *Explorations in Connected History*, Nueva Delhi.

SUNY, R. G. (2002), «Back and Beyond: Reversing the Cultural Turn?», *The American Historical Review* 107, pp. 1476-1499.

SYME, R. (1958), *Tacitus*, Oxford.

— (1959), «Livy and Augustus», *Harvard Studies of Classical Philology* 64, pp. 27-87.

— (1964), *Sallust*, Berkeley y Los Ángeles.

— (1970), *Ten studies in Tacitus*, Oxford.

TATE, R. B. (1970), *Ensayos sobre la historiografía peninsular del siglo XV*, Madrid.

TAYLOR, Ch. (1985), «Interpretation and the Sciences of Man», *Philosophy and the Human Sciences, Philosophical Papers*, vol. II, Cambridge: 15-57.

TAYLOR, V. E. y Ch. E. WINQUIST (eds.) (2001), *Encyclopedia of postmodernism*, Londres y Nueva York.

THOMAS, J. R. (1984), *Biographical Dictionary of Latin American Historians and Historiography*, Connecticut.

THOMAS, L. V. (1972), *A Study of Naima*, Nueva York.

TODOROV, T. (1987), *La conquista de América. El problema del otro*, México.

TORRES RODRÍGUEZ, C. (1985), *Paulo Orosio: su vida y su obra*, La Coruña.

TOVAR ZAMBRANO, B. (coord.) (1995), *La historia al final del milenio. Ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana*, 2 vols., Bogotá.

TREADGOLD, W. (2007), *The Early Byzantine Historians*, Basingstoke y Nueva York.

TREVOR-ROPER, H. R. (1969), *The Romantic Movement and the Study of History*, Londres.

TULLY, J. (1988), *Meaning and context: Quentin Skinner and his critics*, Cambridge.

TUPLIN, C. J. (ed.) (2004), *Xenophon and his World*, Stuttgart.

TWITCHETT, D. (1992), *The Writing of Official History Under the T'ang*, Cambridge.

ULLMANN, R. (1927), *La technique des discours dans Salluste, Tite-Live and Tacite*, Oslo.

ULLMANN, W. (1985), *Principios de gobierno y política en la Edad Media*, Madrid.

URBAN, G. R. (1974), *Toynbee on Toynbee. A conversation between Arnold J. Toynbee and G.R. Urban*, Oxford.

VAINFAS, R. (1999), «Capistrano de Abreu: *Capítulos de história colonial*», en Dantas Mota (1999), pp. 171-189.

VAN BEEK, M. (1969), *An Enquiry into Puritan Vocabulary*, Groningen.

VAN NUFFELEN, P. (2010), «Theology versus Genre? The universalism of Christian Historiography in Late Antiquity», en Liddel y Fear (2010), pp. 162-175.

VANN, R. T. (1979), «The New Demographic History», en G. G. Iggers y H. T. Parker (eds.), *International Handbook of Historical Studies. Contemporary Research and Theory*, Westport (Conn.), pp. 29-42.

VELASCO DELGADO, A. (2002), *Eusebio de Cesarea: Historia Eclesiástica*, Madrid.

VIALLANEIX, P. (1998), *Michelet, les travaux et les jours, 1798-1874*, París.

VICUÑA, M. (2009), *Un juez en los infiernos: Benjamín Vicuña Mackenna*, Santiago.
VILLALOBOS, S. (1980), *Historia del pueblo chileno*, vol. 1, Santiago.
— (2000), *Barros Arana: formación intelectual de una nación*, Santiago.
VON ALBRECHT, M. (1989), *Masters of Roman Prose*, trad. al inglés, Leeds (ed. original: 1979).
— (1999), *Historia de la literatura tomana*, 2 vols., trad. al castellano, Barcelona (ed. original: 1997).
VOVELLE, M. (1982), *Idéologies et mentalités*, París.
WALBANK, F. W. (1960), «History and Tragedy», *Historia* 9, pp. 216-234.
— (1972), *Polybius*, Berkeley, Los Ángeles y Londres.
WALCH, J. (1986), *Les maîtres de l'histoire 1815-1850. Augustin Thierry, Mignet, Guizot, Thiers, Michelet, Edgar Quinet*, París-Ginebra.
— (1990), *Historiographie Structurale*, París.
WALDMAN, M. R. (1980), *Toward a Theory of Historical Narrative: a case study in Perso-Islamicate Historiography*, Columbus.
WALLACE-HADRILL, A. (1983), *Suetonius: The Scholar and His Caesars*, Londres y New Haven.
WALSH, P. G. (1961), *Livy: His Historical Aims and Methods*, Cambridge.
WANG, Q. E. (2008), «Beyond East and West: antiquarianism, evidential learning and global trends in historical study», *Journal of World History* 19, pp. 489-519.
WATERS, K. H. (1996), *Heródoto: sus problemas, método y originalidad*, México.
WEINBERG, G. y G. CARRERA DAMAS (2006), «Sobre la significación histórica de América Latina», en E. de Rezende Martins y H. Pérez Brignoli (dirs.), *Historia general de América Latina. Vol. IX: Teoría y metodología en la historia de América Latina*, Madrid, pp. 27-45.
WHITBY, Mary (2003), «George of Pisidia and the persuasive word: words, words, words...», en Jeffreys (2003), pp. 173-186.
WHITBY, Michael (2000), *The Ecclesiastical History of Evagrius Scholasticus*, Liverpool.
— (2011), «Imperial Christian Historiography», en A. Feldherr y G. Hardy, *The Oxford History of Historical Writing*, vol. 1, Oxford, pp. 346-370.
WHITE, H. V. (1973), *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*, Baltimore (trad. al castellano: *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México, 1992).
— (1989), *The Content of the Form: Narrative Discourse and Historical Representation*, Baltimore.

WIEDEMANN, T. (2000), «Reflections of Roman political thought in Latin historical writing», en Ch. Rowe y M. Schofield (eds.), *The Cambridge History of Greek and Roman Political Thought*, Cambridge, pp. 517-531.
WIESNER-HANKS, M. (2008), «Do Women Need the Renaissance?» *Gender and History* 20, pp. 539-557.
WILENTZ, S. (ed.) (1983), *Rites of Power. Symbolism, Ritual and Politics since the Middle Ages*, Filadelfia.
WISEMAN, T. P. (1979), *Clio's Cosmetics*, Leicester.
— (1994), *Historiography and Imagination: Eight Essays on Roman Culture*, Exeter.
— (1998), *Roman Drama and Roman History*, Exeter.
WOLL, A. (1982), *A Functional Past. The Uses of History in Nineteenth-Century Chile*, Baton-Rouge.
WOODMAN, A. J. (1977), *Velleius Paterculus: the Tiberian Narrative*, Cambridge.
— (1988), *Rhetoric in Classical Historiography*, Londres y Sídney.
— (1998), *Tacitus reviewed*, Oxford.
WOODWARD, R. L. (1987), «The Historiography of Modern Central America since 1960», *The Hispanic American Historical Review* 67, pp. 461-496.
WOOLF, D. R. (1988), «The Common Voice: History, Folklore and Oral tradition in Early Modern England», *Past and Present* 120, pp. 26-52.
— (2000), *Reading History in Early Modern England*, Cambridge.
— (2003), *The Social Circulation of the Past*, Oxford.
— (2011), *A Global History of History*, Cambridge.
WORMALD, B. H. G. (1951), *Clarendon: Politics, History and Religion*, Cambridge.
YARROW, L. M. (2006), *Historiography at the End of the Republic*, Oxford.
YOUNG, F., L. AYRES y A. LOUTH (eds.) (2008), *The Cambridge History of Early Christian Literature*, Cambridge.
YOUNG, F. (2004), «Books and their "aura": the functions of written texts in Judaism, paganism and Christianity during the first centuries CE», en J. Frishman, W. Otten y G. Rouwhorst (eds.), *Religious Identity and the problem of historical foundation*, Leiden, pp. 535-552.
— (2008), «Classical Genres in Christian Guise; Christian Genres in Classical Guise», en Young, Ayres y Louth (2008), pp. 251-258.
ZECCHINI, G. (1993), *Ricerche de Storiografia Latina Tardoantica*, Roma.
— (2003), «Jerome, Orosius and the Western Chronicles», en Marasco (2003), pp. 317-345.

ZERMEÑO PADILLA, G. (2002), *La cultura moderna de la historia. Una aproximación teórica e historiográfica*, México.
— (2011), «Mexican Historical Writing», en A. Schneider y D. Woolf, *Oxford History of Historical Writing*, vol. 5, Oxford.
ZINK, M. (1999), *The Invention of Literary Subjectivity*, Baltimore.
ZORAIDA VÁZQUEZ, J. (1992), *La historiografía mexicana*, México.
— (1996), «Don Edmundo O'Gorman (1906-1995)», *The Hispanic American Historical Review*, vol. 76, n.º 2, pp 318-320.
ZUMTHOR, P. (1972), *Essai de poétique médiévale*, París.
— (1975), *Langue, texte, énigme*, París.

Índice

Cuando los cambios sociales y culturales se aceleran, el interés por el conocimiento del pasado se revitaliza. Así, en las últimas décadas hemos experimentado el fenómeno de la explosión de la memoria, la expansión vertiginosa del interés por el pasado, especialmente por el pasado reciente, que ha tomado forma de museos, exposiciones, cine histórico, documentales televisivos, recreaciones de eventos del pasado, publicación de memorias y, por supuesto, de libros y artículos, tanto de ámbito académico como divulgativos. Quizá la explicación de este fenómeno es que, en la edad en que la vida cotidiana se transforma tan rápidamente, la gente se siente desorientada. Un modo de resistirse al cambio es aferrarse a las memorias del pasado, volviendo la mirada a la historia para orientarse en el presente. Hay quien piensa que es preferible que el pasado –o por lo menos algunos eventos del pasado– continúe en el olvido, pero incluso aquellos que desearían enterrarlo son ahora forzados a introducirse en un debate abierto, de fuertes connotaciones públicas y sociales. Nunca fue, pues, tan imprescindible *Comprender el pasado.*

Sintético y accesible, el presente manual ofrece al lector una documentada iniciación a la historia de la Historia, producto del magisterio de cuatro prestigiosos docentes e investigadores (Jaume Aurell, Catalina Balmaceda, Peter Burke y Felipe Soza) de diferentes nacionalidades y diferentes continentes. La obra resultante está destinada a convertirse en obra de referencia para las futuras generaciones de historiadores.

Peter Burke y Felipe Soza





akal

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.